3 1761 08166213 2

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España Moderna

AÑO 12. NUM. 142.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

OCTUBRE, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

461650

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 12
no. 142-144

GENOVEVA MONTAÑA

(NOVELA)

(CONCLUSIÓN)

A LAURA MOREIRA

LEGACIÓN PORTUGUESA

LONDRES

Juncal, Febrero.

Rica hija mia: Cuántos tiempos que rrecibí tu carta y entoavía no la dí respuesta. Por esos dias en que llegó acá calló tu ermana en cama con una fiebre que me llenó de cuidados, y no te di luego parte de lo acontecido por causa de no asustarte. tu de aí no la podias poner buena; pues entonces yo me quise cargar todo conmigo.

Aora ya ba mejorcita y ya se lebanta, pero aquello fué una fiebre muy grande. Estaba biendo cuando me se iba en uno de esos delirios en que no dezia sino tonterías.

El dotor Anacleto siempre dijo que esto que le parecía cosa de fiebre nerviosa. Allá ellos lo entienden. Siempre es un grande maldito el tal nervioso. Endenantes no abía nada desto. Se acia ala gente una sangría y se ponía enseguida derecha y sana como un pero. Y todo se vuelven gotitas de agua. Tengo la fé en aquello. ¡Rayo de enfermedad!

El otro dia el dr. Anacleto todo era decir que el estar siem-

pre en la probincia es lo que la ponía a tu ermana de esta suerte. ¡A cualqier ora me fio yo deso! Aires mas puros que estos no me paece á mí que los aiga en lado ninguno. Que encuentren que es preciso, yo estoy aquí presta á marchar con ella sea pa onde fuese. Pero yo me quedo en mis trece. No es con la baraunda de gente con lo que me sea de poner buena. ¡Espérate un poco! Ella ni con las señoras del pueblo quiere ir tan siquiera! que asta es una cosa que ya paece mal!

Y mira tu por onde le a dao dimpues de mejorar de la enfermedá. Todo se le buelve coser y coser pa la chiquillería del pueblo. Y nunca la veo sastifecha mas que cuando tiene una bandá dellos enderedor. Las madres pues claro todo se vuelbe trahernoslos. ¡Ya lo creo! ¡Esta gentesita de por aquí es más interesada! Debe acerse la caridá como manda el catesismo; pero todo lo que es demas no vale.

Pues lo peor entoavía es ver yo el estado a que yegó tu ermana. La fiebre ya se le quitó, pero me paece que de dia en dia la veo irse poniendo más esmirriada. No se porque Dios me a de dar semejante castigo. Nunca quise mal á nadie. Enfermedades que bienen á las personas! Pues lo pasao bien esta; lo malo es lo que queda por pasar. El dr. Anacleto ya me dijo que le bendria bien casarse. Baya usté á saber! Los ombres oy están en un estado! Despues pa el casamiento tambien ay que andarse con cuidao. Que los onbres no tienen pachorra para ciertos melindres. Yo ya se lo e dicho a ella misma. Lo que ellos quieren es quien los cosa y los mime. No sé a quien salio esta ermana tuya! ¡Es destino! Para pescar marido an de usar otras maneras las personas. Con el vinagre no es con lo que se atrapan las moscas.

Rica hija mia, mucho te agradecí el que me aigas participado el matrimonio del primo Hugo. Por lo que contabas en la carta, fué de rumbo. Bien se deja ver que es gente de estimación y de posibles.

Lo que pido á Dios es que los aga felices. El es mismamente una joya. Mas delicado, mas atento, nunca lo bí. Y

despues, una memoria pa todo! Tu ermana nunca pudo oir tal, pero la verdá está bien que se diga.

Dizes tu que la nobia no debe nada ala ermosura. La gente tanbien no come de la ermosura, y el reflan dize que quien lo feo ama bonito le parece. Aora esos aparatos que ace en publico son los que a mi no me gustan. Pero la culpa tanbien es de los padres que la criaron asi. Su alma su palma.

Me preguntas por el bizconde de Sendim da Beira. Nosotras no sabemos del mas que lo que a venido en los papeles. El despues de la gran enfermedad que tubo alla por el norte cuando estubo en la bendimia no bolbió por aquí. Ya ni se quien fue el que por ai dijo que el abia estado casi leproso, todo por causa de la maldita influenza, que esta tanbien es un fuerte rayo de molestia! Y despues, enseguida que cayo el menisterio, por el mismo tiempo en que tu marido fue nonbrado pa Londres, luego apareció en los papeles que el iba pa menistro. Y lo fue. Ya nunca lo e bisto por aquí. Aora en aquellas alturas, vaya usté a saber. Dicen que en yegando á menistros, todos pierden al momento el poco juicio con que allí entraron. Pues pa comernos los ojos no les ace falta grandes cabezas. Buenas tragaderas es lo que se requiere.

La Genoveva me manda que te diga que no te escribe por que entoavia le cuesta trabajo.

Adios, rica, mis penas solo se acabaran cuando te vea. Da muchas expresiones á Antero. La carta va ala legacion por causa de aber mas seguridá en cuanto ustes no tienen casa sulla. Esto de los hoteles es como las posadas, y lo seguro murió de viejo. Me alegro de que ustes dos se dibiertan. Dicen que Inglaterra que es cosa fina. Yo ablo de esto por lo que oigo. Aora no he de acer más que el último viaje, pal oyo.

Recuerdos de toda nuestra gente. La Banosa tuvo aora otro ijo más. Ya le mandé dos pollitas que no parecían sino dos gallinas. El niño esta mismamente como una alaja.

Le pusieron Viriato. No se aonde va buscar esta gente los nonbres que ya no se ven en el almenaque. Pues la ermana se

llama Hermengarda. ¡Solo con un palo! ¡una buena trança! Quien tanbien se dió una caida muy grandísima, que se ha quedao con las dos piernas quebrás, fué José Travanciño. Se cayó de una oliva abajo que quedó sin abla. Por fin el dr. Anacleto se dió arte pa concertarlo. Ya anda por aí. Adios, rica hija del corazon, recibe la bendición de tu vieja madre

FELICIANA.

Dicen que el menisterio que no aguantará. ¿Y Antero, vuelve luego pa acá, si ubiese mudanza? Siendo así, Nuestro Señor lo bote abajo al tal descomulgao del menisterio, y Dios me perdone! En Lisboa siempre es otra cosa. No se ace una á la idea de tener que atravesar el mar, que Inglaterra me paece que no se puede ir á pie enjuto.

***

Á GENOVEVA MONTAÑA

JUNCAL.—VILLAVERDE.

PORTUGAL.

Londres, Abril.

Mi querida Genoveva: Vamos á ver una vez más si consigo quebrar ese tu silencio de piedra. ¡Diantre! ¿No escribes porque no puedes ó porque no quieres?

Lo que me vale es la mamá, pobrecilla, siempre cuidadosa de darme noticias.

Antero y yo estamos bien de salud. En el tiempo es en el que hemos tenido una suerte perra. Casi siempre, niebla cerrada ó lluvia.

¡Qué pena el que no puedas venir aquí á pasar la *season* con nosotros! ¡No puedes calcular qué grandioso y brillante es todo esto. Te pierdes una excelente ocasión. Ahora todo se te facilitaba. No tenemos seguridad de permanecer aquí mucho. Luego, puede no tener remedio. ¡Lo que se te ha estragado la salud en ese destierro del *Juncal!* No quieres oir. Eres el peor sordo. ¡Pobre mamá, que tanto se aflige con tu estado!

Les escribo poco porque no tengo un momento mío. En casa del Ministro hemos conocido á toda la gente. Ando en un lío de visitas. Figúrate que aún no puse el pie en ningún Museo. Y no sé cuándo podrá ser.

Me divierte analizar la sociedad de Londres. Pero toda esta gente tiene un aplomo que embaraza. Los *parnés* son los que van á obligarnos á permanecer por aquí algún tiempo. ¡Qué terrible es esta cuestión de los *parnés!* Disculpa la jerga. Es pura *haute gourmé*.

Una de las mayores curiosidades que hay ahora en esta *high-life* londinense ¿sabes cuál es? La *couple* Duff-Santa Ana.

No puedes imaginarte nada más cómico. Ni puedo explicarte hasta qué punto me carga aquella nueva prima, amor encarnado en un kilométrico tipo de inglesa, derecha como un *policeman*, desgarbada como un mástil ó un asta de bandera.

Pero la criatura ama á aquel marido de una manera extraordinaria, verdaderamente *shocking*.

A toda la gente le mete su amor por la cara, empeñada en hacer creer que el Adonis vive abrasado en la más torturante llama. Es el ridículo más supino.

Siempre pensé que el primo Hugo era un pobre trasto. De lo que no le juzgaba capaz era de un lance brillante, decisivo como el de este casamiento. Fue una jugada de maestro. La muchacha riquísima é hija única.

Él parece, sin embargo, el más extasiado de los maridos; pero no creo que sea astro de mucha duración. Esta adoración exclusiva á que su mujer le obliga, le da además un aire imbécil. No puedes imaginarte lo que es. Siempre, en todas partes, ¡los dos en un *flirt* cerrado, como antes del matrimonio! Esto pone al hombre en un espantoso ridículo, sobre todo porque se calcula que de parte de él haya mucha más aritmética que amor.

Confieso que me he reído mucho á su costa. La mujer no le suelta. En este género, es de un *aplomo* que no se puede superar.

Enmedio de tanto esplendor—viven más que suntuosamente—¿qué pensará en su íntimo el primo Hugo?

A veces me acuerdo de aquel chaquet estropeado con que fué á visitarnos en Lisboa. Naturalmente, piensa que el mundo es un abundante y divertido bazar, en el cual no vale la pena de afligirse una persona rumiando cosas tristes.

Tú eres quien no ve así las cosas. Te quisiera con mejor salud y mejor disposición de espíritu.

Adiós, querida. Tengo un millón de cosas para hoy. Da abrazo á mamá.

Tuya,

LAURA.

***

A LAURA MOREIRA

LEGACIÓN PORTUGUESA.

LODDRES.

Juncal, Mayo.

Rica hija mía del corazón: Comienzo con el rrecado de tu ermana. Me manda decirte que no se atreve ha escribirte por causa de tontunas de la cabeza. Y que despues, como yo escribo, que es lo bastante.

¡Válanos Dios! Lo que yo sé es que cada vez es mayor la diferencia de tu ermana. No parece si no que entró cosa ruin en ella. Oy en día nadie quiere dar crédito á semejantes cosas, pero yo aca lo qe beo es que aquella cabeza no esta conforme.

Yo aze ya muchos dias que no te escribo por causa del ráfago de casa y ha mas por mor de estas cosas de tu ermana que nunca se me ban de la magin.

Ella no descansó mientras que no tomó cuenta de la legítima de la parte del padre. Y aora lo que aze es tirar el dinero á manos llenas. Y todabia si dijeramos que es para conprar alguna dibersion. Pero pa qué! Na más que pa dar á

cuantos granujas que ay por estos alrededores. Cuesta mucho presenciar estas cosas.

Figurate que la buena de nuestra Genoveva, no a echo menos que arrendar el palacio de Freixeda. Y aora verás lo ques echar abajo paredes, estucar, rebocar, pintar, ponerlo tó patas arriba. Ni restos quedan del caseron que era.

Todo eso pa acer una casa, así como un asilo, pa la chiquillería. Y alla se pasa el santísimo dia con la pilleria siempre á bueltas. ¡Vaya un gusto! ¡Valiente sistema!

¡Ni que fuesen hijos los tenía mejor asistidos! Allí no falta cosa ninguna; ella las camas de paja blanda, las tinas pa el baño, la comida regalada á las oras, enseña esto y aquello, todo con mapas que aguajerearon las paredes que asta es un cargo de conciencia, una quinta que es un disparate de grande, con muchos juegos armados y calles de un largo, que solo es pa visto, pa pillería corretear á voluntad; to á lo grande.

Ni ustés dos tendrian to tan completo. Que yo acá para ciertas ridiculeces nunca fuí.

Y allá anda en esta fatiga ace ya dos meses. No te e ablado de esto, porque ella lo tenía en secreto, y no queria que se supiera asta no estar todo arreglado. Quien la ayuda alla en esas enseñanzas es la ija del sacristan y a mas la Rosita del Cañizo. Se dió por ai, que se le a de hacer? Y aqui tienes tu en lo que tu ermana pasa los dias de su vida.

Yo ya no le digo ninguna cosa. Para no decirselas claras, prefiero callarme. Pero una á beses asta parece que va á estallar. ¡Pecados de la vida! ¡Cómo no se a de amohinar una persona viendo correr asi el dinero á manos llenas solo pa dar vida regalada á gente que anda con los pies descalzos.

Yo siempre tuve carida. No puedo ber con anbre ni siquiera á los animales. Todos los dias las sobras de mi comida ban pa la Josefina Brotas que tiene una bandada de ijos con la boca abierta. Nunca mire pa estas cosas. No quiero desperdicios en mi casa, pero tampoco consiento que se tiren afuera las migas de pan. Es costunbre que tengo ace muchos años.

Pero todo se quiere con términos y con orden. La gente si da la camisa que tiene, se queda sin ella. Y pa el dia de mañana nada hay seguro. Despues una persona si va á contar con el agradecimiento de ciertas gentes está airada. Lo que ellas quieren es artarse. Cuanto mas se ace menos se agradece. Yo ya fuí tonta. La carida bien entendida empieza por la casa. Buen asno es aquel que cuenta con los agradecimientos de cierta ralea.

Por esto es por lo que yo me consumo con estas tonterias de tu ermana. Que una persona se mate con los ijos que Dios le dió, está bien. ¡Qué remedio! Pero lo que es con cuanto pillastre anda por el monte y suelto por esas calles, es siempre una locura rematada.

Siempre fué así tu ermana, señora de su voluntad de ella. De pequeño se endereza el arbol. No es aora con sus años cuando voy á enderezarla á ella.

Metiéndosela una cosa en la cabeza ni el diablo se la saca. El padre era lo mismito. Nunca hubo jumento mas testarudo que aquel santo onbre. Dios le tenga su alma en la gloria.

Y solo pa esta manía es pa lo que ella noe. Sacándola de esto lo que ace es montar á caballo, por la mañanita, al salir el sol. Y allá se ba. No creo que aiga otra igual, como mi ija.

Cosa de vesitar á alguien, eso pa más vagar.

Bien se artan de conbidarla todas las señoras de la villa. Pero no va; no mueve de aquí el pie. Y no atiende á nadie. Todo esto por su cabeza de ella.

Pues tampoco debe ser asi. Ni yo se siquiera lo que me parece esto. Una persona no debe ser despegada de este modo. Todos nosotros podemos precisar unos de otros. Siempre hay ocasion de servirnos de nuestros conocimientos. Y es bien cierto que cuando no se ve á la jente se la olvida. Quien no siembra no recoje. Asta parece mal. Entoavia la semana pasada tubo en casa las señoras Sousas una fiesta de mucho ruido, que asta la pusieron un nonbre allá fuera que se me a

ido de la cabeza. Pues quien no puso alli el pié fué tu señora ermana.

Bien se artaron de llamarla de alli.

Pues segun oi, aquello estuvo bien, mui bien. Las señoras todas con mucho lujo, y una comida que asta vino cocinero de Lisboa. Creo que todo estubo con el mayor orden. Y tuvieron refrescos y la dulceria dicen que era un derroche. A mi al otro dia entoavia me mandaron de ella una culebra de guevos que solo el mirarla daba gusto. Aquello era comer y llorar por más.

Tambien ubo baile y representacion de teatro. Dicen que todo con el mejor arreglo y de mucho gusto. Aquellas Sousas, cuando se meten en estas cosas, nunca se quedan atras. Fué pa festejar los años de Procopio en la casa nueva. Asta en la puerta del jardín abia un letrero de farolillos de colores con estas palabras: *Chalet Clemencia.*

Dicen que doña Clemencia fue la que izo las onrras de la casa á la perfecion. Ellas alla de ciertas finezas entienden de verdad. Pues asta personas de fuera del pueblo vinieron! Una de ellas fue el Administrador de Alemguer, y otra el señor prior de Villas. Se juntaron obra de unas sesenta personas. Y dicen que no falta ninguna cosa.

¡Esta ermana tuya! Mayor bicho de abujero entovia no lo vi. Tambien una persona de vez en cuando debe aparecer. Tu ermana con esto lo que consigue es ponerse cada vez más esmirriada. Parece que de dia en dia se va secando. Reniego de esto! Una así! Asta da gana, no sé de qué. Amarilla como una cidra, y de tantas carnes como un arenque avanzado. Pues ablar, cada vez menos. A veces no me paece otra cosa que una estauta. ¡Por vida de mis pecaos! ¡Vaya una carga que me estaba guardada pal fin de mi vida!

Adiós, rica, ija mía, recibe expresiones de toda nuestra gente.

Mucho me cuentas del primo Hugo. Asta me espanta que un muchacho de tanto juicio se esté prestando á esas figuras

de sainete. A la tal prima inglesa no quisiera yo conocerla. Ciertas tonteras nunca las pude tragar. Los amores son desvarios, y cuanto menos se ande con ellos en ostentación, mejor. La tal niña es de casta. Respecto á verguenza, me parece que no le pesa mucho la que tiene.

Aquí todos me preguntan siempre po tí, pero ahora no tengo vagor pa andar con esos cuentos.

De esta tu madre que mucho te estima de corazon.

FELICIANA.

Tus rosales an estado cargadísimos. Es del estiércol que se les ha echao. Del de caballo, que todavía es mejo.

***

A LA HERMANA SOLEDAD

MISIÓN DE LÁUDANA.—PREFECTURA APOSTÓLICA DEL CONGO

ÁFRICA PORTUGUESA.

Juncal, Mayo.

Gabriela mía: ¡Cuánto tiempo hace que no veo letra tuya! Te limitas á responderme. ¡No ser indispensables al corazón de nadie es tan triste! En esta desencantada y opresora disponibilidad es en la que vivo. Cada vez envidio más tu serenidad, falta de ambición, esa cristalización diáfana donde no hay la más leve mancha de deseo egoísta. La fuerza de voluntad por sí sola es impotente para alcanzar ese estado superior de alma.

Yo, hija, no puedo. No existen en mí los gérmenes de una santidad formada toda ella de heroismos tranquilos.

En estos últimos tiempos he hecho de mí más de lo que puedo en el sentido en que tan angélicamente y tan alegremente te ví caminar.

Construí un asilo. Congregué en él docenas de desgraciaditos que no tenían nada suyo, fuera de las sacudidas de la desgracia. A sus cuerpecitos enfermizos dí alimento y comodidades; dí alguna luz á sus ávidos entendimientos; restituí la

hermosa sonrisa de la infancia á sus labios precozmente contraídos y pálidos; volvílos saludables, alegres, felices... ¿Felices? Aquí me asaltaron, me atormentaron en seguida dudas punzantes.

¿Qué voy á hacer yo de todas estas criaturas, casi todas niñas? ¡Qué tremenda responsabilidad no es la de resolver el problema de su porvenir! ¿Debería adiestrarlas para que trabajasen en la industria? ¿Y estará preparada la sociedad portuguesa para, terminado el período de aprendizaje, hacer efectivo ese provecho? ¿Y en la vida práctica podrán encontrar estas niñas empleo remunerador á su actividad?...

¡Hasta qué punto es complejo y embarazoso el problema de la caridad—ó de la beneficencia, *assistance* pública, como prefiero llamarle!—Me flaquean las fuerzas con tantas dudas como me asaltan al principio de esta mi obra vacilante. Para que una obra social sea amparo y sostén de nuestra vida es preciso el estímulo de una fe ardiente. Y yo no la tengo, porque me falta la clara comprensión de mi objeto.

Eso que tan á ciegas se hace con el nombre de *caridad*, sin plan, sin conciencia, sin ideal, debería ser principalmente una función de preciso equilibrio. El medio en que ha de pasarse la vida es el que sólo determina las leyes en que debe orientársela.

¿Hasta dónde convendrá llevar á estos niños por el camino de la dignidad consciente, del gusto cultivado, de la sensibilidad y de la comprensión de derechos y deberes? ¡Delicadísimo problema!

Crear la institución ideal no es difícil. La dificultad toda está en blindar criaturas idealmente educadas, en quienes se estimularan facultades sensitivas contra las crudezas de una sociedad donde el egoismo campea ferozmente. Y las criaturas son para la sociedad. La vida en un asilo es el simple preámbulo de la verdadera existencia que comenzará más tarde.

Cediendo á un movimiento de ternura en que no entra el cálculo, estos niños se adelantan hacia mí queriendo besarme.

Siento que me vienen entonces las lágrimas, lágrimas no sólo de puro amor, sino de angustiosa aprensión, de remordimiento tal vez.

¡Y cómo preocupa todo esto y entristece y da deseos de morir!...

No, no existe en mí el temperamento rígido que hace el alma de los héroes. Este corazón mío es un pobre y humilde corazón, todo hecho de flaquezas.

¡Cómo abate mi entusiasmo la desaprobación que encuentro en los que me cercan!

No nací para la lucha, y en este triste mundo es preciso luchar siempre..... hasta para hacer el bien.

Casi todos dan limosna; en poca gente late la verdadera cuerda de la caridad cristiana. Y los hechos altruistas son, por lo común, errada é incompletamente interpretados por el limitado raciocinio de los pseudo-filántropos.

La vida no vale la pena, no. La corriente impetuosa del destino y de las imposiciones sociales, pasa derrumbando á los tímidos, subvirtiendo las tendencias naturales, espontáneas. ¡Miseria de las miserias! porque todo cuanto no es la espontaneidad, la expansión libre de la Naturaleza, es sofisma á que alguna vez se recurre por necesidad, pero que gasta por igual las fuerzas del cuerpo y las del espíritu, sin realizar la función propia del individuo.

Me siento exhausta; exhausta, sobre todo, por una lucha que no se ve, pero que va minando como la acción lenta y progresiva del *termite* insecto, haciendo solapadamente que se desplomen poderosas construcciones.

No te pido ya consuelos, Gabriela mía. Las flores delicadas de tu santidad, se mueren trasplantadas á la aridez de mi pecho.

Mientras viva, he de hacer el mayor bien que pueda; pero sin arrebatos, sin entusiasmo, casi hasta sin gusto; cumpliendo un severo deber claustral, no como quien corre embebecido al florido éxito de una vocación. Llegada la hora final, mi

conciencia estará tranquila; mi corazón estará siempre insaciado.

Y estériles como la mía, ¡cuántas vidas no habrán pasado! ¡Sólo bajar, bajar, bajar!

Antes, la simple contemplación de la Naturaleza, me daba aún ilusiones agradables. Hoy continúa la Naturaleza siendo mi única consoladora. Pero ese consuelo es sin esperanza, sin fantasías radiantes; pálida reproducción, muy gastada y confusa, de impresiones que ya nada resucitará en mí; consuelo indiferente, sereno y tristemente dulce, sin la conmoción que entrevé irisado porvenir, y reedifica en un espíritu momentáneamente abatido, risueñas construcciones quiméricas.

Querida mía, ¿sabes que ni el escribirte es ya para mí aquel límpido alivio de algún día? Hay entre nosotras un abismo, lo noto. Las últimas pruebas á que me sometí, me convencieron de mi insignificancia. Tengo vergüenza de confesarte tanta flaqueza. La verdad, infelizmente, es que, hecho el balance de mis fuerzas, reconozco que voy perdiendo siempre, siempre, terreno.

En una cosa solamente no me siento aflojar: en el respeto que me inspira tu angelical personalidad.

Siempre tuya,

GENOVEVA.

*
* *

A LAURA MOREIRA

10, MONTAGNE STREET.—RUSSEL SQUÁRE.

LONDRES.

Juncal, Julio.

Rica hija mia: Siempre tus cartas me acen aquí una grandísima falta.

Eso a de ser una diversion continua; bien lo sé. Pero eso no quita para que me pongas dos letras. Yo, si no escribo mas, es por las cabilaciones de la casa. Que lo que es si vas á

esperar cartas de tu ermana, ya estás aviada. Esto de Genoveva va cada vez peor.

La fiebre aora no se la quita y la desgana que tiene es atroz. No traga cosa ninguna, tampoco ace nada para soportarlo. Es todo ello un déjate ir, un no importarle nada. A mi no me importaba salir con ella, fuera pa onde fuera. Pero esto no lo quiere. Su andar es siempre pal asilo. Allí llega siempre.

Esto acá pa mí, lo que me paece es una tontera que se le entró por la cabeza. Si, porque las cosas bien reparadas, no dicen unas con otras. La religion de ella, si quieres que te lo diga, yo no la entiendo bien. Que á la iglesia con estar un poco apartada bien se llega allá. Y asta podia ir en coche. Pero á esta alma, el ir á misa es que no le hace mucho. ¡Pero qué cosa! Una persona debe oir siempre su misa. Asta llegará á chocar. ¡Si yo tengo de ver toavia á tu hermana trastornada de la cabeza! ¡Dios se la lleve antes que tal suceda! ¡A Nuestra Señora de las Angustias, que está en nuestro oratorio, bien se lo he pedido! Que tambien esta vida de tu hermana es la vida mas sin gusto que puede darse.

¿Quieres saber otra cosa de tu ermana que no comprende nadie? Creo que ella allí en el asilo, por lo menos así me lo contaron, empezó á decir á las mujeres que cuando se encontrasen en alguna atranco, sin saber por donde habían de salir, que viniesen á estar con ella, que luego lo arreglaba todo y le daría los consejos que viniesen á cuento. No digo nada. Siempre está aquel patio lleno de mujerío. Que yo acá de puertas adentro no consiento sino una á una de cada vez. Y eso todavía mirando al estado de tu ermana, por mor de evitar desórdenes.

Ellas vienen al olor de las limosnas. Unas lechuzas que no quieren sino sacar los ojos á una. ¡Bastante les importa á ellas los consejos y la conversación! Más á mí, más á mí, y está pronto. Pues ella toda se cansa en explicaciones, pregunta por aquí, pregunta por allá. ¡Vaya un gusto! ¡Vaya una pachorra! ¡Toavía si fuesen niños! Pero toda gente granada, capaz de

gobernarse por sí sola. Ni sé como tienen verguenza de estar con aquellas comedias. ¡To pa atrapar unas perras! ¡Abian de dar conmigo!

¡Pues y la chiquillería! Aquello de verlos reir y saltar, todos vestidos de limpio, no parecen sino hijos de familia. Lo que yo ago es no ir por allá, porque ciertas cosas me acen subir una cólera que no está en mi mano. Para ciertas embusterías ni soy ni nunca fuí. Y cada vez menos, que la esperencia es la que nos va enseñando. ¡El pago siempre es fresco! Y además con cierta casta de gente yo no cuento para nada.

Lo que á mí me parece es que el Dr. Anacleto no atina con esta enfermedad de tu ermana. Pues esto de los médicos es otra patochada bien grande. Sólo el dinero que ya me he gastado de dos meses á esta parte sobraba pa sembrar una tierra. Lo que hacen ellos es andar pa un lado y pa otro mareando asta que manda una persona al oyo. Pues la idea que yo tengo de esta dolencia de tu ermana no es nada buena. Si no fuese quien es, iría con ella á la Engracia de la Fuensanta. Aora, con el camino nuevo que hicieron, llegan los coches á la puerta.....

Los médicos bien se rien de estas cosas, pero lo que yo sé es que la Engracia allá con sus medecinas ha puesto en pié mucha gente, con quien los señores doctores no daban pié con bola.

En experimentar nada se perdía. Pero con tu ermana no se pueden acer ciertas cosas. Ni yo me atrevo, ¡cá!

¿Sabes lo que te digo? Yo oy con la experencia que tengo si tuviese ijos que criar de lo que no quería saber erà de enseñanzas. Ni tomaba maestras para nada. Los libros estos en que an puesto del revés al meollo de mucha gente. Tu ermana lo que me parece es que se puso mala de tanto leer..... Las mujeres son para tratar de la tierra, de acer el pan y de tejer el paño. Lo demás son todo tentaciones del demonio, Dios me perdone. Contigo fué otro caso, porque te casaste pronto, y siempre tuviste un genio alegre. Pero una persona, como

esta ermana tuya, siempre á vueltas consigo misma no puede parar en cosa buena. ¡Benditos sean mis padres, que nunca me enseñaron nada! Lo poco que sé con tu padre lo aprendí. Pero ya tenía otra edad, para no preocuparme. Y siempre me arreglé menos mal. Respecto de vida ordenada ni aun oy cambiaba mi cabeza por las de ustedes dos. Y siempre estuve contenta con la suerte, que es el mejor modo para una persona vivir descansada. Y en teniendo la gente salud y no faltándole lo más preciso, ¿qué más ha de querer? Asta es pecado. Lo que inporta es una persona tratar de nó consumirse, que las penas son seguras. Luego que la gente come y duerme bien levanta ya las manos al cielo. La mayor parte de la gente se echa á perder, porque nunca está contenta con lo que tiene. Se meten á pensar en esto y en aquello y vuelcan el puchero.

Hija, si ves por ai al primo Hugo dale muchos rrecuerdos de mi parte. Ya ace un año aora que vino por acá por primera vez. El tiempo corre como las aspas de un molino. Nadie me saca de mi tema, que él se moría por tu ermana. Ella es la que siempre lo que izo fué echarle pa atras. Genio más seco, más despegado, nunca lo ví.

Pues aquello era un muchacho de verdad, bien mal empleado en la tal inglesa, que esa por lo visto es una grandísima tontaina. ¡Pero qué mal empleado! Lo que es a tu ermana ya no espero verla casada, como no sea con la sepultura. Mas veces he llorado cuando me viene esta idea. Lo que todavía me vale es tener este genio de no entregarme á las cosas. Si no, estaba divertida.

Procopio viene aora á llamarme para asistir á unas plantaciones. Tengo que ir allá. Cierro la carta por causa de aprovechar al mozo que ba pa la billa.

Pide tu á Dios que me dé paciencia.

Tener una hija así y no tenerla biene á ser la misma cosa. Las palabras que nosotras cambiamos se pueden contar. Yo tanbien, pa no decir lo que me parece, prefiero estar callada. Paece á veces que son dos mochuelos los que viven en esta casa.

Todos te mandan expresiones, pero me falta aora bajar para tratar de eso.

Recuerdos pa tu marido.

De esta tu madre que mucho te estima

FELICIANA.

***

A FELICIANA MONTAÑA

JUNCAL-VILLAVERDE

PORTUGAL

Londres, Julio.

Mi querida mamá: Me da mucha pena de verla disgustada así. Y yo aquí tan lejos, sin poderla acompañar sino con el pensamiento.

¡Qué desconsuelo que Genoveva sea de ese modo! Yo no le escribo ya. ¿Para qué? No me responde. Eso es todo por la enfermedad; pero nosotros no tenemos culpa de que esté enferma. Es triste pensar cómo ciertas enfermedades transforman á las personas, volviéndolas egoístas.

¡Tanto amor para los extraños y tan poco para la familia! No sé qué bondad es esa. Por acá esa no cuela. Eso es ya una monomanía. No debemos extrañarlo, porque hay muchas enfermedades que atacan así al cerebro. El consejo que le doy á usted es que no se aflija. Deje correr el mundo. Ahora lo que me parecería conveniente era ver si, de algún modo, se impedía el gasto loco que Genoveva está haciendo. Hasta es capaz de comprometer seriamente la casa, si usted no sabe imponerse; y, además, que nos vamos á quedar en la puerta de la calle. No es justo que por causa de ella vengan á sufrir otros. Antero gana bastante; pero también se gasta mucho con la representación, y por eso nos hemos alcanzado un poco. En ciertas posiciones no hay remedio sino sustentar las apariencias, aunque sea á trueque de algún sacrificio.

Lo duro es ver á nuestros parientes echar el dinero río abajo.

Genoveva, soltera como está, sin gasto ninguno obligado, podía guardar muchísimo.

Me desespero cuando pienso en esto. Estoy indignada con ella. Se me llevan los demonios.

Esa caridad que hace al azar, sin saber á quién, es una caridad que no entiendo.

Ella misma acabará por desengañarse. Esa gente de ahí es la gente más ignorante y estúpida que hay. No agradecen nada. Al fin le darán de puntapiés. A su costa es como ella ha de aprender.

Estas originalidades de Genoveva, mi querida mamá, no le han venido de los libros.

Ella siempre fue así. De niñas ya no nos entendíamos. Cada una iba por su lado. Ella siempre con unas ideas tan excéntricas, unas diversiones tan diferentes de las de los otros niños.

¿Sabes, mamá, que Antero—no sé si de propósito para hacerme rabiar—está siempre de parte de Genoveva? *La admira* mucho—son sus propias palabras. Hasta *simpatiza* con todas las locuras que está haciendo. Ya le he preguntado por qué no le hizo la corte á ella. Dice que eso no tiene nada que ver; que son cosas muy diferentes.

A los hombres nadie los entiende. La manía de Antero ahora es tener pena de Genoveva. Yo por quien siento dolor es por usted. Ella que no sea tonta. Siempre tuvo la pretensión de ser diferente de las otras personas.

Lo que yo querría era poder estar ahí para acompañar á usted, mas Antero no puede por el momento dejar su puesto.

Diversiones no faltan. A veces hasta son por demás. Yo nunca paro en casa. Por un lado es lo que me vale para aliviarme del peso de esas cartas que vienen de ahí. Sólo de leerlas me pongo mala. Por mi voluntad me quedaría muchas veces en casa. Pero no me dejan parar. Las inglesas, conocidas de cerca, tienen genio divertido y hacen burla de todo.

Recibimos invitación para una *Garden-Party* en casa de lord Duff. Vino el convite muy tarde y no tenía ya tiempo de mandar hacer una *toilette* nueva. Por eso no fuimos.

A casa de los primos ricachos sólo puede irse de gran uniforme. Lo he sentido, pero preferí no ir.

He visto algunas veces al primo Hugo. Parece que continúa dándose buena vida con el casamiento. Se ha puesto más grueso, y el aire inglés que ha tomado le sienta bien. Está hecho un *gentleman*. Esto ha sido un ideal de matrimonio. La mujer siempre la misma, á pesar de que llevan ya seis meses de casados. No le suelta nunca. Se habla de que irán dentro de poco á Portugal. Es imposible que el marido no llegue á hartarse de tanto amor. Cualquier día se dan de cachetes. Siempre pasa lo mismo. Me reiré mucho. Ciertas ridiculeces me atacaron siempre los nervios.

Querida mamá, tengo hoy un ciento de visitas que hacer; por eso no escribo más. Antero está siempre impaciente cuando llego tarde á comer. Me dice que le estoy extragando el estómago. Es preciso mucha paciencia para aguantar á los señores maridos.

Muchos recuerdos de éste su pésimo yerno, y un abrazo de su hija

LAURA.

***

A LAURA MOREIRA

10, MONTAGNE SYREET.—RUSSELL SQUARE

LONDRES.

Juncal, Setiembre.

Rica hija mía: Te e mandado solo telegramas porque mi cabeza no estaba para escribir cosa ninguna. Esta muerte de tu ermana me parece entoavia un sueño. Yo bien la beia enferma, pero nunca crei que fuera una enfermeda de muerte. Ya ace mucho que le daba la fiebre por las tardes, pero era

asi una fiebre pequeña. El juebes es que aquello se bió ir en aumento. Toda esa noche tubo un calenturon descompasado. Era un delirio, un delirio que nadie le entendía las palabras. Se ponía con los ojos espantados en la pared, que asta metia miedo, y todo era gritar *¡Hugo! ¡Hugo!* ¡Mire usté pa donde le fue á dar la fiebre!

¡El pobre muchacho que nunca la hizo ningún mal! ¡Pero qué vueltas acen dar las enfermedades á la cabeza de las personas!

El doctor Anacleto dice que eso fue como una meningitis que le dió por la cabeza. Yo acá lo que digo es que nunca entendió esta molestia. Si sabia que tu ermana se moria debia abermelo dicho.

Asi, ni se le pudieron dar los sacramentos, ni nada.

Pero Dios Nuestro Señor a de tener aquella alma en reposo. ¡Que aquello era mismamente una santa! Alma mejor nunca la conocí.

Ni se bien si ella conoció la muerte. Pero la bispera, el jueve, entoavía me dijo así: «Madre, si yo falto, a de sostener el asilo como yo lo puse.» Yo no le dije nada, y me eché á llorar. Ella, ¡pobrecilla! se puso á mirarme muy fijamente, y las lágrimas le corrieron por la cara.

Está claro que el asilo queda de mi cuenta. Se han de acer las cosas con orden; pero dejar en la calle á los muchachitos que estaban allí á la ora de su muerte, eso es lo que yo no ago. Las dos ayudantas que ella tenia son bien competentes para mirar por todo. Como piden su salario an de tratar con amor á los niños. Yo tambien iré de vez en cuando para ver cómo anda aquello. Con niños pequeños, lo principal es que la gente se de á respetar, si no luego abusan. Quien de confianza está perdido. He de rogar esto á Rosita del Canizo, y á más á la pequeña del sacristan, cuando no pongan aquello en un desorden que ni el demonio se entienda. Y yo no estoy ya pa quebrarme la cabeza por causa de esos diablos. Ya que Dios no me dió nietos que aguantar, quiero tener mi vejez so-

segada. Si fuera preciso tenerlos sujetos, se meterá á alguien más, que por los modos esa era la idea de Genoveva.

¡Pobre ija! ¡Qué entierro tan bonito llevó! Iba toda cubierta de flores. De las señoras de la villa vinieron bandejas y bandejas de ellas. Parecia un dia de fiesta. ¡Pobrecita! Era una paloma. Su genio es lo que fue contra ella. Pecados grandes á los pies de Dios no los llevó. Ni aquella alma era acá pa este mundo. Eso ya nació en ella. Mi tio, el Padre Juan, que era un hombre de saber, siempre decia que la cabeza, de dar vueltas, se entontecia. Es de ver los onbres de oy lo enclenques que son! Los del campo unos hombrachones. Eso si que es gente. Ni quiero pensar ya en lo que no tiene remedio.

¡Ai, ija rica! Para lo que yo abia de estar guardada en este mundo! Si no fuese por lo que pienso en el trabajo yo no resistia una cosa de estas. Lo que á mí me vale todavia es este genio vivo, que siempre tuve. En aquella ocasion, toda yo me consumo; pero despues, yo aquí me las paso. ¡Cuando las cosas no tienen remedio, de qué sirve! Todavía hoy Joaquina Platas, aquella chismosa que me lava la ropa me faltó con un par de sabanas de hilo. Yo tenía desconfianza de ella ace tiempo y aora es pa lo que le e de descontar las sábanas, si no me los trujera por fuerza. Pues oy comenzó con esto el dia. Me puse con dolor de cabeza. Pero aora ya dejé el corazón á mis anchas. Para lo que é de vivir ya no vale la pena tener disgustos. Quien quede aquí que se las arregle.

Con paciencia todo lo lleva la gente; pero con la muerte de tu ermana aún no me conformé.

Es duro criar la gente una ija y perderla cuando tiene la vejez á la puerta y precisa de quien le de amparo. Mas fue voluntad de Dios! ¿Qué se le a de azer?

Adios, rica ija mía. Dios te de mucha salud y más á tu onbre. Quiero al menos tener quien me cierre los ojos cuando llegue la ora.

Aceta un abrazo de esta tu madre que mucho te estima,

FELICIANA.

¿Quieres saber otra cosa?

Tuvieron bicho los melocotoneros, que este año no me quedo ni rastro de ellos. Cuando la rueda se descompone es pa todo. ¡Ya lo creo!

***

A ENRIQUE BELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Hotel de Braganza, Octubre.

Querido Enrique: Desde que te abracé últimamente en París, en la *Gare*, ¡qué impresiones tan distintas y encontradas! Llegados á Lisboa, nos instalamos en el *Braganza* y pusimos luego en acción la más agitada vida de *touristas*.

Kate quería ansiosamente ver todo, con una curiosidad completamente nerviosa, cualidad predominante de su temperamento. Te aseguro que procuré cuanto pude serle cicerone impecable. Tengo la seguridad de haberle hecho irreprensiblemente las honras de nuestra capital; tan bien, que nunca le dejé percibir qué ajeno andaba mi espíritu de esos movimientos mecánicos en que procurábamos sacar á cada día la mayor cantidad de tiempo. Así es como á una inglesa le gusta viajar. *Time is money*.

Entre tanto mi espíritu andaba lejos. Aquella muerte de Genoveva, inesperada é inexplicable, trabajábame en el cerebro con la fijeza de un caso patológico. Era una idea fija; una obsesión insistente, exclusiva. Quería ir al *Juncal;* precisaba absolutamente ir al *Juncal;* pero sólo, libre, independiente, sin impedimentos, sin cadenas, sin esposas. ¿Cómo conseguirlo?

Hay fenómenos en la vida externa de nuestro sér que hacen creer en la intervención de una Providencia bienhechora, cuidadosa de suministrar algún bálsamo inefable á los pechos más destrozados.

Una mañana, Kate me reveló un vehemente empeño; ir á

pasar ocho días, haciendo lo que en lenguaje conventual se llama la *retraite*, en el recogimiento de X, donde hay dos monjas inglesas amigas suyas.

Tenía hacia esto la mayor devoción para la feliz prosecución y remate del largo viaje que emprenderemos al dejar Portugal. El anhelo era piadoso y respetable. ¿Qué podía darle yo sino la aquiescencia? Adivinarás el íntimo alborozo con que lo hice.

Y he ahora pasados ya esos ocho días de libertad, cuyo último aliento aprovecho para este inmenso placer de escribirte, como á un hermano, como al único amigo, dejando airearse completamente las paredes internas del corazón.

¡Libertad, opulenta y dulce inspiradora de los más refinados fenómenos de nuestro cerebro! ¡Cuánto más hermosa, atractiva y radiante no te nos apareces una vez perdida!

Yo alivié ya mi luto, cediendo á las instantes solicitaciones de Kate, oprimida por el traje que reputa de mal augurio.

Solo, con el gozo penetrante de mi voluntad plena, vestí otra vez de luto riguroso, y dejé abstractamente que el tren me llevase en dirección de Villaverde, en la más hermosa mañana de otoño que puede fantasearse en clima portugués.

¡Qué viaje aquel!

Hoy casi no distingo si fue sueño ó realidad lo que entonces pasaba en mi espíritu.

Son horribles las tempestades que á veces se desencadenan en el pecho de un hombre.

¿Por qué deseaba yo tan ansiosamente llegar al *Juncal?* Mal sabría definirlo. Quería eso, y sólo eso, con un desatinado querer de maníaco. Había una fuerza superior á todo lo demás, que me impelía para allí. Iba; tenía que ir; ¿por qué, ó para qué? No podía decirlo. Mi razón no tenía que ver con aquello. Habíase detenido el raciocinio; apenas sentía.

Todos los pequeños accidentes del camino, un año antes marcados con el alborozo del júbilo, dábanme ahora golpes

muy fuertes. Sentía una guerra cruel que me retorcía el pecho.

Y todavía, en ese punzar propio, había un delicado sabor amargo que yo buscaba con una especie de feroz avidez.

Llegué por fin al *Juncal*. Tengo la seguridad de haber sido ridículo. Sollozaba alto cuando me abracé á la robusta é ingenua doña Feliciana, estrechándola fuertemente contra mi pecho, como si en realidad fuera afligido viudo, llegado de largo viaje para recibir el último aliento de la esposa querida, exhalado para él en el devotísimo seno materno. Yo era entonces completamente irresponsable de mis actos. El vejestorio también lloró, pero sin excitación, como persona principalmente temerosa de Dios y devotamente conformada con sus inexcrutables designios.

Serenada la aguda crisis, pude tener ideas. Indagué, hice pesquisas; quería saber todo.

¡Inesperada, dolorosísima revelación, hecha por aquella mujer en la más estúpida inconsciencia!

En la enfermedad y en la muerte, en los delirios de la fiebre y en las agonías del tránsito, era siempre mi nombre el que estaba en los candidísimos labios de Genoveva. Creí á veces perder la razón junto á esta vieja que, ignorándolo, me clavaba y tornaba á clavarme un puñal empapado en veneno. En ese veneno entraba una intraducible mezcla de sentimientos; pero un ansia desesperada de amarguísimo remordimiento era lo que principalmente me torturaba entonces.

Acababa la tarde. Fuí á visitar el asilo, que era, por decirlo así, la síntesis de los últimos cuidados de ella: amor de humanidad, con el cual acaso pretendía engañar ese otro amor incomprendido de que moría. Era para mí esta visita como piadosa romería.

Acaricié y besé paternalmente todos aquellos niños á quien ella dedicó cariños de madre.

Tenía la vaga intuición de que ella me vería desde alguna parte, aquilatando por esa tierna expansión la inmensidad de ternura que yo podía y quería haberle dado.

Volví de allí mucho más abatido, por el compenetrado sentimiento de mi irremediable viudez.

Pasé la corta velada en melancólico *tête-à-tête* con doña Feliciana. Deseaba que me hablase siempre, incesantemente, de Genoveva.

Ella, sin embargo—grande, imperativa fuerza de la Naturaleza—se distraía de continuo para hablarme de sus aceites y de sus viñas, de los repollos y de las lechugas de su huerta. Despechado con aquella propensión animal, pedí permiso para recogerme pronto.

Vestido, sobre la cama, pasé el resto de la noche sin procurar dormir. Esperaba impaciente el primer albor de la mañana.

¡Cómo pasé aquellas horas! Sentíame transido, traspasado por el remordimiento y el dolor. ¡Qué necio ó qué desgraciado era! ¡Cómo se habían conjurado de propósito las circunstancias contra mí, contra ambos! Éramos dos vencidos del destino. ¡Cómo daría yo ahora toda mi vida por un solo año, por un solo día, con ella y para ella! La brutal crueldad de lo irreparable pesaba atrozmente sobre mí.

Llegó por fin la mañana. Rompía límpida, serena, fresquísima. ¡Qué envidiable reposo el de esa Naturaleza grandiosamente lozana y tranquila! Era la hora preferida por Genoveva para sus paseos solitarios á caballo. Por un momento, la torturante imaginación se encaprichó en forjarme un cuadro fascinador. Soñé en ese instante que nos pertenecíamos uno á otro, y que juntos, llevando al paso nuestros caballos, íbamos gozando así de aquella mañana incomparable, campo afuera, hablando poco y sintiendo mucho, unidas más que nunca nuestras almas por el común y eléctrico arrebato de aquella fascinación panteista é hipnotizadora. Era una fantasía exquisitamente romántica. Todavía una vez más volvía yo á ser buen portugués. Y sin la menor resistencia, antes con delicioso abandono, me daba por entero á aquellas inefables impresiones que en breve estarían muertas también.

Como acróbata experimentado, salvé la puerta de hierro de la quinta, todavía cerrada á aquella hora. Y, medio sonámbulo, me dirigí al cementerio. También estaba cerrada la puerta del pequeño y poético camposanto. El muro que lo separaba del camino, era bajo y practicable sin esfuerzo.

No me costó encontrar la sepultura. La víspera había tomado informes. A pocos pasos de la tumba quedéme embarazado, no atreviéndome á avanzar. Por un instante miré alrededor hasta donde podía alcanzar. Imponente y bellísimo cuadro.

Hacia Naciente, ya levemente enrojecida, la graciosa línea del horizonte. Al Oeste, algunas pocas estrellas brillando pálidas. Sobre la tierra, deliciosamente humecida por el rocío, todos los cambiantes del verde en un variado y deslumbrante matiz. Cortando el espacio tranquilo, leve, delicado batir de alas. Dulce pío amoroso, sonando en cada rama. Inesperadamente, en la majestuosa calma, el golpe magnético de campana vigilante sonando los tres cuartos. Y derecho, con la blancura de los fantasmas, en mi frente, el mármol impenetrable, indiferente y frío, que guardaba de mi contacto los restos de la que había sido, sin saberlo, sin yo mismo haberlo comprendido tampoco, la elegida de mi alma.

¡Qué agudísimo dolor el que allí me postró de hinojos, tal vez más de abatimiento que de piedad!

Pero, en aquella hora, también yo me sentía profundamente religioso. Hasta creo que recé. Por lo menos hablé á Dios; pero no recuerdo en qué términos. Ella debía verme, de seguro. Como quien en el delirio de gratitud ansía pagar una deuda impagable, yo quería darle en aquel momento toda la energía de mis sentimientos. Aquello era para mí como unas bodas. Puedes creer que pasé allí, arrodillado, el momento de mayor amor de toda mi vida. ¿Cuánto tiempo estuve así? No lo sé.

Una voz de viejo, desde la calle, me despertó.

«¿Qué se le ha de hacer? ¡Fue voluntad del Señor!» – sonó

de aquella parte, á modo de consuelo. Yo había llorado mucho. Debía estar ridículo para el mundo. Me levanté avergonzado; volvíme y saludé al hombre. Era un viejo, de estúpida apariencia y piel tiznada.

«¡También mi vieja, la Custodia, se fue por S. Martín!»—y se pasaba por los ojos la manga agujereada.—«¡Y también falta ya poco para que yo me vaya á estar con ella! Alguno tenía que ser el primero».

No hablé. No podía. Aquella sincera y confortante religiosidad me dejaba absorto y transido.

El vijecito me dirigió aún una larga mirada sin expresión; después saludó y partió. Quedé extático al observar aquella figurilla corcovada y pintoresca, que aumentaba el palo sustentando al hombro el cesto de provisiones, antes de S. Martín, meticulosamente preparado por la Custodia, hoy toscamente arreglado, sin mimos, por el mero, bestial instinto de conservación propia.

¡Qué cruel es la vida!

Y á pesar de todo eso, libre al menos de las trabas de la civilización, viviría sincera, natural y completamente su campesina novela!....

En aquella tarde me despedí, creo que para siempre, de la prima Doña Feliciana. No la abracé como á la llegada. La emoción sentimental en que vibraba aún todo mi sér, retraíase de lo pedestre de aquel organismo predominantemente animal.

Al partir, me resigné á sepultar para siempre mi etéreo sueño en este mausuleo de la memoria, donde no puede mano atrevida ir á profanar lo que place mantener apartado de contactos impuros.

Kate vuelve mañana del convento. En breve iremos á ver las mayores curiosidades del mundo.

Doy los últimos destellos de libertad á esta carta, que no podía mostrarle, y donde cierro la página más sentimental, más tierna, más consoladoramente portuguesa de mi juventud. No destruyas este papel. Quizás me plazca aún releerlo algún

día. Entre las estaciones extremas de la vida existen muchas más analogías de lo que generalmente se piensa.

Si llegase á la época de la existencia en que indiferentemente á lo que pasa, se vive, sobre todo, del recordar, tal vez entonces gozara aún recordando esta última expedición mía al *Juncal*. ¡Tal vez!.... Ahora voy á zambullirme en el torbellino social; voy á pedir abundantemente á la vida mundana los regalos que el dinero puede comprar. Vendré seguramente á dar en un famoso egoista. Este es el barro de que se hacen.

En la esencia de la natu raleza humana hay un fondo de latente protesta, un como fermento de venganza. Volvernos peores de lo que podríamos haber sido, es muchas veces una simple represalia inútil contra el destino.

Las mejores fuerzas de mi voluntad voy á emplearlas ahora en volverme *un hombre feliz*. Me anima aquel concepto de Camoens en una de las cartas: «*En el mundo no tiene buena suerte, sino quien tiene por buena la que tiene.*» Hay una soberana filosofía en este dicho: «*El largo empleo de los años se convierte en naturaleza.*»—También es del mayor de los portugueses esta circunspecta máxima. Me fiaré de ella.

Me habituaré á todas las fortunas con que la suerte me ha acariciado, hasta llegar á encarnar rubicundamente en esa segunda naturaleza. Para esto, los hombres fueron hechos de barro blando, que á todas las formas se adapta.

En la faz de la tierra todo vacila y cambia. ¿No mudan hasta los principios, y con ellos toda la base de nuestra vida de la conciencia?

Dentro de poco, tal vez me parezca incomprensible el romanticismo de mis veinticinco años. ¡Tal vez! Pero esto no quita el menor valor á las impresiones intensísimas porque acabo de pasar, á las cuales pone difinitivo término esta carta. Al contrario. Aunque transitorias, las crísis agudas de vibración psicológica, hubo un momento en que fueron soberanas; y el valor de ese momento lo centuplica la imposibilidad de la repetición del fenómeno.

Enrique, fuí un tímido, un irresoluto, un cobarde. Sufrí duramente las consecuencias de mi desastrado temperamento.

Ahora voy á hacer esfuerzos para ser osado, un expedito, un arrogante.

Con talas elementos constitutivos, debo llegar á ser un *victorioso*.

Lo peor..... lo peor es, que bien puede el mundo no tener ya para mis *victorias* un trofeo digno de ellas.

Grande achaque este de las enseñanzas de la experiencia *de ser* casi siempre extemporáneas. Así, la sabiduría adquirida por experiencia propia se vuelve, de ordinario, inútil. Triste corolario de la vida!

Tuyo siempre,

HUGO.

A la vuelta de América, dentro de algunos meses, tocaremos en París, de camino para casa.

Enero;, Abril, Julio, 1899.

CAÏEL.

LOS PLACERES EN CHINA [1]

PLACERES CAMPESTRES

PASEOS Y PEREGRINACIONES

Hang-Tchen y Su-Tchen son, sin duda alguna, las comarcas más favorecidas de China. La primera posee un lago, el de Si-Hu, rico en alrededores pintorescos; la segunda está fecundada por el río Tchinn-Huai.

Dice un proverbio, muy popular en China:

«Lo más hermoso del cielo es el paraíso; lo más hermoso de la tierra Su y Hang.»

Por la noche, río y lago se ven surcados por embarcaciones de recreo vistosamente iluminadas; por todas partes repercuten cantos y risas. Bordean las riberas casas de campo resplandecientes de luz, y asoman por todos lados rostros encantadores y satisfechos.

Habitan ese delicioso país nuestras más lindas mujeres, desde cuyos pabellones de variadas formas, admiran los hermosos espectáculos de la Naturaleza y..... se dejan admirar al mismo tiempo. Se dice también—tal es la fama de esa región encantadora—que en Hang-Tchen la luna, en lugar de mostrarse algunas veces triste, se muestra siempre alegre, como para participar de la alegría universal. ¡Cuántos cantos de amor ha inspirado en esos lugares! ¡Cuántos versos, cuántas

(1) Véase La España Moderna, de Setiembre.

melodías ha hecho brotar el apacible astro en ese paraje afortunado! He de añadir que en esas dos provincias nacen las mujeres más bonitas de China.

También Su-Tchen, además del río, posee un lago llamado Tai-Hu, en cuyo centro se elevan una porción de islas montañosas: las de mayor altura son las Tung-Ting-Chan; en otoño, cuando se doran las hojas de la viña silvestre, el contraste que ofrece el color rojizo con el verde de los bambúes y los pinos, es pintoresco.

Al Oeste de la ciudad se alza una montaña, conocida con el nombre de «La roca encantada», y en donde se conserva aún la gruta de Si-Si, la favorita del príncipe U-Uang, de Su-Tchen, la mujer más hermosa de China; muy cerca de allí se admira el lago *de las Flores,* los senderos *de los Perfumes* y el pico del *Rey,* desde el cual la montaña de Tung-Ting aparece como una gran flor verde sobre el lago, blanco como la nieve.

Al Nordeste se eleva otra montaña, la de Fu-Kin (Tumba del Tigre); se cuenta que cuando el emperador Tchin-Sse-Huang quiso violar la tumba del príncipe U-Uang, saltó un tigre para protegerla, y de aquí su nombre. Más abajo, otra tumba encierra el cuerpo de una joven, célebre por sus amores desgraciados. Son tan tristes los versos que legó la infeliz muchacha, que cuantas personas sensibles los leen, se dirigen á visitar la tumba, en la que depositan flores.

He aquí uno de los poemitas de aquella desgraciada:

Me prosterno ante la virgen budista, tan buena y misericordiosa,

Para rogarle que, en mi vida futura, ni me haga volver al mundo ni me tenga en el paraíso.

Deseo que me bendiga con una gota de rocío que proceda de su rama de sauce (1)

A fin de que me transforme en una flor de loto doble.

La flor de loto doble pasa por tener las dos flores, mascu-

(1) Alusión á los hisopos budistas.

lina y femenina, en el mismo tallo. Es un emblema de la unión de los corazones y del amor dichoso.

El mármol de la tumba está lleno de inscripciones poéticas trazadas por los visitantes, con las mismas rimas que empleó la muerta.

No lejos se alza otra montaña llamada Hua-Chan, en donde Lao-Tze se entregó, durante algún tiempo, á la meditación. En el vértice de la montaña se extiende un lago, el *Lago Çeleste,* donde en verano florecen lotos dobles de extraordinarias dimensiones. Dícese que antiguamente comían esas flores para alcanzar la inmortalidad.

Abundan en estos parajes sitios célebres, lugares históricos.

Corona generalmente cada una de esas montañas un monasterio, y en el corazón de la primavera acuden todas las damas del país para hacer alguna ofrenda á Budha, circunstancia que aprovechan los galanes para admirar á las bellas.

Suben al monasterio en sillas de manos, y á la bajada las damas van de espaldas, costumbre singular, cuya significación no hubiera llegado nunca á comprender si la casualidad no hubiese puesto ante mis ojos los siguientes dos versos del siglo XVII, escritos por una mujer:

Desciendo de espaldas, y vosotros me seguiréis de frente,
Con objeto de que no volvais la cabeza á cada paso.

En Hang-Tchen abundan más aún los lugares célebres. Si-Hu, que ya hemos nombrado, circunda el lago un paseo ornado de sauces llorones cuyas ramas se sumergen en el agua, y cierran el horizonte las montañas el *Fénix,* la *Mampara de Piedra,* la *Montaña Solitaria,* la *Curga,* lugar favorito de los paseos del Emperador Tchin-Sze-Huang; más de una vez amarró al pie de esa eminencia la embarcación del destructor de libros; la montaña de la *Música,* donde la corriente de las aguas se detiene y se quiebra con ruido ensordecedor; la montaña del *Dragón Blanco,* y la *Imperturbable,* sobre la que existen aún algunos utensilios que, según la leyenda, sirvie-

ron á los inmortales para preparar sus drogas encantadas. Deben citarse todavía los montes de la *Columna Celeste*, *del Puño, del Ojo del Cielo* y el *Espejo de mármol,* formado por una gran roca redonda y pulimentada en la que uno se puede ver como en un espejo; el Emperador Tchia-Tchung, de la dinastía de los Tchang, daba frecuentemente banquetes en esa montaña de mármol, y como los convidados colgaran sus abrigos en las rocas que hallaran á mano, el Emperador llamó á esas rocas *Marechal I King.* (Uniforme bordado). Acerca de la *Montaña Volante*, se cuenta lo que sigue: Un sacerdote indio que la llegó á ver, manifestó gran asombro: «¿Qué tenéis? —le preguntaron.—Esta montaña — respondió — pertenece á mi país, y no sé cuándo haya podido volar hasta aquí.» Después de la cumbre de los *Diez mil pinos*, vemos el monte del *Crepúsculo rojo*, llamado así porque, en la primavera, los albérchigos en flor dan á la cima el aspecto de los fuegos del crepúsculo ó la aurora.

Llevan nombres poéticos una porción de lagunas y arroyuelos. Una extensión del río Si-Hu, se llama el *muelle de Su-Kung*, porque en ella hizo plantar Su-Tung-Po nenúfares, y «Fu-Yung» *(bibiccus mutabilis)*. Numerosas poesías han sido dedicadas á cantar el citado lago. La más célebre de todas es la siguiente, debida á Su-Tung-Po:

Comparad el lago Si Hu á Si-Si (1).
Es más sencillo y más bonito porque se adorna menos.

Otro autor más moderno dice:

Los viajeros se encuentran como enmedio de un cuadro y creerían que son bordadas todas las pintorescas construcciones.
Así no me extraña que la dinastía de los Chung
Prefiriese ese lago á la mitad del territorio del Imperio.

He aquí más lirismo todavía:

Diez leguas de lotos y el otoño, rico en flores de cuán,
Atraen á su seno al soberano.

(1) La más hermosa de las mujeres célebres de China.

Todos cantan
La nueva melodía titulada el Canto de los Sauces.
Lo que ha hecho que se cambie la capital del Imperio,
Abandonando á Pien-Tchen por Hang-Tchen.
Por último, dice otro poeta:
Los céfiros perfumados embalsaman los rayos de la luna:
Al través de los doce pisos de la montaña,
Sube la corte, por la noche, al pabellón de la ociosidad,
Contemplando, desde lo alto, el panorama,
Que ofrece una vista encantadora cuando todas las casas se iluminan.

Basta con esto para dar una idea de los paisajes más hermosos de China; son muchos los puntos de vista, y cada uno presenta un encanto particular ó una circunstancia memorable, ya histórica, ya legendaria. Por eso es muy difícil la descripción completa de esos lugares. El hombre se siente impotente para describir todas las bellezas que prodiga la gran artista: la Naturaleza.

LOS BAÑOS

Hacía un calor tropical: ni la más pequeña sombra, ni la más ligera brisa. El verano es asfixiante en el Mediodía de de China. Apercibíame á buscar un abrigo para pasar una tarde agradable, cuando llamaron á mi puerta.

Eran unos amigos que venían á buscarme para ir á tomar un baño. Habían tenido la precaución de traer con ellos una silla de manos y nos pusimos en marcha.

Más allá de la puerta Nordeste de Fu-Tchen hay un manantial de aguas sulfurosas, muy apreciado por los habitantes: unos se bañan en la piscina general, reservada al tratamiento de las enfermedades cutáneas; otros, los que van sencillamente por aseo y placer, ocupan cuartos particulares. Conviene advertir que hay dos piscinas, una para cada sexo.

No hay para qué describir el baño general, que no ofrece

nada de pintoresco; pero he de decir algunas palabras acerca de la instalación interior que, por lo que sé, no tiene semejanza con la disposición de los baños de Occidente, ni con los de Turquía.

La casa está siempre edificada enmedio de árboles frondosos y los cimientos se sumergen en el agua. Un amplio peristilo conduce á un edificio de uno, ó de dos pisos, á lo sumo, de forma redonda ó rectangular, todo cubierto de cristales ó iluminado por ventanas, cuyos marcos de madera esculpida tienen, en vez de vidrios, papeles transparentes ó seda. Junto á las ventanas de la fachada hay unas mesitas, distribuídas como las de los *restaurants*; detrás están los cuartos de baño.

En cuanto llegan los bañistas son recibidos por los empleados, que les presentan te y pipas con tabaco. Al mismo tiempo se les sirve pepitas de sandía para que se entretegan mientras se prepara el baño, á cuyo fin se ve desfilar á los bañeros que llevan en cubos el agua humeante, sacada del manantial.

El cuarto de baño contiene una bañera redonda, atravesada en su diámetro por una plancha, sobre la que se sienta el bañista de manera que su cuerpo no se sumerja, y lo que se hace es echarle agua por todas partes con una buena esponja.

Terminado el baño, se visten los bañistas y vuelven á sentarse ante las mesas, en las que se ha servido una merienda, compuesta de platos ligeros, pero exquisitos; se bebe vino, se ríe, se bromea y se juega á pasatiempos semejantes á la *morra* italiana: á adivinar el número de dedos elevados por los jugadores. El que pierde bebe; felizmente, los vasos son muy pequeños, sin lo cual sería difícil perder á menudo. Después de haber comido se juega á los naipes, al dominó, al ajedrez. La música del establecimiento ejecuta mientras tanto su repertorio.

De esta manera se pasa la tarde al fresco, á la sombra del tupido follaje de corpulentos árboles. El establecimiento es, como se ve, una mezcla de casino y balneario. Cuando se

oculta el sol, los bañistas, frescos y contentos, regresan á sus casas en palanquines, al través de los campos.

En el Norte, los establecimientos de baños están dentro de las ciudades, y por lo tanto no es tan agradable su situación. Por lo demás, la instalación es, poco más ó menos, igual á la que acabamos de indicar, con una diferencia, no obstante: se quema incienso en los cuartos de baño, y en cantidad tal, que la humareda ciega al entrar é irrita los ojos hasta hacerles derramar lágrimas.

Habrá observado el lector que no he hablado sino de baños calientes, y es que los chinos son muy enemigos de los baños fríos, considerados como perjudiciales á la salud; los hijos de los ribereños son los únicos que se zambullen en agua fría, tan generalmente desdeñada, que hasta para lavarse se emplea el agua tibia. Ni siquiera se bebe el agua fría; y esta es una de las razones por qué se ha extendido tanto el uso del té, pues la infusión permite beber agua templada.

LA COMETA

Uno de los juegos que contribuyen de una manera eficaz al desarrollo del cuerpo de los niños es, sin duda alguna, el de la cometa, que siempre ha sido popular en China. Los muchachos corren, tiran de la cuerda, respiran aire vivificante y desarrollan sus fuerzas y su destreza.

La primavera es la época de este juego en el Norte y Centro de China, y el otoño en el Sur. Nuestras cometas son, por lo general, mayores que las de Europa: se indica su tamaño por el número de papeles que sirvieron para confeccionarlas: así se dice de dos papeles, de diez, de treinta y dos. Estas últimas son mucho más altas que la estatura de un hombre.

Hay diversidad de formas: mariposas, escarabajos, pájaros de toda especie y todas magnitudes, dragones monstruosos: la

cometa es conocida generalmente entre nosotros con el nombre de *águila de papel*.

Las cuerdas que las sujetan varían de grosor—según la dimensión de las cometas—desde el hilo más tenue hasta el cáñamo de un diámetro de varios milímetros.

En la época del juego se cubre el cielo con esos pájaros artificiales que describen caprichosas curvas y sombras fantásticas sobre el fondo azul del aire.

Se dice que un día, como tuviese necesidad de ausentarse, por unos momentos, uno de los jugadores ató la cuerda á la cuna de un niño: cuando volvió, la cautiva cometa habia recobrado su libertad, llevándose por los espacios cuna y niño, que desaparecierou para no volver más.

No siempre se llevan los niños las cometas, por grandes que éstas sean. Frecuentemente se entablan combates aéreos entre los volátiles de papel. Los muchachos, imprimiendo hábiles movimientos á la cuerda, tratan de acometer y enganchar á las cometas de sus adversarios. El que lo consigue, si además es el más fuerte, tira de la cuerda y se lleva las dos cometas como trofeo de su victoria.

Otras cometas más pacíficas se entregan al arte que domestica á las fieras; es decir, se dedican á cultivar la música. A las tres cuerdas que se cruzan en la cara de la máquina volante se ata un arco, provisto de varias cuerdas paralelas, y el viento, al agitar al pájaro artificial, hace vibrar dichas cuerdas y esparce á lo lejos los sonidos de esa arpa eólica celeste. Como es consiguiente, los niños llegan á adquirir en el juego una gran destreza. Y en verdad que constituye un espectáculo interesante asistir á ese certamen de astucia y fuerza de los jóvenes combatientes que, estimulados en su amor propio, hacen prodigios para sobresalir, anulando los esfuerzos de sus rivales y alcanzando una victoria costosa y jamás sangrienta.

ILUMINACIONES NAVALES

Decían los antiguos que los verdaderos placeres en encuentran en las montañas y en el agua, y en efecto, para gozar de la buena estación es preciso un lugar que ofrezca pintorescas vistas. Pero como las montañas no vienen á nosotros, se necesita que nosotros vayamos á las montañas, según dijo sabiamente Mahoma. Además, en China hay regiones llanas y desprovistas de montañas; pero, en cambio, el agua se encuentra por todas partes. También hay que tener en cuenta que las ascensiones son cansadas, mientras que los paseos acuáticos, á bordo de una canoa florida y que ofrezca comodidades, nos producen una impresión de satisfacción y reposo, avivada por el cadencioso rumor de los remos, que mecen blandamente. Cuando reina suficiente brisa para navegar á la vela se experimenta una sensación de ligereza: se creería uno transformado en pájaro, hendiendo los aires.

Los paseos acuáticos han constituído en todo tiempo los placeres favoritos de mis compatriotas. Bajo la dinastía de los Sung (siglo XII), uno de los lagos más frecuentados era el Loi, en cuyas orillas crecían innumerables sauces y en cuyo cielo perdía la luna las siete décimas partes de su esplendor, obscurecido por infinidad de embarcaciones iluminadas, que bogaban al compás de alegres músicas.

El poeta ha dicho:

A la luz de la luna, bajo los veinticuatro puentes,

Se dejan oir melodías suaves, melodías de sonoras flautas en labios de mujeres hermosas.

Bajo los Tchang, el lugar favorito de los paseantes fue el río Tchiang-Hang.

Allí se dirigían á coger flores acuáticas al principio de la primavera. Así lo expresan estos dos versos:

En el tercer día de la tercera luna (cuando nace la prima-

vera), lindas mujeres esmaltan las márgenes del Tchiang-Hang.

Cuando Sung subió al poder dirigió sus excursiones al lago Si-Hu, ese hermoso lago del Oeste, cuyos esplendores hemos descrito ya. Sus aguas veíanse surcadas por múltiples embarcaciones, y en todos los árboles flotaban las banderolas azules. Entonces llamaban al lago «Crisol de fundir oro.» La metáfora no carecía de ingenio.

Tres siglos ha, bajo el reinado de los Ming, estuvo de moda el río Tching-Huai; cuando la luna subía con la marea, se veían cruzar cientos de embarcaciones, que ocupaban una gran extensión, con orlados toldos que se estremecían al impulso de los remos.

Todavía se presencia hoy este espectáculo.

Es preciso encontrarse á bordo de esas poéticas embarcaciones para conocer los verdaderos placeres de la vida, que se desliza ociosa y sin cuidados en edificios flotantes donde reina el lujo más refinado. En la cubierta de la nave se eleva una construcción dividida en varios departamentos, con los que no pueden compararse las habitaciones mejor alhajadas. Cuando llega la noche se iluminan los camarotes, y, al través de los cristales, esparcen por el agua meteoros brillantes.

Y en realidad, los paseos más agradables son los acuáticos. No hay en ellos ni polvo ni tropezones; no se anda, se desliza: la pausada marcha del esquife permite gozar de los diversos aspectos del campo, sombreado por tupidos macizos de verdura. Además, el coche no ofrece las comodidades de una nave, la cual es una verdadera casa, donde todos pueden reunirse y pernoctar. Por último, cuando se navega, el campo pierde su inmovilidad; se anima, adquiere vida y movimiento; la Naturaleza parece más alegre y poética.

LA JARDINERÍA

Existe una coincidencia bastante singular entre los antípodas del globo: en Francia, y en general en Europa, cuando

alguna persona se retira de los negocios ó de las ocupaciones, para vivir en el campo, dice: «Me voy á plantar mis coles.» En nuestro país, decimos: «Me voy á retirar enmedio de las montañas ó enmedio de los bosques.»

Con esto se quiere decir también que se va á cultivar el jardín.

Proviene esta coincidencia de que los gustos son los mismos en todas partes. Cuando uno se encuentra cansado de la vida, le gusta alejarse completamente, para entregarse á recreos inocentes, que dan fuerza al cuerpo, reposo al espíritu, y paz y tranquilidad á los últimos días de la vida.

Lo que se llama el mundo, es el mismo en todos lados, y cuando sus luchas fatigan, se anhela otro: el plácido y grato de la Naturaleza.

En nuestra historia, así como en nuestra poesía, vemos á muchos hombres conocidos que no aspiran más que al instante de retirarse. Se les oye decir en muchas ocasiones que un jardín languidece sin cultivo, y es tan general esta idea, que aun aquéllos que se agarran á sus puestos en el mundo, no pueden menos de expresar como los otros su deseo de ir á cultivar su jardín. Un filósofo ha caracterizado del siguiente modo esa contradicción entre los actos y las palabras:

Todo el mundo expresa el deseo de retirarse;
Pero á nadie encuentro enmedio de los bosques.

Sin embargo, son muchas las gentes que acarician seriamente esos proyectos de vida rural y que acaban por ponerlos en ejecución.

¡O rus, quando te aspiciam! es una verdad de todos los tiempos y de todos los países: lo mismo en las fértiles riberas del Río Azul, que en la melancólica campiña de la antigua Roma ó en los parajes llenos de sol de la Francia moderna.

El poeta Fu-Fu, cuando le dejaban algún descanso sus servicios cortesanos, gustaba extraordinariamente de encapillarse la blusa de jardinero: así lo manifiestan estos cuatro versos;

He encontrado á Fu-Fu al pie de la montaña Fan-Ku, con un sombrero de paja en la cabeza, en pleno medio día.

—¿Por qué estáis tan delgado?—le pregunté.

—Porque he compuesto demasiados versos en estos últimos tiempos—respondió.

Tao-Yen-Ming escribió un poema de altos vuelos titulado *Regreso al país,* cuyo pasaje principal es el siguiente:

Mi jardín está á punto de hacerse inculto.

Pero, afortunadamente, crecen en él todavía pinos y crisantelmos.

Después de haberle arreglado con mis propias manos, entro en mi hogar,

Donde mi pequeñín se me abraza á las rodillas,

Y donde me espera un vaso de vino sobre la mesa.

Y el que así cantaba, á pesar de las reiteradas invitaciones del Emperador, se contentó con vivir y morir enmedio de los crisantelmos que tan apasionadamente amaba.

En China la jardinería constituye un arte verdadero. El riego, los ingertos, la selección de las especies y sus mezclas sabiamente combinadas, unido todo á la diversidad de terrenos y de plantas, á las que se da toda clase de formas, desde las más sencillas á las más fantásticas, concurre á hacer de nuestros jardines verdaderas obras de arte. Las hábiles manos de mis compatriotas podan y arreglan los árboles de tal manera, que les dan á voluntad formas de leones, dragones y otras castas de animales, con lo que el jardín botánico se transforma en parque zoológico.

Por el contrario, se quiere tanto á las flores, que cuando se posee un esquejo se le coloca tal como está en un tiesto; jamás se elaboran esos macizos redondos siempre iguales y tan sin gracia.

Escuchad estos versos de un jardinero aficionado:

¡Qué hermoso espectáculo el de esa puesta de sol!,

Que, como luces de Bengala, tiñe todo de rojo.

Parece que las flores seete muestran con másco quría,

Mientras los pajarillos saltan piando sobre las ramas de bambú.

El viento se calma, los árboles reposan en silencio.

Y la sombra avanza paulatinamente por el espacio,

Mi pecho se llena de frescura y de alegría;

Pero ¡ay! con el día, que camina á su ocaso, desaparece también la ventura que en él se disfrutó.

No creais que los chinos necesitan grandes propiedades para que vivan felices. Propio es del filósofo el contentarse con poco. Basta con algunos metros de terreno, con tal de que puedan plantarse en él las flores y plantas favoritas.

He aquí uno que vive en una choza y que se consuela de este modo:

La montaña no tiene necesidad de ser alta.

Es célebre por el genio que mora en ella.

El agua no necesita ser profunda, en cuanto tenga un dragón por habitante.

Aquí no existe más que una choza para abrigar mi virtud y mi persona.

La hiedra cubre mi puerta, y el verde de los prados

Se refleja al través de mis persianas.

Aquí no vienen más que hombres de letras para reir y conversar conmigo;

No entra ningún hombre vulgar.

Podemos jugar al Kin.

Podemos leer los libros budistas.

Ningún acorde musical hiere nuestros tímpanos.

Ningún elemento político absorbe nuestra atención.

Comparo mi cabaña á la célebre choza de Nang-Yang.

O al pabellón histórico de Si-Sen.

Confucio lo dijo:

La miseria no existe en quien no se queja.

Relataré una anécdota:

Encontrándome un día charlando y fumando un cigarrillo en el despacho de un diplomático extranjero, me refirió éste

que, en tiempos de Federico el Grande, llegó á Berlín un personaje chino, al que se apresuraron á invitar á la corte y al que pusieron en seguida en relaciones con un sinólogo... distinguido para traducir obras chinas y enseñar el idioma chino. Llevaba ya algunos años de enseñanza el personaje, cuando llegó del extranjero un verdadero sinólogo, el cual fue presentado inmediatamente al profesor.

El sinólogo quedó estupefacto al descubrir al punto que el personaje en cuestión no era un literato, y que su verdadera profesión era la de jardinero, el cual manifestó que se había visto obligado, bien á pesar suyo y por la fuerza de las circunstancias, á desempeñar el papel de sabio. Habiendo llegado no se sabe cómo, y completamente solo á Alemania, habíanle tenido desde luego por un hombre de letras, sin más exámenes ni averiguaciones. Para no perjudicar al que fue víctima de un error, y utilizar al mismo tiempo su saber, le nombraron jardinero de *Sans-Souci,* donde, en efecto, he creído observar aún algunas plantaciones combinadas á la china. No garantizo la exactitud de lo que antecede, pero, falsa ó verdadera, la historieta es curiosa y merecía ser narrada. Por lo demás, nuestro personaje no tuvo que hacer otra cosa sino cambiar la materia de sus explicaciones. El profesor de chino se convirtió en profesor de jardinería..... *china.*

En la aldea de Fun-Lo (Felicidad y alegría), al Oeste de Tchiang-Nyang, habitaba un letrado llamado Ko-To-Tao (To-Tao quiere decir jorobado, y así es como llamaban al infeliz, de quien nadie conocía el nombre verdadero, y el cual aceptaba el apodo de buen grado). Cultivaba árboles cuya hermosura envidiaban los ricos de la provincia, y con los que traficaba con los labradores. Todas las incomparables plantas que brotaban en su jardín, germinaban y se desarrollaban con más rapidez que las demás. Alguien le preguntó el secreto que le permitía obtener semejantes resultados. Respondió que no tenía secreto alguno. Todo lo que hacía se limitaba sencillamente á estudiar el carácter de cada planta y acomodarse

á su naturaleza. «Cuando se planta un árbol—decía—es preciso dejarle que se desarrolle á su gusto, en terreno rico y cálido; no volver á tocarlo, y no ocuparse en él. De cuando en cuando, se le cuida como si se tratara de un hijo. Cuando no tiene necesidad de nada, no hay para qué mimarle. Educado así, el árbol tiene libertad y crece, puesto que esto está en su naturaleza. Yo no le impido que se desarrolle, ni que produzca, y él se lo hace todo. Aquellos que plantan los árboles acondicionando antes el terreno y haciéndole demasiado fuerte ó demasiado pobre, echan á perder á sus educandos á fuerza de ocuparse de su bienestar. No contentos con contemplarlos, les tocan, y hasta llegan á arañarlos para cerciorarse de que viven. Apenas germinan las yemas, las examinan para saber si darán fruto. De esta suerte, el árbol no se encuentra libre y muda de carácter. Creen que le quieren y le destruyen. Se cree cuidarle y se le mata. Esta es la razón de que mi sistema sea superior al de los demás. Pero en todo esto no tengo mérito alguno.»

Le preguntaron si este sistema era también aplicable á los asuntos administrativos. «No, yo no conozco más que á los árboles: mi oficio no es gobernar los pueblos. He visto á buenos gobernantes que en vez de dejar al pueblo en libertad de trabajar, le tomaban bajo su protección y menudeaban edictos y decretos, encaminados á que los ciudadanos trabajasen, ya en los campos, ya en los oficios, y por los que se reglamentaban las costumbres y los hábitos de dichos subordinados. Y el pueblo, que ya no era dueño ni de sí mismo, ni de sus movimientos, no hacía nada de provecho. En cuanto á mí, estoy enfermo y achacoso y no me ocupo más que en mis árboles.»

Su intelocutor, satisfecho de haber aprendido el verdadero sistema de gobernar, cuando no se proponía otra cosa que estudiar el medio de cuidar árboles, escribió esta relación por lo que de ella pudieran aprender los funcionarios.

En el fondo, dirigir un hombre ó dirigir un árbol, es poco más ó menos lo mismo. Nuestros antepasados decían que son

precisos cien años para educar bien á un hombre, y que no se necesitan menos de diez para el buen desarrollo de un árbol.

LA CAZA

Según el *Libro de los Ritos,* cuando las ocupaciones de la política lo permitieran, el Emperador y los príncipes debían ir de caza. Para el pueblo, la caza constituía un ejercicio militar, al que se entregaba después de la recolección de la cosecha. El *Libro de los versos* menciona la caza al acecho y en coche. El Emperador Chuang-Hong, después de haber reconquistado el territorio, cazaba en coche, con los príncipes feudatarios, para probar quiénes podrían ser los soldados más audaces cuando la ocasión llegase. Se escogían los días fastos para dedicarlos á cazar. Habia también en aquel tiempo un centro administrativo que se dedicaba exclusivamente á conservar y propagar las diversas especies de animales.

En invierno, cazaban lobos; en verano, venados; en primavera, otra clase de animales, y en otoño, aves.

Se empleaban las flechas, y era tal la destreza, que se llegaba á atravesar la hoja designada en la copa de un árbol. Kia-Kieng, un célebre cazador, usaba un arco tan rudo que se necesitaba para disparar una fuerza de trescientos kilos. Un día le dijeron que disparase contra un búfalo á cien pasos de distancia. La primera flecha rozó el lomo del animal, arrancándole algunos pelos y la segunda el vientre. Como le dijeran que no había atinado, respondió que su habilidad consistía precisamente en no atravesar al animal, y añadió:

«Pero si lo queréis, lo haré.» Y la tercera flecha dejó seco al búfalo.

A toda cacería llevaban un águila y perros con cascabeles de oro en el cuello. Cuando se trataba de una cacería oficial, acudía el Ministro de la Guerra en persona. Los cazadores, acompañados de charangas y ostentando banderas de todos

colores, perseguían al animal como si fuese un enemigo. Como todas las exageraciones son perniciosas, hubo muchos cazadores que ocupaban puestos oficiales, los cuales, en vista del ejemplo que daba el Estado, se entregaron exclusivamente á ese deporte, sin ocuparse para nada en los asuntos públicos. Llegó un momento en que los censores y las personas sensatas, aun á costa de privarse de ese placer, aconsejaron al soberano que interviniese en aquel estado de cosas. En consecuencia, hubo de restringirse algo la pasión cinegética.

Un Emperador de la dinastía de los Liang divisó, un día que estaba de caza, una bandada de patos silvestres que bajaba al llano; en el momento en que tendía el arco para disparar, pasó un campesino, precisamente, por la línea de tiro. Le gritaron, pero no oyó. Le llamaron, pero no hizo caso. Y, mientras tanto, los patos se escaparon. El Emperador, furioso, quería tirar contra el desventurado campesino.

Pero un Ministro, compañero de caza del Emperador, le dijo: «No se ha de matar un hombre por esa causa. El soberano no ha de ser tan salvaje como los seres que persigue en el campo.»

Su Majestad, trocando su cólera en benévola sonrisa, cogió el brazo de su consejero y subió con él al coche. Volvió con las manos vacías, pero repetía á cuantos querían oirle: «La cacería de hoy ha sido muy fructuosa, pues en vez de reses, he cobrado..... una buena lección.»

Bajo la dinastía actual, la Corte iba también de caza de cuando en cuando, tomando parte en la excursión importantes personajes. Cuando un miembro de la Academia de los Han-Lin mataba un ciervo, recibía en el acto una condecoración de plumas de pavo real. De treinta años á esta parte, las cacerías están algo abandonadas, porque hemos tenido una serie de soberanos menores de edad. Pero es de esperar que Su Majestad reinante, cuya mayoría acaba de ser declarada, renovará esas diversiones, tan útiles como agradables.

En China no hay cotos ni lugares reservados para cazar.

Todo el mundo tiene libertad para perseguir la caza donde se encuentre. Así se ven cazadores de profesión, que, con el fusil al hombro, se meten en todas partes, incluso en nuestras propiedades particulares.

En nuestro país abundan mucho los faisanes dorados, lindas aves, cuya caza constituye uno de los placeres favoritos de los europeos que viven en el Celeste Imperio. En volatería tenemos, además, perdices, becadas, chochas, codornices, patos y gansos. Los animales de pelo están representados por ciervos, gamos, liebres, conejos, zorras y lobos, sin que falten los osos y los tigres. En suma: los émulos de Nemrod tienen en China ancho campo para obtener lisonjeros éxitos.

LA PESCA

Así como hay letrados que se dedican á la jardinería, así también hay otros que se entregan á la pesca. Son, generalmente desilusionados de la vida, que, convencidos de que no hay nada que hacer en los asuntos políticos, buscan una distracción más agradable y menos expuesta.

El filósofo Tchang-Tien iba á pescar diariamente á orillas del río Han, y como el príncipe de Tchen oyese hablar de él, le envió un embajador rogándole entrase en la vida política. Tchang-Tien, con la caña en la mano, no se dignó responder, y dirigió la palabra á los peces; comprendió que era inútil entrar en discusiones con el embajador.

Otro filósofo, anterior al citado—Lu-Chan,—pasaba la vida pescando en el arroyo de Pien. El Emperador Weng-Uang fué en persona á rogarle que aceptase el cargo de consejero, y le nombró en el acto tutor del soberano. Lu-Chan aceptó la oferta y ayudó al monarca á gobernar el imperio, y estableció el gobierno sobre tales bases, que la dinastía duró ochocientos años. El monarca ha sido el primer emperador de China al que se le haya dado el nombre de *santo*. Aquella época

fue la mejor para el pueblo chino. Fue tal el bienestar, que hoy mismo, cuando se quiere hablar de un pueblo dichoso, se dice: «Como si se encontrara bajo el reinado de Weng-Uang.»

Un pescador de Tsu-Kíang, que invariablemente vendía la pesca por vino, cantaba y saltaba en su barquilla, enmedio del agua, después de bien bebido, y en esos momentos se conceptuaba el hombre más feliz del Universo. El prefecto fué una vez á preguntarle si era un verdadero pescador ó bien un personaje disfrazado. «Es igual—respondió;—los personajes históricos pescan títulos, mientras que yo pesco peces.»

Bajo el reinado de los Tchang, un letrado, de nombre Tchian-Tien-Ho, se retiró á vivir en el agua; se domicilió á bordo de un barco, al que llamó la «Casa móvil y flotante», y se dió á sí mismo el sobrenombre de «Pescador enmedio de las olas y las brumas». Publicó muchos cantos de pescadores y marineros, que él mismo entonaba en sus excursiones acuáticas. Compadecido de la soledad en que vivía el letrado, le envió el Emperador dos sirvientes: un muchacho y una moza. El solitario se apresuró á casarles, y llamó «Pescador» al marido y «Pastora» á la mujer. El primero tenía á su cargo los remos y los aparejos de pesca; la segunda iba á buscar en los bosques vecinos ramas secas y cañas para hacer el té.

La historia menciona otros muchos pescadores de categoría *acuático-filosófica;* pero fuera de esto, no hay más que pescadores de oficio, buenas gentes que penan mucho y viven con poco.

Todo el mundo sabe que tenemos una diosa de la marina; pero quizá desconocen su historia. Era hija de una familia de pescadores que habitaba el litoral de Mei-Then, muy cerca de Fu-Tchen. Su padre y sus hermanos salían todos los días á la pesca de altura, en sendos botes, mientras ella tejía en casa, con su anciana madre. Sus padres la adoraban y ella les correspondía.

Un día, que dormitaba de codos sobre la mesa, estalló una tempestad, y vió en sueños que el bote de su padre iba á zo-

zobrar en el furioso mar. Se irguió y cogió la amarra para atraerlo á la orilla. Entonces vió que las embarcaciones de sus hermanos estaban igualmente á punto de ser víctimas de las olas. Cogió la primera amarra con los dientes, tomó en sus manos las otras dos y caminó por las aguas en demanda de tierra. Pero antes de que llegase á la orilla, exhaló tales gemidos, que su madre se apresuró á despertarla. Al ir á responder, abrió la boca y dejó escapar la amarra que sujetaba el bote de su padre. Desde luego creyó haber sido víctima de una pesadilla; pero al anochecer regresaron los hermanos con la fatal noticia de la muerte de su desgraciado padre.

La joven, desesperada por no haber podido salvar á su padre, que sucumbió á causa de ella, se arrojó al mar.

Algún tiempo después, comenzó á aparecer frecuentemente á los pescadores, en los momentos de peligro. Quien llegaba á verla, se salvaba. Sus protegidos la erigieron, en reconocimiento, una capilla, y, poco á poco, los salvamentos milagrosos se hacían extensivos á los buques de pasajeros y á los de nuestra Marina. A cada nuevo servicio que prestaba al país. se concedía á la salvadora un título que, aumentando en dignidad, es hoy el de «Santa Madre del Cielo», con tantos adjetivos honoríficos como ostentan los soberanos, y en calidad de tal se le tributan los honores.

EL ETERNO FEMENINO

COQUETERÍA

Las chinas, no por serlo dejan de ser mujeres. Y la mujer es la misma en todas partes. Es la que nos encanta, por no decir la que nos domina. Y sea cual fuere la latitud terráquea, siempre es ella la «great attraction» de la vida.

Todas lo saben. Sin necesidad de concertarse entre sí, todas las mujeres del Universo ponen á contribución la facultad

imaginativa para aparecer más hermosas, más bonitas ó más agradables cuando menos. Para ser peritas en ese arte, no necesitan maestro; les basta con el instinto de seducir, anejo á la naturaleza femenina.

Aunque nuestras mujeres desconocen los medios de engordar ó enflaquecer, y aunque ignoran el arte de pintarse los cabellos ó de utilizar otros mil recursos, encaminados á reparar la irreparable destrucción de los años; saben, no obstante, emplear adornos y afeites. Usan del rojo para los labios, del negro para las cejas y del blanco para el rostro.

Los gustos particulares de cada raza y de cada nación intervienen para modificar las formas de la coquetería. En Europa, son preferidos los ojos grandes y la nariz griega. En China prevalece la afición á los ojos pequeños y á la nariz fina. Pero europeos y chinos estamos de acuerdo al alabar los dientes blancos y menudos.

Se dice en nuestro país que las cejas han de ser finas y alargadas, como siluetas de montañas lejanas; los ojos claros como las aguas en otoño, y los labios rosados como la aurora.

Los hoyuelos son muy apreciados, y se les llama *huecos para vino.*

Así, también, el rojo de las mejillas es «el color de la embriaguez.»

Pasemos ahora de la naturaleza al arte.

El peinado era muy alto antiguamente: sobre un molde de alambres, se construía un verdadero monumento. Poco á poco ha ido disminuyendo de volumen, y hoy reviste la mayor sencillez. Nuestras actuales damas van peinadas casi á la griega, con la diferencia de que los cabellos no van rizados, pues las tenacillas no han estado nunca de moda entre nosotros.

Enmedio del moño, clavan un alfiler de oro ó plata cincelada en forma de doble espátula, convenientemente dispuesta para recoger la cabellera; también se suelen poner flores en la cabeza, especialmente en primavera. Son tan apreciados estos

floridos adornos, que son muchas las damas que se arreglan con un jardinero, mediante abonos temporales, para tener flores frescas todas las mañanas. Ha dicho un poeta:

Después de haber acabado de peinarse se vuelve á mirar al espejo,
Para ver qué flores sentarán mejor á sus cabellos,
Y así, antes de hacerse el tocado de la mañana,
Se dirige al jardín con las tijeras en la mano.

A falta de flores, las chinas se colocan entre los cabellos, hacia las sienes, mariposas de todas formas y colores.

En las grandes ceremonias, reemplazan las flores naturales por imitaciones de piedras preciosas.

La frente va siempre despejada, «como la de la mujer hermosa.» Solamente las jovencillas llevan un cerquillo, y la cabellera suelta por la espalda ó recogida en dos cocas simétricas.

El colosal peinado que se ve en las estampas y que forma una especie de cabeza de buey, recibe el nombre de «peinado de cuervo con las alas desplegadas.» Únicamente se lleva en Canton.

Nuestras damas no gastan sombreros. En las ceremonias, llevan una corona en forma de casco; en circunstancias menos solemnes, una cinta bordada que ciñe la frente, remata en dos puntas hacia las orejas y se ata en la nuca; enmedio de esa cinta, sobre la frente, brilla una piedra preciosa ó una gruesa perla; y alrededor, dos filas de perlas finas.

Los vestidos de las mujeres son más cortos que los de los hombres, y la forma es, poco más ó menos, la misma. Llegan hasta las rodillas. Cuando las damas salen á la calle, completan el traje con una especie de zagalejo que baja hasta los pies; y para casa usan pantalones, sujetos al tobillo, en las comarcas del Norte, y sueltos, en el Sur. La túnica tiene anchas mangas con vueltas de seda bordadas.

El uniforme— porque también lo llevan las damas en las grandes solemnidades, con arreglo á la categoría del mari-

do—consiste en una túnica de seda encarnada, con dragones bordados, y una especie de chaleco bordado también. Si el marido pertenece á las jerarquías superiores, la mujer ostenta un collar de perlas.

Cualquiera que sea la posición social de una mujer, se fabrica ella misma el calzado: en China no hay zapaterías para mujeres.

Nunca llevan joyas sobre el traje, y á lo más unos botones de oro ó pedrería. Pero gastan brazaletes cuyo número y riqueza varía según la posición y la fortuna de la poseedora. Algunas jóvenes llevan aún en los tobillos pulseras de oro y plata con un cierre en forma de medallón y á manera de candado.

La costumbre casi general de llevar las uñas largas, ha dado origen á que se invente una especie de guante de oro, para proteger aquéllas: viene á ser como un dado, abierto en la parte superior, que rodea el dedo y se prolonga en forma de uña de oro, destinada á cubrir la uña natural.

Debo advertir que en China, como sucede en otras partes, las introductoras de las modas son casi siempre las cortesanas, pero las modas ofrecen gran variedad, según las provincias que se visiten. Sucede también que algunas de las damas aficionadas á viajar, combinan en su tocado diferentes modas. Pero, por lo general, basta ver el traje de una mujer para decir de qué provincias es.

En cierta ocasión, uno de nuestros más célebres censores, que hacía temblar á todos con sus severas críticas, tanto más temidas cuanto que no se le podía acusar de ningún defecto, fue sorprendido cuando se disponía á pintar las cejas de su mujer. No hay para qué decir la satisfacción que experimentaron sus enemigos al poder decir á su soberano que aquel rígido guardián de las costumbres, era, en realidad, un hombre muy poco serio.

Llamaron al censor y le preguntaron si era cierto el hecho que se le imputaba:

—Sí, señor—respondió. —¿Pero acaso puede ese acto ser calificado de ligereza cuando todo está permitido entre marido y mujer?

La respuesta satisfizo al Emperador, y el asunto no pasó adelante.

Esta es una anécdota que se repite constantemente, como símbolo de la ternura matrimonial. Pero se me antoja que es preciso ver en el hecho, especialmente, el triunfo de la coquetería femenina, que sabe dominar al hombre más austero, y que nos somete á todos á sus nimiedades encantadoras y á sus caprichos irresistibles.

LOS ABANICOS

Tenemos dos clases de abanicos: el de varillas y el redondo con largo mango. Nos servimos del primero en las estaciones intermedias, y del segundo durante los grandes calores. Y la verdad es que no hay razón para que así suceda, puesto que el abanico redondo da mucho menos aire que el otro; sin embargo, aquél tiene la ventaja de que puede usarse también como sombrilla, viniendo á realizar dos fines; y como en verano hombres y mujeres salen á la calle con la cabeza descubierta, es preciso protegerse contra los ardores del sol.

Generalmente, el país del abanico está pintado por un lado y escrito por el otro. La gente del pueblo usa abanicos llenos de dibujos é inscripciones, mientras que las clases elevadas los compran blancos y ruegan después á personajes y artistas que pongan su autógrafo ó lo ilustren. Hay coleccionadores que poseen cientos de abanicos, que vienen á ser nuestros álbums de autógrafos, dedicatorias y dibujos.

Los abanicos, además de ser un preciado regalo, forman parte de los premios que los profesores conceden en verano á los alumnos aplicados.

El número de varillas de un abanico es variable. Los que

usan las mujeres tienen generalmente treinta varillas finas. Los más vulgares son de bambú y los más valiosos de marfil ó sándalo. Se llevan los abanicos en estuche de raso bordado, sujetos á la cintura por un anillo de jade.

El abanico redondo es por lo general de seda, con mango de marfil ó bambú. Las damas se sirven de estos abanicos para coger mariposas, ó gusanos de luz cuando es de noche. En estos casos atan al extremo del mango un saquito de perfume, que embalsama el aire al agitarse.

En todos los abanicos acostumbra á figurar el retrato del poeta que esté en boga; así, Lu-Fong-Un, el popular poeta del siglo XIII era llamado el «Buda de las mil familias», porque por todas partes veíase su imagen y porque sus versos, ligeros y graciosos, estaban al alcance de todo el mundo.

Cuando se habla de un buen amigo, se le compara frecuentemente á un abanico, pues así como éste refresca el cuerpo, aquél refresca el espíritu. También la mujer que se juzga abandonada por su marido, acostumbra á compararse con un abanico, al que se abandona cuando el otoño llega.

Pan-Tié-Tsu, una favorita que fue amada por el Emperador Hiao-Tcheng, se vió luego abandonada; entonces envió á su dueño un abanico, en el que escribió estas líneas:

Acabo de tejer con mis propias manos esta seda blanca,
Tan blanca como la nieve y el hielo.
La he recortado para hacer un abanico,
Redondo como la luna llena.
Quisiera que siguiese todos vuestros pasos,
Y que el aire que da refrescase, de cuando en cuando, vuestros recuerdos.
Preveo, sin embargo, que á la llegada del otoño,
Cuando mitiguen los calores,
Será abandonado en algún rincón y alejado de los favores de vuestra majestad,
Como la que os lo ofrece.

Otra mujer, á la que afeó una enfermedad, envió á su

amante un abanico, en el que escribió estos cuatro versos;

¡Oh abanico, oh abanico!

¡Sirves para ocultar mi desgraciado rostro!

¡Soy de una fealdad horrible

Y me avergonzaría de presentarme ante mi amante!

Además de estas dos clases de abanicos existe el de pluma, cuyo origen se remonta á la segunda dinastía de los Han.

El primer Ministro, llamado Tsu-Kia-Liang, dirigía todas las acciones militares con un abanico de plumas, que era para él un bastón de mando.

Se dice también que el primer abanico de ese género fue introducido en China por el rey de Siam, que lo envió entre otros objetos ofrecidos á manera de tributo. Hoy mismo se representa siempre á Tsu-Kia-Liang con un abanico de plumas, batuta con la que ese General dirigía las sinfonías guerreras.

También se usan en China hojas de betel, talladas en forma de abanico.

Como son hojas secas que no absorben ni pinturas ni tinta, se graban en ellas dibujos é inscripciones por medio del fuego, valiéndose de una rama de incienso muy delgada, la que se pasa encendida por las hojas que se han de adornar. Es un trabajo de paciencia que todas las mujeres ejecutan.

Las hojas y el incienso proceden de la isla de Formosa.

En Canton construyen otra especie de abanicos. Se coge un tallo de bambú, cuya parte inferior se reserva al mango; se divide la superior en hilos extraordinariamente finos, que se separan en forma de lira y sobre los que se pega un pedazo de seda; se ajusta la parte inferior de la lira por medio de una cuña de madera, colocada cerca y debajo del punto en que se divide el tallo; por último, algunos hilos dispuestos á lo largo del abanico, cuya parte inferior es muy flexible, hacen que permanezca abierto.

Este aparato tiene más poder de ventilación que los otros abanicos, y presenta una forma muy bonita.

Todas estas últimas variedades son caprichos: en la antigüedad el único abanico que se conocía en China era el redondo; el de varillas existe desde hace cinco siglos, y el cual fue presentado al Emperador Ung-Lo, de la dinastía de los Ming, por unos embajadores coreanos. El Emperador lo halló, no solamente bonito, sino cómodo sobre todo, más manejable, y ordenó que se fabricasen otros muchos para regalarlos á sus funcionarios.

He aquí cuanto se puede decir que sea esencial acerca del abanico en China.

Tal vez parezca mucho para asunto tan baladí; pero como las palabras vuelan, según la expresión de los antiguos romanos, como las palabras son aéreas, en ninguna ocasión están mejor aplicadas que al hablar del aire y de los abanicos.

BELLEZAS PÚBLICAS

En China, á las mujeres hermosas se las llama *flores* ó *jades*, y también *las que arruínan Imperios y ciudades*. Esto último proviene del célebre poema de Li-Yan-Nieu, de la dinastía de los Han, que dice así:

En el Norte existe una mujer hermosa,
Cuya belleza es única desde tiempo inmemorial.
Viéndola, se pierde el imperio;
Si se la ve dos veces, desaparece el reino.
Y al fin, se prefiere perder imperio y reino,
Antes que renunciar y no volver á ver á la hermosa mujer.

Cuando el Emperador leyó este poema, preguntó inmediatamente: «¿Existe realmente esa mujer, ó no ha vivido más que en la imaginación del poeta?»

Ante la afirmativa respuesta de los interpelados, el soberano manifestó el deseo de conocer aquella belleza, la cual fue después la única dueña de los favores de aquél. Aunque se sea Emperador, no se deja de ser hombre.

Li-Kiang (muchacha bonita), que fue una favorita del Emperador Han-Wu-Ti, conquistó á la edad de catorce años el corazón del soberano. Su belleza era perfecta y su cuerpo de una delicadeza extrema. No vestía sino telas de excepcional finura, ante el temor de que los tejidos gruesos lastimasen su piel suave. El soberano construyó, expresamente para ella, un palacio de cristal, «con objeto—decía él—de que el polvo no fuese á empañar la blancura de su delicado cuerpo.» Su voz era tan dulce, que, cuando cantaba, todas las flores bailaban en el jardín.

Como el Emperador Nei-weng-Ti oyese hablar de una joven llamada Sié-Ling-Iung, de incomparable belleza, escribió al prefecto, ordenándole que la enviase á la capital. Al despedirse de sus padres, Sié-Ling-Yung lloró lágrimas rojas, verdaderas lágrimas de sangre.

La recepción que obtuvo en la capital fue en extremo brillante. La corte mandó diez coches al encuentro de la joven, y por donde pasaba ardían hojas de sándalo. Se iluminó toda la ciudad, incluso una elevada torre que se construyó con este motivo. Fue una noche memorable, cuyo recuerdo se conserva hoy mismo. Su Majestad salió en persona á recibir á la hermosa en un carruaje de jade.

Por fin, la maravilla femenina fue recibida en los brazos del soberano, que le dió el nombre de Ye-Lae «Llegada por la noche.»

La joven era al mismo tiempo una verdadera artista en bordados. Realizaba en la obscuridad obras maestras, que no podían ser imitadas á la luz del día por las demás mujeres. La llamaron también el «Genio de la aguja.»

El célebre poeta Sung-U decía de una vecina suya, lo siguiente:

Todas las mujeres hermosas del Universo
No valen lo que mi vecina del Este.
Si la añadierais un centímetro, sería demasiado alta.
Si la quitaseis un centímetro, sería demasiado baja.

Los polvos de arroz la darían un color demasiado blanco.
El bermellón la pondría demasiado encarnada.
Sus cejas son como las más ligeras plumas.
Su piel como la leche más pura.
Su talle es flexible como la seda,
Y sus dientes parecen una fila de perlas.
Cuando se digna sonreir, se turba el más sereno.

Es verdaderamente lástima que el autor no haya mencionado el nombre de una belleza tan deseable y tan deseada..... con esta sola descripción.

Cuando el Emperador Yang-Tí vió á la famosa Fi-Yen «Golondrina que vuela», experimentó un transporte de alegría. Además de ser lindísima, pesaba tan poco, que el soberano la alzaba muchas veces, en juego, con una mano. En sus momentos de expansión, decía el Emperador que no tenía más que una ambición: vivir y morir al lado de la que amaba, en «la región de la voluptuosidad», y que no cometería, como sus antecesores, la locura de buscar la «región de las nubes», es decir, el paraíso.

En fin, abundan tanto en China las bellezas célebres, que es difícil enumerarlas aquí. Contentémonos con decir que, unas, cuando se lavaban las manos en los arroyuelos, perfumaban el agua; otras veían aumentar su belleza hasta por un defecto en el rostro; que algunas daban envidia á las flores, y que hubo una que obligaba á la luna á que se eclipsase! Todas las que han merecido el nombre de hermosas debieron únicamente sus encantos á la Naturaleza: cuanto más bonitas eran, más en ridículo se ponían las que pretendían imitarlas. Se cuenta á propósito de esto, que la bella Si-Si se colocaba una mano sobre el corazón, lo que la daba mucha gracia. Otra mujer, creyendo que de esa actitud dependía la admiración que su vecina despertaba, se puso á imitarla, y lo único que consiguió fue que se burlasen de ella, por desconocer el mérito de la belleza natural y creer que podía ser reemplazado por el arte.

Los hombres fueron sumamente galantes con esas bellas. Unas, las alojaban en palacios de oro; otras, las preservaban del aire y del sol; cuando salían á la calle iban con faldas de gasas ó con persianas de perlas, perlas menos hermosas que aquellas á quienes pretendían adornar.

Como se ve, nuestros escritores no carecen de metáforas para celebrar «el eterno femenino», y tienen razón, pues jamás están mejor empleadas las flores de la retórica que cuando se aplican á esas mujeres á quienes la galantería de nuestro lenguaje da también el nombre de *Flores*.

LAS MUJERES GALANTES (LES DEMI-MONDAINES)

Nuestras mujeres galantes no son conocidas en Europa sino por los barcos de flores, pero ya he tenido ocasión de decir que esos barcos no son lo que generalmente se supone: son una especie de comedores flotantes, ó, si se quiere... gabinetes particulares.

Esas habitaciones fluviales, en las que no vive ninguna mujer, se alquilan para comidas de bodas, reuniones de familia y... lo demás. Exactamente como en los restaurants de la Porte-Maillot... ó en los Viveros.

Las damas en cuestión habitan generalmente fuera de la ciudad, á orillas del agua, pero no en el agua. Las más célebres poseen una casa particular: las más modestas comparten, reuniéndose varias, una misma vivienda que pertenece á un empresario ó empresaria.

Su nombre varía en las diferentes provincias. En Pekín las llaman las «Hermanas de la Cabaña»; en Sanghai, las «Jóvenes»; en Fu-Tchen, las «Estatuas Blancas»; y en Cantón, las «Perlas». Cuando se las escribe se las titula siempre: *Historiadoras*, ó *autoras*, ó *escritoras* ó *músicas*. Todas ellas tienen, además del nombre verdadero, un apodo gracioso como *flor, joya,* etc.

El personal de nuestras «Hermanas de la Cabaña» se recluta entre las muchachas abandonadas, ó vendidas por familias pobres. Reciben una educación esmeradísima y estudian las artes y las letras. No hay para qué decir que los particulares que se dedican á esa clase de empresas esperan resarcirse con creces de sus desembolsos. Pero esta remuneración, como ya se verá, no tiene carácter vergonzoso, sino por excepción.

Dichas mujeres no son, hablando con propiedad, lo que aquí se conoce por horizontales, y sí encantadoras damas, á cuya casa se va á pasar el rato, á charlar y á recrearse ingeniosamente, pues como ya se ha dicho, son muy instruídas y buenas músicas, habiendo algunas que conocen perfectamente la literatura, la pintura, etc.

No se puede entrar en sus casas sino por recomendación. Cuando uno ha obtenido un recibimiento grato, va á comer ó á pasar la velada en compañía de dichas damas, como si se estuviera entre amigos, pero de ahí no se pasa. Se va á casa de las *jóvenes* por recreo moral, más bien que por el placer. Y tan verdad es esto, que apenas hay poeta que no les haya dedicado alguna composición. Sus salones están alhajados artística y lujosamente, según la fortuna é importancia de la dueña.

Tanto en las fondas como en los teatros, se encuentran unas invitaciones impresas en papel rojo, concebidas en estilo telegráfico, y cuya misión es la siguiente: Cuando se quiere invitar á comer á una de aquellas señoritas, se coge una de aquellas invitaciones, sobre las que se escribe el nombre del anfitrión y el de la convidada. Un mozo se encarga de llevar la misiva á casa de la bella, la cual acude á la cita inmediatamente.

Como generalmente se reunen varios anfitriones para celebrar estas comidas, las damas se sientan á la mesa al lado de su galán respectivo. Si las *jóvenes* se conocen, organizan juntas un concierto. En caso contrario, cada invitada ejecuta una pieza musical, bebe dos ó tres vasos de vino y cambia algu-

nas palabras con la reunión. Al cabo de media hora, todo lo más, se retira. Esto es lo que se llama una *visita*, que se paga según los precios de la localidad, pues la tarifa varía en cada provincia. La *Perla* no recibe el dinero en mano, el cual debe ser remitido á su casa, de la misma manera que se pagan los honorarios á un médico á quien no se ve más que una vez. En cuanto á las que no tienen domicilio propio, se envía el dinero al empresario.

Se las puede volver á llamar, lo que constituye una segunda visita, y así sucesivamente. Hay *jóvenes* que, desde el anochecer hasta la una de la madrugada, hacen una veintena de visitas, durante las cuales nadie tiene derecho á darlas el menor beso. La conversación es bastante libre, y se puede bromear un poco, pero sin faltar en lo más mínimo al decoro.

Cuando entre los hombres se encuentra alguno que agrade á una visitante, ésta le manifiesta su deseo de casarse con él, lo que no constituye insulto, ni burla, sino todo lo contrario. Si no hay obstáculos, el favorecido se apresura á satisfacer aquel deseo, pues la historia habla de muchas mujeres que han sido célebres y que tuvieron el mismo origen; hasta ha habido algunas que, por haber ayudado á sus maridos á prestar servicíos al Estado, ó por haber tenido hijos que alcanzaron puestôs honoríficos, recibieron títulos de nobleza. Estas fueron casi todas mujeres ricas, que se casaron con pobres letrados, jóvenes de porvenir, cuyo mérito adivinaban, y á los que querían ayudar en la lucha por la existencia.

Las *Perlas* que se casan así, aun después de haber llevado una vida desordenada, gozan de la consideración más absoluta, pero á condición de que se conduzcan bien; y no hay ejemplo de que haya sucedido lo contrario.

La rehabilitación de la mujer perdida que tanto preocupó á ciertas escuelas de principios de siglo, se realiza en nuestro país de la manera más natural.

Se compara á esas extraviadas con flores caídas á las que basta alzarlas para limpiarlas de toda mancha. «Aunque el

jade esté algo manchado no por eso deja de ser una piedra preciosa.»

Como es natural, hay *hermanas de la cabaña*, que se conducen con mucha desenvoltura, pero son muy criticadas por sus compañeras, perfectamente virtuosas en su mayoría. Cifran su placer en la amistad, y no quieren perderlo por un momento de debilidad; por lo demás, aquellos que han logrado establecer excesiva intimidad con una de esas señoritas, no la prolongan mucho. Esas relaciones obligadas, en las que intervienen el dinero y la empresaria, repugnan á la mujer, cuya frialdad no tarda en alejar al hombre. Y como esto se sabe, pocos son los que pretenden encontrarse en ese caso.

En varias ciudades se verifica todos los años un concurso de bellezas, pero no creais que se coloque á las concurrentes en un estrado. Nada de eso. Se visita á las damas en su casa, y después decide la mayoría de votos. Se publica una lista con los nombres de las agraciadas, acompañada de un poema en el que se celebran la virtud y los encantos de las mismas.

Así, pues, el trato de las *Perlas* no está mal visto. Inútil es decir que hay otras mujeres de condición más vulgar, especialmente en las ciudades del litoral, por estar más expuestas al contagio de la corrupción moderna; en esos lugares hay paseos, *paseantas* y lo que esto trae consigo. No me detendré á hablar de esas desdichadas: he querido presentar las mujeres que pertenecen al *medio mundo* chino, pero no las que pertenecen al mundo entero.

El General Tcheng-Ki-Tong.

(Se continuará).

POETAS AMERICANOS

A MIRAMAR

Al señor Licenciado Joaquín D. Casasus.

¡Oh Miramar! Hacia tus blancas torres
Que gríseo el cielo en tempestad atedia,
Hoscas, con vuelo de siniestras aves,
Vienen las nubes.

—

¡Oh Miramar! Contra tus duras rocas
Baten, del torvo piélago surgiendo,
Turbias las olas, con reproche de almas
Enfurecidas.

—

Bajo la sombra de las nubes, mustias
Hacia los golfos ven las torreadas
Mugia y Pirano y Egida y Parenzo,
Joyas del Ponto,

—

Lanza Oceano todas sus mugientes
Iras en contra del bastión de escollos
Donde te muestras á las vistas de Adria,
¡Roca de Hapsburgo!

—

Truena á lo largo de la costa el cielo
en Nebresina; y, tras la lluvia, Trieste

Se alza en el fondo, con la sién ceñida
De ígneos relámpagos.

—

¡Ay! Como todo, la mañana aquella
De Abril reía! Y el monarca rubio
Sale, surcando con su dulce esposa
La onda tranquila.

—

De su semblante el poderoso imperio
Plácido irradia, y sobre el mar fulgente
Vagan los ojos de la dama, azules,
Claros y altivos.

—

¡Queda, castillo, para alegres días,
Nido de amores construído en vano!
¡Otra aura adversa por los yermos mares
Los arrebata!

—

Dejan tus salas con ardiente anhelo
Llenas de triunfo y de ciencia escritas:
Desde los lienzos Dante y Goëthe al Sire
Hablan en vano.

—

Pérfida esfinge con movibles ojos
Sobre las ondas los atrae; él cede,
Y deja abierto á la mitad el libro
Del *Romancero* (1).

—

(1) En el gabinete de estudio de Maximiliano, construído á semejanza del del contralmirante Novara, que lo transportó á México, se encuentran los retratos de Dante y Goëthe en el sitio donde se sentaba á estudiar el Archiduque. Allí existe todavía abierto sobre el atril un ejemplar del *Romancero Castellano*, de la edición de Martín Nucio, en los Países Bajos. En la sala principal del castillo se leen esculpidas varias sentencias latinas.—(*Nota del poeta.*)

¡No de aventuras ni de amor el canto
Fíes que le acoja, ni ecos de guitarra
Allá en la España del Azteca! ¿Cuales
Lúgubres nenias

—

Desde la punta de *Salvore* vienen
Entre el plañido de dolientes flautas?
¿Cantan los muertos venecianos? ¿De Istria,
La hada caduca?

—

¡Ah! Mal conduces por los mares nuestros
Hijo de Hapsburgo, la fatal *Novara!*
Contigo Erinis sale obscura; ¡al viento
Abre la lona!

—

¡Mira cual muda de semblante, pérfida,
Retrocediendo frente á ti la esfinge!
¡Es el semblante de *la loca* Juana
Vuelto á tu esposa!

—

¡Es la cabeza de Antonieta exangüe
La que te guiña! De Motecozuma
La cara hirsuta que te ve con fijos,
Pútridos ojos!

—

Entre los bosques de ágaves crueles
Recios el aura de benignos vientos,
Se alza en lo alto del Teocalli, humeante,
Lívida llama.

—

En la tiniebla tropical, es, ¡mira!,
Huitzilopoxtli que tu sangre husmea,
Y, al mar tendiendo la mirada, ulula:
—¡Llegá ya, llega!

—

¡Cuánto ha te aguardo! La barbarie blanca
Mi ara echó á tierra, destruyó mi reino!
Llega, esperada víctima, del quinto
Carlos ¡oh nieto!

—

No tus abuelos purulentos, viles
Y enardecidos por reales furias;
A ti te aguardo, á ti te cojo, ¡oh nueva
Rosa de Hapsburgo!

—

Y al alma grande de Cuanhtémoc, siempre
Reinante bajo el pabellón del cielo,
Doite en ofrenda, ¡oh fuerte! ¡oh bello! ¡oh puro
Maximiliano!

ENRIQUE FERNANDEZ Y GRANADOS.

México, Enero de 1900.

¡OH SANCHO!

¡Oh Sancho! ¡Tú no has muerto! Entre la inquieta
Y abigarrada multitud del día
He visto destacarse tu silueta
Enmedio de estruendosa algarabía.
Mas ¡cuán cambiado estás! ¡cuán elegante!
¿Quién será el que al mirarte te reproche?
Has trocado la albarda por el guante
Y, olvidando el rocín, andas en coche.
Dejando á un lado el exterior ropaje,
Arreo vistes hoy de caballero:
¿Quién pudiera ¡oh buen Sancho! en ese traje
Descubrir al ruín del escudero?
Sólo tu tosco espíritu no muda;

Hoy, como ayer, encarna la materia;
¿Qué es á tus ojos esta amarga y ruda
Batalla del dolor? Sólo una feria.
Eres el mismo! Aún brota de tus labios
La bonachona y hueca carcajada;
Paseas con orgullo entre los sabios
Tu figura burguesa y desgarbada!
Y en tanto que Quijote en la pelea
Rueda entre el polvo con la adarga rota,
Invocando á la hermosa Dulcinea
Y soñando en la Ínsula remota,
Pasas tú por el mundo que se inclina
Al mirarte surgir en el proscenio:
Que en esta edad bizarra y peregrina
Sólo alumbra una luz: la de tu genio.
¡Oh manchegos! ¡Oh bravos paladines
Que marchais por el áspero camino
Al compás de los bélicos clarines
Desafiando las iras del destino!
Cesó vuestra misión. ¿Os maravilla?
Colgad la espada del ruinoso muro,
Y en Sancho, el escudero sin mancilla,
Saludad á los héroes del futuro.
¿Qué importa el ideal? Mustio y herido,
Como vosotros, al tremendo embate
De la lucha tenaz, quedó tendido
Sobre el sangriento campo del combate.

Ricardo Nieto.

Cartagena de Indias, 16 Marzo, 1900.

EL PROBLEMA UNIVERSITARIO

I

En algunos de los programas formulados en España á raiz del desastre como expresión más ó menos fiel de las aspiraciones de las gentes *neutras* del país, se pedía, entre otras reformas salvadoras, la supresión de varias Universidades; análoga demanda se hacía por el malogrado escritor señor Macías en su libro acerca de *El problema nacional* (1). No voy á discutir aquí si estas peticiones son ó no fundadas; ni siquiera me detendré á considerarlas desde el punto de vista oportunista y político. Independientemente de todo esto, esas peticiones de los comerciantes y de los productores, y la buena acogida que, sin duda alguna, han tenido en los españoles mismos que leen y que discurren, revelan un estado de ánimo de la masa social que es preciso considerar al proponerse, de cualquier manera que sea, el estudio del problema universitario.

Por de pronto es necesario descontar en la adhesión que en gran parte de las gentes se ha advertido á las demandas de supresión de Universidades, todo lo que supone nuestra ignorancia, y en virtud de la cual no es posible que aprecien aquellas en su justo valor la obra, por modesta que sea, de una Universidad; ni su representación como foco—¿apagado? no impor-

(1) Página 385.

ta—de la vida intelectual. A las gentes que apenas si saben leer y escribir ¿que les interesa el que haya ó no haya Universidades? A las qué sabiendo leer y escribir no leen como no sea el libro mayor y el diario, ó el folletín terrorífico de cualquier *rotativo*, ¿qué puede importarles la labor universitaria? Tiene que parecerles de perlas lo de suprimir no ya cuatro, sino hasta nueve Universidades: con la de Madrid ó con la de *su pueblo*—por aquello de que una Universidad es fuente de ingresos—tienen bastante. ¡No se ha dicho y repetido de mil maneras y en todos los tonos que sobran doctores, que lo que aquí hace falta son industriales y hombres prácticos! ¿De dónde salen los doctores sino de las Universidades? No olvidaré jamás la frase de cierto representante fidelísimo de nuestra burguesía adinerada, el cual, hablándole yo de la necesidad de difundir la enseñanza, de despertar en todos la afición al estudio, el deseo de la lectura, me decía con un acento que revelaba la más profunda de las convicciones:—Nada de eso, amigo; ¡las lecturas nos han perdido! Para éste, y para cuantos como él piensen, debe de ser una medida salvadora la de suprimir cuantas Universidades sea dable suprimir.

Pero repito que es preciso descontar estos factores en el conjunto de gentes que han hecho coro á las poco meditadas peticiones de los asambleistas de Zaragoza. Realmente, aunque sea prescindiendo de esos elementos, quedará en pie siempre el hecho, harto significativo, de que tratándose nada menos que de restaurar la vida nacional, se haya propuesto, entre otras cosas, una verdadera *poda* del árbol universitario, siendo también fenómeno muy sugestivo el de que á casi nadie pareciese descabellada la idea: el que más habrá pensado que con suprimir tantas ó cuantas Universidades, el país seguiría tan mal como si en ninguna de ellas tocase la hoz regeneradora.

Ahora bien, ¿cómo explicar esto? En mi concepto, el razonamiento explicativo es muy sencillo. ¡Para lo que hacen las Universidades...! ¿Qué es una Universidad española? O mejor,

¿qué es lo que una Universidad española hace ostensiblemente? ¿En qué obras de empeño verdaderamente científico y social ve el *vulgo* comprometidas á nuestras Universidades? Una Universidad española es... una *oficina*, un centro burocrático, un edificio más ó menos lóbrego ó suntuoso, al cual acuden con cierta regularidad unos cuantos señores—¡canónigos del siglo!—cada uno de los cuales suele despachar cumplidamente su tarea con una hora escasa de trabajo, y una juventud bulliciosa, alegre, que pide vacaciones apenas iniciado el curso. Una Universidad es algo más que eso: es el tormento de los padres de familia en la época de los exámenes; es, por fin, un verdadero semillero de candidatos al presupuesto. De ella salen los médicos sin enfermos, los abogados sin pleitos; en suma, la mayoría del contingente de intrigantes que forman el núcleo de los políticos deplorables, que esquilman al país desde el Juzgado municipal ó la secretaría del Ayuntamiento, hasta el Ministerio ó el Tribunal Supremo de Justicia.

Nadie ve, ni puede ver, la Universidad como entidad viva, como fuerza corporativa, como institución de cultura, de educación, en la cual recibe la juventud los medios más delicados y difíciles para la lucha noble y elevada por la existencia. Debiera salir de las Universidades una especie de aristocracia intelectual, de nervio director impulsivo, de juventud alegre, eso sí, pero laboriosa, entusiasta de algo, llena de algún ideal, y el público no ve que de las Universidades salga nada de eso.

II

Pero aun siendo todo esto así, ¿se justifica por completo y sin reserva alguna, la actitud de fría indiferencia con que por la inmensa mayoría del país se ha considerado la existencia de los centros universitarios? ¿Es que nuestras Universidades, como tales, son inferiores, v. gr., á nuestros Ayuntamientos y Parlamentos, á nuestra Marina y Ejército, á nuestros Tribu-

nales de justicia, á nuestros numerosos Cabildos catedrales, y á nuestras ordenes religiosas? ¿Es que el profesorado está por debajo del episcopado español ó de la Guardia civil? ¿Acaso podemos señalar frente á las Universidades otros centros de enseñanza superior, obra entusiasta de la iniciativa privada, creación graciosa y libre de esa clase neutra de comerciantes y productores, en los cuales se manifiesta algo de eso que, con perfecto derecho, por lo demás, se pide á las Universidades del Estado? ¿No pueden éstas sufrir con ventaja la comparación con los centros confesionales de enseñanza de categoría análoga? ¿Hay, por ventura, entre nosotros un gran movimiento científico extrauniversitario? ¿Se puede oponer, en son de rivalidad á la lista—corta sin duda—de los cultivadores científicos que proceden y viven de la Universidad y en ella y por ella viven, otra de personalidades eminentes educadas fuera de los centros universitarios y que trabajan por sí mismas sin la preocupación de la cátedra?

Cajal, Giner, Salmerón, Hinojosa, Azcárate, Menéndez y Pelayo, San Martín, Orti y Lara y otros de significación análoga, son todos hijos predilectos de las pobres y desmedradas Universidades españolas, y en ellas han trabajado ó trabajan con el buen éxito de todos conocido.

Lo que hay es que las Universidades son parte integrante del país, sufren la ley férrea del medio y están á su altura; el personal universitario sale de los mismos semilleros que nuestros generales de mar y tierra, nuestros obispos y canónigos, nuestros comerciantes é industriales, nuestros políticos y periodistas. Se podía haber procurado ingerir en el organismo anémico de las Universidades savia más sana y de más vida reclutando profesores en el extranjero, ó formando con la parte más culta un personal nacional; pero ni esto se ha intentado siquiera. Y así, necesariamente, la Universidad no está ni mejor ni peor que las demás instituciones del Estado, y la clase de los profesores y la de los estudiantes no estan por encima ni por debajo tampoco—á Dios gracias—de las clases

mercantiles ó productoras, que poco ha se reunían en son de crítica y como regeneradores nacionales.

Realmente, cuando todas esas gentes *neutras* claman contra la estéril labor universitaria, podría preguntárseles: ¿qué sacrificios habéis hecho para levantar la vida de las Universidades? ¿Cuándo os habéis dado cuenta de que merece la pena gastar buena parte de vuestras fuerzas en producir, sí, señor, *producir* una cosa tan inmaterial, de valor económico tan irrepresentable, como una cultura superior? ¿Cuándo habéis manifestado orgullo y entusiasmo, ó si se quiere vanidad, por vuestra Universidad, esto es, por la Universidad de vuestro pueblo? ¡Si fuéseis, á lo menos, una burguesía como la burguesía francesa de la tercer república! Entonces podíais hablar. Pero vosotros, que no habéis regateado los millones á la Marina, que habéis consentido los despilfarros del Ejército, que no consentiríais tocar sin protesta en el pesado presupuesto del clero, ¿qué diríais si os pidieran algunos centenares de miles de pesetas para mejorar la vida universitaria? ¿Cuándo se ha notado en vuestras filas la más leve indicación de simpatía hacia la obra espiritual é ideal de las Universidades? Por docenas podrían contarse los millones que la iniciativa privada ha dedicado en estos cincuenta últimos años á las instituciones religiosas; ¿cuántos miles de pesetas han derivado por propia y espontánea iniciativa de las clases acomodadas, de sus arcas, hacia las pobrísimas cajas de nuestros centros de enseñanza? Por experiencia sé lo que cuesta obtener el más modesto auxilio pedido á nombre y para cualquier empeño, por culto y desinteresado que sea, de una Universidad.

Por supuesto, nada de cuanto dejo escrito debe interpretarse como una defensa de las Universidades españolas; encamínase lo expuesto á poner, como suele decirse, las cosas en su punto, para poder luego hablar con toda libertad. En mi concepto, aun siendo rigurosamente exactas las apreciaciones hechas, no hay motivo para censurar de una manera absoluta la indiferencia pública ante el problema de la vida de nuestras

diez Universidades, que harto se puede explicar, ni menos para disculpar lo que éstas hacen y lo que dejan de hacer, si bien tal indiferencia debe contarse como uno de los obstáculos más difíciles de vencer, para todo intento serio y decidido de mejoramiento en la acción de la Universidad.

De todos modos, resulta bien claro que de la situación actual de las relaciones entre la opinión pública, ó los elementos un tanto vivos de ella, y las Universidades españolas, tienen éstas una buena parte de culpa: el profesorado y la juventud estudiantil, aquél, con su apatía invencible; ésta, con su tendencia á la holganza frívola y bulliciosa, son responsables en mucho más de la mitad de cuanto esas relaciones significan y suponen, y por ende de las consecuencias nada venturosas á que dan lugar.

III

Las Universidades españolas, en efecto, apenas si se han dado cuenta de su misión y de sus funciones en la vida contemporánea. Muertas salieron del antiguo régimen, y muertas han continuado durante el régimen centralizador de nuestros tiempos. Si así no hubiera sido, si las Universidades hubieran tenido vida científica, de trabajo verdadero, se habrían transformado de un modo natural al compás de las demás del mundo, hasta convertirse en lo que éstas son ya en los principales países: en centros de formación científica y pedagógica y de acción social; en suma, en verdaderos *centros de cultura nacional*.

El ideal—no la realidad—de la Universidad en España, es todavía el de una escuela profesional: escuela de médicos, de abogados, de farmacéuticos; ni aun siquiera se separan de este ideal las dos Facultades, *desinteresadas* por excelencia, de Ciencia y de Filosofía y letras, toda vez que á ellas se va, no tanto con el deseo de educar el espíritu en la investigación de

los altos problemas de la Naturaleza, de la vida y de la historia, y de hacerse hombre de ciencia en el pleno sentido de las palabras, como para obtener un título *profesional* que capacite, v. gr., para ser Catedrático de Instituto ó de Facultad: lo de saber ó no saber bien las cosas que los planes de las diferentes enseñanzas exigen, es secundario cuando no accidental.

Y es verdaderamente deplorable, que estas Facultades de Ciencia y de Filosofía no hayan prescindido en absoluto de su carácter profesional y utilitario, para lo cual hubiera sido preciso haber ensayado en ellas, en la organización de sus métodos y estudios, procedimientos pedagógicos que, en las Facultades de Medicina y Derecho, no era fácil de adoptar, entre otras razones por el excesivo contingente de alumnos con que de ordinario cuentan, porque acaso de ese modo se hubiera iniciado dentro de la Universidad misma la transformación radical de la enseñanza superior, y con ella la del ideal universitario, influyendo á la larga en las Facultades de carácter más naturalmente utilitario y profesional. Al fin y al cabo, el ejemplo de Francia, en donde la reforma pedagógica, base y razón de toda la reforma universitaria, la autonomía inclusive, se ha iniciado, sobre todo, en la Facultad de Letras y de Ciencias, abona, creo yo, de una manera suficiente nuestra presunción.

Pero decía que esta concepción de la Universidad como mera escuela profesional, es decir, como centro preparatorio de determinadas profesiones, en el cual la misión del profesor se reduce á *enseñar* un programa que se supone es el compendio de los conocimientos que debe *utilizar* el médico en sus curas, el abogado en sus pleitos, el farmacéutico en su farmacia y el catedrático en su clase, programa de *ciencia hecha*, libresca y memorista, esta concepción de la Universidad, repito, es todavía el *ideal*, y no la realidad.

La realidad, es preciso declararlo, aún está por debajo de tal ideal; es decir, que eso de la Universidad, escuela de la vida, preparación para el desempeño útil y eficaz de unas

cuantas profesiones, constituye lo que *debe ser* la Universidad para la mayoría de las gentes universitarias y no universitarias. En definitiva, la Universidad no prepara para tales modos de vivir de una manera propia y positiva; la concepción práctica y utilitaria de su misión no se traduce en los hechos correspondientes. Merced, de un lado, al influjo natural y necesario de la concepción profesional misma, en virtud de la que lo importante es aprender tales ó cuales cosas sabidas por otros y aplicarlas en su día; merced, de otro lado, á la organización de la Universidad, que no pasa de ser una oficina del Estado, sometida á las reglas férreas de una uniformidad que mata, antes de revelarse, todo espíritu de iniciativa; al desdén con que se ha mirado y se mira la formación del personal docente, y á otra porción de concausas que tienen su raíz en la condición misma de toda nuestra enseñanza, especialmente en la secundaria, y también en la educación de nuestra burguesía, es lo cierto que la Universidad española ni aun como escuela preparatoria de las profesiones puede considerarse. Es bien notorio que apenas sale nadie de las aulas en disposición de ejercer con éxito su profesión; los médicos y abogados, una vez declarados tales por el Jurado de exámenes correspondiente, empiezan, puede decirse, su carrera; entonces (después de haber perdido quizá los mejores años de aprendizaje) es cuando tienen que comenzar su verdadera educación práctica.

Ni pueden las cosas pasar de otra manera.

Ese ideal de la Universidad como mera escuela profesional interpretado del modo que dejamos indicado, es decir, por medio de enseñanzas uniformemente establecidas y organizadas, enseñanzas que se comunican de profesor á discípulo por el discurso retórico ó por el intermedio único del Manual, frío y cristalizado, provoca á la larga, de una manera irremediable, el estancamiento de la vida universitaria, y se reduce al fin á un sistema de fórmulas abstractas y sin valor alguno para lo mismo que preocupa: para la práctica de los conoci-

mientos que constituyen el objetivo de los esfuerzos estudiantiles.

Considerada la situación con perfecta imparcialidad, puede afirmarse que la realidad positiva de la acción universitaria consiste en bien poca cosa: procurar títulos con el menor esfuerzo posible; despachar estudiantes como quien despacha expedientes, obligando á aquéllos á recorrer una especie de carrera de obstáculos ó de exámenes, que no difieren gran cosa, en el fondo y en la forma, de los numerosos informes de Negociado que para resolver cualquier cuestión exige la ordenación burocrática en que vivimos.

Se ha dicho muchas veces, y en todos los tonos imaginables, que la enseñanza vive por y para el examen. Y es el dicho rigurosamente exacto. *Aprobar ó no aprobar*, en vez de *saber ó no saber,* es el *ser ó no ser* de nuestros infortunados jóvenes. Aprobar: he ahí la preocupación única de la inmensa mayoría de nuestros discípulos; y, claro es, aprobar muchas asignaturas y pronto, cuanto más pronto mejor; el sueño dorado de hijos y padres de familia sería aprobar todas las asignaturas del plan respectivo en una ó dos convocatorias. Al que tal hace se le señala con el dedo; pero no en son de censura, no, sino en son de admiración sincera, como modelo digno de imitación, como hijo envidiable.

Naturalmente, si el examen es el momento crítico, es la piedra de toque, es donde hay que vencer, si el examen es todo, y el examen es la fórmula del *saber* ó del *poder* universitario, ¡cómo maravillarnos que la acción de la Universidad viva y se mueva girando alrededor del examen, y que padres de familia é hijos, profesores y alumnos, todos, en suma, obre os sugestionados por el examen!

En nuestras Universidades se ha efectuado una de esas transformaciones ó cambios, mejor diríamos perturbaciones, tan frecuentes en la vida humana, y que de tan hermosa manera señala Ruskin. El examen de *medio* se ha convertido en *fin,* como la moneda ó la *riqueza* en las relacoines sociales: el ideal

de la vida humana, advierte Ruskin en *La corona de olivo silvestre,* pone en primer término el trabajo, y en segundo el dinero, que constituye la ganancia; pero hay muchísimas personas que hacen del dinero y de la ganancia lo primero, y del trabajo, ó mejor de la finalidad esencial del trabajo lo accidental, y así andan las cosas. Pues bien, en la Universidad, la idea del examen, es decir, la demostración del saber, de la tarea aprendida, debiera ser lo accidental, y lo fundamental el trabajo mismo, el estudio, con su finalidad íntima: la ciencia, la verdad, la adquisición del conocimiento de la realidad, con todas sus fecundísimas consecuencias; pero merced al influjo, no sólo de la viciosa organización universitaria, sino de la concepción utilitaria de la enseñanza, y más especialmente, de la consagración que ésta tiene mediante los exámenes, los exámenes son el objetivo primordial, cuando no único, de los esfuerzos todos. Los exámenes, es decir, la ostentación de un saber prendido con alfileres, ó peor aún, la representación de la comedia de que se sabe, pues lo importante es contestar en el examen, valiéndose de cualquier superstición ó engaño, son al fin y al cabo la moneda, falsa á veces, con que se compra el aplauso del profesor, del amigo, del padre de familia, y á la larga, una suma explotable de consideración social, y por fin un puestecito en los presupuestos del Estado, de la Provincia ó del Municipio.

No debe, pues, repito, maravillarnos, que toda la vida de las Universidades gire como alrededor de su centro natural, alrededor de los exámenes, y girando alrededor de los exámenes, tampoco debe maravillarnos la *altura* escasísima, que alcanza el *ideal* universitario, y por ende la pobreza é insignificancia de la acción de las Universidades, tanto en el respecto científico como en el respecto pedagógico y social.

Ciertamente: para examinar unos cuantos miles de jóvenes al año, y aunque sea para explicar los programas (por de contado *completos*) de las asignaturas, con ese ritmo monótono del curso de lección diaria ó de lección alterna, no merece la pena

sostener diez Universidades, como en España sostenemos. Reducida la tarea oficial y propia, el deber del cargo del profesor, á dictar un cuestionario—siempre el mismo—cerrado, en el cual se comprenda *toda la asignatura*, y á explicar ese cuestionario con más ó menos cuidado, para que el alumno conteste durante diez ó veinte minutos lo que la suerte indique en las tres dichosas papeletas ó bolas, ó en otros términos, para que el alumno se «luzca» en el examen, la misión de la Universidad se rebaja de tal modo, que pronto aparece como inútil y sin finalidad apreciable y fecunda. Podrían suprimirse las cátedras; bastaría conservar los examinadores, que es lo que al fin va consiguiendo la llamada enseñanza libre.

IV

¿Quién puede poner en duda, teniendo todo esto en cuenta, la necesidad y la urgencia de una reforma honda, radical, de las Universidades? No discutamos si las que hay son demasiadas; dos solas que hubiera, siendo como son las diez actuales, implicarían un gasto excesivo, es decir, un esfuerzo desproporcionado, comparado con el resultado que mediante él se obtiene. No es cuestión de número de Universidades, no es cosa de más ó menos, por tanto, la reforma universitaria, sino de transformación y de cambio de vida, de modificación en la orientación de la actividad docente, en el ideal educativo, y hasta en el respeto de las relaciones sociales de la Universidad como corporación y como persona. Hay, en efecto, que crear las Universidades de la Nación, y si no es posible tanto, por lo menos, es preciso intentar infundir en sus actuales organismos, anémicos, desmedrados, casi muertos, nueva savia vivificante, fuego, entusiasmo, fe en su misión y destino; en suma, todo aquello de que hoy carecen acaso en absoluto.

Pero ¿cómo? Si no es en rigor difícil definir aquí en los límites que supone el problema universitario los términos pro-

pios de la política pedagógica, y hasta vislumbrar que sería más fácil acometer su solución que la de los problemas de la enseñanza primaria y secundaria, más complejos y que piden más amplio y más costoso esfuerzo, resulta, no obstante, de una dificultad poco menos que insuperable, señalar por dónde y cómo podría iniciarse una acción eficaz de reforma de las Universidades.

¡Estamos tan distantes del ideal! ¡Estamos tan lejos de imaginárnoslo siquiera! Porque si al menos hubiera ideal... tendríamos el principio de la acción. Pero ¿cómo iniciar ésta sin tener aquél? Vivimos en el mundo de la rutina, y nos dominan prejuicios invencibles capaces de estirilizar los ensayos mejor intencionados. Exigiría la reforma fecunda un género tal de medidas, sería preciso renunciar á tantas y tantas vanidades de mandarinato; pide la acción eficaz de la moderna labor universitaria tantos esfuerzos desinteresados, tal suma de alientos, tantos trabajos sin recompensa inmediata, tal conformidad con la pura y simple aprobación y satisfacción íntimas, tal altruismo... científico y social, un amor tal á la humanidad y á la patria, y un concepto tan elevado y espiritual de la utilidad de la ciencia, de la educación y de la cultura, que parece un sueño, pero un sueño de utopista calenturiento y delirante, pensar siquiera que en este país de Sanchos sea posible iniciar la reforma interna de las Universidades con ligeras esperanzas de lejanísimo éxito.

Bastaría, para justificar este doloroso pesimismo, este desánimo abrumador y este miedo, considerar, no ya la situación presente, ni los resultados obtenidos por la acción de la Universidad en la juventud española, sino las reformas que á cada paso acometen los Ministros que la política pone al frente de la instrucción pública. Recientes y frescas tenemos las realizadas en la enseñanza superior, por ejemplo. Están, sin duda, inspiradas en los mejores deseos, pero á pesar de eso, no salimos del mismo círculo de hierro en que nos tiene presos la rutina. Todo se reduce á reformar *los planes;* y ¿cómo?: se

crean «asignaturas» sin pensar siquiera en si hay en este país personas competentes para desempeñarlas, ni menos preocupándose con la tarea de preparar el profesor para lo futuro; se organizan hasta nuevas Facultades, sin detenerse á considerar la pobreza científica de España; cuando los exámenes están en crisis en todo el mundo culto, incluso entre nosotros, se agravan mediante una reorganización que además es incompleta, y se aumenta con los nuevos de ingreso en las Facultades, sin haber reorganizado la enseñanza oficial, limitando el número de alumnos para hacer fecunda la acción de la cátedra, único caso en que dichos exámenes—de verdadera selección—podrían quizá justificarse; se regula una vez más el *ingreso* en el profesorado mediante nueva y complicada *carrera de obstáculos*—vulgo oposiciones,—pero nadie piensa en *formar* ese profesorado... en suma, como siempre; se trata del problema universitario sin preparación verdadera, sin estudiar las condiciones actuales de nuestras Universidades, sin haber formado un concepto adecuado de lo que la Universidad debe ser, sin aprovecharse de las experiencias fracasadas de cuantos han hecho lo mismo en épocas anteriores, sin pasar, en una palabra, de la superficie de las cosas.

Y al lado de esto, al lado de esta impenitente rutina del Poder, negación palmaria de toda política pedagógica, las Universidades mismas hacen tan poco por estudiar y resolver *su problema*, que bien puede decirse que no hacen nada. Son como enfermos que no sienten la enfermedad, y que, además no tienen fe ni en la higiene ni en la medicina. Cierto es que jamás se toma su voto en cuenta para reformarlas; en otros países, v. gr. en Francia, los Ministros consultan á sus Universidades, abren una información, se pasa un cuestionario á los claustros, en el cual se formulan las aspiraciones ó problemas sobre que es preciso que las Facultades den su opinión; los claustros se reunen y se ven obligados así á discutir acerca de asuntos de enseñanza; aquí, á lo sumo, se consulta á la Universidad de Madrid; los Ministros tienen su opinión personal;

más sabios que los que suele disfrutar Francia, se hacen cargo inmediatamente de los situación de las cosas y obran en consecuencia. Y no sólo esto: aun en aquellas cuestiones en que las Universidades, ó mejor las juntas de sus profesores intervienen, como v. gr. en las propuestas de auxiliares, los Ministros suelen tratar á los claustros con el natural desdén del superior que no siempre sabe lo que tiene entre manos, y que es antes que nada un hombre político, es decir, un hombre lleno de compromisos personales y que acaso no se fija lo suficiente en la trascendencia de sus actos.

Pero esta actitud del poder para con las Universidades, mas los obstáculos que á su iniciativa pondría la burocracia que usufructúa la dirección de la enseñanza, sin saber cuales son sus necesidades, ni tener noción siquiera de lo que es el problema pedagógico, con más la penuria de medios con que las Universidades españolas viven, no disculpan la situación presente de las mismas. Al fin y al cabo, el Estado mantiene, pobremente sin duda, cuatrocientos y pico de profesores, distribuídos en diez centros universitarios, y de ese pequeño ejército de educadores, de sabios, de hombres que «oficialmente» se consagran á la cultura nacional, á la ciencia, á la juventud que acude á las aulas, podría esperarse algo que demostrara vida, nervio, fuerza, en suma, para levantar el decaído espíritu de la sociedad española. ¿Y qué hacemos? ¿Qué síntomas verdaderamente calificados revelan en el profesorado universitario fe en el porvenir y conciencia de la imperfección presente? ¿Dónde está la manifestación vigorosa del alma de la Universidad en los momentos de crisis por que el país ha atravesado? Si alguna ha habido, significa tan poco, que no puede tomarse como fundamento para vislumbrar un mejoramiento más ó menos remoto. Porque conviene advertir que no desconozco el mérito y el alcance de la labor, admirable en verdad, de estas ó aquellas ilustres representaciones de las Universidades; ya sé yo que hay en el profesorado español quienes se han dado plena cuenta del problema universitario

y quienes tienen un ideal hermoso para su Universidad; pero no se trata de eso ahora. Lo que aquí importaría sería la acción colectiva de todos los centros universitarios, una acción que implicase que el soplo del espíritu moderno había agitado, si no á la mayoría, á lo menos á una minoría numerosa y fuerte del profesorado, la cual se cuidaría de arrastrar tras de sí á los indiferentes y de anular á los adversarios, que los hay en gran número, aunque parezca mentira, de todo mejoramiento y renovación de la vida universitaria.

Ahora bien; esas manifestaciones de la acción corporativa de las Universidades, ó no las hay, ó las hay en medida tan escasa, que no modifican los términos angustiosos del problema.

En suma: el pesimismo á que antes me refería, encuentra su plena justificación, lo mismo en la falta absoluta de las condiciones todas de una política pedagógica, en la dirección de la enseñanza superior, que en la pobreza de nuestra vida universitaria. *Arriba* domina la rutina, y *abajo* la apatía, la anemia y la falta de ideal.

V

Pero, ¿es que el problema no tiene solución? No he querido decir tal cosa en lo que dejo expuesto. El alcance de mi pesimismo no es absoluto. Estimo que apenas hay los indispensables puntos de apoyo sobre que sería preciso afirmarse para iniciar con éxito una renovación pedagógica de la Universidad; pero á la vez estimo que, comparando las dificultades que la aplicación de la política pedagógica tendría que vencer en los tres grados de enseñanza, primaria, secundaria y superior ó universitaria; el grado superior es el que las ofrecería menores, no porque esté mejor que los otros, sino porque abarca un campo de acción más limitado, y entraña una menor complejidad de estructura, por lo que exige, naturalmente, una

suma menor de esfuerzos económicos y de todo género. ¿Qué es más fácil, obtener treinta millones de pesetas que exigiría, como hemos visto, la reforma económica de la primera enseñanza, sobre los que hoy se gastan, ó distribuir de mejor manera el escaso crédito destinado á la Universidad, y aumentar en unos centenares de miles de pesetas las cantidades ridículas del material científico? Con una calculada y meditada reducción del excesivo número de profesores universitarios, acumulando cátedras y aumentando la tarea obligatoria del personal todo de la enseñanza superior, podría resolverse, así, como suena, resolverse todo el lado económico del problema universitario.

Por otra parte, ¿qué es más fácil, reorganizar todos los Institutos de segunda enseñanza, ó reorganizar *diez* Universidades? Y si pasamos á la cuestión capital, lo mismo en las Escuelas, que en los Institutos, que en las Universidades, esto es, á la cuestión de la *formación del personal nuevo y mejoramiento del existente,* ¿qué exige mayores esfuerzos, formar miles de maestros y mejorar otros miles, ó bien formar y mejorar el numerosísimo personal de la segunda enseñanza, ó formar y mejorar el personal universitario, convenientemente reducido, acaso á la mitad del que hoy existe?

Realmente, el problema universitario es el menos difícil de acometer de los problemas que entraña la obra patriótica de crear una educación nacional; por lo menos, es aquel en que es más fácil señalar una orientación fecunda á la política pedagógica, determinar los derroteros que inmediatamente debería seguir y fijar los apoyos indispensables en que tendría que descansar, para que no resultase toda la labor estéril é inútil.

¿Será imposible—¡á tal punto llegará nuestra desgracia!—tropezar alguna vez con un hombre político, de acción, que rompiendo con toda rutina, se deje de *planear* en la *Gaceta*, y empiece por edificar en vivo la Universidad, enviando al extranjero, sin reparar en el gasto, unos cuantos profesores ac-

tuales para que se enteren de lo que por esos mundos hacen las Universidades como escuelas de la juventud y como centros de cultura social? ¿Será cosa tan difícil encontrar un hombre político que se haga cargo de esto tan sólo: que el maestro es preciso hacerlo, y que el que quiera profesorado tiene que formarlo, y una vez convencido de esta especie de *perogrullada*, se decida á obrar en consecuencia, es decir, á *crear* la escuela del futuro profesorado universitario? Y cuenta que la cosa no es tan difícil de intentar; bastaría para iniciarla tener energías suficientes para reorganizar los actuales doctorados de las Facultades, *llevando* á ellos *lo mejor* de lo que tenemos dentro y fuera de la Universidad, y proporcionándoles luego todos los elementos necesarios. Más aún: si para ciertas enseñanzas no tuviéramos aquí especialistas verdaderos, una de dos, ó prescindir de tales enseñanzas, ó buscar el especialista en el extranjero.

En rigor, reducida al mínimum la reforma universitaria que una política pedagógica debería acometer, podría su iniciativa limitarse á esa transformación del personal docente. Claro es que no es esto todo el problema universitario: queda aún mucho que hacer para cambiar el aspecto burocrático y rutinario de nuestra enseñanza superior; el régimen de los exámenes, el aumento del material científico, la autonomía universitaria en la esfera económica y en la dirección científica, la transformación radical del personal directivo del Ministerio, etc., etc.; pero todo esto es, en mi concepto, secundario al lado de la cuestión señalada en primer término y relativa á la *mejora del personal docente actual y á la formación del personal nuevo*.

Por de contado, todo cuanto se hiciese en el desarrollo de una política pedagógica universitaria, tendría un éxito muy poco lisonjero si no se contase con la simpatía y apoyo de las Universidades mismas: no cabe aquí acentuar separaciones que jamás debieron existir. La política pedagógica exige un impulso vigoroso en quien la dirige; pero el director no puede menos de contar con el apoyo de las Universidades: es obliga-

ción del que la inicia el contar con ellas; pero aún es mayor la obligación que las Universidades tienen de hacerse las indispensables en todo intento serio de renovación educativa de la enseñanza superior. ¡Qué más! Si las Universidades tuvieran en las filas de su personal activo un número suficiente de gentes entusiastas y penetradas del deber social que la Universidad tiene, si las Universidades se hicieran presentes en todos los momentos, si se las viera trabajar con alma y vida, procurando romper con la rutina y deshacer los moldes estrechos de su tipo burocrático y mezquino, ¿quién se atrevería á tocar en la enseñanza superior, quién iniciaría una política pedagógica á espaldas de la Universidad?

Realmente, cuando los profesores nos atrevemos á levantar la voz y á quejarnos del abandono del Estado, de la escasez de medios con que contamos, del poco empeño que los gobernantes ponen en mejorar la condición de la Universidad, podría preguntarse:—Y ustedes, caballeros, ¿qué hacen? ¿Creen que cumplen con su deber con asistir á su cátedra diaria ó alterna, examinar en Junio y en Setiembre, leer un discurso de apertura — aunque sea bueno — formar parte alguna que otra vez de un tribunal de oposiciones, y publicar un libro de texto, por excelente y desinteresado que sea? Cumplirían á lo sumo con el reglamento; pero el reglamento es como un Código penal, y no basta eludir el Código penal para ser un ciudadano verdaderamente útil y moral en toda la extensión de la palabra. Un conjunto de profesores que cumplen con sus deberes reglamentarios, no forman una Universidad. Hagan algo, algo personal, algo que revele que ponen el alma en su profesión; convénzannos de que han intentado alguna obra trascendental, y que ésta ha fracasado por causa del Estado, y entonces hablaremos; mientras tanto, las fuerzas que gastan en quejarse, mejor las emplearían en hacer algo positivo, en reformarse á sí propios, obra ésta que no puede acometerse de real orden, ni mediante decisiones solemnes del Poder legislativo. ¿Necesitan ustedes, v. gr., que

un reglamento les diga que conviene educar al alumno en el trabajo personal, para crear por propia y desinteresada iniciativa seminarios ó escuelas prácticas en el tipo de las alemanas? Ciertamente, cuando un profesor tiene en su cátedra ciento ó más alumnos, no puede convertirla en laboratorio verdadero; pero ¿es imposible escoger entre esos centenares de jóvenes una docena de alumnos verdaderamente entusiastas, y reunirse con ellos una vez á la semana para hablar de los problemas científicos que interesen? ¿Es necesario que el Ministro decrete que los claustros deben preocuparse con las cuestiones de la enseñanza, para que sus miembros las estudien y se comuniquen sus ideas é impresiones, y traten de llevar á la práctica procedimientos educativos nuevos, ó experimentados en otros países? Desde luego admitimos que el profesorado está mal retribuído; sus sueldos son demasiado miserables comparados con los que disfrutan otros funcionarios del Estado de análoga categoría; pero el país es pobre, y para legitimar hoy una mejora en la condición económica del profesorado, es preciso demostrar prácticamente que se merece; hay que trabajar mucho, pero mucho más de lo que se trabaja. Sin duda son irrisorias las consignaciones de material científico; pero aun con las que hay, se puede hacer algo, enseñar algo, lo mismo en los estudios experimentales que en los puramente doctrinales y literarios. Y ¿á qué esperar que un Ministro bien aconsejado recuerde el deber — ¡un deber *moral* si queréis!—que la Universidad tiene de difundir y vulgarizar la ciencia? Para trabajar con ahinco y con fe en la Extensión universitaria, ¿será preciso esperar que se declare el servicio como mérito especial en la carrera, v. gr., para obtener una cátedra en Madrid ó cualquiera de esas «canongías» que llaman categorías honoríficas de ascenso ó de término?....

Pero no digo más. Con lo expuesto basta para que el lector atento pueda ver de qué manera comprendemos el complejo *problema universitario*.

Adolfo Posada.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

Durante el tiempo que desempeñé las funciones de Secretario de la Legación de S. M. Católica en Tánger, acaricié la idea de acompañar alguna misión que visitase el interior de la Mauritania y la corte suntuosa y fantástica de los Emperadores de Marruecos, Sultanes de Fez, Tarudant y Tafilete. Comprendía la conveniencia de realizar un acto que acrecentara nuestro prestigio cerca de la nación vecina; y ya que nuestros recientes desastres habían demorado indefinidamente su ejecución, esperaba que una vez terminados tan desgraciados asuntos, se verificaría el proyectado viaje. En efecto, todo se hallaba dispuesto; los regalos que los monarcas españoles ofrecerían, según antigua costumbre, al descendiente del Profeta, se encontraban depositados en la Legación de España en Tánger, el personal se hallaba nombrado y sólo faltaba la orden de partir.

Las medidas económicas dictadas el año pasado por el Gobierno, modificaron las plantillas del Cuerpo diplomático, y el puesto de tercer Secretario en la Legación de Tánger fue suprimido. No he de discutir la justicia de esta medida, que me dejó en situación de excedente, perjudicándome bastante; y ya que no fui de los afortunados que pudieron evitar el rigor de semejante disposición, sólo me queda la satisfacción de haber sido sacrificado en beneficio del Erario público.

Dejé á Tánger con gran sentimiento. Aquel país me encantaba, interesándome sobremanera, y hubiera deseado poderlo estudiar por completo; pero desgraciadamente razones que á nadie, sino á mí, interesan, me obligaban á regresar á España. No obstante, me prometía volver á Marruecos en cuanto me fuera posible; así que apenas recibí una cariñosa y galante invitación de mi antiguo jefe el Sr. D. Emilio de Ojeda, Ministro de España en Tánger, para que pasase en su compañía una temporada, me apresuré á ponerme en camino.

Al poco tiempo de llegar, supe que la proyectada Embajada iba á ser un hecho, y que todo se disponía para su realización en la próxima primavera. Naturalmente, mi antiguo deseo de visitar el interior de Marruecos se acrecentó, y convenientemente autorizado por mi jefe, me decidí á aprovechar la ocasión que se me presentaba, y emprendí las gestiones necesarias para obtener mi nombramiento, ofreciéndome á acompañar la misión sin sueldo ni gratificación de ninguna clase. El Sr. Ministro de Estado, atendiendo á las indicaciones del señor de Ojeda, y teniendo en cuenta que había sido el último tercer Secretario que había estado en aquella Cancillería, accedió á mi petición, y se dignó extender mi nombramiento para formar parte del personal de la Embajada.

Recibí la noticia con inmensa alegría, pues no sólo iba á realizar uno de mis mayores deseos, sino que tenía la certeza de que la misión que debía acompañar sería sumamente importante. En efecto, esta Embajada era la primera que visitaría la corte del Sultán, después de los grandes reveses sufridos, y á ella estaba encomendado aumentar nuestro prestigio y fomentar nuestras relaciones con el Imperio marroquí. Durante el siglo XIX, cuatro veces con esta han enviado los monarcas españoles sus representantes á visitar los Emperadores Magrebinos en la ciudad de Marruecos ó Marrakesh, como la denominan los árabes, una de las tres capitales del imperio de Al-Magreb. Fue la primera, la que en 1863 desempeñó el difunto Conde de Benomar, á raíz de la gloriosa guerra de Africa; si

guiéronla en 1883 la del Sr. Diosdado, y diez años después la del ilustre general Martínez Campos, que puso término á los lamentables sucesos de Melilla.

Esta cuarta Embajada, tiene por objeto principal presentar las cartas credenciales del Ministro Plenipotenciario señor Ojeda al nuevo Sultán Muley Abdul-Azis, y al mismo tiempo reclamar el cumplimiento de algunas cláusulas del Tratado de Wad-Ras de 1860 y del Convenio de Marrakesh de 1893, aún pendientes de ejecución. Según declaración del Sr. Ministro de Estado en la Cámara de Diputados, uno de los asuntos principales sería la reclamación de los territorios para establecer pesquerías, concedidos á España en el art. 8.° del ya citado Tratado de Wad-Ras, en las cercanías de Santa Cruz de Mar Pequeña, reclamación que nunca había sido atendida, por más que se hubiera formulado repetidas veces. Sabidas son las sutilezas y argucias empleadas por la diplomacia marroquí para esquivar el cumplimiento de lo pactado, por cuya causa suponia, que dada la habilidad reconocida del Sr. Ojeda, las negociaciones deberían resultar en extremo interesantes. Unase á esto la curiosidad de un viaje tan extraño como curioso, y se comprenderá fácilmente lo satisfecho que me hallaría de formar parte de la expedición, cuyo personal era el siguiente:

El Excmo. Sr. D. Emilio de Ojeda, Ministro plenipotenciario de S. M. C. en Tánger, á quien acompañan su señora, hija é hijo D. Jaime, Agregado diplomático.

El Ilmo. Padre Fray Pascual Cervera, Prefecto apostólico de Marruecos y Prior de la Misión Franciscana de Tánger, y Fray Domingo García, lego de la misma Orden.

El Teniente coronel de Estado Mayor D. Eduardo Alvarez Ardanoy, jefe de la misión topográfica española en Marruecos, y los Sres. D. Francisco Javier Ayensa, capitán, y don Manuel Benítez, teniente del Cuerpo de Artillería, encargados de entregar al Sultán las armas, construídas en las fábricas nacionales de Toledo y Oviedo, que le regala S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

D. Alfonso Cerdeyra, Médico naval, Agregado á la expedición.

El primer intérprete D. Manuel Saavedra y el joven de lenguas D. Reginaldo Ruiz; sin contar el que estas líneas suscribe, Secretario de Embajada.

Hay que añadir á la lista, un maestro y un tirador de la fábrica de armas de Oviedo, que deberán practicar las pruebas de las carabinas y fusiles Maüsser, modelo español, ante Su Majestad Sheriffiana, y los numerosos criados que hacen falta para desempeñar las funciones que exige la vida civilizada durante un viaje tan largo como pesado.

Desde que supe que debía formar parte de la Embajada pensé tomar apuntes y notas del viaje, y así lo hice, lisa y llanamente, sin pretender escribir ni una descripción del Imperio marroquí, ni una guía del viajero, ni un estudio político y sociológico, sino un simple diario en que he ido anotando, *cálamo currente,* mis impresiones y el resultado de mis estudios en un país tan extraño como desconocido, tan interesante como curioso, en el extremo Occidente de los orientales, en el *Magreb-el-Aksa.*

I

DE TÁNGER Á MAZAGÁN

Campamento de Mazagán 15 y 16 de Abril de 1900.

Las campanas de la iglesia de la misión franciscana tocaban á gloria. Era el Sábado Santo, 14 de Abril del año de gracia de 1900, y en semejante día, una vez vencidos los obstáculos que la inclemencia del tiempo había suscitado, y cumplidos nuestros deberes de cristianos, debíamos embarcar á bordo del hermoso buque de guerra *Carlos V* para emprender nuestra expedición y visitar en nombre de España al Emperador de Marruecos. El poderoso crucero nos aguardaba hacía

ya varios días en la bahía de Tánger; casi durante una semana vimos ondear el pabellón nacional, y aunque todos deseábamos comenzar el viaje cuanto antes, el mal tiempo reinante, que hacía sumamente peligrosa la navegación por la temible costa Oeste de Marruecos, y las grandes festividades de la Semana Mayor, nos habían detenido. Grande fue, pues, nuestra alegría cuando al levantarnos el Sábado de Gloria pudimos apreciar que reinaba un fuerte viento de Levante que, si bien dificultaría nuestro embarque, apenas hubiéramos doblado el Cabo Espartel y salido del estrecho de Gibraltar nos aseguraba una excelente travesía. Dispúsose al momento nuestra marcha, y como la mayor parte de la impedimenta se hallaba ya á bordo, no hubo más que dividir en grupos el numeroso personal de la Embajada y la servidumbre, lo mismo mora que cristiana, que debía acompañarnos, para que fueran embarcando paulatinamente.

Según costumbre establecida, todo el personal diplomático residente en Tánger bajó al muelle á despedir al Enviado de España. Yo, soñando con el momento de emprender un viaje por mí tan deseado, me había embarcado un poco antes. y desde la cubierta del *Carlos V,* armado de unos buenos gemelos, presenciaba la cordial despedida que nuestros colegas Representantes de las distintas Potencias de Europa, acreditados cerca de S. M. Sheriffiana, la colonia española y las autoridades marroquíes, dispensaban al Ministro plenipotenciario de S. M. Católica. Una lancha ostentando la bandera española se separó del muelle, y comenzaron los saludos de ordenanza. El fuerte de Tánger disparó sus cañones, siendo contestado por los disparos del *Carlos V* y del cañonero *Pinzón,* anclado entonces en la bahía. El momento era solemne y verdaderamente grandioso; en él comenzaba un viaje de alta significación política, que á raiz de las degracias que habían caido sobre nuestra querida patria podría muy bien señalar el comienzo de una era de prosperidad, y hasta quién sabe si de engrandecimiento.

A la una en punto zarpaba el *Carlos V* de la bahía de Tánger. La ciudad, que tan pintoresco aspecto presenta desde el mar, fue alejándose poco á poco. Desde la cubierta presenciábamos el espléndido espectáculo. Aquellas casas blancas como la nieve, rodeadas de un círculo de suaves montañas, cobijadas por un cielo purísimo, encerradas en un paisaje radiante de luz y de alegría; que se extienden sobre pintorescas colinas que se deslizan hasta el mar, como pretendiendo sus caricias, y sobre las cuales se alzan algunas palmeras esbeltas y elegantes, las torres de las mezquitas cubiertas de mosaicos verdes, y dominándolo todo la *Kasba,* rodeada de sus murallas almenadas, forman un conjunto que encanta y fascina. Es la impresión soñada de Oriente. Es la realización de algo que conocíamos y deseábamos de antemano por habérnoslo imaginado en esos momentos de entusiasmo en que, dando rienda suelta á nuestra fantasía, la dejamos correr y vagar á su antojo. El buque parece acercarse por un momento á la costa española, y con una sola mirada abrazamos la extensa zona que se extiende desde Gibraltar hasta el Cabo de Trafalgar, que allá muy lejos se oculta entre las brumas. Pronto cambiamos de rumbo, y nos dirigimos francamente hacia el Sudoeste. El tiempo es hermosísimo, y desde la cubierta del poderoso acorazado vemos desaparecer lentamente la colina del Marshan con sus preciosos hotelitos, el monte con sus huertas de vegetación espléndida, y más allá el faro del Cabo Espartel, erguido sobre el Atlántico y desafiando la inmensidad.

Marchamos hacia lo desconocido, volvemos la espalda á la vieja Europa, y vamos en busca de civilizaciones extrañas, de mundos casi ignorados. *¡Marrakesh!* Mi fantasía excitada por esta palabra, empieza á soñar. Dicho nombre despierta en mí vagos ensueños de poesía romántica, y los patios de la Alhambra y los jardines del Generalife, los gallardos héroes muslimes y las huríes del profeta, los misterios del harem y las luchas de los guerreros, las venganzas terribles y misteriosas, los dramas sangrientos, los artificios políticos, las sutilezas

del ingenio, en una palabra, todos los recuerdos de la historia y de la leyenda se presentan á mi memoria confusamente, prometiéndome un mundo de emociones nuevas y extraordinarias.

La costa, de la que no nos hemos alejado mucho, una vez pasado el cabo Espartel, se muestra abrupta, salvaje y deshabitada. El continente misterioso realiza su objetivo. No deja vislumbrar nada de lo que encierra. A la caída de la tarde, ya bien entrado el crepúsculo, pudimos divisar un momento las luces de Larache, el *huerto de los placeres* de los árabes, el *jardín de las hespérides* de los antiguos, pero la visión lejana y confusa se pierde en las sombras de la noche. Pronto la luna llena lo inunda todo de luz clarísima, el mar está tranquilo, y el barco, caminando rápidamente, se desliza por el Atlántico dejando tras él una estela de plata. Gozamos de una noche deliciosa, y todos nos atardamos sobre cubierta con la imaginación llena de ilusiones y de proyectos, el corazón henchido de esperanza, y soñando con que un viaje comenzado bajo tan buenos auspicios, termine favorablemente por todos conceptos.

Al levantarnos la mañana siguiente, nos encontramos frente á Mazagán, la antigua posesión portuguesa de *Castello Reale*, fundada en 1506, durante el reinado del famoso Don Manuel, desde donde debíamos emprender la marcha hacia el interior. Como sucede en toda la costa Oeste de Marruecos, la rada de Mazagán no ofrece ningún amparo para los buques, y sí grandes dificultades para el desembarco. Por el primer motivo, el *Carlos V* hubo de permanecer á respetable distancia de tierra, y el segundo, nos obligó á esperar la hora de la *pleamar* para que nos fuera posible abordar sin dificultad al muelle de la primitiva plaza fuerte lusitana. Desde el buque veíamos perfectamente el campamento enviado por Su Majestad Sheriffiana para servirnos de hospedería durante las jornadas del viaje. Se levantaba en una playa vecina á la ciudad, y presentaba un aspecto en extremo pintoresco.

En tanto llegaba la hora oportuna para desembarcar, y á fin de celebrar dignamente la solemnidad del día, domingo de Pascua de Resurrección, oímos misa en la capilla del buque. La ceremonia, tan sencilla, resultó imponente y majestuosa, conmoviéndonos profundamente el momento en que el sacerdote elevó el Cuerpo sagrado del Redentor, allí enmedio de la inmensidad del Océano; y ante su presencia augusta, las tropas presentaron armas, las trompetas y tambores tocaron el himno nacional, y todos nos postramos impetrando del Todopoderoso el éxito de nuestra misión para honra y gloria de la madre patria.

Sobre medio día comenzaron las lanchas y barcazas á transportar á tierra la formidable impedimenta que nos acompañaba, y cerca de las dos de la tarde arribaban al muelle las canoas que nos conducían. Esperaban á la Embajada las Autoridades marroquíes, el *Basha* (Gobernador) de Mazagán; el *Kaid er Rha*, jefe de la escolta que debía acompañarnos; el *Amin*; el Cónsul de España, señor Cabanilles, los notables de la colonia, y el pueblo en masa, que había acudido á presenciar nuestra llegada, que resultó en extremo interesante. La visión fantástica comenzaba, y su primer cuadro era una maravilla de luz, de animación y colorido. A las salvas del *Carlos V*, respondían los cañones del fuerte de Mazagán haciendo los disparos de ordenanza, mientras que el enviado de España, rodeado de su acompañamiento, ingresaba en la ciudad, por medio de las tropas imperiales, que presentaban armas, y de una muchedumbre que saludaba con entusiasmo frenético. Los soldados del Sultán, vestidos de rojo y armados con fusiles de todos tiempos y sistemas, maniobraban con sin igual descuido y dejadez, los soldados sherifianos se movían con bastante desigualdad, y todos tenían un aspecto de marcado aburrimiento. Indudablemente, la disciplina no se ha hecho para ellos, acostumbrados á vagar libremente por el Imperio, y á batirse á su antojo y capricho sin esperar órdenes de nadie.

La comitiva llegó á la casa ocupada por el Consulado de España, y en tanto el Embajador recibía á los numerosos españoles residentes en Mazagán que ansiaban saludarle, yo me dirigía á visitar la ciudad, que á decir verdad bien poco tiene de morisca, habiendo sido fundada á principios del siglo XVI por el Almirante D. Manuel Jorge de Mello, noble magnate portugués, á once kilómetros al Oeste de Azimur, y en el lugar de la torre de *Xeij Alboreja*, á la sazón abandonada. En poco tiempo, los portugueses crearon en aquel lugar una plaza fuerte, inexpugnable para la época, construyendo al efecto un soberbio cuadrilátero de murallas almenadas, en cada uno de cuyos ángulos se levantaba una fuerte torre, y al que rodeaba un foso que fácilmente podían inundar las aguas del mar, convirtiendo la fortaleza en una especie de islote. Todas estas obras se mantienen hoy día perfectamente, distinguiéndose en el fuerte central, al Este, la vieja torre de *Alboreja*, y en los otros puntos cardinales, las llamadas *Segonha*, *Cadea*, y *Rebate*. Esta última domina las campiñas en una extensión de veinticinco kilómetros, y servía de atalaya, desde la cual, un vigia señalaba los movimientos de los árabes que pretendieran atacar por tierra la ciudad. Fue el primer Gobernador de la plaza el propio hijo del fundador, D. Martín Alfonso de Mello, á quien el Rey entregó el mando de cien infantes y de veinticinco jinetes.

No hemos de extendernos en relatar la historia por demás curiosa de Mazagán, que el estudioso podrá hallar fácilmente en numerosos trabajos eruditos (1). Bástenos decir que de allí partió en 1513 el infante Don Jaime de Braganza para conquistar á Azimur, y que al volver triunfante á Lisboa habló al Rey Don Manuel con tanto entusiasmo de las grandes condiciones de la fortaleza, que el soberano envió inmediatamente

(1) Vide entre ellos: Luis María de Couto de Alburquerque: *Memorias para à historia da praça de Mazagao*, Lisboa, 1864, y *Discurso da Jornada de D. Gonzalo Coutinho*, ambos libros muy interesantes.

á Juan del Castillo, con la comisión de edificar la ciudad, concediéndole al mismo efecto los obreros y materiales que hubiera de menester, cien piezas de artillería y hasta dos morteros que se colocaron en los baluartes de *San Antonio* y del *Serrão*. Con todo esto Mazagán llegó á adquirir bastante importancia, tanto que el número de sus habitantes pasaba de cuatro mil y el régimen de la ciudad nada dejaba que desear. Representaba al monarca portugués un Gobernador, á quien los sultanes *Magrebinos* llamaban *Alcaide de Alboreja*. Desde los primeros tiempos se confió la educación literaria y religiosa á los frailes Franciscanos, y la munificencia real costeaba dos profesores encargados de las primeras letras y de la música, con el fin de completar la instrucción de los moradores de la nueva ciudad. La noticia concerniente á los profesores de música tiene gran interés, y sería muy conveniente para aclarar la historia de la música portuguesa, tan íntimamente ligada á la historia de la música española, llegar á conocer los nombres de aquellos ignorados maestros que en los primeros años de la décimasexta centuria difundieron las enseñanzas del divino arte en aquel lejano rincón de Africa.

Por aquellos tiempos imperaba en Marruecos el Sultán Muley Abdallah, hombre de gran energía, que celoso de la preponderancia que los portugueses adquirían en las costas de sus dominios, se propuso conquistar á Mazagán, la plaza más fuerte ocupada por el enemigo. Al efecto, preparó un formidable ejército, cuyo mando fue confiado á su propio hijo Muley Mohammed el Negro, uno de los príncipes que perecieron en la famosa batalla de Alcázar Quebir, luchando al lado del desgraciado Don Sebastián, contra su tío el Moluco. En los primeros meses de 1562 Mazagán sufrió un sitio que resistió valerosamente, consiguiendo la pequeña guarnición portuguesa que allí se hallaba que los sitiadores se retirasen vencidos y maltrechos. Después del desastre de Alcázar Quebir, al ser proclamado Rey de Portugal nuestro gran Felipe II, la ciudad marroquí pasó á ser del dominio de España. Creyendo

el Sultán que las cosas habían cambiado y que Mazagán jamás sería suya por la fuerza de las armas, propuso al ilustre monarca español cangeársela por la plaza de Larache. Pero las negociaciones no dieron ningún resultado y el cambio no llegó á efectuarse. Durante la dominación española, Mazagán sufrió un nuevo asalto de sus constantes enemigos, y quizás hubiera caído en poder de los musulmanes si la esposa del Gobernador Don Blas Téllez de Meneses, Doña Catalina de Caro, verdadera heroína, no hubiese mandado armar á las mujeres, y vestidas de soldados, repartirlas por la muralla para que acudiesen en auxilio de los diezmados defensores. Tan inauditos esfuerzos hallaron su conveniente recompensa, y los moros se vieron precisados á levantar el sitio y á retirarse después de haber sufrido grandes pérdidas.

En 1663 reconoció España la independencia de Portugal, volviendo Mazagán al poder de sus fundadores, que gozaron pacíficamente de su posesión durante más de un siglo. Pero al fin, al terminar el año de 1768 el Sultán Muley Mohammed, al frente de un ejército de 100.000 hombres, puso cerco á la ciudad. Las escasas fuerzas que guarnecían la fortaleza, dirigidas por su Gobernador D. Dionisio Gregorio de Mello y Castro, se defendieron con denuedo, esperando un pronto y eficaz auxilio. Mas el Gobierno portugués pensaba de distinto modo. El Rey D. José I, aconsejado por su famoso Ministro el Marqués de Pombal, ordenó que se embarcasen todos los moradores de Mazagán y que se entregase la plaza, lo que se ejecutó en Mayo de 1769, terminando con la rendición de esta fortaleza el poderío portugués en el imperio de Marruecos.

Los desgraciados habitantes de Mazagán antes de retirarse destruyeron las iglesias que en la ciudad había, que, según cuentan los historiadores, eran numerosas; quemaron sus bienes muebles, y minaron los baluartes de la fortaleza. Al llegar á Lisboa fueron muy mal acogidos por el Gobierno, y tan mal tratados, que muchos perecieron en los almacenes del convento de los Jerónimos de Belem, donde fueron alojados, y

los pocos que sobrellevaron tan duras pruebas emigraron al Brasil, donde fundaron una colonia que llamaron *Villa Nova de Mazagao*, en recuerdo de la ciudad que perdieron.

Muley Mohammed, al entrar en la plaza conquistada, no halló, á excepción hecha de la fortaleza y de las murallas, más que un montón de ruinas, por lo que mandó reedificarla nuevamente. A esta causa debe Mazagán el nombre de *Yedida*—la nueva—con que la designan los árabes.

Recordábamos todos estos episodios mientras recorríamos las murallas antiguas, que se conservan en bastante buen estado, y que son, sin género alguno de duda, las mejores y más fuertes de las obras de defensa que existen en el Imperio. En ellas tienen los árabes bastantes cañones, entre los que se encuentran todavía algunas culebrinas que ostentan las armas lusitanas. Pueden verse también, al transitar por las calles de la ciudad, ciertos restos de edificios que se remontan á los primitivos fundadores, como algunas fachadas de iglesias y capillas. En uno de los baluartes que dan al mar se levanta un curioso edificio, especie de pequeño palacio, al que generalmente llaman la *Inquisición*, sin que se pueda comprender el origen ó fundamento de semejante aserto, puesto que ninguno de los autores que tan minuciosamente han escrito acerca de Mazagán, y sabido es que han sido numerosos, suministra el menor indicio que pueda hacer creer que esta construcción perteneciera nunca al Santo Oficio; lo más verosímil es que semejante edificio, de forma elegante y sencilla y con sus pretensiones arquitectónicas, sirviera de residencia al Gobernador de la plaza ó al Alcaide de la fortaleza.

En el presente, Mazagán tiene unos 4.000 habitantes próximamente, esto sin contar los árabes que viven en los aduares inmediatos. Su clima es apacible y templado, y bajo el punto de vista comercial, es uno de los puntos más importantes de la costa. Si el Sultán permitiese la exportación de ciertos productos, y más especialmente del grano, adquiriría aún mayor incremento, pues sería la salida natural de las

inmensas riquezas agrícolas de la fertilísima provincia de *Dukala*, á ella colindante. Gracias á la munificencia del Gobierno español, existe en Mazagán una preciosa iglesia católica, recientemente construída, confiada á la guarda de los misioneros franciscanos.

Habíamos oído hablar mucho de la grandiosa cisterna que los portugueses construyeron para abastecer de agua á su famosa plaza fuerte. Según se cuenta, esta construcción, que ocupa el espacio comprendido entre las cuatro torres de la fortaleza, consta de seis arcos de siete metros de anchura en cada uno de sus cuatro lados, pudiéndose pasear en ella embarcado como por un amplio estanque. No pudimos comprobar la veracidad de semejante descripción, pues lo único que hoy puede verse de la cisterna en cuestión es el brocal, que se encuentra cuidadosamente tapado. Lo mismo ocurre con la escalera que conducía al interior. La incuria de los cristianos, que de esto no podemos culpar á los moros, ha permitido que aquéllo, que había de ser tan beneficioso para la población en un país donde tan precioso elemento de vida como es el agua escasea tanto, dejando de llover casi la mitad del año, se convierta en un sumidero de inmundicia, que es un verdadero foco de infección.

El aspecto general de la ciudad es poco interesante, pues siendo de construcción reciente y europeo su origen, tiene escaso carácter oriental. Las casas están edificadas conforme á nuestros usos y costumbres, con ventanas y balcones; las calles son regulares, y únicamente en el soko ó mercado y en los *duares* de los alrededores se encuentra algún color local. En el *soko*, situado fuera de las puertas del recinto amurallado, nos detenemos largo rato para contemplar el animado cuadro que presenta. La hora de las transacciones comerciales ha pasado, y los indígenas allí congregados forman corros, escuchando á los poetas ambulantes narrarles historias maravillosas ó admirando los trabajos de los volatineros. En el centro de uno de aquellos grupos, dos muchachotes altos

esbeltos, musculosos y de tez cobriza, se entregan á la esgrima de palo, y es de ver la agilidad con que se mueven, describiendo círculos y eses, irguiéndose y agachándose, dando quiebros con sin igual soltura, estirándose, encogiéndose, acurrucándose, rebulléndose, moviéndose en todas direcciones, ya en el suelo, ya en el aire, y atizándose, enmedio de tanto lujo de gestos, fuertes palos, que provocaban la alegría de la concurrencia. Más bien que seres humanos parecían dos monos: tal era la flexibilidad de sus cuerpos y la viveza de sus movimientos.

Una hora basta y sobra para visitar todo Mazagán; así que, cuando regresamos al Consulado de España, nos encontramos con que aún no había terminado la recepción de la colonia española, que, como sucede en todas las ciudades del Imperio del Magreb, es la más numerosa de las extranjeras que en él residen, habiendo conseguido con esto que en casi todo Marruecos se hable el castellano, y que sean muchos los árabes, moros y hebreos, que conozcan algunas palabras, por lo menos, del idioma de Cervantes. Una vez que hubimos descansado, nos dirigimos al campamento que nos había enviado el Sultán, y en el que debemos habitar los días que dure nuestro viaje hacia la capital. Ha sido levantado en la playa, como á una milla de distancia de la ciudad, y lo componen ocho tiendas de forma circular ó elíptica, de lona blanca, ornamentada con dibujos azules.

Nuestras nuevas habitaciones son anchas, espaciosas y cómodas en lo posible. A ellas añadimos tres tiendas de las enviadas por el Gobierno español, destinadas á residencia de las señoras, á comedor y cocina. El campamento queda constituído definitivamente, formando un cuadrilátero, tres de cuyos lados ocupan las tiendas. En el fondo el comedor, y á cierta distancia, tras él, la cocina; después, en dos líneas paralelas, cuatro tiendas á cada lado, quedando la cuarta línea desocupada. El mismo orden se seguirá durante todas las jornadas. La tienda destinada al Embajador tiene en su remate una

bola de cobre, señal de mando; su interior está forrado de paño rojo, y ante ella se levanta un mástil, en el que tremola la bandera española.

Mientras se organiza todo esto, y cada uno toma posesión del domicilio que le ha sido designado, pasan largas horas. La instalación es difícil y pesada, pues hay que desembalar innumerables chirimbolos para amueblar las residencias y tener una cama en que dormir y reposar. Atender á semejante número de personas es tarea por demás difícil y complicada; pero con buena voluntad se vencen todas las dificultades, y, aunque ya bien entrada la noche, al fin nos reunimos para comer, y poco después cada cual se retira á su tienda. Todos hemos ganado el derecho de descansar. La *Hostería del aire libre*, el *Hotel de la luna,* nombres que damos al campamento, ha quedado establecido y funciona á las mil maravillas. En el día de mañana se acabará de arreglar lo todo, para que inmediatamente podamos comenzar el viaje.

La noche se pasa admirablemente, y por más que las camas de campaña resultan un tanto duras y estrechas, no nos percatamos de ello, y nos despertamos alegres y dispuestos á todo. Aunque los alrededores de Mazagán ofrecen excursiones interesantes, como *Azimur,* ciudad árabe sumamente pintoresca, construída en la desembocadura del río Morbea y rodeada de jardines, que la embellecen sobremanera ; y las ruinas de Tit, Tait ó Tayel, antiquísima población, cuya fundación se atribuye al emperador Tito, no faltando quien pretenda que fuera el cartaginés Hannon; son tantos y tan variados los detalles que tenemos que ultimar, que es punto menos que imposible alejarse del campamento.

Vecino al nuestro, se levanta el que ocupan las tropas enviadas por el Sultán para escoltarnos durante el viaje. Manda dichas fuerzas un *Kaid er Rha*, especie de coronel, hombre sumamente simpático y agradable. Un poco más allá se encuentra acampada la numerosa servidumbre, compuesta de mozos de caballos y mulas, camelleros encargados de las tien-

das y demás. Habrá en todo unos ochenta ó cien hombres. Aumentan la animación del espectáculo veinticinco ó treinta caballos, sesenta ó setenta mulas y otros tantos camellos, animales que han de transportar el personal de la Embajada, su servidumbre y la formidable impedimenta que componen nuestros equipajes y los regalos destinados á S. M. Sheriffiana, á la capital marroquí.

El día se pasa rápidamente probando los caballos que hemos de montar, animales que no se distinguen por su belleza y bizarría; distribuyendo en cargas proporcionales los infinitos bultos y cajones que nos acompañan, é instalándonos lo mejor posible. Con tantas ocupaciones se viene la noche tranquilamente encima, y como la partida ha sido fijada para la madrugada próxima, todos ansiamos descansar y nos recogemos temprano.

II

DIARIO DEL VIAJE

17 de Abril de 1900.—Campamento de El Kel-Lali.

Por más que se había decidido salir de madrugada de Mazagán, y aunque á las cuatro se tocó diana y poco después todo el mundo se hallaba dispuesto, fue imposible emprender la marcha antes de las ocho de la mañana; tales dificultades surgieron y hubo que vencer para organizar el régimen de una caravana tan numerosa y heterogénea, seguida de una impedimenta formidable, cerca de cien cajones de todos tamaños y dimensiones. Preciso es confesar que en los primeros momentos reinó una confusión soberana, aumentada por las continuas idas y venidas de los árabes de la escolta, que gritando desaforadamente y gesticulando con exceso acudían á todas partes sin llevar á cabo ninguna de las comisiones que se les

encargaban. Inútil resultaba ordenarles terminantemente que cargasen esto ó aquello, no hacían caso ninguno; llegaban al lugar indicado, donde se hallaba dispuesto el cargamento, contemplaban breves momentos los bultos, hablaban entre sí con acaloramiento, chillaban y gesticulaban como energúmenos, y cuando después de haber ejercitado luengamente la paciencia esperaba uno que al fin y al cabo iba á ver realizado su objeto, los hijos de Mahoma se alejaban tranquilamente para repetir la misma escena algunos pasos más allá.

Sólo á fuerza de constancia y paciencia se consiguió que todo entrase en caja. Poco á poco fueron batiendo tiendas, los camellos avanzaron con sus cargas, y les siguieron las mulas que llevaban los equipajes de mano. Causaban extraordinario efecto los aparatos que sostenían algunas cajas de gran tamaño y peso, como las dos que contenían el filtro y un espléndido reloj de péndulo de más de dos metros de altura, regalo destinado al Gran Visir, que se balanceaban solemnemente sostenidas por fuertes maderos cuyos extremos se hallaban suspendidos del lomo de dos poderosos camellos.

Se había decidido que la parte de impedimenta que no había de utilizarse en el camino se enviase directamente á Marrakesh, y así se hizo saber al *Kaid er Rha*, jefe de la escolta. En tanto habían acudido al campamento las autoridades de Mazagán, el Cónsul, señor Cabanilles, y su esposa, los notables de la colonia española, y algún curioso indiscreto que, armado de su correspondiente aparato fotográfico, intentó sacar varios grupos de los expedicionarios. Nuestro cocinero, que ya se había aprestado á marchar, montó en un soberbio caballo enjaezado á la morisca con paños verdes y encarnados, y queriendo sin duda dejar fijada su estampa en tan solemne instante, se dejó retratar tres ó cuatro veces. Pudimos observar que había abandonado la cocina en el preciso momento que se procedía á su embalaje, y como su presencia era allí indispensable, le hicimos volver á sus ocupaciones. Entre tanto, uno de los mozos se apoderó del animal. Grave conflicto.

El cocinero, indignado al verse arrebatar el caballo en que pretendía lucirse, protestó enérgicamente, y hubo necesidad de intervenir para zanjar la cuestión. Reintegrado en la posesión de la codiciada bestia, el cocinero, más ancho que largo, se alejó camino de Marrakesh. ¡La Magdalena lo guíe!

A las ocho en punto, conforme dije anteriormente, nos pusimos en marcha. Tocaron pífanos y tambores, sonó una corneta desentonada, el Kaid formó la escolta, y un moro sucio y mal vestido que empuñaba una lanza mohosa, de la que pendía un harapo rojo, desteñido y mugriento, que no era otra cosa sino la gloriosa y vencedora enseña de los Sultanes de Marruecos, se adelantó indicando el camino, ó, por mejor decir, el rumbo que debíamos seguir á través de las campiñas, puesto que en camino propiamente dicho era inútil pensar. Siguiéronle los *Mejaznias*, guardias árabes á caballo, que llevan como distintivo el *tarbús,* ó gorro cónico encarnado, y por armas un sable y la espingarda, envuelta en su funda, y terciada sobre la silla. Vino después el *Bashador* rodeado de su numeroso séquito, en el que se mezclaban moros y cristianos á más y mejor.

Pasamos junto á un campamento de *askaris* (infantería del Sultán), que nos hizo los honores de ordenanza, y tomamos decididamente el camino de la capital. Hasta dos leguas más allá de la ciudad nos acompañaron el Cónsul de España en Mazagán, las autoridades marroquíes, y muchos de los notables de la colonia. Se despidieron de nosotros en el caserío de *Dar-el-Abbás*, y desde aquel momento quedamos solos el personal de la expedición y su correspondiente escolta. El aspecto de la caravana era por demás variado y pintoresco. Imagínense setenta ú ochenta jinetes, ya en caballos, ya en mulas; unos vestidos con los airosos trajes moriscos y envueltos en blancos albornoces ó en azules chilabas; otros con una indumentaria más ó menos caprichosa de *turistas* extravagantes. Cascos ingleses al lado de capuchas y turbantes, paveros y boinas, uniformes militares y harapientos jaiques, hábitos

franciscanos entre vestiduras moriscas, caballos enjaezados á lo marroquí y á la inglesa; en fin, una confusión de trajes y matices imposible de describir, que formaba un cuadro maravilloso de luz y colorido.

¡Luz! Deslumbrante, cegadora, que reverbera en un cielo purísimo, en el que no se nota ni una sola nube, como amenazando dejar ciego al que pretenda penetrar sus maravillosos secretos. ¡Sol! Espléndido, brillante, abrasador, desplomando sus ardientes rayos sobre nuestras cabezas como para castigarnos de nuestra audacia al intentar penetrar en sus dominios. ¡Paisaje! Casi nulo. Ni un árbol, ni un accidente de terreno, campos de trigo peor ó mejor cultivados, hasta perderse de vista, y en lontananza algún *duar*, mancha gris y tétrica en el horizonte, y alguna *Kubba* blanqueada, sombreada por una palmera solitaria y triste. ¡Camino! Ni soñarlo. Un mal sendero trazado por el paso continuo del viajero, que describe curvas y diseños inverosímiles. Algún caserío que blanquea á lo lejos, chozas obscuras y lóbregas, mucho silencio en la inmensa llanura, mucho sol y mucha luz en el horizonte, un cielo purísimo, y sólo la caravana circulando por el largo, interminable sendero, desarrollando su enorme cola de impedimenta, y derramando á su paso la animación y la alegría por aquel paisaje *inerte*, si se me permite la palabra.

Un momento entrevemos en lontananza un pueblecito llamado *El Fhaz*, que según nos dicen, fue rico en otro tiempo. Hoy es un montón de ruinas en que sólo se ven algunas casas construídas á la morisca y una pequeña *Kubba*. Los edificios, blanqueados por completo, sólo presentan ángulos rectos, y tienen sus tejados planos en forma de terraza, según la costumbre preestablecida. Dejando á un lado este único aspecto un tanto pintoresco del paisaje, proseguimos atravesando los infinitos sembrados de trigo por la misma interminable vereda. El terreno es onduloso, aunque las elevaciones son pequeñas.

El único incidente que viene á turbar la monotonía del

viaje es el cambio de *Kaid* ó Gobernador, ceremonia que se repite innumerables veces durante la expedición, y que se reduce al cange de saludos más ó menos afectuosos entre el Representante de España y la primera autoridad del distrito. Según parece, las demostraciones de simpatía hacia el Enviado de la madre patria, son cordialísimas y altamente expresivas. Los árabes observan siempre una conducta esmerada, y es casi siempre imposible ganarles en zalamería y fineza.

Acampamos en un lugar llamado *El-Kel Lali,* por el nombre del Gobernador del distrito que en su vecindad habita, que no tiene nada de particular. Un llano inmenso, quemado por el sol, y sin más vegetación que algunas gramíneas agostadas, que suspiran por un poco de agua. Hace un calor insoportable que nos molesta en extremo, y aunque la jornada sólo ha durado dos horas y cuarenta y cinco minutos, resultamos cansados.

Por la tarde traen la *muna* ó regalo que ofrecen las kabilas en nombre del Emperador á sus huéspedes. Consiste el obsequio en comestibles de diversas clases: carneros, gallinas, huevos, dátiles, nueces, té verde, pilones de azúcar (fabricados en Bélgica) y velas (procedentes de Inglaterra), todo ello en gran abundancia. La muna se distribuye entre el séquito de la Embajada después que ésta ha separado lo necesario para su subsistencia. Es de ver el cuadro animado que presenta el campamento á la hora del reparto. Los soldados de la escolta y la servidumbre mora, acuden con premura, ansiosos de recoger la parte que les corresponde para pasarse la noche en alegre comilona, á costa de su poderoso y respetado señor, el descendiente del Profeta. Para ellos una Embajada es una verdadera fiesta en la que no paran un momento de comer y divertirse.

18 de Abril.—*Campamento de Sock el Arbáa.*

A las cinco de la mañana se abatieron tiendas, y á las seis menos veinte minutos, todo listo y preparado, emprendimos la

caminata. Hemos continuado por la misma interminable llanura de ayer. El camino (y daremos por brevedad este nombre que resulta sobradamente ampuloso, al mal sendero que recorremos) no presenta ninguna particularidad. De trecho en trecho, pasamos junto á algún pozo, y hemos de tener gran cuidado para que ninguna de nuestras caballerías tropiece y caiga en una de las numerosas cavernas abiertas en el suelo, que los árabes denominan *mamóra* y utilizan para conservar el grano.

Cambiamos de Kaid y disfrutamos del espléndido espectáculo de ver correr la pólvora. Nada más bello, elegante y original que este noble y viril ejercicio, que revela toda la natural altivez y gallardía de la raza árabe. A veces corren la pólvora hasta trece jinetes de frente; otras uno solo. No he de ocultar que más de una vez admiré sinceramente, y hasta sentí envidia de no ser alguno de aquellos soberbios personajes que, caballeros en espléndidos corceles, y envueltos en los pliegues de finísimos jaiques, se alejaban un instante de la caravana para precipitarse luego, con un galope desenfrenado, sobre el costado de la comitiva, disparando al paso sus espingardas. El momento en que tan airosas figuras aparecen circundadas por el humo de la pólvora, que á veces se confunde con la gasa transparente de sus blancos albornoces, que flotan al aire, es admirable, y hace creer en una visión fantástica de caballeros apocalípticos. Todos ellos manejan sus briosos caballos con sin igual elegancia, y sus movimientos resultan de una distinción natural inimitable. Sorprende y fascina tan valiente ejercicio, propio de una raza fuerte, que derrocha sus energías en manifestaciones de gallarda gentileza y apostura.

Algunas veces, unas pobres moras de los *duares* por cuyas cercanías pasamos, siguiendo las costumbres patriarcales que aún practican, se aproximan á nosotros para ofrecernos leche, que se beben con júbilo los *fraiguía, ruá* y *hamala* del acompañamiento. Los primeros, gente alegre que siempre camina á la carrera y cantando alegremente, son los encargados de

las tiendas; los segundos cuidan los caballos, y los terceros se ocupan de las mulas y equipajes.

Después de cuatro horas y cuarto de jornada, levantamos el campamento en un pequeño valle, rodeado de colinas de escasa elevación, en cuyo fondo se encuentran algunas lagunas saladas. En este lugar se celebra un mercado todos los miércoles, de aquí su nombre *Sock el Arbáa*, mercado del cuarto día, pues los árabes comienzan á contar la semana desde el domingo. Dado el aislamiento en que viven los miserables habitantes de los *duares* esparcidos por el territorio del Imperio, es natural que se reunan en parajes determinados, á donde acuden los comerciantes de las ciudades para proveerse de cuanto necesitan. Cada día de la semana se constituye el mercado en un lugar diferente, y allí se reproducen escenas características altamente interesantes.

La coincidencia de ser hoy precisamente miércoles, el día designado, la *cuarta feria* musulmana, nos permite presenciar tan curioso espectáculo. Apenas acampamos fuimos á visitar el mercado en cuestión. Reuníanse allí hasta doscientas personas, todas pobres y miserables. Había tiendas de tablajeros, herreros, perfumistas y drogueros; fraguas ambulantes y primitivas, barberos al aire libre y, para que nada faltase, curanderos y charlatanes de profesión. Hemos visto á algunos de éstos curar las insolaciones por medio de ventosas, especies de pipas de hoja de lata aplicadas á la nuca del paciente, y por cuyos conductos el oficiante aspira la sangre á manera de los vampiros de las leyendas. Sobre un hueso de camello, y con un clavo, hemos visto fabricar dientes de sierra á una hoz, que así trabajada llegaba á alcanzar el fabuloso precio de un real. En una palabra: mucha barbarie, mucha miseria y mucha suciedad.

Pretendo sacar algunas fotografías, y los circunstantes se alarman; el intérprete que me acompaña les dice que no se trata más que de un aparato para aumentar la visión, pues yo padezco gravemente de la vista. Cuando me traduce la res-

puesta que ha dado á los moros, sigo su juego y sustituyo mi *photojumelle* por unos gemelos, brindando á los que nos rodean á que miren por el aparato. Al principio no se atreven ni á acercarse, pero á poco se aproximan, y uno de ellos, muchachuelo de diez y seis ó diez y siete años, más valiente que los demás, coge decididamente el instrumento, y manteniéndolo á respetable distancia, trata de mirar á través de los conductos. Naturalmente, nada ve, y todos me contemplan con extrañeza. Entonces yo me aproximo al muchacho y le acerco los gemelos á los ojos, indicándole que dirija su mirada á la tumba de *Sidi Ben Abou,* que se divisa en lontananza, y tranquilamente regulo el tornillo graduador hasta ajustar las lentes á su vista. Cuando el pobre árabe llega á contemplar tan próximo un edificio que en realidad está muy lejos, prorrumpe en gritos de entusiasmo y comienza á hacer cabriolas como un chico. Todo el grupo que nos rodea pretende también ver, y no sé cuántas manos se adelantan pidiendo el *meraia el Hind,* el *espejo de las indias,* nombre que dan al maravilloso aparato. Gran trabajo nos cuesta separarnos de aquellos infelices, que, como niños, quieren contemplar, siquiera sea un solo instante, un espectáculo tan extraordinario y nuevo para ellos.

En las cercanías de *Sock-el-Arbáa* existen dos tumbas de santos muy venerados en Marruecos. Una situada á cierta distancia, y de la que anteriormente hablé, es una *kubba* cuadrada y cubierta por un casquete esférico, según la forma consagrada por la tradición para esta especie de santuarios. Todo el edificio está blanqueado y dedicado á *Sidi Ben Abou*, venerable morabito. La otra consiste en un pequeño circuito de piedras con cuatro remates en cada uno de sus extremos, que pretenden asemejarse á columnas toscamente labradas; en ella reposa el último sueño el ilustre *Sidi Bucknadil*. Es infinito el número de santuarios análogos que existen en el Imperio, demostrando de este modo la innumerable cantidad de santos ó de locos, que entre los musulmanes es lo mismo, que han florecido en el imperio de Al-Magreb.

A decir verdad, el calor no se ha dejado sentir mucho y hemos disfrutado de una temperatura bastante agradable. En los alrededores del campamento, y entre las piedras, hemos entrevisto bastantes escorpiones y serpientes; por la tarde oímos en lontananza los ásperos y estridentes maullidos de los chacales. No en balde estamos en África.

19 de Abril.—*Campamento de Sock-el-Telata.*

Con niebla y frío comenzamos la etapa de hoy, á la misma hora de ayer. El camino ha sido más pintoresco y variado; atravesamos las fértiles llanuras de la provincia de Dukala. Todo este territorio es riquísimo, y á mediados de Abril ya está cosechada la cebada, y el trigo completamente dorado. Si un año se obtiene el cuarenta por uno de producto, se juzga la cosecha como mala; es verdad que generalmente se alcanza un setenta y cinco por uno. Y todo esto casi, casi, sin cultivar la tierra. ¡Qué no serían estos territorios bien labrados con los progresos de la agricultura moderna! Hubo un día en que la Mauritania fue el granero de Roma, y en aquellos tiempos Roma quería decir el mundo.

La caravana se detiene un momento para tomar pequeño refrigerio junto á la casa de un protegido español, el *Hach Ismäel,* y *El Hilali Buisi*, en el sitio denominado *Bir Hilal,* y mientras tanto los maravillosos jinetes de Dukala, de las kabilas de Vlad-Bufaraix y Vlad-Bu-Sarrara, se entregan al admirable ejercicio de correr la pólvora. Como la provincia es muy rica, y hasta ahora ha sido administrada con equidad, los árabes que han salido á nuestro encuentro visten con elegancia y riqueza, y montan soberbios caballos. El espectáculo es fascinador y sorprendente. Según me dicen, el Sultán, ansioso de disminuir el poderío de esta floreciente tribu de Dukala, la ha dividido en tres Gobiernos, y los nuevos *kaides* cumplirán seguramente al pie de la letra la gráfica frase ma-

rroquí, y *se comerán* en nombre de su Señor, es decir, esquilmarán á los ricos propietarios de estas regiones.

Durante todo el camino los jinetes que nos rodean no paran un solo instante de correr la pólvora, y como continuamente salen á saludarnos nuevos destacamentos, llegamos al campamento rodeados de más de trescientos caballos, lujosamente enjaezados y cubiertos de mantas de infinitos colores, montados por gallardos caballeros espléndidamente ataviados, presentando el conjunto un golpe de vista maravilloso.

La jornada ha sido de cuatro horas y quince minutos.

Sock-el-Telata, ó sea el lugar del Mercado de los Martes, uno de los más importantes de la provincia de Dukala, donde acampamos, es una planicie en la que se encuentra un *duar* vecino á la tumba de *Sidi Ben Nur*, santuario muy venerado en el Imperio y cuya reciente reparación del interior ha costado más de ocho mil duros, según me aseguran. Lo que podemos ver del edificio nada presenta de particular, y el exterior es bien pobre y miserable: dos cuadrados unidos, uno mayor que otro, y ambos construídos de ladrillos. El primero, que es el más grande, sirve de pórtico al segundo, que constituye el verdadero lugar consagrado; viene á ser una especie de patio rodeado de columnas (según podemos vislumbrar desde la puerta). El cuadrado posterior está cubierto de tejas ordinarias, y entre ellas anidan innumerables *cernícalos* y otras aves de rapiña. Damos la vuelta á la construcción, que contra la costumbre moruna no está blanqueada, conservando el color rojizo del ladrillo, y por una de las ventanas, por la cual penetra indiscretamente un rayo del sol poniente, entrevemos deliciosos alicatados ó inscripciones arábigas, pero la visión dura un solo instante, pues el rubicundo astro del día, avergonzado sin duda por la indiscrección cometida, se oculta modestamente tras una nube.

Al regresar al campamento atravesamos el *duar* que rodea la tumba de *Sidi Ben Nur*. No puede imaginarse nada más miserable que aquellas viviendas, verdaderos tugurios lóbregos

y tristes, construídas en forma de tienda de campaña, que hasta en esto se dejan sentir las costumbres de la vida nómala tan querida de los árabes, con pelo de camello, paja y cañas comunes. Estas chozas, de color pardo obscuro, están rodeadas de un círculo, especie de parapeto de defensa en que se recogen los animales domésticos, construído de espinos secos de un tono gris cenizoso que les da un aspecto sumamente tétrico. De esta forma circular adoptada para sus edificaciones proviene el nombre de *Duar*, que precisamente quiere decir círculo. Los habitantes de aquella pobrísima aldea se acercan á nosotros con demostraciones de simpatía. No son huraños, ni ariscos; nos consideran como cosas raras y nada más. Vienen en demanda del *tebib*, el médico, pues ya saben que ningún *Bashador* viaja sin el suyo. Puedo observar que las mujeres, casi todas feas y envejecidas por la mala vida y las duras faenas á que se dedican, tienen la cara revestida de una capa de pintura negruzca, que las hace horrorosas, debida á cierta yerba llamada *argazul* que utilizan para librarse de las quemaduras del sol africano.

Los hombres, y entre ellos dos ancianos venerables, se aproximan á nuestro grupo, y con sin igual desfachatez se quejan de que *tienen frío* y reclaman los auxilios de la ciencia médica para recobrar el vigor y fortaleza de la juventud gastada. Nuestro doctor les escucha atento y se abstiene de contestarles, no queriendo sin duda alguna prejuzgar de los designios de Allah y anticipar á aquellos buenos musulmanes los goces del paraíso de Mahoma. Juzgarán seguramente muy mal de la ciencia europea y es de esperar que algún curandero les devuelva por medio de sus malas artes el bien perdido.

Mientras tanto el sol trasponía lentamente por el horizonte, revistiéndolo todo de suavísimas tintas rosadas; sus rayos dorados difumaban los edificios y tiendas que nos rodeaban, dándoles no sé qué extraña diafanidad, y el cielo purísimo, de un azul intenso, nos invitaba al recogimiento y á la meditación. El silencio profundo, abrumador de aquella naturaleza muer-

ta, turbaba singularmente mi espíritu, y no sé qué vaga y misteriosa sensación de terror se apoderó de mí. Parecíame que la muerte era la soberana absoluta de aquellas regiones y que también pretendía imponerme su yugo y envolverme en la mortal inercia que reinaba en sus dominios. Creía que no me sería dado salir jamás de allí, que el misterio africano me cogía en sus sombras y que poco á poco el sepulcral silencio que todo lo avasallaba penetraba hasta el fondo de mis huesos, obligándome á confundirme, á compenetrarme en aquel *no sér* absoluto y universal. Aumentaban la impresión de silencio los disparos de las espingardas de algunos árabes que en torno al campamento corrían la pólvora. Aquellas detonaciones rápidas que resonaban un instante para apagarse en seguida, apenas conseguían turbar el silencio ambiente; y el sordo rumor del galope de los caballos que se alejaban en vertiginosa carrera, llevando en sus espaldas una sombra envuelta en blanco alquicel y en nubes de pólvora, suscitaba el deseo de huir, de huir también de aquel antro de la muerte, del silencio y del misterio.

El sol se había ocultado por completo. La luz crepuscular lo envolvía todo en vaga penumbra; los árabes ya no corrían la pólvora; el campamento reposaba, y el silencio, profundo y misterioso, aumentaba cada vez más. De pronto, como para acrecer la agudeza de la sensación dolorosa, las notas de un *guembri* resonaron á lo lejos, y una voz apagada, casi diría silenciosa, entonó una canturia triste y melancólica. Era la última protesta de la vida; era como el último suspiro de un alma moribunda antes de confundirse en el silencio augusto del *no ser*. Pero la voz también calló, y la última nota del instrumento se perdió en el aire, y el profundo reposo de la muerte, muerte de una naturaleza y de una raza, dominó tranquilo y sosegado en aquel rincón solitario y tétrico del Africa tenebrosa.

20 de Abril.—*Campamento de Guerando.*

Emprendimos la jornada á las cinco y media de la madrugada, enmedio de la niebla y con un frío bastante desagradable, al que el sol, levantándose poco á poco en el horizonte, no tardó en poner término. El camino es algo más pintoresco que el hasta aquí recorrido, gracias á la vegetación, algo más variada. Pasamos junto á algunas huertas y viñedos, cercados de chumberas, que en cierto modo recuerdan los paisajes de Andalucía. Puedo observar que las vides están dispuestas en la misma forma que en España; esta reminiscencia del país natal destruye en un instante todas las impresiones de tristeza. Desgraciadamente, todo esto dura muy poco, y volvemos á caer en la misma monotonía de los días anteriores, en la misma inmensa, interminable llanura, en que no crecen más que algunas que otras gramíneas agostadas, que parecen suspirar por una gota de agua que las refresque.

Después de dos horas de marcha, en que no hemos hecho más que anhelar llegar á ciertas montañas que se divisaban en el extremo horizonte, arribamos junto al *duar* de *Mtal,* erigido en los contornos de la *kubba* de *Sidi Embareck.* No nos es dado observar nada nuevo. Las mismas *xaimas* ó chozas pardas, los mismos círculos de espinos secos de un gris cenizoso y la misma miseria y lobreguez. Aunque se celebra un soko ó mercado, no nos detenemos, pues los habitantes de este *duar* son *shorfas,* es decir, descendientes de *Sherifes,* y por este concepto, á más de brillar por su fanatismo y barbarie, son independientes y apenas si respetan la autoridad del Sultán.

Nos alegramos de proseguir la marcha para llegar cuanto antes á las montañas por que suspirábamos, y que, en efecto, fueron las bienvenidas, pues á más de recrear nuestra vista con sus caprichosas ondulaciones y accidentes, nos trajeron un fresco delicioso. Entrábamos en los montes de Guerando,

estribaciones del *Gibel Laydar,* la *Montaña verde,* que allá muy lejos divisábamos, y que es considerada por los marroquíes como lugar santísimo, en el que habitan, separados del mundo, numerosos anacoretas, dedicados á la contemplación de Allah y á la vida ascética. La caravana se detuvo para el desayuno en un lugar precioso, especie de pequeño valle, rodeado de colinas de formas variadas, en cuyo fondo corre un arroyo formado por el desagüe de unos pozos, junto á los cuales crecen cinco ó seis palmeras. Un verdadero oasis. Agua y árboles: ¿qué más podíamos desear después de haber atravesado durante horas larguísimas campos desiertos y solitarios, tristes y abandonados eriales? Nadie pudiera imaginar que unos cuantos árboles y un poco de agua corriente y murmuradora causaran una impresión tan dulce y apacible, dieran tanto descanso al espíritu, atormentado por el misterioso encanto de una Naturaleza muerta.

Y, no obstante las pocas florecillas que allí crecían parecían secas, se diría que eran de papel, como las siemprevivas; pero, á pesar de todo, recreaban el ánimo, pues aquel conato de vegetación representaba la vida, y con ella el movimiento y la alegría. El color rojizo de las rocas vecinas revelaba yacimientos metálicos, y es casi seguro que en aquellos montes deben existir numerosas vetas de mineral de hierro.

Proseguimos la marcha, y después de otras dos horas y cuarto de camino arribamos al campamento, situado esta vez en la falda de un monte, en cuya cumbre se conservan algunas ruinas de una antigua fortaleza, fundada, según algunos, nada menos que por los cartagineses, y según otros, siendo esta la opinión que me parece más verídica, por los portugueses en tiempos más cercanos. Cuentan ciertas tradiciones, que un caballero portugués llamado Guerando (quizás *Ferrando)* poseía en aquellos lugares, y en la época que los lusitanos dominaban en las poblaciones de la costa, unas riquísimas minas de plata, y que con objeto de defenderlas levantó un fuerte castillo, cuyos restos podíamos contemplar desde la llanura

en que nos hallábamos. Los árabes, siempre tan aficionados á todo lo sobrenatural y fantástico, aseguran que entre los restos de aquellos derruidos muros se conserva un maravilloso tesoro, custodiado celosamente por innumerables bandas de genios, duendes y trasgos, que impiden á todo curioso indiscreto acercarse á las ruinas, lanzando sobre ellos infinitos y desagradables insectos que les cierran el paso.

Por la tarde podemos comprobar la veracidad de semejante aserto, pues emprendemos la ascensión á la montaña, y en efecto, al aproximarnos á las ruinas, un formidable ejército de hormigas aladas, de aspecto repulsivo y antipático salen á nuestro encuentro; pero nosotros seguimos avanzando, y al fin y al cabo nos es dado visitar lo poco que queda de la antigua morada del caballero lusitano. Bien poco es en verdad: algunos restos de fuertes murallas construídas de sólida argamasa, y unos cuantos montones de piedras labradas por la mano del hombre. Varias aberturas dan entrada á subterráneos abiertos á fuerza de picos en la roca viva, que penetran en el fondo de la montaña. Entramos en algunos de ellos; pero á los pocos pasos los encontramos obstruidos de tal modo, por piedras y detritus vegetales y animales, que tenemos que retroceder, por más que hubiéramos deseado averiguar la certeza del dicho de algunos moros de los que nos acompañaban, de que una de dichas cavernas se prolonga hasta atravesar toda la montaña, desembocando á orillas del arroyo que atraviesa el pequeño valle vecino.

Esperábamos divisar el Atlas desde la cumbre del monte de Guerando: así lo creíamos en vista de lo que afirman algunos escritores que han hecho antes que nosotros este viaje. Vano fué nuestro deseo. Disfrutamos de un panorama hermosísimo; pero por más que miramos hacia el Mediodía, nada vislumbramos. No quiero poner en duda la veracidad de los autores en cuestión; ¡pero algunos han visto en Marruecos cosas tan extraordinarias y extrañas! ¿No hay quien asegura que la bandera del Sultán es amarilla?

Bajamos del castillo de Guerando y nos dirigimos hacia el campamento. Uno de nosotros pregunta al guía que nos acompaña, que qué sabía del caballero portugués: *Se murió,* nos repuso con la habitual indiferencia musulmana. Como yo me hubiese adelantado bastante, me detuve junto al arroyo para esperar á los compañeros rezagados. Algunos moros daban de beber á sus caballos, y uno de ellos vino á sentarse junto á mí, y con sin igual desenfado comenzó á tocar algunas prendas de mi traje y á compararlas con las suyas, indicándome con gestos y exclamaciones las grandes diferencias que encontraba. Le sorprendieron mucho mis polainas de cuero, adoptadas para combatir ciertas plantas llenas de espinas, que hacían sumamente desagradable el caminar por aquellos campos; algo menos mis calzones bombachos, que en algo se asemejaban á los suyos, lo mismo que mi chaqueta; acabando por fijarse con insistencia en los gemelos que llevaba en bandolera, pretendiendo equiparar su estuche con la bolsa que generalmente llevan los marroquíes á falta de bolsillo. Le indiqué como pude, que en nada se asemejaban, y sacando los gemelos se los hice aplicar á su vista y fijarlos en las ruinas de Guerando. Gran sorpresa y entusiasmo de mi interlocutor, que en su vida había visto cosa semejante. Al punto, lleno de alborozo llamó á sus compañeros, y éstos repitieron la misma escena que días antes había presenciado en *Sock el Arbáa.*

Al tornar al campamento nos dicen que se acaba de recibir un despacho de Marrakesh en el que el gran Visir saluda en nombre de su Señor á la embajada española. Aprovechamos el mensajero, que continuará su viaje á Mazagán, para escribir á nuestras familias, y nos recogemos pensando en la historia, que parece leyenda, de Guerando. ¿Qué habrá de cierto en todo ello? Contentémonos con la respuesta que dan los moros: ¡Sólo Allah lo sabe!

RAFAEL MITJANA.

(Se continuará.)

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: El problema del Pacífico.—Las alianzas de la paz y las alianzas de la guerra.—Errores del Perú y Bolivia.—Los medios seguros de su compensación.—Misión pacífica de España en los conflictos hispanoamericanos.—La Gran Cruz del Arzobispo de Santiago de Cuba.—La recepción en su palacio y los discursos pronunciados.—Portela y Errázuriz Urmeneta.—Creciente adhesión de la América latina á la madre patria.—El Banco Hispanoamericano.—Los peregrinos de *Alfonso XIII*.—La despedida del Delegado de la Asociación Patriótica española de Buenos Aires para el Congreso iberoamericano de Madrid.—Paralelo entre este Congreso y el Panamericano para 1801.—Actitud de Chile.—El Congreso Panamericano promete fracasar en sus resultados.

Muy agitada parece, así la política interior como la política internacional, en toda la América del Sur. El Gobierno templado del General Castro era una garantía del sólido restablecimiento de la paz en Venezuela, con la que esta República, por más que la solivianten los políticos de la Yankilandia con el peligro germánico, podría consagrarse al restablecimiento de sus progresos materiales. Colombia también había cerrado las puertas de Jano, y sustituída la caduca presidencia del honrado anciano D. Manuel Antonio Sanclemente por la actividad y gallardas iniciativas del Vicepresidente D. José M. Marroquín, que goza de tantas simpatías entre los liberales de su país, que tanto contribuyeron á su elección, era de esperar que el nuevo Gabinete que ha formado con el General Quintero Calderón, en el Interior; el Doctor Martínez Silva, en los Negocios Exteriores; el General Pinzón, en Guerra; el Doctor

Gutiérrez, en Hacienda, y en Comercio y en Comunicaciones, el Doctor Molina, hiciera sentir también por un largo espacio de tiempo, cuando menos, su efecto pacificador, con que se lograsen restañar las heridas emanadas de la recién terminada lucha, que tanta sangre y tantas desolaciones amargas ha producido. Con estas dos grandes pacificaciones se conceptuaba asegurado un largo período de progreso y prosperidad, común á toda aquella parte del continente americano, pues las agitaciones con que en el Ecuador perturban siempre las vertientes del Chimborazo los rebeldes de siempre, mil veces castigados por la fortuna, no ofrecen aspecto de adelantar en sus perturbaciones, y todo lo demás no ofrecía peligros de consideraciones nuevas, serias y hondas.

A mayor abundamiento, las relaciones entre la Argentina y el Brasil, que esperaban el instante de estrecharse más en inteligencias concordes al retribuir al General Roca el Doctor Campos Salles la tantas veces prorrogada visita de armonía y vecindad, parecía estar ya á punto de llegar al momento anhelado de su realización, estando ya determinado para el próximo 7 de Octubre el embarque del Presidente del Brasil en la bahía de Río Janeiro para las orillas del Plata con la comitiva numerosa de que formarán parte los ministros del Exterior y Marina, el Mariscal Cantuaria, los Generales Costallat y Carlos Eugenio, el Almirante Julio Noronha, los Senadores Quinterio Bocavuva, Bernardino Campos y Pinheiro Machado; los Diputados Augusto Montenegro, Eduardo Ramos, Gastón Concha y Tomás Cochram y algunas otras personas de análoga significación política y social. Aunque estas representaciones son más que suficientes para hacer comprender el alto sentido que debe darse á esta visita, en la Argentina se había tratado de depurar más su significado, imprimiéndole hasta cierto carácter de familia, para lo que las damas más distinguidas de Buenos Aires firmaron una invitación á la señora del Presidente brasileño, á fin de que la acompañase á participar de los festejos que se le han preparado á su esposo. La señora de

Campos Salles ha declinado este honor; pero no por eso se atenúa el calor con que en la Argentina se ha tomado la retribución de esta visita, como si de ella pudieran brotar no sabemos qué espléndidas esperanzas.

Realmente, antes de que el Doctor Campos Salles abandone por algunos dias la residencia capital de Río Janeiro, Bolivia y el Paraguay han cometido con él algunos actos de mayor significación que los ordinarios de la cortesía, del trato y de la vecindad. El Uruguay también debiera tomar su parte muy importante en todas estas manifestaciones que parece han de acercar en inteligencia común todos estos pueblos del Mediodía. Pero, desgraciadamente, en el Uruguay también empiezan á perturbarse los ejes de la tranquilidad pública. Recientemente se han descubierto trabajos del partido blanco, que han producido alguna inquietud. Las autoridades argentinas han tenido que detener algunos agitadores en el momento de embarcarse en las islas del Paraná y en el riacho Rosquete, en dirección á la boca de San Fernando, donde los esperaba un pailebot que, remolcado por una lancha de vapor, debía conducirlos á la costa uruguaya, en tanto que en el territorio de la República el partido blanco y otras agrupaciones políticas se han permitido crear organizaciones armadas en son de guerra, haciendo públicamente particulares nombramientos de cargos militares, con tal descaro, que periódicos como *La Razón* y *La Tribuna Popular* han tenido que protestar enérgicamente ante los peligros con que se amenaza el sosiego público. ¿Qué mano oculta dirige estas no disimuladas tentativas de revolución? Realmente, el Uruguay no ofrece ahora motivos para alimentar estas tendencias al trastorno, y el Presidente Cuesta indudablemente gira en la órbita de los que desean estrechar las amistades de los pueblos confinantes de la América dol Sur, para uniformar el movimiento de sus adelantos comunes, para fomentar las relaciones recíprocas y para comprometer la unión de sus fuerzas para los inciertos arcanos del porvenir.

El Perú, cuyos partidos interiores, como en la solución de la última crisis de Agosto se ha demostrado, no están entre sí más concordes que en las demás Repúblicas sudamericanas, por más que el expresidente Nicolás Piérola y su hermano Carlos hagan incesantes esfuerzos por conciliar en derredor del Presidente Romaña todas las fuerzas de los demócratas y de los civilistas, en perpetuo insomnio con la actitud de Chile, su vecina y rival, en la cuestión de las provincias cautivas, vuelve á distraer la atención suprema que reclama el robustecimiento de sus elementos interiores de vida y de progreso, de prosperidad y de defensa, corroído por la angustia de la pérdida absoluta de aquellos ricos territorios que no ha tenido magnanimidad ni serenidad bastante para reclamar á Chile dentro de plausibles transacciones, tiende la mirada indecisa fuera de sus linderos, ya para conquistarse un puesto en el cónclave de las alianzas que en Buenos Aires se disciernen, ya para ponerse bajo el peligroso protectorado del gigante del Norte, que no le dispensará su gracia de resultados problemáticos sin hacerle pagar caro la cuenta de gastos y derechos. Dimitido el Doctor Riva Agüero bajo el peso de inesperadas censuras, cuando creía haber logrado trazar con aplauso de la opinión pública el rumbo de una política exterior de dignidad sin jactancias y de defensa de los derechos nacionales sin imprudencia, el Presidente Romaña, apoyado por D. Carlos Piérola, como jefe del partido demócrata, y por D. Manuel Candamo, como jefe del partido civilista, trató de descartar de sí la responsabilidad que pueda caberle en el curso de los sucesos, por haber provocado la retirada de un hombre que hasta el mismo representante de Tacna había declarado que obtenía con su política la aprobación de las provincias cautivas, sustituyendo el poder caído con una condensación de fuerzas políticas representadas por una coalición demócrata-civilista que constituyera todo el elemento verdaderamente vital del país. Pero consultado á Chile, donde representa al Perú, D. Cesáreo Chacaltana, declinó la honra que se le ofre-

cía. Designado para regir la Hacienda el Dr. Eliodoro Romero, se excusó del mismo modo. Otro tanto hizo el Contralmirante D. Bernabé Carrasco, á quien se ofrecía la dirección de la Guerra y de la Marina; y habiéndose propuesto Romaña incluir en su nuevo Gabinete tres demócratas y tres civilistas, contrariado por la resistencia de todos á admitir la herencia de Riva Agüero, en cuya gestión los hombres de moderación y prudencia de todos los partidos habían fundado muchas esperanzas, fracasadas todas sus combinaciones se vió compelido á salir de la crisis por medio de un Ministerio de neutros, pues aunque afiliados en el partido demócrata los seis ministros en quien ha delegado el poder ministerial, Enrique Zegarra, Carlos Olaechea, Felipe Osma, Pedro Canseco, Vicente Larrabure y el diputado Rojas, ni aun los de esta fracción política los consideran como su legítima representación.

No se hace la felicidad de los pueblos alimentando sus odios, aunque éstos tengan por base heridas tan profundas como las que el Perú recibió de Chile en su guerra de resultados siniestros y en el vejatorio tratado de Ancon. La calenturienta discusión á que se han lanzado muchos de sus publicistas, preconizando los derechos del Perú á la reversión de las provincias cautivas, será en sus resultados tan estéril, como esas locas manifestaciones populares y esos discursos tribunicios con que se ha tratado de sellar un pacto, más que de alianza mutua, de sangre, contra Chile, de parte del Perú con la Argentina, en la que Bolivia también ha pedido su parte. La Argentina, que no ha podido excusar esas vibraciones del patriotismo peruano, aun reconociendo que no va bien dirigido, apenas extinguido el último relumbrón de tantos juegos artificiales, sólo se ha brindado al papel de mediador entre Perú y Chile para dirimir la contienda en que el Perú lleva la peor parte, puesto que es la que se queja en la impotencia, mientras que Chile es la que retiene la prenda ambicionada con su indisputable poderío. Ni aun en esta mediación Chile consiente, teniendo en cuenta que el pleito no se ha de zanjar sino entre su Go-

bierno y el del Perú; y apenas penetrado de que el Perú, que ha ido á mendigar los auxilios de la Yankilandia, podía descansar en alguna promesa de la Casablanca con motivo de la próxima reunión del Congreso panamericano en Méjico, no sólo amenazó con no concurrir á este acto y aun con hacer que no concurrieran á él otras Repúblicas cercanas, como la del Uruguay y el Paraguay, sino que ha obligado al Ministerio de Relaciones Extranjeras de Washington á darle todo género de satisfacciones en las explicaciones que el Sr. Vicuña Morla le ha pedido, sin que estas explicaciones públicas y solemnes, por satisfactorias que parezcan, le hayan compelido hasta ahora á salir de las reservas en que se mantiene y se mantendrá encerrada, aunque concurra con su presencia en Octubre del año que viene á la conferencia internacional de la capital mejicana.

La Argentina, cualesquiera que sean los pactos que firme con el Perú y Bolivia, no quemará un cartucho en pro de sus hermanas de las cumbres del Andes y del menguado litoral del Pacífico para arremeter contra Chile, cuyo poder naval contrapesa. Los que en el mismo Chile se prevalen de la dolorosa enfermedad que aqueja á su ilustre Presidente D. Federico Errázuriz, el amigo personal y político del General Roca, para pedir la declaración de su incapacidad y para apresurar con esto el momento de que se le reemplace en su elevada magistratura, creyendo que el sucesor de Errázuriz seguirá contra la Argentina la política de hostilidad que precipite á los dos países en una guerra que á uno y otro los devore, padecen una lamentable equivocación. Lo mismo Chile que la Argentina tienen la conciencia profunda del valor que alcanza en el equilibrio universal americano la fuerza ofensiva y de defensa con que la casualidad ó la Providencia les han hecho que se armen. No la arrojarán por la ventana empleándola en destrozarse á sí propias, cuando la situación preponderante en que se han colocado en los dos mares y en todo el mundo americano de sangre ibérica las compele á obligaciones tan severas, como

grandiosos los destinos á que las empujan. Toda probabilidad de discordia armada entre las dos Repúblicas extremas del Continente del Sur, completamente ha desaparecido desde las entrevistas de Punta Arenas. Los sucesores de Roca y de Errázuriz mantendrán en propio interés la mayor fidelidad á aquellos pactos. La única cuestión que por espacio de tantos años las ha traído en perpetua amenaza y en constante animadversión, puede decirse que está resuelta; pues entregada á la sentencia de un poder tercero, erigido en árbitro de sus derechos alegados, cualquiera que sea el laudo que se dicte, será cumplido por una y otra parte con entera sinceridad y con absoluta resignación. Fuera de esta cuestión capital, no existe ninguna otra entre Chile y la Argentina que no pueda ser resuelta satisfactoriamente para ambas y en el más breve plazo de tiempo posible, en un cambio de notas de sus respectivas cancillerías, en una breve aclaración telegráfica ó en una carta de amistad entre sus dos Presidentes.

El problema del Pacífico no puede ser verdadero problema sino cuando los malos consejos de los Gobiernos del Presidente Romaña y del General Pando hicieran intervenir en aquellos mares un poder superior y ominoso, que haría pagar harto caro al mismo Perú y á Bolivia su apelación á él, ó cuando la ceguedad de una política de amor propio mal pensado y mal dirigido volviera á provocar las hostilidades con Chile. No busque el Perú aliados para semejante eventualidad, que no ha de venir; no los busque Bolivia. Una y otra Repúblicas deben entregarse á los sentimientos fraternales de Chile, seguras de que una inteligencia concorde podrá conducir á todos á soluciones lisonjeras, ya en la realización de algunos de los deseos que alimentan, ya en compensación de un interés equivalente. Bolivia, por el camino de la negociación leal, tal vez pueda hallar el puerto que ambiciona en el Pacífico. El Perú bien podría ser recompensado de la pérdida definitiva de sus provincias de Tacna y Arica, hallando compensaciones aún más ubérrimas en esos territorios del Acre, hoy en poder de

aventureros, á los cuales, sin embargo, será á Bolivia difícil de someter. ¡Caminos pacíficos y conciliatorios, y no pactos de sangre, son los que exigen los problemas americanos! No busquen el Perú y Bolivia alianzas guerreras. Desistan, sobre todo, de intervenciones extrañas y no den ingerencia en sus negocios íntimos á rivales poderosos, que no hacen más que celar por dónde pueden meterle mano á la integridad de la América del Sur.

***

El mismo día que en Buenos Aires se daban ostentosos banquetes para brindar por la solidaridad de los intereses argentino-peruanos, queriendo significar esta solidaridad un conato de alianza ofensiva y defensiva entre la Argentina, el Perú y Bolivia contra Chile, en la capital de esta última República se verificaba otro acto, no de tanta esplendidez y resonancia, pero sí de resultados más eficaces para la paz y los intereses de los pueblos sudamericanos. El Ministro de Su Majestad Católica acreditado en Santiago, D. Salvador López Guijarro, estaba encargado por la Reina Regente Doña María Cristina de investir con la gran cruz de Isabel la Católica al Arzobispo de aquella diócesis, señor Casanova. Para solemnizar este acto, el ilustre Prelado había preparado en su residencia pastoral una recepción suntuosa. La invitación no era numerosa, pero sí de representaciones singularmente significativas. El Gobierno del Presidente Errázuriz estaba representado por el Ministro de Relaciones Extranjeras, Dr. Rafael Errázuriz Urmeneta. Los países confinantes y amigos por los Ministros de la Argentina, el Perú, el Brasil y Bolivia. Los demás invitados eran miembros de las Cámaras, individuos de la alta Administración y de las milicias de mar y tierra y algunas distinguidas personalidades de la aristacrática sociedad que forma el nervio directivo de la República de Chile.

El acto de la investidura fue brevísimo, y á él siguió un es-

pléndido almuerzo. Al destaparse el Champagne, el señor Castellano brindó por la Reina Regente de España. A este brindis contestó el señor López Guijarro, nuestro Ministro, agradeciendo los votos que se hacían por nuestra Nación, y brindando á la vez por la prosperidad de Chile. Cuando el señor López Guijarro terminó, volvióse á levantar el señor Arzobispo, pronunciando otro caluroso brindis en honor del General Julio Argentino Roca, Presidente de la República Argentina; y exaltando la amistad de los buenos chilenos hacia él, manifestó que le consideraba como uno de los más sinceros y leales amigos de la paz sudamericana, por lo que hacía votos para que el lema de su escudo *Pax multa* fuera tambien el de las naciones de nuestro origen en América. A este discurso contestó el señor Portela, Ministro argentino, con otra alocución verdaderamente efusiva y entusiasta. Brindó por el Presidente de Chile, D. Federico de Errázuriz, el fiel amigo del General Roca, y expresó que ardientemente deseaba el cumplimiento de los votos pacíficos que acababa de pronunciar la palabra sagrada del ilustre jerarca de la iglesia de Chile, y en cuyos ingenuos sentimientos abundaban el Presidente de la Argentina, su Gobierno y las clases directivas de aquella República. Después de estas manifestaciones, habló el Ministro de Relaciones Extranjeras Errázuriz Urmeneta. Brindó por la floreciente y rica República del Plata y por su Presidente, el General Roca, y en frases llenas de emoción y elocuencia, unió sus votos á los del Sr. Portela para que nada perturbe la paz, la armonía, la fraternal amistad de las dos Repúblicas hermanas, en quienes la América de sangre ibérica tiene cifradas las esperanzas de su integridad, de su progreso y de su prosperidad.

El Sr. Errázuriz Urmeneta tuvo en su discurso palabras muy elocuentes para hacer extensivos estos afectos al Perú, al Brasil y á Bolivia, con cuyo motivo el Ministro del Perú se levantó á agradecer las palabras dirigidas á su persona y á su país, siendo esta una de las notas más importantes de aquel

acto, que parecía confederar en un sentimiento común de unión y fraternidad todos los jóvenes pueblos que deben acercarse entre sí, no para negociar pactos vengadores de resentimientos recíprocos, sino para estrechar las alianzas del mutuo interés y de su total conservación.

Sin intentarlo siquiera, y en presencia del Ministro de España, el Arzobispo de Santiago de Chile realizaba en aquel momento en su palacio un acto que era la contradicción de los banquetes, que tal vez á la misma hora se celebraban en Buenos Aires entre argentinos y peruanos. El discurso del Ministro de la Argentina en Chile, Sr. Portela, mereció los aplausos y los comentarios de los periódicos más importantes de las dos capitales, y *El Mercurio*, de Valparaíso, después de consignar que los sentimientos que el Sr. Portela y el Sr. Errázuriz Urmeneta habían expresado eran la expresión de la verdad, así en la Argentina como en Chile, añadió:— «En una y otra nación los Gobiernos y las clases dirigentes no anhelan otra cosa que estrechar las relaciones de amistad entre los dos países, ni divisan tampoco motivo alguno para que sus buenas relaciones se perturben, desde que entre Chile y la Argentina no hay más cuestión que la de límites, y ésta está sometida definitivamente y de una manera absoluta al fallo de S. M. B. Los únicos que piensan que entre las dos naciones hay intereses rivales que fatalmente tienen que arrastrarlas algún día á un rompimiento, son los elementos exaltados y los inconscientes de uno y otro país, y son esos mismos elementos los que propalan en la Argentina que hay solidaridad entre los intereses peruanos y bolivianos y los de aquella República, y que, por consiguiente, tiene esa nación que hacer causa común con el Perú y Bolivia contra Chile. Se comprende que los que nada tienen que perder en las peligrosas complicaciones diplomáticas y mucho que ganar en mantener constantemente á la nación en estado de excitación sensacional, vivan día por día preocupados en allegar combustibles peligrosos para hacer difíciles las relaciones entre Chile y la Argentina; pero los Gobiernos sobre quienes

pesa toda la responsabilidad y las tremendas consecuencias, y las clases dirigentes, que ven con toda evidencia el abismo á donde ellas y el país pueden ir á parar, no pueden considerar sino como una demencia todo acto que tienda á provocar irritaciones entre Chile y la Argentina, y á crear peligros entre dos naciones, á quienes felizmente no las divide ninguna clase de intereses rivales y que tienen como garantía segura de paz el sostenimiento de la cuestión de límites al arbitraje.»

Con estos elogios á la actitud y á las palabras del Ministro argentino, como eco fiel de los sentimientos de su Gobierno, la prensa argentina y chilena han hecho justicia á los sentimientos del Ministro español, que en Chile, como en los demás países independientes de América, tan noblemente trabajan por la paz y la fraternidad de todos los hispanoamericanos.

Esta misión recomendable y plausible de España en el seno de todos los pueblos americanos, recibe en recompensa, no sólo los éxitos de su eficacia, sino la creciente estimación que se siente en todas partes por la antigua metrópoli y la predilección que se dispensa á cuanto de ella procede ó en cuanto ella influye. La corriente de la simpatía en la Argentina ha tenido en estos últimos meses numerosas ocasiones con que demostrarse en toda su amable realidad. La creación del *Banco Hispanoamericano* y su instalación en Madrid y en Buenos Aires, cuya vasta esfera de acción se extenderá á toda la América latina, y muy especialmente al Río de la Plata, ha producido mayor entusiasmo que cuando con capitales españoles y mejicanos se fundó el prosperísimo *Banco Hispanomejicano*. Todos confían en que esta institución, llamada á influir poderosamente en la actual anormalidad de los cambios, ha de facilitar á españoles y americanos las transacciones recíprocas en toda clase de negocios é intereses entre aquellas Repúblicas y España. Las líneas de navegación que España sostiene, como se había anunciado, son ya las predilectas sobre las que proceden de otros países, y la *Trasatlántica Es-*

pañola acaba de recibir un elocuente testimonio de esta preferencia en el transporte á Cádiz, Barcelona y Civitavecchia de la colosal peregrinación argentina que á bordo del *Alfonso XIII* ha llegado ya á Europa con dirección á Roma.

Navega el crucero *Río de la Plata* por las aguas del Pacífico, siendo objeto constante de los agasajos, no sólo de los pueblos ribereños del Perú y del Ecuador, por donde anda y á donde ha tocado, sino de las aclamaciones de los pueblos y de las atenciones más obsequiosas de los Gobiernos y de los jefes de Estado. Al tocar en Guayaquil, los periódicos de aquella ciudad escribían: «¡Gracias á Dios que vemos la bandera militar de la madre española! ¡Desde que en 1866 nos visitó el *Buenaventura*, no la habíamos vuelto á ver flotar con sus colores brillantes reflejando en nuestras aguas!» En cuanto á los marinos argentinos de la *Sarmiento*, que llegan en estos instantes al término de la expedición que emprendieron hace dos años, después de su feliz viaje de circunvalación, su madre España no se les cae del recuerdo. *La Nación*, de Buenos Aires, órgano del General veterano D. Bartolomé Mitre, acaba de publicar las impresiones de su cronista á bordo. He aquí lo que dice:

«Hoy, después de cuatro meses que han pasado desde nuestro arribo á los puertos españoles, y que podemos apreciar desde lejos las consecuencias inmediatas de esa visita, podría decirse que el viaje de la *Sarmiento* hubiera estado justificado, aunque no hubiera tenido otro objetivo que estrechar los vínculos que nos unen con la madre patria, que estaban un tanto laxos por causas que nadie se explica. Vínculos que serán tanto más fuertes y duraderos cuando á los sentimientos amistosos se aunen mayores sumas de intereses comerciales entre ambos países.

»Esta es la aspiración que se ha hecho pública en los discursos pronunciados en Madrid, Barcelona y Buenos Aires; por ellos hemos sabido muchas cosas, que sorprende hayan permanecido ocultas tanto tiempo hasta que la iniciativa de

los centros de Comercio é Industrias han gestionado su modificación; así es como los Presidentes de esas Corporaciones, comerciantes ellos mismos, han dado en el banquete que tuvo lugar á bordo la cifra de los millones de nuestros productos, cueros, lana y sebo, que ellos deben comprarlos en Burdeos ó Dunkerque, y los mil artículos españoles que llegan á nuestro país por la vía de Marsella ó Londres. ¿Por qué ese intercambio no se hace directamente? He aquí la pregunta formulada por esos señores á nuestro representante y á las autoridades españolas que asistían esa noche al banquete.

»Algo semejante hemos oído á consignatarios de esta que conocimos en Madrid y en Barcelona, y que, comisionados por comerciantes de su gremio, han venido á gestionar, con el apoyo de las Cámaras de Comercio españolas, modificaciones á las tarifas aduaneras en lo que se refiere á los cueros secos y salados.

»Es necesario que estas iniciativas particulares las apoyen y aun sustituyan las de las personas que están llamadas á intervenir en estas cosas, que si hasta ahora habían permanecido descuidadas al parecer, probablemente ha sido debido á un cándido desconocimiento del desarrollo de nuestro país, de su progresivo movimiento de adelanto y perfeccionamiento en todas las modalidades de nuestra vida; de sus aspiraciones y del lugar que está llamado á ocupar en el mundo por su poderosa vitalidad é innumerables riquezas.

»La repercusión que en nuestro país ha tenido la visita de la *Sarmiento* á España es el mejor galardón que pudiera recibir la Marina de guerra, que puede ostentar con justo orgullo el título de que, por medio de uno de sus elementos, ha prestado reales servicios al país, ofreciéndole una de las más preciosas victorias: la que asegura la amistad de las dos naciones.»

Otro episodio de estos entusiasmos que, enmedio de sus desgracias, España ha sabido despertar en el alma americana de los pueblos que le deben su origen y su civilización, es la despedida que en Buenos Aires se ha hecho al Sr. D. Rafael

Calzada, fundador de *El Correo Español*, al embarcarse en las aguas del Plata para venir á asistir al Congreso iberoamericano que se ha de efectuar en Madrid en el próximo mes de Noviembre.

La demostración de simpatía que se hizo á este distinguido escritor se verificó por medio de un gran banquete celebrado en Buenos Aires el sábado 18 de Agosto, en el Club Español. La mesa fue presidida por el Ministro de España, Sr. Arellano y Arrózpide, y los comensales pasaron de 200. Hubo una verdadera borrachera de patriotismo enmedio de una verdadera borrachera de discursos. Fueron los oradores D. Francisco Cobos; el Ministro de España, Sr. Arellano; D. Gonzalo de Segovia; D. Jenaro Luis Osorio; el obsequiado, D. Rafael Calzado, delegado de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires en el Congreso de Madrid; D. Carlos Gómez Palacios; D. Arsenio Gramajo; D. Luis Toro Guesalaga; la señora Eva Canel; D. César Goudra; D. Luis Sansón y de León; don Florencio Madero; el General D. Nicolás Lallave; D. Alfonso Ezquerdo; D. Manuel González Llamazares; D. Calixto Oyuela; D. Victoriano de la Riega; el Doctor Atienza; D. Ricardo A. Nieto; Monseñor F. Villanova y Sanz, y D. Laureano Carvalleda. En suma: veintiún discursos, ninguno más breve de quince minutos, habiéndose invertido en pronunciarlos cerca de cinco horas y media en aquel derroche de ingenio, de entusiasmo y de elocuencia.

***

¿Despierta los mismos entusiasmos la celebración del Congreso Panamericano, que el Gobierno de la Yankilandia ha discurrido para que se verifique en Méjico en Octubre de 1901?

Acerca de los Congresos ibero y panamericanos, nada los define con mayor exactitud que el artículo que con este tema ha aparecido en *La Época* del 11 de Setiembre, en el cual se dice que los Estados Unidos, desde que se hizo público el pen-

samiento del convocado en Madrid, le atribuyó tanta trascendencia é importancia, que se dieron gran prisa en anunciar en el último Mensaje anual del Presidente Mac-Kinley la necesidad de reunir el segundo panamericano, á pesar del verdadero fracaso que en todos sus resultados tuvo el primero que congregó Blaine en 1889. *La Época* cree, y cree bien, que los éxitos de estos Congresos que se deben á la iniciativa de las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Casa Blanca serán siempre problemáticos, porque jamás los jóvenes pueblos de sangre española del Norte, del Centro y del Sur, se dejarán coger en la cubierta emboscada que los Congresos panamericanos tienden contra su independencia, según la coordenación de los pactos y acuerdos á que con su reconocida astucia los Estados Unidos de la Yankilandia quieren empujarlos. «La diferencia esencial—dice *La Época*—que existe entre los móviles que impulsan los movimientos de concentración de fuerzas étnicas homogéneas que envuelven los programas de los Congresos iberoamericanos y los de carácter absorbente y exclusivo á que compelen los Estados Unidos en los Congresos panamericanos, á sus hermanos menores de sangre latina, no sólo se destacan á la simple vista, sino son los que inspiran las simpatías que en toda América de origen ibérico despierta la celebración del Congreso de Madrid, á la vez que la especie de terror, la reserva y la abierta impugnación que, como en Chile se hace, se siente, aunque no se confiese, hacia el Congreso panamericano, por más que para dorar la píldora, la astucia yanki haya querido dar á su vecina Méjico una dedada de miel, designando su capital como asiento de la conferencia que se ha de reunir el 22 de Octubre de 1901. No nos cuesta trabajo reconocer que la coordinación de los temas de lo que se ha de tratar en el Congreso panamericano del año venidero está redactada con un estudio más hondo de las cuestiones que abraza, que el programa del Congreso social y literario de Madrid. Con todo, en el nuestro sólo se piden soluciones y acuerdos para estrechar la raza en los dos mundos,

para deducir de su unión una fuerza moral que sea la base de la material problemática que algún día pudieran demandar las necesidades de la conservación de la integridad é independencia de aquellas numerosas, opulentas y codiciadas entidades políticas, y dejar en toda situación el campo abierto, no á las conquistas del Viejo Mundo sobre el Nuevo, sino á la libre, continua y recíproca relación de sus intereses generales con todas las naciones del planeta.»

«Bajo este concepto, el Congreso de Madrid tácitamente incuba un principio más extenso que el que los marinos de la *Sarmiento*, después de las entrevistas de Punta Arenas, formularon en las aguas de Valparaíso, brindando en cordial banquete con los marinos chilenos. «*En Washington se dice:*—decía el Sr. Betbeder—*América para los americanos. Sí; la América del Norte que los yankis poseen, para los americanos del Norte. Pero nosotros decimos: la América del Sur para los americanos del Sur.*» El pensamiento tácito de los Congresos iberoamericanos de nuestra sangre da á esta idea mayor extensión. «*La América ibérica para los americanos de sangre ibérica,* en cuanto al dominio soberano de los inmensos territorios por donde se extiende; pero en lo moral, en lo económico, en lo comercial, en lo político, en lo social, en lo internacional, no hay más voz que la de Isabel la Católica y Colón, que sacaron aquellos hemisferios del aislamiento del olvido á la luz de la civilización cristiana: *América para la humanidad.*»

El programa del Congreso panamericano se formula visiblemente en los exclusivismos de una escuela errónea, que poco á poco ha de ir desapareciendo, y enmascaradamente, en una tendencia de absorción indeclinable que tiende á las Repúblicas de sangre ibérica las asechanzas peligrosas de que en sus últimas conferencias contra el Congreso panamericano ha hablado en el Ateneo de Santiago de Chile el ilustre hombre de Estado de aquel país, Gonzalo Bulnes, ante una gran concurrencia de las personas que en Chile llevan la dirección de la política y de la inteligencia. Fuera de la adopción del ar-

bitraje como principio de derecho positivo en el profundo caos del derecho internacional, y fuera de la constitución de un tribunal internacional de reclamaciones que pueda poner en práctica las bases de esta nueva jurisprudencia, todas las bases restantes del programa reproducido del primer Congreso panamericano, más las adiciones que se han hecho para la próxima reunión del de Méjico, forman para la libertad futura de las jóvenes nacionalidades iberoamericanas un verdadero precipicio, en que se ha de estrellar en breve plazo su independencia, de no proceder con tanta resolución como cautela.

Por medio del Congreso panamericano, los Estados Unidos proponen la formación de una unión aduanera americana que concentre en Washington la clase comercial de toda la América latina. Quieren, además, establecer una red de comunicaciones mercantiles, así terrestres como marítimas, que ponga el movimiento de la producción y del tráfico á merced exclusivamente de los sindicatos y monopolios con que el sagaz yanki se adueñe de todas las riquezas de los demás países. No sólo impone un sistema de pesas y medidas uniforme para toda América, sino, lo que es más grave, la circulación de una moneda única y común de plata, de curso forzoso, para las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América. Con estas y otras proposiciones semejantes, sólo falta que al Congreso panamericano se le compela á aceptar un solo Ejército y una sola Marina para toda América y una sola representación diplomática en el mundo internacional, para que pueda considerarse en vías de ejecución la anexión pacífica que los Estados Unidos de la Yankilandia elaboran mansamente en todo aquel vasto continente (1).

(1) He aquí en qué terminos el Secretario de Estado Mr. Hay, en la sesión que celebraron los representantes de los países que componen en Washington la *Unión Internacional de Repúblicas americanas*, el día 23 de Mayo último, presentó el programa en que había intervenido la *Comisión ejecutiva* de esta asociación:

Aunque los diplomáticos que asistieron el 14 de Abril y el 23 de Mayo últimos á las reuniones convocadas en las oficinas del Ministerio de Mr. Hay se abstuvieron de prestar su aprobación al programa que será remitido al Congreso de Méjico

---

«La Comisión ejecutiva opina que la nueva conferencia elija, entre los asuntos que considera la anterior, aquello que en la actualidad tenga mayor importancia y que estudie los nuevos que se le sometan, y propone por su parte el siguiente

PROGRAMA

1.° Puntos estudiados por la conferencia anterior, que la nueva conferencia decida reconsiderar.

2.° Arbitramento.

3.° Tribunal internacional de reclamaciones.

4.° Medios de protección á la industria, agricultura y comercio. Desarrollo de las comunicaciones entre los países de la Unión. Reglamentos consulares, de puertos y Aduanas. Estadísticas.

5.° Reorganización de la oficina internacional de las Repúblicas americanas.

Con el objeto de facilitar el estudio de este asunto, se acompaña el programa de la primera conferencia, la nómina de las comisiones en que se dividió el trabajo, y una minuta de las resoluciones adoptadas por aquella Asamblea.

Washington, 22 de Mayo de 1900.

PROGRAMA DE LA PRIMERA CONFERENCIA

Primero. Medidas que tiendan á conservar la paz y á fomentar la prosperidad de los diversos Estados americanos.

Segundo. Medidas encaminadas á la formación de una unión aduanera americana que fomente, en cuanto sea posible y provechoso, el comercio recíproco entre las naciones americanas.

Tercero. El establecimiento de comunicaciones frecuentes y regulares entre los puertos de los diferentes Estados americanos.

Cuarto. La adopción por cada uno de los Estados independientes de América de un sistema uniforme de disposiciones aduaneras que deben observarse para la importación y exportación de mercaderías y para el pago de los derechos é impuestos de puerto, estableciendo método igual en todos los países para la clasificación y avalúo de las mercaderías, y para la forma en que deben hacerse las facturas, así como también idénticos preceptos en materias de sanidad y cuarentena.

de Octubre del año venidero, por no tener instrucciones de sus Gobiernos respectivos para otorgar ninguna clase de asentimientos á tales proposiciones, desde luego se nombraron las diez y ocho comisiones que han de estudiar, entender é informar sobre cada uno de los temas propuestos, admitiendo una extensa minuta de recomendaciones, redactadas en la Oficina internacional de Repúblicas americanas, sobre cada una de las cuestiones que se habrán de debatir (1).

---

(1) Las Comisiones á que se alude son: I. La Comisión ejecutiva. II. La Comisión de Unión Aduanera.—III. Comisión de Comunicaciones por el Atlántico.—IV. Comisión de Comunicaciones por el Pacífico.—V. Comisión de Comunicacionas por el Golfo de México y el Mar Caribe.—VI. Comisión de Comunicaciones por Ferrocarril.—VII. Comisión de Reglamentos de Aduana.—VIII. Comisión de derechos de Puerto.—IX. Comisión de Pesas y Medidas.—X. Comisión de Reglamentos Sanitarios.—XI. Comisión de Patentes y Marcas Comerciales.—XII. Comisión de Extradición.—XIII. Comisión de Convención Monetaria.—XIV. Comisión de Bancos.—XV.—Comisión de Derecho Internacional.—XVI. Comisión de Bienestar General.—XVII. Comisión de Reglamento.—XVIII. Comisión de Credenciales.

He aquí, además, la minuta de las resoluciones:

Recomendación 1.ª La Comisión de Pesas y Medidas emitió dictamen favorable, y la conferencia recomendó la adopción del sistema métrico-decimal á las naciones representadas en ella que no lo hubiesen adoptado ya.

Recomendación 2.ª La Comisión de Comunicaciones por ferrocarril recomendó y la Conferencia expresó opinión favorable á la construcción de un ferrocarril intercontinental, y á que la vía se declare neutral á perpetuidad.

Recomendación 3.ª La Comisión de Unión Aduanera emitió dos dictámenes: el de la mayoría, en que se recomienda la negociación de tratados parciales de reciprocidad comercial con una ó más de las naciones americanas con quienes les conviniere concluirlos, bajo las bases que fueren aceptables en cada caso, con el objeto de promover su bienestar común; y el de la minoría, en que se propuso un acuerdo rechazando el proyecto de una liga Aduanera entre las naciones de América.

Recomendación 4.ª La Comisión de Comunicaciones en el Atlántico propuso el establecimiento de una ó más líneas de navegación á vapor

Contra toda la tendencia general del futuro Congreso Panamericano, sólo se ha levantado robustamente hasta ahora la voz de Chile, cuyas reservas oficiales han sido consignadas en

---

entre los puertos de los Estados Unidos y los del Brasil y Río de la Plata, y la Conferencia aceptó por unanimidad la resolución presentada.

Recomendación 5.ª La Comisión de Comunicaciones en el Pacífico propuso, y la Conferencia acordó recomendar á los países interesados, que fomenten entre sí, sobre bases que se indican, las comunicaciones marítimas, telegráficas y postales por dicho Océano.

Recomendación 6.ª La Comisión de Comunicaciones en el golfo de Méjico y en el mar Caribe propuso, y la Conferencia adoptó una resolución, en que recomienda á los Gobiernos respectivos que ayuden al establecimiento de un servicio de primera clase por buques á vapor, sobre los diversos puertos del golfo y mar indicados.

Recomendación 7.ª La Comisión de Reglamentos de Aduana dió informe favorable sobre una proposición del señor Delegado de Méjico, Don Matías Romero, para la adopción de una nomenclatura común en orden alfabético de mercaderías extranjeras que se importen; y la Conferencia adoptó por unanimidad la proposición.

El trabajo de compilación de esta nomenclatura se llevó á efecto por la oficina de las Repúblicas Americanas, y se imprimió en inglés, español y portugués. En las Aduanas de los Estados Unidos está adoptada para el servicio esta nomenclatura.

Recomendación 8.ª Para la clasificación, examen y avalúo de las mercancías, forma de los manifiestos, recibo, declaraciones é imposición de derechos de aduana, la comisión propuso, y la Conferencia acordó recomendar que se adopten métodos fáciles, expeditos y uniformes, haciendo á estos respectos indicaciones tanto de fondo como de forma; y de igual manera acerca de los avisos y prácticas en los casos en que se presenten enfermedades contagiosas.

Recomendación 9.ª La oficina de las Repúblicas Americanas fue creada por un acuerdo de la conferencia, con vista del informe favorable de la misma comisión de Reglamentos de aduana.

Recomendación 10. La Comisión de Derechos de Puerto presentó un informe que fue extensamente discutido, llegando finalmente la conferencia á un acuerdo en que se recomienda que los derechos de puerto se comprendan en uno solo, y que éste sea el derecho de tonelaje en la forma, aplicación y excepciones que se indican.

Relativamente á derechos consulares, la Comisión propuso y la Con-

la nota del ministro Errázuriz Urmeneta, pasada al Ministro de los Estados Unidos en Santiago, con fecha de 21 de Mayo último. El movimiento de la opinión se ha manifestado además

---

ferencia acordó recomendar que se adopte una clasificación uniforme de los actos en que pueden intervenir los agentes consulares, y se fije el máximum de los derechos respectivos, especialmente de los que se refieren á la navegación y al comercio.

Recomendación 11. La Comisión de Reglamentos Sanitarios dió informe favorable y la conferencia acordó recomendar que se adopten las disposiciones de la Convención Sanitaria Internaciodal de Río Janeiro de 1887, ó las del proyecto de Convención Sanitario del Congreso de Lima de 1888.

Recomendación 12. La Comisión de patentes y marcas de fábrica propuso y fue adoptado por la Conferencia, que se recomiende la adhesión á los tratados sobre propiedad literaria y artística, sobre patente de invención y sobre marcas de comercio y de fábrica celebrados por el Congreso sudamericano de Montevideo.

Recomendación 13. La Comisión de extradición indicó, y la Conferencia acordó recomendar, el tratado de Derecho Penal Internacional ajustado por el Congreso sudamericano de Montevideo, y que los países que no hubieren celebrado tratados de extradición con los Estados Unidos de América, que los celebren.

Reeomendación 14. La Comisión de Convención Monetaria internacional americana sometió á la Conferencia dos dictámenes: uno de la mayoría, en que se recomienda que se establezca una Unión Monetaria internacional americana; que como base de esta Unión, se acuñe una moneda internacional de plata, de curso legal, en los paises respectivos, y que para dar cumplimiento á esta recomendación se reuna una Comisión monetaria en Washington, compuesta de un Delegado por cada nación, para determinar la cantidad, valor, proporción y relación, con respecto al oro de dicha moneda. En el dictamen de la minoría se recomienda que en vez de acuñar una moneda internacional de plata, Méjico y los Estados Unidos de Centro y Sudamérica, remitan á la Tesorería de los Estados Unidos, en depósito, la plata en barras, y que por el valor en oro de este metal reciban billetes emitidos por el Gobierno de Washington. La Conferencia acordó consignar una opinión análoga á la propuesta en el dictamen de la mayoría, pero sustituyendo la moneda de plata por «una ó más monedas internacionales, uniformes en peso y ley, y que puedan usarse en todos los países representados en la Conferencia.»

en los discursos en Bulnes y en los artículos de *La Ley, El Ferrocarril, El Mercurio* en Valparaiso y otros periódicos, muchos de cuyos artículos llevan al pie las más respetables firmas.

La Comisión monetaria recomendada en esta resolución de la Conferencia, se reunió en Washington en el mes de Enero de 1891; pero sus trabajos no alcanzoron otro resultado que la expresión del deseo de que se reuna otra Comisión monetaria que pueda llegar á un acuerdo para uniformar el sistema monetario de las naciones americanas con provecho de todas y cada una de ellas.

Recomendación 15. La Comisión de Bancos presentó dos dictámenes, y en consecuencia, recomendó dos distintas resoluciones, á saber:

La propuesta por la mayoría, que dice: La Conferencia recomienda á los Gobiernos en ella representados, otorguen concesiones favorables al desarrollo de operaciones bancarias interamericanas, y muy especialmente las que sean conducentes al establecimiento de un Banco Internacional Americano con facultad de establecer sucursales ó agencias en los demás países representados en esta Conferencia.

Y la propuesta por la minoría para que «se recomiende á los Gobiernos representados en la Conferencia que estimulen los cambios de productos entre sus respectivos países, acordando al comercio todas las facilidades conducentes á ese fin y obviando las dificultades que embaracen las operaciones de las instituciones de crédito destinadas á servirlo».

La Conferencia adoptó la resolución propuesta por la mayoría.

Recomendación 16. La Comisión de Derecho internacional propuso, y la conferencia resolvió, que se recomiende á los Gobiernos representados en ella que no hayan adoptado todavía los tratados de Derecho internacional privado, civil, comercial y procesal del Congreso de Montevideo, de 1888, que expresen si se adhieren á ellos en el término de un año; é igualmente que se recomiende la adopción del principio de que la legalización de los documentos se considere hecha en debida forma cuando se practique con arreglo á las leyes del país de la procedencia, y estén autenticados por agente diplomático y consular que en dicho país tenga acreditados al Gobierno, en cuyo territorio han de surtir sus efectos.

Recomendación 17. Acerca de reclamaciones é intervención diplomática, la Comisión estuvo dividida. En el dictamen de la mayoría se recomienda que se reconozcan como principios de Derecho internacional americano los siguientes:

La Ley ha declarado que Chile sostendrá que el Congreso, ni en sus proposiciones ni en sus resoluciones, pueda tener más alcance que el puramente económico y comercial, hasta donde lo limite el interés privado de cada entidad in-

---

1.° Los extranjeros gozan de todos los derechos civiles de que gozan los nacionales y pueden hacer uso de ellos en el fondo, la forma ó procedimiento y en los recursos á que den lugar, absolutamente en los mismos términos que dichos nacionales.

2.° La nación no tiene ni reconoce á favor de los extranjeros ningunas otras obligaciones ó responsabilidades que las que á favor de los nacionales se hallen establecidas en igual caso por la Constitución y las leyes.

El dictamen de la minoría mantiene que no se debe disminuir el derecho ó la facultad de una nación para protejer por medio de una reclamación diplomática, los derechos é intereses de los ciudadanos.

La resolución de la mayoría fue adoptada por todas las Delegaciones, con excepción de la de los Estados Unidos, que votó por la negativa, y la de Haiti, que se abstuvo de votar.

Recomendación 18. Sobre el asunto de la navegación de los ríos, hubo también división de opiniones. En el dictamen de la mayoría se recomendó declarar:

1.° Que los ríos que separan diversos Estados ó corren por sus territorios, quedan abiertos á la libre navegación de las naciones ribereñas.

2.° Que esta declaración no afecta el dominio ni la soberanía de cada una de las naciones ribereñas, así en tiempo de paz como de guerra.

En el de la minoría, suscrito por Mr. Trescot, delegado de los Estados Unidos, se recomienda que se deje á la prudencia de las potencias ribereñas efectuar arreglos sabios ó amistosos de las diferencias que pudieran surgir, considerando esto preferible á establecer principios generales.

Con excepción de la de Venezuela, que se abstuvo de votar, todas las Delegaciones latinoamericanas votaron en favor de las recomendaciones propuestas por la mayoría, exceptuando la de Nicaragua, que votó por la negativa con la de los Estados Unidos.

Recomendación 19.—La Comisión de Bienestar general propuso, y la Conferencia adoptó, una declaración en favor de la solución pacífica de las diferencias internacionales, y recomendó la celebración de un tratado uniforme de arbitraje sobre bases que se indican en la resolución.

Sobre arbitraje con potencias europeas, la Conferencia confirmó el dictamen de la Comisión, en un acuerdo en que también recomienda el

dependiente de las que concurran á aquella Asamblea, que es la manera de que quede descartada toda posible intromisión política de la República del Norte de América en los asuntos de los demás Estados, lo que sería una coacción sobre su soberanía. En Washington se cree que el Uruguay y el Paraguay hacen causa común con Chile, y aun se teme que tomen el mismo rumbo El Ecuador, Colombia y alguna de las Repúblicas del Centro, y aunque sin cesar se trabaja en las Oficinas de las Relaciones Extranjeras de la Casa Blanca, por llevar el año venidero á Méjico, convenidas y superadas ya las resoluciones concordes, el primero en dudar del éxito del segundo Congreso Panamericano, es Mr. Hay.

IOB.

---

arbitraje para la decisión de las disputas entre las Repúblicas de América y las naciones de Europa.

Relativamente al derecho de conquista, la Comisión de Bienestar general propuso una resolución en la cual se encarece á los Gobiernos representados en la Conferencia, que adopten las siguientes declaraciones:

1.ª El principio de conquista queda eliminado del derecho público americano, durante el tiempo que esté en vigor el Tratado de arbitraje.

2.ª Las cesiones de territorio que se hicieren durante el tiempo que subsista el Tratado de arbitraje, serán nulas si se hubieren verificado bajo la amenaza de la guerra ó la presión de la fuerza armada.

3.ª La nación que hubiere hecho tales cesiones, tendrá derecho para exigir que se decida por arbitramento acerca de la validez de ellas.

4.ª La renuncia del derecho de recurrir al arbitraje, hecha en las condiciones del art. 2.º, carecerá de valor y eficacia.

CRÓNICA LITERARIA

La novela ¿Quo Vadis? de Enrique Sienkiewicz.

La famosa novela de Sienkiewicz *Quo Vadis* está en camino de hacerse popularísima en España. Se han publicado ya tres traducciones castellanas de esta obra. Se anuncian otras dos, y á más de divulgarla todas estas ediciones, de las cuales, las tres ya impresas son económicas, y tendrán, por lo tanto, más lectores que si no lo fueran, los periódicos empiezan á publicarla en sus folletines.

Contadísimas serán las obras recreativas, españolas ó extranjeras, que hayan conseguido tan rápida difusión, tantos lectores, tan numerosas ediciones, casi al mismo tiempo publicadas. Hasta es dudoso que modernamente haya habido alguna otra novela cuyo buen éxito pueda compararse con el de *¿Quo Vadis?* Las mismas novelas últimas de Zola, siendo obras de autor de fama universal, que contaba con la colosal propaganda de los centenares de miles de volúmenes de sus novelas anteriores, no han conseguido tantas ediciones casi simultáneas en tantas lenguas diferentes. *¿Quo Vadis?* es obra de un escritor ignorado hasta ahora, ó poco menos, en la Europa meridional, y cuyo idioma propio no es de los que *universalizan* fácilmente á un autor, como el francés. Bien es verdad que desde el momento en que Sienkiewicz fue traducido en París, como Ibsen, Björnson y otros escritoros del Norte,

tuvo segura la notoriedad universal. Para una gran parte del mundo, Francia es todavía el intermediario que la pone en comunicación con las literaturas, las filosofías y las artes exóticas. Es seguro que todas las traducciones españolas de Sienkiewicz son traducciones..... de la traducción francesa.

Citaré otro ejemplo para mostrar lo extraordinario del triunfo editorial, ó sea del buen éxito traducido en número de ejemplares, que representa *¿Quo Vadis? Los Miserables*, como sabe todo el mundo, es una de las novelas más famosas de Víctor Hugo y una de las de mayor sensación y de las más discutidas por la índole de su asunto y su tesis. Pues, sin embargo, *Los Miserables*, cuyo número de ediciones es también muy crecido, no tuvo tantas como *¿Quo Vadis?* ha tenido en tan poco tiempo. Porque lo que ha ocurrido aquí en España, ha sucedido también en mayor escala en los principales países de Europa y de América. En la *Revista de Ambos Mundos* he leído en cierto artículo referente á otra novela de Sienkeiwicz, que *¿Quo Vadis?* ha sido traducida á veintitantos idiomas. Desde luego podía afirmarse *à priori*, que cuando en España, donde la afición á la lectura es escasa, van publicadas ya tres traducciones de este afortunado libro, serían muchas más las impresas en otros pueblos, donde la literatura tiene públicos inmensos.

Es posible que haya facilitado la publicación de tan grande número de ediciones alguna razón industrial. El hecho de que tres editores españoles (y catalanes por añadidura) se hayan apresurado á publicar casi simultáneamente traducciones de *¿Quo vadis?* me hace creer que, por falta de tratados acaso, esta obra es de las que pueden traducirse sin pagar derechos, de las que son consideradas como bienes mostrencos; pero esto no quita nada al triunfo y al renombre adquirido por Sienkiewicz con su novela. Porque, ¿á qué se debe sino á ese triunfo la multiplicación de las ediciones?

***

¿Quo vadis? es una excelente novela, muy digna de ser leída y nada peligrosa en el sentido de que pueda temerse de ella una influencia inmoral en el ánimo del lector. Pero, con todo, al comparar su universal resonancia con la suerte de otros libros no inferiores en belleza literaria, se siente la tentación de pensar que su triunfo y su fama han sido superiores á su mérito. Sin menospreciar la obra de Sienkiewicz, puede afirmarse que no supera en ejecución literaria á otras novelas históricas como *Los últimos días de Pompeya*, de sir Enrique Bulwer Lytton, ó *Salambó*, de Gustavo Flaubert; mas, ¡cuánto no ha sobrepujado su rápido triunfo al de estas obras que, al cabo de muchos años de haber visto la luz, no superan, ni siquiera igualan en difusión á *¿Quo vadis?*! Y eso que este ejemplo se refiere á obras y autores celebérrimos, pues la diferencia sería mucho más marcada, si, como término de comparación, eligiésemos otros libros que, por pertenecer á literaturas más estrictamente *nacionales* y menos *universalizadas* que la francesa y la inglesa, no han salido, á pesar de su valor, de un círculo muy limitado. De las obras del portugués Eça de Queiroz, de que hablé en la Crónica anterior, dos por lo menos, *A Reliquia* y *Os Maias* son superiores á *¿Quo vadis?* como obras literarias. Entre las dos no habrán tenido ni la vigésima parte de lectores que la celebrada novela de Sienkievicz.

Grande es el mérito de ésta. Sin él no hubiera sido posible que tantos y tan diferentes públicos acogieran con aplauso la obra, ni que ésta encontrase admiradores en Nueva York como en Roma, en Londres como en Madrid. Pero á su fortuna han ayudado, sin duda, otros factores. Acaso lo gastados que están otros géneros novelescos, la balumba inmensa de novelas naturalistas, psicológicas, novelescas, hace que la novela histórica, que se ha prodigado menos, resulte para el público una relativa novedad. La afición actual de los franceses á las literaturas del Norte, también habrá ayudado algo, pues París sigue siendo, para una parte del mundo, el *elegantiæ arbiter*,

como el Petronio de la novela, el juez del gusto y de la fama, el definidor de las modas artísticas y literarias. Pero más que estas razones de segundo orden habrá contribuído, sin duda, al grande éxito de *¿Quo vadis?* la universalidad é interés de su asunto.

Los críticos extranjeros que han hablado de las obras de Sienkievicz con motivo de esta de que venimos tratando, dicen que *¿Quo vadis?* no es la mejor, y que donde la personalidad literaria de su autor se manifiesta con mayor relieve y llega á más altura es en sus novelas polacas, y en particular en las de carácter histórico, como *Los caballeros de la cruz* y *Por el hierro y el fuego*. Pero ninguna de estas novelas ha alcanzado un triunfo como el de *¿Quo vadis?*, ni lograría acaso interesar, según la opinión de Wyzewa, á un público extranjero, en la medida que interesan y cautivan al público polaco, que ve en ellas como una resurrección de su accidentada historia. Les falta esa universalidad del asunto que á mi parecer ha entrado por mucho en la extraordinaria difusión de *¿Quo vadis?*

Las escenas y los personajes que en esta obra nos presenta el novelista son de un interés inagotable, eterno, en cuanto puede hablarse de eternidad dentro de los horizontes de una civilización. La Roma de los Césares, Nerón, los mártires cristianos, ejercen sobre el espíritu de todo hombre no ajeno á la cultura una poderosa sugestión. La tradición clásica y la tradición cristiana continúan siendo la base de la civilización moderna, á pesar de todos los cambios superficiales, de todas las revoluciones y de todas las negaciones con que en el curso de los tiempos han ido cubriéndose esos dos grandes y profundos *estratos*. Grecia y Roma en lo profano, el cristianismo en lo religioso y lo moral, siguen gobernando el pensamiento y la conducta de las generaciones actuales, al través de la innumerable serie de las generaciones muertas. Y esto ocurre en todo el mundo que se llama civilizado: en Europa, en América, donde quiera que llegan las ramificaciones de la civilización europea, basada en el humanismo y en el cristianismo. Quizás

uno de los más poderosos motivos de la uniformidad fundamental que se observa en el espíritu de todos los pueblos que participan de la civilización occidental (en oposición á la civilización ó á las civilizaciones orientales, desarrolladas en otro sentido, con otra tradición y otros ideales) consiste en ese vínculo común de la herencia clásica y la herencia cristiana.

De ahí el prestigio inagotable del asunto en que ha inspirado Sienkievicz su novela, prestigio que no es arbitrario, pues aunque no ocuparan el lugar que ocupan en la historia y en la educación de los pueblos modernos los recuerdos de la Roma imperial y de los primeros tiempos del cristianismo, tendrían de suyo un elevado valor intrínseco desde el punto de vista estético y ofrecerían á la poesía y á las Bellas Artes caudalosa fuente de inspiraciones.

La fantasía, al contemplar desde la prosa de los tiempos actuales aquel magnífico espectáculo del mundo antiguo, parece transportada al reino maravilloso del ensueño. Los principios de la obscura secta que había de dominar al mundo y poner á sus pontífices en el solio de los Césares, la orgía de la Roma imperial, el inmenso poder romano extendido sobre todas las tierras y todas las naciones conocidas, la misma magnitud de los crímenes y los vicios, son cosas que parecen sobrehumanas, superiores en sus proporciones á la talla actual de los hombres. Nerón mismo ¿qué es sino una encarnación monstruosa del *Uebermensch* de Nietzsche, ó el *único* de Stirner? ¡Extraña alma de histrión, no exenta de sentimiento artístico! Encarnada en un liberto hubiera hecho acaso un buen *mimo*, un regular poeta, un buen cochero de circo; en un individuo de la familia de los Césares, llamado á la púrpura, fue uno de los mayores monstruos que ha padecido la humanidad.

***

¿Quo vadis? es la mejor vindicación que podía hacerse de la novela histórica, desdeñada por muchos, considerada por

unos como un género falso é híbrido, y por otros como una venerable antigualla. Sería un contrasentido que en una época en que tanto favor alcanzan y tan general afición despiertan los estudios históricos, la novela histórica hubiese estado proscripta del campo de las letras ó postergada en él. No ha sido así. Aunque menos que los otros géneros novelescos, no ha dejado de cultivarse éste. Y aparte de la novela histórica propiamente dicha, muchas de las novelas realistas ¿qué son en cierto sentido ámplio de lo histórico sino novela histórica contemporánea? Recúerdense, por ejemplo, algunas obras de la serie de los *Rougon Macquart*, varias de las de Galdós, *La educación sentimental*, de Flaubert, etc.

Pero prescindiendo de esto, la novela propiamente histórica, que es de la que aquí se trata, es un género que, lejos de desmerecer al lado de aquellos con que tiene más próximo parentesco, posee circunstancias y recursos especiales para despertar el interés del público y producir elevadas manifestaciones estéticas. En un sentido amplio puede decirse que es la epopeya moderna, ó, al menos, la forma de poesía contemporánea (poesía en prosa, por supuesto) que más se acerca á lo épico. La historia es siempre *referencia*, nos da una visión siempre incompleta de las cosas, y las más de las veces no llega á darnos una visión, sino un relato. Sólo el arte, en sus genuinas manifestaciones, desligadas de fines útiles, tiene el poder de crear y de evocar. Y esto es lo que hace la novela histórica: evocar los muertos, con las mágicas fórmulas del arte. Gracias á ella, y en general á las representaciones artísticas de lo histórico (pero principalmente gracias á las representaciones literarias) vemos resucitados los tiempos y los pueblos que fueron, vivimos un momento en ellos, contemplamos de cerca los personajes y los sucesos de que nos da noticia la Historia, y los vemos no como sombras sino como séres reales, dotados de todos los atributos y accidentes que se observan en la vida, y que con frecuencia no pasan á la posteridad. La historia es siempre incompleta, por lo mismo que tiene que atenerse á fuen-

tes fidedignas y exactas; el historiador nos presenta sólo una parte de lo pasado, lo demás queda en la sombra, y aún en lo mismo que nos comunica hay á veces mucho de incierto, de dudoso, de enigmático, numerosas lagunas que sólo puede llenar la fantasía.

El mismo Nerón (ya que de él se trata en la novela de Sienkievicz), personaje tan universalmente conocido, ¿no tiene algo de enigma? Tenemos de su vida testimonios tan minuciosos como el de Tácito, pinturas tan enérgicas como la de Suetonio; la tradición ha amontonado luego sus datos; la erudición ha compilado las noticias sueltas que dejaron otros escritores, pero hasta nosotros no han llegado los escritos de los panegiristas de L. Domicio Enobarbo, y los aficionados á enmendar y rectificar la Historia pueden preguntarse, como lo hace Latour St. Ivars, por ejemplo, si no son recusables los testimonios históricos conocidos, procedentes todos de clientes y hechuras de los Flavios, interesados en hacer aborrecible la memoria del último César; si, como dice Flavio Josefo y el mismo Tácito confiesa al principio de sus Anales, el odio no fue uno de los más activos colaboradores de la historia de Nerón. El hecho es que el pueblo romano amó al monstruo y conservó por mucho tiempo su recuerdo y la esperanza de que volviese á aparecer. Como los aldeanos alemanes de la Edad Media esperaban la vuelta de Federico Barbarroja, y los portugueses del siglo XVI la de D. Sebastián, los romanos creyeron por mucho tiempo que Nerón no había muerto y que volvería á reclamar la púrpura. Durante veinte años después de su muerte aparecen tres falsos Nerones y hallan acogida en el Imperio ó entre los Partos.

Rara vez se rectifican con fundamento, al cabo de siglos, los veredictos de la historia, entre otras razones, porque faltan generalmente materiales para ello; pero las exageraciones pueden atenuarse. Figurémonos que de Felipe II no nos quedaran otros testimonios ni otro retrato que los emanados de los protestantes. Pues este es el caso de Nerón. Fue sin

duda un monstruo, pero sólo conocemos de él el retrato trazado por sus enemigos; la historia escrita por los clientes de los Flavios, por Tácito, Suetonio, los Plinios, ó por los historiadores cristianos que veían en el primer perseguidor la imagen del Anticristo. Todavía en el siglo XI se exorcisa el Pincio para ahuyentar la sombra de Nerón, y se levanta allí la iglesia de Santa María del Pueblo, con lo cual terminan los prodigios que las gentes superticiosas atribuían al espíritu del César.

*
* *

Sienkievicz se atiene rigurosamente á la historia en su novela. Principalmente Tácito es su guía; Nerón, Poppea, Tigelino, aparecen tales como nos lo muestra el gran historiador romano. Como ejemplo de la fidelidad con que sigue al historiador el novelista, pueden citarse los pasajes de los *Anales* concernientes á Petronio, que es uno de los personajes principales de la novela.

«Tenía por costumbre—dice Tácito (1)—dormir de día y salir de noche á sus negocios y gustos; y así como los otros ganan reputación con su industria, así la había alcanzado éste con su negligencia: y no le tenían por perdido como á muchos que consumen sus bienes, sino por persona que sabía gastar con artificio, y todos sus hechos y dichos, cuanto eran más sencillos y como de quien venía al descuido, tanto eran más agradables por su llaneza. Con todc eso, siendo Procónsul de Bitinia y luego Cónsul, mostró que era hombre de valor y suficiencia. Después, volviendo á darse á los vicios, ó imitándolos, fue admitido entre los privados de Nerón, para ser juez de sus deleites, porque en aquella grande abundancia de cosas, ninguna le daba gusto ni contento si no lo aprobaba Petronio, de donde nació la envidia de Tigelino, como contra su émulo y de mayor crédito en las cosas de gusto, y así acometió la crueldad del Príncipe, á la cual reconocían ventaja

(1) Traducción de Sueyro.

todas sus inclinaciones, imputando á Petronio la amistad de Scevino, y sobornó también á uno de sus esclavos para que le acusase, y le quitó los medios con que se había de defender, mandando prender á toda su familia. Acaso había ido en aquellos días César á Campania, y Petronio, habiendo llegado hasta Cumas, fue allí detenido y no sufrió más las dilaciones del temor y de la esperanza, y tampoco quiso morir aceleradamente, porque haciéndose cortar y atar las venas, para tornarlas á abrir cuando quisiese, estaba discurriendo con sus amigos, no de cosas graves con que pudiese ganar fama de hombre constante, ni de la inmortalidad del alma ó de las opiniones de los sabios, porque oía de mejor gana algunas canciones livianas y agradables. Dió dinero á algunos de sus esclavos y á otros mandó azotar. Salió á pasearse, recostóse á dormir, para que, siendo (como era) la muerte violenta, no lo pareciese, y en su codicilo no aduló (como hacían la mayor parte de los condenados) á Nerón, ó Tigelino, ó alguno de los privados, pero con nombre de mozos deshonestos ó de mujeres, escribió en él todas las maldades del Príncipe, refiriendo particularmente sus estupros extraños, y después de sellado le envió á Nerón y rompió el anillo porque no se sirviesen de él para hacer mal á otros.» (*Anales* XVI, 18 y 19.)

Hasta muchos de los personajes secundarios son realmente históricos y no de invención del novelista. Lo es, por ejemplo, Pomponia Grecina, citada también por Tácito; «Pomponia Grecina, mujer ilustre, casada con Plautio, el que volvió de la Bretaña con el Triunfo de Ovación, siendo *acusada de cierta superstición extraña*, fue remitida al juicio de su marido, el cual, según las órdenes de los antiguos, en presencia de sus deudos vió esta causa, de que dependían la vida y la honra de su mujer, á quien dió por inocente. Esta Pomponia vivió largo tiempo y en continua tristeza, porque después que mataron á Julia, hija de Druso, por la maldad de Mesalina, por espacio de cuarenta años se vistió siempre de luto, sin mostrar jamás contento, y habiéndosele permitido mientras imperó

Claudio, alcanzó después por esto gran gloria.» (Anales XIII, 32).

Claro es que *¿Quo vadis?* no es una mera glosa de los historiadores clásicos, ni un mosaico formado con textos de escritores latinos. La fantasía tiene allí la gran participación que en toda obra poética le corresponde, cualesquiera que sean sus materiales objetivos. Pero lo histórico en la novela de Sienkivicz no es mero aderezo, no es simplemente el marco de una ficción novelesca en la cual fuesen completamente accidentales las circunstancias de tiempo y de lugar.

Lo histórico, en realidad, es lo principal. En *¿Quo vadis?* está perfectamente entendido lo que debe ser la novela histórica. Desde el punto de vista de la composición y de la factura literaria, es un modelo de obras de este género. Como en la novela histórica, para que merezca realmente este nombre, debe predominar lo épico, lo colectivo, sobre lo individual, que por el contrario llega á sobreponerse en absoluto en la novela psicológica, haciéndola próxima pariente de la lírica, la pintura de la corte de Nerón y de la vida de las comunidades cristianas es lo principal en la obra. Descuellan, sobre todo, en ella, las descripciones, los cuadros de conjunto, las escenas del anfiteatro, el viaje de Nerón á Ancio, el incendio de Roma, los suplicios de los cristianos, las orgías del César y su corte.

Tampoco falta el elemento dramático. Los amores de Ligia y Vinicio, amenazados por las pasiones de Popea y las intrigas de Tigelino inspiran páginas de verdadera intensidad trágica. El poder sin límites del César se alza ante ellos como una encarnación del Fatum, del Destino implacable, contra el cual no es posible luchar. Y al cabo, cuando se realiza el prodigio de la salvación de Ligia, expuesta ya en el anfiteatro, parece aquella escena el símbolo del triunfo de la fe cristiana, sobre el Destino antiguo.

Si en los personajes verdaderamente históricos es de notar la fidelidad con que están interpretados en la novela y lo conforme que es con lo que de ellos nos refiere la Historia, la

representación que de los mismos nos da el novelista, entre los que son por completo obra de la fantasía, hay algunos que son verdaderas creaciones artísticas, como el sofista Chilón y el cristiano Críspulo. La escena en que éste, clavado en la cruz, increpa á Nerón, es de las más dramáticas de la novela.

El título *¿Quo vadis?* no es muy propio. La escena á que en él se alude, tomada de las tradiciones cristianas, es en la novela un mero episodio aislado. La obra, por otra parte, trata más de Nerón y de la sociedad pagana que de los cristianos.

*
* *

En cuanto á las tres traducciones castellanas publicadas hasta ahora es mejor no hablar. En una de ellas aparece la la obra mutilada de modo tan escandaloso, que quizás resulte reducida en una tercera parte de su texto; párrafos enteros han desaparecido y el lector de esta versión no se formará más que una remota idea del libro de Sienkievicz; leerá sólo una especie de extracto. El lenguaje es en todas incorrectísimo, y á cada paso se topa con construcciones viciosas y galicismos de los que no tienen excusa alguna. Los que han ejecutado estas traducciones, más que traductores han sido verdaderos *traditores* y aun verdugos. El hecho no es nuevo, desgraciadamente, pues esta clase de trabajos está en gran decadencia y las traducciones que se publican, con contadas excepciones honrosas, van siendo cada día peores. Se ha convertido en industria, mal pagada, lo que debía ser un ejercicio literario, y los frutos son los que corresponden á esta degeneración.

Es lástima que no haya alguna traducción española esmerada y correcta de obra tan notable. Más que tantas traducciones malas, habría valido una sola que fuese al menos gramatical. Como todavía hay anunciadas versiones nuevas, esperemos que al cabo podrá leerse *¿Quo vadis?* en castellano.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Bellas Artes: La pintura y la escultura francesas en el siglo XIX.=Filosofía sociológica: El tolstoismo y el anarquismo.=Biografía: Una mujer de historia.—Lady Gladstone.=Psico-física: La doctrina de la sugestibilidad y sus consecuencias.=Medicina: La cuestión de la tuberculosis.=Impresiones y notas: La reforma de la ortografía francesa.—Ejercicios, juegos y sports.—Cinismo inglés.—Bismarck pintado por Olivier.—Las guardillas Feret.—La máquina telegráfica de escribir.—Los empleos en tiempo de Mazarino. Pecados de la escuela y del fisco.

BELLAS ARTES

La pintura y la escultura francesas en el siglo XIX.—Este estudio—dice en la *Revue Bleue* Camilo Mauclair—no tiene más pretensión que la de definir con claridad las evoluciones del ideal moderno en sus cuatro grandes movimientos: el *clasicismo,* descendiendo hasta el mero simbolismo; el *romanticismo,* degenerando hasta el estarcido de Academia; el *realismo,* gradualmente ceñido al arte de la intimidad y luego á la escena de género y á la ilustración, y el *impresionismo,* en fin, convertido en arte decorativo y musical.

David, en el dintel del siglo, impone á la vez espléndidamente su pomposo clasicismo de *La Coronación* y su realismo de *La muerte de Marat*, llenando de admiración sin conmover. Ingres, naturaleza vigorosa, se ciñe, como David, á la estética creada por su espíritu, inferior á su temperamento, siendo á

la vez el amoroso pintor de las bañistas desnudas, y el penetrante retratista de Bertin, y el antipático autor de la *Apoteosis de Homero*. En torno suyo se agitan Gérard y Girodet, siguiendo Flandrin bastardeado. Ary Schefler, asombrosamente pobre de medios, seduce, sin embargo, por cierto sentimiento de ascetismo, como Couture con sus hermosos retratos y nobles figuras académicas es el último sostén de sus ideas retrógadas, antes de que Cabanel, y luego Gerome, Bouguereau, Lefevre y el mismo Bonnat consagren la definitiva decadencia de aquella viciosa corrupción, anudando las dos tendencias, clásica y realista, en una especie de idealismo ecléctico.

El romanticismo estalla como una charanga, y, sin embargo, su primer genio pictórico es un genio sombrío y misterioso. Delacroix, colorista exaltado bajo la supremacía apasionada de un gran sueño pesimista y trágico, emparentado con los grandes maestros del siglo XVI, permanece exento del abuso orgiástico de la hermosa carne, recogiendo tan sólo en el incendio del goce sensual del Veronés y de Rubens, algunos tizones humeantes para iluminar con ellos los rostros de sus meditabundas figuras, de finas y elegantes siluetas, siendo el hombre que á principios del siglo presagia su fin. Junto á él se imponen Gros y Géricault, decorador notable el uno, con la ciencia de los vastos conjuntos, y pintor de trozos el otro, con el sentido de las siluetas dramáticas. Tras ellos brota la admirable escuela de los paisajistas románticos Teodoro Rousseau, Daubigny, Troyon, Díaz, herederos de Ruysdael y de Carlos Lorrain, con el nuevo sentimiento de la vibración del color royendo las siluetas sin limitarlas; este grupo de hombres, intermediario entre el romanticismo y el realismo, canta la Naturaleza por sí misma con un sentimiento lírico que interpreta el paisaje, no como la decoración que sirve para dar relieve á los personajes, sino como el asunto mismo del esfuerzo del artista. De estos maestros brotará la primera escuela de paisajistas de Europa, elevada con Corot á la altura del espiri-

tualismo lamartínico, vigorosamente materialista en Barbizon y exaltada con el impresionismo hasta el genio sinfónico en Claudio Monet.

A todas estas raíces de la florescencia del siglo hay que añadir otras varias aisladas, pero no menos admirables. Proudhon, suave y misterioso; Corot, en ciertas partes de su obra; Puvis de Chavannes, desde cierto particular punto de vista; Gustavo Ricard y Eugenio Carrière. Y he aquí la estirpe de los realistas románticos, inaugurada por el orientalista Decamps, á quien siguen Marilhat y el delicado Fromentin, el magistral colorista Daumier y, por último, Courbet y Manet en su primer período.

Así se prepara á principios del siglo el desarrollo de los grandes movimientos de la pintura, con desigual vitalidad de estas diversas tendencias: el clasicismo, cuyo precursor ha sido David siendo Ingres el San Pablo, morirá sin belleza en los talleres Julián, después de haber languidecido tras Couture; el romanticismo realista, glorioso, se detendrá en Manet, que le orientará en la dirección de la observación sensitiva de la vida moderna; el romanticismo de Delacroix, un tanto aclasicado y dirigido hacia el arcaísmo, la leyenda y el misticismo, brillará de pronto con Teodoro Chasseriau, y sobre todo en el genio singular de Gustavo Moreau, pero se desviará hasta los errores simbolistas y la indigencia técnica de nuestros recientes Rose-Croix. Los espiritualistas, aislados, indefinibles, paralelos á estas tendencias diversas, producirán un retratista maravilloso en Gustavo Ricard, un genio suave en Corot y un genio decorativo inclasificable, tan literario como pictórico, en Puvis de Chavannes; y estos maestros que llegan á su apogeo cuando la música sinfónica se vulgariza creando una revolución nerviosa, llevan suavemente el arte de la visión coloreada á una musicalidad, donde por caminos diferentes llegarán los grandes cultivadores del impresionismo, Monticelli, Besnard, Renourd y Monet.

Todos se conciliarán así en la visión del porvenir armónico

de su arte, mientras el *modernismo*, nacido del antiguo pintoresco, del japonismo y de la iconografía documental, absorbe ciertos artistas excepcionales, Rops, Degas, Chéret y nuestros actuales dibujantes.

Paralelamente la escultura, amable y muda desde Houdon, se transfigura de un golpe tras el gusto pretencioso del imperio, en el que sólo brilla el último reflejo del alma exquisita de Clodion y de Dupré. Rude parece ser la única expresión artística del genio napoleónico, tan refractario á todo arte, y es la expresión espléndida de la estatuaria vibrante y lírica que impone al rayar el siglo el principio de la deformación metódica de los modelos en razón de la intensidad de la luz ambiente, principio que, setenta años después, recogerá Rodin en la plena madurez de su inspiración.

El florecimiento de los románticos se prolonga hasta después del medio siglo: Delacroix, en plena posesión de su genio, ve á Teodoro Chasseriau inspirarse en su orientalismo y crear los frescos del Tribunal de Cuentas, y á Gustavo Moreau empezar á exponer las primeras obras de su prodigiosa serie; hay que llegar en nuestros tiempos á un pintor erudito, apasionado, vibrante, alma dotada de la belleza trágica, Rochegrosse, para ver la tradición de Delacroix, Chasseriau y Moreau, lanzar su último resplandor antes de morir.

Corot aparece, sin embargo, como fenómeno de la escuela del paisaje romántico, que interpreta y alegoriza la naturaleza por el sacrificio de la verdad material en aras del sentimiento que inspira, logrando efectos que seguirá obteniendo Lépine, y tras él Augusto Pointelin y Simón Bussy. Otro aislado que también ha de ejercer seria influencia es Millet; no es el hombre del dibujo é ignora la alegría del pintar; pero realiza con silenciosa violencia obras en que palpita sombrío y severo panteismo, siendo el revelador de las siluetas trágicas de los doloridos cavadores; cuando quiere ser poético, como lo será más tarde Julio Bretón, comete errores de vulgaridad, como el demasiado alabado *Angelus;* toda la escuela de Bas-

tien-Lepage creerá descender de él cuando no ha hecho más que llevar su ideal á la decadencia.

Gustavo Courbet modifica simultáneamente la dirección del arte romántico con todas las cualidades de un jefe de partido; simplista, violento y robusto, que impone sus páginas de áspera realidad con sus antros y sus rocas, sus fuentes y ramajes. Seguido por Vollon, por Teodulo Ribot y por Bonvin, Courbet es el prefacio de Manet, que le domina como un inspirado á un aficionado, siendo el continuador de Ribera y de Goya, y pintando *El torero muerto*, *El guitarrero*, *Lola la valenciana* y *El bebedor de ajenjo*. Maret, como dice sutilmente Degas, «pintaba misterioso en lo claro». Las investigaciones armónicas de su amigo Claudio Monet, revelado como el promotor del paisaje fundado en la vibratilidad de la luz ambiente, le dan la idea de aplicar al rostro la observación rigurosa de las fragmentaciones del espectro solar al aire libre, y cuando Monet con sus *Impresiones* crea el impresionismo en el salón de los desechados de 1867, ya Manet había limpiado la paleta de todos los adobos para no dejar vibrar en ella más que las suficientes combinaciones de los siete colores del prisma, transformando el realismo romántico en la intensa visión de la vida moderna, pintando la *Barricada* y la *Ejecución de Maximiliano* y siendo el creador del modernismo.

Entre sus amigos, unos le siguen, y otros se enfrascan con Claudio Monet en el estudio de las luminosidades. El más importante de los primeros es Degas, que realiza en su serie de *Bailarinas* y *Mujeres en el tocador*, maravillas de observación de las actitudes modernas y de interpretación del desnudo; de Degas proceden Forain y Hellen; Renoir es á la vez un modernista y un armonista del color por sí mismo, un Boucher de espléndido colorido; la llorada Berta Morisot deja una serie de acuarelas de encantadora vivacidad en un modo intermedio entre el de Monet y el de Renoir. En cuanto á Claudio Monet, crea una técnica renovada de Lorrain y Watteau y se

relaciona también con Turner por el carácter violento y exuberante de su visión deslumbradora, por su afición á los efectos de claro sobre claro; entre él y sus maestros hay que colocar á Monticelli, genio romántico y exaltado hasta la demasía, pero genio maravilloso de colorista; en torno de Manet interpretan la naturaleza con visión armónica, casi musical de la coloración, Sisley, Pissarro, Lebourg y Raffaelli.

Alfonso Legros y Fantin Latour, son dos disidentes del programa primitivo; pero el impresionismo invade victoriosamente los salones y Alberto Besnard aplica originalmente sus innovaciones á un conjunto de nobles ideas decorativas, á una fecunda serie de retratos y pasteles, á los que ha añadido el estudio especialísimo de los reflejos y contrastes entre los tonos fríos y los cálidos, siendo con Wisthler el pintor más seguido de la nueva generación.

Cazin, armonista melancólico, y Eugenio Carrière, claro-obscurista de admirables *maternidades*, son inclasificables, como no se les llame espiritualistas; junto á ellos se puede colocar á Renato Menard, los Duhem, Sidaner y Martín. Aman Jean y Antonio de la Gándara se dejan influir por Wisthler, y Blanche se inspira en Gainsborough. En el grupo de los novo-realistas figuran Luciano Simón, Andrés Dauchez, Prinet, y sobre todo, Carlos Cottet, y los discípulos de Moreau presentan en Eugenio Martel, Besson, Braut y Milcendeau, serios artistas de porvenir. Es la crema de la futura escuela francesa, á la vez modernista y soñadora, á la que el espíritu oficial y clásico nada puede oponer, como no sea Carolus Duran, Henner, Dagnan-Bouveret, Benjamin Constant y Laurens.

Entre los dibujantes inspirados desde 1860 por el arte japonés, merecen citarse Constantino Guys, Feliciano Rops, creador de un desnudo inolvidable de la mujer contemporánea; Gavarni, iniciador de las ilustraciones; Bracquemont, maestro del agua fuerte, Redon, maestro litógrafo; Gustavo Doré, colorista romántico de pintoresca intensidad en el blanco y ne-

gro, y nuestros modernos Villette, Lautrec y Forain. El admirable Julio Cheret, pastelista audaz, litógrafo experto, cartelista que ha elevado el despreciado anuncio á las alturas del arte grande, no tiene puesto fijo en ninguna clasificación con su talento desbordante.

Y para concluir, he aquí á Puvis de Chavannes, inclasificable también, y á la vez que clásico sin ser ingresco, realista por su sentido del gesto natural y del desnudo, sin estética preconcebida, virgiliano por su gusto por el paisaje verdaderamente rústico, alegorista sin hieratismo, simbolista sin dejar de ser concreto, é impresionista por sus armonizaciones. En resumen: Delacroix, Manet y Puvis de Chavannes, tres genios sintéticos de tres grandes fases; Rousseau, Corot y Claudio Monet, tres grandes paisajistas; Ingres, Renoir y Degas, tres pintores de la mujer; Gustavo Moreau, un poeta excepcional. Estos diez hombres, y otros muchos grandes talentos, Decamps, Courbet, Millet, Besnard, Ricard; tal es el balance pictórico del siglo XIX.

Por lo que hace á la escultura, son raros los genios que desde Rude surgen. Antonio Barge se impone como animalista; Pradier por su gracia y elegancia, y Clesinger por su virilidad; pero el verdadero maestro es Carpeaux, que eleva el arte de David de Angers á la altura de la pura intelectualidad con su *Danza* del frontón de la Opera, su *Flora* del pabellón de las Tullerías, su *Pescador napolitano,* su fuente del Observatorio y tantas otras obras. Entre los escultores de la tercera república, Falguière, delicadamente expresivo; Dalou, potente y profundo; Mercier é Injalbert, declamatorios; Dubois, noble y fino, y Fremiet, enérgico, se destaca Augusto Rodin como el tercer genio escultural del siglo, completando á Rude y á Carpeaux, con obras admirables, en las que se percibe un poder inaudito de expresión del movimiento y de una serie de sensaciones que parecían reservadas á la literatura. Tras él camina Pedro Roche, inventor ceramista y grabador al par que estatuario; Alejandro Charpentier, innovador del arte

aplicado al mobiliario; Bartolomé, el conmovedor autor del *Monumento á los muertos;* la señorita Claudel, enérgica y original, y Emilio Boardelle. Todos se entusiasman por el gran genio que trabaja hace veinte años en las *Puertas del Infierno,* amontonando figuras extraordinarias y realizando la melodía continua del alma en la Naturaleza.

FILOSOFIA SOCIOLÓGICA

El tolstoísmo y el anarquismo.—El grupo de «Estudiantes socialistas revolucionarios-internacionalistas» de París ha presentado al «Congreso obrero revolucionario internacional» un informe sobre el tolstoismo en sus relaciones con el anarquismo, que reproduce *L'Humanité Nouvelle,* y que merece ser conocido.

En Francia Tolstoi pasa casi como un pensador anarquista, ó cuando menos de ideas extremadamente avanzadas; en Inglaterra se forman colonias donde los «anarquistas cristianos» tratan de ajustar su vida á los principios del tolstoísmo, sucediendo otro tanto en Holanda, donde este movimiento reviste carácter religioso y recluta numerosos adeptos; en Rusia, por el momento, en que Tolstoi ha dado á luz su programa, ha conquistado gran parte de la juventud, que en otro caso se hubiera consagrado al socialismo y á la revolución en lugar de entregarse al perfeccionamiento individual.

Tolstoi goza de gran estimación entre los partidos extremos, principalmente por su crítica de la sociedad actual, de la Iglesia, del Estado, del militarismo, de las clases dominantes y de su parasitismo. Pero, aparte de esto, ¿tiene Tolstoi un ideal social? ¿Cuál es? ¿Coincide con el revolucionario?

El problema de la vida, al que con tanta angustia ha buscado Tolstoi una solución, es el origen y la razón de ser de todo su sistema. Para todo hombre vivir es buscar la dicha; pero la dicha de cada uno está ligada con la dicha de todos los

demás y amenazada constantemente por los dolores y la muerte. ¿Qué dicha encontrar en una existencia que no es más que una muerte lenta? Tolstoi buscó en todas las ciencias la solución y no la encontró: «la ciencia y la filosofía—dice—se ocupan de todo lo que se quiera, menos de lo que el hombre tiene que hacer para ser mejor y vivir mejor». Abandonando entonces la ciencia, buscó la solución del problema en la vida misma, y encontró «cuatro salidas á esta horrible situación en que todos nos hallamos:» la de la ignorancia, que consiste en no saber que la vida es un mal; la epicurea, que se aprovecha de los goces que se nos presentan; la de la fuerza y la energía, que es el suicidio, y la de la debilidad, que consiste en arrastrar su vida, aun comprendiendo lo mala y contradictoria que es. En este punto de la evolución de su pensamiento, Tolstoi vió que miles de seres volvían sus ojos á la fe y encontraban en ella una solución. Tolstoi se dirigió á la fe; pero como ésta le pedía el sacrificio de la razón, Tolstoi no podía consentirlo, y estudiando las religiones en busca de una creencia razonable, tuvo que abandonar con dolor aquel camino, porque los creyentes se conducían peor que los incrédulos. Dejando el trato de los sacerdotes y los teólogos, se acercó á los creyentes del pueblo, peregrinos y aldeanos, y entonces descubre la solución del problema en el amor, en la caridad, y todo se aclara y se ilumina con esta luz. Tolstoi se crea así una religión: «la doctrina de Cristo restablecida en toda su pureza,» en la que la idea de Dios se confunde con la de la vida misma, y que es la religión de la caridad.

De los cinco mandamientos en que se encierra, los más importantes son el primero (no desprecies á nadie ni te irrites contra nadie; vive en paz con todos sin considerar jamás la cólera como legítima); y el cuarto (si te pegan, aguántate; si te hacen trabajar, trabaja). La médula del sistema está en la frase «no resistas al malo»; no es posible amar á su prójimo y hacerle daño; la violencia es mala en principio por ser contraria al amor. «El fin de la vida—dice—es la salvación del hom-

bre; para lograrla hay que vivir en Dios, y para vivir en Dios hay que renunciar á todos los goces de la vida, trabajar, humillarse, sufrir y ser caritativo.» Jesús y sus discípulos practicaron esta moral, entre cuyas reglas principales figura la ley del trabajo: hay que trabajar y prohibirse explotar el trabajo ajeno.

Nosotros—dicen los estudiantes revolucionarios—creemos con Tolstoi que el individuo sin amor es un ser mutilado; que el egoísta existe en un grado de existencia muy inferior al altruísta, y que su vida no es vida; creemos que el individuo debe sacrificar, si es cuerdo, tal ó cual dicha particular á lo que es la fuente de la mayor de sus dichas; pero también creemos que el amor no tiene razón de ser si no se hace ningún caso de la dicha individual. Si yo estimo que la felicidad del individuo no es nada, ¿por qué he de querer por amor asegurar la felicidad de los demás? ¿Por qué he de hacer un trabajo manual en provecho de mis semejantes si no saco yo mismo provecho del bienestar que así les proporciono? ¿Por qué la simpatía me ha de impedir abofetear á mi vecino si el mal físico no me parece un daño y la muerte me es indiferente?

El más grave de todos los errores de Tolstoi es la doctrina de la no resistencia al mal por la violencia. «No se engendra el bien—dice—por el mal, sino por el bien.» El mal, en efecto, no produce el bien, ni el castigo repara el crimen. Pero hay violencias que no se pueden condenar, porque tienen por objeto evitar otras violencias que no podrían evitarse de otro modo; á veces no se puede realizar el bien, y hay que elegir entre dos males: hacer ó sufrir una violencia. ¿Por qué ha de ser mejor sufrirla que ejecutarla? Si la existencia de una persona querida está amenazada, y para salvarla hay que sacrificar la persona que la amenaza, no hay nada que pueda impedir la elección del menor de estos daños. Si unos hombres persiguen á otros para matarlos y no hay tiempo de convertirlos á la religión del amor, no puede negarse el derecho de elegir entre la vida de los perseguidores y la de los perseguidos. Claro

es que al obrar así no se realiza una obra profundamente moralizadora, pero de dos hechos que debían producirse, se favorece el menos inmoral. Tolstoi objetaría, sin duda, que la violencia empleada para defenderse es de efecto desmoralizador; lo tendría si, como el juez ó el patriota, se la proclamara buena y necesaria, pero no eligiéndola por ser el menor de dos males necesarios.

Es, por otra parte, muy difícil trazar un límite entre la acción pacífica, la resistencia pasiva y la acción violenta. Un propagandista que combate tal tendencia ó tal institución que le parece nociva, no puede nunca responder de que no haya entre los secuaces que le escuchan algunos que no quieran limitarse á la propaganda pacífica. ¿Deberá abstenerse de propagar sus ideas so pretexto de que pueden impulsar á alguien á realizar actos de violencia? Para ser completamente consecuente había que abstenerse de toda crítica sufriendo todos los males; pero ¿no se cometería entonces la mayor inmoralidad, dejando que el mal se desarrolle impunemente? ¿No sería esa moral causa eficacísima de la más profunda desmoralización?

¿Cómo se explica que Tolstoi prefiera sufrir la violencia á revolverse contra ella? Porque el acto de amor y de paz le parece bueno por sí mismo, y no quiere ocuparse de la dicha individual; porque el sufrimiento le parece bueno cuando es aceptado en nombre del universal amor, aunque no aproveche á nadie. De aquí el absurdo de que el amor pueda producir la desgracia del individuo. (1)

Como Tolstoi, los anarquistas quieren fundar su sociedad en el amor mutuo de los hombres, pero no basan su ideal en

(1) ¿Y qué importa esa desgracia del individuo—respondería seguramente Tolstoi,--si con ella se moraliza la sociedad? El sacrificio del individuo es en sí mismo hermoso y bueno; como tal es también ejemplar, y por consiguiente útil á la colectividad. ¿Por qué no aceptarlo y recomendarlo?

la muerte del individuo, sino que quieren asegurar al individuo la mayor dicha posible, pues sin esto la sociedad no tendrá razón de ser. La busca de la dicha individual es un lazo que une á los hombres y si estos se asocian no es para huir de esa dicha, sino para asegurarla y aumentarla; el trabajo común crea el bienestar común, y este bienestar es un lazo entre los hombres.

Tolstoi da con razón gran importancia al trabajo manual; pero el Evangelio dice: «¡Bienaventurados los simples de espíritu!», y Tolstoi es hostil al trabajo intelectual. Es injusto y malo que unos hombres se dediquen exclusivamente al trabajo intelectual y otros al manual, pero Tolstoi exagera cuando niega todo valor al trabajo del espíritu; es verdad que admite el trabajo intelectual siempre que vaya precedido por la religión del amor; pero cree que para comprender y poseer esa religión hay que ponerse en el estado del niño y del simple de espíritu. Tolstoi quiere llegar al amor por la disminución del individuo y no ve la contradición en que incurre: rechaza la vida animal y los placeres del cuerpo en nombre de la vida intelectual, y luego reniega de la inteligencia.

Bien se ve—dicen los revolucionarios,—que Tolstoi está bastante lejos de nosotros: no busca la sociedad más feliz posible, sino la que mejor se acomoda á los preceptos de Cristo. Nosotros creemos que la división del trabajo es útil y que el maquinismo tiene un gran porvenir social: Tolstoi es enemigo de todo eso, queriendo volvernos á todos á la vida de los campos y á las sociedades de pastores, y esa sociedad amorfa es hoy irrealizable. Tolstoi quiere formar una sociedad sin autoridad ni ley, pero quiere lograrlo por la disminución del individuo, haciendo á todos resignados, simples, humildes y sufridos, en lugar de afirmar al individuo haciendo á todos fuertes, inteligentes y felices. Tolstoi puede acercarse á Schopenhauer: para éste la voluntad, hecha consciente, se suicida por amor. Nosotros nos acercaríamos más á Guyau, que dice que la vida hecha consciente, se intensifica por el amor.

Tolstoi será muy útil contra los reaccionarios que fundan sus convicciones en la mal llamada moral cristiana, pudiendo hacer reflexionar á los creyentes sobre la legitimidad de nuestras instituciones, servicio militar, justicia, Estado ó Iglesia; será muy útil también contra los que, desembarazados de los principios religiosos, defienden el actual estado de cosas en nombre de la lucha por la existencia y de la razón del más fuerte, mostrándoles que el egoista no existe realmente, porque su vida, en oposición con la de todo el Universo, no tiene ninguna significación. En suma—concluyen los estudiantes,—la propaganda de Tolstoi es de utilidad teórica indispensable, pero presenta también grandes peligros porque, careciendo de ideal social, puede apartar los espíritus del movimiento social y de todo lo que constituye el socialismo.

BIOGRAFIA

Una mujer de historia.—La sobrina del gran Pitt, lady Ester Stanhope—dice Pariset,—ocupa entre las mujeres extraordinarias de este siglo preeminente puesto, habiendo constituído por sí sola durante cuarenta años un poder político con el que reyes, sultanes y emires tuvieron que contar más de una vez.

Ester Lucía Stanhope nació en Londres el 12 de Marzo de 1776, del matrimonio de Ester Pitt, hija de lord Chatam, con el conde Carlos Stanhope. Este era un escéntrico, inventor de varias máquinas y liberal avanzado, hasta el punto de que bajo el influjo de las ideas de la revolución francesa hizo borrar los escudos de sus carruajes, y vendió por demasiado aristocráticas las tapicerías y la vajilla de plata que el Rey de España había regalado á su abuelo: sólo la plata pesaba más de 300 kilos. Sus costumbres eran muy raras: «En el rigor del invierno—dice su hija,—se acostaba con la ventana abierta y bajo doce mantas; daba risa verle; al salir de la cama, se cu-

bría con una ligera bata, metía sus piés desnudos en unas babuchas y se iba á un rincon donde no había alfombra á tomar su té con un pedazo de pan moreno.»

La madre de Ester era lo que se llama «una gran señora», amiga del boato, cuyos criados llevaban siempre traje á la francesa, pareciendo los ayos y niñeras embajadores; las lavanderas establecidas en las dependencias lavaban al mes cuatro mil piezas de ropa blanca por lo menos; el servicio de mesa exigía un buey cada ocho días y un carnero cada mañana, viéndose aparecer los días de fiesta *plumpuddings* que dos hombres llevaban con trabajo. La más escrupulosa etiqueta regía el ceremonial, y estaba prohibido á las camareras rizarse el pelo, llevar vestidos claros y tacones que pasasen de cierta altura. Siempre que alguna pobre daba á luz en los alrededores la enviaba dos guineas de oro, una canastilla, una manta, medicamentos, dos botellas de vino y todo lo que su hijo pudiera necesitar.

Ester perdió á su madre á los cuatro años, y su padre contrajo segundas nupcias con Luisa Grenville, criatura sin corazón ni talento, que sólo pensaba en modas y teatros. La educación de los hijos del lord no podía menos de resentirse de esta falta de dirección, y cada uno hacía lo que se le antojaba bajo la dirección de los criados. «Nuestra institutriz—dice Ester,—nos encerraba el cuerpo entre tablas que oprimía con todas sus fuerzas para darnos talle de avispas, pero era imposible.» Ester se sublevó contra semejante sistema y se negó toda su vida á usar corsé.

La independencia de su carácter se descubría en todos sus actos desde niña. Tenía siete ú ocho años cuando el Embajador de Francia hizo una visita á su padre. Tan impresionada quedó Ester de las maneras del Embajador y de sus gentes y de la elegancia y riqueza de sus trajes, que resolvió ir á ver un país que tales maravillas producía. Pocos días después la enviaron con sus hermanas á Hastings, y en seguida aprovechó la ocasión para saltar á un bote, coger los remos y dirigirse á

alta mar, costando no poco trabajo reducirla y convencerla.

Algunos años después, su padre, en uno de sus accesos democráticos, decidió vender todos sus carruajes: nadie se atrevía á oponerse, pero su mujer estaba tan desesperada que Ester intervino: se compró unos zancos, y habiendo aprendido á manejarlos, se puso á andar con ellos en una calle muy sucia por donde su padre tenía que pasar.—¿Qué significa esto? —preguntó lord Stanhope al verla.—Papá, he querido tener zancos para andar por el lodo, ya que vos queréis vender vuestros carruajes; á mí me importa poco el lodo, papá, como habrás visto; pero esa pobre lady Stanhope ha tenido siempre costumbre de ir en coche, está delicada y no lo va á pasar bien.—¿Qué estás diciendo ahí, muchacha?—dijo el padre un tanto preocupado; después, tras una pausa, añadió:—¿Qué dirías, pequeña, si dejara un coche á lady Stanhope?—Diría, papá, que sois muy bueno.—Pues bien, ya veremos; pero ¡pardiez, nada de blasones!—Y así se hizo.

Ester no tuvo nunca gran ilustración; pero su prodigiosa memoria y su gran talento suplían los defectos de su instrucción y colmaban las lagunas de sus desordenadas y numerosas lecturas; á lo que siempre tuvo aversión fue á las Bellas Artes y á la poesía: lord Byron, que la visitó en Atenas en 1810, no era á sus ojos más que un hombre ordinario, y cuando Lamartine la visitó en Oriente, Ester pareció ignorar que hablaba con un poeta.

Ester no fue nunca bella, pero no dejaba de ser agradable; no habiendo podido casarse con su primo lord Cammelford por disputas de familia, permaneció soltera toda su vida. El objeto de su admiración era su tío Pitt, el primer Ministro. Por estar á su lado abandonó su casa, y desde 1803 le sirvió de secretario, con lo cual no sólo daba rienda suelta á sus gustos, sino que protegía á su padre, cuyo ardor revolucionario podía acarrearle serios contratiempos. Para que sus hermanos no estuvieran bajo el influjo de sus predicaciones, los

hizo robar durante una noche, y desde entonces se encargó ella misma de su educación.

La influencia de Ester fue omnipotente: encargada de la correspondencia y á veces hasta de la redacción de los proyectos y notas diplomáticas, supo cambiar frecuentemente las determinaciones de Pitt, sosteniéndole enérgicamente con sus consejos en su lucha con los wighs y los jacobinos; el Rey Jorge la declaraba «el mejor de sus hombres de Estado», y su tío la definía así: «extraña criatura á quien sienta bien la soledad, con tal de que sea profunda; el mundo, con tal de que sea un torbellino; la política, á condición de que esté embrollada.»

Fuerte con su crédito, dió libre curso á su misantropía y su desdén, criticando á todos, y creándose multitud de enemigos; para ella Wellington era un «hombre de placer que bailaba como un palurdo y bebía como un templario», habiendo ganado la batalla de Waterloo por casualidad; al Príncipe de Gales le tenía particular aversión, y á Addington y otros muchos les echaba en cara su obscuro nacimiento. La muerte imprevista de su tío Pitt, ocasionada por la noticia de la batalla de Austerlitz, fue para Ester un rayo: retiróse primero á Montagne Square, y tres años más tarde á Builth, en el país de Gales, donde pasaba el tiempo cuidando enfermos y gallinas. El Rey, escuchando los últimos deseos de Pitt, hizo que el Parlamento le votara una pensión de 1.200 libras, á las que en 1825 agregó otras 1.500 por la muerte de su hermano Jaime. Con estos recursos (67.500 francos de renta), más los suyos propios, vivió el resto de su vida, lo que no le impidió morir en la miseria.

Llevaba en Builth una existencia bastante tranquila cuando la muerte de su hermano Carlos y del general Moore, en el sitio de la Coruña, acabó de agriar su carácter, haciéndola salir en 1810 de Inglaterra para no volver jamás. Al principio se estableció en Constantinopla; pero queriendo alejarse más de la civilización, se embarcó al año siguiente para Siria,

naufragando en el golfo Main, y salvándose con gran trabajo; no hallando en tierra para vestirse más que trajes de hombre á la turca, tuvo que tomar uno; pero de tal modo quedó encantada al verse con él, que resolvió no volver á usar otros trajes de mujer.

Conociendo que en los pueblos de Oriente hay que seducir con el fausto para adquirir prestigio, procuró herir la imaginación de las gentes con su ostentación, y lo mismo en Egipto que en Jaffa, Jerusalen y las poblaciones de la Siria, deslumbraba con sus riquezas y era recibida como una divinidad. En 1813 realizó la célebre expedición á las ruinas de Palmira y enmedio de un cortejo verdaderamente regio, se hizo coronar *reina de Tadmur*, título que los árabes y los drusos le conservaron hasta su muerte; las fiestas de la coronación duraron tres días, las ruinas fueron iluminadas tres noches espléndidamente, y el gasto no bajó de 30.000 duros.

Entonces se estableció en el convento abandonado de Mar-Elías, cerca de Latakié, y allí acabó de masculinizarse, fumando el narghilé y llevando una maza de armas que sabía manejar perfectamente teniendo á raya á todos, como ya en Inglaterra había sabido apalear á cinco soldados ebrios que intentaron ofenderla. Exigía castidad absoluta á las numerosas doncellas y criadas y la que faltaba á su juramento era castigada afeitándola la mitad de la cabeza y una ceja; no pudiendo guardar tanta constancia, una noche se fugaron todas las mujeres y se quedó sin servidumbre.

Este percance la apenó mucho y decidió buscar un retiro más inaccesible, escogiendo en 1818 el pico escarpado de Djihun, á ocho millas de Sidon, verdadero nido de águila donde sólo se subía por senderos impracticables, lleno de fieras en libertad. Allí reunió cuanto la fantasía puede desear, realizando un sueño de las Mil y una noches. Desde allí, invisible é inatacable, hizo tomar en serio su título de reina, reconocido por todos los emires vecinos suyos; Ester trataba de igual á igual con los más poderosos, y había tomado á su ser-

vicio un verdugo que había ya intervenido en dos mil ejecuciones, amenazando con hacer empalar por este hombre á todos los que se opusieran á su voluntad. El pachá de Acre confiscó una vez sin razón varias balas de seda á un comerciante de Smirna; una simple nota de Ester bastó para que devolvieran lo confiscado á su dueño. Mezclada en todas las intrigas y guerras civiles de aquel tiempo, su alianza era buscada y su hostilidad temida.

Para aumentar su prestigio se había entregado á la nigromancia, habiendo adquirido gran reputación de mágica. Tuvo algún tiempo la idea de fundar una religión, mezcla de judaismo, cristianismo y mahometismo, pero desistió de ello, aunque llegó á contar con una especie de precursor. Esta *sublime insensata*, como la llama Lamartine, acabó por perder la salud con sus prácticas astrológicas y sus caprichos, no consintiendo que nadie la curase, ni admitiendo más remedios que en las estrellas. Sus prodigalidades por otra parte iban minando su fortuna, y en 1826 sus deudas ascendían á 10.000 libras, y en 1838 sus acreedores eran tan numerosos que el consul Campbell la informó de que su pensión quedaba retenida. Ester protestó con dignidad, renunciando á su pensión y á su cualidad de inglesa, en carta dirigida á la Reina; pero aquel golpe, que venía cuando Ester estaba reducida á no tener materialmente que comer y había tenido que sacrificar, por mano del famoso verdugo (únicas ejecuciones que llevó á cabo mientras la sirvió), para que no murieran de hambre, los dos asnos sagrados en que ella y el Mesías iban á entrar en Jerusalem, acabó de aniquilarla, muriendo el 23 de Junio de 1839, siendo enterrada en su jardín.

*
* *

Lady Gladstone.—Con razón dice Giraudeau que la piedra que acaba de cubrir, junto á los de su amado esposo, los restos de la ilustre compañera del gran hombre de Estado, no

sólo ha sepultado para siempre con el cuerpo de un gran estadista el de una gran mujer de bien, sino que cierra la última página de un capítulo de la historia de Inglaterra, capítulo en el que parece acabar la buena fortuna de la Gran Bretaña, y en el que acaba positivamente su buena fama y su probidad política.

Gladstone se había constituído en convencido apóstol de la humanidad doliente y en defensor incansable del derecho y de la justicia, y su mujer prefirió el papel de hermana de la caridad de sus compatriotas á los triunfos mundanos con que su belleza y su alta posición le brindaban. Casada á los veintisiete años, no sin cierta resistencia de su madre, á quien Gladstone, que había sido ya subsecretario de Estado, parecía poco por no ser noble, ha vivido cincuenta y nueve años enteramente consagrada á velar por su marido, por sus ocho hijos y por los pobres. Gladstone no ha pronunciado ni siquiera un discurso que no haya sido oído por su esposa, y durante la formidable campaña electoral de 1880, en la que el infatigable orador estuvo hablando, por decirlo así, quince días enteros, ella era la que le preparaba la bebida con que reponía sus fuerzas. Gladstone conocía y admiraba las virtudes de su fiel compañera, á quien estimaba como su más firme sostén.

La señora de Gladstone, después de haber ensayado en Hawarden su filantropía, concibió y llevó á cabo la creación del primer asilo de noche, donde los pobres pudieron encontrar un rincón donde dormir y una sopa caliente, fundación que tanto éxito ha tenido y de que hoy no carece ninguna capital de importancia. Pero no bastaba dar á los pobres la hospitalidad del momento; era preciso. sacar de la miseria á las víctimas del ocio ó de la desgracia, y la señora de Gladstone organizó al efecto la asistencia pública de Londres, anexionando á sus asilos talleres en que los miserables pudieran hallar algo de trabajo, ligeramente retribuído, mientras se les buscaba una ocupación permanente.

La dificultad del dinero no lo era para la mujer del primer

estadista de Inglaterra: una carta suya al *Times* bastaba para que los donativos afluyeran de todas partes; la reina Victoria solía suscribirse la primera con cien libras esterlinas, y tras ella iban todos, seguros del acierto con que su dinero sería empleado: sólo una suscripción que abrió para la fundación de un hospicio de convalecientes, llegó á la suma de dos millones de francos. La medida de su fervor por la caridad la da este hecho: durante la última enfermedad de Gladstone recibió una carta en la que le pedían una recomendación para que admitiesen en Woodford á una convaleciente; á pesar de sus quehaceres y preocupaciones, la señora de Gladstone halló tiempo para escribir la carta pedida, y todavía se disculpaba por no haberlo podido hacer inmediatamente.

Fuera de esta labor caritativa, la señora de Gladstone no ha consentido nunca figurar en la vida pública sino para presidir por poco tiempo la liga liberal femenina. Hubiera, sin embargo, hecho un papel brillantísimo, pues tenía condiciones de talento natural y de cultura. En su soledad de Hawarden, donde ha esperado dos años la hora de reunirse definitivamente con su esposo en el sepulcro de Westminster, ha debido evocar más de una vez la voz autorizada que tal vez hubiera podido detener á Inglaterra en su rápida carrera hacia el imperialismo.

PSICO-FISICA

La doctrina de la sugestibilidad y sus consecuencias.—Tal ha sido el tema elegido por el ilustre profesor de clínica interna de Nancy, H. Bernheim, para el discurso de apertura de la sección V del IX Congreso internacional de Psicología, publicado por la *Revue des Revues*.

Las cuestiones referentes al hipnotismo y á la sugestión—dice el sabio doctor—han salido del dominio del ocultismo para entrar en el de la psicología: el antiguo *magnetismo* con sus extrañas manipulaciones, lebrillos de Mesmer, varitas de

cristal, árbol magnético de Puysegur, pases de Deleuze, etc., lo atribuía todo á la influencia de un fluído animal ó astral que comunicaba propiedades nuevas al organismo humano. El *hipnotismo* ó *braidismo* sucedió en 1847 al magnetismo: la fijación de un punto brillante obrando sobre el ojo físico y mental produce un sueño ó un estado semejante, llamado estado hipnótico, en el que pueden verificarse los mismos fenómenos que en el antiguo magnetismo; en el hipnotismo lo hace todo el sistema nervioso del sujeto influido por la retina fascinada y el pensamiento concentrado. En 1866 se abrió con Liebult un tercer período: para él no hace falta la fijación de un punto brillante, y basta dar al sujeto la idea del sueño para producirlo; todo estriba en la sugestión, y la influencia sentida no es psico-física, sino puramente psíquica.

La observación, dice Bernheim, me ha hecho dar un paso más, estableciendo definitivamente que no se necesita el sueño provocado para obtener los fenómenos llamados hipnóticos, y que todos esos fenómenos, anestesia, catalepsia, actos automáticos, obediencia pasiva, alucinaciones, efectos terapéuticos, pueden obtenerse en estado de vigilia sin maniobras previas, por la sola palabra; que todos los sujetos sugestionables mediante sueño provocado, lo son igualmente sin sueño; que lo que se había atribuído al magnetismo y al hipnotismo no es más que una propiedad normal del cerebro humano, variable en el modo y en la intensidad en cada sujeto: la *sugestibilidad*, es decir, la aptitud del cerebro para recibir una idea y transformarla en acto.

Considerado de este modo, el campo de la sugestión se ensancha extraordinariamente aplicándose á la humanidad entera, pues está en las ideas corrientes de que uno se penetra, en la imitación, en los instintos que imponen las ideas preconcebidas, en la educación, en el trato social, en la lectura, en los artículos de periódicos, en los reclamos y sobre todo en el atavismo y la ineidad, que crea el terreno psíquico del sujeto donde germinan á su modo las ideas recibidas.

Se necesita cierta dosis de infatuación ó de sencillez para admirar sin restricción la doctrina del libre albedrío y de la responsabilidad; el hombre es esclavo de su cerebro moral influído por el mundo exterior, y la humanidad entera evoluciona por la resultante de las sugestiones individuales y colectivas. Y no es esto el determinismo ni el fatalismo, porque si no podemos desprendernos de nuestro cerebro moral con sus instintos, sus tendencias innatas y sus atávicas sugestiones, ese terreno psíquico nativo puede ser fecundado, mejorado y desarrollado por la educación; la educación interviene para hacer salir el huevo del germen, para neutralizar los gérmenes viciosos, para oponer á las impulsiones nativas un contrapeso de sugestiones coercitivas, subordinando el instinto y el automatismo cerebral á la razón; y al hacer esto refuerza la libertad moral, atenuando sus trabas psíquicas nativas ó producidas por la instrucción ó por los hábitos. Y lo que hace la educación en los cerebros individuales puede hacerlo por la disciplina intelectual y moral en la humanidad colectiva, porque las multitudes tienen también su psicología.

La sugestión debe intervenir para reprimir las aberraciones instintivas colectivas. ¿Van á quedar los Gobiernos desarmados, so pretexto de libertad, frente á las predicaciones sugestivas del odio y de la violencia? ¿Van á dejarse esparcir en la atmósfera de las muchedumbres ideas malsanas y perniciosas que creen èpidemias de enfermedades morales, más difíciles de curar que de prevenir? Hay una psicopatología, una psicoprofilaxis y una psicoterapia sugestivas, no sólo físicas, sino morales y sociales.

Bien conocen ese arma de doble filo, la sugestión, los que, faltos de sentido moral, quieren pervertir los individuos y las colectividades. Todo hombre honrado é inteligente importa que la maneje también con un fin saludable; y cuanto más haya estudiado y escrutado el mecanismo de la sugestibilidad humana, más habrá aprendido á conocerse á sí mismo y á los demás, y más apto será para manejarla eficazmente. La doc-

trina de la sugestión no va á parar al fatalismo, ni mucho menos. El cerebro humano puede ser educado: acciona y reacciona; la sugestión es la dinamogenia psíquica, la acción, la lucha, la vida, el hombre y la humanidad entera.

MEDICINA

La cuestión de la tuberculosis.—La tuberculosis—dice el profesor Fabricio Padula en la *Rivista Politica e Letteraria* de Roma—es el resultado de la vida de un microbio, que por su forma de bastoncito se llama *bacilo,* en los tejidos de un animal. Los bacilos son de muchas clases, unas inofensivas y otras patógenas; cada bacilo patógeno engendra una enfermedad determinada, y es, por consiguiente, el bacilo específico de la misma; el bacilo específico de la tuberculosis es el *bacilo de Koch*, llamado así por haberlo Koch descubierto.

El bacilo de Koch se multiplica con extraordinaria rapidez si vive en el cuerpo del hombre ó de un animal susceptible de ser invadido por él; fuera de los cuerpos vivos puede vivir también en el aire, en las calles y en las casas, especialmente en ambientes poco iluminados ó poco pulidos; desecado no pierde su vitalidad, sino que queda ésta latente, y al mes ó á los dos meses, hallando condiciones favorables, recobra su maléfico vigor. Afortunadamente para nosotros, el bacilo de la tuberculosis tiene á su vez terribles enemigos, pues los microbios no patógenos, más numerosos, vigorosos y prolíficos que él, lo aniquilan cuando viven en su compañía; donde hay fermentación y putrefacción, los microorganismos inocuos son más numerosos y vigorosos, y de aquí que en los lugares demasiado sucios, el bacilo de Koch queda inutilizado por los microbios no patógenos (1); la viva luz del sol, si obra duran-

(1) Esta afirmación del sabio profesor italiano explica un hecho quo nos había llamado la atención. En Talavera de la Reina corren al descubierto por las calles los arroyuelos de las inmundicias de la población,

te cierto tiempo, lo mata también; y la misma temperatura ambiente, si es superior á 41 grados ó inferior á 30, que es lo más corriente, lo deja como aletargado é incapacitado para multiplicarse, sucumbiendo siempre á temperaturas superiores á 100 grados ó al contacto de ciertas substancias.

Además de estas condiciones desfavorables para los bacilos tuberculígenos y de la defensa que ofrecen la piel y las mucosas, está demostrado que, aun penetrando en nuestro organismo, los bacilos *no producen la enfermedad* si son escasos, pues los destruyen los corpúsculos blancos de la sangre que los engloban (fagocitosis), haciéndolos inofensivos. De aquí resulta: 1.° Que la policía de la persona y del ambiente es el mejor medio profiláctico contra la tuberculosis. 2.° Que la ventilación de las casas y las calles, diluyendo los microbios, los pone en condiciones de no poder atacar sino en corto número, ó ineficazmente. 3.° Que las casas bien soleadas son las más saludables y que los objetos expuestos largo tiempo á la luz del sol quedan esterilizados de bacilos tuberculosos.

Cuando, por una ú otra causa, los bacilos de Koch han penetrado en el organismo humano, se produce en el sitio atacado un proceso inflamatorio, lento ó tumultuoso según los casos, por el cual se forman pequeños nuditos semejantes á un grano de mijo, en cuya periferia viven y se multiplican los

---

saliendo de cada casa un albañal que va á verter sus aguas sucias y mal olientes en la pequeña cuneta de la calle; como Talavera es sumamente llana, la pendiente es imperceptible, el arrastre escaso, y las aguas sucias suelen estancarse al aire libre, despidiendo repugnantes emanaciones. Sorprendidos desagradablemente de semejante abandono de las más elementales reglas de higiene pública, cuando acababa precisamente de pasar la provincia de Toledo y España entera por la terrible prueba del cólera morbo, quisimos informarnos de los estragos hechos en Talavera por la epidemia, y con asombro supimos que Talavera había sido respetada, habiéndose atribuído su inmunidad á la existencia precisamente de aquel pestilente foco de putrefacción. Otro tanto sucedió en otro pueblo de análogas condiciones del partido judicial de Sequeros (Salamanca), llamado —y el nombre es por sí suficientemente expresivo—la Alberca.

bacilos; de estos nuditos ó tubérculos recibe la enfermedad el nombre de tuberculosis.

La tuberculosis *cutánea* es bastante rara, siendo su manifestación en el rostro el *lupus* tubercular; mucho más frecuente es la invasión de las mucosas, especialmente en las vías respiratorias y digestivas, teniéndose entonces laringitis, bronquitis y enteritis tuberculares; pero los microbios pueden todavía penetrar más profundamente y atacar las partes blandas del cerebro (meninges) ó el pericardio, y producir meningitis y pericarditis tuberculares; ninguna parte del cuerpo se halla inmune y de ahí la dermatitis, pulmonitis, pleuritis, osteitis y artritis de naturaleza tuberculosa.

Cualquiera que sea el órgano atacado, el primer efecto es la formación del tubérculo; este crece algo, pero al poco tiempo el centro del tubérculo muere, y los bacilos, faltos de alimento, llegan á morir ó desaparecer, de tal modo, que dentro de la substancia muerta llamada por su aspecto *caseosa*, en el centro del tubérculo, difícilmente se encuentran bacilos; en la periferia, por el contrario, junto á la parte sana, hay una zona rica en bacilos, destinada también á morir, mientras otra zona externa sigue á la primera, y así sucesivamente. Los bacilos producen venenos orgánicos (toxinas), aunque no en tal cantidad que basten á producir la muerte.

Ahora bien, si estos tubérculos se encuentran en órganos profundos, lejos de la piel y de las mucosas, que es lo menos frecuente, pueden ocurrir tres casos: ó la vida de los bacilos se detiene, quedando incapsulada la substancia caseosa entre las partes vivas, y entonces los tubérculos son inofensivos, ó los tubérculos alteran órganos esenciales de la vida (caso rarísimo), y acaban por matar al enfermo; ó despiertan en las partes sanas una reacción viva que puede ser saludable ó fatal, según las circunstancias, casos todos bastante raros. Lo más frecuente es que los tubérculos ataquen la piel ó las mucosas: entonces el tubérculo superficial convertido en substancia muerta, se destaca de la parte viva y deja en su lugar

una úlcera, en cuya superficie quedan muchos bacilos; la parte caída se aleja del cuerpo si la enfermedad está en la piel ó en la mucosa nasal, por ejemplo; pero si está en una mucosa más profunda, como la de los bronquios, entonces tiene que recorrer un largo camino para ser expulsada, y los microbios todavía activos ó de vida latente, hallándose en condiciones favorables, crean otros focos de infección, ó en la misma mucosa ó en órganos lejanos por medio de los linfáticos y capilares venosos; á la superficie ulcerada, entretanto, llegan otros microbios patógenos, especialmente los de la supuración, que son los más vigorosos y difundidos, y con sus toxinas absorbidas por la sangre debilitan, empobrecen y consumen al enfermo, presa de aquella doble serie de enemigos, produciendo la *tisis* ó consunción por tuberculosis de las vías respiratorias, y la *tabe* ó consunción por tuberculosis de los intestinos ó de los vasos y glándulas linfáticas.

Contra lo que suele creer el vulgo, los productos intestinales de los tuberculosos ofrecen poco peligro; en cambio los productos de las vías respiratorias son peligrosísimos; ya bajo el ímpetu de la tos pueden pasar al aire pequeñas cantidades de moco ó pus con algunos bacilos; pero en el esputo que sigue á la tos, los bacilos se cuentan por miriadas, pues se calcula en 300 millones de bacilos los que un enfermo arroja diariamente en los esputos, sin contar los que puede expulsar con la tos. Estos esputos, si no son recogidos y tratados con cuidado, se agarran á la ropa, á las paredes y al piso, y allí se desecan, hasta reducirse á partículas flotantes, que fácilmente se respiran, produciendo nuevos daños para el mismo enfermo y para cuantos le rodean. Por fortuna, los bacilos tienen en el ambiente poderosos enemigos, y el organismo, además de la fagocitosis, tiene un eficacísimo medio de defensa en los pelillos vibrátiles de las mucosas, encargados de rechazar todo cuerpo extraño; cuando los bacilos han entrado en los pulmones y los han podido atacar, comienza la lucha, y si los focos no son muchos, si la cooperación de los cocos del pus es

nula ó leve, si las fuerzas del enfermo se mantienen ó aumentan por la nutrición y el ejercicio, la victoria es posible; pero si los focos se extienden, el proceso de los bronquios y alveolos pasa al conectivo intersticial, y poco á poco se producen excavaciones más ó menos extensas, verdaderas cavernas, y el individuo perece sin remedio.

De todo lo expuesto, y del experimento hecho por Cornet con 36 cochinillos de Indias sanos, 35 de los cuales adquirieron la tuberculosis por estar en una habitación donde se sacudió una alfombra que contenía esputos de tuberculoso, se deduce: 1.° Que la tuberculosis y la tisis no son la misma cosa, siendo aquélla el género y ésta la especie. 2.° Que los tísicos son el mejor medio de cultivo de los bacilos y de su difusión. 3.° Que la tuberculosis de los órganos profundos no es contagiosa sino cuando los focos se abren al exterior. 4.° Que la tabe intestinal misma, aun siendo perniciosa para el enfermo, es poco peligrosa para los demás. 5.° Que los tuberculosos del aparato respiratorio emiten bacilos al toser, aunque la tos no vaya seguida de esputo. 6.° Que los esputos contienen miriadas de bacilos que, una vez secos, pasan al aire como el polvo. 7.° Que la tuberculosis, aun la bronquial ó pulmonar, difícilmente mata por sí, sino por la cooperación de los microbios de la supuración. 8.° Que el permanecer con tísicos en sitios polvorientos ó poco ventilados, es peligrosísimo.

Entre los animales susceptibles de tuberculizarse están, además del hombre, los monos, los bovinos, los conejos, los puercos y los perros; éstos lo son muy poco, los conejos y los perros transmiten la tuberculosis al hombre, y los monos son muy raros y puede prescindirse de ellos; el peligro está en los bovinos, que pueden transmitir su enfermedad por la carne y por la leche. La defensa contra este peligro consiste en destruir toda carne infestada, analizándola escrupulosamente en los mataderos, y en no comerla jamás sino *bien cocida;* en cuanto á la leche, que es la más peligrosa por contener muchos más bacilos que la carne, siendo sumamente susceptible

á la tuberculosis, importa *no beberla nunca sin previa ebullición.*

Porque se descuidan estas precauciones ó por mil otras causas, la tuberculosis persiste, extendiendo cada vez más sus dominios, calculándose en cien mil las víctimas que mueren de esta enfermedad anualmente sólo en Italia; no hay peste, cólera ni epidemia alguna que haga tanto daño, pudiéndose evaluar en Italia el daño emergente, sin contar el lucro cesante de la horrible plaga, en la cantidad de 55 millones de pesetas. Para salvar esas cien mil víctimas y defender esa riqueza, preciso es estudiar y aplicar los medios que puedan aliviar al paciente (curación) y evitar la propagación del mal (profilaxis).

La mejor profilaxis, desde luego, consiste en la curación de los enfermos, con lo que se logra la extinción de otros tantos focos. ¿Posee la ciencia algún remedio seguro contra la tuberculosis? Es dolorosa la respuesta, pero hay que confesar que no. La higiene bien aplicada es el único recurso positivo contra el mal; no hay inflamaciones sin gérmenes patógenos, y sólo al aire libre puede uno evadirse de esos gérmenes. La curación al aire libre es la base de los *sanatorios.*

Las condiciones esenciales de emplazamiento de un sanatorio, son: 1.ª Posición abrigada de los vientos fuertes. 2.ª Posición en sitio ameno, rico de vegetación y de agua, privado por lo tanto de polvo, y no expuesto al Norte. 3.ª Alejamiento de calles de mucho tránsito y por consiguiente polvorosas. 4.ª Distancia no grandísima del mar ó de lagos ó grandes ríos ó bosques, de modo que haya suave ventilación. 5.ª Localidad donde no haya obscuridad en el aire ni pueda estar el cielo cubierto de modo que el sol pueda influir saludablemente en la extinción de los bacilos. En cuanto á las condiciones de construcción, aparte de las comunes á todo buen hospital, es preciso: 1.° Habitaciones y salas perfectamente soleadas y ventiladas. 2.° Pavimentos, paredes y techos lisos, para que no recojan polvo, é impermeables para que puedan lavarse.

3.° Amplias terrazas descubiertas y galerías de cristales. 4.° Jardines con arcadas cubiertas para que puedan pasear los enfermos. 5.° Locales y maquinaria adecuados para la esterilización perfecta de las ropas, camas, muebles y utensilios.

La disciplina en los sanatorios debe ser rigurosa y observada con amor y por convencimiento, la policía sistemática y la desinfección llevada hasta el escrúpulo. La alimentación debe ser sana, variada, bien preparada y mejor servida, de modo que el apetito del enfermo sea halagado, puesto que la supernutrición es condición esencial de la cura. El sanatorio, en una palabra, debe dar al enfermo la impresión á la vez de hallarse en su casa y de veraneo. Nada de esto se obtiene si el establecimiento es demasiado grande, debiendo desaprobarse todo proyecto de sanatorio destinado á curar más de cincuenta tuberculosos. El sanatorio debe tener dos secciones, una de pago y otra gratuíta, y la ganancia que deje la sección de pago destinarla exclusivamente á los gastos que ocasione la sección gratuita, medio de resolver la cuestión económica.

IMPRESIONES Y NOTAS

La reforma de la ortografía francesa.—Por invitación del Consejo de Instrucción pública, el Ministro del ramo, en decreto de 31 de Julio, publicado el 1.° de Agosto en el *Oficial* ha resuelto la reforma de la ortografía francesa. Gaston Paris, Greard, Croiset, Meyer, Bernès, Clairin, Devinat, Comte y Jullian son los miembros de la comisión que han elaborado la reforma, con la que por cierto parece se ha disgustado la Academia por no haberse contado con ella para llevarse á cabo, paso que hubiera resultado inútil, pues la Academia por sus estatutos no puede tomar iniciativa ninguna, debiéndose limitar á «hacer constar el uso».

Las simplificaciones son numerosas, y tienen en su mayor

parte carácter sintáxico; todavía queda mucho por hacer, pero más vale algo que nada. La reforma no tiene carácter imperativo, sino que la fórmula empleada es la de «se tolerará»; pero como se prescribe que en adelante dejen de enseñarse las antiguas reglas, no tardarán en generalizarse las novedades toleradas. Tales son las de poder escribir con *s* los plurales de los nombres propios en sentido recto ó figurado *(les Corneilles, les Virgiles)*, de los nombres extranjeros *(exequaturs, deficits)*, de los numerales *vingt* y *cent (quatrevingsdix, deuxcents quatre)*, y de las voces compuestas *(timbres-postes, portedrapeaux);* la de suprimir el guión en los nombres compuestos formando sus plurales como si fueran simples *(choufleurs, abatjours);* la de poner *mille* por *mil* en las fechas; la concordancia de *demí, feu, nu,* siga ó preceda el nombre *(une heure et* DEMÍE, *une* DEMIE *heure);* la invariabilidad del participio pasado *(la lettre que j'ai* REÇU, *les livres que j'ai* LU) y el empleo del artículo partitivo en lugar de la preposición *de* ante nombres precedidos de adjetivos (DU *bon pain,* DES *mauvais amis).*

De esperar es que otras reformas, no menos universalmente reclamadas, como la supresión de las consonantes dobles mudas y la sustitución de la *x* de los plurales por *s* no tarden en ser adoptadas. Bastará para ello que, como dice el profesor de la Sorbona, Fernando Brunot, «el azar de la política lleve un día al Ministerio á un hombre *bastante instruído* para saber que el prejuicio ortográfico no se justifica ni por la lógica ni por la historia, sino sólo por una tradición relativamente reciente y formada, sobre todo, por la ignorancia; y bastante *inteligente* tambien para comprender que no se hará nada por el progreso de la enseñanza primaria, mientras haya que emplear principalmente tan cortos años de estudios en enseñar á los niños á leer y escribir, como en China».

*
* *

Ejercicios, juegos y sports.—La información abierta por la *Revue des Revues* sobre el papel de la mujer en los *sports*, ha revelado cierta confusión en los términos empleados, que importa hacer cesar, fijando bien el valor técnico de cada palabra, pues la voz parásita *sport* tiende á absorber todas las formas de la actividad física por la fatuidad que impulsa al adepto del menor ejercicio físico ó del juego más anodino á llamarse hombre ó mujer de *sport*.

Por de pronto—dice el Dr. Hericourt,—hay personas que andan, corren y saltan, cosas que hace todo el mundo, pero con cierto método, del modo más adecuado para utilizar su fuerza muscular. Esta reglamentación de los movimientos normales y naturales no constituye un *sport*, sino un *ejercicio:* tales son la *marcha,* la *carrera,* el *salto,* la *natación,* la *patinación*, la *danza* y el *canto;* estos ejercicios están caracterizados por la falta de todo instrumento, pues los patines, que no son en suma más que suelas armadas, no pueden considerarse como instrumentos. Así, pues, pueden definirse los ejercicios como los «movimientos naturales del hombre, practicados metódicamente».

Al lado de las personas que andan, corren ó bailan, se ven jóvenes que se disputan la posesión de un globo ó que se envían mutuamente pelotas con una raqueta: esos juegan, y la característica del juego consiste, aparte del empleo de un accesorio, en desinteresarse de toda utilización práctica de la actividad: tales son el *croquet*, el *tennis*, el *fot-ball,* el polo, la pelota, el golfo, etc.

Cuando se necesita el empleo de un instrumento y su utilización práctica, se penetra en el dominio del *sport*, pudiendo clasificarse como *sports* la gimnástica, la esgrima, el tiro, la bicicleta, la equitación, el hipomovilismo y automovilismo, la navegación y la aerostación. Aquí el trabajo es, como en el juego, un trabajo de lujo, pero imagen y copia del trabajo profesional y ejecutado con más arte.

*
* *

Cinismo inglés.—En la *Contemporary Review* publica A. M. Low un interesante *Capítulo inédito de la diplomacia americana,* y entre otras muchas cosas, á cual más curiosas, hace constar el autor con el mayor cinismo, que Inglaterra, durante la guerra de España con los Estados Unidos, violó las leyes de la neutralidad, con la mayor frescura, en provecho de su aliada.

«En España, en Gibraltar, en Hong-Kong, en una palabra, donde quiera que existían agentes diplomáticos ú oficiales ingleses—dice, vanagloriándose de ello Low, como de una hazaña honrosa—todos han tenido cuidado en violar la neutralidad, como era un deber para nosotros, en provecho de nuestra amistad por los Estados Unidos.»

Que esas cosas se hagan, está muy mal; pero que de ellas se alaben quienes las han ejecutado, como puede alabarse un bandido de haber sujetado á un niño para que otro bandido lo extrangule más á su gusto, eso no tiene nombre.

* *
*

Bismarck pintado por Olivier.—Bismark—escribe Emilio Olivier, el antiguo ministro de Napoleón, en el tomo V de *El Imperio liberal*—estaba ampliamente provisto de las perversidades habituales á los maestros más célebres del arte político: nada le estorbaba; cínico y astuto, sin escrúpulo alguno, tan fácil para desmentirse como para abandonar aliados molestos, siempre estaba dispuesto á beber la iniquidad como agua, no pareciendo nunca más sincero que cuando discutía; verídico á veces para preparar mejor futuros engaños; inagotable en argucias para colorear sus tramas y darles cierto aire de equidad, era desenfrenado en su carrera hacia el poder. Pero al mismo tiempo poseía en grado poco común las cualidades múltiples y variadas de los fundadores de imperios: la prontitud en las ocasiones y la previsión reflexiva, la actividad impaciente de los resultados y la paciencia acostumbrada á largas esperas; el aplomo de un firme y constante valor, la tenacidad en el trabajo, la

imperturbabilidad en desafiar los contratiempos y lo imprevisto, el desprecio de la indecisión, la intrepidez en tomar los partidos heróicos y en asumir las responsabilidades que conducen á la gloria ó al aplastamiento, el seguro golpe de vista del buen sentido, vuelto hacia lo bajo más que hacia lo alto, que atraviesa las superficies, penetra en el fondo de los caracteres y de las realidades, y coge al vuelo el momento frecuentemente fugitivo en que se hace realizable lo que hasta entonces era imposible, y va á serlo de nuevo inmediatamente; la moderación en el éxito; la medida en la audacia, la habilidad en abrir esperanzas, en cautivar, seducir, divertir por su espíritu original, pronto á las salidas joviales ó incisivas, aunque con un fondo constante de brutalidad; la agilidad en lanzarse y en contenerse, en atreverse ó contemporizar, en acariciar ó aterrorizar. Se sirvió de todo el mundo, hasta de Dios; lo consideraba tan buen prusiano, que lo lanzaba como un agente contra cuantos había resuelto aplastar. Sobre esto, ninguna debilidad relajadora; acorazado contra la vanidad, que vive de la aprobación de otro, por el orgullo que la desdeña y hace insensible á los murmullos ó á las impresiones de lo que se llama la opinión pública. En un tiempo en que la mayor parte de los hombres de Estado consideraban el libertinaje de las costumbres como uno de los atributos de su cargo, él se mostraba sin amor á los placeres, ni desorden en la vida, ni bajas galanterías, y bestial, sin embargo, por su apetito colosal....

***

Las guardillas Feret.—El Sr. Feret es un simpático inventor y propagandista de material perfeccionado de escuelas, que ha tenido una generosa idea al fijar su atención en esas viviendas del pobre obrero que se llaman buhardillas ó guardillas, faltas de aire y de luz, tristes y malsanas. Feret, según dice *La Naturaleza,* ha discurrido emplear en la construcción vigas cimbradas, que dan á la guardilla forma de cúpula, cam-

biando sus horribles tragaluces en ventanas rectas, con lo cual se gana en luz y en espacio y la vivienda se hace soportable: esta innovación se ha aplicado ya á no pocas casas de nueva planta; pero como la reforma en las antiguas ha de ser mucho más difícil por la resistencia natural de los propietarios, Feret ha ideado una modificación que puede implantarse desde luego sin gran desembolso: se reduce á suprimir los costados de ladrillo ó mampostería de las guardillas y sustituirlos con vidrieras; de este modo la luz, en lugar de entrar encajonada, iluminando sólo el centro de la habitación, entra de frente y por ambos costados, alumbrando y alegrando todo el cuarto.

La idea merece ser divulgada y debe ser aplicada á todas las construcciones en una ó en otra forma.

***

La máquina telegráfica de escribir.—Un australiano, Donald Murray, acaba de inventar un aparato, mediante el cual va á producirse una verdadera revolución en la telegrafía, y como derivación en la información periodística: todo ello se reduce á emplear una máquina de escribir en la estación expedidora y otra en la receptora, de modo que se ahorre gran parte del tiempo que se invierte en la transmisión por los aparatos Morse. Para que se forme una idea de la diferencia que hay entre los resultados del Morse y los de Murray, baste decir que un buen telegrafista no puede telegrafiar actualmente más que 50 palabras por minuto, mientras que con el nuevo se imprimen 114 palabras en el mismo tiempo. Esta máquina permite además la transmisión de despachos dobles, y su inventor espera poder llegar á la transmisión cuádruple, con expedición, recepción é impresión en caracteres usuales de un telegrama de 500 palabras por minuto por un solo hilo.

Como la cinta perforada puede, con la máquina que la imprime en letras inmediatamente, servir prácticamente para la composición tipográfica en linotipia, de que los grandes dia-

rios empiezan á servirse, resulta que puede telegrafiarse un periódico entero de 36 columnas, como *Le Matin,* en menos de dos horas, y publicarse casi simultáneamente en Europa y en América. El partido que los corresponsales de los grandes periódicos pueden sacar de esta innovación, es inmenso y de incalculables consecuencias.

***

Los empleos en tiempo de Mazarino.—En la *Revue des Deux Mondes* figura, formando parte del interesante estudio dedicado á la gran *Mademoiselle* por Barine, el siguiente retrato del famoso Cardenal-ministro Mazarino:

«Mazarino era el más descarado ladrón que jamás haya devorado un país á favor del poder. Con él no había más que *toma y daca*, y sin misterios. Se estaba prevenido; si no se ponía el precio á lo pedido era inútil pedir. En caso necesario, soltaba el perro á las gentes. Bussy-Rabutin fue advertido por un billete del gran Condé, que tenía que entregar sin aplazamientos 7.500 libras por la propina de un empleo. Montglat cuenta que Ana de Austria solicitaba un día un alto cargo para uno de sus protegidos; el puesto fue evaluado en 100.000 francos; la Reina madre regateó, pero no pudo conseguir ninguna rebaja.

»Los millones se amontonaban en las arcas del favorito, mientras los soldados morían de hambre en las fronteras, los acreedores del Estado no eran pagados, y la corte de Francia empezaba á aparecer en vergonzosa necesidad, y se necesitaba la fuerza armada para sacar las contribuciones á los campesinos arruinados por el paso de las tropas, los saqueos, los robos y los abusos y desórdenes de todas clases. Sin embargo, «el pobre señor Cardenal», como le llamaba la Reina, daba fiestas de insolente lujo.

***

Pecados de la escuela y del fisco.—Un trabajo publicado por Chiarini en la *Rivista d'Italia*, que dirige, ha tenido gran resonancia por la autoridad de quien lo firma, exdirector general de la enseñanza secundaria, y por la franqueza de sus afirmaciones.

La escuela clásica, según él, es la cómplice principal del enorme delito por el que se vienen fabricando en Italia más médicos que enfermos, más abogados que causas, y un número ilimitado de profesores que intentan conquistar en titánica lucha el duro pan de Catedráticos de Liceos ó Gimnasios, ó se disputan con otros famélicos los empleos más mezquinos de Correos y Ferrocarriles. Son demasiado numerosos los establecimientos docentes, demasiado fácil el camino y demasiado al alcance de todos el bachillerato; hay que reducir los Liceos é Institutos técnicos á treinta y á diez las Universidades, y hacer los estudios tan costosos y difíciles que sólo puedan servir á quienes no necesiten labrarse una posición, ó á quienes por su talento y laboriosidad se hallen en condiciones de llegar á la cima: los demás, que sean agricultores, comerciantes é industriales.

¿Y qué hacer si la agricultura, el comercio y la industria no bastan tampoco para dar pan á quien lo pide? «Si antes de dirigir los estudios de la juventud hacia la agricultura y las industrias—contesta Chiarini—se espera á que éstas se hallen florecientes, habrá que esperar un buen rato.»—Sí, replica la *Rivista Politica é Letteraria*, lancen los padres á sus hijos por esa dolorosa vía: se morirán de hambre, pero tendrán el consuelo de pensar que habrán abierto el camino á otros más afortunados.

La verdad es—sigue diciendo la *Rivista Politica é Letteraria*—que agricultura, comercio, industria, todas las manifestaciones de la humana actividad tienen en Italia un enemigo que, tras breve lucha, las mata: el Fisco. Al acecho de todo, si uno funda un comercio, inicia una empresa ó emprende un negocio, necesita, ante todo, contar con la rapacidad del

exactor de contribuciones, el cual, lejos de contentarse con una parte de las ganancias que pueda tener, quiere la mejor parte de las que él, juez soberano é irresponsable, calcula que tendrá. La culpa de que el dinero se esconda en Italia la tiene el sistema insensato de los impuestos, que devora la misma materia imponible, y que, como en Cerdeña, destruye automáticamente la fuerte y útil clase de los pequeños propietarios. Cierto que el Estado comete una mala acción al atraer á los jóvenes á los estudios clásicos y superiores, alegrándose del creciente número de las víctimas, sin tener luego medios de proveer de decente colocación á tantos engañados. Pero la educación del porvenir en Italia no está en las manos del Ministro de Instrucción pública, sino en las del Ministro de Hacienda. Sea el sistema tributario humano y razonable, deje de estar el exactor con el fusil cargado cerrando todos los caminos de ganar la vida, y habrá salidas para todos.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Dos páginas de Psiquiatria criminal, por el Dr. José Ingegnieros. Buenos Aires, 1900.—Un volumen de 118 páginas, sin indicación de precio.

Como lo indica ya su mismo título, este volumen comprende dos monografías («dos páginas») de Psiquiatría criminal.

En la primera, titulada *Criterios positivos para un estudio de los alienados delincuentes*, expone el autor de un modo brevísimo las relaciones que, á su juicio, debe guardar el concepto del loco delincuente con los de la degeneración, la criminalogía y la psiquiatría, y con los criterios de la responsabilidad y la defensa social.

Los problemas que con este motivo toca el señor Ingegnieros son graves é interesantísimos, según comprenderán con facilidad los lectores entendidos en tales asuntos. Digo que los «toca», porque no hace un examen detallado y profundo de ellos. No es esto tampoco lo que el autor ha querido hacer: su propósito ha sido tan sólo presentar un esbozo ó programa sintético de «un capítulo de la ciencia positiva no escrito todavía», en sentir del señor Ingegnieros, capítulo que parece ha de publicar nuestro autor como resultado de «los estudios que viene realizando sobre la materia».

Esperemos, por tanto, á que este capítulo se escriba para juzgar la labor del doctor bonaerense. Por de pronto, es muy de alabar su propósito, y además es sumamente simpática, para mí al menos, la tendencia ó espíritu en que, si no mien-

ten los anuncios, ha de hallarse inspirada la obra, á saber: la tendencia á proscribir toda idea de castigo en el tratamiento del loco delincuente, para reemplazarla totalmente por la de curación y protección, y la consiguiente aspiración á que la clase y duración de esta protección se adecuen á la especie y gravedad del peligro ó enfermedad radicante en el sujeto, y no á la entidad del delito cometido.

La segunda monografía, cuyo título es *La sección especial para alienados delincuentes en el Hospicio de las Mercedes, de Buenos Aires*, nos da una breve descripción (con grabados) de la sección abierta en el dicho manicomio, gracias á las iniciativas de su Director el Doctor Cabred, para el tratamiento especial de los alienados delincuentes. El señor Ingegnieros hace grandes elogios de esta sección, y le parece que así se resuelve de la mejor manera posible el tan discutido problema de saber si el lugar adecuado para el tratamiento de los alienados delincuentes es una sección especial de la cárcel (pero cárcel al fin, y pena por lo tanto), ó un establecimiento independiente (el llamado manicomio criminal ó judicial), ó una sección especial en el manicomio de los alienados ordinarios.

P. Dorado.

La teoria e la pratica delle contravvenzioni, dell'avvocato Adolfo Zerboglio. Milán, Società editrice Sonzogno, 1899.—Un volumen (perteneciente á la biblioteca *Nuove publicazioni legali*), de 247 páginas y 18 más de índice, 2,50 liras.

El presente Manual, que forma parte de una de las muchísimas bibliotecas económicas y de vulgarización que existen actualmente en Italia (como existen también en otros países) tiene dos partes, á saber: 1.ª *De las contravenciones en general;* 2.ª *De las distintas especies de contravenciones.* Esta última parte contiene un estudio detallado de las distintas contravenciones ó faltas reguladas por las varias leyes, así genera-

les como especiales, de Italia; por lo que el interés que ofrece es casi exclusivamente nacional, es decir, italiano. La parte donde se encuentra doctrina de interés común es la primera.

En la cual se comprende un verdadero tratado general, compendioso, acerca de las faltas ó contravenciones, donde se resumen y discuten las principales doctrinas que dan solución á las varias cuestiones relacionadas con ellas, como son: la dificilísima de su definición y del elemento objetivo que las constituye en tales contravenciones; la del elemento subjetivo, ó sea, si para que haya falta se necesita, como se necesita para que haya delito, la presencia de algún factor interno, y, en caso afirmativo, cuál sea éste, si el dolo ó la culpa; la de si puede darse tentativa en las faltas; la del influjo en la punibilidad de éstas del concurso de varias personas en la comisión de un mismo hecho; la del influjo de la acumulación ó concurso de delitos y de penas; la de si puede y debe apreciarse la reincidencia en las contravenciones; la de la penalidad que á estas corresponde, y la de la aplicación á las faltas de la materia relativa á la extinción de la acción penal y de las condenas penales. Aun en esta parte general hace el autor referencia casi exclusiva á la legislación italiana. Por eso, si bien para toda clase de juristas es útil este libro, á quienes, sin embargo, puede aprovechar mucho es á los abogados italianos.

El autor lo ha escrito con la competencia con que acostumbra á hacer todas sus obras.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Agacino (E.) — Manual del maquinista de la Marina mercante. En 4.°, 433-XV págs., con grabados: 8 pesetas.

Altamira (R.)—Cuadros levantinos; cuentos de amor y de tristeza. En 12.°, 318 págs.: 50 céntimos.

Alvarez Quintero (S. y J.)—El motete; entremés. En 4.°, 19 páginas: 1 peseta.

Arenas López (A.)—Reivindicaciones históricas. 2.ª Viriato no fue portugués, sino celtíbero. En 4.°, 128 págs.: 3 pesetas.

Arniches (C.) y Lucio (C.) — María de los Angeles; zarzuela cómica. En 4.°, 47 págs.: 1 peseta.

Benavente (J.) — Viaje de instrucción; zarzuela en un acto y cuatro cuadros. En 4.°, 40 págs.: 1 peseta.

Blanco (R.) — Curiosidades físico-astronómicas. En 4.°, 106 páginas: 2 pesetas.

Castro (M. de).— Vida del soldado español Miguel de Castro (1593-1611). En 4.° mayor, IX-232 páginas: 12 pesetas.

Cejador y Frauca (J.) — Gramática griega. En 4.°, X-586 págs.: 16 pesetas.

Coll (J.) — Estudio de la cistitis tuberculosa, concepto clínico y tratamiento de la misma. En 4.°, 312 páginas: 4 pesetas.

Conrotte (M).—Cuestiones jurídicas relacionadas con la ley sobre accidentes del trabajo. En 4.°, 40 páginas: 75 céntimos.

Contreras (A. de).— Vida del Capitán Alonso de Contreras, natural de Madrid, escrita por él mismo (años 1582 á 1633). En 4,°, 146 páginas: 4 pesetas.

Cortes de Castilla. Actas de las Cortes de Castilla, publicadas por acuerdo del Congreso de los Diputados. *Tomo XIX.* Siguen las actas de las Cortes que se juntaron en Madrid el año de 1598 y se acabaron en 1601. En folio, 874 págs.: 15 pesetas.

Cortés y Aznar (J.)— El regenerador de los vinos naturales y artificiales. En 4.°, 157 págs.: 16 pesetas.

Delgado (S.) — La República de Chamba; zarzuela en un acto y

tres cuadros. En 4.°, 44 páginas: 1 peseta.

Díe y Más (M.)—Nociones de Derecho civil en las familias reales. Matrimonios de Reyes y Príncipes. En 8.°, 271 págs.: 3,50 pesetas.

Echegaray (M.) — Baile de trajes; comedia en tres actos. En 4.°, 92 páginas: 2 pesetas.

España Lledó (J.) — La enseñanza oficial de la filosofía en España desde el año de 1857; estudio histórico-crítico. En 8.°, 28 páginas: 1 peseta.

Fernández de Heredia (A.)—Reglamento para las corridas de toros. Informe presentado por Hache. En 12.°, 32 págs.: 25 céntimos.

Ferrer Gibert (P.)—Broza; ensayos para el teatro. En 12.°, 57 páginas: 2 pesetas.

Gimeno Rol.—El pregonero de Riosa; zarzuela en un acto. En 4.°, 36 págs.: 1 peseta.

Giner Aliño (B.)—Formulario-Codex de abonos. En 8.°, 190 páginas: 2 pesetas.

Gorosábel (P. de). – Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa, ó descripción de la provincia y de sus habitadores. Tomo III. En 4.°, 415 págs.: 5 pesetas.

Granés (S. M.)—La golfemia; parodia de la ópera La Bohemia, en un acto y cuatro cuadros. En 4.°, 44 págs.: 1 peseta.

Iriarte (C. de).—Apuntes de topografía. Medición indirecta de distancias con brújula y estadio. En 8.°, VIII-67 págs.: 3 pesetas.

Jiménez y Torrente (P.)—El cultivo del cabello y de la belleza. En 8.°, 30 págs.: 75 céntimos.

Kropotkin (P.)—Campos, fábricas y talleres, por el príncipe Pedro Kropotkin, traducción del inglés por Fermín Salvoechea. En 4.°, 300 págs.: 6 pesetas.

Larra (hijo) L. de).—El maestro de obras; zarzuela en un acto. En 4.°, 46 págs.: 1 peseta.

López Pinillos (J.)—El vencedor de sí mismo; drama en tres actos y en prosa. En 4.°, 56 págs.: 2 pesetas.

Llorente (T.)—Datos referentes á diversas cavernas de la provincia de Segovia. En 4.°, 27 páginas y dos láminas: 2 pesetas.

Marco (L.) — Tratado práctico de medicina y cirugía modernas. Tomo II. En 4.°, 640 págs.: 10 pesetas.

Menéndez (E.)—Las noblezas de D. Juan; comedia en tres actos. En 4.°, 56 págs.: 2 pesetas.

Oliver (F.)—El Encuentro; diálogo tragi-cómico. En 4.°, 15 págs.: 1 peseta.

Palacio Valdés (A.)—Los amores de Clotilde.

Reyes (I. de los).—Filipinas. ¡Independencia y revolución! En 8.°, 160 págs. con grabados: 3 pesetas.

Rivero y Rodríguez (J.)—Suegra y tía; juguete cómico en un acto. En 4.°, 36 págs.: 1 peseta.

Rodrigo (A.) y Luna (A.) — ¡Me quedo!; monólogo. En 4.°, 14 páginas: 1 peseta.

Sagarra y Lascurain (V.)—Sinemapria: nuevo y sencillo procedimiento de dividir los tejidos del cuerpo humano con el hilo de pescar. En 4.°, XIV-74 págs.: 1 peseta.

Sampil y Hurtado (B.)—Educación del jinete militar. En 4.°, 144 pá-

ginas y 16 figuras: 2,50 pesetas.

Sánchez Pastor (E.) — España en París; zarzuela en un acto. En 4.°, 41 págs.: 1 peseta.

Sarrió y Vallés (R. de P.)—La estrella de Nazaret; drama religioso en cinco actos. En 4.°, 77 páginas: 2 pesetas.

Scævola (Q. M.)—Código civil comentado y concordado extensamente con arreglo á la edición oficial. *Tomo VIII.* Bienes sujetos á reserva.—Derecho de acrecer.—Aceptación y repudiación de la herencia.—Beneficio de inventario y derecho de deliberar. En 4.°, 758 págs.: 8 pesetas.

Sohm (R.)—Historia é instituciones del derecho privado romano, por Rodolfo Sohm, profesor en Leipzig; traducción de la séptima edición alemana por P. Dorado, profesor de la Universidad de Salamanca. En 4.°, 764 págs.: 14 pesetas.

Spínola Grimaldi (F.)—Crítica de la obra «Historia genealógica y heráldica de la monarquía española». En 4.°, 39 págs.: 3 pesetas.

Toro y Luna (F.)—Por egoísmo; drama en tres actos. En 4.°, 67 págs.: 2 pesetas.

Valenciana (A. de).—Lecciones de literatura preceptiva. En 8.°, 166 págs.: 2,50 pesetas.

Vega (R. de la).—El Barón de Troncoverde; comedia político amorosa. En 4.°, 61 págs.: 1,50 pesetas.

Vigo (M.) y Morano (F.)—El crío; juguete cómico en un acto. En 4.°, 28 págs.: 1 peseta.

INDICE

	Págs.
Genoveva Montaña, novela (conclusión), por Caïel	5
Los placeres en China, por el General Tcheng-Ki-Tong	34
Poetas americanos: A Miramar, por Enrique Fernández y Granados.—*¡Oh Sancho!* por Ricardo Nieto	67
El Problema universitario, por Adolfo Posada	72
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana	91
Revista Hispanoamericana, por Iob	122
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	146
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	157
Notas bibliográficas, por P. Dorado	194
Obras nuevas	197

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, número 16, principal, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fiorreffi: La Escuela criminológico positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.— Mouton (Merinos) 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 peseta.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas. —La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.
Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renan.—Mi infancia y mi juventud, (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi Juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRITICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos. 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil, (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político-filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internaciona. (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización adminis, trativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho-2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romal no, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMIA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwach-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea (en prensa).

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.

Schopenhaüer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducoiones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ètica de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía 2 tomos, 12 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Historia de la Literatura Inglesa, Los Orígenes, 7 pesetas.

Tolstoy.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky.—Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELANEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraisos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamiltou.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarin en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.— Querida, 3 pesetas.— Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores. — Ramillete de cuentos, 3 pesetas. — Tesoro de Cuentos, 3 pesetas.— Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola. — Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalietas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESIAS

Campoamor.— Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán. — Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo. — La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings. — Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 pesetas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. —Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas—El progreso, 7 pesetas.— Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 posetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.— Los Hambrientos, 3 pesetas. — ¿Qué hacer? 3 pesetas.— Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.)— El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas. —Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.

Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.

Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedan), 3 pesetas.

Sudermann.—El deseo, 3,50 ptas.

Korolenko.—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Turguenef.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

Jorge Sand, por Zola, 1 pta.
Víctor Hugo, por idem, íd.
Balzac, por id., id.
Alfonso Daudet, por íd., íd.
Sardou, por íd., íd.
Dumas (hijo), por íd., íd.
G. Flaubert., por íd., íd.
Chateaubriand, por íd., íd.
Goncourt, por íd., íd.
Musset, por íd., íd.
El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 ptas.
Núñez de Arce, por M y Pelayo, 1 pta.
Ventura de la Vega, por Valera, íd.
Teófilo Gautier, por Zola, íd.
Sainte-Beuve, por Zola, íd.
Concepción Arenal, por Pedro Dorado, íd.
Heine, por Teófilo Gautier-idem.
Ibsen, por L. Passarge, íd.
Taine, por Bourget, 50 céntimos.
Bretón, por Molins, 1 pta.
Campoamor, por E Pardo Bazán, íd.
Fernán-Caballero, por Asensio, íd.
E. Zola, por Maupassant y Alexis, íd.
Mouton (Mérlnos), por Bergeret, íd.
Hartzenbusch, por Guerra, 1 pta.
Cánovas, por Campoamor, idem.
Alarcón, por E. P. Bazan, íd.
Zorrilla, por Fernán-Flor, idem.
Stendhad, por Zola, íd.
M. de la Rosa, por M. y Pelayo, íd.
Ayala, por J. O. Picón. íd.
Tamayo, por Fernán-Flor, idem.
Trueba, por Becerro de Bengoa, íd.
Lord Macaulay, por Gladstone, íd.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.
2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.
3. Tolstoy, Marido y mujer.
4. Wagner, Recuerdos de mi vida.
5. Tolstoy, Dos generaciones.
6. Goncourt, Querida.
7. Tolstoy, El Ahorcado
8. Turgeneff, Humo.
9. Zola, Las Veladas de Médan.
10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli.
11. Goncourt, Renais Mauperin.
12. Barbey, El dandismo.
13 y 14. Daudet, Jack.
15. Tolstoy, En el Cáucaso.
16. Turguenef, Nido de hidalgos.
17. Zola, Estudios literarios.
18. Cherbuliez, Miss Rovel.
19. Renán, Mi infancia y mi juventud.
20. Tolstoy, La Muerte.
21. Goncourt, Germinia, Lacerteux.
22. Daudet, La Evangelista.
23. Zola, La Novela experimental.
24. Flaubert, Un corazón sencillo.
25. Turguenef, El Judío.
26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.
27. Stuart Mill, Mis memorias.
28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.
30. Zola, Mis odios.
31. Dostoyuski, La casa de los muertos.
32. Zola, Nuevos estudios literarios.
33. Dostoyuski La Novela del presidio.
34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.
35. Zola, Estudios críticos.
36 y 37. Campe, Historia de América.
38. Daudet, El Sitio de París.
39. Asensio, Pinzón.
40. Cherbuliez, Amores frágiles.
41. Heine, Memorias.
42. Ferri, Antropología criminal.
43. Ibsen, Casa de muñeca.
44. Goncourt, La Elisa.
45. Lombroso, Antropología y osiquiatría.
46. Daudet. Novelas del lunes.
47. Turguenef, El Rey Lear de la Estepa.
48. Tolstoy, Los Cosacos.
49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.
50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.
52. Tolstoy, Iván el Imbécil.
53. Ibsen, Los Aparecidos.
54. Balzac, Eugenia Grandet.
55. Ramillete de cuentos.
56 y 57. Renán, Memorias íntimas.
58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.
59. Daudet, Cartas de mi molino.
60. Turguenef, Un Desesperado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la civilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor. Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.
70. Sofía Gay, Salones célebres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Totstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Doloras y humoradas.
80. Turguenef, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de Cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turguenef, Aguas primaverales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse
96. Taine. El Arte en Grecia.
97 Turguenef, Demetrio Rudin.
98. Gautier, Las Bombas prusianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres literarias.
103. Taine, Nápoles.
104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales sociales.
110. Barbey d'Aurevilly, Venganza de una mujer.
111. Balzac, César Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela de Yasnais Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbey, Las Diabólicas.
121. Gautie, Nerval y Baudelaire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.
123. Turguenef, El Reloj.
124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fantasías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el Positivismo.
128. Zola, Los Hombros de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Gervaisais.
130. Baudelaire, Los Paraisos artificiales.
131. D'Aurevilly, La Hechizada
132. Gautier, Madama de Girardin y Balzac.
133. Mis perlas, por Merimée.
134. Tcheng-Ki-Tong, La China contemporánea.
135. Lombroso, Ultimos progresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turguenef, Padres é hijos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turguenef, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la fuerza.

España moderna.

AÑO 12. NUM. 143.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LOS PLACERES EN CHINA

PLACERES SERIOS

EL ESTUDIANTE

Cuando un niño llega á la edad de cinco ó seis años, sus padres, cualquiera que sea su fortuna, piensan desde luego en proporcionarle un profesor para que empiece sus estudios. Aunque la instrucción no es obligatoria en China, no sé de ningún niño que no asista á la escuela, en la que, como es natural, permanecen más ó menos tiempo, con arreglo á la posición de la familia y á la inteligencia del muchacho.

Se escoge, á principios de año, un día fasto para que el niño inaugure sus estudios de la primera enseñanza, que consiste en aprender las tres primeras líneas de un libro intitulado *San-Tse-King,* cuyas frases son todas de tres sílabas y que resume la historia de China y los deberes del hombre.

Terminada esta labor, el alumno entra en la escuela, donde comienza la verdadera enseñanza, pues la que acabamos de mencionar no es, por decirlo así, sino una formalidad de introducción, llenada por un profesor honorario.

Una vez que se ha completado el estudio del *San-Tse-King,* se pasa á otro libro, el *Tsien-Tse-Weng,* obra que encierra mil caracteres, de los que ninguno se repite. Al propio tiempo, el

maestro traza en rojo letras que el alumno debe copiar en negro. Al principio el maestro tiene al niño sentado en las rodillas y le guía la mano; poco á poco se la va soltando.

Más adelante, le dan un modelo para que lo calque mediante un papel transparente.

A este curso preparatorio sigue pronto una enseñanza más seria, la de los cuatro libros de Confucio y de Meng-Tse, y la de los cinco *King* ó libros sagrados.

Alternando con estos estudios, los alumnos asisten á cursos de poesía. Para ejercitarlos en el arte poético, se les entrega diariamente un verso, compuesto de una á siete palabras, al que han de hallar otro que forme un pareado. Cuando los muchachos están ya en disposición de combinar un verso de siete palabras, es señal de que la inteligencia ha alcanzado ya suficiente desarrollo, como se va á ver.

Recuerdo que un día, cuando yo iba á la escuela, el profesor dió á uno de mis compañeros la siguiente frase, que se compone en chino de siete palabras, y sugerida por un hecho que acababa de presenciar:

El flexible talle de la abeja
Ondula sobre la flor en torno de una gota de rocío.

El alumno reflexionó algún tiempo sin hallar respuesta, cuando de repente vino la Providencia á sacarle del apuro: mi compañero reparó en una escena que se desarrollaba en el jardín contiguo á la clase, y exclamó:

Los oblícuos ojos del gorrión miran solapadamente á la oruga que se arrastra por una hoja.

No hay para qué decir que fue muy aplaudido por sus compañeros y perfectamente recompensado por el profesor.

Una vez terminada la lectura de los libros ya indicados, así como la de trozos escogidos de literatura é historia, el estudiante se dedica á varias composiciones, que vienen á ser en nuestro país los estudios preparatorios para los cursos generales.

Sirve de pauta para dichas disertaciones el método de Ba-

Kou, que contiene ocho procedimientos de demostración aplicables en todos los casos. Los temas son filosóficos, históricos ó políticos, pero siempre acordes con los autores clásicos citados y especialmente con Confucio. Alternan estos trabajos con composiciones poéticas de altos vuelos.

Los estudiantes se presentan todos las años en la subprefectura, y después en la prefectura que les corresponda, para sufrir un examen escrito de lo que se llama primer grado, equivalente al bachillerato. La aprobación definitiva no se verifica sino mediante oposición ante el examinador imperial, delègado al efecto. Los exámenes de segundo grado, ó licenciatura, y los de tercero, ó doctorado, se verifican cada tres años, pero en distinto lugar y en año diferente; se sufren los primeros en la capital de la provincia, en otoño, y los terceros en Pekin, en la primavera siguiente.

No es raro ver á un joven que haya aprobado los tres exámenes, volver triunfalmente á su país donde poco tiempo antes vivía modestamente con su familia. Porque, en China, las oposiciones están abiertas para todos, excepto para aquellos que hayan desempeñado oficios deshonrosos. La familia más humilde, como tenga la suerte de tener un hijo que salga bien de los exámenes, pasa á ser aristocrática por ese solo hecho, y los padres reciben los mismos honores que su hijo.

Para que se comprenda bien el alcance de las halagadoras simpatías del público y la emulación que ha de despertar en los estudiantes el deseo de ser aprobados, es preciso ver los honores que se tributan á los que salen victoriosos.

En cuanto se promulgan los nombres de los agraciados, los empleados públicos se dirigen con gran pompa á la casa del nuevo doctor y pegan á la puerta cartelones rojos con el nombramiento impreso. Cuando llega el victorioso estudiante se disparan petardos á su paso y se quema incienso en honor de los antepasados del mismo, como acción de gracias por la merced otorgada.

Se señala un día para la celebración de la victoria, y con-

curren á la fiesta todos los estudiantes que hayan obtenido también el anhelado diploma.

Las familias de los agraciados engalanan sus casas, en cuanto amanece, para recibir en ellas las felicitaciones de todo el mundo.

Los héroes de la fiesta salen en palanquines para visitar á deudos y amigos, ataviados con lujosos trajes, regalo de sus suegros, si son casados, ó de sus parientes más cercanos, si son solteros.

Los bachilleres llevan una túnica azul celeste; la de los licenciados es de color azul obscuro, y la de los doctores, violeta. Sobre los hombros usan una especie de talma, bordado en oro, y dos ramas con flores del mismo metal adornan el sombrero. Delante de los palanquines marchan hombres con banderas de seda encarnada, izadas en cañas de bambú á las que no se ha despojado de sus hojas, y de acompañamiento caminan músicos que ejecutan alegres piezas.

A esto se llama el *Día de recepción de las flores*, porque parece ser que en otros tiempos las damas arrojaban flores al paso de los jóvenes «escolares». La procesión despierta la envidia en muchos corazones.

¡A cuantas madres he oído decir, dirigiéndose á sus hijos: «Ya te llegará la vez si trabajas!»

El buen éxito en los exámenes abre todas las puertas; lo único que se teme es no lograrlo, pues en cuanto aquello sucede, se hace fortuna. El soltero encontrará en seguida familias ricas que le propondrán bodas brillantes. Se comprenderá con esto que en un país donde los estudios pueden transformar en un instante la posición de una familia, no sea necesaria una ley para la enseñanza obligatoria. Basta con la ambición para que las gentes procuren dar instrucción á sus hijos.

Entre nosotros, el estudiante es serio: no tiene, como en París, un barrio especial, donde abundan atractivos demasiado seductores; no se ocupa en la política activa y no tiene más distracciones que los certámenes poéticos y las excursiones

campestres. Lleva, en suma, una vida laboriosa y retirada, pero no se queja ni tendría razón para ello, pues se le presenta un porvenir risueño al través de los libros, los cuales le ofrecen, según un dicho familiar entre nosotros, «los mayores honores, las mejores mujeres y la vida más feliz.»

CERTÁMENES POÉTICOS

Hacer versos es uno de los pasatiempos más apreciados en nuestros círculos de letrados. En vez de cazar, de ejercitarse en el *lawn-tenis,* en el *croquet* ó en otras de las diversiones preferidas en Europa, las personas distinguidas, en China, en cuanto cualquiera de ellas se encuentra libre de ocupaciones, gusta de reunir amigos en su casa y entablar justas poéticas. Como en nuestro país no existen recepciones públicas, ni reuniones políticas, ni conferencias, la literatura es la única que proporciona medios para que se dé rienda suelta á todas las fantasías de la inteligencia.

Estos certámenes poéticos se celebran en toda China; pero donde están más generalizados es en la provincia de Tu-Kien. En cuanto al difunto comisario imperial de Tu-Tchen, que luego fue virrey de Nankin, le dejaban unos instantes de descanso sus funciones, se apresuraba á convocar en su palacio á todos sus subalternos, con objeto de componer versos.

Como hay muchas clases de versos, se determina antes de que la reunión empiece, las formas que han de ser empleadas. Se dá, por ejemplo, un asunto histórico ó de imaginación, sobre el que cada uno de los concurrentes ha de hacer una composición de cuatro ó de ocho versos: otras veces se dan dos asuntos que han de ser desarrollados en pareados, en los que cada verso ha de tratar de uno de los temas dados. Por último, en otras ocasiones se dan dos palabras, que deben ser colocadas en determinado lugar de cada verso en dos frases pareadas.

Más adelante presentaré algunos ejemplos que harán comprender mejor ese procedimiento.

Cuando están dispuestos todos los concursantes, se les presenta una urna, que encierra unas bolas de papel, en dos de las cuales se ha escrito la palabra *examinador*, y las restantes unas dicen *copista* y otras *candidato,* en número igual. De esta manera se eligen dos examinadores y tantos copistas como candidatos haya.

Terminado el escrutinio, uno de los examinadores coge un libro y lo abre al azar, y el otro juez dice una cifra cualquiera, nueve, por ejemplo; se lee entonces la línea nueve de la página y se toma de ella una frase, una sentencia ó una palabra que pasa á constituir el tema del certamen.

En seguida se coloca sobre la mesa otra urna, en la cual se fija un timbre, que lleva en el extremo de un largo hilo una brinza de incienso encendido; á la media hora, pues se ha calculado el tiempo, arde toda la brizna y al quemarse el hilo, deja caer una toña que sirve de contrapeso al timbre: suena éste y se cierra la cubierta de la urna, con objeto de que no entren ya las composiciones de los que se retrasaron.

Los copistas sacan las composiciones depositadas en la urna y las transcriben en una misma hoja de papel para someterlas á los examinadores; de esta suerte se conserva el más rigoroso anónimo. En cuanto los jueces terminan la elección, pregonan el resultado desde un balcón, transformado en una especie de tribuna. Todo candidato puede presentar varias composiciones sobre el mismo asunto, pero ha de pagar una corta cantidad por cada una de aquellas. Con este dinero se adquiere el papel, las plumas, la tinta y los premios que se otorgan á los vencedores.

Una vez que se han distribuído los premios se celebra otro certamen, en el que actúan de examinadores los dos que obtuvieron en el anterior los primeros premios, y así sucesivamente hasta cuando se quiera.

La fiesta termina por la noche con una comida.

Voy ahora á transcribiros algunos versos de los que se usan en tales certámenes.

MEDIA NOCHE

(Octava.)

A la media noche brilla la luna,
En lo alto de un blanco muro,
Sobre el que se balancean hojas de bambú,
Que proyectan su imagen en el suelo;
Mientras que las persianas aparecen obscuras y silenciosas,
Y solamente, las agujas de los cabellos brillan en la noche perfumada.
No vayais á pasearos por el estanque,
Porque podríais despertar á los cisnes enamorados.

LA VUELTA DEL LABRADOR

(Cuarteta.)

Camina con la capa hecha de fibras de palmera y el sombrero de bambú, salpicados de barro.
Gotas de agua resbalan por el arado.
Es la época mejor de la primavera:
Las flores de almendro brillan en los ángulos de los muros y los cucos cantan.

LA PEONÍA NEGRA Y LA BUJÍA

(Pareado.)

Su naturaleza es rica, ¿qué le importa ser negra?
Su voluntad decae, ¿cuánto tiempo le queda por lucir?

Hay en estos versos un doble sentido: la negrura de la

peonía alude á la modestia de su situación, pero tiene encantos suficientes para no afligirse. El brillo de la bujía representa el lustre de los honores; por mucho que se enorgullezca la bujía se apagará en breve y volverá á la más completa obscuridad.

Otra composición:

LAS CAÑAS SECAS Y LA MUERTE DEL SOBERANO

En dos cañas, plantadas en el suelo, se secan las vestiduras rojas.

Mil familias suspiran mirando al cielo y se ponen vestiduras blancas.

En China, para secar las ropas que se lavan en casa, se cuelgan en cañas plantadas en el suelo.

Cuando muere un soberano son muchas las familias que se ponen de luto (y en China el blanco es el traje de luto).

He aquí ahora otro género de composiciones: se trata de combinar palabras que, de antemano, tienen un lugar indicado en el verso.

Son, por ejemplo, las palabras PALACIO y BATALLA, y es preciso colocarlas al final de cada verso; por la traducción siguiente se comprenderá el sistema:

El nombre de los antiguos servidores es familiar á los loros del PALACIO,

Los méritos de los grandes generales son conocidos por los caballos de BATALLA.

Se hallará que estos placeres son muy inocentes, demasiado inocentes tal vez; pero desde luego son preferibles al juego. Por lo demás, también Europa tiene placeres inocentes, y, por tanto, no censurará los nuestros.

LOS ARTISTAS

La China ha tenido época de gran brillantez artística, pero como la educación es puramente literaria, desde hace algunos siglos, el arte parece haber perdido terreno. Sin embargo, pronto se convencerán de que no se ha perdido todo, aquellos que estudian las cosas detenidamente. Aunque los artistas no han progresado de algunos siglos á esta parte, aun cuando se limiten á reproducir los antiguos modelos, aunque, en una palabra, no se inventa ya nada, es preciso confesar por lo menos que se han conservado cuidadosamente las tradiciones.

La época de mayor florecimiento artístico fue el reinado de los Thang. El poeta Tu-Fu era al mismo tiempo artista; y el pintor Nang-Wei era poeta: se encontraba pintura en las poesías de aquel, y poesía en la pintura de éste.

Aun cuando nuestros antiguos pintores no estudiaban perspectiva, sus obras han sido siempre muy apreciadas, y algunas de ellas tienen en la actualidad un valor tan grande como el de estas dos composiciones poéticas de Tu-Fu.

I

ANTE UN CUADRO QUE REPRESENTA UNOS CABALLOS, EJECUTADO POR EL GENERAL TCHAO

Desde el advenimiento de vuestra dinastía,
Ha habido muchos pintores de caballos,
Entre los cuales, el más célebre era el Príncipe Kiang-Tu.
Vuestra fama de artista data desde hace treinta años,
Y, gracias á vos, volvemos á ver hermosas cabalgaduras.
El difunto Emperador apreciaba ya vuestro talento.

Y vuestro nombre corría en la capital como un reguero de pólvora.

Los decretos y la Gaceta *no cesaban de hacer vuestro elogio*
Los generales victoriosos,
Y las personas ricas que rivalizaban en lujo,
No se consideraban completamente satisfechos,
Si no poseían alguna obra vuestra.

Anteriormente, el Emperador Tai-Thung era aficionado á los caballos,

Y en la actualidad lo es también la familia Ko.
Los dos caballos de vuestro nuevo cuadro
Dan envidia á todos esos sportsmen.
Tienen el aspecto de caballos de guerra
Que pueden lanzarse uno contra mil.
Sus blancas crines flotan al viento;
Sus finos remos parecen correr á lo largo del bosque de pinos,
Entre los aplausos de los espectadores alineados.

Llevan la cabeza erguida, y su mirada expresa á la vez orgullo y sumisión:

¿Quienes otros que Oui-Fung y Tsse-Tong
Podrían apreciar tan hermosos caballos?

Recuerdo que cuando el Emperador fue al palacio de Sin-Fung,

Cubrían el cielo las banderas y los quitasoles que venían del Este.

En aquella ocasión, treinta mil caballos, que unas veces trotaban y otras galopaban, se parecían todos á los de este cuadro,

Aquella cabalgada se esfuma en el mundo de los recuerdos,
Y en el bosque por donde cruzó el imperial cortejo
No se escucha hoy sino el canto de los pájaros,
Que se armoniza con los rumores del viento.

II

Sois un descendiente del Emperador Ouei-Ou,
Reducido al estado de simple ciudadano.
El esplendor de vuestros antepasados se ha desvanecido,
Pero la sangre y los rasgos se perpetúan.
Habéis llegado á la perfección
Y vuestro cuadro os hace olvidar honores que no ambicionáis.
El emperador Kai-Iung ha conocido vuestra gloria y os ha recibido varias veces en audiencia.
Gracias á vuestro pincel, en el palacio de Ling-Ien todos nuestros célebres hombres de Estado reviven en sus retratos.
Los ministros llevan brillantemente una corona de sabios;
Los generales, sus flechas en el carçax.
Diríase que sus excelencias Pao y Mo van á mover sus cabellos y su barba,
Como si volviesen del campo de batalla, ó peleasen con bravura.
En cuanto al magnífico caballo del Emperador difunto, nadie sapo darle parecido.
Ordenaron que le trajeran ante el palacio, á fin de que le trasladasen á vuestra seda (1).
Cuando terminasteis la obra, se eclipsaron todos los caballos del universo.
La Corte poseía ya los caballos más hermosos:
Ahora posee el cuadro más preciado.
Admiró á todos la recompensa que con tal motivo recibisteis.
Vuestro discípulo Han-Kang llega también á la perfección, pero los caballos que pintà no tienen más que piel y nada dentro,
Está lejos de tener vuestro genio.

He aquí un entusiasta ditirambo en honor de la pintura an-

(1) En China se pinta sobre seda.

tigua. En nuestro país son muy numerosos los pintores aficionados, especialmente entre la clase de letrados, que pintan cuadros para regalárselos á los amigos.

Son muy apreciados tales cuadros, porque siempre van acompañados de algunos versos.

Recuerdo haber visto dos cuadros célebres que por nada del mundo quisiera enajenar un aficionado.

Uno de ellos es una marina, con una barquilla de pescador cubierta de nieve; le acompaña una composición que no desmerece de la de Víctor Hugo, titulada *Pobres gentes*. El otro cuadro representa una montaña, cuya cima se pierde entre las nubes. Por el centro de la montaña desciende un arroyo que arrastra una hoja de lechuga. Los correspondientes versos terminan de esta manera:

Tras la blanca nube, habitan hombres.

Y, en efecto, la hoja de lechuga acusa palpablemente la presencia del hombre, único ser capaz de tener lechugas... hasta en la nebulosa cumbre de las montañas.

La alusión no es muy directa, pero como en China hay mucha afición á velar el pensamiento, la pintura no deja de hacerlo. Frecuentemente proponen á los pintores asuntos como este: «Un punto rojo enmedio de lo verde.» Uno interpretará el asunto pintando en una rama, enmedio de un bosque, una cigüeña solitaria; otro pintará el mar verde con el sol poniente, y un tercero, una mujer con labios rojos, en un bosque de bambúes.

Los artistas no venden sus obras, pues se trata siempre de aficionados que las regalan á sus amigos; únicamente acuden al comercio los cortesanos que se dedican á objetos decorativos.

Menos cultivada está la escultura, la cual ofrece, frecuentemente, sorpresas para las que uno no está preparado. Un día me propusieron hacer mi busto. Llegué á casa del artista, el cual me hizo sentar enfrente de él; estábamos separados

por una mesa, cubierta con un tapete que llegaba hasta el suelo.

Entablamos una conversación muy animada, pues mi interlocutor tenía mucho ingenio é ideas muy originales. Aunque le escuchaba con mucha atención, no pude menos de observa que no sacaba las manos de debajo de la mesa, cosa que m intrigó bastante, y especialmente porque noté que no dejaba de moverlas febrilmente.

Al cabo de una hora, y como me levantase para retirarme, mi interlocutor sacó de repente un molde de arcilla y me dijo: «¿Le encontrais parecido?»

No fue poca mi sorpresa al encontrarme con mi busto, esbozado con tanta rapidez como soltura, y que se me parecía mucho, cosa tanto más extraña cuanto que el artista no miró á la arcilla y y sí únicamente al modelo: ¡qué habilidad no se necesitará para trabajar así, á ciegas, haciendo los dedos el oficio de cinceles y de ojos, y reemplazando á la vista con el tacto!

EL JUEGO DE AJEDREZ

Es muy diferente del que se conoce en Europa.

El nuestro tiene trescientos sesenta y un peones, repartidos en dos campos; blanco el uno y negro el otro, y de figura redonda como en el juego de damas. Se juega sobre un tablero cuadrado, que tiene diez y nueve casillas en cada lado. Los contrincantes juegan peón á peón, y el que consigue encerrar á los de su adversario sin dejarles ninguna salida, es el vencedor. Así, pues, toda la habilidad del juego consiste en envolver al enemigo, en coparle el mayor número de peones posible y en penetrar en sus posiciones, sin dejarse envolver á la vez.

Se dice que este juego, en el que los peones figuran ser los trescientos sesenta y un astros, que giran en el globo celeste, representado por el tablero, fue inventado por el Empe-

rador Iao para instruir á sus hijos y desarrollar en ellos el hábito de reflexionar. Al mismo tiempo es un juego militar, que representa el campo de batalla donde dos ejércitos se disputan la victoria. Más bien es un juego de paciencia, pues cada partida dura mucho tiempo y á veces es preciso reflexionar un cuarto de hora y más antes de mover un peón. De aquí también, que se le llamase «juego de conversación», pues el jugador que espera el movimiento del otro, tiene sobrado tiempo para conversar mientras dura su inacción.

Tampoco está mal llamado «juego de la meditación de la soledad».

Es el juego favorito de los letrados, de las damas, y sobre todo, de las personas que no tienen que hacer. Se considera como muy poético el ruido que hacen los peones al avanzar en el tablero, que está á menudo grabado en una mesa de mármol, á la sombra de árboles frondosos.

Las tres cosas que se han de escuchar, cuando uno quiera procurarse pensamientos puros y delicados, son: la cascada, el viento entre los árboles y el ruido del ajedrez.

Se cuenta que en tiempos de la dinastía de los Tching, encontró un carbonero, en la cima de un monte, á dos hombres que jugaban al ajedrez. Les miró y uno de ellos le dió una fruta, una especie de juyuba, que se apresuró á comer. No había terminado aún una partida cuando ya estaba podrido el mango del hacha del carbonero, el cual volvió más que de prisa á su aldea, donde no conoció á nadie, porque habían transcurrido varios siglos desde que faltaba de ella.

Nos refiere la historia que un estadista, llamado Li-No, era de genio muy impaciente, pero que era otro en cuanto se ponía á jugar. Así fue, que en seguida que se encolerizaba le proponían una partida y al punto recobraba su serenidad.

Como el Emperador le preguntase un día por qué perdía en el juego un tiempo que podía ser empleado de mejor manera, respondió que los momentos más preciados para él eran aquellos en que le era dado olvidar sus cuidados y preocupaciones.

En las memorias de Su-Tung-Pao, leí una anécdota muy curiosa.

El Emperador Tai-Tsung jugaba al ajedrez con uno de sus ministros. El soberano le daba tres peones de ventaja, pero aun así el ministro perdía siempre. Ahora bien, como el Emperador comprendiese que le dejaban ganar, concluyó por decir: «Si perdéis esta partida os quitaré el puesto.»

El juego fue tablas.

«Otra partida, dijo el Emperador. Si ganais os conferiré el honor de llevar la túnica roja. En caso contrario os haré arrojar al agua.»

De nuevo fue tablas la partida.

Encolerizado su majestad, le empujaba ya hacia el estanque, cuando exclamó el ministro: «Poco á poco señor; todavía tengo un peón en juego.»

Sonrió el soberano y entregó al complaciente jugador la prometida túnica.

Cuando más se juega al ajedrez es, generalmente, en los días de verano para estar al fresco, ó en las veladas de invierno para matar el tiempo.

No creais que se puede jugar al ajedrez en cualquier sitio: se necesita un lugar poético ó agradable, bajo los árboles, sobre una roca que ofrezca pintorescas vistas ó en un salón elegantemente alhajado, con té y vino para los intermedios. Exije el buen tono que los *mirones*, los cuales aseguran divertirse mucho, no den consejos.

Tenemos, además, otro juego de ajedrez más parecido al que se conoce en Europa. Consta de un tablero con dos campos de 16 piezas cada uno, dispuestas en tres hileras, cinco peones, dos cañones, un jefe, dos consejeros, dos elefantes, dos caballos y dos coches. Los dos campos tienen cada uno 45 casillas (9 por 5), y están separados por un espacio vacío.

Las reglas y la marcha son poco más ó menos las mismas que las del ajedrez europeo. Los peones avanzan sin que puedan retroceder; los cañones deben saltar siempre, en línea

recta, por encima de una pieza; los coches van también hacia adelante; los consejeros en sentido diagonal; los elefantes se mueven en todas direcciones; los caballos como los del ajedrez europeo, lo mismo que el jefe que ofrece lances idénticos á los del rey.

Las piezas no están representadas por figuras; llevan su nombre escrito. Nuestra industria, tan esencialmente artística, no ha contribuído nada al juego en cuestión; pero, en cambio, exportamos ajedreces de marfil labrado.

LA MESA

EL PLACER DE LA BEBIDA

El primero que fabricó vino en China, por medio de arroz fermentado, fue un funcionario llamado I-Ti, en tiempos del Emperador U. (2200 a. de J. C.)

El primero que probó el nuevo brebaje fué el Emperador, que lo halló exquisito y dijo: «Seguro estoy de que en las futuras generaciones habrá gentes que perderán su dinastía por el vino.» A pesar de su tono profético, no se realizó la predicción y los letrados continuaron empinando el codo; no hay reunión sin vino, ni vino sin versos, pero no por eso nos embriagamos más. El pueblo no bebe casi nunca.

Recuerdo que hace algunos años, un diputado alemán, combatiendo la ley contra la embriaguez, pronunció esta frase: «Si se vota esta ley, el pueblo será su única víctima; pues los ricos, después de haber vaciado las botellas de Champagne en los gabinetes particulares, siempre tendrán el recurso de volver á su casa en coche, sin caer en manos de la policía.

No se votó la ley, la cual en China no hubiera tenido razón de ser, puesto que no se emborracha el pueblo.

El hábito de encontrar la felicidad en el fondo del vaso

data, en nuestro país, de dos célebres composiciones de Li-Tai-Pe (de la dinastía de los Thang).

¿No véis que las aguas del río Amarillo parecen descender del cielo

Y lanzarse al mar sin volver á sus fuentes?

¿No véis también que el espejo del salón se duele de nuestros cabellos

Negros aún por la mañana y encanecidos á la noche?

Cuando uno está contento debe evitar que se le escape el placer:

También es necesario que el cántaro de oro no permanezca inmóvil a la luz de la luna;

El cielo nos ha dado el talento para que lo utilicemos;

Y, por lo tanto, ya volverá el dinero que gastemos.

¡Matemos el cordero, hagamos cocer la vaca para el festín!

¡Cuando nos reunamos vaciaremos trescientos vasos!

Vos, maestro Kien, vos letrado Ten-Kiu,

¡Levad los vasos sin deteneros!

Quiero cantar para vosotros y os ruego que me escuchéis:

—Desde los antiguos tiempos no son nada los honores;

Prefiero estar embriagado que despierto.

Los sabios y los filósofos están siempre muy tristes,

Mientras que los bebedores son alegres.

El príncipe Tcheng no gustaba de la música;

Prefería gastar en vino diez mil escudos.

No digais que no tenéis dinero:

Proveeos de él:

Tomad mi caballo y mi pelliza y trocadlos por buen vino.

Pues me propongo olvidar, con vosotros, los cuidados de la eternidad.

SEGUNDO POEMA

El viento esparce flores que embalsaman la sala toda,

Y la hermosa señorita U nos invita á gustar su vino.

Las gentes de Nan-King están presentes para despedirse de sus amigos,

Que deben marchar pero no acaban de hacerlo,

Y continúan vaciando sus vasos.

Preguntad. pues, á las aguas que corren hacia el Este

Si son más profundas que el dolor de nuestra separación.

Poco después, Lin-Ling, otro poeta, se entregaba también al placer de beber sin ninguna moderación, y como su mujer le aconsejara que se moderase, pidió cinco cántaras como premio de su sacrificio. Las vació y se durmió. Al despertarse, pidió otras cinco cántaras y, después de bebérselas, escribió esta cuarteta dedicada á su mujer:

«Yo nací para beber
pues que sin vino no vivo;
de aquí que me muestre esquivo
á consejos de mujer.»

En China no existe el vino de uva. Sin embargo, de él se habla en los siguientes versos, escritos por un guerrero del Norte de China, en tiempos de la dinastía de los Yang:

El vino de uva brilla, de noche, en los vasos;

Quisiera beber, pero la guitarra nos mete prisa para marchar.

No os burleis de mí, si me duermo en el campo de batalla,

Pues ¿cuántos son los guerreros que vuelven de la guerra?

Li-Tai-Pé abusó del vino. En todas partes encontraba amigos, aun cuando estuviese solo, puesto que su sombra y la luna eran amigos suyos. Por lo demás, asociaba frecuentemente al placer de beber sentimientos delicados y gran altura de miras filosóficas; así lo prueba el siguiente poema:

A BORDO

¡Qué se ha hecho de las torres y pabellones del Rey de Tson, que en otro tiempo se alzaban sobre esas desiertas colinas!

Cuando la embriaguez me exalta, empuño la pluma y ante mis cantos se conmueven las cinco montañas sagradas.

Soy feliz, me enorgullezco y me río de todas las grandezas.

Poder, riqueza, honores... cuando seáis dignos de mi estima,

Se verá al río Amarillo brotar del Occidente para correr hacia el Norte.

Hay un juego que tiene por base la bebida. Se coloca sobre la mesa un tubo de forma cilíndrica, que contiene unas cuantas varitas de marfil, cada una de las cuales lleva inscrito un verso antiguo.

Los jugadores sacan alternativamente una varita y, según el verso, decide la mayoría quién es el que ha de beber.

He aquí algunos ejemplos:

1.° *¡Ay! ¿Dónde se encontrará aquel hermoso rostro?*

(El jugador más barbudo es el que ha de beber.)

2.° *Enamorado de una sombra ó de un son.*

(Bebe el más miope.)

3.° *Os vemos sin oíros.*

(Bebe un sordo.)

4.° *Aún falta la mitad para la contemplación (eclipse de luna).*

(Corresponde beber al que use gafas.)

5.° *Las persianas de perlas ocultan la vista de las rosas.*

(Le toca la vez al que esté picado de viruelas.)

6.° *El amante de las flores se duele de que no hablen.*

(Bebe el taciturno.)

7.° *Los gritos de los modernos aparecidos se mezclan á los de los aparecidos antiguos.*

(En esta ocasión le corresponde beber á un médico por derecho propio.)

Como se vé, el placer de beber no deja de ofrecer en China esos alegres instantes que acompañan al vino habitualmente.

EL TÉ

Sabido es que el té es nuestra bebida favorita, pero se ignora tal vez el importante papel que desempeña en nuestra existencia. No hablaré aquí ni de su cultivo ni de su fabricación, por ser bastante conocidos. Me limitaré á hablar del modo de tomar esa exquisita y aromática planta.

Desde que se conoció el té en China, las autoridades de las regiones productoras envían anualmente al Emperador las primicias de la recolección.

Se conoce este envío con el nombre de «Tributo del té». Antiguamente la corte distribuía té á sus funcionarios, y los regalos usuales consistían también en té. Otro hecho pondrá de manifiesto la importancia que damos á ese producto: así como tenemos superitendentes de la sal, tenemos también superitendentes del té, altos funcionarios encargados exclusivamente de ese asunto.

Los cafés de Europa están sustituídos en China por casas de té, en las que se citan las gentes para charlar, descansar y tomar el fresco. Vais á casa de un amigo y lo primero que hace es serviros una taza de té. Quereis ofrecer hospitalidad á alguien, le rogais que vaya á pasar una temporada en vuestra casa, y le escribiréis á manera de invitación: «El té está preparado.»

En las tiendas, cuando esperais que os entreguen vuestros pedidos empezarán por daros una taza de té para que tengais paciencia. En las calles, durante los grandes calores del verano, las familias caritativas acostumbran á colocar ante las puertas de sus casas una gran tetera que se renueva á cada momento y con la que pueden apagar su sed los transeuntes. Allí donde trabajan los obreros, no falta nunca el té. El pueblo no bebe otra cosa. La alta sociedad cuenta con

muchos aficionados al té, pues se cree que esta bebida tiene el dón de despejar las ideas.

El té que se toma entre las clases elevadas, es siempre el verde, es decir el que procede de los primeros brotes de las plantas, y que se seca al sol. Es nuestro Jeréz: las hojas que han llegado á toda su madurez y que se secan al fuego, son las que dan el té negro; esta es la diferencia que hay entre los dos, pero sin que jamás se coloree artificialmente á ninguno de ellos. La calidad del té varía según la localidad en que se recoja, como sucede con los vinos. El mejor es del árbol que posee un Monasterio situado en la montaña de Ou-I, en el interior de la provincia de Tu-Kien. Los monjes no lo venden y lo reservan para ofrecerlo á los visitantes distingüidos. Os ponen unas diez hojas en una tacita, cuya cabida no excede á la de una huevera; se echa encima agua cogida en el excelente manantial que brota de la montaña; se tapa la taza durante algunos minutos para que se verifique la infusión, y en seguida se esparce un perfume exquisito. Después de beber ese té selecto, se experimenta no solamente un bienestar físico, sino una grata sensación moral.

He tenido la curiosidad de echar en la taza de dicho té unos granos de arroz cocido, los cuales se disolvieron inmediatamente. Entonces comprendí los enérgicos efectos de esa bebida, su bienhechora acción en el cuerpo humano y la imposibilidad de tomarlo en gran cantidad.

El té forma parte tan esencial de la alimentación china, que autores, tales como Lu-U, han publicado libros enteros—nuestro *Perfecto Cocinero*—acerca de la manera de prepararle.

En efecto, el té no puede ser bueno sino con estas condiciones: el agua ha de ser de lluvia ó de manantial y ha de cocer hasta un cierto punto; la ebullición no debe durar más que algunos minutos; en cuanto aparecen burbujas en la superficie, basta. La tetera debe ser de materias determinadas; los verdaderos aficionados se sirven únicamente de teteras de Ni-Hing, que son de barrro cocido sin baño interior. El té, así pre-

parado, constituye una bebida excelente, sana y económica.

Se puede beber á pasto, hasta cuando uno se va á acostar, y sin azúcar siempre; jamás excita.

A propósito de esto, me ha dicho un compatriota mío, que los europeos, y sobre todo los ingleses, no saben hacer té: 1.°, lo hacen hervir; 2.°, lo aditamentan con alcoholes que destruyen el aroma; y, por último, el azúcar hace que pierda el sabor. El té debe ofrecer un color claro, ligeramente amarillo.

El Monasterio de U-Tchien (manantial de Jade) está situado en la provincia de King-Tin, entre rocas y cascadas; le rodea una plantación de té, cuyas hojas son del tamaño de la mano y que reciben el nombre de «Té de la mano de los Inmortales». Un octogenario, que habitaba en aquellos lugares, parecía completamente un joven y gozaba de excelente salud; decía, á quien quería oirle, que al té debía su salud y juventud.

No es extraño que bebida tan bienhechora haya inspirado á los poetas. Son innumerables los versos que celebran las virtudes del té.

He aquí algunos:

Para hacer que los amigos pasen alegremente la noche, el pobre les ofrece té.

Hacer el té con nieve, es gustar algo celeste.

Cuando se hace el té en el bosque, la humareda espanta á la cigüeña.

La época de la recolección varía según el país; en unos se recoge antes de la estación de las lluvias, en otros al primer trueno y en otros al primer canto del cuco.

Se refieren muchas patrañas acerca de nuestro té, entre otras, que el que enviamos á Europa ha sido ya usado y vuelto á secar: no es exacto; el té destinado á la exportación es de calidad media y existe en tal cantidad que no hay para qué recurrir al poco halagüeño expediente que acabamos de mencionar. Añadiré que la exportación se hace por casas europeas, Además, las hojas que han servido ya, se utilizan en China,

después de desecarlas, para rellenar almohadones, colchones, etcétera.

De esta suerte, después de habernos fortificado durante el día, el té nos ofrece aún descanso para la noche.

LAS VARITAS Ó PALILLOS

No se trata de varitas mágicas que, manejadas por la reina de las hadas, evocan el mundo de los espíritus. Nuestros palillos tienen una misión infinitamente más prosaica, pero de mucha más utilidad; son los auxiliares con cuya ayuda ingerimos en el cuerpo el alimento reparador, el carbón indispensable para el funcionamiento de la máquina humana.

Cree el público que nos servimos de dos palillos—uno en cada mano—para coger los manjares y llevarlos á la boca: es un error, y el procedimiento es menos complicado.

Se colocan los palillos en la mano derecha, sujetos por el pulgar y el anular y manejados por el índice y el medio para coger los trozos de carne ó los granos de arroz, de los que ninguno escapa á esos dedos artificiales; uno de éstos permanece inmóvil y recibe los objetos recogidos por el otro.

Cuando se trata del arroz, nuestro pan cuotidiano, se acerca el plato á la boca á muy corta distancia.

Se cree que se necesita una gran práctica para servirse de los palillos, pero esto no es más que un prejuicio del que está acostumbrado al tenedor; los niños los llegan á manejar tan pronto como los utensilios europeos. Por lo demás, usamos también el tenedor para el asado, y la cuchara para los líquidos.

El *Libro de los Ritos,* que trata de todos los actos de la vida, prescribe que se usarán los palillos para los manjares sólidos, pero no para la sopa. Como se vé, desde los tiempos más remotos estaba resuelta ya la importante cuestión de la cuchara.

Los palillos no son informes, ni de madera vulgar. Se hacen de bambú, de las maderas más preciadas, de marfil y de plata. Cuadrados en la parte superior, de 20 á 25 centímetros de largo por 10 ó 15 milímetros de ancho, son redondos en la parte media é inferior: en uno de los lados cuadrados hay grabados versos ó dibujos.

Desde el punto de vista histórico, los palillos han desempeñado frecuentemente un gran papel. En tiempos de la dinastía de los Ilan, en ocasión de estarse celebrando un banquete político, ofrecido por el Emperador á sus ministros, uno de éstos, Tchang-Liang, se levantó de repente, exclamando: «Está perdida la causa de vuestra majestad, pues acabo de consultar á los palillos.» Y, en efecto, fracasaron los proyectos de conquista del Emperador. Aún hoy se admira la habilidad de aquel estadista que supo disimular sus propias reflexiones bajo la pretendida adivinación motivada por los palillos, y que supo hacer pasar por inspiración divina los consejos de su razón.

Algunos siglos después, el famoso dictador Tchao-Tsao comía con su rival, el cual trataba aún de ocultar su ambición bajo modestísimas pretensiones; pero Tchao-Tsao queriendo mostrar en público los ocultos designios del otro, se puso á hablar de los hombres más valientes de la época. Todos citaron un nombre, y al fin dijo Tchao-Tsao: «Los únicos valientes verdaderos somos vos y yo.» Al verse directamente aludido, Lin-Peí—que tal era el nombre del rival—dejó caer sus palillos, precisamente en el momento en que estallaba un trueno. Trató de ocultar su emoción, exclamando: «¡Ah, qué grande es el poder del cielo! ¡Me he asustado extraordinariamente!» Pero no pudo desvanecer las sospechas justificadas por su espanto.

Bajo la dinastía de los Tchang, Kai-Yang regaló al ministro de Estado Soung-King un par de palillos de oro, diciéndole que no le hacía tal regalo por el valor del objeto, sino por la forma de éste, «que es recta como vuestro carácter.»

Dice la historia que un gastrónomo, llamado Ho-Tseng, gastaba un dineral en comer y que casi nada le apetecía; se alimentaba como los príncipes, pero que, á pesar de gastarse diez mil escudos en manjares, no juzgaba á ninguno digno de sus palillos. En fin, las anécdotas históricas relativas á los palillos son demasiado numerosas para que puedan ser enumeradas.

Citemos una más:

«En China es muy apreciado un caracol alargado en forma de mango, al que se llama *solan* ó navaja de afeitar, y que tiene una huella en la valva. Se cuenta que un Emperador cogió un *solan* entre sus palillos y lo echó á un lago, en donde se multiplicó el molusco, pero aún conserva la señal que imprimieron en la concha los palillos del Emperador Han-On-Ti.»

Terminaré con estos cuatro versos á los palillos, debidos á un filósofo:

Muchas veces se me ha ocurrido preguntar su parecer á los palillos,

Que siempre prueban antes que nosotros lo dulce y lo amargo.

Pero me responden que el sabor está en los manjares,

Mientras que ellos no hacen más que ir y venir.

LA COCINA

Se cuentan tantos horrores de la cocina china, que me parece indispensable consagrar un capítulo á la rehabilitación de nuestro arte culinario.

No tengo la pretensión de que se os haga la boca agua; pero sí, por lo menos, la de demostrar que mis conciudadanos no comen las extraordinarias cosas que se complacen en decir ciertos viajeros..... con prevenciones.

Las comidas ordinarias se componen generalmente de ocho

platos: dos de legumbres, uno de huevos, otro de pescado, uno de mariscos, uno de ave y dos de carne: cerdo y carnero en el Mediodía, cordero y vaca en el Norte. Además, un gran plato de sopa, acompañado todo de arroz, que hace las veces de pan; como mis compatriotas, salvo en contadas ocasiones, no toman vino ni té al comer, y como se necesita algo de líquido, se toma sopa.

Como la vida es muy barata, el presupuesto para las tres comidas diarias, análogas á la que hemos dicho, no pasa de cincuenta céntimos por persona. La libra de carne cuesta de veinticinco á treinta céntimos, y una buena ave vale de sesenta á setenta céntimos también.

En 1882 me embarqué en Hong-Kong en un buque chino para volver á mi casa. Como no me pudiese habituar al trato de á bordo, dije á un criado que me sirviera pollo para mi almuerzo, y le entregué cinco francos, precio ordinario de un pollo en Francia. Momentos después vino el criado á preguntarme qué condimento prefería.

—Asado—respondí—y cortado en pedazos.

Pasó un rato y me trajo una mole inmensa, algo así como la mitad de un tonel, lleno de pollos, divididos en pedazos pequeños y humeantes.

—¡Cómo! ¿Qué es esto?

—Sí, señor. Con los cinco francos, he comprado doce pollos, que he preparado conforme á vuestras instrucciones.

Tuve bastante con la vista de aquella enorme cantidad de carne y con el plato pantagruélico que la contenía; mandé que se llevasen todo y que lo repartiesen entre los criados.

Con esto tendréis una idea de lo poco que cuestan las cosas en nuestro país. Un obrero que gane un franco diario puede sostener á su mujer y á dos ó tres hijos y ahorrar la mitad del jornal.

Cuando estuve en la Escuela militar, en la que los alumnos reciben el trato de los oficiales, pagaba cuarenta céntimos diarios, y jamás tuve por qué quejarme de la alimentación.

Es muy sencilla la explicación de tal baratura. Según la estadística, cada habitante del Imperio del Medio paga, poco más ó menos, dos francos de contribución, y todo lo que se refiere á la alimentación se halla libre de impuestos.

Los europeos que se quejan de lo mucho que gastan en China, es porque conspiran contra sus intereses, por no querer someterse á nuestro régimen, y hacen mal; pues, aparte de que los platos de París, caros ya de por sí, han de alcanzar en China precios fabulosos, hay que tener presente que toda cocina es propia de su clima respectivo. De mí sé decir que en cuanto llegué á Europa, me habitué á la cocina francesa, reputada como la mejor de todas; pero que, cuando de regreso en China fuí á comer con franceses, que tuvieron la bondad de invitarme, me sentaban mal los manjares: el café me irritaba el estómago y el cigarro me hacía sangrar por la nariz. Y, sin embargo, cosas son esas dos últimas de las que no puedo prescindir en Europa. ¿Cómo ha de extrañar entonces que los europeos no puedan acostumbrarse á nuestros climas, aferrándose en conservar sus hábitos de alimentación exótica?

Cuando se presentan de improviso algunos amigos, los invitamos al *restaurant,* ó traemos á casa la comida. Estos banquetes cuestan generalmente seis dollars, ó sea treinta francos para ocho personas. Y son muy completos, como puede vorse por la siguiente enumeración:

Cuatro platos de entremeses.

Cuatro de frutas secas.

Cuatro de frutas de la estación.

Cuatro grandes fuentes, compuestas cada una de un pato, aletas de tiburón, nidos de golondrinas y una carne cualquiera.

Cuatro fuentes más pequeñas, con aves, mariscos y carnes.

Cuatro fuéntecitas, con setas, hongos (llamados entre nosotros *orejas de los bosques)*, *arroz de los inmortales* (otra especie de hongo) y retoños tiernos de bambú; cuatro grandes platos compuestos de pescado, carne de cerdo, estrellas de mar y cordero.»

Estos cuatro últimos platos, de los que generalmente no se sirve nadie, dan fin á la comida.

El precio de las comidas de etiqueta no excede nunca de 20 dollars, ó sea 100 francos, para ocho personas. Aquí son más numeroros los platos: hay dos asados reglamentarios que se sirven enmedio de la comida, salteados con pedacitos de pan cocidos en el baño de maría.

Un criado, provisto de un cuchillo bien afilado, quita la piel del asado (lechoncillo y pato ó ganso) y pone un poco en un platillo delante de cada uno de los convidados, y otro criado les sirve en tazas aguardiente de arroz. Se me olvidaba decir que antes de servir el asado, se alza la mesa como si se preparase para otra comida ó se fuese á servir el café, como se hace en Europa.

En toda comida los pasteles alternan con los platos fuertes. Con los pasteles salados, y que tienen carne, se presenta una tacita de caldo de gallina, y con los dulces, leche de almendras. Debo añadir también que toda comida empieza por los entremeses y las frutas, y termina con una fuente de arroz que casi nunca se prueba.

Al levantarse de la mesa, los convidados se dirigen á tomar el te, y se les entrega una servilleta humedecida con agua caliente.

Los convidados se sientan dos á dos, en torno de una mesa cuadrada, de manera que el primero y el tercero hagan frente al segundo y cuarto; el sexto y el quinto, de frente al patio, al que vuelven la espalda el séptimo y el octavo. Este es el anfitrión que, entre otras, tiene á su cargo la misión de escanciar el vino á sus huéspedes. Cuando los convidados son más de ocho, se colocan otras mesas, y si se necesitan cuatro, la tercera y cuarta están cerca del patio, y la primera y la quinta próximas á la sala.

Los entremeses, entre los que se cuentan las frutas, suelen ser jamón, mollejas de ave, langostinos y huevos en conserva, los cuales, merced á su envoltura de cal, se conservan indefi-

nidamente; á los veinticinco años están exquisitos, habiendo sufrido una especie de transformación: el amarillo de la yema se ha vuelto de un color obscuro, y el blanco de la clara parece gelatina de carne, muy obscura también.

He tenido ocasión de hacer que algunos europeos probasen esos huevos, así como algunos otros manjares chinos y, desprovistos de prejuicios, les han gustado muchísimo.

Sin embargo, en una ocasión una dama alemana, después de hallar deliciosa á nuestra cocina, preguntó el nombre de cada uno de los manjares; uno de nuestros intérpretes, no conociendo el nombre técnico del escombro, le respondió en sentido figurado, que era un See-Igel, literalmente, *erizo de mar*. Bastó este nombre para que no volviese á probar bocado la amable convidada, la cual me dijo, pues estaba á mi lado, «que le parecía que aquello la andaba aún por la garganta». ¡Qué poderosos son los prejuicios!

El Marqués de Harvey, de Saint-Denys, dió, cuando la Exposición de 1867, una comida china cuya lista fue redactada por el célebre caricaturista Cham, y en la que había cosas espantosas. Había que ver los visajes de los convidados cuando la leyeron. Seguramente no hubieran probado nada, y si el piadoso anfitrión no les hubiera tranquilizado á tiempo, estaban dispuestos, antes que á comer, á..... indisponerse de antemano.

Sin duda que hay en China, como sucede también en otras partes, personas de gustos excéntricos, pero no es lo general. Repito aquí que desde que tengo uso de razón jamás he conocido ni visto á nadie que coma gato ó perro, de cuya extravagancia nos acusaba, no hace mucho todavía, un escritor en el *Fígaro literario*.

A propósito de esto he de referir una anécdota bastante curiosa. Cuando la legación de China se instaló por primera vez en París, en la primavera de 1878, recibí la visita de un lacayo con librea que deseaba hablarme de parte de una condesa polaca.

Cuidaba ésta en su casa una docena de perrillos chinos, de esos falderillos sin pelo, que todo el mundo conoce; los quería entrañablemente, y temerosa de que la colonia china se comiese sus animalitos, me anunciaba (tratándonos como bestias feroces ó salvajes) que si llegaba á faltar uno de sus perros, prendería fuego al edificio de la legación. Tranquilicé á aquella buena vieja diciéndole que ninguno de mis compatriotas era cinófago, y que, si por casualidad llegase á faltar algún día uno de sus animales, valdría más que antes de ser incendiaria con premeditación, se dirigiese, en la prefectura de policía, á los perreros correspondientes.

En suma, comemos lo mismo que vosotros, con alguna mayor variedad, pues para ello nos favorecen nuestras tierras y nuestros mares. Pero jamás se presentan cosas repugnantes ni extravagantes siquiera en nuestras mesas. Preparamos, cierto es, nuestros platos de diferente manera; cortamos los alimentos en trozos pequeños, lo que no permite distinguir la naturaleza de los mismos, pero no por eso son menos exquisitos. Podría invocar aquí el testimonio de todos los europeos que han vivido en nuestro país.

Por lo demás, la cocina está en razón directa de la civilización de los pueblos; cuanto más desarrollada está la segunda, más refinada y perfecta es la primera. Francia es el país de Europa de más antigua civilización y su cocina es la mejor de Occidente. Así, en lugar de interrogarnos para saber si condimentamos de tal ó cual manera, debería preguntar el europeo qué edad cuenta la civilización china. La contestación á esta pregunta le diría en seguida que el atribuirnos platos tan poco apetitosos, como tan á menudo se hace, es sencillamente gratuito: obra de imaginación muy viva, tal vez, pero de pura imaginación al fin.

El General Tcheng-Ki-Tong.

(Concluirá.)

DISCURSOS Á LA NACIÓN ALEMANA

CONTINUACIÓN DE LAS PRECEDENTES CONSIDERACIONES

Al final del discurso anterior declarábamos que tan sólo la participación de pensamientos frívolos y de doctrinas erróneas tocante á los intereses de los pueblos, impide á los alemanes formarse idea clara de su situación presente. De momento, tales errores gozan de la consideración pública y ocupan el lugar que han dejado vacío las cosas desaparecidas de entre nosotros, por lo cual conviene examinarlas con más detención todavía de la que por sí mismas merecen.

En primer lugar, no tiene duda que los límites primeros, originarios y verdaderamente naturales del Estado son sus límites internos. Todos los que hablan un mismo idioma..... hállanse unidos entre sí desde el principio por un cúmulo de lazos invisibles, porque pueden comprenderse unos á otros y se comprenderán cada vez con mayor claridad formando, naturalmente, un todo homogéneo. Siendo así, le es imposible al Estado aceptar de ningún otro pueblo noción alguna de abolengo y de idioma diferente, sin perjudicarse á sí mismo y á su propia formación. De esos límites internos, constituídos por las propias fuerzas de la naturaleza espiritual humana, se origi-

nan luego los límites ó fronteras materiales, de modo que los hombres no forman una nación porque vivan en este ó el otro lado de una cadena de montañas ó de un río, sino que viven juntos—protegidos, si la suerte les ha favorecido hasta tal punto, por montes y ríos—porque primitivamente, y en virtud de leyes naturales de orden superior, formaban ya un pueblo.

Así la nación alemana, gracias á poseer un idioma y una manera de pensar comunes, hallábase suficientemente unida y se distinguía con claridad de los demás pueblos en la vieja Europa, constituyendo el muro de separación entre razas heterogéneas, bastante numerosa y esforzada para poder defender sus fronteras contra los ataques del extranjero y, bastándose á sí misma, inclinada naturalmente á no preocuparse de las naciones vecinas ni á mezclarse en los asuntos de éstas, y todavía menos á turbarlas ó convertirlas en enemigas suyas. Sus felices destinos en el transcurso de los siglos la excluyen de toda participación directa en el pillaje realizado por otros pueblos, que es precisamente lo que, en primer término, ha orientado el desarrollo de la Historia moderna, los destinos de las naciones y la mayoría de sus ideas y anhelos. Después de esto, la Europa cristiana, que no perdió su unidad al través de una serie de transformaciones sociales, aunque le faltó la plena conciencia de ello, dividióse en gran número de nacionalidades, y Alemania se convirtió en una presa á todos ofrecida y de todos ambicionada con igual ardor, porque cada cual podía servirse de ella del mismo modo; y esa mutua envidia de unas naciones respecto de otras, las arrastró á vivas hostilidades y apetitos belicosos. Fue también ventajoso por de pronto á esos pueblos el unirse, mediante conquistas ó alianzas, á otros pueblos de origen ó lenguas diferentes. El pueblo que permanece fiel á su propia naturaleza, puede, sin duda, caso de que sus fronteras lleguen á ser demasiado estrechas, desear agrandarlas mediante la conquista del país vecino, para contar así con mayor espacio, y, para lograrlo,

arrojará de él á los primitivos habitantes; puede querer cambiar un clima triste, duro y estéril, por otro más dulce y más favorecido, y en este caso también arrojará á los antiguos pobladores; puede, incluso, si degenera, acometer simples empresas de pillaje, sin el intento de apropiarse la población ni el suelo, que abandonará una vez dueño de las riquezas; puede, en fin, transportar á los habitantes de ese país para utilizarlos como esclavos y repartírselos; pero nunca tendrá el menor interés en absorber una nacionalidad extranjera tal como se halla constituída, y jamás se le ocurrirá la idea de hacer semejante cosa. Si, por ventura, hallase en la persona de un pueblo vecino un rival bastante fuerte—ó aun muy fuerte—entonces variaría el caso; ya que el pueblo vencido podría unir sus energías á las nuestras contra el enemigo y ser una fuerza más para el Estado. Más prudente hubiese sido, sin duda, desear la paz y el reposo, pero la ambición no podía hallar límites ni reflexionar que las cosas superfluas no sirven para nadie; la presa á todos ofrecida tentaba á todos, y, por otra parte, esa ambición no podía imponerse sus propios límites, porque quien limita sus deseos es fatalmente aniquilado por los que toman para sí todo lo que pueden. Cada cual quiere arrebatar al vecino lo que éste posee, si cabe hacerlo..... Sólo reposan los que no se sienten bastante fuertes para luchar, y en cuanto se conceptúen fuertes, es seguro que emprenderán la lucha. Para conservar la paz es, pues, necesario que nadie pueda turbarla en ningún momento, viendo del otro lado una fuerza igual á la suya, capaz de resistir con la misma energía; y este equilibrio de fuerzas aseguraría á cada pueblo el mantenimiento de sus actuales fronteras y la paz general. Pero ese sistema supone la afirmación del poder que se ofrece como presa á la ambición de las naciones, que tienen todas igual derecho á su posesión, y en ello estriba el verdadero medio de conservar la paz, á condición de que exista el elemento necesario para tal equilibrio.....

Pero ¿es acaso irrealizable esta aspiración? ¿No tenemos

acaso, en el seno de la misma Europa, la poderosa nación alemana que nunca realizó conquistas, que no las desea y que es casi incapaz de mostrar la más ligera pretensión de este género? Si hubiese sabido conservarse en el estado de potencia autónoma fuertemente unida, los demás pueblos europeos hubieran podido desear destrozarse mutuamente en todos los mares, en todas las islas del mundo, pero en la misma Europa, la firme muralla del pueblo alemán les hubiera impedido atacarse unos á otros; nadie hubiese violado aquí la paz, y los alemanes hubiesen conservado su bienestar y su reposo, al propio tiempo que aseguraban los de los restantes pueblos europeos.

Pero al extranjero egoísta, atento únicamente al interés del momento, no podía satisfacerle semejante estado de cosas, y le pareció que la bravura alemana merecía ser utilizada en sus guerras para arrancar el botín á los adversarios; para ello necesitaba, sin embargo, un motivo, y sus artificios engañaron fácilmente la buena fe alemana. Las profundas divisiones que las rivalidades religiosas habían creado en el carácter alemán, sirvieron por de pronto al extranjero para destruir la unidad de la Europa cristiana y disgregarla en una multitud de Estados pequeños.....; y aunque todos los procedentes de una misma nación no tenían otro enemigo que el propio extranjero, ni otro interés que una alianza común contra los embustes y añagazas de ese mismo enemigo, éste supo colocarlos frente á frente como enemigos naturales contra los que cada cual debía estar en guardia, y supo igualmente hacerse pasar por aliado natural de ellos, destinado á protegerlos contra los ataques de sus compatriotas; y con ese aliado era preciso vencer ó morir, contribuyendo con todas las fuerzas disponibles á sus empresas. He ahí los artificios que se impusieron á los alemanes, llevándolos á mezclarse en todas las tradicionales contiendas del mundo antiguo y el moderno; y desde entonces, toda guerra nacida de estas causas hubo de empeñarse en tierra alemana y con sangre alemana, alcanzan-

do el menor choque contra ese famoso equilibrio, á la única nación realmente extraña á los orígenes de semejantes discordias, con lo cual los Estados alemanes, así divididos contrariamente á todas las leyes de la nacionalidad y de la razón, viéronse obligados á mantener el equilibrio en la balanza de Europa, cuyas empresas seguían á ciegas y sin voluntad propia. . . . . .

Ved aquí los orígenes y la significación, así como las consecuencias para Alemania y para el mundo entero, de ese famoso sistema de equilibrio entre las potencias europeas. Si la Europa cristiana hubiese continuado siendo una, como debía ser y como lo fue en sus orígenes, jamás hubiera habido ocasión de realizar tales proyectos; la unidad reposa en sí misma y no se divide nunca en fuerzas heterogéneas cuyo equilibrio sea preciso mantener; cosa es esta sólo necesaria para la injustamente dividida Europa, de la cual no formaba parte Alemania. Si á lo menos hubiese permanecido unida enmedio de naciones sueltas, como el sol enmedio de los planetas, hubiera podido conservar su reposo y asegurar á todos un equilibrio perfecto sin la ayuda de artificio alguno. Pero el extranjero logró, engañándola, mezclarla á sus ajenas querellas, hallando ventaja en mantenerla en sus ilusiones. El fin que así perseguía hubo de cumplirse, y ante los ojos tenemos el resultado. Mas si no podemos destruir lo hecho, ¿por qué no cegar su fuente en lo íntimo de nuestra razón, único bien que nos resta? ¿A qué conduce conservar ante nuestros ojos el ensueño antiguo, ya que la desgracia nos ha despertado? ¿Por qué no mirar ahora cara á cara la verdad y el único medio de obtener nuestra salvación? Nuestros sucesores podrán quizá realizar lo que nosotros entrevemos; ahora sufrimos las consecuencias de las ilusiones de nuestros padres. Comprendamos, al fin, que el extranjero puede dejarse llevar por el ensueño de un equilibrio artificioso, pero que semejante idea no puede hallar raíces en un carácter alemán, y nunca debería habérsele dado entrada; veamos claramente su inconsistencia, y sepamos reconocer que

la felicidad universal debe asegurarse, no por tal medio, sino merced á la unidad de los alemanes.

Igualmente son extraños los alemanes á la libertad de los mares, tan ensalzada en nuestros días, ya se trate de esta libertad en sí misma, ya tan sólo de la posibilidad de derivar de ella todas las demás. Durante siglos, cansado de la fiebre comercial que se apoderó de todas las naciones, el alemán no mostró nunca gran deseo de tomar en ella una parte activa, ni lo hará así jamás. No le hace falta. Su propio suelo, suficientemente rico, le asegura la posesión de todas aquellas cosas que necesita para vivir el hombre civilizado, y no gusta de trabajar en cosa distinta; y en cuanto á esas ventajas especiales que el comercio internacional asegura—la extensión de la ciencia geográfica y del conocimiento del mundo—ya sabrá participar de ellas, merced á las cualidades de su espíritu. ¡Oh, si su buena estrella pudiese preservar al alemán de toda participación directa en los bienes de los demás pueblos, como en otro tiempo fue preservado de toda indirecta participación! ¡Ojalá que una credulidad vergonzosa y el deseo de vivir de manera distinguida no nos hagan necesarias las cosa superfluas que fabrican los demás pueblos! ¡Ojalá hubiésemos preferido otorgar condiciones más beneficiosas á un conciudadano poco favorecido por la fortuna, en vez de buscar la ganancia al otro lado de los mares, utilizando el sudor y la sangre de un infeliz esclavo! A lo menos, no parecería que tenemos merecido nuestro estado actual... Hace unos diez años, cuando nadie podía sospechar lo que iba á ocurrir, se aconsejó á los alemanes que se hiciesen independientes del comercio internacional, convirtiéndose, por sí propios, en una potencia comercial. Este proyecto chocaba con nuestras costumbres y particularmente con ese diabólico amor al oro amonedado, y fue combatido y abandonado al fin (1). Más tarde, una potencia extranjera nos

(1) Alude al libro de FICHTE, *El estado comercial cerrado,* que se publicó en 1800.

ha obligado á prescindir de eso y de otras muchas cosas. ¡Ojalá que esta circunstancia nos haga más discretos en punto á otros deseos! ¡Ojalá, en fin, comprendamos que todos los sistemas que se basan en el comercio internacional convienen sólo á los extranjeros y forman parte de los medios que usan para combatirnos; que ninguna utilidad encierran para nosotros, y que la independencia interior y el comercio nacional, dentro de la unidad, son los dos medios capaces de fundar nuestra felicidad y, con ella, la de toda Europa.

¡Véase al fin en toda su fealdad y en todo su absurdo ese fantasma de la Monarquía universal expuesto á la admiración pública, ahora que la idea de un equilibrio político general se hace de cada vez más improbable! El espíritu puede afirmar que los caracteres esenciales de la especie humana se realizan en los individuos mediante modalidades cada vez más variadas y progresivas, en los pueblos por una unidad completa y definitiva. Pero cada pueblo obra conforme á su personalidad, y cada sujeto conforme á su modalidad nacional, ante todo, luego según su propia individualidad. De este modo la manifestación divina se muestra tal como debe ser, y sólo el hombre sin idea de la legalidad y del orden divino, ó el enemigo jurado de una y otro, puede atreverse á sustituirlo. Únicamente esos caracteres personales, invisibles, que unen la nación á la fuente misma de la vida primitiva, garantizarán su dignidad presente y futura, sus virtudes y cualidades; y si esa personalidad desapareciese por cualquier mezcla extraña, se efectuaría entonces la separación de la naturaleza espiritual y la corrupción sobrevendría al punto. Algunos escritores, para consolarnos de todos nuestros males, dicen que nos convertiremos en factores de esa nueva Monarquía universal. Mas, ¿podremos creer que haya alguien capaz de reunir en una sola familia todas las distintas razas extrañas unas á otras, ni acaso es posible que en nuestro tiempo se cumpla semejante ultraje á la especie humana? Pero supongamos que queremos prestar fe á esa cosa increíble. ¿Quién sería capaz de realizar

este plan, ni qué pueblo podrá, enmedio de la actual civilización europea, conquistar el mundo para la nueva Monarquía universal? Siglos hace que los pueblos de Europa han dejado de ser salvajes, y de devastar por puro gusto de la devastación. Todos buscan, tras de la guerra, una paz definitiva; tras el esfuerzo, el reposo; tras el desorden, un orden completo; y todos quieren ver coronada su carrera por la calma de una vida doméstica tranquila. Durante algún tiempo, ciertas ventajas nacionales pueden hacerles aceptar la guerra con entusiasmo; pero si ven renacer constantemente las mismas exigencias, acaban por olvidar las ventajas conquistables y la fuerza febril que los animaba; la pasión por la paz vuelve á apoderarse de ellos..... Hoy día, sería preciso que el conquistador destruyera previamente tales sentimientos, y convirtiese de nuevo en salvajes á los pueblos que están civilizados. Todavía hay más. El hombre habituado desde su juventud á ver países civilizados, en los que reinan por todas partes el buen orden y el bienestar, contempla siempre esas cosas con placer y se afligiría de perderlas..... Sería preciso, pues, llegar á contrapesar esa tendencia casi innata en el corazón del hombre civilizado, y destruir ese sentimiento de tristeza que nace en presencia de los males que la guerra produce en los países conquistados. Esto, únicamente puede conseguirlo la pasión de amontonar tesoros en el saqueo de los pueblos florecientes, pues entonces sólo se piensa en reunir el mayor número de riquezas posible en provecho propio y al través de los males comunes, con lo cual desaparece todo sentimiento de compasión y de piedad. El conquistador universal de nuestro tiempo debería, pues, acostumbrar á los suyos á devastar con bárbara crudeza el país enemigo; y debería, en vez de castigar las vejaciones que causaran, excitarlas más y más. Entonces se convertiría el pillaje en prueba de un espíritu hábil y se contaría en el número de las acciones brillantes que abren la puerta á los mayores honores. ¿Hay acaso en la moderna Europa una nación tan olvidada de su propio honor que pueda hacer

semejante cosa? Aun suponiendo que lograse éxito un conquistador semejante, no le sería dado realizar su fin personal. Un pueblo de tal carácter no vería en los hombres y en los territorios conquistados más que un medio de adquirir riquezas prontamente, para seguir adelante y adquirir otras nuevas; derribará el árbol cuyos frutos apetece, realizará todas las vejaciones posibles, y arrojará al azar, lejos de sí, el fruto violentado; el conquistador, puesto al frente de tales soldados, vanamente recurrirá á todos los artificios imaginables para tentar, persuadir, ó engañar á los hombres; sus ejércitos podrán deslumbrar á distancia, pero de cerca su audacia de bestia salvaje, su desvergonzada pasión por el botín, se mostrarán á los ojos de los más ciegos, y bien pronto surgirá contra ellos el desprecio de todo el género humano. Con semejantes tropas es posible devastar la tierra entera y convertirla en un caos, pero jamás se podrá fundar la Monarquía universal.

Tales pensamientos, y todos sus análogos, dan muestra de una inteligencia que juega consigo misma, y á cada paso queda prisionera en sus propias redes. Algunos de ellos, verbi gracia, el del equilibrio político, pueden ayudar á sostenerse enmedio del oleaje de los acontecimientos; pero creer en la natural posibilidad de todo eso y acometer su realización, equivale á trazar sobre la tierra con un lápiz, los polos, el meridiano ó la línea de los trópicos. Si nuestro pueblo pudiese adquirir la costumbre de reflexionar, no en broma, sino buscando las consecuencias y las deducciones lógicas, sería inútil prevenirle de este modo contra las imágenes falsas de una política de origen extranjero, hecha para sorprender nuestra simpatía.

Esa cualidad fundamental que consiste en pensar seriamente y con fundamento, entrará bien pronto en nuestra propia vida, si llegamos á poseerla. Somos los vencidos; de nosotros dependerá, en adelante, merecer el desprecio y perder, tras tantas otras desgracias, hasta el honor. La lucha con las

armas ha terminado; pero ahora comienza el combate de los principios, de las costumbres, de los caracteres.

Ofrezcamos á nuestros huéspedes el espectáculo de una amistad fiel á la patria y á los aliados, de una honradez intachable, del amor al deber, el cuadro, en fin, de todas las virtudes civiles y domésticas, y ese será el amistoso presente que les demos para que lo lleven consigo á su vuelta. Guardémonos bien de atraernos su desprecio, lo cual ocurriría si les temiésemos más de lo justo, si abandonásemos nuestra propia manera de vivir esforzándonos por parecernos más á ellos, adoptando sus costumbres. Arrojemos fuera de nosotros la maligna idea de provocar una guerra ó disputas fratricidas; lo más conveniente será continuar nuestro camino como si estuviésemos solos con nosotros mismos, no tolerando más relaciones que las obligadas; y el medio para llegar á este fin, consistirá en que cada cual se satisfaga con sus relaciones familiares, soportando el peso de las desdichas comunes sin ajeno auxilio y mirando como una vergüenza todo favor procedente del extranjero. Desgraciadamente, la costumbre general en Europa, y aun en Alemania, consiste en preferir rebajarse á parecer, como vulgarmente se dice, *imponente,* y tal vez sea preciso buscar en este principio la razón de todo ese sistema de bien vivir tal como hoy día lo acepta todo el mundo. ¡Ojalá vayamos los alemanes contra semejante sistema, antes que chocar con principios bastante más elevados! ¡Ojalá, podamos, á pesar de todo, permanecer tal como somos naturalmente, y, si cabe, todavía más firmes, más resueltos, para llegar á lo que debemos ser! Exhórtasenos á ser más activos, menos serios, menos severos en nuestras empresas: ¡procedamos de tal modo que cada día seamos más merecedores de tales reproches! Obremos así persuadiéndonos de que nunca, á pesar de todos los esfuerzos imaginables, lograríamos ser completamente tales como ellos desean, á menos de renunciar á nuestras costumbres nacionales, lo cual equivaldría á perder nuestra personalidad propia. Pero existen pueblos incapaces, en virtud de la limitación de

su *yo,* de contemplar fría y tranquilamente las condiciones de existencia de las naciones vecinas..... Vénse los tales obligados á creer que sólo hay un método para llegar á ser un pueblo civilizado, que de ese método el azar les ha hecho únicos poseedores, y que todos los demás habitantes del mundo no tienen más destino que formarse á semejanza de ellos, agradeciéndoles, además, la molestias que se toman para educarles de ese modo.

Entre los pueblos de la primera clase existen recíprocas influencias de ideas referentes á la cultura; humana mutua penetración en que cada cual queda siempre idéntico á sí mismo, gracias al desinterés del vecino. Los de la segunda clase nada pueden fundar, pues son incapaces de comprender las cosas en sus relaciones verdaderas, queriendo tan sólo destruir todas las relaciones que actualmente existen y crear, fuera de ellos, un vacío en que les sea posible reflejar indefinidamente su imagen; su iniciación en las costumbres extranjeras no es más que una prueba de condescendencia y amistad hacia un sujeto futuro, todavía débil, pero que promete; aun las mismas formas de la antigüedad, de la hermosa antigüedad, no serían capaces de satisfacerles á no venir disfrazadas á su manera, y si les fuera posible, hasta resucitarían á los muertos para educarlos á su modo. Lejos de mí la audacia de acusar de semejante exclusivismo á ninguna nación determinada, toda ella y sin excepción alguna. Digamos solamente que no son los mejores los que se exteriorizan. Pero si quisiéramos citar á los que de entre nosotros se han pasado así al extranjero, habría que buscarlos en las clases cultas. Esta manifestación tiene sus causas... de las que sólo quiero mencionar la siguiente: hemos hecho la guerra y somos los vencidos; los otros son los vencedores. Sin duda, podrán quedar contentos con semejante confesión. Algunos de entre nosotros pueden todavía creer que el derecho está de nuestra parte, que merecemos la victoria y somos dignos de lástima; mala cosa sería que no fuese así. Pero los que desde su punto de vista especial lo ven todo á su

gusto, ¿pueden acaso irritarse contra nosotros? Mas no queremos alimentar tales pensamientos. Confesamos, sí, que sería malo querer pensar de otro modo que ellos y resistirles; antes al contrario, debemos considerar nuestra caída como lo mejor que podría ocurrir, y bendecirla de acuerdo con nuestros libertadores. No puede ser de otro modo, y así se espera de nuestro buen sentido. Y al hablar así, ¿acaso no me expreso de igual modo que, por ejemplo, se expresaba Tácito en su historia hace dos mil años? Los romanos, en sus relaciones con los bárbaros á quienes combatían, pensaban—y tales pensamientos fundábanse en pretensiones plausibles—que toda resistencia á sus armas era una rebelión criminal, un ataque á las leyes divinas y humanas, que sus armas no podían llevar á los pueblos vencidos sino la ventura, y que el yugo que les imponían era cosa honrosísima; de igual manera se piensa hoy día respecto de nosotros. Me resisto á ver en esto una muestra de espíritu mofador y arrogante; quiero más bien suponer que sea posible pensar de este modo poseyendo un espíritu demasiado exclusivo y personal, y hasta cabría ver cierta confianza en el vencido, semejante á la que, v. gr., veían los mismos romanos; pero me inclino á reservar mis reflexiones sobre este punto, y deseo saber si aquellos de entre nosotros que son incapaces de plegarse á tal creencia harán lo propio.

El extranjero nos despreciaría altamente si nos quejásemos ante él de nuestros compatriotas, acusándolos, á ellos y á nuestros gobernantes, de las desgracias sobrevenidas. Ante todo, hay que desaprobar semejantes acusaciones por injustas é infundadas. Más arriba hemos indicado las causas originales de las desdichas que pesan sobre Alemania; tales causas existen hacen siglos, y en todas las razas alemanas sin excepción, y los últimos acontecimientos no son más que las consecuencias de la falta particular cometida por una rama aislada ó por sus gobernantes; estaban preparadas desde hacía larga fecha, y como tienen su fuente única en nuestra naturaleza íntima, lo mismo que han ocurrido ahora podían haber sobrevenido

tiempo ha. Aquí, todos tienen igual culpa é iguales excusas, siendo imposible hacer la cuenta exacta. El rápido examen de las últimas consecuencias ha demostrado que muchos de los Estados alemanes no conocían suficientemente sus propias fuerzas y su verdadera situación; y, considerando esto, ¿habrá nadie que se atreva á formular un juicio seguro apoyándose en bases firmes?

Quizá entre todas las razas alemanas hay una que merece particularmente censura, no por haber visto mejor y por haber preparado las desgracias cuya responsabilidad á todos incumbe, sino por haber querido aparentar que las veía antes que nadie y que contribuía á ellas mayormente, tras haber despojado á los demás Estados de la gestión de sus negocios. Caso de ser fundada semejante acusación, ¿quién osaría formularla ni á qué conduciría publicarla en alta voz con tanto aplomo? Vemos, sin embargo, que algunos escritores lo hacen así. Pero cuando esta clase social era dueña de todo su poder y de toda su fuerza, cuando gozaba de ambos con la aquiescencia plena de la mayor parte del género humano, ¿hablaban acaso de ese modo sus miembros, ni por ventura han confirmado los hechos sus discursos de entonces? Creemos que intentan llevar á la barra á ciertas personas que entonces se hallaban al frente de los negocios públicos, reprochándoles su incapacidad, su cobardía, y proclamando que, con semejantes directores, era forzoso que ocurrieran los actuales sucesos. Pero cuando los acusados ocupaban el poder y les era posible impedir los malos efectos de su gobierno, ¿vieron acaso esos mismos escritores lo que ahora ven y dicen? ¿Proclamaron acaso con el mismo ardor que ahora su culpabilidad, ni omitieron medio alguno para arrancar á la patria de las manos de esos traidores, consistiendo su único error en no haber sido suficientemente escuchados? Caso afirmativo, hacen bien en recordar sus advertencias, despreciadas entonces. Pero si su sabiduría data solamente de los últimos sucesos, al igual que el pueblo mismo, ¿á qué decir ahora lo que todo el mundo sabe? Aun en esa época, quizá

desempeñaron el papel de aduladores con la esperanza de ganar en ello; el miedo les hizo callarse ante los poderosos á quienes ahora, por estar caídos, tratan de manera tan baja. ¡No olviden poner en la lista de las causas de nuestras desdichas, y al lado de las faltas de la nobleza, de los Ministros y de los Generales incapaces, á los escritores políticos que adivinan lo futuro después que ha ocurrido, ni más ni menos que el pueblo, á los escritores que adulan á los poderosos y arrastran á los caídos por el fango!

Pero al acusar los errores pasados, ¿quizá esas gentes quieren tan sólo lograr que se eviten en lo porvenir, y limitan su papel á pretender crear mejores relaciones entre los hombres, ocupándose apenas de las reglas de lo conveniente y discreto? Fácilmente les concederíamos esa buena intención si apareciese comprobada en sus actos. Nuestros males presentes no han sido producidos tan sólo por las pocas personas colocadas al frente de los negocios, sino por las miras y los errores del todo: el total espíritu de la época, las equivocaciones, la ignorancia, la debilidad, la timidez, las generales costumbres del tiempo, todo ha sido igualmente causa; los Gobiernos han sido quizá menos culpables que las mismas ciudades, y todo ciudadano, aun de los que más violentamente acusan ahora, debería reconocer que, probablemente, su conducta hubiera sido igual á la de aquellos en las mismas circunstancias. ¡Dejémonos de soñar con tantas traiciones y con maldades tan excesivas! Bastan para explicar los sucesos ocurridos la falta de razón y de valor, faltas de las que nadie puede librarse completamente sin un severo examen, pues cuando una colectividad posee en alto grado la fuerza y el poder, cada uno de sus miembros es igualmente fuerte. Añadamos que el atribuir á cada ciudadano su parte de responsabilidad individual, no bastaría para que en lo porvenir se evitase toda falta. Cuando se conoce bien el pecado cometido, es posible evitarlo; pero si cada cual no se corrige á sí mismo, la esfera infinita de la pecabilidad trae pronto otras nuevas. Sólo mediante una completa trans-

formación podemos esperar salvarnos. Si los escritores nos quieren ayudar en esta tarea, les agradeceremos su buena voluntad y proclamaremos que poseen una razón justa y amante del bien.

Las acusaciones recíprocas son en gran manera imprudentes, injustas é inútiles, y nos envilecen á los ojos de los extranjeros, ilustrándolos en punto á nuestra situación y nuestro valor moral, que, de otro modo, nunca creerían ser tan escaso. Si de tal manera nos mostramos tan faltos de experiencia en la vida práctica, creerán que no sabemos cómo agradecer los beneficios de su dominación..... Se ha llegado á afirmar que el extranjero nos ha traído sus riquezas y una patria, haciendo desaparecer la esclavitud personal, que se había hecho lícita entre nosotros. ¿Trátase acaso de burlarse de nosotros, ó más bien no habrá en esto más que resabios de nuestras antiguas lisonjas? Ninguna nación europea ha procedido como procedemos los alemanes, acusando, desde los comienzos de la dominación extranjera, á los antiguos gobernantes, nuestros compatriotas, y alabando con exceso á los recién llegados, nuestros dueños y vencedores.

¿Cómo apartar esa falta de nosotros, los que somos inocentes de ella, dejándola sólo á los culpables? Hay un medio. No volver á imprimir esos deshonrosos escritos y quitar á los autores y editores todo ese público, á quien atraían la ociosidad, la curiosidad vana, el deseo de murmurar, el maligno gozo, en fin, de ver derrumbarse el poder dominador de otros tiempos. Rechacemos, pues, con desprecio y disgusto esos escritos llenos de ultrajes que nos ofrecen, y obremos así aunque nos creamos solos, hasta tanto que realmente se haya formado entre nosotros tal costumbre; con lo cual, bien pronto habremos logrado arrojar de nuestra literatura todas esas vergonzosas producciones.

Por último, nos atraemos el desprecio más profundo del extranjero cuando nos empeñamos en prodigar lisonjas á los poderosos de hoy día. Muchos de entre nosotros se hicieron pro-

fundamente indignos en otro tiempo no respetando las voces de la razón, ni el gusto, ni las buenas costumbres ó las conveniencias, cuando creían poder aplicar una lisonja. Hoy día esta costumbre ha pasado de moda, y las palabras lisonjeras se han convertido en frases acusadoras. El humo de nuestro incienso lo hemos dirigido hacia otro lado, donde se halla el poder actual. Ya, la primera vez, esa necesidad irresistible de adular debió entristecer el carácter naturalmente serio de los alemanes; pero menos mal que todo quedaba entre nosotros. ¿Queremos acaso, ahora, hacer testigo al extranjero de nuestra mala pasión, y sobre todo de la triste vulgaridad con que le damos rienda suelta? Hacerlo así equivaldría á complicar nuestra bajeza de carácter con una gran medianía de espíritu, porque jamás sabemos poner en esas lisonjas la finura que los extranjeros poseen, hallándonos inclinados siempre á exagerarlo todo y á deificar á nuestros héroes para que nadie nos exceda en la alabanza. Aparte de lo que, nuestras lisonjas parecen siempre inspiradas por el miedo ó el terror, y nadie es más ridículo que el que por miedo alaba ó lisonjea la belleza y las gracias de lo que en su fuero interno tiene por horroroso.

Mas, por ventura, lejos de estar inspiradas nuestras lisonjas por una adulación baja, ¿procederán tan sólo del respeto y de la admiración que hemos puesto en el gran genio que dirige la marcha de la humanidad? Si así fuera, ¡cuán poco demostraríamos conocer la señal de la verdadera grandeza! El grande hombre no puede gustar de las estatuas ni de los homenajes de sus contemporáneos, sino que más bien rechaza con desprecio tales adulaciones, esperando el juicio de su persona, de su propia conciencia y de la posteridad. Honra y teme continuamente el destino futuro en su marcha misteriosa y fatal, y nunca se estimará realmente grande hasta haber llegado al fin. Si los hombres tuviesen, pues, una idea verdaderamente grande del objeto de su admiración anticipada, se contentarían con declarar modestamente que es superior á sus alabanzas, y lo honrarían mucho mejor con su silencio respetuoso. Cre-

yéndose obligados á adular sin medida, muestran que lo creen bastante pequeño y vanidoso para gustar de sus lisonjas, que consideran capaces de moverlo á otorgarles una recompensa ó apartar de sus frentes un peligro.

¿Qué significan, pues, miradas atentamente, esas exclamaciones entusiastas de: ¡qué gran genio! ¡qué profunda sabiduría! ¡qué proyectos tan amplios? (1). Significan en realidad que ese genio es tan grande, que podemos comprenderlo plenamente; esa sabiduría tan profunda, que alcanzamos á ver toda su extensión; esos proyectos tan vastos, que podemos abarcarlos hasta en sus menores detalles. Y significan, además, que el hombre así adulado no excede en rigor de la talla del que lo adula, puesto que éste, ya que es capaz de comprenderlo plenamente, podría hacer todavía más si á ello se consagrase por entero. Preciso es tener una gran opinión de sí propio para creer que así se hace la rueda á los poderosos; pero estos se estimarían bien poco si aceptasen con gusto tales lisonjas.

No; ¡vosotros los alemanes, compatriotas, hombres leales, serios, experimentados, arrojad lejos de vuestro espíritu tales insensateces!... Dejemos á los extranjeros el cuidado de crear así, cada diez años, una nueva forma de lo grande y nuevos héroes; es blasfemar de los dioses alabar de este modo á los hombres. Nosotros continuaremos juzgando la verdadera grandeza como en otros tiempos: para nosotros sólo será grande quien produzca ideas capaces de salvar á los pueblos, y no olvidemos que por encima de los juicios de los contemporáneos debe siempre prevalecer el severo juicio de la posteridad.

*
* *

(1) No hay para qué decir que Fitche alude en todo esto á Napoleón.

CONCLUSIONES GENERALES

Los discursos que he pronunciado ante vosotros solos, dirigíanse, en realidad, á toda la nación alemana, aludiendo por encima de esta reducida población á todos los que pueden comprender nuestro idioma..... Quizá he logrado encender en alguno de los corazones que han latido en este sitio, una chispa capaz de inflamar su vida entera; pero no se reduce á eso mi propósito, sino que deseo que ese caso no sea aislado, dando origen en toda la extensión de nuestro territorio á entusiasmos idénticos, encendiéndose por do quiera la llama del más generoso patriotismo. No persiguen estos discursos el fin de divertir al ocioso y presentarle cuadros que halaguen sus ojos; quiero, por el contrario, y todo el que como yo piense querrá lo mismo, saber si fuera de nuestro círculo hay quienes participen de nuestras ideas. Muchos alemanes creen aún que son miembros de una sola y misma nación, formándose á propósito de ella ideas grandes y hermosos y atreviéndose y soportándolo todo por la confianza que en ella tienen; y es preciso decir á esos hombres, con toda claridad, si su creencia es justa ó si no es más que una vanidosa tontería, tras de lo cual podrán ya seguir su ruta con toda seguridad, ó bien les será lícito abandonar toda esperanza en la patria terrenal, consolándose mientras les llega la patria celeste. Vosotros todos, no como simples particulares en la limitación de vuestra vida presente, sino como representantes de la nación entera, escuchad las verdades que mis discursos proclaman.

Hace muchos siglos que no se ha celebrado una reunión parecida ni tan numerosa como la presente, en lo que toca á los intereses generales de la nación alemana. Nunca os han sido dirigidas órdenes semejantes. Si no queréis prestar aten-

ción á ellas, volved á vuestras casas como después de un simple pasatiempo ó de un espectáculo hermoso, y en adelante nadie contará con vosotros para esta obra. Pero si queréis, por el contrario, escuchar hasta el fin mis advertencias y reflexionar acerca de ellas, no salgais de aquí sin haber tomado una resolución firme. Vosotros todos, los que oís mi voz, tomad esa decisión en vosotros y por vosotros mismos, como si cada cual se hallase solo y debiese obrar por sí, porque de esas aspiraciones comunes nacerá una fuerza imponente y dueña de sí misma. Si, por el contrario, cada cual descuida su iniciativa propia para reposar en la del vecino, nadie se moverá y las cosas continuarán como hasta aquí. Tomad, pues, al momento esa decisión. No digais: «dejadnos todavía reposar un poco; dejadnos dormir y soñar algún tiempo, hasta la espontánea realización de un estado mejor.» Jamás se producirá el cambio por sí solo. Quien haya dejado pasar ayer el momento propicio para la reflexión, no volverá á encontrarlo hoy, y mucho menos mañana..... Quien no venza su apatía ante la situación presente, es que ha perdido todo género de sentimientos. Estais reunidos aquí para tomar una resolución definitiva. No se trata en manera alguna de transmitir á otros una orden, una comisión ó tales ó cuales exhortaciones. Cada cual de vosotros deberá tomar una decisión que le sea posible realizar por sí solo en su fuero interno; porque no basta esa voluntad indecisa que apetece ciertas mejoras á condición de que se realicen por sí mismas, sino que es preciso una voluntad firme, capaz de dirigir toda nuestra vida real hasta el cumplimiento del fin supremo.

Pero, ¿acaso toda voluntad de este género no ha desaparecido de vosotros? ¿No es vuestra vida entera como un desierto árido en el que nada crece, un sueño henchido de puros fantasmas? Nuestra época ha oído formular más de una vez juicios semejantes; pero los portaestandartes creyeron siempre que se trataba de una broma, y han respondido á ello bromeando. Y nunca ha sido posible descubrir la menor se-

ñal de mejoramiento..... Armaos, pues, de valor; mostrad á vuestros detractores, conduciéndoos de otra manera, que se engañan. Quizá han hablado mal de vosotros tan sólo para provocar de vuestra parte un solemne mentís, creyendo que no había otro medio de excitar vuestro ardor. ¡Cuánto más no vale su conducta que la de esos hombres que os adulaban para dejaros perpetuamente á merced de la indolente é irreflexiva pereza!

A pesar de vuestra debilidad, nuestra época os ha hecho más fácil que nunca la reflexión. Nuestros desórdenes y nuestra irreflexión se derivaban precisamente de esa dulce satisfacción de nosotros mismos, de esa admiración á nuestra propia conducta. Cuando se nos exhortaba á reflexionar, contestábamos con aire de triunfo que el azar se encargaba por sí solo de dirigir nuestra existencia. Pero todavía no habíamos sido puestos á prueba. Ahora que la prueba ha sobrevenido, ¿no debemos, acaso, rechazar todas las mentiras, todas las imágenes engañosas, todos los vanos consuelos que nos llevaban á nuestra ruina? Aquellos prejuicios naturales que obscurecían nuestra vista como una niebla y nos hundían en las tinieblas mismas, han desaparecido. Ahora estamos como desnudos, sin ningún socorro extraño, reducidos á nuestras propias fuerzas. Es preciso mostrar lo que es nuestro *yo* y lo que no es.

Alguno de vosotros pudiera decirme: ¿Quién te ha escogido á ti entre todos los hombres y escritores alemanes para confiarte la tarea especial, y el derecho de reunirnos y exhortarnos? ¿Acaso no tiene igual derecho cualquier otro de los escritores de Alemania? Responderé á esto que todo escritor tiene, efectivamente, los mismos derechos que yo, y que si yo os he hablado, es porque nadie lo ha hecho antes; que, en otro caso, yo hubiese guardado silencio. Era preciso que alguien diese este primer paso hacia el mejoramiento de la raza. Fui yo el primero en comprenderlo así, y por ello soy el primero y el único en realizarlo, ya que el primero está siempre solo.....

No nos preocupemos más de ese detalle y consideremos,

como ya os lo he dicho antes, cuán feliz suerte cabría á Alemania y al mundo entero si tuviese la dicha de utilizar su situación presente y hacer uso de sus naturales ventajas. Contemplad seriamente la situación actual y moveos á compasión ante ese espectáculo. Entrad en vuestro interior y considerad que sois vosotros los hombres llamados á corregir los errores de siglos pasados, á ver claramente la verdad, á destruir el mal realizado y á borrar de la historia alemana todas las páginas deshonrosas.

Considerad los diversos géneros de conducta que podéis adoptar ahora. Si continuais en vuestra ciega irresolución, tendréis que soportar todos los males de la servidumbre: privaciones, humillaciones, el desprecio y la insolencia de los vencedores; seréis relegados al último lugar, hasta que conquistéis un sitio ínfimo merced al sacrificio de vuestra nacionalidad y de vuestro idioma. Si, por el contrario, os convertís en hombres reflexivos, encontraréis, por de pronto, una perpetuidad (inmortalidad: *Fortdauer*) soportable y honrada, y veréis nacer de vosotros una raza que os asegurará, á vosotros y á vuestro pueblo todo, un lugar señalado en la historia del mundo. Veréis en espíritu cómo esa raza eleva el nombre alemán á un rango glorioso entre todos los pueblos, y á esa misma nación convertida en regeneradora y libertadora del mundo entero.

De nosotros depende el ser los últimos vástagos de esa despreciable raza, á quien despreciarán los pueblos futuros en grado inexplicable; y su historia, si es que acaso la hay en el seno de la barbarie, dirá á las edades venideras que ha hecho bien en cerrar su ciclo y que su destino fue enteramente justo. Del mismo modo depende de nosotros mismos ser los primeros hijos de un nuevo pueblo, del que ha de nacer la felicidad del porvenir. Reflexionad que sois los últimos á quienes será dado realizar tan grande acontecimiento. Habéis oído todavía proclamar la unidad de todos los alemanes, y de ella tenéis una noción clara; habéis oído resonar entre vosotros, aquí y allí, voces entusiasmadas por ese patriótico sentimiento de

orden superior. Los que vengan tras de vosotros, se acostumbrarán á ver un espectáculo muy diferente y aceptarán las costumbres extranjeras; y si esto ocurre, ¿cuánto tiempo será necesario para que no se vea un solo alemán ni se hable siquiera de ellos?

Lo que se os pide es bien poca cosa. Debéis recogeros, velar sobre vosotros mismos durante algunos años y reflexionar acerca de vuestra presente situación. Debéis formaros á ese propósito una opinión firme, permaneciendo luego fieles á ella y divulgándola entre los que viven próximos á vosotros. Supongo, y estoy persuadido de ello, que el resultado de esas reflexiones será igual en todos vosotros si cultivais vuestro espíritu en vez de abandonaros á la irreflexión. Entonces se producirá por sí misma la unidad y no tardarán en sobrevenir los demás acontecimientos.

Pero es necesario que cada uno de vosotros, todos aquellos á quienes sea esto posible, se formen una idea clara de los sucesos actuales. Disponéis de tiempo para ello; no os cogerán las cosas de improviso; los asuntos de las conferencias pasadas están presentes á vuestra vista y no debéis abandonarlos sin haberos antes familiarizado bien con ellos. Guardaos de confiar este cuidado á manos ajenas... No os abandonéis á esa sabiduría irreflexiva de nuestra época que pretende que todo se verifica espontáneamente, sin la menor intervención humana y á impulsos de una fuerza desconocida. Estos discursos han sido escritos precisamente para demostraros que no hallaréis ayuda alguna fuera de vuestras propias fuerzas, y preciso es repetíroslo hasta el último momento. Una fuerza desconocida puede producir la lluvia, el rocío, los años estériles ó fructíferos; pero la vida humana, propiamente dicha, y las relaciones que median entre los hombres, hállanse reguladas por el hombre mismo, á menos que todos, ciegamente, caigan en poder de lo desconocido... Sin duda, pueden sobreveniros ciertas calamidades procedentes de esa fuerza desconocida, y en parte de la razón y de la voluntad de aquéllos cuyos súbditos somos.

Pero si alguna vez os alcanza la felicidad, tened por seguro que vendrá por vosotros y de vosotros mismos.....

He ahí trazada vuestra línea de conducta; mis discursos os conjuran á seguirla sin tardanza.

Os conjuran, ante todo, á vosotros, jóvenes. Hace ya tiempo que no pertenezco á vuestra edad; pero creo, y así lo he dicho á menudo en estos discursos, que vosotros sois los que más fácilmente podéis comprender los pensamientos elevados y os podéis entusiasmar con los proyectos nobles y buenos, porque vuestra edad está más próxima que otras de los años de inocencia y naturalidad. Los hombres maduros miran de muy diferente manera ese arranque natural en vosotros. Os echan en cara una excesiva inclinación al honor y á la novedad, y acogen con risas esa falta vuestra. Dicen que procede de vuestra escasa experiencia del mundo, es decir, de la corrupción, que es todo lo que ellos ven en el mundo. En vez de hallar en tales gentes los auxiliares devotos que esperais hallar, encontraréis una terca é inesperada resistencia; armaos de valor contra ella. Si se extinguiera vuestro entusiasmo; si os durmieseis en ese egoísmo universal, en ese espíritu de cobardía y de desprecio del trabajo; si os dejaseis llevar del placer de vivir, como hace todo el mundo, entonces perderiais ese deseo de ser mejores que los demás. La hermosa esperanza que en vosotros tenemos no es infundada; también la hallaron aquellos hombres en el fondo de su propia personalidad. Deberían acordarse de que en los días de su juventud soñaron, como ahora soñais vosotros, un mejoramiento universal; sino que con los años se han ido conformando y calmando, convirtiéndose en tales como vosotros los véis. Ciertamente, mi experiencia me ha hecho ver ya jóvenes de grandes esperanzas que luego han adoptado las ideas de esos viejos prudentes. No hagais como ellos; porque si lo hicieseis, ¿cómo os sería posible crear luego una raza mejor? Las fuerzas de la juventud os abandonarían, y la llama de vuestro entusiasmo cesaría de alumbrar. Atizad, por el contrario, ese sagrado fuego;

poetizad con él vuestro pensamiento, y adquiriréis así la más hermosa cualidad de los hombres: el carácter. En ese pensamiento claro y preciso hallaréis la fuente de vuestra eterna juventud; y cuando vuestro cuerpo envejezca y vuestras piernas se doblen, todavía reverdecerá vuestro espíritu en perpetua frescura y vuestro carácter permanecerá firme, sin ninguna vacilación. Si llegais á ver con evidencia una sola de las ideas que se ofrecen á vuestra meditación, no tardaréis en asimilárosla con igual claridad.

También conjuran estos discursos á los hombres de edad madura. Acabais de oir lo que se piensa de vosotros, lo que de vosotros se dice en presencia vuestra; y el orador pretende que, aparte algunas excepciones tanto más dignas de estima cuanto más raras son, la mayoría de vosotros es como aquí se dice. Recorred la historia de estos últimos veinte ó treinta años; todo está conforme en mostrar que todos vosotros, hombres de ciencia ó de acción, os habéis dejado guiar por el egoismo más duro y la incapacidad más completa, con muy escasas excepciones. Todos los contemporáneos han podido verlo así; el que deseaba un mejoramiento, necesitaba combatir, no solamente sus propias vacilaciones y las de aquellos que le rodeaban, sino también, y en mayor grado todavía, vuestras resistencias mismas. Estábais persuadidos de que nada podría cambiarse sin vuestro consentimiento y vuestra ayuda; mirábais toda manifestación del pensamiento ajeno como un ultraje hecho á vuestra razón, y debíais emplear toda clase de medios para aseguraros la victoria. Érais un perpetuo obstáculo contra toda tentativa de mejora, hasta que, al desaparecer, vuestro puesto era ocupado por vuestros descendientes tan corrompidos como vosotros en vuestra escuela, después de haber intentado luchar vanamente en contra. Podéis continuar obrando como hasta aquí; podéis seguir prefiriendo vuestro interés particular, vuestro amor propio pueril, al bien general; una última victoria os dispensaría de otro combate en lo porvenir haciendo imposible toda mejora, y vuestra corrup-

ción, corrompiendo á los demás, os aseguraría nuevos días felices.

No vaya á creerse que quiero despreciar y rebajar las generaciones maduras. Si alguna vez la libertad hiciese brotar la fuente de la vida original, la clara evidencia nos serviría de guía mientras durase la vida. Mejorándose por sí misma nuestra existencia, desaparecerían las señales del origen terrestre y la vida se ennoblecería al espiritualizarse. Entonces tendríamos una vejez que, lejos de pactar con el mal, haría más claros y precisos los medios para vencerlo. Ahora bien, el mal de nuestra época consiste precisamente en que los hombres se corrompen á medida que envejecen, y donde quiera que la sociedad esté degradada, así ocurrirá siempre. No es nuestra naturaleza, sino la sociedad quien nos corrompe. Quien se abandona enteramente á su influencia, se hará tanto peor cuanto más tiempo esté sometido á ella. Valdría la pena de estudiar desde este punto de vista la historia de otros tiempos de corrupción, para ver, por ejemplo, si los espíritus ya maleados no se han hecho cada vez peores bajo el gobierno de los Emperadores romanos.

Estos discursos os conjuran especialmente á vosotros, hombres de edad madura, hombres experimentados, que formais una reducidísima minoría. Y os conjuran también á vosotros los que sois mayoría y que, caso de no estorbar nuestros proyectos, no sabríais prestarles ayuda. No constituais un obstáculo como hasta aquí con vuestra falsa sabiduría y vuestro espíritu indeciso. No podéis comprender nuestros proyectos, pero sabed al menos que si vuestra sabiduría fuese capaz de salvarnos, hace tiempo que lo estaríamos, pues vosotros habéis sido hasta ahora nuestros consejeros. Pero todo esto es ya cosa pasada, y no hay para qué volver á ella. Aprended de una vez á conoceros á vosotros mismos y guardad silencio.

También os conjuran á vosotros, hombres de Estado, estos discursos. Con muy pocas excepciones habéis sido francamente hostiles á la libertad de pensamiento y á toda ciencia

que trataba de formarse por sí misma, no obstante aparentar que la estimábais sobremanera; rechazábais á los que la cultivaban y sus proyectos; les acusábais de ligereza de espíritu ó aconsejábais que los encerrasen en un manicomio, única merced que les otorgábais; nadie osaba bajo vuestra dominación expresarse francamente sobre vuestras personas, pero los más íntimos pensamientos os diputaban por charlatanes, por impúdicos sabios de relumbrón, discípulos ciegos de la escuela antigua, mal instruídos de prisa y corriendo. Apresuraos á demostrarnos que estamos en un error; aprovechad la ocasión que se os ofrece; dejad á un lado ese desprecio que sentís hacia todo pensamiento serio, y aprended lo que ignorais, sin lo cual vuestros acusadores tendrán plena razón.

Estos discursos os conjuran también á vosotros, pensadores, letrados, escritores que aun sois dignos de tales nombres. Las censuras que os dirigían los hombres de Estado eran á veces fundadas. Os perdíais á menudo ciegamente en la esfera del pensamiento puro, sin preocuparos del mundo actual ni buscar los medios de ligar á la realidad todas esas elucubraciones de vuestro espíritu; y describíais vuestro mundo propio, dejando el otro á un lado. Sin duda, la vida debe regularse por nociones superiores de la vida suprema, eterna verdad fuera de la que no es posible el progreso... Pero entre esa noción y su aplicación á la vida ordinaria, media un abismo. El colmarlo es tanto un deber del hombre de Estado, que de antemano aprendió á comprenderos, como de vosotros mismos que no tenéis derecho á olvidar la vida á fuerza de pensar. En vez de investigar siempre muy alto, sin ocuparse de ligar el ideal á la realidad, es preciso trabajar para unir ambas cosas. Comprended de una vez que los políticos y los pensadores, como los brazos y la cabeza, se necesitan mutuamente.

Estos discursos os conjuran todavía desde otro punto de vista, á vosotros los pensadores, sabios y literatos dignos de ese nombre. Vuestras recriminaciones sobre la debilidad general, sobre el espíritu de irreflexión é indecisión, sobre el des-

precio de las cosas serias y el amor de una charlatanería sin pudor, pueden ser ciertas, y lo son sin duda. Pero, ¿de quién es la falta, quién ha convertido en juego la ciencia toda, quién ha inculcado en la juventud, desde sus más tiernos años, esa verbosidad y ese espíritu de indecisión? ¿Quién se ha encargado de la educación de los jóvenes salidos de la escuela primaria? Si nuestra época está sumida en las tinieblas, consiste en que se ha hablado obscuramente en los libros propuestos á la reflexión, libros escritos por vosotros. ¿A qué acometer á cada paso la instrucción del pueblo ocioso, si sabéis que nada ha aprendido ni nada quiere aprender? Bien podéis llamar al público, adularlo, excitarlo, buscar por todos los medios que esa multitud ciega, desordenada, se coloque á vuestro lado; podéis darle en vuestras críticas y en vuestros periódicos los materiales y ejemplos con que alimentar su prurito de juzgar ligeramente; ¿pero acaso el último de vuestros lectores podrá conducirse de otro modo que vosotros mismos? Si todos vosotros no pensais de ese modo, si existen entre vosotros hombres mejor intencionados, ¿por qué no se juntan para poner fin á esa desdicha? En cuanto á los políticos, todos han pasado por vuestras escuelas, según confesais vosotros mismos. ¿Por qué no os habéis aprovechado de ello para inspirarles alguna estimación hacia las cosas científicas, para arrancar á los jóvenes de buenas familias su espíritu egoista y demostrarles que en el orden del pensamiento nada valen la cuna ni el rango social? Pero más bien les habéis adulado sobremedida, y justo es que soportéis ahora las consecuencias de vuestra falta. Estos discursos tratan de excusaros, suponiendo que no habéis comprendido la importancia de vuestra misión; familiarizaos, pues, desde ahora, con esa importancia, y considerad esa obra como algo más que un oficio. Aprended á estimaros á vosotros mismos, demostradlo mediante actos, y el mundo os estimará. La primera prueba de ello será vuestra influencia sobre los proyectos y las resoluciones que se han indicado aquí.

Estos discursos os conjuran también, Príncipes alemanes. Los que se conducen con vosotros como si no se atrevieran ó nada tuvieran que deciros, no son más que aduladores despreciables y vuestros propios calumniadores; arrojadlos lejos de vosotros. La verdad es que vosotros nacéis tan ignorantes del mundo como cualquiera de nosotros, y que necesitais oir y aprender, si queréis salir de vuestra ignorancia natural. Mis discursos han demostrado, con moderación y con exactitud, cuál sea la parte que os corresponde en las desgracias que han caído sobre vosotros y vuestros pueblos, y no debéis quejaros de esta franqueza si es que deseais oir, al lado de las adulaciones, la voz de la verdad. Pero olvidemos esa participación vuestra en la falta común. Para vosotros y para nosotros todos comienza ahora una existencia nueva. ¡Ojalá llegue mi voz hasta vosotros, á pesar del círculo de gentes que de ordinario convierte en inaccesibles á los príncipes! Confiada en su propio valer, ella os dice: Sois directores de pueblos, con una fidelidad y una lealtad como ninguna nación y ningún tiempo han visto antes de ahora, y sois dignos por tanto de lograr pleno éxito. Poseeis el sentimiento de la libertad, y vuestros pueblos os han seguido á una guerra sangrienta contra lo que creían ser la libertad, sólo porque vosotros lo habéis querido. Alguno de vosotros ha querido luego otra cosa, y sus pueblos le han seguido también. Ahora soportan la pesada carga de las desgracias comunes sin dejar de seros fieles; y, como respetuosos hijos, se congratulan de perteneceros y de amaros como tutores puestos por Dios mismo. Justo será que los consideréis como merecen, y que desligados de vuestra corte, compuesta á menudo por hombres de la peor condición, descendais al hogar de los ciudadanos, á las chozas de los labradores, para admirar la vida tranquila y reposada de esas clases sociales en que parece haberse refugiado la fidelidad y la lealtad, harto más raras en las grandes poblaciones! De hacer esto, es seguro que tomariais la firme resolución de pensar más seriamente en prestarles ayuda. Los presentes dis-

cursos os han indicado un remedio que consideran decisivo. Reunid, pues, vuestros Consejos, preguntadles si conocen un remedio mejor ó si adoptan el que yo propongo; pero, de un modo ú otro, que tomen un acuerdo definitivo. Hay que emprender algo resueltamente, es absolutamente necesario; pasó ya el tiempo de los tanteos y de los términos medios; preciso es que participéis de esta opinión, puesto que tenemos confianza en vuestro espíritu de lealtad.

A vosotros todos, ciudadanos alemanes, cualesquiera que fuere vuestra condición social, os conjuran estos discursos para que penséis en las reformas pedidas y las realicéis en la medida de vuestros propios medios.

Nuestros antepasados vienen también á conjuraros á todos por medio de estos discursos. Pensad que sus voces se unen á la mía, voces de valientes guerreros de antaño que pagaron con su sangre la independencia reconquistada de los romanos, la libertad de estas llanuras, de estos montes, de estos ríos que hoy están dominados por el extranjero. Ellos os gritan: Sabed guardar nuestros sitios, trasmitid á la posteridad nuestro recuerdo tan honrado, tan puro como lo habéis recibido vosotros, y con él os glorificaréis. Hasta hoy, nuestra resistencia ha sido juzgada como grande, discreta, noble; parecíamos los elegidos en el plan divino del mundo. Si nuestra raza desaparece con nosotros, nuestro honor se trocará en vergüenza, nuestra discreción en locura. Si la raza alemana se ha de fusionar algún día con el Imperio romano, más valiera haber formado parte del antiguo Imperio que del nuevo. Resistimos á los invasores y les vencimos. Vosotros no podéis ya vencerlos por las armas, bien claro está; sólo vuestro espíritu puede aún resistirles y hacerles cara. Pero lo más importante que existe en el mundo, la esfera del pensamiento y del espíritu, eso está en vuestro poder; merced á ello podéis arrebatar á la fuerza bruta la dirección de los destinos humanos. Si así lo hacéis, todavía seréis dignos de vuestros antepasados.

A esas voces mézclanse también las de otros ascendientes

menos lejanos, que sucumbieron en las sagradas luchas mantenidas por la libertad religiosa de nuestras creencias. Salvad nuestro honor, os gritan; nosotros no veíamos con claridad el por qué combatíamos; poseíamos tan sólo la firme resolución de no dejarnos imponer por la fuerza una fe religiosa, pero al propio tiempo nos impelía un móvil más elevado, que estuvo siempre oculto para nosotros. Ese móvil, vosotros lo conocéis ahora, si es que vuestra conciencia del mundo del espíritu es bastante clara. Preciso es que cese la mezcla confusa de las aspiraciones materiales con las espirituales, pues sólo el espíritu, desnudo de todo lo que puede perjudicarle, debe poseer el gobierno de los intereses humanos. Libertado así el espíritu, podrá desenvolverse y elevarse hasta una existencia independiente. Para eso se vertió nuestra sangre..... A vosotros os toca ahora justificar ese sacrificio y realizar lo que esperamos, puesto que vuestro espíritu ve las cosas con claridad, y sabe cómo conducirse. Si no se alcanzase ese resultado, fin supremo á que tendía todo el desarrollo anterior de nuestra nación, nuestras luchas habrán sido como juegos inútiles, y la libertad de conciencia que obtuvimos será una palabra vacía de sentido.

Vuestros descendientes os conjuran, en fin, de igual modo. Os gloriais con vuestros antecesores—dicen—y os mostrais orgullosos de pertenecer á una raza tan noble. Cuidad de que la cadena no se rompa en vosotros; haced de manera que también nosotros podamos gloriarnos de nuestros padres, que la serie gloriosa de las generaciones nacionales se continúe de vosotros á nosotros. No nos obliguéis á avergonzarnos más tarde de ser hijos vuestros, hijos de bárbaros ó de esclavos, á ocultar nuestro origen para que nos rechacen desde luego sin más examen. Vuestro recuerdo será en la Historia lo que vuestros descendientes sean: honrado, si vuestros hijos dan testimonio honrado de vosotros; despreciado, si no tenéis realmente descendencia y si es el vencedor quien dirige vuestros destinos. Nunca se han sentido inclinados los vencedores á juzgar

bien al vencido. Cuanto más lo rebajan, más afirman su dominación. Ignorados quedarán los actos hermosos, las nobles empresas, las costumbres delicadas de muchos pueblos antiguos; olvidados, porque su historia quedó á merced de los vencedores.

Los mismos extranjeros os conjurarán, si se comprenden bien á sí propios..... Sí, en todos los pueblos hay hombres que ven algo más que imágenes vanas y engañosas, para los cuales esas promesas de hacer que reinen el derecho, la razón y la verdad, no son vanos fantasmas destinados á engañar al género humano. Esos hombres piensan que la edad de hierro actual (1) es una época de transición que conducirá á un estado mejor de cosas. Esos, y toda la humanidad con ellos, confían en vosotros. En gran parte descienden de nosotros mismos, y los demás participan de nuestra religión y de nuestra cultura. Nos conjuran en nombre de la patria común, en nombre de la civilización que han recibido de nosotros como garantía de una felicidad superior, y nos conjuran á conservarnos tales como somos, tales como siempre fuimos: á no arrancar del tronco esta rama importante, á fin de que si algún día tuviesen necesidad de nuestros consejos, de nuestro ejemplo, de nuestra acción, se verían reducidos á dar fe, desesperados, de nuestra ausencia.

Todas las épocas, todas las generaciones de sabios que han respirado sobre esta tierra, todos los pensamientos y todas las aspiraciones hacia un fin superior, todo, en suma, mezcla sus voces á las mías y tiende hacia vosotros sus manos suplicantes; y aún añadiría, si á ello me atreviese, que la Providencia y el plan universal del desarrollo del género humano—plan que sólo existe para ser pensado por hombres y ser realizado por los esfuerzos de éstos—también os conjuran á salvar su dignidad y su vida.

Hay entre los hombres quienes entienden que la humanidad deberá siempre ir mejorándose; que el ideal no es una

(1) Véase *Las épocas de la Humanidad*, de Fichte. Introducción

palabra vana, sino la garantía y el anuncio de lo que ha de hacerse en el porvenir; otros, por el contrario, se adormecen en su vida animal y se burlan de toda aspiración hacia los ideales. A vosotros toca dar, sobre unos y otros, sentencia definitiva. El mundo antiguo, con su poder y sus grandezas, de igual modo que con sus defectos, ha caído por causa de la iniquidad y la violencia de vuestros padres. Si estos discursos no se equivocan, es nuestro pueblo, entre todos los pueblos modernos, el que mejor ha conservado el germen de la perfectibilidad del género humano, y á vosotros queda confiada la tarea de progresar en ese camino. Si desaparecieseis, la humanidad perdería toda esperanza de salvación; no tratéis, pues, de consolaros esperando de una nación medio bárbara una nueva civilización fundada sobre las ruinas de la primera. Si el mundo viejo hubiese conocido un pueblo bien preparado para esa función, y si hubiese podido prever su ruina, ciertamente se hubiera confiado á él para reconstituir su independencia. Conocemos sobradamente toda la superficie del globo y los pueblos que la habitan; ¿podríamos acaso señalar uno solo capaz de producir esa regeneración? Seguro estoy de que los hombres sensatos responderán que no. No hay otra salida posible: si sucumbís, la humanidad entera caerá con vosotros, sin esperanza alguna de salvación.

Tales son las verdades que yo deseaba grabar profundamente en vuestro espíritu al terminar estos discursos, y espero que por mediación vuestra llegarán á toda la nación alemana.

DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA

EN LOS PAÍSES BAJOS

GOBIERNO DEL COMENDADOR REQUESENS

Don Luis de Requesens y de Zúñiga, Comendador mayor de la Orden de Santiago y nuevo Gobernador de los Países Bajos por Felipe II, era hijo de D. Juan de Zúñiga, Comendador mayor de Castilla, y de doña Estefanía de Requesens, heredera única de la noble casa de este nombre en Cataluña. Varón aquél muy adherido á la persona del Emperador-Rey Don Carlos, quien le hizo su Mayordomo mayor, Capitán de sus guardias, Ayo, Maestro y Gobernador de su hijo Don Felipe, otorgándole además grandes distinciones y mercedes; dama ésta perteneciente á tan alto linaje, que emparentados con la familia de Requesens, halláronse los Valois de Francia y la casa reinante de Aragón. Los Requesens habían también ejercido los más elevados cargos en el Gobierno, Ejército é Iglesia de Aragón; y su enlace con los Cardonas hicieron de esta casa una de las más ilustres y poderosas de Cataluña. Extinguida paulatinamente dicha familia, llegó á no tener otra heredera que la cónyuge de D. Juan de Zúñiga, y con objeto de que el apellido se perpetuara, hízose un convenio por virtud del cual el hijo primogénito de este matrimonio

debía llamarse precisamente *Requesens y Zúñiga*, convenio al que dió nueva fuerza el testamento otorgado por D. Juan y doña Estefanía en Madrid el año 1546. Con citar los cargos que desempeñó Zúñiga cerca de Carlos I, sobre todo el de Ayo y Maestro del Príncipe D. Felipe, comprenderáse que concurrían en él aquellas condiciones de inteligencia, carácter y cultura que requería cargo tan delicado. Y esto por sí solo da á entender que la educación de D. Luis fue cual correspondía á su clase, y á su director y padre. Instruyóse en los clásicos antiguos, con preferencia en los que tratan de historias militares, y adquirió también de los tratadistas de su tiempo aquellos conocimientos de Derecho, guerra y política indispensables al que debía ocupar por las condiciones de su nacimiento cargos de alguna representación. Fuera de esto, los ejercicios de destreza alternaron en su educación con los estudios literarios, porque los nobles del siglo XVI educábanse como para la guerra, y daban á las prácticas militares la importancia que debían tener en un país, como era entonces el nuestro, esencialmente guerrero. Y siguiendo con ello la tradición de sus ascendientes maternos, célebres en la Marina catalana por sus proezas, la educación de D. Luis de Requesens fue militar, y sus primeras prácticas militareslas marítimas.

Pero como nuestro personaje no consagró sólo á la milicia sus actividades, como tampoco hizo de la profesión militar el principal objeto de su vida, y como por excepción, mandó ejércitos; de aquí que, al ser elegido por el Rey Don Felipe II su Gobernador en los Países Bajos, dijérase con harta ligereza por los allegados al Duque de Alba, que era *un caballero particular de capa y espada* (1). No lo era, ni podía serlo el que después de haber hecho su aprendizaje en el

(1) «Empiézase á murmurar de que el Rey tenga en tan poco á los Países Bajos que envíe á ellos un caballero particular de capa y espada tal como el Comendador mayor, etc.»—(Carta del Secretario Albornoz al Secretario de Estado Zayas. Amsterdam, 23 Octubre de 1573.)

mar, fue elevado por el monarca á cargos tan difíciles como su Embajador en Roma, caudillo de un ejército contra la rebelión de los moriscos granadinos, Lugarteniente de Don Juan de Austria en la famosa batalla de Lepanto, y Gobernador del Estado de Milán; cargos que desempeñó con gran lucimiento, y en el último de los cuales se hallaba, cuando fue nombrado por el Rey Gobernador de los Países Bajos. Examinando los escritos privados y oficiales de este personaje, órdenes, edictos, informes é instrucciones, échase desde luego de ver una inteligencia perspicaz y reflexiva, gran variedad de conocimientos, y tal sinceridad y rectitud, que hacen de su figura una de las más simpáticas de su tiempo. Frisaría, cuando fue elegido por el Rey, en los cincuenta años. Los retratos de la época nos lo representan sin bélicos arreos. Y bien se adivina en el rostro grave y reposado, y en la mirada serena y melancólica, que era aquél más hombre de estudio que de guerra. Como antítesis del Duque, ha querido presentársele así, y en realidad de verdad, á Flandes lo destinó el Rey, no tanto para dominar por las armas, cuanto para pacificar por la política. No fue mala la elección, puesto que Requesens era hombre hábil, prudente y moderado; pero fue tardía, y para el elegido funesta. Por el momento, el Comendador supo hacerse perfecto cargo del estado de cosas, y plantear el problema de los Países Bajos como nadie hasta entonces, es decir, en los verdaderos términos en que podía ser resuelto.

Llegó D. Luis de Requesens á la capital del Brabante el 17 de Noviembre de 1573, y salió de ella el Duque en 18 de Diciembre del mismo año. En este intervalo no cesaron las conferencias entre los dos, ya para enterar Alba á Requesens del estado de las costas, ya para discutir la aplicación de las nuevas órdenes y proyectos del Rey.

El resultado de estas conferencias, ó por mejor decir, el balance general hecho por Requesens, de los asuntos de la guerra, está contenido en cuatro cartas dirigidas al monarca español el 30 de Diciembre. No se puede pedir cuadro más

acabado. Para conocer á fondo la situación política, económica y militar, es preciso conocer estos documentos. Son prólogo obligado de este nuevo período de la guerra y á la par juicio imparcial de los resultados obtenidos en el anterior. En ellas está la clave de los negocios de Flandes. Gran ocasión aquella para que vieran claro en su porvenir el monarca y sus ministros; porque los tumultos y las rebeldías eran ya guerra formal de independencia, guerra inacabable por lo lejana, por lo costosa y por lo tenaz. Empero, el terrible dilema planteado por el soberano iba á hacer estériles los esfuerzos de Requesens, puesto que «le ataba de pies y manos» colocándole entre los efectos tristes de la realidad y los mandatos irrealizables de su soberano.

Cuatro graves cuestiones plantean las cartas de Requesens, que en extracto se darán á conocer. La económica, la militar, la relativa al perdón general y la concerniente al Tribunal de los Tumultos. Ponía la falta de recursos en el más grave conflicto al nuevo Gobernador; pues todos á una reclamaban sus atrasos, siendo lo más sensible el estado de miseria á que habían llegado los soldados, muchos de los cuales perecían de hambre y de frío. Y esta falta de recursos era también impedimento para el socorro de Middelburgo, cada día más apurada. Beauvoir, encargado de ponerse al frente de la flota, escribía á Requesens que, pese á sus deseos de sacrificarse en servicio del Rey, carecía de marineros, víveres, artillería y de muchas otras cosas, aparte la superioridad incontestable del enemigo, cuyas naves tenían cerradas á las nuestras en Berghen-op-zoon, y se hallaban á tiro de mosquete. Informes recibidos á última hora hacían saber que la mayor parte de los marinos habíanse desertado porque no se les pagaba, y tal vez también por ser más afectos al enemigo que al Rey. Habíanse averiado los víveres embarcados desde el mes de Junio, y era preciso renovarlos. Sin contar este gasto, el aprovisionamiento de las flotas de Amberes y Berghen se calculaba en 36.000 escudos mensuales y las deudas dejadas por el último *proveedor*

(y que debían pagarse con preferencia), estimábanse en 30.000 escudos; *empero, como es imposible hacer frente á tantos gastos á la vez* (dice el Comendador), *los que se hacen sucesivamente, no sirven para nada, y se pierde el dinero empleado, así como el tiempo y la ocasión de obrar.* Otra cosa pudo observar Requesens, y es, que la manera de equipar las flotas en los Países Bajos es muy distinta que en las costas del Mediterráneo. En estas se embargan las naves, pagándose á los propietarios el flete por toneladas, mediante lo cual, éstos deben proveerlas de marinos, artillería y otros aprestos, bastando con surtir de víveres á los soldados embarcados; en cambio, en los Países Bajos, el equipo, artillería, municiones, sueldo y víveres corre por cuenta del Rey. Pero si contrariedades ofrecía la organización de la flota, dudas graves inspiraba la conducta del mismo Almirante. El Duque de Alba, añadía Requesens, «siente mucho haber confiado á Beauvoir el mando de la expedición destinada al aprovisionamiento de la isla de Walcheren, porque sospechaba que éste y sus amigos (que forman entre sí una gran liga, en la que entra el Duque de Arschot), habían de regocijarse con estas dificultades, pensando que, perdido Middelburgo, el Rey se vería obligado á entrar en arreglos con el Príncipe de Orange y los demás rebeldes, pero que no sabía á quien pudiera dar este cargo, *ni cómo quitárselo á Beauvoir.*» Pero como la situación de Middelbugo fuese cada vez más apurada, Requesens hubo de acudir al embargo de 17 naves bretonas que, procedentes de España, se hallaban en Dunkerque, y dando el mando de ellas á Juan Martínez de Recalde, trataba de hacer llegar socorros á la plaza por el canal de Flessinga, y de no ser esto posible, de que se dirigiesen á Amberes para reforzar la escuadra de Beauvoir. Atento á evitar el socorro de Middelburgo, el Príncipe de Orange, no solamente reforzó la flota de Zelanda con el mayor número de naves holandesas, sino que se dirigió en persona á Flessinga, y aún presentóse frente á Berghen. Cuando con tales dificultades luchaba el nuevo Gobernador, millares de marinos preséntanse

á Orange ofreciéndole sus servicios *sin sueldo alguno*, y se daba el caso de que para tripular algunos barcos se le ofrecieran 12.000, de los que sólo utilizó 4.000, datos que dan la medida de la inferioridad marítima en que se encuentra Felipe II frente á su adversario. Y no era esto lo más grave. Los mismos tenientes de Requesens, Noircarmes, Barlaymont y otros señores andaban remisos, excusando todo sacrificio, al extremo de creer el Comendador que *en el odio á nuestra nación son tan conformes los que están sirviendo, como los rebeldes*. Deduce de esto, que el daño mayor *está en la gente principal*, pues *lo que toca al común del pueblo, tiénela por gente fácil de llevar*.

Tal situación inspiraba á Requesens algunos expedientes, no todos de seguro resultado: uno de ellos, que fueran embargados en los puertos de España los navíos procedentes de Eukhnizem, la Brielle y Flessinga y otras villas rebeladas, navíos que traficaban con pasaportes expedidos en Emdem; otro que el Rey pidiera á las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y otras villas marítimas 500 marineros para enviarlos á los Países Bajos, donde podrían prestar servicio mezclados con los flamencos. También consideraba necesaria artillería, pues los rebeldes habíanse apoderado de 250 piezas de artillería gruesa, y un número mayor de pequeño calibre, existentes en Flessinga, Vere, Arnemuiden, Enkhuizem, la Brielle, y en las naves de que se habían hecho dueños. Tal era la situación por lo que á las operaciones marítimas concernía.

Por lo que afectaba al continente, amagaban á España peligros no menos graves. Avisos recibidos del Duque de Baviera y de los Arzobispos de Colonia y Tréveris, dábanle conocimiento de que se reunía en Alemania gente de guerra, con intenciones hostiles al gobierno del Rey. Luis de Nassau y el hijo menor del Conde Palatino, habían conferenciado con el monarca de Polonia, hermano de Carlos IX de Francia. Orange continuaba en sus propagandas por tierra de Holanda, atento á lo que ocurría en las inmediaciones de Leyden. Estos avisos determinaron la contrata de 3.000 caballos alemanes, y

el levantamiento de otros 3.000 de las bandas llamadas de ordenanza (á los que debían darse seis pagas á cuenta de los atrasos)..... Pero llegado á este punto de su misiva, Requesens advierte que es preciso una gruesa suma de dinero. Ha hecho ya un anticipo de 350.000 escudos sobre la primera asignación que llegará de España, tiene ordenado el tomar á cuenta de esta misma asignación 250.000 escudos más, de manera que los 500.000 escudos anunciados no alcanzan á lo necesario. Advierte que para que puedan hacerse á la mar las escuadras de Berghen y Amberes, son indispensables 63.000 escudos, y se lamenta de que en el reparto de dinero exista bastante desorden. Y seguidamente da noticia de haber concedido el mando de tres bandas de ordenanza al Barón de Hierges (hijo del Ministro Berlaymont), al señor de Rassenghien y al señor de Havré, así como de haber mandado á otros señores á cumplimentar á los monarcas y príncipes de los países vecinos. Como se ve por lo extractado, Requesens se preocupa, ante todo, del problema económico y militar.

En su segunda carta dirigida al Rey el mismo día, concrétase al perdón general, y plantea con perfecta claridad el problema de la rebelión. Tiene, por lo mismo, este documento tanto ó mayor interés que el anterior. Requesens da cuenta de la conferencia que, días antes de marchar el Duque de Alba, tuvo con éste, D. Fadrique, los licenciados Vargas y Rodas, y el Doctor del Río. Los dos primeros opusiéronse abiertamente al perdón, fundados en que jamás príncipe alguno perdonó á sus vasallos rebeldes en tanto éstos se hallaran en armas y no hubieran solicitado la clemencia real, y asimismo en el escaso fruto que dió el perdón de 1570, y muchos otros particulares ofrecidos á las villas rebeladas. Añadieron que la religión había sido la causa de la rebeldía, y que si no se otorgaba á los sediciosos, como no era posible otorgarles, la libertad de conciencia, éstos no se someterían. Por el contrario, de poder obrar contra ellos con fuerzas respetables, obligaríaseles á entregarse incondicionalmente. Otro inconveniente

ofrecía el perdón general, y era colocar en iguales condiciones las villas que abrieron sus puertas voluntariamente, y las que resistieron y fueron tomadas por asalto ó admitieron guarnición enemiga. Tampoco creían que debían incluirse en el perdón los delitos cometidos á partir del primer levantamiento en 1566. Por todo lo cual, opinaban que, para dominar la rebelión, era preciso emplear única y exclusivamente la fuerza. Tal era el modo de pensar, la política del Duque, cuyos resultados, harto conocidos, permitían juzgar de antemano de sus efectos. Frente á estas opiniones presentaba Requesens las suyas, totalmente opuestas. No sólo el perdón le parecía indispensable, sino que entendía haberse diferido demasiado. Sin duda que, en el caso de poderse imponer por la fuerza la autoridad del Rey, esto hubiera sido lo preferible; pero la rebelión había tomado tales vuelos, que, aun suponiendo no recibiera apoyo de Alemania y Francia (como era de temer), todavía era harto difícil el vencerla. Importaba, pues, recurrir á otros medios. E importaba tanto más, en cuanto los mismos vasallos fieles que aún tenía el monarca en los Países Bajos estaban descontentos y ganosos, no sólo del perdón general, sino de que las cosas volvieran al ser y estado anteriores á los tumultos. Además, hallábanse descontentos del perdón de 1570 por las numerosas excepciones que contenía y aun de los perdones especiales otorgados por el Duque, no aceptados por el pueblo á causa de las sospechas que inspiraba su exacto cumplimiento. Así, pues, aun cuando no pudieran predecirse los efectos del perdón general, estimaba indudable que no había de empeorar el estado de las cosas.

Lo esencial para Requesens consistía en saber si la causa de la rebeldía era ó no religiosa. El Duque opinaba afirmativamente. Él tenía sus dudas porque no había presenciado el orígen y progresos de la rebeldía. «Bien veo que en cuanto al Príncipe de Orange y á muchos de los cabezas que le siguen, fue el principio la religión, y aún lo es agora, pero en la generalidad del pueblo no creo que ha sido ésta, sino las imposi-

ciones que ha tenido, y el maltratamiento que han padecido de la gente de guerra, sin que se haya podido excusar. Y ayúdame á pensar esto, ver que *el descontento es general y común de católicos y herejes, eclesiásticos y seglares, y de la nobleza y el pueblo.*» En apoyo de lo cual cita el caso de que, cuando la invasión de Orange en 1568, sólo una villa, Diest, levantó bandera de rebeldía, aun cuando la mayor parte de las ejecuciones se hicieran por esta fecha, mientras que en 1572, si bien el número de ejecuciones fue escaso, la sublevación llegó á ser universal. Muchas otras eran, pues, las causas que habían influído sobre el pueblo. Mas viniendo al perdón, aun cuando no produjera efecto alguno en las villas rebeladas, lo alcanzara en las dudosas y en las acabadas de reducir. Uno de sus resultados sería separar á los rebeldes intransigentes de los que sinceramente desean la paz. Si no se hacía distinción entre los autores de la primera rebeldía y los de la segunda, regresarían muchos desterrados, entre los cuales se contaban no pocos que sólo cometieron ligeras faltas. En suma, el perdón era esperado con tanto más motivo, en cuanto se consideraba la secuela del cambio de gobernador. Así lo creían todos, añadiendo que si no se publicó ya fue por sugestiones del Duque. *Ya el tiempo de la gracia era llegado.* Si no se otorgaba, los rebeldes persistirían en su obstinación y los leales en su decaimiento. Requesens recuerda al monarca que al enviarle á los Países Bajos le advirtió que tendría que emplear simultáneamente la fuerza y los temperamentos de conciliación; mas por otra parte la instrucción secreta *le prohibe terminantemente* remitir sobre delitos de rebeldía y religión. En punto á estos, en manera alguna piensa usar de indulgencia sin orden expresa del soberano; pero tocante á los demás, *puede haber grandes inconvenientes si se le atan así las manos.* La carta termina dando cuenta de unas misivas dirigidas por Noircarmes y Julián Romero al Príncipe de Orange con objeto de llegar á un acomodo, negociación que había censurado Requesens, advirtiéndoles que se limitaran sólo á

tratar con las villas dispuestas á rendirse, pues los delitos del Príncipe de Orange *son demasiado graves;* y de la necesidad de que aparte el perdón general se hicieran ciertas concesiones á los que, residiendo fuera del país, quisieran vender sus bienes. «Yo no creo—dice—que nadie pensara de mí que deseo el fin destos trabajos por estos medios para no aventurar la vida en el servicio de V. M., pues se sabe en el mundo las veces que lo he hecho y de cuán buena gana, y no me falta resolución para aventuralla mucho más.»

El Consejo de los Tumultos es objeto de la tercera carta. El Duque de Alba opinaba que la supresión de aquél no sólo sería fatal para la religión, sino que el producto de las confiscaciones sería escasísimo, desde el momento en que la gestión de éstas pasase como se pretendía al Consejo de Hacienda. Requesens se limita á dar á conocer el mecanismo de aquel Consejo. En primer lugar sus individuos no son de comisión real, limítanse á servir de asesores al Duque, quien ha firmado todas las sentencias. De estos individuos sólo tres, los españoles Vargas, Río y Roda, tienen voz y voto; los demás (que son del país y uno italiano) carecen de este último derecho, limitándose á informar. Alba no se consideraba obligado á conformarse con la mayoría. Adoptaba la opinión que se le antojaba mejor (pero Requesens cree que era siempre la de Vargas, *principal instrumento de aquél,* la que prevalecía). Contra estos procedimientos se declara categóricamente el Comendador, opinando que debía suprimirse el Tribunal de los Tumultos, en primer lugar porque la ejecución de los *placates* podía confiarse á los Consejos provinciales, y en segundo porque si en lo que atañe á los bienes confiscados la organización del Consejo de Hacienda es defectuosa, la del Consejo de los Tumultos deja mucho que desear, en términos que el Duque nada ha podido sacar en claro durante los siete años de su gobierno. Más de trescientos recaudadores tenía empleados el famoso Tribunal, cuya administración, en extremo costosa, carecía de los libros indispensables á los pagos

hechos sobre el producto de lo confiscado. Sólo el sostenimiento del Consejo costaba de quince á diez y seis mil escudos al año. Aparte las quejas que sus procedimientos inspiraban al país, existía el hecho de que no pagaba las deudas de que estaban gravados los bienes confiscados, deudas que á veces sobrepasaban el valor de estos bienes. El número de expedientes originados por estas reclamaciones era enorme. Por esta causa opinaba Requesens que la administración de los bienes confiscados pasara al Consejo de Hacienda, que la tramitación se confiara á los recaudadores y las cuentas se liquidaran en los respectivos distritos, con objeto de que todos los procesos y expedientes se vieran en los Consejos provinciales. El nuevo gobernador propone que una parte de los individuos del Tribunal de los Tumultos pase al Consejo de Estado, y otra al Privado. De este modo había que concluir con la existencia de aquel Tribunal, *tan odiado,* dice, *en estos países.*

La cuarta y última carta de Requesens está consagrada á la cuestión económica y al impuesto del *décimo.* Una de las cosas en que tuvo más empeño desde su llegada á los Países Bajos, y acerca de la cual más insistió con el Duque, fue el formar *una relación del estado en que se hallaba la Hacienda.* El Duque de Alba díjole *que era imposible en muchos meses formar siquiera un cálculo aproximado; solamente supo que se debían sumas considerables sin existir un real en caja, sin medios de adquirir dinero ni de satisfacer los gastos ordinarios.* Para tener idea aproximada de las deudas, Requesens nombró una comisión, mas por de pronto supo *que se adeudaban á las gentes de armas é infantería ordinarias 2.500.000 escudos, y más de 3.500.000 á los otros cuerpos de ejército, sin contar las gruesas cantidades que debían pagarse á los herreruelos,* á otros auxiliares de guerra y á los empleados civiles. El gasto ordinario del ejército, comprendidos artillería y flota, no bajaría de 600.000 escudos mensuales. Además había que atender al entretenimiento del material de artillería y reparo de las fortalezas, algunas arruinadas. Pero lo más grave de

todo er aque, según el Duque, *ni los comerciantes ni los Estados querían hacer más contratos con él.* Los 3.000 millones en oro que Alba tenía en la ciudadela de Amberes, habíanse desvanecido en el espacio de un año; los 500.000 ducados de las confiscaciones, lo que se embargó á los mercaderes y súbditos ingleses, las barras de metales preciosos que trajo el Duque de Medinaceli y las esperanzas de lo que pudiera producir la segunda *centésima,* y las *décimas* y *vigésimas*, todo se había convertido en humo. Para tantas necesidades Requesens no disponía de un real. No quedaba más esperanza para hacer frente á las más imperiosas necesidades, que un pequeño envío del dinero real, consumido antes de llegar *en las asignaciones hechas por el Duque de Alba sobre las letras de cambio que se esperaban de España.* Por esto solicita del soberano con harta pena un nuevo sacrificio, pues bien sabe que cada escudo que sale del tesoro real cuesta algunos más antes no llega á manos de los soldados, pues sin contar lo que cuesta la negociación y portes, *se puede considerar lo que hurtan los capitanes y sus oficiales y aun los de la Hacienda. El daño,* añade, *es mayor aquí que en ninguna parte se ha visto.*

Preocupado Requesens por que el monarca nada le dijera en sus instrucciones relativamente al *décimo*, le expone su opinión, al propio tiempo que la del Duque. Creído estaba él cuando llegó á los Países Bajos que este asunto del *décimo* hallábase resuelto; mas por lo que Alba le manifestó, vino en conocimiento de que si bien el monarca había ofrecido renunciar á este *décimo* á trueque de los dos millones anuales ofrecidos por los Estados, la dificultad consistía en que éstos pedían que ante todo se suprimiera *definitivamente* el *décimo*, limitándose los Estados á pagar los dos millones durante seis años, cosa que al Duque parecía inaceptable. Alba decía que el *décimo* era tributo voluntario de los Estados, y estos afirmaban que ni había sido voluntario ni aun aceptado por todas las provincias. Tan tenaces se mostraban los flamencos en esto, que creía Requesens *que se dejarían hacer pedazos antes que*

conceder la décima. Cuanto á la perpetuidad de la suma que debía reemplazar al tributo, oponíanse á dejar á sus sucesores carga tan pesada, pero el Comendador tenía el convencimiento de que la entregarían buenamente al Rey, en tanto las necesidades públicas lo exigieran. Habido esto en cuenta, y en espera de las órdenes reales, hále parecido conveniente pedir á los Estados sobre el centésimo que han votado para el caso de invasión, letras por valor de 500.000 ducados para negociarlas con los mercaderes. Cree, sin embargo, que antes de acceder á ello, exigirán la abolición del *décimo*. Pero justo es decir que, tocante á este particular, leales y enemigos eran de igual opinión, siendo los ministros del Rey los más duros en pedir se concluyera el *décimo,* y lo mismo opinaba Requesens. Por de pronto creía éste que lo más conveniente era aceptar la ayuda de los dos millones anuales. Espirado el plazo de seis años, cabría pedir con arreglo á las necesidades. Y al opinar así, lo hacía Requesens fundado en que el *décimo* había sido la causa principal de la segunda rebelión, como se vió en el hecho de que, hasta tanto que no se pidió, Orange no pudo encontrar apoyo decidido en el país. Los mismos ministros del Rey, en los Países Bajos, y aun los que se hallaban á la cabeza de las tropas, preguntaban á los españoles si por ventura ellos debían tener gran interés en una guerra hecha con el sólo objeto de exigir el *décimo*, y aun otras cosas que conducirían á la ruina del país..... Además, en la cuestión de la *ayuda* y del *décimo* observaba Requesens que iba envuelto lo de un privilegio, y puesto que los nacionales aspiraban á que por el monarca se les pidiera cada vez que éste lo necesitase, en manera alguna que se considerara como impuesto perpetuo. Por esto creía el Comendador que tal negocio debía conducirse con moderación, pues si el Rey tenía en cuenta los sacrificios impuestos por la guerra, se daría cuenta exacta de lo que ha costado el empeño relativo al famoso *décimo*. Mientras tocante á este particular y al perdón general, no se diera una satisfacción al país, la guerra no concluiría.

Y aunque ello no pudiera garantirse, Requesens afirmaba que no conocía otros medios. Los seis años, en que los Estados han ofrecido dar la *ayuda*, alcanzaban al 13 de Agosto de 1575. Dos de ellos sólo estaban pagados. El empeño en rehusar las sumas propuestas hacía cada vez más difícil el pago, porque las provincias veíanse de día en día más apuradas, y habían sufrido extraordinariamente los resultados de la guerra. De aquí el atraso y las contrariedades, sobre todo en algunos Estados, como Brabante y Flandes, que podían considerarse los más perjudicados por aquélla. Tal era el estado del país y de los ánimos por lo que respecta á la cuestión de los impuestos.

Hecho el extracto de las cartas del gran Comendador, importa decir algo sobre ellas antes de dar cuenta de los primeros actos de éste. Puede desde luego afirmarse que si algún detalle nos faltase para juzgar de su fisonomía moral, estos documentos nos lo ofrecen, y por cierto valiosísimo. Desde luego échanse de ver en ellos el hombre activo, investigador, prudente y ordenado. Sin excederse de las instrucciones recibidas, discute el pro y el contra de su aplicación, é informa minuciosamente al soberano no sólo del estado de los negocios sino de las causas y efectos de la situación por que atraviesa el país. A diferencia del Duque de Alba, según observa Gachard, antes de dar un paso, como si temiera adelantar demasiado, pide órdenes á Felipe II, y se encierra escrupulosamente en las órdenes de éste. «Para él es una ley informar al monarca, en todas las ocasiones importantes, de los motivos de su conducta.» Todo lo contrario Alba. «El carácter esencial de la correspondencia del Duque, sobre todo, antes de la rebeldía de 1572, es el laconismo. Raramente entra en detalles. Parece que no se cree obligado á dar cuenta de su gestión al soberano. A menudo no le informa de sus actos, ni siquiera de las conyunturas más graves, sino cuando han producido sus efectos. Tampoco respeta las órdenes que le han sido trasmitidas. Jamás se vió gobernador de los Países Bajos que obrara con

más autoridad y más independencia. Entre los despachos del Gran Comendador de Castilla y la correspondencia del Duque de Alba, el contraste no puede ser más singular (1).» Otro tanto puede decirse respecto de las opiniones de uno y otro sobre el perdón general, Consejo de los Tumultos y petición del *décimo*. Alba era de opinión que debían seguirse los procedimientos de fuerza y terminar la rebeldía con las armas. Ateníase no á la oportunidad, sino á las prerrogativas del Rey, quedando la moderación para más tarde. La causa del levantamiento había sido, según él, religiosa. Requesens, por el contrario, dudaba respecto á esta causa, pero creía que era necesario atraerse al país, sobre todo buscar apoyo en los elementos leales del mismo, exasperados por los procedimientos del Duque de Alba y las demasías de los soldados. Opinaba que había que dividir para vencer, sistema que aplicó luego con sumo acierto Alejandro Farnesio, y creía también que á nuevo Gobierno era indispensable nueva política. Por otra parte veíase aislado. Los leales á España en la masa del pueblo estaban desengañados; los mismos ministros del Rey, entre ellos Viglio y Noircarmes, pedían que se tratara con los jefes enemigos; el mismo Duque de Alba había dicho *á Requesens que ministros y vasallos deseaban un arreglo* con Guilllermo de Nassau y los demás rebeldes. Y sobre hallarse aislado, encontrábase sin dinero, ó, por mejor decir, con un atraso enorme que pesaba sobre las consignaciones anunciadas. Todos estos motivos determinaban forzosamente nuevos rumbos en la política; pero toda política española en los Países Bajos, aun la misma política de clemencia, exigía dos cosas: *hombres* y *dinero*. Dinero, no sólo como *nervio de la guerra*, sino para dar un ligero respiro al país, pagar la gente y castigar sus grandes desafueros. Hombres para tener á raya al enemigo é ir ocupando los puntos estratégicos del territorio. Pues bien, el Duque de Alba dejaba á Requesens la hacienda en ruínas,

(1) Prefacio al tomo III de la *Correspondencia de Felipe II.*

el ejército indisciplinado, el país exasperado y empobrecido, la Marina destrozada, frialdad y desafección en los de arriba, odio y recelo en los de abajo. ¿Era posible levantar tamaña carga? Por añadidura, aquella guerra era principalmente marítima, y Requesens carecía de Armadas, de marinos y de Almirante. Preso Bossu, dudoso y remiso Beauvoir, decía con razón aquél que *no sabía á quien pudiera dar el cargo de Almirante.* Las tripulaciones, rebeladas por los atrasos, desertaban, y los que aún servían eran gente sospechosa, cuando no traidora. Ni los que pudieran mandarse de España podrían vencer estas dificultades por desconocedores de aquellas costas y de aquellos mares, ni era posible aventajar á un enemigo que tenía sus puertos de refugio en Francia, Holanda y Zelanda, y además marineros de sobra y sin sueldo alguno; ni nuestras flotas podían ya con entera libertad navegar por los brazos del Escalda y llevar socorros á la cada vez más apurada Middelburgo, último baluarte de la dominación española en las islas zelandesas. ¿Pesábanse todos estos inconvenientes en España? La correspondencia que medió entre el nuevo gobernador y el soberano da cumplida contestación á esta pregunta. Los males eran perentorios, y á los remedios tardíos y fuera de ocasión debían corresponder, como correspondieron, resultados contraproducentes, es decir, totalmente perjudiciales.

Veamos ahora cuáles fueron las primeras medidas y operaciones del Comendador.

Al hacerse cargo del mando del ejército de los Países Bajos se componía éste, según relación dada por el Duque de Alba al Comendador, de las tropas siguientes: 79 compañías españolas, que hacían 7.900 soldados; 54 compañías de altos alemanes, que componían 16.200 hombres; 32 compañías de bajos alemanes, que sumaban 9.600 plazas; 104 compañías valonas, que equivalían á 20.800 soldados. Era el total de la infantería 54.500 hombres, sin contar los 3.000 que ocupaban las plazas fronterizas. La caballería constaba de 35 compañías,

que hacían un efectivo de 4.780 hombres (1). Como se ve, el ejército de que podía disponer Requesens no era pequeño, pero existía la dificultad de mantenerlo, y sobre todo hallábase quebrantado por la indisciplina. Otro tanto ocurría con la marinería, escasa y á última hora organizada á la fuerza. En Amberes y en Berghen-oop-Zoom se hallaban las dos escuadras destinadas á operar en las costas de Zelanda. La de Berghen era la más numerosa de las dos, porque se destinaba á llevar convoy. Componíase de 62 navíos, y entre ellos, *cromnestevens* y *dromedales,* ó sean naves de quilla chata más fuertes y armadas que las que se emplean en aquellas aguas, algunas charruas y pleitas (más largas estas últimas y aparejadas para llevar carga). En la de Amberes figuraban los navíos grandes, y de ésta puede decirse que era la verdadera escuadra de combate. Existía una diferencia entre los elementos del ejército y de la Marina, no solo en cantidad, sino en calidad. Y existía respecto de aquella un grave inconveniente; y es que carecía de jefe, pues el Almirante Beauvoir se hallaba por aquellos días enfermo de gravedad. Tal era el estado de las fuerzas terrestres y marítimas de los Países Bajos al comenzar el año 1574.

La preocupación más grande de Requesens era el socorro de Middelburgo, sitiada hacía ya dos años y auxiliada con harto trabajo durante este período, porque Middelburgo constituía el único baluarte que nos quedaba en Walcheren, aun cuando en ella poseyéramos á Ramua, plaza de escasa importancia, cuya suerte dependía de la de aquélla. Con este objeto trasladóse en los primeros días del año á Amberes para dar impulso á los aprestos de la flota que allí organizaba Sancho Dávila; y no bien hubo logrado que éste se diera á la vela, que fue el 22 de Enero, púsose en marcha por Berghen-oop-Zoom, á donde llegó el 27, cuando ya Mondragón, que defendía á

(1) *Relación de la gente de guerra existente en los Países Bajos,* enviada por el Duque de Alba al Comendador de Castilla.

Middelburgo, le había dado aviso de que por momentos iban creciendo los apuros de las dos plazas sitiadas, en las que la miseria era tanta, que después de haber devorado los animales más inmundos, no quedaba á sus heroicos defensores otro alimento que panes de linaza y los cueros de aquellos animales. Una vez en Berghen, Requesens dispuso que se apresurase el cargamento de granos y vituallas en las pleitas y charruas, y que se embarcaran en los navíos mil soldados españoles y valones. Enfermo, como hemos dicho, Beauvoir, el Comendador dió el mando de la flota á Julián Romero, asistido por por el vicealmirante Glimeu, cuyo cometido en la presente ocasión no es fácil de explicar, puesto que tenía el mando un Maestre de campo, persona poco perita en asuntos de mar. Sin duda, el Comendador tenía puesta su confianza en la fidelidad y en el arrojo de Romero; pero éste demostró bastante torpeza y falta de diligencia en la ejecución. Con efecto, debía operar Romero de concierto con Sancho Dávila, y mientras éste se dirigiría á la isla por el brazo izquierdo del río Escalda, aquél tenía que avanzar á favor de la marea por el brazo izquierdo desde Berghen á Middelburgo. Pero Romero, después de recibir detalladas instrucciones del Comendador, *de ninguna cosa se acordó*. Pudiendo haber llegado con sólo una marea á la plaza sitiada, fué á echar anclas en Rundenswael, á una legua de Berghen, y allí permaneció por espacio de dos días, como indeciso y sin dar orden alguna á los de su flota. Entre tanto el enemigo no dejaba de observar el movimiento de las dos escuadras desde las bocas del río, y además estableció baterías en las márgenes próximas á ellas. Romero y Dávila se habían concertado para el día 30 de Enero. Reunidas por esta fecha ambas flotas, atacarían al contrario simultáneamente por el frente y flanco, y llevarían el socorro á Middelburgo. Por desgracia, Romero no tomó bien sus medidas ó por mejor decir no tomó ninguna. El 28 de Enero continuaba en Rundenswael; el 29, como cambiara el viento favoreciendo al enemigo, éste, que se dió perfecta cuenta del

estado de la escuadra católica, mal distribuída para el combate, decidió acometerla. Para esta operación Orange había dividido su escuadra en dos fracciones: una de ellas al mando de Luis Bussotto, el más hábil de sus marinos, tenía el cometido de batir á Romero, mientras que la otra observaría los movimientos de Dávila y distraería su atención hasta tanto que, lograda la victoria sobre aquél, y atacado á su vez por las dos fracciones reunidas, veríase este obligado á huir ó á batirse con un enemigo superior en fuerza y bastimentos. El plan de Orange se cumplió en todas sus partes.

Animado el rebelde por el favor del viento y la marea, y sobre todo avisado por desertores de la escuadra católica de la situación y estado de ésta, púsose en dicho día en movimiento para atacarla. «Los contrarios, dice Mendoza, traían su escuadra muy reforzada de soldados y marineros, que era de mucho mayor número de navíos armados que la nuestra y más gruesos, por ser la almiranta y vicealmiranta filibotes, que son navíos de gabia y mucho más grandes y crecidos que los *crommenstevens* y *dromedales*.» Pero ni el número de enemigos, ni las condiciones desfavorables en que se hallaba, inspiraron á Romero un pensamiento salvador. Pudo, según advierte Requesens, retirarse con toda seguridad á Berghen y esperar allí á la marea para ejecutar el plan de que estaba encargado; pudo asimismo reunir todos sus bajeles y esperar tranquilamente al contrario, que no se hubiera atrevido á embestirle. No hizo ni una ni otra cosa. Cometió, por el contrario, la grandísima falta (1) de enviar á Glimeu con 12 ó 14 navíos al encuentro de la escuadra enemiga que, maniobrando con suma habilidad, envolvió á los nuestros y les hizo encallar en los bancos de arena. Cegados los españoles por el humo de los mixtos incendiarios, blanco de los fuegos de la artillería, acosados por bastimentos más veleros y mejor dirigidos, sucumbieron después de haber luchado con desesperado valor.

(1) *Grandísimo disparate*, dice el Comendador.

Allí fue mortalmente herido Glimeu, pereció el capitán Carrillo de Acuña y sucumbieron sobre 700 soldados; también Bussotto recibió contusión grave, perdió el árbol de su capitana y la mayor parte de su tripulación. Acudió Romero con la nave que mandaba en socorro de Glimeu, pero sólo aventajó á éste en salir con vida, pues destrozada su nave por el golpe de las enemigas, fué á dar en tierra, donde se hizo piezas. Él ganó á nado la orilla con solo 10 soldados, y al llegar al dique de Berghen, donde se hallaba el Comendador Requesens presenciando suceso, díjole á éste: *Bien sabía V. E. que yo no era marinero sino infante. Así, no me entregue más Armadas, porque si ciento me diese es de creer que las pierda todas.* Entre tanto, el resto de la flota se dispersaba, sin atender á las señales que se le hacían. Por fortuna, los enemigos no se empeñaron en la persecución, quizás por ver los diques ocupados por artillería y tropas reales. De otro modo, afirma Requesens que el desastre hubiera sido total. Calcula éste que la pérdida fue de nueve de los mejores navíos de la Armada y de unos 200 soldados españoles y valones. Cuanto á las disculpas de Romero, dice el Comendador al Rey que no se necesitaba ser marino para navegar tres horas, sobre todo con instrucciones tan detalladas como las que él le dió.

Grave como fue este contratiempo, no tuvo más transcendencia, porque Sancho Dávila, que había tomado posiciones entre Flessinga y Rameckens, con una flota compuesta de siete ú ocho navíos de alto bordo y cuarenta bastimentos pequeños, entre ellos siete *pleitas* cargadas de vituallas, al tener noticia de la derrota de Romero, retiróse sin pérdida de tiempo á Amberes. Sin embargo, hecho tan desgraciado dió por resultado la deserción de centenares de marineros y soldados, que abandonaron los bajeles reales tan pronto estos anclaron en el canal de Berghen. Tampoco pudo llegar á Middelburgo socorro alguno del costado de Flandes, desde donde intentaba darlo el señor de Reulx; por manera que la empresa tuvo total y definitivo fracaso.

Perdida, pues, toda esperanza por parte de los sitiados, que según las últimas cartas de Mondragón perecían de hambre á centenares, hubo Mondragón de capitular, lo que hizo en condiciones «dignas de quien como él había cumplido valerosamente su deber» (1), saliendo el día 22 de Febrero á la cabeza de sus soldados, banderas desplegadas y mechas encendidas, cajas, ropas y bagajes. Middelburgo y Armuiden quedaron en poder del enemigo, que se obligó á transportar á nuestros soldados á la costa flamenca. Sin embargo, Mondragón vino obligado á presentarse á Orange como prisionero, caso de no lograr la libertad de Marnix de Santa Aldegunda y algunos otros, que estaban en poder de las tropas católicas. Pero aunque la capitulación de la plaza de Middelburgo fue honrosa para sus defensores, su pérdida vino á acreditar la impotencia del Rey para señorear en la Zelanda. Ahora iba á recibir ésta nueva vida, con la llegada á la isla de Walcheren de más de 13.700 flamencos, holandeses y extranjeros que residían en Inglaterra desde las primeras rebeliones. Salvo las islas de Sud-Beveland y Tolen, toda la Zelanda pertenecía á los protestantes. Lo mismo podía decirse de Holanda, excepción hecha de Harlem y de Amsterdam. En Güeldres poseían la villa de Bommel, y en tierra flamenca á Gertruidenberg; por manera que, desde las costas y desde la barrera del Mosa, desafiaban ya impunemente el poderío español.

Tan repetidas ventajas de los rebeldes, no menos que el estado precario en que se hallaba Requesens, harto conocido de Orange por los espías y confidentes que tenía en el ejército y en la sede del Gobierno, impulsaron á éste á tomar de nuevo la ofensiva. A tal objeto venían encaminados sus esfuerzos, no sólo en el país, sino en las naciones vecinas. Y aunque el socorro que pudiera recibir de los monarcas y príncipes era dudoso, todos sus trabajos encaminánronse á recabarlo, aun á trueque de promesas harto aventuradas. Por de pronto, tenía que luchar en

(1) Mendoza, *Comentarios*, libro XI, cap. 3.°

Francia con la doblez de Carlos IX y la astucia de la Reina madre; en Alemania con la frialdad del Emperador Maximiliano, que acababa de casar su hija con Felipe II, y en Inglaterra con las codicias y las veleidades de la Reina Isabel, ganosa de sacar partido de todo á costa de poca cosa. Pero nada arredró al astuto y enérgico Príncipe. Y aunque no logró de Maximiliano otra cosa que la neutralidad, ni de Isabel algo más que la aquiescencia, en cambio, y por causas muy diversas, pudo alcanzar el auxilio pecuniario de Carlos IX, interesado en aquel momento, no sólo en la pacificación de los protestantes de su reino, sino en el matrimonio de su hermano el Duque de Alençon con la Reina de Inglaterra; en asegurar en las sienes de su otro hermano, el de Anjou, la corona de Polonia, y suplantar y aniquilar á la casa de Austria, arrebatando á España el dominio de los Países Bajos. Este auxilio pecuniario consistió en cien mil coronas, que, como donativo de Carlos IX, dió su representante el Conde de Schomberg á Luis de Nassau, á la sazón en Alemania, aparte la promesa de que el francés tomaría á su cargo los gastos de la nueva expedición. Isabel, por su lado, aunque no dió apoyo, permitió que salieran de sus costas bajeles, armas y municiones para los rebeldes; Maximiliano permaneció en actitud pasiva; y, gracias á este conjunto de circunstancias, la situación del Principe de Orange, verdaderamente desesperada en los días del sitio de Harlem, cambió por completo en los comienzos del año 1574. Desde aquel punto y hora podía comenzar el levantamiento de tropas en Alemania; tomar una ofensiva vigorosa desde el Mosa; barrer de Holanda á los españoles, libertando á Leyden, ganando á Amsterdam y recobrando á Harlem; llevar, en suma, la guerra al mismo corazón de los Estados.

Por de pronto, con el dinero de Francia, el que produjo la venta de las mercaderías halladas en Middelburgo y el eficaz apoyo del Elector palatino, Luis de Nassau pudo poner en pie de guerra 3.000 jinetes y 6.000 infantes alemanes, franceses, valones y loreneses. Estas tropas estaban destinadas á inva-

dir el Brabante, y se reunieron en Wulpen, entre Aix-la-Chapelle y Maestricht. Luis de Nassau trataba de caer sobre esta última plaza, débilmente guarnecida, y operando sobre el Mosa, atraer sobre sí las tropas que cercaban á Leyden y amenazaban otras villas de Holanda, mientras que Guillermo de Orange, avanzando por Gertruidenberg con 6.000 infantes, iría á darse las manos con él, para juntos caer sobre el corazón de los Estados. Hay quien opina que éste trataba primero de embestir á Amberes, dando lugar con ello, no sólo al avance de su hermano Luis, sino á que el ejército español tuviera que abandonar la Holanda. De todos modos el plan estaba bien ideado, y su realización parecía tanto más fácil, en cuanto Requesens tenía muy diseminadas sus tropas, y él mismo tampoco se hallaba muy seguro en Amberes. Pero el Gobernador español, avisado desde Diciembre anterior por los Arzobispos de Colonia y Tréveris del levantamiento de tropas protestantes en Alemania, había ordenado poner en pie de guerra los 3.000 caballos de las bandas de ordenanza de los Países Bajos, y aun tratado de reclutar alguna gente alemana, cosa esta que no le fue posible, por de pronto, á causa de la escasez de metálico. Con todo, hubo que hacer esfuerzos de flaqueza, porque el 21 de Febrero ya el ejército enemigo se hallaba á media legua de Maestricht, sembrando con su presencia terrible alarma en el país. Y debido á ello, no faltó quien aconsejara al Comendador que se limitara á la defensa de las plazas de guerra, abandonando el campo á los enemigos: empero, más sereno éste, supo apreciar, con excelente ojeada militar, toda la gravedad de la situación, y concertar sus fuerzas con tal habilidad, como demostró el resultado de sus disposiciones.

Ante todo, trató de constituir un núcleo de fuerzas suficiente á mostrarse al enemigo. Don Bernardino de Mendoza, con seis compañías de caballos y una de arcabuceros montados, recibió el 27 de Febrero orden de marchar para Maestricht, en donde se hallaba D. Francisco Montesdoca con tres ban-

deras alemanas. Igual camino debían emprender los soldados valones de Mondragón, que se hallaban alojados en las inmediaciones de Bruselas. El 4 de Marzo, Sancho Dávila, á quien Requesens dió el mando en jefe, recibió el cometido de dirigirse á las márgenes del Mosa en demanda del enemigo, con tres banderas del tercio de Sicilia, y 700 arcabuceros valones. De Holanda mandóse venir con igual objeto á D. Gonzalo de Bracamonte, con 2.000 españoles y tres compañías de caballos. Y todo ello sin perjuicio de acopiar en las villas muradas forrajes y bastimentos para el ejército. En suma: todas las guarniciones del Brabante, mas las tropas menos indispensables de Holanda, fueron conducidas á las márgenes del Mosa. Levantóse el sitio de Leyden, y casi todo el Waterland quedó sin presidios. Entre tanto, pudo ordenarse también nueva leva en Alemania, Suiza y provincias valonas, cosa que permitieron las lentitudes del enemigo. Por manera que, colocado el no muy numeroso, pero lucido ejército de Sancho Dávila en las márgenes de aquel río, ocupados sus principales pasos, y retiradas todas las barcas, los españoles encontráronse apercibidos para rechazar la invasión.

Era Sancho Dávila hombre tan experto en funciones de guerra, como conocedor del enemigo, discípulo predilecto de Alba y tan hábil como éste para las maniobras, como ejecutivo y valeroso en los ataques. Por de pronto, reforzó la guarnición de Ruremnuda con 25 banderas mandadas por Valdés, y él avanzó hasta ponerse en contacto con el enemigo, cuyos movimientos limitóse á espiar; después maniobró á la manera que aquel su insigne maestro, acometiendo los puestos avanzados del contrario, dándole rebatos y *encamisadas,* hostigándole sin cesar, y causándole pérdidas tan graves como la sorpresa de un cuerpo de alemanes, en la que perdieron éstos sobre cuatrocientos hombres. Toda la diligencia que puso Luis de Nassau en pasar el río Mosa resultó inútil. Inútil también resultó su tentativa de pasar por Lieja, á cuyo efecto hizo una intimación á su Príncipe Arzobispo. Ni los tratos que con al-

gunos de Maestricht mantenía le dieron resultado, puesto que hubo de limitarse á campar en el territorio ribereño, ni era posible ya el sostenimiento de sus tropas por más tiempo en las miserables aldeas y pagos por ellas ocupadas. Todavía intentó dar un golpe de mano á Ruremunda, pero la guarnición de esta plaza se hallaba reforzada y apercibida, así es que no tuvo otro recurso que modificar su plan y dirigirse hacia Nimega, entre el Mosa y el Wahal, con objeto de unir sus tropas con las de su hermano Guillermo, colocadas entre Grave y Thiel. Ya éste se hallaba avisado del estado de las cosas y había reunido número de barcas suficientes para poder cruzar el río. Era cuestión de diligencia, puesto que de operar con alguna rapidez, podían ganar por la mano á Sancho Dávila y realizar sin tropiezo la operación. Entre tanto, en Amberes descubríase una conspiración encaminada á poner esta ciudad en manos de Orange, y las tropas protestantes hacían desde Gertruidenberg repetidas correrías por el territorio brabantino—datos estos que hay que tener en cuenta para comprender la apurada situación de Requesens con el enemigo en las fronteras, y otro peligro no menos grave en la misma entraña de los Estados.

También urgía al Comendador resolver el problema militar planteado en las márgenes del Mosa, pues los peligros interiores no eran menos graves que los exteriores: y por esto apremió á Sancho Dávila, y aun despachó para reforzarle cuanta gente pudo reunir de buena ó mala manera. No andaba remiso el veterano Maestre de Campo. Adelantándose á los designios del enemigo, no bien supo que éste había levantado el campo (11 Abril), despachó 300 arcabuceros del tercio de Sicilia y los caballos borgoñones del Barón de Chevreaulx para Nimega, con objeto de impedir el paso del Wahal. Y sabiendo luego por sus espías y corredores que Luis de Nassau, fracasado este su intento, había determinado darse la mano con Guillermo en la orilla derecha del Mosa, tomó la resolución de cruzar el río y trasladarse á ella, para cerrar el camino al enemigo y

presentarle batalla. Llegado junto á Grave, hizo sin pérdida de tiempo construir un puente de barcas, en la misma forma que otros días lo efectuara el Duque de Alba, y por este puente condujo sus tropas y bagajes al otro lado del río. La primera noticia que tuvo Luis de Nassau de este movimiento, fue el choque de sus tropas de descubierta con nuestros corredores. Ocurría esto el día 13, y hallábase el Príncipe rebelde en Moock, lugar puesto sobre el Mosa y perteneciente al ducado de Cléveris. Entre uno y otro ejército sólo mediaba la distancia de una legua. Retroceder no era ya posible, porque carecía de víveres y aun de plazas de refugio. Además, á su ejército le faltaba consistencia para mantenerse en la difícil situación en que se hallaba colocado. Por todas estas razones, y viéndose seriamente amenazado por su flanco derecho, hizo un cambio de frente á retaguardia sobre la izquierda, y se atrincheró en el lugar de Mook, situado sobre el río Mosa.

Hállase Mook entre este río, que corre al Mediodía, y una colina que se eleva al Norte, á tiro de cañón del lugar. El terreno llano permitía las maniobras de la caballería, y los espesos bosques que se extendían á espaldas de la colina del costado de Cranenborch, no contribuían menos á mejorar la posición, despejada por su frente, dominada por la colina, apoyada por sus costados en esta y en el dique de Grave, y protegida por los bosques que desde Middelaer se extienden hasta Nímega. Luis de Nassau dispuso su frente con un sólido atrincheramiento construído desde el dique hasta la colina. Su izquierda la apoyó en el pueblo, su derecha en la colina. La infantería, compuesta de diez banderas (10.000 soldados), en primera línea y en la colina. La caballería, parte con la infantería gascona, en la montañuela, y el grueso (cuatro escuadrones), con algunas banderas de arcabuceros, en segunda línea, oculta por los accidentes del terreno. Estos escuadrones de reserva, compuestos de 1.500 á 1.800 caballos, debían cargar en el momento oportuno sobre el flanco izquierdo español. La infantería era superior en arcabuceros. Su cifra difería en

poco de la de Dávila; en cambio la caballería era muy superior á la católica, no obstante las deserciones que últimamente había experimentado.

Mandaba esta arma el hijo del Elector palatino Duque Cristóbal de Baviera, y dirigía la infantería y todo el ejército Luis de Nassau. Otro Nassau, el menor de esta familia, llamado Enrique, figuraba también entre los señores flamencos y alemanes, que en no escaso número nutrieron el ejército rebelde. Fuerte éste en sus bien escogidas posiciones, esperó Luis el ataque de la infantería española, dispuesto á lanzar en el momento decisivo todo el peso de su numerosa y escogida caballería sobre el flanco español.

No bien llegó Dávila á tiro de cañón del enemigo, se hizo cargo de la posición de éste, y, aconsejado por Mendoza, dió á sus tropas disposición tan hábil, que acertó á suplir su ininferioridad en caballería respecto de la enemiga. También su ejército formó en línea de batalla con la derecha apoyada en el dique y la izquierda en unos pliegues del terreno. La infantería, dividida en tres trozos, mandados respectivamente por Gonzalo Bracamonte, el derecho; por D. Fernando de Toledo el izquierdo, y el centro por él en persona. La caballería, dirigida por D. Bernardino de Mendoza y Juan Bautista del Monte, hallábase escuadronada toda á la izquierda. Componíase de 400 lanzas y 200 herreruelos, más 170 arcabuceros á caballo, que se distribuyeron por el frente de los escuadrones, cifra muy inferior á la del contrario, pero cuya inferioridad suplió D. Bernardino de Mendoza (recordando los consejos del gran Duque de Alba) envolviendo sus alas en dos mangas de arcabuceros y ordenando, además, que en el momento del choque las 400 lanzas se dividieran y acosaran en detall á los jinetes enemigos. Esta distribución dió tan excelentes resultados aquel día, que el mismo D. Bernardino afirma que, «por mucho que se encareciese, no se podría decir el gran servicio que hicieron en aquella ocasión *estas tropillas de gente.*»

Dada la señal de acometer por cornetas y tambores, vióse

llegar al campo español un refuerzo no esperado: la guarnición de Maestricht, mandada por Montesdoca, y las tropas del presidio de Nimega, dirigidas por Barlaymont. Este capitán anunció la llegada de Valdés con las tropas que asediaban á Leyden, y que á toda prisa se dirigían en socorro de Dávila. Pero ello no modificó la acometida. Hecha la acostumbrada *oración* por españoles y valones, Montesdoca atacó por la colina y trincheras del costado derecho enemigo, que era el más accesible; pero aunque logró desalojar á los defensores, apoyados éstos por las tropas de reserva rechazaron vigorosamente al atacante. Entonces refuerza Montes sus tropas con el tercio de Mondragón, y otra vez se lanza contra la trinchera. Fue aquel el momento decisivo de la batalla, porque el enemigo defendía su puesto con verdadera tenacidad, y los nuestros tampoco cejaban en su empeño. Montesdoca cae herido de dos balazos, y á su lado otros muchos soldados. Luis de Nassau, en persona, da aliento á los rebeldes. Entonces entró en acción la caballería. Esperaba el enemigo que ésta decidiera la acción en su favor, y en apiñada masa, dirigida por el mismo Nassau, avanza contra la nuestra para servir de apoyo á los infantes; pero recibida con nutrido fuego por las mangas de arcabuceros españoles, contenida en su primer impulso, y muy quebrantada, rehácese al abrigo de la colina, y carga de nuevo por las praderas en que se hallan extendidos los jinetes de Mendoza. En aquel momento, la nuestra divídese en tropillas y la envuelve, destrozándola, no tanto con el acero, como con el plomo de los arcabuces. En balde los Príncipes, rodeados de la flor de sus jinetes y de sus oficiales, tratan de resistir. Son arollados por los atacantes, y los fugitivos, envueltos, por decirlo así, por la oleada terrible del terror y la muerte. Bien pronto el campo queda cubierto de cadáveres. Más de 3.000 hombres yacen en él. Los dos Nassau y el Duque de Baviera desaparecen para siempre. Treinta banderas, tres estandartes y dos cañones, con todo el bagaje, son el trofeo de los vencedores. Los fugitivos corren hacia

Xanten y Nuys para ganar el Rhin, y esparcen la noticia de la derrota, que sobre ser terrible para el enemigo, pues según Mendoza apenas pudieron salvarse 1.000 hombres, costó sólo á los nuestros poco más de un centenar.

Tal fue la célebre batalla de Moock, trascendentalísima para las armas españolas, si de la victoria hubiera podido sacarse el fruto que era de apetecer. Sin embargo, ella prueba el tacto y la buena dirección del Comendador Requesens, puesto que con tal acierto supo mandar las tropas al punto amenazado y hacer converger en él todas las disponibles. Si á Sancho Dávila se debió la victoria en su parte ejecutiva, cupo al primero todo el honor de la dispositiva. En estas operaciones acreditó el caudillo del ejército español cuán bien supo aprovechar las enseñanzas del Duque de Alba, puesto que su breve campaña sobre el Mosa recuerda perfectamente las realizadas por Toledo junto á este mismo río: cautela en las maniobras, arrojo en el momento decisivo. Púsose también en evidencia, que aún influía en aquellas campañas la escuela formada por el Duque, la de los Mondragón, Montesdoca, Mendoza, Toledo, Bracamonte, y otros tan expertos para dirigir como arrojados para obrar. Desgraciadamente la pericia de los capitanes y el valor de los soldados no podían suplir defectos graves que, al deslucir la victoria, iban á quebrantar nuestro poder y á esterilizar los resultados obtenidos con ella.

Francisco Barado.

POETAS AMERICANOS

A MARIA GUERRERO,

COMEDIANTA ESPAÑOLA

SONETO

Palpita un genio en ti; ¡oh laureada
Maga gentil, que en la triunfal escena
Vuelves al mundo aquella edad, que llena
De Lope y Calderón la musa alada!
Por ti renace en nuestra edad turbada
Por hondos males, de tu voz serena,
Blanda al conjuro, la inexausta vena,
Gloria fecunda de la edad pasada.
Y brota nueva flor de la marchita
Planta del arte, cobra su decoro,
Y el sentimiento de lo bello excita.
¡Salve! ¡oh sonrisa! ¡oh luz! ¡Salve, oh tesoro
De poesía y amor! En ti palpita
Todo el genio español del siglo de oro.

ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS.

México, 1900.

Á ESPAÑA

SONETO

Un tiempo fue, por el que en llanto bañas
Vanamente tus templos seculares,
En que tus altas glorias militares
Inundaron del orbe las campañas;
Españolas del mundo las hazañas;
Las playas todas españoles lares;
Al circundar las tierras y los mares
No halló el sol el confín de las Españas.
Mas si los lauros te arrancó de Marte
La Fortuna envidiosa de tu gloria,
No puede los del Genio arrebatarte;
¡Que no se pone el sol de tu memoria
En los cielos sin límites del Arte,
Ni en los mares inmensos de la Historia!

NUMA POMPILIO LLONA.

Lima (Perú) 1900.

***

BRINDIS AUREO

Á Antonio María Gabalo.

Solemne y grave abandonó su asiento
Y con la copa de Champaña alzada,
Dijo con dulce y melodioso acento:

—«¡Soñadores! ¡Brindemos por mi amada!»
»Por la mujer que los pesares calma,
Y á cuya voz, que la pasión inspira,
Tiene placeres y ventura el alma
Y vibraciones la robusta lira.
»A la mujer cuya virtud adoro;
Por la que rindo fanatismo ciego,
A las flotantes cabelleras de oro,
Al seno ebúrneo y al contorno griego.
«Me inspiran sensaciones muy extrañas
Los ojos claros de mirar muy hondo,
Que llevan una noche en las pestañas
Y fulgores de auroras en el fondo.
»Te envidio los amores de María;
De Romeo la cita romancesca;
Y si yo fuese Paolo, moriría
Al beso de los labios de Francesca.
»¿En qué gran concepción de qué poeta
No alienta una mujer que el estro agita?
¡Brindemos por Beatriz, por Julieta,
Por Laura, por Ofelia y Margarita!
»¡Pero silencio!.... ¡Ya mi fantasía
Cruza de ensueños misteriosa tropa!
¡La mujer es la misma poesía!
¡Brindemos por su amor! ¡Dadme otra copa!

J. Manuel Díaz Mirón.

Méjico, 1900.

***

¿QUÉ ES POESÍA?

Es la poesía pira sagrada;
Radioso arcángel de ardiente espada;
Tres heroismos en conjunción:

El heroismo del pensamiento,
El heroismo del sentimiento
Y el heroismo de la expresión.
Flor que en la cumbre brilla y perfuma;
Copo de nieve; gasa de espuma;
Zarza encendida do el cielo está;
Nube de oro vistosa y rauda;
Fugaz cometa de inmensa cauda;
Onda de gloria que viene y va.
Nébula vaga de que gotea,
Como una perla de luz, la idea;
Espiga herida por la segur;
Brisa de incienso; vapor de plata;
Fulgor de aurora, que se dilata
De Oriente á Ocaso, de Norte á Sur.
Verdad, ternura, virtud, belleza,
Sueño, entusiasmo, placer, tristeza,
Lengua de fuego, vivaz crisol;
Abismo de éter que el genio salva,
Alondra humilde que canta el alba,
Aguila altiva que vuela al sol.
Humo que brota de la montaña,
Nostalgia obscura, pasión extraña,
Sed insaciable, tedio inmortal,
Anhelo eterno é indefinible,
Ansia infinita de lo imposible,
Amor sublime de lo ideal.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Buenos Aires, 1900.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

21 de Abril.—Campamento de *Snela Smira.*

Hoy hemos hecho una jornada de cuatro horas y diez minutos, abandonando los territorios de la provincia de Dukala para entrar en la de Rejamna, cuyos habitantes son famosos por su bravura y fiereza. No ha mucho tiempo que la kábila se sublevó contra el Gobierno y llegó á poner sitio á la propia ciudad de Marrakesh. Esto ocurrió cuando la muerte de Muley Hassan, y el actual gran visir, Bahamed, con un rasgo de audacia y temeridad asombroso, secuestró el cadáver del Emperador, y haciéndolo pasar por vivo le condujo hasta Rabat, donde se hizo fuerte y proclamó nuevo Sultán al actual, Muley Abdul-Azis. El esfuerzo y valentía de los sublevados de Rejamna resultó estéril, pues el descendiente de Mahoma, gracias á las innumerables intrigas y artificios, siempre usado entre los musulmanes, cayó sobre ellos y se *los tragó,* que tal es la expresión con que el soberano de Marruecos comunica á su pueblo la noticia de haber vencido una de las continuas rebeliones que á cada paso se desarrollan en su dilatado Imperio. Más de 8.000 prisioneros en las cárceles de Tetuán, Rabat y Fez purgan en espantosos suplicios (sabido es lo que son las prisiones marroquíes) un instante de arrojo y valentía.

Si el paisaje fue monótono y triste durante los primeros

días de camino, más lo ha sido hoy; todo el tiempo hemos cruzado una llanura árida é interminable, un yermo en toda la extensión de la palabra: el valle del *Hámera*. La venganza de S. M. Sheriffiana se ha dejado sentir fuertemente en aquellas regiones, hoy incultas y desoladas. Los árabes, que cumplimentando la etiqueta salen á recibirnos, son pobres y vienen mal vestidos, montan caballos sin arneses y algunos usan como bocado para regir al animal un simple trozo de cuerda de esparto. No puede darse mayor miseria. No corren la pólvora porque no la tienen, y si lo hacen es bien pobremente y por la necesidad de honrar al enviado de España.

El calor ha sido bastante fuerte, molestándonos mucho. Para colmo de contrariedades, el caballo que montaba en días anteriores, animal noble, manso y pacífico, se ha puesto malo, y he tenido que montar otra formidable bestia, que al oir correr la pólvora se excita, se entusiasma, y por más esfuerzos que hago acaba por hacer que, contra toda mi voluntad y pesándome mucho, acompañe á los jinetes de Rejamna en la realización de tan noble y elegante ejercicio. El cielo, sin duda alguna, quiso castigar el movimiento de envidia que sentí al admirar los soberbios caballeros de Dukala. Como en mi vida he corrido la pólvora, confieso que al principio pasé muy mal rato; pero poco á poco me rehice y dejé á mi caballo correr á su gusto y desahogar sus bríos, hasta que cansado se rindió sumiso, convirtiéndose á la postre en manso cordero.

Llegamos al campamento sobre las diez de la mañana, rodeados de numerosos jinetes (casi pudieran contarse 500), pero andrajosos y miserables. El sitio elegido se encuentra en la cercanía de una *Enzalla* ó pequeña aldea, que viene á ser una especie de *duar*, levantado junto á la tumba del venerable *Sidi Dauia*. Antiguamente *Snela Smira (Smira* quiere decir partida), que tal es el nombre del lugar en cuestión, era muy célebre por existir en él un *Fondak* ó posada, erigido por un árabe inmensamente rico llamado M. Sodi, cuya historia es digna de ser contada.

Cuentan las tradiciones musulmanas que este respetable descendiente de Ismael era un hombre temeroso de Dios y fiel cumplidor de los preceptos del Alkorán. Conforme á las reglas, no tenía más que cuatro mujeres legítimas, á quienes quería y apreciaba sobremanera; pero como siempre se ajustaba á todo lo prescrito y no ignoraba que en la variedad consiste el gusto, poseía también innumerables esclavas de todos colores, á fin de que le distrajeran en sus momentos de ocio y expansión. A pesar de haber reunido tantos elementos de recreo, M. Sodi se aburría soberanamente en Marrakesh, donde habitaba. El tedio y el hastío eran sus inseparables compañeros, y su tristeza fue tan grande que el pobre desgraciado enfermó. Para buscar alivio á sus males convocó en junta y asamblea solemne á los más sabios *alfaquíes* y *tebib* del Imperio; hizo venir también para que asistiesen al sabio congreso, á los más ilustres y venerados *morabitos,* de esos que por vivir solos y en lugares apartados, alejados de todo comercio humano, gozan, sin género alguno de duda, de la revelación divina. Cuando tan eminentes personajes se reunieron en cónclave supremo, M. Sodi les expuso lo que le sucedía y les pidió humildemente consejo para combatir los efectos de aquel fastidio inmenso que amenazaba concluir con su existencia. El docto concurso examinó con suma detención lo expuesto por el paciente, y después de largas y eruditas deliberaciones, tras una discusión acaloradísima y reñida, y como consecuencia de profundas y maduras reflexiones, decidió por unanimidad que todo lo que ocurría al buen M. Sodi era debido á no haber cumplimentado aún uno de los más santos preceptos que impone la religión mahometana: ir á visitar el santuario de la Meca.

M. Sodi comprendió al punto lo razonable, justo y conveniente de semejante decisión, que le permitía cumplir un sagrado mandato del Profeta, al par que le presentaba ocasión propicia y favorable para alejarse de sus cuatro mujeres y de sus innumerables esclavas, que eran la causa (y esto sea dicho

entre nosotros y con la mayor reserva) á la que él atribuía su colosal y extremado aburrimiento. De seguida se apercibió para el viaje, no tardando en emprender la peregrinación, y aun cuando en el momento de partir comprendió lo mucho que le costaba separarse de su familia, y sobre todo, de algunas hijitas que dejaba en la más tierna infancia, de su casa de Marrakesh, y de los innumerables elementos de distracción que en ella había reunido, para lanzarse en un viaje largo y arriesgado, logró sobreponerse y dominarse, pensando que se trataba de cumplimentar un precepto divino, y que en su aventurada excursión hallaría alivio y consuelo al extraño mal que le aquejaba.

En efecto, los numerosos accidentes de tan penosa expedición, la extrañeza de los países recorridos, los variados monumentos y paisajes que le era dado admirar y los nuevos ejemplares de belleza que pudo contemplar en el camino, causaron muy saludables efectos en el bueno de M. Sodi, que llegó á la Meca completamente contento y satisfecho, atribuyendo naturalmente, como buen creyente, su curación á los mágicos efectos de haber tranquilizado su conciencia, cumplimentando el santo mandamiento de Mahoma, con lo que había logrado tres cosas: realizar un deber religioso, ganar consideración entre los creyentes, y sobre todo, y esto era lo que más le complacía, distraerse y esparcir su espíritu sobremanera.

Unicamente de cuando en cuando sentía ciertos resquemores que le atormentaban un tanto al recordar su familia abandonada en Al-Magreb, su casa de Marrakesh y los innumerables elementos de recreo que en ella había reunido. Pero como deseaba llenar cumplidamente sus deberes religiosos, y temía volver á caer enfermo, resistió valerosamente los crudos dolores de la separación y buscó consuelo á la soledad en la compañía de una hermosa circasiana de carácter cariñoso y compasivo que había conocido durante el viaje, y con la cual contrajo matrimonio.

Muchos años permaneció M. Sodi en compañía de la bella

circasiana, hasta que ésta, desgraciadamente, murió, lo que le produjo una impresión penosa y desagradable, por más que, siempre devoto, reconociera en tan cruel pérdida la intervención divina en su favor, tanto más cuanto que ya comenzaba á aburrirse de nuevo. Pero esta vez M. Sodi ya sabía el modo de combatir el terrible mal que con tanta razón le atemorizaba, y sin consultar á los *alfaquíes* y *morabitos*, hizo tranquilamente sus últimas devociones, dió siete vueltas á paso tranquilo, siete más deprisa y siete corriendo alrededor de la Cáabá, arrojó siete piedras negras en el monte de la tentación y siete blancas en el lugar donde apareció el ángel Gabriel, bebió agua en el pozo Zem-Zem abierto á ruegos de Agar, y así, cumplimentados á la perfección todos sus deberes religiosos, emprendió el viaje de regreso hacia Al-Magreb.

Al llegar á Marrakesh sufrió una gran desilusión, pues encontró que sus cuatro mujeres legítimas habían muerto de tristeza al verse abandonadas, que sus hijos se habían perdido, sin que á pesar de sus esfuerzos lograra encontrarlos, que sus esclavas, que habían sufrido mucho con su ausencia, presentaban señales evidentes de que el tiempo no había pasado en balde, que su casa se hallaba ruinosa y sus jardines abandonados; en una palabra, que cuantos elementos de distracción había reunido á costa de inmensos sacrificios estaban viejos y gastados, todo lo cual le causó profundísimo pesar. De nuevo volvió á hallarse en la soledad, que le pesaba extraordinariamente, y como se había acostumbrado á vivir acompañado, buscó por todas partes, y al fin logró encontrarla, una joven agraciada con quien contrajo matrimonio nuevamente. Halló M. Sodi en su compañera una fuente de consuelo y felicidad, y ya se consideraba otra vez dichoso, cuando fijándose detenidamente en su cara esposa, notó que su vista le suscitaba recuerdos del pasado, pues se asemejaba en extremo á una de las mujeres que más había amado en tiempos anteriores y lejanos, lo que traía á su mente ideas desagradables. Turbaron hondamente estas reminiscencias el espíritu de nuestro buen

mahometano, quien no paró hasta indagar por cuantos medios pudo, cuáles fueran los orígenes y antecedentes de su dulce mitad, averiguando al fin y á la postre con gran espanto suyo que no era otra más que una de sus propias hijas, de aquellas que había abandonado en la infancia antes de su viaje á la Meca. Descubrimiento que escandalizó á los marroquíes.

Comprendió nuevamente M. Sodi la influencia divina, y acató los inescrutables designios del Todopoderoso, que nuevamente le obligaban á separarse de una compañera que involuntariamente le recordaba cosas tristes y que le fastidiaban mucho. Pero como no se atrevía á abandonar otra vez á su esposa é hija, y no podía avenirse á vivir á su lado, reunió por segunda vez á los más venerables alfaquíes y morabitos del Imperio, para consultarles la forma de resolver tan intrincado conflicto.

Volvieron á congregarse los sabios y doctores, y después de largas y eruditas deliberaciones, tras una discusión acaloradísima y reñida, y como consecuencia de profundas y maduras reflexiones, resolvieron que M. Sodi se debía separar de su esposa é hija, y que para calmar la justicia divina, fundaría un *fondak* para los peregrinos que visitaban la ciudad de Marrakesh, en el propio sitio donde había conocido á la causa inconsciente de sus desventuras, y que ésta quedaría allí al frente del establecimiento, mientras que él, pecador arrepentido, emprendería un nuevo viaje á la Meca.

M. Sodi, siempre sumiso á la voluntad divina, acató los decretos de la docta asamblea, y como le gustaba hacer bien las cosas, realizó su fortuna y fundó en *Snela Smira* que era precisamente el lugar en que había hecho tan fatal conocimiento, un espléndido *fondak*, al que dotó de agua potable por medio de un hermoso acueducto subterráneo, y una casa para que en ella residiese su esposa é hija, que tan tristes sucesos le recordaba, y á quien se veía precisado á abandonar. Terminadas las edificaciones, M. Sodi recogió los restos de su for-

tuna, y despidiéndose de todo el mundo emprendió su segundo viaje á la Meca, dejando á sus conciudadanos asombrados ante el espectáculo de un hombre tan justo y tan desgraciado, al que consideraron desde luego como digno de veneración y respeto.

Una vez llegado á la Meca, se dedicó por completo á la contemplación divina, no se sabe si en compañía de una ó más circasianas, jóvenes y guapas, que le distrajesen en sus ratos de ocio, le amortiguasen las consecuencias del tedio de la vida, y le evitaran los dolores de la soledad, que tanto le pesaban. Así vivió largos años, rodeado del respeto y consideración de todos los fieles musulmanes, muriendo en olor de santidad, y siendo más que probable que, como testimonio de vida tan llena de abnegación y de sumisión á la voluntad divina, se erigiese un santuario en el lugar donde se depositaron sus venerables restos.

La historia del Hach, ó sea el peregrino M. Sodi, envuelve una moraleja profunda, que es fácil de hallar para la perspicacia de los europeos, pues cuántos existen entre nosotros que siguen al pie de la letra la práctica filosófica del buen musulman. Todavía pueden verse en *Snela Smira* los restos del famoso *fondak* y de la casa de la hija de M. Sodi; y aun hoy día subsiste y se utiliza el acueducto subterráneo, cuyas aguas aprovechadas por un árabe protegido inglés, riegan una pequeña huerta rodeada de higueras. Estos pobres árboles nos causan gratísima impresión, y descansamos con agrado bajo su fresca sombra: son los únicos que hemos visto desde Guerando hasta aquí.

Volvemos al campamento, donde hallamos á nuestros criados alborotados con la presencia de un santo ó más bien de un loco, que entre los musulmanes es lo mismo. Mi servidor Abdallah, que por las cicatrices que en su cabeza y más especialmente en su frente ostenta, demuestra pertenecer á la fanática secta de los *Hamacha*, le abraza y besa con gran entusiasmo y veneración. ¡Vaya un tipo asqueroso é innoble el

del tal santo, que más bien parecía un foragido que una persona respetable! Sabido es que los árabes consideran como dignos de gran respeto á los locos, fatuos y simples, bastando que un individuo sea conceptuado como tal, para que goce de la inmunidad más completa y absoluta; puede hacer cuanto quiera, en la seguridad que nadie se opondrá á que verifique su voluntad, aunque esta consista en apoderarse de lo ajeno, tomar de las tiendas lo que se le antoje ó propasarse á los mayores excesos. Todos sus actos son atribuídos á la inspiración divina, pues su espíritu, ó por mejor decir, el que debieran tener, está retenido por Allah en el Paraíso. Lo malo es que algunos individuos que se pasan de listos, fingen hallarse dementes, y hacen contorsiones ridículas, y se visten de un modo extravagante, con el único objeto de hacer su santa voluntad y explotar la superstición de sus conciudadanos. A esta última clase me pareció pertenecer el santo que visitaba nuestro campamento, y cuyo aspecto era el de un pillo rematado. No obstante, los mahometanos le tienden la mano, le auxilían y le colman de agasajos; hasta el mismo *Kaid er Rha* le recibe en su tienda y conversa familiarmente con él. Como me hallaba presente á tan interesante escena, hice preguntar al Kaid que quién era aquel individuo á quien atendían tanto. *Un santo*—me contestó—*descendiente de Muley Dris*, lo que según parece era cierto, poseyendo la familia del loco en cuestión los comprobantes.

¡A dónde ha venido á parar la descendencia del poderoso Sultán, fundador de la ciudad de Fez!

22 de Abril.—*Campamento de Suinia.*

Los sonidos metálicos de una campanilla hirieron nuestros oídos, apenas levantados, llamándonos á la tienda comedor, convertida en capilla. El reverendo Padre Cervera, para solemnizar la festividad del día, había decidido decir una misa,

á la que asistió devotamente todo el personal de la Embajada. La ceremonia fue solemne y grandiosa, y estoy seguro que allí, bajo el techo de lona de la tienda de campaña, todos los corazones se unieron en una plegaria ardiente para pedir al cielo el feliz éxito de nuestra misión, á fin de que redunde en gloria y prez de la madre patria, que representamos en estos países bárbaros y salvajes.

Apenas terminado el santo sacrificio, montábamos á caballo y emprendíamos de nuevo la caminata. Serían las cinco y media de la mañana, la kabila de *Aitu el Bagzara* que nos acompañaba ayer se ha retirado, de manera que nos hallamos solos la caravana y su escolta. El paisaje que hemos recorrido ha sido verdaderamente abrumador; la misma llanura inmensa, infinita, invariable; las mismas plantas mustias y secas; el mismo sol abrasador y el mismo misterioso silencio. Ni un pájaro, ni un insecto siquiera para turbar aquella paz solemne y majestuosa. Se diría de nuevo que la Naturaleza está muerta. Algunas veces, efecto del grandísimo calor que nos sofoca, se levanta allá, á lo lejos, una pequeña tromba de arena que se pierde en el horizonte, describiendo innumerables espirales. Todo se ha revestido de un tinte gris de aspecto tétrico y pavoroso; el mismo cielo ha tomado un color plomizo uniforme, pesando sobre nosotros como la losa de un sepulcro, y como la caravana, sobrecogida por la inmensidad de aquel desierto y la majestad augusta de la calma, camina silenciosa, una grandísima tristeza se apodera de mí, producida nuevamente por la impresión del paisaje africano, del Africa de los misterios y tinieblas.

De pronto, hacia el Mediodía, enmedio del vaho que despide el calor de la tierra abrasada, comenzamos á vislumbrar una línea negra, que poco á poco va haciéndose perceptible, acabando por convertirse en una cadena de montañas de regular elevación. Son las llamadas *Djebilat*, las montañitas. Cuando las contemplamos claramente y cierran el horizonte con sus graciosas ondulaciones, divisamos encima de ellas una

línea blanca que parece suspendida en el aire, y que, aclarándose poco á poco, nos descubre otra cadena de montañas, pero esta vez colosales, gigantescas, que se confunden con el cielo. Son las cumbres del Atlas, siempre cubiertas de eternas nieves, que resplandecen á lo lejos, y sus picachos más altos, sobresaliendo entre las nubes, soberbios y orgullosos, dominan las montañas y las colinas, los valles y las llanuras, pareciendo sostener sobre sus hombros la cúpula del firmamento. El espectáculo sobrepuja á toda descripción.

Embebecidos por la contemplación de tan espléndido panorama, no reparamos en la tristeza de la llanura de *El Yera,* que atravesamos, siempre muerta, siempre desolada, y nos detenemos para tomar el desayuno enmedio de aquel inmenso erial. Un chico se aproxima á nosotros y nos ofrece huevos, que, naturalmente, no aceptamos, recompensando su amabilidad con alguna peseteja y comestibles. El muchacho, en un principio se extraña de nuestra conducta, pero no tarda en reponerse, y, con gran desenfado nos pide ropa y dinero para su familia, que habita en uno de aquellos *duares* miserables que allá á lo lejos divisábamos, llegándonos con esto el turno de extrañarnos también de aquel exceso de confianza tan repentinamente adquirida.

Mientras tanto, habíase puesto en discusión si terminaría nuestra jornada en *Saharidji*, como se había pensado en un principio, ó si proseguiríamos hasta *Suinia*, haciendo dos etapas en un mismo día, pues según decían los directores de la caravana, en el primero de aquellos sitios no quedaba ya agua. No faltó quien supusiera que se trataba de un ardid del Gobernador del distrito para evitarse una *Muna,* ya que ambos lugares pertenecían á su jurisdicción; pero el *Kaid er Rha,* jefe de la escolta, quizás para evitar maliciosas interpretaciones, dijo que se hallaba á las órdenes del Ministro, y que se haría lo que éste ordenase; pues si bien es cierto que en *Saharidji* no había agua, la podría mandar traer de otros lugares. Decidióse ir á almorzar á dicho sitio, y resolver allí, en vista

del tiempo que hiciera y del estado de cansancio en que nos hallásemos, si continuaríamos ó no. Avisóse por medio de un mensajero á los *fraiguía* que nos precedían, que al llegar á *Saharidji* levantaran únicamente las tiendas que servían de comedor y cocina y esperaran nuestras órdenes, y, volviendo á montar á caballo proseguimos en dicha dirección.

Después de dos horas de marcha (habíamos caminado, descontando el desayuno, cuatro horas), llegábamos al lugar de *Saharidji*, así llamado por existir en él una antigua cisterna, á la que rodean tres *duares* miserables de aspecto fatídico y melancólico, con sus *xaimas* cónicas de pelo de cabra y camello, y sus círculos, formados de espinos secos, de un gris cenizoso. Junto á una charca de aguas turbias, en la que algunas moras miserables, sucias y desgreñadas lavaban lana recién cortada, se alza una especie de muralla como de veinte metros de largo por uno y medio de ancho, terminada por unos remates algo elevados en forma de campanarios, en cuya base se abren dos pequeñas puertas. Aquello era la famosa cisterna. Me asomé por una de dichas puertas, y hallé una escalera que descendía por veinte ó veinticinco escalones hasta el fondo, viniendo el todo á formar un largo túnel en el que no existía ni una gota de agua. Algunos moros, huyendo del calor abrasador que al aire libre reinaba, se habían refugiado en el fondo de aquel subterráneo.

Nunca olvidaré la impresión de tristeza allí experimentada. Uno de los moros, especie de loco ó santo, cantaba en el fondo de la cisterna, que había elegido por refugio, una canción llena de tristeza y melancolía, como todas las árabes. Su voz repercutía lúgubremente en la alta bóveda, y resonaba en el exterior con modulaciones extrañas, y aquel canto resultaba fatídico: parecía una maldición, un lamento y una amenaza, y al oirle, la misma impresión de angustia que había sentido en *Sock el Telata*, volvió á apoderarse de mi espíritu.

Era medio día; la Naturaleza domeñada por un calor abrasador, más que dormida parecía muerta. El sol caía á plomo

sobre la inmensa llanura árida y desolada; en torno nuestro algunos *duares* se dibujaban en el horizonte como manchas parduzcas de aspecto siniestro; las débiles gramíneas que allí vegetaban, se inclinaban al suelo mustias y secas, buscando un poco de sombra que no encontraban, y el cielo, de color plomizo, pesaba como la losa de un sepulcro; no se percibía el más pequeño rumor que demostrase la vida, y solamente algunos leves torbellinos de arena levantados por el aire caliente, se alejaban formando espirales caprichosas que se disolvían en lontananza. Turbaba únicamente aquel silencio espantoso, la triste voz que parecía brotar del fondo de la tierra, que aumentada por la resonancia de la bóveda de la cisterna, sonaba á mis oídos como una predicción de ruína y desolación. El canto fúnebre, para que nada faltase, tenía también su acompañamiento, extraño y singular, como convenía; los golpes secos y acompasados que daban con sus palas las moras tristes y silenciosas que junto á la laguna vecina batían lana. Nuevamente sentí miedo ante el enigma de aquella Naturaleza inerte y misteriosa que se presentaba tan dura, inclemente y despiadada para todo lo que significase vida y movimiento.

Todos deseábamos terminar cuanto antes el viaje para salir de aquella monotonía desesperante; así que, aprovechando una ligera brisa que se levantó, nos apresuramos á proseguir la marcha hacia *Suinia,* á fin de llegar aquella misma tarde al pie del *Djebilat*. Durante dos horas continuamos atravesando la extensa llanura, dejando á un lado *Sock-el-Hat,* el mercado del domingo, donde reinaba por ser tal día gran animación. Los árabes allí reunidos vieron pasar la caravana con absoluta indiferencia, y nosotros nos alejamos rápidamente, anhelando arribar á las montañas.

El campamento se levantó en las faldas de la cadena del *Djebilat,* que nos separa del valle del *Tensif,* donde se encuentra la ciudad de *Marrakesh,* meta de nuestra expedición. El lugar elegido llámase *Suinia,* del nombre de una pequeña noria que allí existió en tiempos anteriores. Una cisterna, una

noria, un pozo, tales son los monumentos notables y señalados á la atención del viajero que atraviesa estas regiones, y se comprende fácilmente pues el agua es el elemento más escaso y codiciado en estos países. Nada queda de la noria, y en su lugar se encuentran unos pozos que nos suministran agua pura, fresca y cristalina. En cualquier parte, el paisaje que nos rodea sería insignificante; sin embargo, aquí me parece bello por el contraste que establece con el que anteriormente contemplaba. Al llano ha sucedido la montaña, yerba fina y tupida cubre el suelo como una alfombra verde, algunas florecillas de variados colores crecen alegremente, y numerosos arbustos cubiertos de hojas que mece el viento, produciendo un suave murmullo que halaga dulcemente nuestros oídos, se ven por todas partes. A los pozos vecinos bajan á beber bandadas de aves que cantan alegremente, é innumerables insectos pululan en todas direcciones. La vida ha recobrado sus derechos; podemos respirar tranquilamente.

Vecinas al campamento se levantan dos pequeñas *kubbas*. Una, erigida en honor de *Sidi-Hamed,* escondida en un valle y rodeada de montañas, apenas nos deja ver su cúpula blanca, que resplandece entre los espinos salvajes que crecen en los montes que la circundan. La otra se encuentra bastante más próxima y en dirección hacia Poniente. Hacia ella nos dirigimos y averiguamos que está dedicada á Sidi-Mohamed-Ben-Faddil, cuyos venerables restos allí se conservan. El edificio nada ofrece de particular y es idéntico á cuantos erigidos con objeto análogo hemos visto anteriormente: un cuadrado de murallas cubierto por un casquete esférico; el todo cuidadosamente encalado. Precede al edificio un pequeño cementerio rodeado de tapias, en el que crecen algunos árboles, de los que cuelgan numerosos fragmentos de cuerdas cubiertas de nudos. Estas cuerdas vienen á ser á manera de exvotos allí suspendidos para testificar los milagros obtenidos, gracias á la influencia del Santo enterrado en la kubba. Por la puerta entreabierta vislumbramos el interior del santuario, desnudo de toda clase

de adornos, salvo un zócalo de azulejos esmaltados que relucen entre las sombras que no logran disipar algunas lámparas tristes y melancólicas.

Detrás del santuario el sol se ocultaba rodeado de nubes que brillaban con infinitos matices, tanto que el cielo había tomado un aspecto maravilloso. Una luz rosada envolvía cuanto nos rodeaba, esfumando los contornos y dulcificando las asperezas, en forma que todo se revestía de tintas delicadísimas de una suavidad encantadora. Parecía como si aquella luz tan apacible fuera una caricia del astro del día antes de ocultarse y la Naturaleza entera la recibiera estremecida de gozo. ¡Ya me había anunciado mi buen amigo el notable pintor Enrique Simonet que este era el país de las puestas de sol maravillosas!

Por la noche fuimos á visitar al simpático *Kaid er Rha,* jefe de nuestra escolta, *Sidi Mohammed Ben Guerazi,* que apenas contará veinticinco años; tiene el grado militar equivalente al nuestro de coronel y manda á mil hombres. Nos recibe en su tienda, reclinado sobre unos cojines. Nada más sencillo que el modestísimo ajuar de aquel interior: tapetes y colchonetas extendidas por el suelo, y las armas del dueño suspendidas del palo central que sostiene el frágil edificio. Nos sentamos á la moruna y entablamos, con auxilio de los intérpretes necesarios, una conversación interesante sobre el ejército marroquí. Los datos que nos suministra el Kaid er Rha respecto á los *mejaznias* (tropas á caballo) y á los *ascaris* (tropas á pie) son ya conocidos. Divídense en fracciones de diez, cien y mil hombres, al frente de cada una de las cuales existe un Kaid de la categoría correspondiente. Los uniformes, como los armamentos, son variadísimos, habiendo trajes de todos los colores y fusiles de todos los sistemas, lo que no deja de producir un efecto pintoresco. En el ejército hay hombres de distintas edades, desde niños de doce á catorce años, hasta ancianos venerables. Los sueldos son irrisorios y miserables: podemos juzgar de ellos al saber que nuestro Kaid er

Rha cobra tan sólo dos reales diarios. Los soldados tienen seis céntimos al día y además la obligación de mantener los caballos que montan. Sabiendo esto ¿habrá quien pida moralidad á las tropas del Sultán? ¿Habrá quien les impida dedicarse al pillaje y al robo?

Sidi Mohammed Ben Guerazi, á pesar del alto puesto que ocupa, es una especie de chicuelo ingenuo y sencillote. Se mueve con la natural elegancia del animal salvaje, y revela en sus pies y manos pequeños, y en sus muñecas finas y delgadas, pertenecer á una raza escogida. Es oriundo de Mequinez; su hermano desempeña el cargo de *Jalifa* (segundo lugarteniente) del *Kaid-el-Meshuar,* ó sea el Introductor de Embajadores. Hace un año sólo que el Sultán le llamó para entregarle el mando de un regimiento, y con aquel motivo le regaló la tienda que ocupamos y un hermoso caballo negro que monta con sin igual desenvoltura. Desconoce todo lo que no sea su país, y muy ufano y orgulloso de la expedición que ha dirigido, nos pregunta si España, digo mal, si toda Europa es tan grande y tan hermosa como las dos provincias de Dukala y Rejamna, que acabamos de atravesar; y semejante pregunta no debe sorprender á nadie, puesto que á nosotros mismos las condiciones en que hacemos el viaje nos lo hacen parecer interminable, y sólo por reflexión comprendemos que en realidad sólo se trata de recorrer 200 kilómetros por terreno llano, lo que uno de nuestros ferrocarriles realizaría en poco más de cuatro horas.

¿Qué tiene, pues, de extraño que Sidi Mohammed Ben Guerazi, acostumbrado á viajar con la tranquilidad musulmana y á tardar cuatro días, cuando menos, en recorrer la distancia que separa Mazagán ó Mogador de Marrakesh, juzgue infinitamente pequeños esos países de Ultramar, de que ha oído hablar, y que según le han dicho se atraviesan de extremo á extremo en cuarenta y ocho horas? El medio de locomoción no quiere decir nada, y para las imaginaciones árabes el tiempo debe hallarse en proporción con la distancia. Es verdad que

resulta casi imposible hacerles comprender que una locomotora marcha con rapidez vertiginosa invirtiendo por completo las proporciones establecidas. En vano tratamos de explicar á nuestro huésped las ventajas que proporciona el ferrocarril, y uno de nosotros, queriendo hacer una comparación práctica, le dice que si existiera en Marruecos, nuestro viaje apenas hubiera durado medio día. Nuestro interlocutor se queda pensativo y, aunque lucha por esconder sus impresiones, no logra ocultar su sorpresa; vacila entre el asombro y la creencia de que pretendamos abusar de su buena fe, y tras una pausa no muy breve nos responde como poniendo en duda las maravillas descritas: «¡Todo puede ser, si Allah lo quiere! Ojalá existieran esas máquinas poderosas que permitiesen que aquel que reside en Mequinez pudiera prestar sus servicios al Magzen y regresar por la noche á su casa, de manera que para obedecer á su señor no tuviera que vivir por completo alejado de su familia. Ciertamente que eso sería muy hermoso, y si no existe en Al-Mogreb es porque el Todopoderoso (mil veces bendito sea) no lo consiente. Cúmplase siempre su omnipotente voluntad.» Fue imposible obtener nada más del caudillo árabe, y como la noche avanzaba y era prudente descansar, cada cual se retiró á su tienda.

¿Qué pensaría durante aquella noche Sidi-Mohammed-Ben Guerazi? Sin duda alguna se diría á sí mismo que bien poco valen las fábulas de los cristianos si se comparan con las fantásticas creaciones de las *Mil y una noches,* y qué podía correr una máquina de hierro, inventada seguramente por los espíritus malignos, al lado de aquella maravillosa y casi divina jumenta Elborack, que recorría los siete cielos y el inmenso infinito, en el escaso tiempo que tarda en derramarse un vaso de agua.

23 de Abril.—*Campamento de El Kanthara.*

Ya podemos dar el viaje por terminado: estamos en las afueras de Marrakesh, acampados en el espléndido bosque de palmeras que circunda á la capital Magrebina. Pero conviene proceder con método.

Aunque habíamos madrugado como de costumbre, fue preciso esperar en el campamento de Suinia hasta que fuese día claro, pues no era conveniente atravesar la garganta del Djebilat á la escasa luz de la aurora. Paseábamos para matar el tiempo, cuando escuchamos unos golpes secos y acompasados que repercutian en el aire marcando un ritmo cadencioso. Procedía el ruido del vecino campamento de los soldados, y hacia allí nos dirigimos creyendo que estarían batiendo lana ó haciendo algún otro oficio semejante. Pero no era esto. Al aproximarnos presenciamos un espectáculo terrible de imponente crueldad. Un desgraciado yacía en tierra, boca abajo, los brazos extendidos, sujetados por cuerdas á dos cuñas clavadas en el suelo, la espalda desnuda, y junto á él, dos negros fornidos que descargaban pausadamente y con método sus formidables garrotes sobre aquel cuerpo miserable. El infeliz paciente no exhalaba ni un quejido, los verdugos cumplían su misión impasiblemente, y para ayudarse en el trabajo canturreaban un canto lúgubre. Jamás olvidaré aquel cuadro espantoso, que todos los circunstantes indígenas contemplaban con absoluta indiferencia. Según nos dijeron, el pobre hombre había robado un poco de cebada del pienso de las mulas confiadas á su guarda, y el Kaid de los *ruas* había ordenado que se le diesen cincuenta palos y ya estaba la sentencia casi cumplimentada. Nuestro espíritu se sublevó ante tanta barbarie é intervinimos en favor del desgraciado, que de seguida fue puesto en libertad, y sin tardar un momento corrió á esconderse entre los suyos atemorizado y sin dirigirnos siquiera

una mirada de gratitud: tal era el espanto que le dominaba.

Entre tanto se había hecho bastante luz para que pudiésemos emprender la marcha, y muy poco tiempo después nos internábamos en los defiladeros del *Djebilat*.

Más de una hora duró la travesía, que no ofreció ninguna dificultad, pues el sendero no era demasiado agreste; en cuanto al paisaje, nos resultaba en extremo pintoresco, pues contrastaba con el que durante los días anteriores habíamos contemplado. Marchábamos por una especie de cañada no muy estrecha, y el suelo presentaba grandes vetas de mármol de diversos colores. La vegetación, escasa y pobre, como siempre; el cielo muy azul, y el sol, ya bastante alto, pesando sobre nuestras cabezas. A causa de los accidentes del terreno, la caravana marchaba esparcida, y así siguió, atravesando las montañas, hasta que, después de dos horas y veinte minutos, nos deteníamos para tomar el desayuno en la vertiente opuesta, junto al pozo de Ben Seid.

Desde que salimos de la garganta del *Djebilat* y comenzamos á descender hacia el valle, admirábamos la cordillera del Atlas, que se manifestaba á nuestra vista con todo su esplendor. Desde Bir Ben Seid en adelante caminamos de sorpresa en sorpresa, y, á decir verdad, nuestro espíritu gozaba sobremanera al contemplar tan maravilloso espectáculo. Había salido á nuestro encuentro el Kaid de Smira, excusándose de no habernos saludado al pasar por su distrito. Era un muchacho joven y simpático, al que acompañaba numeroso séquito de jinetes, y mientras nos detuvimos junto al pozo, él mismo, en unión de sus soldados, corrió repetidas veces la pólvora. A pesar de tal atractivo, no permanecimos mucho tiempo en aquel lugar, pues deseábamos cuanto antes llegar á la meta deseada.

De Bir Ben Seid á la entrada del puente sobre el Tensif, en cuyas cercanías habíamos de acampar para preparar el ingreso solemne en la ciudad, hay una hora y cuarenta minutos de marcha, tiempo que se pasa en un momento admirando

el espléndido panorama que se domina, cuyos componentes van haciéndose cada vez más claros y perceptibles. Al fondo, cerrando el horizonte por el Sud, las altas montañas del Atlas, irguiendo sus cumbres, siempre cubiertas de nieve, hasta el cielo; á sus pies, el fertilísimo valle que riegan los ríos *Tensif* é *Issyl;* en el centro del valle, una inmensa mancha verde obscuro: el bosque de palmeras, y enmedio del bosque otra mancha más pequeña rojiza: la ciudad, *Marrakesh-el-Amhra,* dominada por sus gallardos y elegantes minaretes, entre los que descuella como reina y señora la torre elegantísima, rival de la Giralda sevillana, la torre construída por Yacub Almanzor el victorioso: la *Kotubia.*

Uno de los últimos altos que preceden la bajada al valle está formado por una enorme roca de mármol blanco, y desde allí se ve perfectamente toda la ciudad, distinguiéndose las cúpulas verdes de las mezquitas, y más especialmente la del famoso santuario de *Sidi Bel Abbás,* terminada por un remate compuesto de tres bolas doradas superpuestas, y los casquetes esféricos de las *kubbas,* todas blanqueadas; las casas, encaladas también, rodeadas de jardines; muchas torres, ya rojizas por el color de los ladrillos, ya cubiertas de esmaltes y alicatados, y el amplio cinturón de las murallas almenadas, circundadas á su vez por la faja de palmeras que ciñe á la ciudad. Dicen que cuando llegan á aquella piedra los caminantes musulmanes, después de sus largos y fatigosos viajes, prorrumpen en gritos de entusiasmo al contemplar lo que en su idioma, tan pintoresco y expresivo, llaman el mar de verdura, y que, emocionados por la admirable belleza del espectáculo, entonan una plegaria á Allah é invocan al santo patrón de la capital, *Sidi Bel Abbás,* y á los *Siete Durmientes,* tan venerados, para que la ciudad les conceda buena y franca hospitalidad. Al mismo tiempo, como piadoso homenaje, depositan en un lugar determinado una piedrecita, y estos *exvotos* forman ya un enorme montón, que se encuentra al lado del camino.

No es de extrañar que los árabes consideren el valle del

Tensif como uno de los lugares más bellos del mundo. Panoramas semejantes se encuentran muy pocos, y su vista compensa las fatigas del viaje sobradamente, causando además en nosotros una sensación extraña y paradójica el contemplar aquellas palmeras que dibujan sus elegantísimas siluetas sobre un fondo de inmaculadas nieves. Pero lo más admirable es la luz radiante y vivísima que todo lo rodea con una especie de aureola, y que derramándose entre aquella vegetación exhuberante de vida, viene á romperse en las murallas rojizas de la ciudad y en los verdes y azules esmaltes de las torres, en las *kubbas* encaladas y en el violáceo de las montañas, y reverberando en la nieve de las cumbres acaba por formar una sinfonía de colores que, recorriendo toda la gama de tonos y matices, amortigua todas las durezas y funde todos los detalles en un conjunto suavísimo de incomparable y serena belleza.

Y en la delectación del espectáculo extraordinario y de la sensación deliciosa llegamos sin sentir al campamento levantado en una verde pradera, regada por innumerables riachuelos y sombreada por infinitas palmeras que levantan al cielo sus airosos penachos, ya solas, luciendo sus formas elegantes, ya en grupos de cuatro ó cinco, muellemente enlazadas.

Como habíamos adelantado una jornada en el camino no éramos esperados, y fue preciso avisar á la ciudad, distante unos seis kilómetros, nuestra llegada. Pronto supimos que el Magzen no tenía dispuesto nuestro ingreso solemne en la forma establecida por el ritual, sino para el miércoles, lo que nos obligaba á estar detenidos un día más en el campamento de El Kanthara. No obstante, hacía saber también al enviado de España, que si él lo deseaba se tomarían las disposiciones necesarias para que la recepción fuese al día siguiente. Todos ansiábamos terminar el viaje é instalarnos de un modo definitivo. Aunque la expedición no había sido desagradable, ni la vida de campamento resultado molesta, el que más y el que menos sentía sus deseos de encontrarse en una casa medianamente amueblada y con buenos lechos para descansar; así fue

que el Ministro, teniendo en cuenta las justas aspiraciones de su comitiva, contestó que no habiendo ningún inconveniente de importancia que á ello se opusiera, le agradaría verificar su ingreso lo más pronto posible, conviniéndose en que semejante ceremonia tendría lugar en la mañana del siguiente día.

La resolución fue acogida con júbilo por todo el personal, y la tarde se pasó hablando de aquel acto solemnísimo, del que nos habían hecho descripciones maravillosas. Veremos si se confirman. También paseamos largo rato por el hermoso bosque de palmeras, y fuimos á visitar el puente sobre el río Tensif, hermosa construcción que tiene quince ojos y más de cuatrocientos metros de largo, pero que se encuentra en estado ruinoso. El río apenas si traía agua, por más que, á juzgar por la importancia del puente, deba arrastrar extraordinario caudal, al menos en la época del deshielo.

Pasóse la tarde alegremente, y á la noche todos nos retiramos para prepararnos debidamente á la solemne ceremonia de la entrada. Abriéronse las cajas y baules, sacáronse los uniformes y nos acostamos pensando en una fiesta sorprendente y original, y dando gracias al cielo por ver felizmente terminada tan larga y extravagante expedición.

***

LA ENTRADA SOLEMNE

Marrakesh.—Dar Muley Ali.—24 de Abril de 1900.

Escena de comedia de magia, visión fantasmagórica, triunfo, apoteosis, aún no sé como definir el maravilloso espectáculo que hemos presenciado esta mañana, y digo mal presenciar, puesto que la Embajada ha desempeñado en él parte importantísima. Punto menos que imposible resulta describir cuadro tan estupendo de animación, luz y color, que más

bien que realidad pudiera creerse la materialización de un sueño de *Las Mil y una noches*. Según Enrique IV, París bien valía una misa; nosotros podemos decir que bien se pueden soportar las molestias del viaje á Marrakesh, con tal de presenciar semejante ceremonia, incomparable por su bárbara grandiosidad y loco alarde de pompa exótica, y realzada hasta lo sublime por el espléndido panorama en que se desarrolla; aquel admirable oasis africano, cubierto de palmeras que dominan las excelsas cumbres del Atlas, eternamente cubiertas de nieve.

A la hora señalada desde ayer presentaba nuestro campamento un golpe de vista pintoresco y animado. Entre las tiendas, circulábamos todos, vestidos de uniforme y conversando con algunos miembros de la Embajada italiana, á la sazón en la corte del Sultán, que habían venido á saludarnos y á acompañar nuestra comitiva. Por otra parte, todo era bullicio y algazara: los árabes de la escolta se agitaban corriendo en todas direcciones y sentidos, preparándolo todo y disponiendo el orden que habíamos de seguir, que se estableció del siguiente modo: primero el Kaid-er-Rha, con un destacamento de soldados; después el Embajador llevando á su lado un intérprete, luego el personal de la Embajada dispuesto por orden de categorías, y en último lugar el resto de la escolta y la servidumbre.

Nos pusimos en marcha en dirección al río Tensif, y no bien hubimos cruzado el hermoso puente, hoy medio arruinado, cuando comenzó á desarrollarse ante nuestra vista el espléndido espectáculo de la formación de caballería de las kábilas comarcanas. Formaban una línea regular situada á nuestra izquierda, y durante largo trecho del camino pudimos observar aquellos jinetes tan bizarros que montaban caballos de raza bereber hermosos y fornidos. A medida que adelantábamos, algunos de aquellos pelotones se incorporaban á nuestro séquito, que iba aumentando paulatinamente.

El camino que recorríamos atravesaba el bosque de pal-

meras, y como á cada paso nos aproximábamos á la ciudad cuyas torres se alzaban entre las ramas de los árboles, comenzaban á verse á diestra y siniestra huertas y jardines de vegetación riquisima y frondosa. Entre los datileros, crecían en abundancia vetustos y venerables olivos, y graciosos granados cubiertos de flores rojas, que relucían á la ardiente luz del sol, que todo lo iluminaba. Enormes plantas de viña enlazaban sus sarmientos entre las palmas y demás árboles, describiendo curvas y círculos caprichosos, y un sin fin de florecillas menudas esmaltaban el suelo fertilísimo, regado por innumerables canales que derraman el agua de los ríos Tensif é Issyl por toda la vega. El color rojizo del suelo prueba la generosidad de aquella tierra, y como el camino que recorremos debe ser sumamente transitado, una nube de polvo tenue y sutilísimo nos envuelve, esfumando los contornos del paisaje, y revistiéndolo todo de una especie de niebla de tono rosa pálido, que amortigua la viveza de aquel colorido tan brillante y abigarrado.

La interminable fila de jinetes sigue á nuestra izquierda durante centenares de metros, y á ella suceden las fuerzas de *askaris* (infantería regular), con sus uniformes de todos colores. Desde ahora marchamos rodeados por numerosos soldados que maniobran con bastante habilidad, por más que fuera de temer que en semejante confusión la punta de una de aquellas bayonetas causase un mal tercio á alguno de la comitiva.

De distancia en distancia un grupo de jovenzuelos soplaban en sus cornetines mientras que otros de sus compañeros redoblaban en sus tambores metiendo un ruido ensordecedor, y en tanto, á nuestro encuentro, montando en briosos corceles ó en pacíficas mulas, salían á recibirnos los altos personajes de la corte; el Representante del Ministro de Negocios extranjeros, Abd-el-Krim Ben Solimam, conocido en España por haber desempeñado el puesto de Secretario de la Embajada que, presidida por Sidi Brisha, visitó á la corte de España á raíz de los sucesos de Melilla; el Introductor de Embajadores,

Kaid-el-Meshuar; el Mayordomo mayor de palacio; el Basha de Marrakesh, dos funcionarios del Ministerio de la Guerra, uno de los cuales ha sido educado en Bélgica y habla perfectamente francés, mientras que el otro nos habla inglés por haber estudiado en la Gran Bretaña. Este último, que desempeña el cargo de Ministro, vacante por la muerte de su último poseedor Si Said, hermano del Gran Visir, el famoso Ba-Ahmed Ben Muza, nos dice que aquella misma mañana ha fallecido otro hermano del poderoso valido, y que éste no ha salido á nuestro encuentro por hallarse enfermo.

Entre la abigarrada multitud que forman los magnates y su séquito, y las tropas del Sultán, se encuentran algunos europeos, y entre ellos el inglés Mr. Mac Lean, antiguo oficial británico, hoy Kaid instructor de los ejércitos marroquíes, que viste un uniforme bastante parecido al de los spahis franceses, y los dos oficiales de artillería que componen la misión que Francia sostiene en permanencia cerca del Emperador de Marruecos.

En una de las infinitas revueltas del camino, una mancha de color vivísimo hiere nuestra vista. Son los músicos del Sultán. Colocados sobre un terraplén, sombreado por un grupo de palmeras, forman dos filas. Visten largas túnicas verdes y rojas, con amplias mangas flotantes, y ciñe sus frentes un gorro puntiagudo de idéntico color que el traje. Empuñan inmensos instrumentos de cobre dorado, que relucen al sol, y adoptan actitudes hieráticas. Apenas nos ven, comienzan á tocar al unísono, una especie de marcha pausada y solemne, de ritmo exótico al par que majestuoso. La melodía extravagante resuena simultáneamente en toda la escala de los sonidos, y la reproducen á un tiempo el chillón flautín y el ronco bombardón, mientras que el bombo implacable é impasible marca todos los tiempos fuera del compás. Nadie puede imaginarse nada más bárbaro que aquella música desentonada y salvaje. Los intérpretes ejecutan la melodía (si puede dársele semejante nombre) con sin igual entusiasmo; sus carrillos se

hinchan y de las fauces abiertas de los instrumentos salen verdaderos mugidos que atruenan el espacio. Tocan lo más fuerte que pueden, como poseídos de la grandeza de la misión que desempeñan, y permanecen hieráticos, encantados, escuchando los formidables sonidos que producen. Semejante marcha acompaña siempre al Príncipe de los Creyentes; antiguamente, después de la guerra de Africa, el himno nacional marroquí, era una especie de marcha real española echada á perder; hoy ha cambiado y lo constituye esa otra composición, apropiada como ninguna para resonar en presencia de un soberano cuyo poder despótico ejerce la más completa tiranía sobre sus súbditos, que le contemplan extasiados, como á la representación del Todopoderoso en este mundo.

Nuestra comitiva, que se ha aumentado visiblemente por habérsele incorporado los ministros y magnates con sus séquitos respectivos, camina con gran dificultad á través de un verdadero océano humano, cuyas oleadas tratan de contener inútilmente los soldados que nos rodean. Toda la ciudad presencia nuestro paso, pues el Sultán, según añeja costumbre, ha ordenado que los habitantes de la capital salgan á recibir y festejar sus huéspedes. Ansiosos de asistir al espectáculo siempre nuevo y original, puede calcularse que más de veinte mil individuos, ya formando masa compacta, ya subidos en palmeras ú olivos, contemplan la entrada solemne de la Embajada española, saludándonos con gritos de bienvenida; y es de ver aquella inmensidad de cabezas expresivas que fijan en nosotros penetrantes miradas y se agitan con entusiasmo. Es tal la aglomeración, que vemos desgajarse una rama de un corpulento olivo, incapaz de resistir el racimo de criaturas que de ella se había suspendido.

A decir verdad, marchaba insensiblemente, embebecido por el maravilloso espectáculo. A veces parecíame ser un monarca de aquellos de los cuentos de hadas, que penetra triunfador en la capital de su reino, enmedio del entusiasmo de sus súbditos; ó bien, por el contrario, creía actuar de comparsa en una

de aquéllas magníficas procesiones que solemos presenciar en los grandes teatros de ópera. El segundo acto de *Aida* se presentaba con insistencia á mi recuerdo y á ello contribuía indudablemente aquel grupo de músicos de todos colores, que en actitud hierática continuaban tocando su marcha bárbara, salvaje y grandiosa, cuyo ritmo señalaban los fuertes golpes del bombo. La ceremonia con todo su lujo de pompa oriental y su brutal grandeza, resultaba sorprendente é inesperada para nuestras mezquinas fantasías de europeos que han olvidado desde hace ya tanto tiempo aquellos actos solemnes en que toma parte todo un pueblo.

Poco á poco nos habíamos aproximado á la ciudad. La cúpula verde del Santuario de *Sidi Bel Abbés* brillaba á lo lejos, y las murallas rojas, con sus torres y almenas, cerraban el horizonte con una línea accidentada y sinuosa. *Bab-el-Djemis,* la puerta del jueves, se hallaba enfrente de nosotros, pero no debíamos entrar por ella en Marrakesh, pues con el fin de evitar recorrer las tortuosas calles de la ciudad, continuamos bordeando las murallas hasta *Bab-Dakala,* la puerta que se halla más cerca del palacio de Muley Alí, residencia que nos ha sido destinada.

Sobre las murallas, en las terrazas de las casas, en las torres, en todas partes, vemos manchas blancas que se agitan y se mueven con vivacidad extraordinaria: son las mujeres que, envueltas en sus inmensos mantos, presencian el espectáculo y entusiasmadas por el golpe de vista fascinador prorrumpen en agudos y penetrantes chillidos, especie de grito de alegría y saludo de bienvenida, que domina el ensordecedor estrépito de la charanga, que prosigue su tocata invariable, y de las innumerables bandas de cornetas y tambores que resuenan á más y mejor.

Confieso que estaba anonadado y confundido, que jamás había imaginado nada semejante y que me faltaban ojos con que ver y oídos con que oir. Aquel conjunto de colores que cambiaba con la frecuencia de un kaleidescopio, sucediéndose

á los albornoces blancos de los magnates las chaquetas rojas de los soldados; á los túnicos verdes de los músicos los infinitos matices de las chilabas del pueblo; todo ello confundiéndose y compenetrándose, aturdía y mareaba; aumentando el efecto aquel mar de cabezas y brazos que se movían en todas direcciones, aquellos racimos humanos suspendidos de los árboles, el maravilloso bosque de palmeras, los muros rojos de la ciudad, las torres esmaltadas, las cumbres deslumbradoras del Atlas, el cielo azul purísimo, el sol difundiendo sus rayos por todas partes, los gritos de entusiasmo de la muchedumbre, los saludos de los magnates, las voces de mando de los jefes, los alaridos de las mujeres, en fin, una confusión de cosas diversas que, envueltas en una nube de polvo finísimo de tono rosa pálido, asemejaban un sueño ó una fantástica visión.

Sin darnos cuenta pasamos bajo las murallas de la Puerta de Dukala, recorrimos algunas calles tortuosas y estrechas que sombreaban una especie de enrejado formado con hojas de palmera; llegamos á una plaza donde se alzaba la mezquita de la *Kotubia* con su bellísimo alminar, y después de franquear una puertecita abierta en un blanco muro, sentimos una deliciosa sensación de frescura al hallarnos bajo los árboles del jardín del palacio de Muley Alí, nuestra vivienda en Marrakesh.

Llevábamos dos horas de marcha rodeados de aquella multitud y de aquel estrépito, y nos encontrábamos ansiosos de un poco de soledad y silencio. Unicamente los ministros y altos funcionarios penetraron con nosotros en el recinto del hermoso palacio, especie de Alhambra en bruto, con grandes patios y hermosos jardines, sin duda con objeto de instalar al Embajador en sus habitaciones. Durante algún tiempo continuó aquello pareciendo la torre de Babel; pues allí se hablaba árabe, español, italiano, francés, inglés, qué sé yo, cruzándose las órdenes en todos los idiomas. Los funcionarios marroquíes pronunciaban á todos y á cada cual largos discursos, en que las expresiones y saludos de bienvenida se mezclaban con las corteses hipérboles usadas por los orientales y propias del caso.

Poco á poco fueron todos retirándose, y una vez solos, se procedió á la distribución de las habitaciones. Por mi parte me tocó en suerte un precioso camarín que había de compartir con mi entrañable amigo Jaime de Ojeda, y que abría sobre un jardín encantador, plantado de naranjos, mirtos y arrayanes, lleno de rosales floridos y fuentes murmuradoras, y rodeado de altas murallas que dominaba la torre de la Kotubia. Formaba aquello un voluptuoso retiro. A la anterior algazara había sucedido un silencio dulcísimo, y comencé á sentir una impresión de delicioso bienestar. Todos los nuevos habitantes de *Dar* Muley Ali descansaban, y yo por mi parte, después de echar sobre la puerta entreabierta una cortina de paño azul que dejaba entrar una luz dulcísima, intenté hacer lo propio. Por más que hacía no me era posible apartar ni un momento de mi imaginación la visión del maravilloso espectáculo que acabábamos de presenciar, verdaderamente indescriptible, y trataba de fijar sus detalles en mi memoria escribiendo las presentes líneas. Estaba rendido por el cansansancio, y sin querer, invitado á ello por aquella tranquilidad deliciosa, quedéme dormido..... La voz del Almuédano, que desde lo alto de la torre de la mezquita vecina llamaba álos fieles á la oración, me despertó en el preciso momento en que soñaba que era el príncipe Aladino que acababa de entrar triunfante en la maravillosa ciudad de Samarcanda.

RAFAEL MITJANA.

(Se continuará.)

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

EL DISCURSO

Un poco embarazado me veo para hablar de él. Yo lo elogiaría de muy buen grado si creyese que lo merecía; lo elogiaría, no sólo por ser así de justicia, sino porque, habiendo sido muchas más las censuras que las alabanzas dirigidas por mí á los discursos de apertura de Tribunales leídos en los años inmediatamente anteriores, pudiera alguien creer que mis críticas son sistemáticas, y que, al hablar anualmente de estos trabajos, estoy siempre dispuesto á ocultar sus méritos y á no hacer resaltar sino sus lunares. Pero, por otra parte, si dijera que el discurso me gusta y que me parece bueno, mentiría, y yo, afortunadamente (afortunadamente á mi juicio) abomino de la mentira.

Aún me quedaba el recurso de los vividores, que es el sistema de la diagonal, el de las medias palabras, el de los que pretenden no disgustar á nadie y estar á bien con todo el mundo, echando una capa de cal encima de otra de arena y encendiendo sendas velas á San Miguel y al diablo al mismo tiempo. Tampoco me place este sistema, que es muy socorrido, no lo dudo; y no me place, por el mismo motivo que el anterior, pues si empleándolo no se malquista uno con las gentes,

se reniega, cuando menos, de la verdad y la sinceridad, las cuales, para las almas de cierto temple, son amigas cuya compañía se prefiere á toda otra.

En vista de esto, teniendo que llamar á las cosas por su nombre, he de confesar que el discurso del Marqués del Vadillo me parece menos que mediano. Ya se cura en salud el señor Ministro, y presumiendo, porque al cabo todo el mundo, aun la gente de mayores y más infundadas pretensiones, tiene bastante conciencia del valor de sus obras; presumiendo que la por él preparada no iba á asombrar á nadie por su alcance y mérito científicos, procura prevenir al lector contra las desilusiones que pudiese experimentar, asegurándole que no va á ocuparse de «asunto de índole tan abstracta y científica, que más pareza tema de Academia que de apertura de Tribunales.» Ya otros ministros han dicho esto mismo en ocasión semejante; así lo hizo, v. gr., el Sr. Romero Robledo no hace muchos años. Al tratar del discurso de este último dije mi opinión sobre tal aserto. Ahora, después de atreverme á afirmar que, á mi parecer, encubre el mismo algunas veces la fábula de la zorra y las uvas, recordaré que no hay asuntos que monopolicen de un modo exclusivo la índole abstracta y científica, sino que todos ellos son por igual científicos (aunque no por igual abstractos) (1); es decir, todos pueden estudiarse científicamente: lo científico de un trabajo no depende del asunto, depende del que lo estudia, del modo de estudiarlo (de la cualidad del conocimiento, que suelen decir los metafísicos), es propiedad subjetiva más que objetiva, y por eso el que tiene espíritu científico contempla todas las cosas científicamente y es capaz de penetrar hasta la médula de ellas y sacarles toda la substancia que tienen, que es siempre mucha, y sorprender la multitud de conexiones que mantienen con las de-

(1) Como que los términos abstracto y científico no se equivalen ni son convertibles, según parece inferirse de la manera con que el señor Marqués se expresa.

más; mientras que, por el contrario, el espíritu superficial y vulgar todo lo mira superficial y vulgarmente, aun lo que él toma por asuntos «de índole abstracta y científica.»

Esto es lo que le ha pasado al señor Ministro de Gracia y Justicia. Lo que él llama discurso no es otra cosa que un conjunto de vulgaridades, de vulgaridades insustanciales (porque suele haberlas también que, no por ser vulgaridades, dejan de tener mucha miga). Once páginas nada menos consagra á decirnos qué es lo que él entiende por reforma, y de la lectura atenta de todas ellas no se saca nada en limpio; ni siquiera se adivina qué es en realidad lo que la voz reforma significa á juicio del autor. En esto se emplea la mitad del trabajo. La otra mitad se consagra á repetir por milésima vez lo que, en el mismo sitio y en análoga ocasión á los en que ha leído el Sr. Castejón su discurso, se viene diciendo con pesada monotonía todos los años, á saber: que hay que reformar todas las leyes, tanto las sustantivas como las adjetivas, igual las civiles que las mercantiles, que las penales..... Y es lo más probable que este año acontezca lo que ha acontecido en los pasados: después de amenazar con un chaparrón de reformas legales, no se hace ninguna. Veinticinco años hace que se tiene por urgente la reforma sustancial del Código penal vigente, y aún no se ha hecho, ni Dios sabe cuándo se hará. Es casi seguro que de aquí á entonces ha de llover mucho.

Y nada más contiene el discurso de nuestro buen Marqués. Cualquiera diría que ha sido uno de los discursos hechos á todo correr, para salir del paso de cualquier modo; uno de tantos discursos que se rellenan amontonando trabajosamente el número indispensable de palabras, para que resulte un folleto de 35 á 40 páginas, impreso en tipos abultados (este es el término medio de extensión que suelen tener todos los discurssos de apertura de Tribunales).

***

Las reformas más interesantes, entre las que el Sr. Ministro dice que prepara, son, á mi parecer, la del Código penal, el Jurado y la administración penitenciaria. También él debe de considerarlo así, porque á esas reformas es á las que dedica mayor espacio, singularmente á la del Código penal, la más apremiante de todas.

No parece que debe caber duda alguna de que no hay entre nosotros, en el día de hoy, reforma legislativa tan urgente como la del Código penal. Si no hubiera otros motivos sobre qué fundar semejante inducción, bastaría tener en cuenta que no hay Discurso ni Memoria de apertura de Tribunales en que no se la consagre atención preferente, y por otra parte, que no ha pasado por el Departamento de Gracia y Justicia, de veinte años á esta fecha, ningún Ministro que no haya escrito como capítulo primero de su programa reformista la modificación del Código penal. Por eso han abundado tanto los proyectos relativos á ella, sin que ninguno haya arribado hasta el presente á puerto de salvación.

Los fundamentos en que se quiere apoyar la necesidad y urgencia de la reforma, fundamentos que podemos llamar doctrinales, históricos y de oportunidad política, han sido expuestos en gran parte en los documentos oficiales citados, ó sea en los Discursos y Memorias de apertura de Tribunales de años anteriores. Los de este año, por no interrumpir la costumbre, indican también algunos de tales fundamentos.

Sí; es preciso reformar ese Código, aparte de otras razones, porque lleva ya treinta años de vigencia, y á los treinta años, cualquier vestido se ha hecho ya viejo é inservible. Los legisladores debieran tenerlo muy en cuenta. Debieran penetrarse bien de que las leyes no son sino vestidos, fórmulas, envolturas de la vida, que es la que les da el contenido; debieran percatarse de que mientras la ley, la fórmula, es una cosa cristalizada, muerta, que permanece siempre la misma hasta que un nuevo legislador la modifica, la vida, cuyo es aquel ro-

paje y á la cual debiera adaptarse y plegarse, está cambiando incesantemente, sin lo cual dejaría de ser tal vida. De lo que resulta que al cabo de poco tiempo de haberse dado la ley, como ésta continúa inalterable y las circunstancias no dejan de estarse modificando, sucediéndose unos estados á otros estados, tiene que producirse inevitablemente un divorcio entre la ley y la vida, una falta de adecuación entre el vestido hecho, supongamos, para un niño de cuatro años y el cuerpo de un adolescente de quince que no ha dejado de crecer. Los legistas suelen en casos tales ponerse del lado de la ley; los demás hombres que no son legistas, los que no miran las cosas á través de los anteojos del Código, sino á simple vista, se ponen, por el contrario, del lado de la vida y sus exigencias (brutales é impuras, que suele decirse): los unos no suelen querer encontrar la justicia en otra parte que en las leyes, y se constituyen en defensores de éstas, ante todo y sobre todo, aunque haya que hacer ruinas para ello de la vida *(fiat justitia et pereat mundus);* los otros, al revés, prefieren la nuez á la cáscara, el cuerpo vivo á su envoltura averiada, la justicia viva que brota de las cosas á las enormidades de la rigidez legal, y entonces es cuando cometen á sabiendas ciertas infracciones é irregularidades legales como medio de sacar á salvo la equidad *(summum jus, summa injuria).* Tal acontece en multitud de ocasiones con el Jurado, según luego diremos. Por eso es una exigencia imprescindible, para que la ley sea justa (en caso en que deba haber leyes), el estarla revisando y reformando continuamente, no ya todos los años, sino todos los días, y cuando así no se hace, se corre el riesgo casi seguro, con mil probabilidades contra una, de caer en un régimen de insoportable tiranía legal.

Pero no parece que serán consideraciones de esta índole las que han de determinar al Ministro de Gracia y Justicia á acometer (si llega el caso, que no llegará probablemente) la reforma del Código penal. Si así fuese, vendría á reconocer de una manera más ó menos clara lo que de manera ninguna

querrá reconocer, ó sea, que los principios fundamentales de la justicia penal están variando de continuo, y que, por lo tanto, no son, según suele decirse, inmutables. No son, repito, los motivos de referencia los que al Marqués del Vadillo le escarban y provocan el deseo de poner mano en la legislación penal vigente. Lo que á ello le mueve es una razón ya invocada algunas veces por otros y que, en realidad, parece baladí: la necesidad de poner aquella legislación, promulgada cuando regía la Constitución democrática de 1869, en armonía con la Constitución doctrinaria de 1876, que es la que ahora rige. Aun cuando el disertante invoca en su discurso otras razones para justificar sus propósitos reformistas en la esfera que nos ocupa, lo hace de una manera muy vaga y borrosa, perfectamente denunciadora de que tales aparentes razones no son sino pretextos que tratan de ocultar el verdadero móvil. Y el verdadero móvil es el que se ha dicho, y que el Ministro declara resueltamente y más de una vez: «poner en armonía el Derecho penal con la Constitución del Estado». En qué sentido verificará el Ministro esa armonía (si le dan mimbres y tiempo), nos lo dice también él mismo: «El distinto concepto que la Constitución vigente tiene de las *instituciones fnndamentales*, respecto del que tenía la de 1869, para cuya sanción se formó el Código penal de 1870, y el no menos distinto que desenvuelve en el *trascendental* de las *relaciones entre la Iglesia y el Estado*, que tan discutido fue en su artículo 11, *bastan* á demostrar que esa modificación es necesaria, so pena de dejar indefensos intereses tan *sagrados y respetables, con todas las deplorables consecuencias que su indefensión traería*».

Aquí está, seguramente, la madre del cordero de la reforma prometida. Llevamos veinticuatro años viviendo en el régimen ese de «desarmonía» á que se pretende ahora poner término, y no por ello se le ha roto hueso alguno á la vigente Constitución; se le han roto, sí, por otras causas, no por esta. La «armonía» nos la va á traer dentro de poco el señor Vadi-

llo (si puede), y consistirá, por lo visto, en echar por tierra el estado de relativa tolerancia y pacificación políticas y religiosas en que vivimos, y restablecer en lugar suyo un régimen de persecución arbitraria contra las personas que estorben á ciertas gentes, so pretexto de ataques á «intereses tan sagrados y respetables» como las «instituciones fundamentales» del país y las «relaciones entre la Iglesia y el Estado». Ya pueden, pues, irse preparando y poniendo en guardia los «sospechosos», si el marqués del Vadillo continúa con el mango de la sartén en la mano.

Tampoco me parece muy de fiar el Ministro en cuanto al Jurado. Yo no soy muy devoto de esta forma de administrar justicia, aun cuando, según he dicho otras veces, la prefiero en general á nuestros llamados Tribunales de Derecho, verdaderas momias, que diría la señora Pardo Bazán; pero si lo fuera, no me llegaría la camisa al cuerpo. El Ministro dice que por el pronto no tocará al Jurado y que lo respetará mientras no se convenza de que el mismo no cumple bien su misión aun ofreciéndosele todas las necesarias condiciones al efecto y observándose fiel y estrictamente las prescripciones de la ley que regula su funcionamiento; pero, por otra parte, nos da á entender que es enemigo de tal institución, y que, en lo tanto, está *ya,* de antemano, convencido de que no debe ser conservada, porque siendo mala en sí misma no puede funcionar bien.

Y vamos á la tercera de las reformas que anuncia con gran cariño el Ministro, y que hará seguramente, si le dejan: la que se refiere á la administración carcelaria. La innovación que en esta materia propone consiste en entregar la dirección y gobierno de los establecimientos penales en manos de las órdenes religiosas, como medio de introducir en los mismos el elemento ético, que «hasta la fecha ha faltado casi por completo en nuestras cárceles y presidios» y que tan indispensable es «en el sistema correccional y en el régimen penitenciario, en el que se persigue, no como único, pero sí como

principal, el aspecto regenerador y moralizador de la pena» (1).

Muy loables me parecen los propósitos que abriga, según dice, el señor Ministro, de dar la mayor intervención posible al elemento ético en las prisiones como medio de promover y ayudar á la reforma de los habitantes de las mismas. Según confesó oficialmente el antecesor del Marqués del Vadillo en el Ministerio de Gracia y Justicia, «no se recomiendan nuestros establecimientos penitenciarios como escuelas de moralización ni de buenas costumbres», pues el que entra una vez en ellos puede estar seguro de salir peor de lo que entró (2). Por eso nuestra reforma penitenciaria está aún por comenzar, según nos dijo no hace mucho en letras de molde persona tan autorizada en estos asuntos como M. Alberto Rivière, secretario de la *Société générale des prisons*, de París. Puede que nuestro Ministro piense de veras en acometerla y se proponga empezar por donde se ha dicho: por sanear el ambiente moral de las cárceles, y, sobre todo, por buscar la manera de trasformar interiormente á los que las pueblan, en cuyo caso sus aspiraciones no pueden menos de parecernos dignas de todo encomio. La garantía más segura del bien obrar futuro de los

(1) Bueno es advertir que el mismo que invoca ahora, porque así le conviene, esta razón, dejó escrito pocas páginas más atrás lo siguiente: «Labor es esta [la de la reforma del Código penal] en la que se necesita, sin duda, tener en cuenta el ambiente moral y social que respiramos, dentro del que se ofrece más como un problema correccional y de educación, que no puramente penal y de castigo; pero *seamos cautos y no nos neguemos á la realidad, que clama justicia* [que aquí quiere decir castigo]; que así como cuando ésta se hace imposible por el poder público, surge en toda su plenitud la razón de la defensa individual, á la que calificamos, por primitivo que parezca, de *legítima defensa*, así también en esta lucha [se refiere á la que mantienen entre sí «la sociedad y la anarquía»] á que por desgracia asistimos, y de la que tantos y tan horrendos crímenes se nos ofrecen, y bien recientes, como testimonio, *precisan los rigores de la ley penal que la satisfaga.....*»

(2) Preámbulo del decreto del señor conde de Torreanaz, proyectando introducir en España la condena condicional.

individuos que se hayan conducido mal anteriormente una vez ó más veces no puede estar en otra parte que en cambiarles por dentro, en hacerles *otros* de lo que son, y un cambio semejante no es posible sino tocándoles en lo más íntimo.

Pero hay que saber escoger los medios más conducentes á tal fin, y no ser excesivamente confiados con respecto á algunos, concediéndoles mayor importancia de la que en realidad tienen. Y tal me parece que es lo que le acontece al señor Ministro. En resumen, su pensamiento, que es el mismo que profesan muchísimas gentes, se reduce á esto: la fuente única de moralidad para los individuos es la religión cristiana; fuera de la religión cristiana, no hay moralidad posible; si se quiere introducir el elemento ético en las cárceles, hay que llevar á ellas esta religión, y esto no puede hacerlo cualquier cristiano, por profunda que sea su moralidad, intensa su unción, acendrada su caridad y grandes sus dotes de inteligencia, capacidad y saber; esto no puede hacerlo nadie más que los institutos religiosos.

Es preciso disipar algunas ilusiones muy frecuentes, de las que participa el Sr. Marqués del Vadillo, á lo que se ve. Tiene la religión, sin duda alguna, su influjo en la vida y en el obrar del hombre. Lo tiene, como lo tienen muchísimas otras cosas, todas aquellas cosas, cuyo número es muy grande, que contribuyen á formar el carácter del individuo, su índole y su temple moral, su constitución psíquica. El determinante verdadero y efectivo de la conducta humana es todo ese conjunto complejísimo de elementos, es decir, el carácter; no siempre y en todo caso este ó el otro influjo determinador del mismo, según á menudo se supone, dando cada cual importancia decisiva ó primordial, precisamente á aquel elemento que él más ha estudiado (1). El carácter representa, por lo tanto, como un

(1) Lo que es muy natural, por otra parte, pues ese elemento es aquel cuyas conexiones ha visto el estudioso. Nada de extraño tiene que quien no se ha tomado el trabajo de investigar la naturaleza y operaciones de

foco, en el que convergen todos los hilos que enla zan en direcciones diferentes la personalidad psíquica de cada uno. Y el carácter no se improvisa, se forma; se forma lentamente, al través de los años, igual que se forma otro organismo cualquiera, según enseña Sergi. Se forma, sobre todo, en los primeros años de la vida, lo mismo que durante ellos es cuando se va conformando el cuerpo: en ambos casos se obra también, no sobre un fondo vacío, sino sobre datos heredados, trasformándolos, modificándolos, encauzándolos en esta ó la otra dirección. Lo mismo pueden ser bien dirigidos y bien utilizados estos elementos provenientes de la herencia, que mal utilizados y dirigidos. De aquí la gran importancia de la educación. Pero una vez formado el carácter, adulto ya moralmente el individuo, cristalizada, digámoslo así, su personalidad psíquica, poco es lo que puede esperarse de la labor transformadora (educativa) (1). Por eso se frustran á menudo los esfuerzos de tantos hombres generosos y de corazón.

Ahora bien; la religión que es uno de los factores del carácter, se encuentra en idénticas condiciones que los demás. Obra sobre el mismo principalmente en los primeros años, y tanto puede producir efectos favorables como desfavorables. Ella puede cooperar con otros influjos á dar al individuo un temple moral de acero; pero sin los otros influjos, es del todo impotente. Ser religioso es, ante todo y casi exclusivamente, ser temeroso (2); no es tener inclinación natural á hacer el bien.

---

una cosa, ignore la eficacia de la misma, y por desconocerla la niegue (como el que por tener cerrados los ojos cree que no hay cosas que ver). Es justamente lo que acontece, v. gr., á la mayoría de los que niegan el valor de la antropología y la sociología criminales.

(1) Mucho menos, cuando el sujeto se ha trazado ya su camino en la vida y ha encajado, por decirlo así, en ella de un modo definitivo, cavándose su lecho, ocupando su sitio, ora merced á su trabajo propio ó con la ayuda ajena, ora haciendo vida parasitaria y sosteniéndose á costa de los demás.

(2) El temor es el quicio de todas las religiones, aun cuando á veces se crea y se diga otra cosa. Suprimido el temor (que puede ser de muy

Se puede tener una gran propensión á obrar bien, y no ser religioso (á lo menos no practicar culto alguno, que es lo que por irreligión suele entenderse); por el contrario, se puede ser muy religioso (muy creyente y muy frecuentador de los sacramentos y las iglesias), y al propio tiempo muy inmoral, profunda y totalmente inmoral, hombre de ningún escrúpulo de esta clase. Los casos de este divorcio abundan mucho. Vea, pues, el Ministro y cuantos piensan como él, cuán errados andan al suponer vinculada la moralidad á la religión, mejor dicho, á un determinado credo religioso. Y todavía más. La religión, en el que la tiene, se amalgama con la idiosincracia psíquica del individuo y toma el mismo color que ésta, según advirtió perfectamente doña Concepción Arenal cuando decía que Santa Teresa y el inquisidor adoraban al mismo Dios, todo bondad y dulzura para la una, cruel y vengativo («terriblemente justiciero,» que suelen decir, con horrenda blasfemia, los que presumen de tener espíritu religioso) para el otro. Lo común no es que el delincuente sea irreligioso; lo común suele ser lo contrario. Pero acontece que la religión del delincuente es como no puede menos de ser en un alma de esta índole. El delincuente es religioso á su modo (lo mismo que lo son á su

---

diferentes clases y referirse á distintas cosas), la religión no se sostiene. La conciencia de la pequeñez del hombre, la necesidad de dar solución á los problemas de su origen y destino, la necesidad de perseguir lo absoluto, etc., etc., que son los fundamentos psicológicos que suelen alegarse para explicar el por qué de la religión, el por qué sea el hombre «un animal religioso,» no son, en el fondo, otra cosa que formas varias del sentimiento del temor, y en último resultado no vienen á significar algo distinto del resobado dicho: «si no hubiera Dios, habría que inventarlo», ó de la razón que á todo el mundo se le alcanza para justificar la existencia de la religión y que con suma frecuencia se alega cuando se dice que la religión es un *freno* y que «sin religión, ¿qué harían tales y cuales personas? Se desmandarían, se entregarían á todo género de excesos, etc.» Leopardi, que calaba mucho á veces, dice en alguno de sus *Pensamientos* algo parecido á lo anterior tocante al fundamento de la religión, aunque refiriéndose principalmente á la cristiana.

modo todos los individuos); es decir, que será religioso delincuentemente, que profesará la religión como un delincuente puede profesarla. El delincuente hará servir la religión que profese para sus propósitos criminales, como el virtuoso é inclinado al bien la hará servir para sus nobles fines. Por eso es frecuente que los malhechores hagan cómplices de sus hazañas á los santos y á la Virgen, pidiéndoles su ayuda para cometerlas, para tener ánimo, para no ser descubiertos, etc.; todo ello á cambio de preces, ofrendas, exvotos, promesas de pago y demás. La pintura que Cervantes hace á este respecto de la sociedad de Monipodio, en *Rinconete y Cortadillo*, no tiene nada de fingida, es real y muy real; lo que allí hacían es lo que se hace en toda asociación de delincuentes, como han hecho notar los que las han estudiado de un modo directo; es lo que sucede, v. gr., en la famosa *mafia* siciliana. Y cuando el criminal obra por su exclusiva cuenta, sin asociarse con nadie ó asociándose con otros dos ó tres, sucede lo mismo. Rara vez se encuentran delincuentes irreligiosos. De donde parece deducirse con toda claridad que lo que falta en las prisiones no es religión, ó no es cuando menos principalmente religión; son otras cosas. Y de estas no dice una sola palabra el señor Ministro.

Pero suponiendo que la enseñanza religiosa (no creo que piense el Ministro en hacer religiosos á los presos sino por la enseñanza de la religión y el culto obligatorio, pues así es como se piensa siempre en propagar la religión); suponiendo que la enseñanza religiosa tenga la virtud anticriminógena que el Ministro le atribuye; suponiendo que los delincuentes, así grandes como pequeños, calculen siempre que van á cometer un delito las consecuencias que éste traerá para ellos en el orden religioso, esto es, en el de su salvación, y que la perspectiva, por lejana que sea, de las mismas les aterre y haga retroceder en su camino, sin pensar que una buena confesión ó un minuto de arrepentimiento tardío á la hora de la muerte abre de par en par las puertas de la gloria eterna (aunque

haya que pasar por el tamiz del purgatorio); aun suponiendo todo esto, no me explico que haya necesidad de poner la administración carcelaria en manos de claustrales. ¿No son bastante religiosos los actuales empleados del Cuerpo de penales? ¿No tienen además las cárceles y presidios sus correspondientes capellanes? ¿O es que no cumplen unos y otros sus obligaciones, ó no las cumplen con el cristiano fervor y celo que el Sr. Vadillo quiere? ¿Qué garantía tiene él de que los otros no harán lo mismo, como lo han hecho en otras cosas; qué garantía tiene de que no han de pensar en su provecho propio más que en el provecho de los individuos confiados á su cuidado, y de que con tal de mandar en todo, someterlo todo á su voluntad y obtener pingües rendimientos, lo demás les importará un ardite? A mi juicio, los funcionarios actuales del Cuerpo de penales no se distinguen por sus sobresalientes, ni siquiera por sus regulares condiciones para el desempeño de su cargo con buen éxito (entre otras cosas, porque nadie se cuida de formarlos como en otros países; se forman ellos mismos, al azar, de cualquier modo, que es tanto como decir de ninguno); pero los de los demás cuerpos no somos tampoco mejores que ellos: participan del estado y el tono que tienen todas las cosas en España, del «tono español». Ahora, de nuevo pregunto al Sr. Ministro: ¿los institutos religiosos forman excepción entre nosotros? ¿Son sus miembros más cultos, más morales, más religiosos, mejores en suma, que los demás habitantes de España? Y si no lo son ¿es de esperar que entrando ellos en las cárceles lleven á éstas el elemento ético que «hasta la fecha ha faltado casi por completo en ellas», según el señor Ministro, y las conviertan de pronto en lo que no son, á creer al Sr. Conde de Torreanaz, en «escuelas de moralización y buenas costumbres?» Me permito ponerlo en duda, y hasta que no lo vea no lo creeré.

LA MEMORIA

No podré consagrarle muchas páginas, porque el artículo éste se va ya haciendo largo. Pero quiero consagrarle algunas, porque hay en ella ciertas cosas que interesa mucho hacer notar.

En conjunto, la Memoria no se distingue de las de años anteriores: la misma canción del aumento de criminalidad, de que hay que procurar que sea un hecho efectivo la inspección de los sumarios por parte del Ministerio público, el mismo fijarse de siempre en nimiedades descuidando las grandes cuestiones, etc., etc. Y por añadidura, la confesión de que cuanto podía proponerse en ella al Gobierno le ha sido ya propuesto otras veces, y que, por lo tanto, «puede considerarse *agotada la materia*, especialmente en cuanto se refiere á la posible ó conveniente reforma de las leyes, para amoldarlas al progreso de las ciencias jurídicas y á las naturales variaciones que en el trascurso del tiempo sufren las ideas y las costumbres.»

Con todo, la Memoria me agrada bastante. Me agrada porque se advierte en ella lo que no se había visto en los documentos análogos de años anteriores: algo bueno, que debe considerarse como un signo importantísimo de que aun en las esferas oficiales van penetrando poco á poco resplandores del nuevo sentido de la función penal, resplandores que van dando en los ojos é iluminando aun á los más ciegos.

En la Memoria del señor Díez Macuso se notan bien marcadas estas tres tendencias, las cuales están muy de acuerdo con lo que en multitud de ocasiones y en diferentes sitios (entre otros aquí mismo, al ocuparme de las Memorias de años anteriores) vengo yo defendiendo, tendencias que, por lo mismo, tengo como muy aceptables: primera, la de dar mayor

importancia á la prevención de los delitos que á su represión; segunda, condición indispensable de la anterior, la de dar amplitud al arbitrio judicial, y tercera, la de explicarse y justificar los fallos absolutorios del Jurado, esos fallos que tanto suelen escandalizar á las «gentes de toga».

No es muy largo el capítulo que consagra el señor Fiscal del Supremo al estudio de las causas de la criminalidad que más han llamado la atención durante el año judicial último á los fiscales, sus subordinados; es, sin embargo, lo bastante para que se perciba en él un excelente espíritu, que sería de alabar recogiesen, conservasen y desarrollasen los que tengan que escribir las Memorias de los años sucesivos. Entre esas causas descuellan la guerra, ó mejor dicho, los detestables efectos producidos desde este punto de vista (como desde tantos otros) por las que nosotros hemos sostenido recientemente; el uso de bebidas alcohólicas, factor cuyo influjo criminógeno es hoy más evidente para todo el mundo que el de otro cualquiera (con haber bastantes, la guerra entre ellos, que reflejan bien claramente su acción en la estadística criminal); el uso de armas por los jóvenes, cosa que más que causa directa de delitos, es señal reveladora de otras causas menos ostensibles, las cuales constituyen la llamada criminalidad endémica (1);

---

(1) Hay, en efecto, muchas comarcas en España, donde los niños empiezan á recibir desde bien temprano lecciones como estas: «no te dejes pegar nunca», «el que da primero da dos veces», «primero las tripas en la mano que llorar» (señal de que uno se declara vencido), etc., y donde los adolescentes y los jóvenes, que han mamado y respirado de continuo tales máximas, sienten lo que expresa bien el siguiente cantar:

Echala tú que eres majo
y tú que eres atrevido;
más vale estar en la cárcel
que en el hospital herido.

Para poner por obra tales enseñanzas, es para lo que se adquieren las armas; pero aunque estas no se adquirieran, las enseñanzas dichas se practicarían lo mismo; cuando no hay navaja, puñal ó revólver, se hace

la pobreza de las gentes del campo durante los rigurosos fríos del invierno, pobreza que les obliga á cometer numerosos hurtos de leñas, los cuales, «en realidad, no demuestran perversidad en sus agentes»; y alguna otra.

El señor Díez Macuso reconoce implícitamente que el estudio de estas causas no puede tener otro objetivo que conocerlas bien, para poder combatirlas y, por tanto, atajar el delito en su raíz, porque «no existiendo la causa, no resultará el delito, que es el efecto.» Y reconoce asimismo que el remedio eficaz contra ellas está más bien que en la represión y en los rigores penales, que es el procedimiento usado por los individuos y las colectividades torpes y miopes, en el empleo de medios preventivos y profilácticos, que es el procedimiento que aplican los pueblos civilizados y previsores. Bien empleados estos medios (la escuela, la protección de los niños abandonados y el patronato de delincuentes cumplidos) «la criminalidad—dice el señor Díez Macuso—descendería en proporciones á las que no puede reducirla el mejor y más bien aplicado de los Códigos penales.»

Una labor semejante no puede exigírsele á los jueces, ni puede apenas pedírseles que cooperen á ella si no se les conceden amplísimas facultades discrecionales. Mientras con el sistema de la represión del delito, que es el de la pena castigo, no se armoniza bien sino la absoluta restricción del arbitrio judicial (*optima lex quae minimum arbitrium judici relinquit*), con el sistema de su prevención (la pena es tratamiento preventivo), por el contrario, no se comprende sino un arbitrio ilimitado. Quien reprime va á hacer un mal, y hay que atarle las manos para que haga el menor mal posible; quien previene y cura trata de hacer un bien, y hay que dejarle gran li-

---

uso del palo, de la piedra ó del puño. «Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué»; de poco sirve que se prohiba y persiga el porte de armas, si no se busca que el alma de los individuos que las llevan se modifique, modificando las causas que la hacen ser lo que es.

bertad de movimientos para que haga todo cuanto pueda y en la forma que le parezca más adecuada. Por comprenderlo así, seguramente, es por lo que el señor Fiscal del Supremo cree que se impone la necesidad de reformar el Código penal, teniendo en cuenta el arbitrio judicial; y así se lo propone al Gobierno. Cierto que no pide para los Tribunales todo el arbitrio de que estos deben gozar y á que tienen derecho, un arbitrio totalmente discrecional, sino que pide un arbitrio prudente, y por «prudente» parece entender (puesto que rechaza de un modo expreso la sentencia indeterminada) que esté regulado por la ley; pero esto es quizá una limitación que se ha visto el autor obligado á ponerse, temeroso de que se le tachara de demoledor ó revolucionario demasiado atrevido, calificativos que no sentarían bien á un Fiscal de Su Majestad, y mucho menos al Fiscal de un Ministerio de Unión conservadora. Con todo, no es poco lo que el paso dado representa; lo único que sería menester, es que otros Fiscales que vengan después del señor Díez Macuso siguieran también aquí las huellas de éste y fuesen más adelante que él, en vez de retroceder, como es fácil que suceda.

Por fin, al tratar del Jurado, da también el actual Fiscal del Supremo una nota simpática y una prueba de buen sentido; una de esas pruebas de buen sentido á que no estamos muy acostumbrados. Los legistas de toda laya, y los periódicos con ellos, muestran una enemiga enorme á esta institución, más que nada, porque á veces se ríe del Código, de la cáscara de la vida legal, y se va tras la sustancia de la vida real, tras de la nuez; es decir, porque el divorcio entre esas dos especies de vida, divorcio originado por los motivos á que más atrás nos hemos referido, lo deshace en favor de la segunda.

Son muchos los casos en España en que el Jurado se equivoca, según los llamados «hombres de ley»; muchos, sobre todo, los casos en que absuelve, debiendo, á juicio de esos hombres, condenar. Tales casos (aparte de no pocos en que condena, debiendo, según los legistas, absolver) demuestran

bien palmariamente que entre el criterio legal, sostenido por los leguleyos, y el criterio del sentir común, que es el que toman regularmente por guía los jurados, hay una visible discrepancia. Los legistas la resuelven de plano en favor suyo, atribuyendo la equivocación á los jurados y no ocurriéndoseles nunca pensar que ellos también son hombres, y por consiguiente, pueden errar, como otro cualquiera que no haya leído las leyes, y que cuando los jurados dan sus veredictos como los dan, por algo los darán, y los darán presumiendo acertar, pues no se hallan desprovistos de inteligencia. No sé yo por qué regla de tres los juristas hayan de invocar en su provecho, aparte de otras leyes, la del embudo, y dar como axiomática é indiscutible la doctrina lógica de que cuando los juicios de un abogadillo ó un Fiscal cualquiera no estén en consonancia con los de otros hombres que no son abogados, ó á lo menos no hayan actuado como tales, infaliblemente la razón está de parte de ellos, de los juristas. Si pensaran un poco, es posible que no fallaran el pleito con tanta facilidad como lo resuelven, y que empezaran á dudar si acaso los equivocados no eran ellos, y los que acertaban los jurados. Es posible que se percatasen de que el veredicto de los jurados es un veredicto pronunciado *á la buena de Dios*, según el leal saber y entender de unas gentes que traen á su juicio la agitación y la lucha de la vida diaria, las prevenciones y rencillas de la misma, pero también la tosca sinceridad del pobre labriego ó menestral que habla y obra *á la pata la llana*, como mejor Dios le da á entender; mientras que el veredicto de los legistas no es un veredicto humano, es un veredicto dictado por hombres que mantienen un estado de cosas ya pasado, que no vive ya (pues todo orden legal representa tiempos anteriores; es, como se ha dicho, el vestido de un cuerpo cuando el cuerpo era más pequeño), un veredicto que no lo pronuncia el hombre que ve las cosas con los ojos de la cara y juzga de ellas tal y como las ve, sino que lo pronuncia el leguleyo que no ve sino con las antiparras legales, el leguleyo que oculta su vista con estas

antiparras, lo mismo que la famosa toga le sirve para soterrar y quedar ahogada debajo de ella, la verdadera, la viviente naturaleza humana.

Cuando hay gentes que se empeñan en mantener y sostener á toda costa un orden legal dado, por anacrónico y anticuado que sea, por absurdas que sean las consecuencias que produzca (*dura lex, sed lex,* que dicen los que se aferran á este modo de pensar), el antagonismo entre los defensores de este orden y los que no pueden avenirse con él es inevitable. La historia está llena de casos de estos. Y el del Jurado es uno de ellos, por cierto de los que menos repugnancia debieran causar, por cuanto sirve para resolver la oposición dicha de una manera pacífica y hasta legal. A la persistencia de esa lucha se debe la introducción en algunos sistemas de enjuiciar y penar modernos de las circunstancias atenuantes. El señor Fiscal lo recuerda también en su Memoria. En Francia, el Jurado, encontrándose con frecuencia en la disyuntiva de aplicar las disposiciones del Código, que le parecían excesivamente severas (1), ó absolver á los procesados, aun cuando resultase demostrada su culpabilidad, optaban por el segundo extremo. Si no hubiesen estimado injusta la ley, no hubiera sucedido esto. Y, como sucedía con mucha frecuencia, la ley fue reformada y los jurados salieron victoriosos, ó mejor di-

(1) D. Ramón Salas, en sus *Comentarios* á los *Tratados de legislación,* de Bentham, dice también que en la misma Francia, estando penado el infanticidio con la pena de muerte, los jurados absolvían siempre á las acusadas de tal delito, por estimar aquella pena desproporcionada á éste. Es bien seguro que los legistas de allá clamarían también contra veredictos «tan escandalosos». Pero los jurados seguían absolviendo, por echarse sin duda la cuenta, no sólo de que la muerte era pena sumamente grave para cualquier delito, aun para el homicidio, sino también de que la culpa de los infanticidios la tenían, más que las madres «desnaturalizadas», ó tanto cuando menos como ellas, otras personas á quienes se dejaba bien tranquilas. La vida legal prescribía una cosa, y los jurados, ateniéndose, como de costumbre, á las enseñanzas de la vida real, fuente única para lelos de la justicia, hacían otra.

cho, salió victoriosa la justicia verdadera de la justicia aparente de la ley, de esa que engendra el *summum jus, summa injuria*.

La misma solución que al caso se dió en Francia, es la que debiera darse á los numerosos en que el referido antagonismo se pone de manifiesto. Esa solución es la que cabría también dar en España á la lucha entre legistas y jurados. Y esa es la que el Sr. Díez Macuso propone que se dé, reconociendo que nuestro Código penal es ya muy antiguo y está anticuado, y poniendo algunos ejemplos de disposiciones consignadas en el mismo, las cuales contienen penalidades injustas, cuya aplicación, por lo tanto, rehusan los jurados con buen acuerdo.

Quizá la solución estuviera, provisionalmente al menos, en conceder facultades al Jurado, como propone Tucker, para resolver, no sólo sobre el hecho, sino también sobre el Derecho; ó siquiera en introducir, según ahora quieren muchos en Francia, el sistema del escabinato, que consiste en hacer que jurados y magistrados deliberen y voten juntos para que los respectivos influjos se contrapesen; ó en dejar que el Jurado acomode la penalidad, rebajándola ó aumentándola, según lo crea oportuno, á los distintos casos en que entienda.

Digo que cualquiera de estas soluciones sería provisional, porque, á mi juicio, el Jurado es una institución que tiene este carácter. Hoy por hoy, dado el legalismo exagerado de nuestra gente de *parquet*, el Jurado es preciso. Es preciso, para impedir, con sus aciertos, ó quizá sería mejor decir atisbos, y hasta con sus barrabasadas —que no pocas comete también —las barrabasadas continuas y sistemáticas que están cometiendo los llamados jueces togados. Cuando éstos sean lo que deben ser, y hagan innecesario el Jurado, el Jurado dejará de existir, cayéndose por sí solo. Después de todo, hoy no se le acusa de otra cosa sino de que absuelve con mucha frecuencia. Pues bien; el Fiscal del Supremo el año pasado, Sr. Viada, y el Fiscal actual del Supremo, Sr. Díez Macuso, dicen que esas absoluciones recaen siempre, ó casi siempre, en delin-

cuentes de los denominados «interesantes», en los no perversos ni peligrosos, en los que antes del delito han observado buena conducta y en los reos de delitos que no producen alarma, porque no denuncian en sus autores propensiones criminales, cual acontece con la imprudencia; pero que, en cambio, el Jurado «no se muestra tolerante con los culpables que demuestran carácter de verdadera perversión de sentimientos, como sucede con los de parricidio y asesinato.»

P. Dorado.

CRÓNICA LITERARIA

La apertura del curso en las Universidades.—Discursos inaugurales.

El 1.° de Octubre, fecha en que las Universidades españolas celebran la reapertura de sus enseñanzas anuales, suspendidas por las vacaciones de verano, ó sea lo que se llama la inauguración del curso académico, es el día en que más directamente se ponen aquéllas en comunicación con el público profano, saliendo del círculo profesional en que está encerrada su vida de ordinario. Esa comunicación extraordinaria no es gran cosa en verdad, puesto que se reduce á la celebración de una sesión pública en que se reparten los premios á los alumnos que en el curso anterior los ganaron, en que un catedrático lee un discurso más ó menos apropiado al acto, y en que, por último, el rector ó el funcionario de superior categoría que preside la ceremonia, declara *abierto solemnemente* el curso, siguiendo el ceremonial establecido.

Con todo, aunque sea de un modo simbólico y remoto, esta ceremonia anual representa una comunicación entre la Universidad y el pueblo ó la comunidad que la sostiene. El público de invitados puede pasar por una representación del pueblo. La presencia de los doctores ocupando el estrado con los catedráticos, parece una manifestación de la continuidad de la

vida universitaria; cosas que en realidad no existen, pero que tienen en aquel momento un símbolo fugaz ó pueden adquirir este aspecto ante una imaginación benévolamente dispuesta para hallar en las cosas sentido simbólico y *representativo,* La Universidad abre sus puertas un día, aunque sea con papeleta. El resto del año, aquí donde la extensión universitaria es una novedad exótica, practicada por excepción, la Universidad vive su vida particular, separada de la vida común, sin ejercer una verdadera acción social, preparando silenciosamente, sin entusiasmo y por rutina, candidatos para las profesiones comprendidas en la esfera de sus enseñanzas.

Al menos, para los que han frecuentado las aulas en su mocedad, ofrece algún interés este acto de la apertura del curso, siquiera sea como una evocación de los pasados días de la juventud. Y hace reflexionar también sobre muchas cosas que nos ayudan á explicarnos la situación decadente y mísera de nuestra enseñanza. Los premios de los alumnos, reducidos á diplomas, por haberse suprimido hasta las medallas que antiguamente se daban; la misma abundancia de estas distinciones; los doctores revestidos de arcáicas vestiduras, que no conservan con la Universidad otra relación que la de asistir á la apertura y votar un Senador, que generalmente no suele cuidarse de la Universidad ni de la enseñanza; el discurso inaugural, que es con frecuencia una tesis científica incapaz de interesar á la mayoría del auditorio; el público, aburrido durante la mayor parte del acto y compuesto casi exclusivamente de *papás* y de *mamás* de estudiantes que esperan con impaciencia el momento en que sus hijos han de recoger el diploma del premio, son otros tantos indicios y otras tantas manifestaciones de la falta de sinceridad y de entusiasmo, de la estrechez de horizontes, de la pobreza y de la rutina en que yacen nuestras instituciones de enseñanza.

Hay «honrosas excepciones», diciendo la frase hecha, y sobre todo, hay una gran disculpa que convierte casi en apologías las invectivas contra la enseñanza, y es que, no siendo

ésta inferior en nada al general nivel de las demás actividades ú oficios colectivos, es la única que, lejos de ser cara, como lo son otras, se sujeta á tal estrechez, que no sólo no le cuesta nada al Estado, sino que todavía le produce rendimientos. Claro que á los particulares que pagan las matrículas y derechos, que proporcionan al Estado el saneado negocio de una instrucción pública que sale de balde y además es origen de renta, no les hará mucha fuerza el argumento; pero, ¿cómo culpar á la pobre enseñanza de que el fisco, portándose como madrastra, la tenga á media dieta para que engorden con lo que á ella pertenece otros hijos voraces é insaciables?

***

Los discursos de apertura de las Universidades me parecen un objeto interesante de estudio. Son, al cabo, la voz de la Universidad. Pero esa voz apenas se deja oir fuera del círculo local, y la mayoría de los discursos pasan olvidados y sin resonancia, á menos que particulares circunstancias del autor ó del asunto vengan á llamar la atención sobre ellos.

Por esto ha sido una novedad, y una novedad plausible, el que la prensa de Madrid, que tantas cosas inútiles, triviales y aun repugnantes difunde y populariza, haya dado este año á sus lectores alguna noticia de los discursos leídos en las sesiones de apertura de las diez Universidades hispanas. En algo se había de conocer que, en efecto, nos preocupamos con el fomento de la enseñanza y la cultura, de que tanto se habla siempre que sale á relucir el tema de la consabida regeneración. Porque en otras cosas, la verdad es que no se conoce. Prueba de ello es que se van á gastar varios millones en artillería de tiro rápido, y nadie sabe que vaya á gastarse cantidad alguna en escuelas, ni en material de enseñanza, ni en becas para que vayan á educarse en países extranjeros jóvenes españoles, ni en nada parecido. De donde se infiere la conclusión de que la artillería debe de parecernos cosa mucho más

necesaria y urgente que la cultura, y que el amor á ésta, despertado á consecuencia de no habernos servido, cuando hacían falta, los elementos bélicos, es un amor excesivamente platónico y que se satisface con palabras y *flirteos*.

***

De los diez discursos de este año, el de la Universidad de Madrid estuvo á cargo de D. Victoriano García de la Cruz, Catedrático de la Facultad de Ciencias, y versó sobre el tema *Estructura y morfología interna de las nubes atmosféricas;* el de la Universidad de Barcelona, á cargo del Catedrático de Farmacia D. José Casares, versó sobre la educación intelectual y el régimen y organización de las universidades; en Sevilla, el Catedrático de la Facultad de Ciencias, D. Serafín Saenz, discurrió sobre las *Diferentes teorías de la generación por medio de los sexos en los vegetales;* en Valladolid, el Catedrático de Historia de España, D. Rafael Cano Rodríguez Cairo, trató en su discurso el tema de las *Relaciones entre la literatura y la historia nacional de España;* en Valencia, el Catedrático de la Facultad de Medicina, Sr. Candela, disertó sobre la *Rehabilitación social de España;* en Salamanca el discurso escrito por el profesor de literatura griega, notable pensador y literato, Sr. Unamuno, fue una calurosa excitación á la juventud para que se inspire en la realidad, y busque en ella la ciencia antes que en los libros; en Zaragoza, el Catedrático de Derecho, Sr. Marqués de Valle Ameno, consagró su discurso al célebre gramático, maestro de humanidades y filosofía de aquella Universidad en el siglo XVI, Pedro Simón Abril; en Oviedo, versó el discurso sobre los *Principios fundamentales de la Geometría,* y fue autor de esta oración académica el Catedrático de Ciencias Sr. Mur; en Granada, el tema que trató el profesor de griego D. Manuel Garrido, fue éste: *Estado de la filosofía griega antes de Sócrates y medios empleados por éste para restaurarla,* y, por último, en Santiago, el

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, D. Modesto Fernández Pereiro, discurrió sobre el *Reinado de Alfonso XI.*

No han llegado á mis manos todos estos discursos. La apatía de algunos de los profesores encargados de la oración anual en las sesiones de apertura, y de los mismos claustros, contribuye á que queden en la obscuridad dichos trabajos y no sean conocidos fuera del reducido círculo profesional de la Universidad para la que fueron escritos. No se cuidan á veces los autores de estos discursos de enviarlos á los periódicos que, por su índole, podrían contribuir á darlos á conocer, ni siquiera se resuelven á poner á la venta en las librerías de Madrid y de las principales capitales de provincia algunos ejemplares. Pero aunque no se supiese de los discursos más que su asunto y las breves é incompletas noticias que de ellos han dado los periódicos, ofrecería ya esto materia bastante para reflexionar sobre las diversas maneras de entender lo que deben ser estos trabajos, y cuáles son entre ellas las más adecuadas á sus fines y á la ocasión en que son leídos.

Es esta una cuestión literaria, un tema de preceptiva ó, mejor dicho, de teoría ó de *técnica* de la literatura. ¿Qué debe ser un discurso de apertura de estudios en una Universidad? ¿Cuál debe ser la concepción de este género de trabajos? ¿qué plan, qué procedimientos, qué categoría de asuntos y qué manera de tratarlos serán los más adecuados á la índole de esta clase de oraciones?

Sin salir de los discursos leídos este año en las Universidades, descubrimos ya á primera vista concepciones muy diferentes de lo que debe ser una oración de este género, maneras de entender y de *hacer* esta clase de trabajos, que suponen puntos de vista completamente distintos.

Al hablar de concepciones diversas de este género de trabajos, no quiero decir que el modelo ó arquetipo de cada discurso haya sido asunto de una deliberación reflexiva en la mente de su autor. La tradición y el hábito influyen de un modo tan poderoso, que hasta en los trabajos que son fruto de

las actividades reflexivas es raro que se plantee teóricamente el problema del plan y de la traza artística de la obra. Se va á escribir un discurso académico, y el que acomete este trabajo conoce la forma generalmente adoptada en tales escritos y no se plantea á sí mismo la cuestión de cómo debe concebirse ese género de disertaciones para que responda mejor á sus fines.

Entre los discursos inaugurales de este año vemos desde luego varios que responden á la concepción tradicional de estas oraciones universitarias; una tesis científica dirigida á los doctos, al claustro. Al leer los temas de algunos de aquellos discursos *La generación sexual en los vegetales*, *Principios fundamentales de la geometría*, *Estructura y morfología interna de las nubes atmosféricas*, viene á la fantasía la imagen del antiguo maestro de una Universidad medioeval, leyendo en latín una tesis sustentada con argumentos de Aristóteles, ante un público de colegiales y graduados. Ya no se usa el idioma del Lacio, no se argumenta con la autoridad del Stagirita, pero en el fondo, el caso es semejante. Todos esos discursos habrán sido muy sabios, rebosarán ciencia, pero no responden á lo que debería ser una oración universitaria en las sesiones de apertura. En la oratoria no se pueden olvidar las condiciones impuestas por el auditorio. Dichos en una Academia de Ciencias Naturales interesarían, sin duda, tales discursos, aunque los problemas pertenecientes á estas ciencias son los que menos se prestan á revestir las formas y á adornarse con las galas de la oratoria. Pero á un auditorio heterogéneo como el de las solemnidades de apertura, compuesto en gran parte de personas extrañas al cultivo de las ciencias físicas y naturales ¿cómo ha de interesarle una disertación sobre la morfología de las nubes, por ejemplo?

* * *

El extremo opuesto de estos discursos es el leído en Salamanca por el señor Unamuno. Breve, inteligible para todos, lleno de espontaneidad, libre de toda *pose* magistral, ese discurso es una novedad entre los de su género. El señor Unamuno se dirige á los estudiantes más que al claustro, y yo creo que acierta al hacerlo. De los tres elementos de que se compone el público de las aperturas de curso, el claustro, los estudiantes y los invitados ajenos á la Universidad, á los dos últimos debería dirigirse con preferencia el orador, aunque en la práctica suceda lo contrario: á los estudiantes, porque en honor suyo se celebra la solemnidad, galardonando en ella á los más sobresalientes; al público de invitados, porque son *los de fuera*, á quienes deben *los de la casa* toda cortesía.

El discurso de Unamuno me parece, como decía antes, el polo opuesto de las tesis académicas. No hay allí aparato didáctico, no se trata de exponer una teoría científica, sino de dirigir un consejo á la juventud escolar: «Interrogad á la realidad antes que á los libros; descubrid el subsuelo espiritual de España, cubierto por la capa externa de la Historia»; esto viene á decir el profesor salmantino á los escolares, á quienes principalmente va enderezada su oración, y esto determina otra concepción distinta de un discurso inaugural: á la tesis ó á la monografía científica ha reemplazado el señalamiento de una orientación intelectual, una exhortación *pedagógica*, tomando en sentido amplio el adjetivo.

La elección del asunto concreto, lo específico dentro de esta tendencia general, acredita la originalidad de Unamuno y su penetración de observador y filósofo. Nada más oportuno en los comienzos de cualquier género de estudios que prevenir á la juventud contra esa aparente y falsa dualidad entre la ciencia ó el saber y la realidad. La forma abstracta de los conocimientos generales, el prestigio que ejerce la tradición científica, el criterio de la autoridad y la importancia que innegablemente tiene la suma de conocimientos acumulados por las generaciones anteriores y transmitidos de unas á otras, hace que la es-

fera del conocimiento científico nos parezca un mundo aparte, independiente del conocimiento vulgar que ejercitamos en los actos usuales y ordinarios de la vida. Y sus objetos se nos presentan como objetos de otra esfera, como entidades superiores en algún modo á las cosas comunes que tocamos y entre las cuales vivimos. Mas, sin embargo, no es así; y como dice elocuentemente Unamuno, la Historia, las Lenguas, el Derecho, la Física y todas las disciplinas del saber humano no nos dicen nada esencialmente diverso de lo que la experiencia diaria en los sucesos más menudos nos muestra. La ciencia no es más que un grado superior de conocimiento, no el conocimiento de algo especial separado de la vida ordinaria, como aquel espejismo á que antes se alude nos hace creer á veces.

*
* *

Otras dos maneras diferentes, pero que ambas me parecen justificadas, de concebir lo que pueden y deben ser estos discursos inaugurales de que venimos tratando, aparecen representadas en los discursos de los Sres. Candela y Marqués del Valle Ameno. El Catedrático de Valencia, al discurrir sobre la *Rehabilitación social de España*, trata un tema de actualidad, interesante para todos, que es del dominio común y no requiere, para hacerse inteligible, una especial preparación científica. El profesor de Zaragoza, al volver los ojos á la historia de su Universidad y presentar á los contemporáneos la figura de uno de los antiguos maestros de aquel Centro de enseñanza, cultiva la tradición, que, como la memoria en los individuos, mantiene en las colectividades la continuidad de la vida y establece un principio de unidad en los hechos sucesivos.

Otro tipo de discurso inaugural es el del Doctor Casares, de la Universidad de Barcelona. Comparar la organización y los métodos de la enseñanza en países donde florece una gran cultura, como Alemania, con los nuestros, es uno de los

temas de estudio más propios de la misión y carácter de la Universidad, y de los que conviene, sin duda, popularizar y difundir entre el gran público en ocasiones como la apertura del curso.

Pero ¿es que los temas propiamente científicos deberán ser los únicos proscritos de estas ceremonias universitarias? A primera vista habría en ello un contrasentido. Minerva podría hablar de todo menos de su saber. Pero si bien se mira, estos discursos no se proponen enseñar, ni podrían hacerlo, y siendo así, ¿qué utilidad hay en aburrir con las arideces didácticas al auditorio, haciendo parecer más ásperos de lo que son los senderos de la ciencia? Verdad es que en éste, como en todo otro género, no hay asunto imposible, si la amenidad, el ingenio y la elocuencia se encargan de aderezarlo; pero siempre serán preferibles aquellos temas que por sí mismos pueden despertar el interés del público, ejercer una misión educadora ó ilustrar algún problema de actualidad.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: Situación política de las Repúblicas de América de origen español, al celebrarse en Madrid el Congreso Hispanoamericano económico y social.—La utopia de moda sobre la condición de las razas humanas en su aptitud para el ejercicio del gobierno y para el impulso de la civilización.—Cuadro del florecimiento de Méjico, Chile y la Argentina.—Lo que obstruyen el progreso de las demás Repúblicas las solapadas influencias de fuera, que impiden en ellas el reinado de la paz.—Problemas desorganizadores de las Repúblicas del Centro, de Colombia, Venezuela, el Ecuador, Bolivia y el Perú.—¡Maldición sobre los que apelan en sus cuestiones con los pueblos hermanos á la intervención de los Estados Unidos!—Unión y paz.—Misión de las Repúblicas florecientes sobre sus hermanas menores, extenuadas por la discordia.

Acércase el momento en que ha de celebrarse en Madrid el Congreso social y económico hispanoamericano. Justo nos parece recapitular, antes de que se inaugure, el cuadro de la situación actual en que se encuentran, así aquellas Repúblicas que nos corresponden aún por los vínculos de la sangre y de la Historia, como esta misma madre y Metrópoli, que sin imponerlas en su adquirida independencia ningún linaje de subordinación, aún les abre los brazos de su secular parentesco para llamarlas vigorosamente á sentimientos de unión y de fraternidad que las exalte y las vigorice.

Se ha suscitado en la esfera de una ideología, tan quimérica como son todas las ideologías, una gran polémica que absorbe la preocupación de los hombres de talento de todas las lenguas sobre el destino y la condición de las razas humanas

cultas que poseen ó aspiran al imperio de toda la tierra. Sobre la base filosófica de esta gran contienda, se ha llegado á pretender encerrar en leyes cósmicas las aptitudes de unas ú otras para gobernar ó ser gobernadas; y queriendo echar un tapiz sobre las elocuentes lecciones de los siglos, se lucha por absorber la fuerza que á la acción práctica de las cosas da la seguridad de la conciencia, aspirando á conquistar por estas utopias el alma y la sumisión de los pueblos, que en la gran evolución histórica en que nos encontramos, ó han caído bajo la fatiga de sus anteriores esfuerzos de gigantes, ó luchan por robustecer los poderosos alientos de su infancia. Nada más deleznable que esas polémicas insidiosas y despreciables que conducen á la alucinación y al engaño de las imaginaciones generosas, y llevan la corriente de su influjo á la postración de las grandes colectividades, que no razonan, que se mueven por instinto y que suben ó bajan por la escabrosa y larga cordillera de la civilización, del poder y de la prosperidad, según el brazo que las guía y la mente que las pone en movimiento. En todos los problemas, en todas las revoluciones, en todos los movimientos de la Historia, no es la raza la que se impone, sino el caudillo, y en la misma América emancipada todos conocen los que fueron los caudillos de la emancipación, como conocen y tienen, ó en la memoria ó á la vista, los que han sido en algunas de sus nuevas sociedades los caudillos del orden y de la regeneración, ya que aun en sus contiendas interiores de equilibrio todavia no han aparecido los caudillos del porvenir, los caudillos de la agregación y del engrandecimiento. Esa misma raza anglo-sajona que se asienta en el seno de una de las dos grandes partes de aquel continente, y que se había anticipado medio siglo á la conquista de su independencia y á la constitución de su personalidad política sobre la raza de tradiciones gloriosas que puebla con ella la misma parte de aquel continente y ocupa toda la otra y los territorios intermedios que le sirven de brazo de comunicación ó de vanguardia insular de su tierra firme, ¿improvisó, como la España del final

del siglo XV y principios del XVI, con Fernando el Católico y Carlos el Emperador, ó como la Francia de Napoleón, el opulento edificio de su poder y su influjo, de ese poder y ese influjo que hasta hace dos años no ha comenzado á desarrollar? Todo un siglo han necesitado los Estados Unidos para reconstituirse y robustecerse, antes de aspirar á las actuales expansiones de su engrandecimiento, sin que el genio de raza haya sido el motor de las empresas en que se ve empeñado, sino una dirección inicial que al cabo se ha transfigurado en un nombre. Este nombre no es el de un soldado: sus hechos personales no tienen el ascendiente de su espada; se halla en la embriaguez del triunfo, y, sin embargo, el mundo entero le mira retroceder. La raza no puede con lo que sus ideólogos han soñado. Los Estados Unidos ya retroceden en el extremo Oriente, porque saben que al dividir y malgastar sus fuerzas, empezarán á decaer. ¿No se anuncia ya el abandono de las Filipinas, robadas vilmente á España, que las conducía por el sendero de la civilización, y que sin haberlas logrado dominar un solo instante los Estados Unidos han convertido, con vergüenza universal, en campo de inhumanidades inenarrables y en el retroceso horrible del odio, del salvajismo y de la sangre? ¿Cuáles son sus triunfos, y cuáles serán sus conquistas en China? En América misma retrocederán, si la alianza del Sur, si la alianza de la Argentina con Chile en el Pacífico y la alianza de la Argentina con el Brasil, en el Atlántico, si logran elevar su influjo por una parte hasta las costas californianas y por otro hasta el golfo y mar de Caribes, pone una meta insuperable á sus desvergozadas ambiciones.

El prestigio, la condición y la aptitud de raza, de la que España desbordó de su seno sobre toda la extensión inmensa de los territorios americanos que se extienden desde Méjico á la Tierra del Fuego, nada tienen que envidiar á la pujante raza sajona de los Estados Unidos. Méjico, que en treinta años ha realizado y realiza sin término ni descanso un milagro perpetuo de orden y de progreso surgido del caos de una larga

anarquía y de dolorosos desastres; Chile, que sabio y prudente, estudia y trabaja, razona y prospera, entre las dos razas que inflaman su sangre y entre los dos muros en que la estrechan la cordillera insuperable y el océano sin fin; la Argentina, que á fuerza de educación ha roto las cadenas de una autocracia que la ahogaba en sangre y en despotismo, para ofrecer un asilo de asiento seguro á la perpetua caravana que hacia ella afluye de todos los cuadrantes del universo á disfrutar las amplitudes democráticas de su vida civil, las primicias exuberantes de sus vastos y vírgenes territorios y la participación gloriosa del desenvolvimiento de todas sus grandes empresas de progreso y prosperidad, son pueblos de nuestra sangre que dan á los ideólogos insidiosos del Norte, que con sus nuevas filosofías tienden á alucinar las colectividades impresionables, el mentís más elocuente á la superioridad que se arrogan, porque el acaso de la Historia haya puesto momentáneamente en sus manos el eje de la preponderancia del poder y del influjo, que se ignora si podrá conservar. No, no reciben estos pueblos florecientes de nuestra raza el acicate que estimula la amplitud en que se desenvuelven de su hermana mayor del Norte. Su virtud la llevan en sí mismos con la sangre latina que nosotros hemos infundido en sus venas, y si otras sociedades menos felices de aquel hemisferio prolongan en sus largas contiendas interiores de asiento y de equilibrio, las amargas pruebas que aún las inmerge en el negro caos de tan ruda gestación, faltas aún del caudillo que las conduzca al punto pacífico en que habrían de regenerarse, es muy dudoso si deben el soplo del fuego en que se abrasan á la propia condición de su sangre, aún no sometida al temple adecuado para la fácil circulación arterial, ó si es de fuera de donde reciben el influjo insidioso y clandestino con que sin tregua se devoran, en vez de reconstituirse.

No existen aptitudes metafísicas y diferenciales de raza para gobernarse y prosperar en sí mismas entre los pueblos de la nuestra que dan el ejemplo admirable y encantador

de Méjico, la Argentina y Chile, y yerran los pueblos que se jactan de poseer facultades exclusivas de alta dirección y gobierno, como los de la anglosajona, que en la actual evolución de la Historia alcanzn influjo preponderante, que ayer mismo era el nervio del poder del pueblo que ha dado sangre, alma, lengua y vida á las nacientes Repúblicas hispanoamericanas. Cuba, en el mar de las Antillas; Guatemala, el Salvador, Costa Rica en el Centro; Colombia, Venezuela en la parte Norte del continente del Mediodía; el Ecuador y el Perú en las vertientes andinas del Pacífico, sólo esperan el momento en que el aguijón de fuera deje de espolearlas, para deponer sus querellas intestinas y entrar en el camino vital de la regeneración. No es su índole la que pierde á estos jóvenes pueblos, sino su ductibilidad para inclinarse á las solicitaciones que los seducen y los pervierten.

Por ventura, ¿son desconocidos los ocultos manejos que, en acción sistemática y constante, se ejercen para tener estas jóvenes sociedades en perpetua perturbación? Por donde quiera que se tiende la mirada, el cuadro que se ofrece á la vista no puede menos de inspirar el más profundo desconsuelo. Mientras en Méjico acaba de darse al mundo el hermoso espectáculo de un pueblo que, con superior instinto de su propio interés, al llegar el momento constitucional de renovar el depósito del gobierno supremo de la República en el más alto magistrado, concurre unánime á las urnas para prolongar con el voto concorde de todos los ciudadanos el poder de que consecutivamente ha sido investido en las tres últimas elecciones presidenciales el General Porfirio Díaz; mientras en la Argentina el poder que hace dos años ejerce el General Julio Argentino Roca, con no habérsele ofrecido aquel campo de actividad en que durante su anterior Presidencia de 1880 á 1886 triplicó las líneas ferroviarias, aumentó en proporción geométrica el valor de las tierras cultivadas, el comercio exterior, las industrias locales y el desarrollo económico del país; impulsó las inmigraciones de fuera de modo tan considerable, que dió un

cuarto de aumento á la población total de la República, é imprimió un sello permanente de paz y de concordia á la política de su país, aun sin abdicar la constancia con que impulsa el movimiento progresivo de su país de tal manera, que lo constituye ya en nivel, no sólo del Brasil, tres veces más poblado que la Argentina, y de Chile, que alcanza el más alto grado de prestigio y de poder en las márgenes del Pacífico, sino de los mismos Estados Unidos del Norte, que miran con mal disimulada emulación la prosperidad creciente de sus riquezas y la organización creciente de sus fuerzas defensivas, constituyéndole en un enemigo que en el porvenir limitará su ansia de extensión y su fiebre de influencia en toda aquella parte de América donde los norteamericanos quisieran ser los únicos gerentes y soberanos, y al mismo tiempo, mantiene en la política interior aquel justo equilibrio entre los diversos partidos, que se erige en centro de ellos y en ellos encuentra aquella suma de colaboradores, sin los cuales toda labor individual se frustra en los escollos de la impotencia; mientras Chile supera sus crisis interiores, así políticas como económicas, con una fertilidad de recursos patrióticos, que la constituyen en modelo de los pueblos mejor organizados y mejor gobernados de aquel hemisferio; ¿cuál es el espectáculo que ofrecen los demás Estados, no tan felices?

Las Repúblicas del Centro fermentan siempre en una indefinida ebullición. No puede, ciertamente, en El Salvador el Presidente Regalado alegar, en prestigio de su alta investidura, la legalidad inicial de los poderes con que vino á la Presidencia de aquella República, deshaciendo el concierto de unión de tres entidades, que, de haber alcanzado su suspirada federación, indudablemente se habrían robustecido en corto plazo con el concurso de las dos Repúblicas disidentes, y habría alcanzado, con el poder que da la unidad, una fuerza de defensa extraordinaria para todos los accidentes que contra todos y cada uno de estos pequeños Estados, que inspiran tantas codicias poco escrupulosas, hace vislumbrar el porvenir.

Pero, aun así y todo, Regalado obtuvo la legitimación del Poder, que usurpó, por medio del sufragio de los pueblos. Hoy ejerce un poder legítimo, y nunca podrá admitirse como disculpables en las relaciones políticas entre los hombres, que aquellos en quienes se deposita una alta confianza se conviertan en traidores de los mismos que han descansado en su fidelidad, puedan levantarse de ningún modo contra sus propios favorecedores. El Presidente Regalado había depositado esta confianza en el General Castro, á quien había encomendado el Ministerio de la Guerra. El General Castro se sirvió de esta investidura para preparar una nueva revolución en que deshacerse del Presidente Regalado, por medio de su muerte. No contando, ni pudiendo contar, con masas en la opinión ni en el mismo parco ejército salvadoreño, buscó sus cómplices en algunos que ejercían mandos en los cuerpos armados. Uno de los coroneles que mandaba los cuarteles de la capital, no habiendo accedido á sus solicitudes, se constituyó en principal embarazo de la empresa criminal que había concebido, y él mismo le asesinó, disparándole su revólver y matándole á sangre fría. Hasta después de su arresto no se supo que aquel crimen formaba parte del complot para derribar á Regalado. En la investigación que durante el breve proceso se hizo, quedó descubierto todo su plan contra el Presidente de la República, y convicto de todos los cargos que se le hicieron, sufrió la última pena el 3 de Octubre, quedando con su muerte terminada por ahora la sedición. No obstante, como estos hechos se repiten tanto, sostienen viva una perenne desconfianza y el ánimo apenado no puede menos de preguntarse:—¿Hasta cuando?

En Colombia, después de una revolución de dos años, el poder central está constituído por otra usurpación, siquiera el usurpador haya alcanzado la renuncia, tal vez forzada, del usurpado. Mas ¿quién es el usurpador? El mismo Vicepresidente constitucional de la República, Sr. Marroquín. Arrebatado, enmedio de los estragos de una guerra civil y aun sin

representar la bandera del partido levantado en armas, el poder que ejercía el Presidente D. Manuel Antonio Sanclemente, depuestos los demás poderes constitucionales, y formado un Gobierno *de facto*, no reconocido en la esfera interior por los mismos partidos disidentes, ni en la esfera internacional por las potencias y las Repúblicas con quien Colombia sostiene relaciones de amistad, las protestas del Sr. Sanclemente no han servido ni para devolverle la suprema magistratura de que legalmente estaba investido, ni para devolverse siquiera la libertad personal de que ha sido privado. No es Colombia un país donde falten los hombres de superior mérito; antes por el contrario, la antigua metrópoli del que fue Reino de Nueva Granada bajo el régimen colonial de España, ha pasado por mucho tiempo por ser la Atenas literaria y el *Forum Romanum* de la América de nuestra sangre; pero aun en un Estado que tiene estos cultos prestigios y antecedentes, el Dr. Sanclemente está con justicia considerado como uno de sus estadistas, aunque anciano, más digno de consideración. Su abolengo en el partido conservador de la República, contra el que han ensangrentado en estos dos últimos años el país las hordas del General Uribe y Uribe, data de los primeros tiempos de su fundación por los amigos incondicionales de Bolivia. Más tarde, en 1860, fue Secretario de Estado en la entonces llamada Confederación Granadina bajo la Presidencia de Ospina Rodríguez; pero á la caída de éste, y bajo el régimen violento que dictó en 1863 la Constitución de Río Negro, recluído en sus posesiones del valle del Cáuca, se entregó á la agricultura. En 1866 el partido conservador volvió á tomar el manubrio del Gobierno Supremo, y Sanclemente salió de sus haciendas campesinas para ocupar la Presidencia del Supremo Tribunal de Justicia, mas retirado de nuevo á sus valles cáucanos, allí vejetó gran número de años, hasta que sin solicitarlo, ni agitarse más en ningún género de movimientos políticos, fué allí á buscarle en su retiro, como á un patriarca, el sufragio del pueblo colombiano, que había querido erigirle en su alto administrador.

¿Hubo en la designación de su nombre una combinación maquiavélica tan propia de los que hacen el juego de la política por medio de jugarretas viles? De Sanclemente, después de su elección, se decía en Bogotá, que anciano, postrado, achacoso, no se investiría de la magistratura que se le había confiado, y en efecto, en su ausencia, tomó posesión del Poder Supremo el Vicepresidente D. José Manuel Marroquín. Marroquín llevó al Gobierno un espíritu tan exclusivo de partido y tan indiscreto contra sus adversarios, que el partido nacionalista se vió obligado á poner en práctica toda su influencia á fin de arrancar á Sanclemente de su retiro y hacer en él efectiva la delegación soberana de los pueblos con que había sido honrado. El partido imperante jamás creyó que Sanclemente pudiera presentarse en la capital. Pero se presentó; reclamó su poder; dió al Congreso día y hora para tomar posesión en la Presidencia de su mandato constitucional. Las intrigas de Marroquín y del partido que le seguía, trataron de impedir el cumplimiento de estas fórmulas legales, y cuando se le consideró fracasado ante la obstrucción que se le oponía, en presencia de las Cámaras repulsivas se dirigió al Tribunal Supremo de Justicia y diciéndole: *¡Soy el Presidente de la República, y vengo á que me deis solemnemente mi investidura!* se hizo tomar el juramento, y se apoderó del Gobierno Supremo que le pertenecía. Ni aun este acto de entereza de carácter, ejecutado en los dinteles de los noventa años de su edad, fue bastante para que su autoridad se impusiera del modo que le correspondía á la rivalidad apasionada de las facciones. De mal en peor las cosas, han ido resolviéndose de manera que el país, hace dos años, se vió envuelto en los estragos de una guerra civil desoladora. Las vicisitudes de esta guerra forma una leyenda de actos salvajes y de contradicciones, que difícilmente podrán nunca referirse en toda la verdad de sus repugnantes accidentes. El último de todos ha sido la nueva usurpación del Vicepresidente Marroquín, á quien el Gobierno de los Estados Unidos no ha querido reconocer ni aun como

Gobierno *de hecho*, y el secuestro del Presidente nonagenario Sr. Sanclemente, á cuyo lado se ha puesto uno de los hombres de mayor prestigio del ejército colombiano, el General Próspero Pinzón, el vencedor del ejército revolucionario en los campos de Lebrija y Palonegro en la jornada continua de los quince días y quince noches, desde el 10 al 25 de Mayo último, en que comenzó y concluyó un combate que no se interrumpió durante ese tiempo ni un sólo instante, y en que por una y otra parte hicieron una mortandad horrorosa 30.000 fusiles modernos de precisión, y cerca de un centenar de cañones y ametralladoras.

En tanto que la usurpación del Vicepresidente Marroquín ha creado este estado de cosas, por una parte el Comité de París resuelve á su arbitrio las cuestiones vitales relativas al todavía bullente Canal de Panamá; por otro el tribunal de arbitraje, constituído también en la capital de la República francesa bajo la Presidencia de Mr. Loubet, para pronunciar su laudo en la cuestión jurídica á él sometida por Costa Rica y Colombia sobre fronteras, se suscribe al cabo y en tal sentido, que los mismos periódicos neoyorkinos no disimulan que directamente favorece ahora á Costa Rica, y más tarde á los Estados Unidos, cuando se lleven á vía de hecho los proyectos sobre los canales interoceánicos. Y como si el abandono casi total de todos estos grandes intereses no fuera bastante para inspirar á los partidos rivales de Colombia sentimientos poderosos de propia existencia é integridad, todavía se ve en perspectiva una guerra que en muchas partes de la América meridional se considera inminente entre Colombia y el Ecuador, motivada por las quejas que Colombia ha formulado á causa de los auxilios que pretende que el Gobierno del Ecuador ha prestado á los revolucionarios colombianos, y por las reclamaciones que el Gobierno del Ecuador ha hecho al de Colombia sobre las repetidas invasiones cometidas por el ejército gubernamental en sus provincias fronterizas, donde no se ha limitado á perseguir las montane-

ras insurrectas, sino le imputa haber cometido todo género de atropellos.

¿Mas por ventura, es mejor la situación interior en que en el Ecuador se encuentra el Gobierno del General Alfaro? Combatido sin tregua por los conservadores ó retrógrados de aquel país, las sediciones y levantamientos insurreccionales se suceden unas á otros, sin que basten á vencer el tesón de los que las promueven ni los procedimientos del riger, cuando estos se han empleado, ni los procedimientos de lenidad cuando las heridas de cada disturbio civil han querido curarse echando el manto del perdón y del olvido sobre los vencidos impenitentes. Desde Agosto último las montaneras feroces se han reproducido, sosteniendo frecuentes combates contra las fuerzas ó las organizaciones del Gobierno constituído, como los de Páramos y Aloa, que el 17 de dicho mes produjeron lastimosamente una multitud de cadáveres. ¡Qué empresas de civilización y progreso han de poder acometerse en una República en la que todas las iniciativas se ahogan en sangre! ¿Cederían estos instintos bélicos tan contumaces si el Ecuador se viese comprometido en una guerra formal con Colombia? ¿Cederían si esa guerra, surgiendo de otro cuadrante, se empeñase con el Perú? Porque el caso es que el Ecuador, que no alcanza á establecer un régimen interior pacífico que sea garantía de su regeneración y de sus progresos, en sus relaciones exteriores por todas partes concita quejas que pueden ocasionar conflictos y complicaciones muy comprometidas para su seguridad y su existencia.

El Perú le considera como aliado de Chile, con quien la antigua metrópoli del imperio de los Incas sostiene en estos momentos las más tirantes relaciones. En Lima se cree que su vecina del Norte se prepara para hacer causa común con el Gobierno de Santiago en el caso de que surgiera el conflicto armado, y no sólo entiende que el Ecuador le hostilizaría por sus fronteras terrestres, sino que habiéndose divulgado que el Gobierno de Quito pretendía adquirir del de España el caño-

nero *Temerario*, se susurra que está en ánimo de formar una flotilla con que auxiliar también las fuerzas navales que se destacasen de Chile. ¡No hay duda que de este bosquejo se deduce el más bello cuadro respecto al Ecuador! En el interior una insurrección perenne de carácter tanto político como religioso contra el General Alfaro, y en el exterior Colombia por un lado y el Perú por otro amagándole con la guerra, mientras los Estados Unidos, que ya le presenta sus pastores protestantes para organizar las escuelas de instrucción pública en Quito y en Guayaquil, enfrente de la educación católica que se da por las comunidades religiosas que sostienen la actitud rebelde del partido conservador, se dispone á aquella intervención conciliadora que tendrá por precio la anexión de las islas Galápagos, de las que no se apartan la mirada de los políticos y las estrategias de la Casa Blanca.

Las cuestiones entre Bolivia, el Perú y Chile, son las que en estos momentos absorben más la atención en todo el mundo hispanoamericano del continente del Sur, y las que se reconocen en los Gabinetes, en los Parlamentos y en los periódicos bajo la denominación de *El Problema del Pacífico*, y también con el nombre más lato aún de *La política internacional sudamericana*. ¿Cuál es la base fundamental de esa cuestión? La situación del Perú y de Bolivia respecto á Chile, después de la guerra de 1889. Bolivia quedó totalmente desprovista de un puerto en la costa del Pacífico por donde descargar en brazos del comercio las ricas producciones de sus altas cumbres. El Perú, perdido totalmente en Tarapacá el territorio más opulento de su Estado, dejó engarzadas en las uñas de su adversario otras dos provincias, las de Tacna y Arica, cautivas por un lapso de tiempo determinado, y convenida por el tratado de Ancón su suerte del porvenir á la sentencia de un plebiscito; y aun después de verificado éste, á que la República que en el sufragio de los pueblos saliese favorecida por el voto de estos, hubiese de indemnizar á la otra con una suma cuantiosa. El tiempo ha transcurrido y aun traspasado

largamente el término propuesto para la apelación á este fallo definitivo. Para poner en ejecución lo que estaba pactado, se concordó un nuevo tratado, se propuso un arbitraje que fuera estricto fiador de la sinceridad del acto electoral, y se designó á la Reina Regente de España por alto árbitro. Pero ni Chile, ni el Perú, cuya respectiva situación económica no es tan desahogada que se la suponga en disposición de hacer efectivo un desembolso de la cuantía del contratado en el momento en que hubiera de resolverse de una manera concluyente ó la devolución de Tacna y Arica al Perú, ó su anexión definitiva á Chile, se habían preparado en este terreno á la última consagración del *litis*. Y mientras en el Perú la ola de la efervescencia crece siempre reclamando el cumplimiento de lo pactado, y en Chile se sustentan procedimientos de resistencia, que llegan á apelaciones violentas, como las puestas en práctica en la administración pública, en el régimen de la enseñanza y en otras disposiciones para *chilenizar* el territorio en caución, el Perú escribe y disputa con ceguedad, busca alianzas, negocia protectorados, hace alarde de organizarse para renovar la guerra, sin que por estos caminos logre abrirse un resquicio por donde vislumbrar la solución satisfactoria y pronta de un litigio cada vez más enmarañado.

¿Es de esperar la guerra? ¿Es de creer que en los Congresos de Madrid y México esta cuestión de derecho privativo entre el Perú y Chile, pueda ser planteada, ni mucho menos resuelta? ¿Hay quien locamente pueda halagar la idea de que las alianzas buscadas de la otra vertiente de la cordillera puedan conducir á un *casus belli* entre la Argentina y Chile, que sólo sería la ruina de las dos Repúblicas más florecientes de la América del Sur, y las que con su prosperidad y sus fuerzas son hoy la única esperanza y la única garantía de todo el extenso mundo latino-americano? ¿Puede llegar la temeridad y la ceguedad de algunos, como el peruano Sr. Garland, hasta el extremo de engreirse con la perspectiva de una intervención personal de los Estados Unidos del Norte en el conflicto, in-

tervención que sólo podría ejecutarse en el caso del conflicto por las armas, y que aunque habría de limitarse á la gestión puramente diplomática, pues la militar sería protestada y repelida por Chile, expondría á las naciones protegidas al pago oneroso del servicio hipotético que pudieran recibir, con concesiones á un nuevo vecino, de otra lengua, de otra raza, de otros procedimientos, que se erigirían desde luego en un peligro continuo y humillante para todo aquel continente, y más peligroso que para nadie para las mismas Repúblicas que lo llamasen, como en la España antigua de los godos los ejércitos de Tarik reclamados á nuestra Península por el infame don Julián?

No es de temer que la ceguedad de algunos haga que este caso llegue; pero cuantos sentimos el interés supremo de los pueblos jóvenes de nuestra raza en América, no podemos menos de lamentarnos amargamente de que un estado delirante de espíritu conduzca á tales extravíos. Los Estados Unidos del Norte no procederán por ahora en son de conquista contra ningún Estado americano de origen ibérico, y todos sabemos que al próximo Congreso panamericano de Méjico se llevará el dogma de la exclusión del derecho de conquista que se pretende convertir en precepto positivo en el nuevo edificio que se medita del Derecho internacional americano. Pero si se excluye el derecho de conquista, será consignado en cambio el derecho de anexión, puerta abierta exclusivamente para que los Estados Unidos, con sus manejos solapados é insidiosos, donde quiera que con sus manejos ocultos y maquiavélicos haga surgir un conflicto, y ya á nombre de alto protector, ya por apelación explícita de alguna de las partes, ó ya por negociaciones directas cuanto á su interés convenga, halle ocasión de intervenir, ó de proponer, y pueda, por partes, irse colocando en posiciones estratégicas desde las cuales pueda irse tragando ó anexionando territorio tras territorio, hasta constituirse en el árbitro exclusivo ó en el único soberano de todo el extenso mundo que Colón arrancó al secreto de los mares.

El Perú ha apelado á la Argentina, y nada hay que reprochar á esta fraternal apelación. La Argentina sólo ha ofrecido los servicios de una mediación conciliadora que no ofenda los derechos de Chile, y Chile no sería sorda á las instancias pacíficas de una amiga y aliada, si las manifestaciones indiscretas que se hacen en Lima, en la Paz, y en Sucre y que se han intentado llevar á Buenos Aires, no equivaliesen más á actos de coacción y de amenaza, que á proposiciones razonadas de pacíficas avenencias. Antes lo hemos escrito, y ahora insistimos en nuestro pensamiento. Ni el Perú está en condiciones económicas para devolver á Chile las sumas pactadas, de serle revertidas sus antiguas provincias de Tacna y Arica, ni Chile dispone tampoco de ellas para indemnizar al Perú de su pérdida definitiva. Si no se cuenta con estas sumas limitadas para llegar al término acordado de los pactos públicos existentes, ¿cómo se irá al abismo sin fondo de los gastos de una guerra? La Argentina ha ofrecido los oficios de una mediación conciliadora, y esta mediación sólo puede fundarse en bases de posibles compensaciones. Tal vez Chile no repugnaría dar á Bolivia el puerto en el Pacífico á que aspira en los mismos territorios que el Perú tiene en litigio. Pero esta concesión le compelería á sacrificios equivalentes, y estos sacrificios se substanciarían en la adjudicación al Perú del territorio insurrecto del Acre. ¿Por qué no pensar en estos salvadores arreglos de los que podía surgir más estrecho que nunca el restablecimiento de las amistades de familia, rotas desde la guerra del Pacífico, entre todas aquellas Repúblicas que no fueron bajo el dominio de España sino divisiones administrativas de una gran unidad? Amistad y unión es lo que impone el sustento hasta de la propia conservación para todos aquellos jóvenes Estados. Ninguno de ellos tiene fuerza de población suficiente para hacer próvidamente fructífero todo el territorio que tenía adjudicado y reconocido. ¿A qué esta angustia de engrandecimientos? ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz! ¡Unión! ¡Unión! ¡Unión! ¡Fuentes de educación! ¡Espíritu de empre-

sas! ¡Sentimientos de orden y economía! Esto es lo que exigen aquellos pueblos y la raza española que los forma. Cuando el sentimiento de la paz, de la unión, de la necesidad de la educación y del progreso, del beneficio del orden y de la economía se ha infiltrado en las almas de Méjico, de Chile, de la Argentina, nuestra raza ha creado esas nobles nacionalidades que disputan á los Estados Unidos de América la supremacía de su prosperidad, y que al paso civilizador que llevan, le disputarán pronto también, á despecho de esos idéologos y utopistas clasificadores de razas y de aptitudes, la de la cultura, la de las iniciativas útiles, la del engrandecimiento político y la del poder material. Nuestra raza nada tiene que envidiar en ningún sentido á ninguna otra, cuando ilumina su espíritu la antorcha vivificadora de la paz y del orden, de la educación y de la economía, de la unión íntima entre sí y del denuedo característico para todas las empresas. Que este espíritu se imponga en el centro y en la antigua Colombia, en el Imperio prehistórico de los Incas y en cuanto el habla castellana domina desde la tierra opulenta de los Motezumas hasta los inclementes climas de los Onas. ¡Y maldición!, eterna maldición á los que, como Venezuela, apelan á protectorados que son para toda la América latina una ignominia, cuando se les ofrecen litigios que resolver en Europa; á los que con Restrepo y los demás insurrectos colombianos van á pedirles armas con que herir el corazón, la integridad y la independencia de su patria; á los que en el Ecuador mendigan los apoyos de los pastores protestantes para sustituir en las masas de aquel pueblo fanatismos sin disciplina con fanatismos codiciosos; á los que con Garland y Guachalla van á poner á los piés del que sagazmente los empuja en sus propias ceguedades las llaves de las puertas por donde pueden entrar victoriosos en sus dominios para absorverlos y *traducirlos,* los enemigos de la raza.

Mientras por estas convulsiones nerviosas obran estas sociedades que no encuentran equilibrio ni reposo, agitadas de continuo por su propio espíritu impresionable y trastornador,

en los momentos en que estas líneas se escriben, en Buenos Aires se está verificando el acto tal vez más importante con que los nuevos pueblos nacidos de nuestra sangre se disponen á entrar en el segundo siglo de su vida independiente: la visita del Presidente del Brasil, Campo Salles, al Presidente de la Argentina, General Roca. ¿Van á cumplir en los acuerdos de su entrevista la alta misión que incumbe á los pueblos florecientes de aquel hemisferio en su influencia sobre las demás nacionalidades menores que no acaban de conquistar el influjo de su prosperidad y de sus respetos por la eterna obstrucción que sus inacabables discordias oponen á su felicidad y á su progreso? En las vísperas de la celebración del Congreso social y económico de Madrid, que cuenta en América tan numerosas é importantes adhesiones, este es nuestro voto supremo. Se niega á nuestra raza en el Nuevo Mundo las condiciones superiores necesarias para saberse regir por sí los pueblos que la constituyen, y para saber prosperar y progresar en las anchas vías de la civilización. Méjico, el Brasil, la Argentina y Chile, desmienten esta insidiosa imputación, por más que la utopia de moda la formule y la prodigue. Cumplan estos pueblos adelantados con sus hermanas menores el papel protector que ellos demandan á los que por todos los medios de la sagacidad y de la sugestión trabajan por subordinárselos y sometérselos. El porvenir de la raza ibérica en América está en ella misma, y en proseguir el ejemplo de orden y economía, de paz y de progreso, que á todas dan Méjico y el Brasil, Chile y la Argentina.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO. — Literatura: El teatro Chino. = Política pedagógica: El clericalismo en las Universidades italianas. = Estética: Taine y el realismo. = Filología: Los regionalismos americanos y el idioma nacional. = Impresiones y notas: La índole matemática. — Cuidados con los relojes. — La leyenda de Jonás. — Los alimentos en píldoras. — Un Obispo higienista.

LITERATURA

El teatro chino.—El verdadero teatro chino—dice Sinimberghi en la *Rivista politica e letteraria* de Roma—no tiene nada de despreciable: en aquellas típicas construcciones de bambú, donde los chinos se citan para beber té, fumar su pipa y asistir al espectáculo, descompuestamente y charlando, se desarrolla en la escena algo artístico y moral, retratándose las debilidades humanas, castigando las culpas y premiando la virtud como en nuestros teatros clásicos.

El drama vale menos que la comedia; ésta tiene tipos realmente cómicos, y el diálogo es familiar y agradable, mientras que en aquél es pesado por su gravedad, hablando los personajes como si fueran oráculos.

Como tipo de comedia puede citarse *El Avaro,* un avaro que nada tiene que envidiar á los de Plauto, Molière y Goldoni. Valga como ejemplo una escena entre Ku-ijn, viudo, macilento, á punto de morir, y un jovencito á quien ha adoptado como hijo.

El avaro.—¡Ay de mí! ¡Qué malo estoy! ¡Oh, no acaban nunca mis días de dolor!

El hijo.—Tenga usted valor.

A.—Sí, sí... Mira si ves algún siervo por ahí, y si no, ve á llamarlo. *(El hijo se va unos momentos.)*

A.—¡Oh, qué desgraciado soy! Veinte años hace, tuve la infeliz idea de comprar ese muchacho, esperando tener una ayuda, un buen hijito que me hiciese economías, y en vez de eso no tiene juicio. Yo no gasto nada para mí, ni siquiera un dinero, ni siquiera medio dinero; y él... ¡imbécil! gasta y derrocha, porque no sabe lo que cuesta la moneda. No piensa más que en atracarse y vestirse. ¡Pobre de mí!... Estima el dinero como el fango que le embadurna los pies. ¡Oh! ¡Si supiese cuántas son mis angustias cuando me veo obligado á cambiar una monedita de plata!... *(Suspira. El hijo vuelve, y poco después entra un siervo.)*

H.—Padre mío, ¿por qué no come usted algo?

A.—Hijo mío, no estoy yo así porque coma poco, sino por el gran disgusto que he tenido. Has de saber que un día de estos, habiendo tenido gana de probar pato asado—el olor llegaba hasta mis narices dilatadas,—fuí al mercado. ¿Qué ví allí, en aquella tienda que tan bien conoces tú, glotón? El más hermoso pato estaba al fuego y goteaba una salsa tan rica... ¡Ah, no puedo pensarlo!... ¡Basta! Con pretexto de examinarlo de cerca para comprarlo, lo tenté con una mano y lo tuve apretado con los cinco dedos, hasta que estuvieron bien untados con aquel jugo. Luego me volví á escape á casa sin comprarlo, y me hice servir un plato de arroz cocido en agua; pero á cada cucharada de arroz me chupaba uno de los cinco dedos. A la cuarta cucharada, sin embargo, me dió un gran sueño y me quedé adormecido en un banco. ¿Y qué te parece que me sucedió? Durante mi sueño vino un perro y se puso á lamerme el quinto dedo. Y cuando al despertarme observé el hurto que el animal me había hecho, me sentí invadido por tanta bilis, que aquí tienes cómo estoy desde entonces; he caído enfermo

del disgusto. Y siento, hijo mío, que el mal crece cada día más, y que dentro de poco seré hombre muerto.

H.—No diga usted eso.

A.—Mejor es que te vayas preparando para el caso. Pero ¡vaya! quiero dejar á un lado la avaricia en los últimos momentos de mi vida. Yo también quiero ser gastador. Tengo gana de comer un buen plato de judías.

H.—Iré á comprar un duro de ellas.

A.—¿Eh?... ¿Tienes gana de broma? Basta una *perra chica*.

H.—Pero por una *perra* apenas me darán media cucharada; y luego que el mercader no me querrá vender tan poco.

El siervo *(en voz baja al hijo)*.—Dígale que compre media peseta siquiera.

A.—¿Qué haces, hijo?

H.—Cojer el dinero: cinco *perras*. *(Da al siervo, que sale en seguida, una moneda de dos reales.)*

A.—Pero yo te he visto cojer una moneda de diez *perras* y dársela entera. ¿Se puede derrochar así el dinero?

H.—Me traerá de vuelta las otras cinco *perras*.

A.—¿Y si se le olvida?

H.—Yo se lo recordaré.

A.—Pero antes de darle una cantidad así, ¿te has enterado de su nombre, de su familia, de su domicilio y de quiénes son sus vecinos?

H.—Sí, sí, le conozco; sé dónde vive: pero en cuanto á los vecinos...

A.—¿Y si se mudase de casa y se escapara con ese dinero? ¿A quién acudiríamos para recuperarlo?

H.—No piense usted en eso, padre. Lo que yo quiero es hacer pintar antes de que usted se muera la imagen del Dios de la felicidad, para que sea propicio á usted, á su hijo, á sus nietos y á sus parientes más remotos.

A.—Hijo mío, si mandas pintar el Dios de la felicidad, ten cuidado de no hacerlo pintar de frente; basta con que se le vea un poco de la espalda.

H.—Pero ¿por qué? ¿No se pintan los retratos siempre de cara? ¿A qué pintor se le ocurre retratar á un personaje vuelto de espaldas?

A.—¿Con que tú no sabes, insensato, que cuando un pintor ha concluído de hacer los ojos de una divinidad, tiene derecho á una gratificación?

H.—Padre, se duele usted mucho de su dinero.

A.—Hijo, no me incomodes en los últimos momentos de mi vida. Dime: ¿en qué clase de ataúd me enterrarás?

H.—Si tengo la desventura de perder á mi padre, compraré para su cuerpo la más rica caja de abeto que pueda encontrar.

A.—No harás semejante locura. La madera de abeto cuesta demasiado. Después de muerto, ¿quién va á distinguir la madera de abeto de la del sauce? De ésta, de ésta deberás comprar la caja, ¿entiendes? Pero, ahora que me acuerdo, ¿no tenemos en casa un cajón viejo de cuadra? ¿Dónde hay mejor cosa para meter mis pobres huesos?

H.—¿Qué dice usted, padre mío? ¡Usted delira! Aquel cajón es más ancho que largo. ¿Cómo extender en él su cuerpo de usted, que es tan alto?

A.—No hay que apurarse por eso. Si el cajón es demasiado corto, nada más fácil que acortar mi cuerpo. Coje un hacha, y pártelo en dos partes iguales; luego pones una mitad encima de otra, y ya verás entonces qué cómodamente estaré. Y á propósito: tengo que recomendarte una cosa importante.

H.—Diga usted, padre mío.

A.—Procura servirte para partir mi cuerpo de una buena hacha; pero haz porque te la preste cualquier vecino.

H.—¿Y para qué, si la tenemos buenísima en casa?

A.—¡Ah! Es que tú no sabes lo duros que son mis huesos, y no piensas en que, si el hacha se mella, tendrás que gastar no pocas perras en afilarla luego.

H.—Se hará su voluntad de usted.

A.—Gracias, hijo mío.

H.—Ahora, permítame usted, padre, que vaya á la pagoda á quemar incienso. Así obtendré el favor de prolongar los días de usted.

A.—No importa, no importa que yo viva unas horas más ó menos. Costaría demasiado, hijo mío.

H.—Es que he hecho un voto y tengo que cumplirlo.

A.—¡Ah! ¿Has hecho un voto sin advertirme?.... ¿Y por qué?.... ¡Vamos! Te daré una *perra*.

H.—No basta.

A.—Te daré dos perras.

H.—No bastan.

A.—¡Oh, sí bastan, sí! Hasta son demasiadas, porque no llegan á tiempo..... Acércate, hijo mío; ha llegado el último instante; siento que mi alma se separa del cuerpo..... ¡Adiós, hijo mío!.... No te olvides, en cuanto muera, de correr tras el siervo para que te dé las judías y la vuelta de los dos reales..... *(Muere)*.

Como tipo del drama auténtico chino, puede citarse *La venganza de Teungo*. Teungo es una mujer condenada á muerte, y el argumento se basa en un error judicial, y muestra el alto concepto en que es tenida la justicia del país. He aquí algunas de las más importantes escenas:

Teungo *(caminando al suplicio, acompañada por el verdugo)*.—Si me llevais por el camino derecho, mi corazón se llenará de amargura; si por el contrario, me llevais por calles oblícuas y solitarias, moriré sin quejarme. No me digais que así se alarga el camino.

Verdugo.—Pero la plaza está ahí, ¿véis? Y la gente viene hacia nosotros. Mirad á ver alguno de vuestros parientes. Puedo permitir que se acerque; eso no me está prohibido.

T.—¡Ah, no! Tened compasión de una pobre huérfana, de una mísera viuda.

V.—¿No tenéis padre?

T.—Le he perdido hace mucho tiempo. Hace trece años partió para la capital del Imperio con la esperanza de encon-

trar una buena ocupación, y desde entonces no he vuelto á ver su semblante ni á tener noticias suyas.

V.—¿Para qué queríais entonces que os llevase por calles extraviadas?

T.—Porque por el camino derecho, temo encontrarme con Tsai.

V.—¿Y quién es Tsai?

T.—Mi suegra.

V.—¿Y qué os importa eso, si vais á morir?

T.—¡Oh! Si Tsai me viera cargada de cadenas caminar hacia la plaza, para tender mi cuello al cuchillo *(cantando)*..... ¡Oh.....! Entonces, ella, destrozada por el dolor y la desesperación, moriría conmigo. Os lo suplico; tened compasión, siquiera de ella. (*Aparece Tsai, que estalla en copioso llanto en cuanto se junta con Teungo*).

Tsai.—¡Oh, cielos! ¿Es esta mujer mi nuera?

V.—¡Atrás!

T.—Ya que mi suegra está aquí, concededme que le hable ahora.

V. (*A Tsai*).—Acercaos. (*Se retira á un lado con el Procurador*).

Tsai.—¡Ay, hija mía! ¡Sucumbo á mi dolor!

T.—Escuchadme. Quien derramó el veneno en la taza, para daros la muerte, fue Tsiang-lo-cul, vuestro hijo, á fin de no encontrar oposición á nuestro matrimonio. ¿Cómo podía yo imaginar que vos habríais de dar aquella bebida envenenada á su padre.....? Li-lao la bebió, y al momento murió. Temiendo yo, entonces, que la infamia pudiera caer sobre vuestra cabeza, dije, como buena hija, que yo había envenenado á Li-lao, y he ahí por qué me encuentro en la vía pública con cadenas, aguardando mi ejecución. ¡Oh, Tsai! Cuando sea cadáver, seguid el 15 de cada mes los ritos de costumbre.....

Tsai.—Ten valor, hija mía. No olvidaré nada de lo que me has dicho.

V.—Vamos, ya ha llegado la hora del suplicio.

T. (*Al Procurador*).—Tengo que pediros un favor.

P.—Hablad. ¿Cuál?

T.—Pido que se tienda una estera por tierra, y que se me permita ser ejecutada sobre ella; suplico, además, que se aten al asta de la bandera dos pedazos de tela de seda blanca, de diez pies cada uno. Si muero víctima de una falsa acusación, veréis que cuando el verdugo separe mi cabeza del tronco ni una sola gota de mi sangre hirviente caerá sobre la estera, mientras que los dos pedazos de seda blanca se teñirán de rojo.

P.—Concedo. (*Dirigiéndose al verdugo*). Tú, obedece. (*El verdugo extiende la estera y ata á la bandera dos pedazos de seda blanca*).

T. (*Cantando.*)—Si hago un voto solemne, en apariencia extraño, es porque quiero probar mi inocencia. Sin algunos prodigios que deben herir vuestra imaginación, no haré resplandecer la justicia del cielo.

V.—¿Tenéis algo más que pedir al Procurador?

T.—Sí. Estamos en la estación del año en que más insoportable es el calor. Pues bien; si mi inocencia ha de ser probada, el cielo hará caer copos de nieve en cuanto haya dejado de vivir, y blanco y helado lienzo cubrirá mi cadáver.

P.—Ofendéis al cielo, Teungo, con vuestras palabras. La estación es calurosa. ¿Cómo podéis creer que caiga de lo alto un copo de nieve?

T.—Si ha de probarse mi inocencia, habrá en este fértil país de Tsu-cheu una extremada carestía, que durará tres años.

P. (*A Teungo*).—¡Basta! (*Al verdugo*). ¡Herid! (*El verdugo corta la cabeza á Teungo, que cae hacia atrás; inmediatamente se desencadena el huracán y empieza á caer nieve; la sangre no cae en tierra, y los trozos de seda blanca se tiñen de rojo*).

En este punto cambia la escena y los espectadores son transportados al palacio de justicia de Tsu-Cheu. Los personajes son el juez Teu-Tien, padre de Teungo, y la sombra de la desgraciada ajusticiada.

Teu-tien *(moviendo unos papeles).*—Examinemos estos procesos..... Esta muchacha culpable, ya ejecutada, tiene mi mismo nombre, Teungo. Había envenenado á su suegro. Este delito está entre los diez que son imperdonables. ¡Ea! Pongamos este proceso bajo los demás, como asunto terminado *(vacilando).* Pero ¿qué es esto? A pesar de mis esfuerzos, me siento desfallecer. Bueno; apoyaré la cabeza en esta mesa, y descansaré *(se queda dormido).*

La sombra de Teungo *(en el dintel).*—Espíritus tutelares, genios benéficos que vigilais las puertas de las casas, dejadme entrar. Soy la hija del que duerme, del supremo juez Teutien-chang. Mi padre ignora que su hija ha sido ajusticiada inocente. Dejad que le advierta *(se le acerca llorosa).*

Teu.—Hija mía, ¿eres tú? *(Mientras la sombra se desvanece, se despierta).* ¡Caso extraordinario! ¿No me parecía ver á mi hija?..... ¡Dejemos estos pensamientos! Prosigamos el examen de las sentencias dictadas. *(La sombra reaparece y gira silenciosa en torno de la llama de la lámpara).* ¡Extraño! ¿Qué pasa que tan pronto la lámpara despide vivos destellos como parece que se apaga? *(Mientras va á despabilar la lámpara la sombra da la vuelta á los papeles).* Ahora volvamos al estudio de los procesos *(lee).* «Entre los culpables figura la muchacha Teungo, que envenenaba á su suegro.....» Pero, ¿cómo? ¿Ha vuelto esta causa á ponerse encima de los papeles cuando yo la había colocado debajo? Volvámosla á su sitio y pasemos á otra. *(La sombra continúa dando vueltas en torno de la lámpara, y Teu se levanta para despabilarla).* ¡Otra vez con la luz viva y muerta!..... ¡Vamos la luz está ya bien, y puedo seguir mi trabajo. *(Vuelve á coger los papeles y lee).* «Entre los culpables figura la muchacha Teungo.....» ¡Pero esta es la misma cosa de antes! ¿Qué pasa aquí?..... ¿Hay demonios á mi alrededor? Este es un hecho extraño. ¿Que la imputación ha sido calumniosa? ¡Y la lámpara se vuelve á apagar! Aquí debe haber algún espíritu maligno... Pero ¿no sabes tú, miserable, que yo cumplo aquí la misión de justicia que me ha

confiado el Emperador, y que tengo al mismo tiempo la insignia dorada y la espada, que es el símbolo del poder? *(La sombra se le aparece y salta en torno suyo; Teü desenvaina la espada y trata en vano de herirla; luego grita):* ¡Oficiales de justicia, despertaos! Aquí hay demonios. ¡Oh, cielos! Me muero de terror *(se apoya en la mesa).*

Sombra *(cantando).*—Veo que tu corazón, lleno de desconfianza, es presa de la sospecha y del odio. Si eres verdaderamente Teu-tien-chang, investido de gran poder y majestad, recibe los saludos de tu hija Teungo.

T.—¡Oh sombra! ¿Por qué mientes? Mi hija se llama Tuan-yun, y hace muchos años que la dejé en casa de Tsai, después de haberla desposado. Si tú eres Teungo, ¿cómo has de ser mi hija?

S.—Padre mío, desde que me desposásteis con la familia Tsai cambié mi nombre por el de Teungo.

T.—Y bien; si eres realmente mi hija, contesta con verdad á mi pregunta: ¿envenenaste á tu suegro?

S. *(alejándose).*—¡Soy tu hija!

T.—Al introducirte, la primera vez, en casa de Tsai, te recomendé que observases los tres deberes de la sumisión y la práctica de las cuatro virtudes especiales y te dije precisamente así: La mujer tiene tres especies de dependencia: cuando es hija, debe obedecer al padre; cuando es esposa, debe obedecer al marido; cuando es viuda debe obedecer á su primogénito. La esposa, añadí, tiene cuatro virtudes especiales que ejercitar: honrar y servir á la suegra, respetar al marido, vivir en paz con las cuñadas y ser misericordiosa con los pobres. ¿Respetaste tú todos estos santos mandamientos? No; cometiste, por el contrario, uno de los diez horribles delitos que son castigados con la muerte. Has obscurecido las virtudes hereditarias de tus antepasados, has manchado mi nombre, tan puro como el agua que cae del cielo. Confiesa la verdad y ¡ay de tí, si mientes! Sufrirás las más horribles penas, y no podrás transmigrar á ningún cuerpo humano.

S.—Padre mío, dejad de ultrajarme, dulcificad vuestro rostro. Dignaos escuchar la terrible historia de mis desventuras. *(La sombra le cuenta todo con tal acento de verdad, que el juez se siente conmovido hasta llorar).*

T.—Si eres el espectro de mi hija, me harás morir de dolor. Yo no te pregunto más que esto: ¿eres tú la causa de la sequía que hace tres años empobrece y estraga el país de Tsu-cheu?

S.—Sí; esta sequía es la prueba de mi inocencia.

T.—Pues bien, ya que así están las cosas, juro que te haré justicia.

POLÍTICA PEDAGÓGICA

El clericalismo en las Universidades italianas. — La adaptación de la Iglesia—dice en la *Rivista politica e letteraria*, Gustavo Pittaluga—á todas las innovaciones del modernismo, constituye la mayor fuerza de tan poderosa institución, que disimula su carácter político bajo las ideas morales ó sociales; esta adaptación de la Iglesia á los nuevos métodos *ad majoren Dei gloriam*, es al mismo tiempo el peligro mayor para los Estados laicos y para la libertad del pensamiento.

La Iglesia ha tenido en la educación de la juventud un monopolio seguro, tan poderoso, tan indiscutido, que maravilla que la sociedad haya podido llegar tan rápidamente á un cambio tan radical. Hasta 1848, hasta 1859, en muchas partes de Italia, los únicos educadores de la juventud han sido aquellos jesuitas, aquellos barnabitas y aquellos escolapios, de donde salieron—nuevo milagro—los hombres que con Mazzini y Garibaldi riñeron mil batallas por la libertad. Y es que se había extravíado el camino: no eran las formas eclesiásticas las que convenía conservar, sino el contenido del pensamiento eclesiástico en las formas civiles. Para ello se evocaron todos

los grandes nombres del pasado y se pregonó todo lo que habían hecho de bueno, en las ciencias, en las artes, en la literatura, bajo el dominio solo y absoluto de la idea católica, pretendiéndose hasta probar que Volta fue un férvido creyente y que Leopardi sólo estuvo separado de la Iglesia únicamente durante un breve período de su vida.

Dos direcciones contradictorias ha tomado el clericalismo respecto á los hombres de valer, cuya pérdida era dolorosa, y cuya conservación en el seno de la Iglesia era difícil: mientras tuvo la fuerza y el poder, los rechazó y condenó; después ha procurado apropiárselos y hacerlos servir á su gloria por el gran interés de demostrar que la ciencia y la Iglesia no son incompatibles. De ahí que al prevalecer esta orientación se haya desistido con buen sentido político, de la idea de fundar la Universidad católica de Italia. Es preferible introducir el espíritu clerical en los centros universitarios laicos, sacar de la vida común todo lo que tiene de bueno y útil, y permanecer íntegros con la propia fe y la propia conducta, y con los propósitos políticos que de aquella fe derivan; ese es el papel de los jóvenes en la Universidad. Como decía Mons. Spalding en Washington, al inaugurar el colegio de Santa Cruz, «nuestra vida está dirigida más por lo que *sentimos* que por lo que *pensamos;* y el poder de sentir y de querer puede educarse como se educa la inteligencia».

La juventud católica de las Universidades italianas no ha llegado todavía á comprender, ni menos á realizar, el papel que se le asigna. Sólo los jesuítas de la *Civiltá Cattolica*, ven, como siempre, claro, y mientras aplaudieron la creación de la «Sociedad científica general entre los católicos italianos», combatieron con empeño el socialismo cristiano que ha echado raíces en algunas Universidades.

Una ciudad, sobre todo Génova, tiene su Ateneo sometido como institución urbana al clericalismo imperante; esta condición de la Universidad genovesa debe atribuirse el estado general de la ciudad; pero no es menos cierto que la juventud

secunda y aplaude esta dirección de los estudios, y el ambiente que allí se respira es completamente clerical.

Bolonia tiene fama de ser uno de los más firmes baluartes del Catolicismo; pero aunque en su Universidad estén suficientemente representados los clericales, está muy distante de ofrecer el aspecto de la genovesa, porque, aunque los directores de la cosa pública tuvieran contraria opinión, la protesta inmediata y solemne de los muchos jóvenes de firme fe liberal impediría el retorno á las restricciones é hipocresías que se practican en otras ciudades. Los católicos tienen allí el círculo de Benedicto XIV, del que forman parte unos 80 socios; fuera de este grupo, hay otros católicos que aceptan las actuales instituciones y que constituyen el elemento más peligroso para los clericales que quieren conquistar la Universidad para el dogmatismo.

En cuanto al socialismo cristiano, la Universidad donde más vivamente se manifiesta es la de Pavía. Lo mismo aquí que en Milán, los jóvenes católicos se presentan con carácter batallador, y aunque son pocos—en Milán no pasan de diez—hacen el ruido de las nueces en el saco, siendo de notar dos hechos interesantes: el primero es el espíritu democrático y socialista en que se inspira el grupo más activo de la juventud católica; y el segundo, que los jefes de este grupo proceden del liberalismo garibaldino. Y en lo que toca á Milán, no debe dejarse de consignar que la propaganda socialista es, no sólo permitida, sino alentada por el Arzobispo, Cardenal Ferrán, en cuyo palacio se inicia á los seminaristas en los problemas de economía social y en el programa de la democracia cristiana.

En Turín, donde la Universidad tiene un carácter severo y especial, los católicos carecen de vigor, y su círculo, antes muy numeroso, va languideciendo; la juventud universitaria se limita á una acción pasiva y condescendiente, como la de Don Bosco con sus salesianos. En Padua, en cambio, donde hay un círculo Giordano Bruno, el círculo católico es vivo y

numeroso, habiendo una minoría del mismo inclinada al socialismo cristiano.

En Venecia, de cien estudiantes de la Escuela de Comercio, unos ochenta se adhirieron al Congreso anticlerical, y sólo dos se declararon contrarios, lo que da la medida del espíritu que allí reina. En Pisa dominan de tal modo los clericales en el Profesorado, que parece que la juventud debiera ser ferviente vaticanista; lejos de ser así, el círculo católico está poco concurrido, y la mayor parte de los inscritos se inclinan al socialismo, sucediendo otro tanto en Florencia, donde se ha fundado un círculo católico de estudios sociales. En Siena, la Universidad es harto ingrata con sus antiguos protectores, no habiéndose podido fundar un círculo católico por falta de adhesiones, mientras que éstas afluían al Congreso anticlerical. Cosa semejante ocurre en Perugia, Macerata, Camerino y Urbino, á pesar del ambiente abiertamente clerical que en estas ciudades se respira.

En Nápoles, el clericalismo tiene un carácter especial feudal y borbónico, que parece encerrarse desdeñosamente en la roca de su fe, y que se halla justificado por la corrupción del Gobierno, la inmoralidad de la Administración y los vergonzosos ejemplos de los llamados liberales. Entra templado en la Universidad, cubierto con el mismo velo con que consuela al pueblo napolitano, con una especie de paganismo supersticioso, dejando casi de ser clericalismo para quedarse en simple catolicismo, apartado con empeño de todo movimiento socialista por el gran peligro que habría en tomar esa dirección dado el atraso del pueblo.

En Sicilia las cosas van de otro modo, y aunque un profesor de la Universidad declaró, con motivo de los trabajos de propaganda que se hacían para el Congreso anticlerical, que allí «se sembraba en mal terreno, porque las nueve décimas partes de los estudiantes palermitanos iban todos los días á misa antes de ir á cátedra, y el décimo restante iba también los domingos», lo cierto es que la Universidad de Palermo

tuvo bastantes representantes en el Congreso anticlerical, y que el Círculo universitario católico se limita á sostener con trabajo alguna partida de billar entre sus socios. En Messina y Catania tienen mayor vida los Circulos católicos; pero el estado de los ánimos lo muestra el hecho de que cuando diez estudiantes protestaron por telégrafo contra el Congreso anticlerical, los demás contraprotestaron al día siguiente, instituyendo una asociación anticlerical universitaria.

En Roma reviste la mayor importancia el examen de las dos tendencias, clerical reaccionaria y democrático-cristiana, que se disputan el dominio de la juventud universitaria. Los demócratas han realizado su evolución recogiendo el contenido económico del socialismo; pero su concepto de la democracia cristiana encuentra gran oposición en la parte intransigente del Vaticano, especialmente entre los jesuítas; de aquí la lucha entre las dos tendencias, sostenida en la prensa, en las discusiones, en las votaciones del Círculo y en las elecciones.

Resulta de todo lo expuesto, que el clericalismo en las Universidades de Pavía y Milán, Padua, Pisa y Roma, va dando señales de vigorosa innovación, y que el nuevo fervor viene, sobre todo, del lado del socialismo cristiano, pues el viejo clericalismo, conservador y reaccionario, ligado en el Piamonte á las tradiciones absolutistas de la casa de Saboya; en Bolonia, Umbría, las Marcas y Roma, al poder temporal del Papa; en Nápoles á los Borbones, y en Sicilia al feudalismo y al autonomismo separatista, no ha sabido suscitar en la Universidad luz alguna para ninguna fecunda labor, y ni siquiera ha sabido seguir los consejos de los jesuítas, que tendían á limitar el campo de acción de los jóvenes en la misma Universidad para apoderarse del espíritu de la enseñanza. Todo esto depende de que la juventud vaticanista es tan inculta, tan lejos de todo sentido modernista, que está incapacitada para la lucha activa.

¿Qué relaciones mantienen con los liberales, y especial-

mente con los socialistas los demócratas cristianos? Así como los monárquicos se han unido á veces con los católicos, y otras con los anticlericales para combatir el republicanismo ó el vaticanismo, así los socialistas han admitido unas veces, y rechazado otras, á los demócratas cristianos. Los socialistas, sobre todo los universitarios, parten en sus concepciones de principios materialistas, y están muy lejos del sentido de religiosidad que hoy va tomando el socialismo ruso, y en parte el germánico. Y sin embargo, se ha visto á los socialistas de Bolonia ceder á las protestas de los demócratas cristianos y admitirlos en sus filas, afirmando la compatibilidad entre el socialismo y el catolicismo.

Pero no hay que hacerse ilusiones: los demócratas cristianos, en todos sus grados, no renuncian al restablecimiento del poder temporal del Papa, sin el cual, y en esto son lógicos, ni el Papa ni la Iglesia pueden implantar en las leyes el socialismo católico. El fin que se persigue así, con ó sin conciencia, es englobar el socialismo, cada vez más potente, dentro del catolicismo para imponer las soluciones de éste, táctica rechazada, sin embargo, por los jesuítas, que no ven en todo lo que significa nueva civilización más que anfibologías engañosas y estudiados eufemismos para engañar á los incautos, infiltrándoles el veneno del sistema anticristiano.

ESTETICA

Taine y el realismo.—Taine—dice Barzelloti en la *Revue Politique*—no está con los *realistas,* con los *veristas* vulgares, ni con los *impresionistas,* que le proclaman sin razón su maestro. Para todas estas escuelas, todo aspecto, todo rasgo de la realidad que es posible reproducir tiene el mismo valor; para Taine el valor estético de la obra genial no se mide por el grado de fidelidad imitativa y reproductora, sino por el grado de idealidad y de expresión á que llega, representando las cosas

reales mediante la elección intuitiva y reflexiva de los rasgos que más valor ó significación tienen para nosotros.

El único fin del arte para ciertos escritores realistas, es dar la impresión más exacta de la realidad, sirviéndose al efecto de los menores detalles en su reproducción; para Taine, lo que en nuestro espíritu es idea responde á un hecho, pero á un hecho generador, que supone una jerarquía de los elementos de la realidad; de aquí que en *El Ideal en el Arte* Taine gradúe el mérito de las obras según una escala de valores estéticos correspondientes á los valores reales de las cosas; nada más diametralmente opuesto á esta concepción del arte que el procedimiento de esos escritores y artistas que se imaginan que cada línea de las cosas puede ser bella sólo por ser real y natural, fotografiada de lo vivo.

Pero hay otro punto de vista, por el que la filosofía de Taine podía prestarse á servir de bandera á los veristas contemporáneos. Todos los adeptos á esa dirección estética que no quiere ver en el arte más que una información y una exposición de documentos humanos, han pretendido encontrar en Taine la impresión y casi el programa filosófico de sus obras en el procedimiento analítico de su crítica y de sus trabajos históricos, reducido á la busca de los hechos menudos de que está compuesto el *yo* humano. Balzac y Stendhal habían sido los primeros en seguir este camino, cuya dirección señaló Taine.

El naturalismo, que nació al final del segundo Imperio, no fue al principio más que un movimiento contra los románticos, paralelo al del positivismo contra la metafísica idealista. Hartas las clases pensadoras de idealismos, en el naufragio de todas las grandes y generosas aspiraciones de la primera mitad del siglo, aceptaron la extraña teoría, según la cual, una novela debía aplicar á los hechos imaginarios el mismo procedimiento de disección que practica el fisiólogo en los cuerpos vivos. Esta teoría creyó encontrar su apóstol en el filósofo positivista, que había afirmado la necesidad de aplicar á las cien-

cias morales y á la crítica el método de las ciencias naturales, coincidiendo nuestro mecanismo moral y nuestros actos como una resultante necesaria del conjunto de causas y de motivos, fuerzas y presiones que sobre nosotros actúan por nuestras pasiones y necesidades, educación y apetitos y por el medio en que vivimos.

El tipo ideal en que el romanticismo se inspiraba era el del héroe solitario, en lucha con la sociedad y consigo mismo, idea de sublime personificación de la voluntad individual, que dió vida en la ficción á los Prometeos y Manfredos, Werther y Obermann, Renatos y Adolfos, y en la realidad á los Byron, Fóscolo, Senancourt, Chateaubriand y Benjamín Constant. Esta segunda mitad de nuestro siglo—rico y vasto, pero pesado, y tendiendo á la fatalidad, como dice Michelet—parece no poder ya imaginar otro tipo humano que el del vencido en la lucha por la existencia, el del esclavo de sus pasiones y de sus instintos, el del impotente para soportar el peso de la vida.

La abdicación de la voluntad individual, incapaz de iniciativas ante la fatalidad de la raza y del temperamento dentro del influjo del medio ambiente y del contagio social; el agotamiento de todas las fuerzas íntimas de la acción personal y libre en el hombre actual, enfermo de la voluntad, ha llegado á ser el tema habitual de la escuela naturalista, desde los Goncourt y Zola hasta Alfonso Daudet, Huysmans, Pablo Alexis y Gui de Maupassant. Esta literatura es como una gran clínica de las enfermedades del siglo. No puede afirmarse que se haya inspirado únicamente en el determinismo de la ciencia positiva; pero ha coincidido con ella por la misma vía en varios puntos, y la ha tenido por cómplice en su acción sobre los espíritus. Hasta aquí llegan, pero no pueden llevarse más allá, las relaciones de las doctrinas de Taine con el realismo, verismo é impresionismo contemporáneos.

FILOLOGIA

Los regionalismos americanos y el idioma nacional.— Tal es el título de uno de los más interesantes capítulos de «El problema de la lengua en la América española», discretísimo y concienzudo trabajo publicado en la *Revista Nacional* de Buenos Aires por Ernesto Quesada.

¿En qué medida—se pregunta el ilustre escritor argentino—deben contribuir las voces americanas al enriquecimiento de la lengua castellana? ¿En qué forma debe realizarse esa compenetración? La Academia Española ha intentado resolver el problema creando centros correspondientes en América, encargados de formar los léxicos regionales y las citas de autoridades que les sirvieran de garantía; pero las Academias regionales no han arraigado con el vigor necesario para tamaña labor, que ha tenido que ser acometida por escritores sueltos, guerrilleros de la lexicografía, que no siempre aciertan en la elección y que, reducidos á su personal iniciativa, no ofrecen garantía bastante para que la Academia suscriba sus indicaciones.

Tal ha sucedido, pór ejemplo, con las 544 voces propuestas por Palma; en ese catálogo había voces aceptables y otras que no lo eran, habiendo pecado Palma por carta de más, como la Academia ha pecado por carta de menos. Palma proponía, por ejemplo, las palabras *amolar,* con el sentido que tiene en expresiones como «¡No amolar! ¡Me amoló!»; *bagre,* como calificativo aplicado á la «mujer fea y despreciable»; *bragueta,* con el valor que tiene en la frase «hablar por la bragueta», que á Quesada se le antoja ser un peruanismo; *cogotudo,* en equivalencia de «personaje ricacho»; *confianzudo,* como «atrevido»; *dragonear,* empleado por «desempeñar accidentalmente un cargo»; *fregar,* por «fastidiar»; *fachenda,* por «fatuidad»; *majaderear,* por «porfiar»; *palangana,* por «pedante»; *pechuga,* por

«exceso de confianza»; *monis,* por «dinero»; *platudo*, por «ricachón»; *bachicha,* por «extranjero»; *ñeque,* por «coraje», *liso,* por «tonto»; *molienda,* por «jarana», etc., todas las cuales fueron rechazadas por la Academia.

La Academia se excedió quizá en sus repugnancias; pero si hubiera de prevalecer el criterio de Palma, mañana cualquier chileno podría decir que «mejor es *rascarse* que curarse, evitando á todo trance *orearse,* porque en ese caso es imposible *estar futre,* y sin esa condición ¿quién *hace la pata?*» Un limeño, á su vez, diría que «un *bachicha* padece de *arranquitis crónica,* pero no sería capaz de hablar *como el gigante por la bragueta* sin verse obligado á liar sus *cacharpas,* sopena de hacer *chichirimico* de la honra, lo que le convertiría en un *disparatero* por más *empaque* que tuviera». Y si tal oyera un gaucho argentino, «se consideraría *pitado* y *rumbearía* al primer *fachinal,* creyendo sencillamente que le han querido *chantar una fresca*». Todo esto es pura germanía, *slang* yanki, *argot* francés ó *caló* castellano, que puede caber en un Vocabulario de provincialismos, pero no en un Diccionario de la lengua nacional.

«¿Cómo no han de resistirse á admitir estos vocablos los académicos peninsulares—dice con razón Quesada,—si á las veces nosotros los americanos no los entendemos, pues un mejicanismo ó un peruanismo es para los habitantes del Río de la Plata cosa tan desconocida como pueda serlo para los peninsulares?» «Mucha parte de la anarquía que reina en el idioma castellano—ha observado el uruguayo Muñoz—es debida á la excesiva tolerancia con que la Academia ha acogido en su *Diccionario* provincialismos, regionalismos, aldeanismos y hasta voces de origen evidentemente extranjero, como *devantal* por *delantal, clochel* por *campanario,* etc.»; y como dice el académico Mora, «nosotros, que cedíamos á las impresiones de lo admirable y lo grandioso, nos hemos prendado de lo *imponente;* hemos convertido las medias tintas en *matices,* como si la voz *matiz* no significara precisamente lo contrario de la

voz *nuance*, á que se ha querido dar aquella extraña interpretación; hemos convertido el progreso y el curso en *marcha*, el encargo en *misión*, el acompañamiento en *cortejo* (¿en *séquito?*), la tertulia en *soirée*, la jerarquía en *rango*, la reputación distinguida en *notabilidad;* ya nadie se estrena y todos *debutan;* los soldados no pelean, sino que *se baten;* y los empleados no sirven pero *funcionan*, y en la disputa no se tocan puntos delicados, pero *se abordan cuestiones palpitantes.*»

No hay duda que la Academia hace bien en no admitir todo género de vocablos convirtiendo su Diccionario en un asilo de expósitos; lo cual no quiere decir que en ocasiones no se resista por puro capricho, como al empeñarse en que debe decirse *costarriqueño* cuando los mismos habitantes de Costa-Rica se llaman *costarricenses*. Es más: en reunión tan fraternal como lo fue el Congreso literario hispanoamericano de 1892, se resolvió encomendar varias laudables iniciativas «á los *casinos* fundados en América,» cosa que no dejó de hacer reir en el Río de la Plata, donde los *casinos* son casas alegres á que no suele ir la gente que se respeta. Precisamente lo que sin duda perjudicó á Palma fue haber admitido en su lista no solo peruanismos de legítimo cuño, sino limeñismos sospechosos, sin reparar á veces que rozaba los límites, aún no bien definidos, del *Diccionario de términos vergonzantes*, á que se refiere el ecuatoriano Flores, y que es menester tener siempre presente en América, pues de uno á otro país vocablos inocentes suelen convertirse en fórmulas de porquerizo. «Para no exponerse á horripilar á las damas—decía en efecto Antonio Flores,—el viajero que de Colombia pase al Sur, debe consultar sobre todo la nomenclatura vergonzante; de lo contrario las frases más honestas y castizas, como *la he cogido á usted descuidada*, pueden hacerle cerrar para siempre las puertas de la buena sociedad.» En pleno Congreso literario hispanoamericano dijo un orador, refiriéndose á estas anfibiologías: «Las palabras *coger, concha*, son palabras de contrabando, inmorales; y sin embargo la Academia las admite;

pues si se les diese el significado que en América tienen, buena andaría la moralidad de la Academia.» (1) Lo mismo podría decirse—añade Quesada,—de ciertos galicismos como el de un suramericano, de regreso de París, donde casi había olvidado el castellano, y que hablando en un baile con una hermosa señorita, apurada por los compromisos que tenía para bailar, le dijo con la mayor naturalidad: *¿Está usted embarazada, señorita?*

En América es cada día más sentida la necesidad de emplear neologismos, y lo que importa es crearlos bien. De ahí que se resolviera con razón en el Congreso literario hispanoamericano de 1892, que deben incluirse en el Diccionario los provincialismos americanos que por su etimología, por la legitimidad ó persistencia del uso, ó por referirse á productos, necesidades y costumbres peculiares de las regiones en que se emplean, ostentan títulos bastantes para su admisión. Las condiciones que se fijaron para su inclusión en el Diccionario fueron las siguientes: que la voz nueva sea necesaria, es decir, que represente una cosa, idea ó relación que no tenga ya representación idéntica en la lengua castellana; y que tome una forma española, es decir, que se sujete en sus terminaciones á las leyes morfológicas de las voces castellanas. Con estos requisitos, fuerza es reconocer que—como decía Bello—«Chile y

(1) No hay que sorprenderse de que tal ocurra entre países tan distantes, cuando en España mismo existen voces que siendo perfectamente inocentes en Salamanca ó Avila, son ilícitas en Toledo. Cuando nosotros trasladamos nuestra residencia de Salamanca á Toledo, la criada que teníamos, procedente tambien de Salamanca, á una pregunta que se la hizo, delante de una distinguida familia toledana, contestó que había estado «limpiando la bola de la escalera» (una bola de cristal que tenía la escalera de la casa en que vivíamos). Las risas y rubores con que fue acogida la respuesta nos indicaron, como pudimos luego comprobar, que allí la palabra *bola*, *bolo*, tiene una significación especial. En Canarias, por ejemplo, se dice «tóquese usted» en lugar de «cúbrase usted», originando un arcaismo que en la Península parecería de mal gusto y haría desde luego soltar la risa á quien tal cosa escuchara.

Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada; en ellas se peca mucho menos contra la pureza y corrección del lenguaje, que en las locuciones afrancesadas de qne no dejan de estar salpicadas hoy día las obras más estimables de los escritores peninsulares.»

IMPRESIONES Y NOTAS

La índole matemática.—La índole matemática—dice el *Archivio de Psichiatria*, de Turín, resumiendo una conferencia de Moebins en el Congreso de neurólogos y psiquiatras alemanes de 1899—consiste en la facultad de dominar los estudios matemáticos. Probablemente, la dote principal de esta especial aptitud es la concepción fácil de las relaciones aritméticas, pues la noción de las relaciones estereométricas y planimétricas no se desarrolla en todos los ingenios matemáticos, mientras que el sentido aritmético pertenece á todos.

El talento matemático, según Moebins, tiene cuatro grados: 1.°, los *incapaces*, á cuyo número pertenecen la mayor parte de las mujeres y no pocos hombres; 2.°, los *normales*, que pueden comprender todo cuanto se exige en los Institutos de segunda enseñanza; 3.°, los *bien dotados*, que llegan más arriba, como los ingenieros, náuticos y físicos; 4.°, los verdaderos *matemáticos*, que abarcan toda la ciencia matemática, cuya cima ocupan los genios matemáticos, creadores.

El talento matemático nace con el hombre, no se adquiere; Gauss refiere que sabía hacer cuentas antes de saber hablar; cuando una vez su padre estaba arreglando la cuenta de la semana á los criados, el niño, de tres años de edad, se levantó de su camita, gritando: «¡Padre, la cuenta no va bien; es tanto y cuanto!» Y tenía razón. El tipo antropológico del matemático se caracteriza por el gran desarrollo del ángulo

frontal, especialmente en el lado izquierdo. La causa de esta característica especial, confirmada por el escaso desarrollo del ángulo frontal en las mujeres, existe en el «desarrollo excesivo de la terminación anterior de la tercera circunvolución frontal.»

***

Cuidados con los relojes.—De un interesante folleto publicado por D. Carlos Coppel y reproducido por *Madrid Científico,* extractamos las notas que siguen, acerca de los cuidados que deben tenerse con los relojes para conservarlos en buenas condiciones de marcha.

El reloj no debe nunca dejarse parar por falta de cuerda: para formarse una idea del trabajo que desempeña la maquinita del reloj, baste saber que las vueltas de su volante equivalen á un recorrido diario de 36 kilómetros; como la fuerza principal para realizar este trabajo reside en el muelle real ó cuerda, y es más intensa cuanto más cuerda tiene el reloj, su disminución, á medida que la cuerda va gastándose, es causa de una irregularidad, insignificante si se tiene cuidado de dar cuerda al reloj *todos los días á la misma hora,* pero que puede ser de importancia si se descuida este precepto, y mucho más si se le deja parado algún tiempo, pues el aceite se seca, produciendo entorpecimientos de consideración. Es, pues, errónea la creencia de que un reloj se conserva mejor cuanto más tiempo esté parado.

Conviene mucho también que la temperatura á que el reloj esté sometido sea uniforme en lo posible, por lo cual importa no dejarlo, al acostarse ó cambiarlo de bolsillo, en sitios fríos, como en una mesa de mármol ó en contacto con una pared, pues estos descuidos exponen al reloj á irregularidades de marcha y aun á roturas del muelle real; para ello debe colocársele en *aisladores del frío,* como las relojeras corrientes, cuidando en todo caso de mantenerle siempre en *posición vertical.*

Para evitar el polvo conviene limpiar con frecuencia de pelusa el bolsillo destinado al reloj y no destapar la máquina sin motivo justificado. Es un error creer que los relojes de tapas (sabonetas) están más resguardados del polvo, pues sucede todo lo contrario. Cumpliendo bien estos cuatro preceptos esenciales (darle cuerda todos los días á la misma hora, procurar que no sufra grandes cambios de temperatura, mantenerle en posición vertical y tener limpio el bolsillo en que se halle) el reloj marchará bien. Tales son las recomendaciones positivas, lo que *debe hacerse;* en cuanto á las recomendaciones negativas, he aquí las más importantes, lo que no debe hacerse:

De ningún modo debe soplarse dentro de la máquina, como hacen muchos, pues la humedad del aliento oxida las piezas de acero y produce daños graves. Tampoco debe lavarse la máquina con petróleo, como hacen algunos; ni este medio ni ningún otro que no sea el de desmontar la máquina y limpiarla pieza por pieza, debe emplearse nunca para la limpieza; echar en la máquina á guisa de lavativa una cantidad de petróleo es exponerse, aunque por de pronto parezca que el reloj queda limpio, á que se forme una pasta de polvo y grasa en los rozamientos que perjudique al reloj, aparte del daño que desde luego produce el petróleo en el metal, desgastándolo.

Nunca debe usarse para el engrase de las piezas el aceite de cocina, sino el especialmente preparado para los relojes y cuya procedencia inspire plena confianza; este aceite sólo debe echarse donde el mecanismo lo requiera y en la cantidad precisa para que no se corra á otras partes donde pueda con el polvo formar barro.

No debe andarse jamás en la máquina con alfileres, agujas, etc., que pueden ocasionar fácilmente roturas graves. También debe procurarse no acercarse á los aparatos eléctricos, dinamos, etc., á menos de que el reloj sea antimagnético, pues el contacto con las corrientes produce irregularidades en la marcha. De ninguna manera se debe tampoco, para contrarrestar los efectos del frío, calentar los relojes en chimeneas ó

braseros. Por último, debe evitarse en lo posible abrir las tapas del reloj, para evitar que el polvo se introduzca en el interior.

***

La leyenda de Jonás.—Con este título ha publicado en Londres William Simpson un curioso estudio sobre el relato bíblico de la desaparición de Jonás, por haberse negado á obedecer á Dios, en el vientre de una ballena, de donde salió arrepentido y obediente al cabo de tres días.

El máximum de fe—dice con motivo de esta publicación Elías Reclus en *L'Humanité nouvelle*—coincide generalmente con un mínimum de inteligencia. Hasta tal punto, que no pocos cristianos ilustrados, inclinándose devotamente ante otros relatos de milagros de las Sagradas Escrituras, hacen respecto al de Jonás todo linaje de reservas.

William Simpson viene á decir en resumen: la historia de Jonás no es un hecho real, sino una comparación que no debe tomarse al pie de la letra, y hay que espiritualizarla como Jesús se lo recomendaba á Nicodemus. Los mitos proceden del ritual, y no el ritual del mito. Las religiones necesitan símbolos que tienden á dramatizarse, y que luego se concretan en leyendas. Todo pueblo primitivo ha instituído ceremonias para la iniciación en la virilidad; varios han imaginado una bajada á las regiones subterráneas, y una nueva subida al país de los vivos. La historia de Jonás es uno de esos cuentos: la muerte se compara en él á un monstruo marino y los infiernos á las profundidades oceánicas; el monstruo vomita su presa y el iniciado vuelve á la vida, después de haber conocido los misterios de ultratumba.

Uno de estos cuentos, con Jonás por héroe, se propagó entre los israelitas, y María, ó su madre Ana, lo contaron al niño Jesús; y Jesús aplicaría esta leyenda á la profecía de su muerte y resurrección, describiendo luego San Pablo las ana-

logías de las inmersiones de Jonás con la muerte y las aguas del bautismo cristiano. Es más: el nombre *Jonás* significa *paloma*, y es de notar que en los jeroglíficos egipcios la paloma representa el alma, como entre los cristianos constituye el símbolo del Espíritu Santo, cuyo Espíritu se movía sobre las aguas primordiales según el Génesis. «Así, acompañada de estas consideraciones científicas y filosóficas, la historia de Jonás—dice Simpson—se hace razonable.»

***

Los alimentos en píldoras.—La química persigue con tenacidad la labor admirable de concentrar, por la eliminación del agua y jugos inútiles, las substancias alimenticias, y es de prever que el siglo XX verá maravillas en este orden de cosas, que amenaza cambiar radicalmente las condiciones de la alimentacion.

La comida futura—según *Le Mois littéraire et pittoresque*—se compondrá principalmente de píldoras y pastillas. Un huevo se reducirá á una pastillita, y la substancia de una jícara de chocolate no tendrá más tamaño de una cabeza de alfiler; el tocino se comprimirá en forma de pequeños cubos, y la sopa de caldo concentrado se convertirá en globulitos homeopáticos. Toda la carne de una vaca de 300 kilos se reducirá á una masa de 15 libras, y para calmar la sed durante todo un día, bastará con una pastillita de zumo de limón recubierta de chocolate; un vaso de aguardiente se trocará en una píldora, y en un paquete fácilmente trasportable á la mano podrá llevar cualquier explorador ó viajero todas las provisiones de boca que puede necesitar para su uso.

***

Un Obispo higienista.—Notabilísima es la circular publicada por el Obispo italiano de Reggio, en contestación á la

demanda de ayuda que el Consejo de higiene local le pedía en su vigorosa campaña contra la tuberculosis, rogándole se dignara tomar medidas eficaces para la limpieza y desinfección de las iglesias. El Obispo, según en la *Revue d'Higiène* refiere el Sr. Remlinger, se dirigió á todos los párrocos de su diócesis, recordándoles que la Iglesia, aunque se ocupe principalmente de la salvación de las almas, no por eso debe desatender la salud de los cuerpos. «El más grande de los bienes materiales de que el hombre puede gozar en la tierra es la salud física y la conservación de la vida.»

Después de recordar que Jesucristo pasó por la tierra *benefaciendo et sanando omnes*, el sabio prelado formula las reglas siguientes de higiene para las iglesias: 1.ª Después de toda fiesta ó aglomeración extraordinaria, se procederá en todas las iglesias á la desinfección del pavimento por medio de serrín empapado en una disolución de sublimado corrosivo al tres por mil: en los demás casos no se hará el barrido de costumbre sino después de regar bien el suelo para que no se levante polvo. 2.ª Todas las semanas, y si es preciso con mayor frecuencia, se quitará el polvo de los bancos y confesonarios con una esponja ó un paño humedecido. 3.ª Las rejillas de los confesonarios se lavarán todas las semanas, ó más frecuentemente si fuese preciso, con lejía hirviente y clarificada. 4.ª Las pilas de agua bendita se vaciarán todas las semanas una vez por lo menos, y se lavarán con lejía hirviente, enjuagándolas con agua ó mejor con una solución de sublimado al uno por mil.

Si en todas las iglesias, y hasta en todas las casas, se aplicaran tan cuerdas disposiciones, mucho se habría adelantado para ganar la batalla á los terribles enemigos de la salud pública.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Apuntes de Anatomía Social, por D. Federico Rubio y Gali. Trabajo publicado en la *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas,* correspondiente al mes de Septiembre de 1900.—Madrid, 1900.—Un opúsculo de 27 páginas, sin indicación de precio.

Se dice que Cuvier, con sólo un hueso ó un fragmento óseo, sabía reconstruir el esqueleto entero del animal á que tal hueso pertenecía, animal de que no había visto ejemplar alguno. Yo recuerdo haber leído también en algún libro de Víctor Hugo (creo que en *Nuestra Señora de París*), que con la vista de un simple picaporte tiene bastante el verdadero arqueólogo para rehacer en su mente toda una civilización ya desaparecida.

Es verdad esto. Pero semejantes reconstrucciones no las saben hacer todos; para hacerlas, se necesita ser un Cuvier ó un arqueólogo de verdad; y no todos lo son. Los Cuvier, ó lo que es lo mismo, las almas dotadas de un cierto temple, que yo llamaría «orgánico», saben ver un inmenso mundo de cosas en lo que para la generalidad de las gentes no es sino un simple detalle; el común de las personas miran el detalle como algo desgajado y sustantivo, con vida propia, mientras que esos otros hombres privilegiados lo consideran como un fragmento muerto de un conjunto del cual ha formado parte cuando el conjunto vivía, y no se satisfacen hasta no contemplarlo colocado en su sitio, que es decir, hasta no representarse total-

mente el gran organismo á que en su día perteneciera. De la madera de estos individuos es de la que se forman y se han formado siempre los filósofos y los historiadores, y no creo que pueda haber historiador ni filósofo que merezca la pena sino á tal precio.

Del palo este de donde se forman los historiadores y los filósofos, ó los historiadores filósofos, me parece que es la astilla de la mentalidad de D. Federico Rubio. Los pocos escritos suyos que he leido me inducen á pensar que nuestro eminente cirujano es de los que no se satisfacen sino enlazando todas las cosas y sorprendiendo conexiones causales y orgánicas donde la casi totalidad de los restantes individuos menos sospecha.

Esto mismo explica que, siendo él médico, acometa el estudio de cuestiones que, en apariencia, es poco lo que tienen que ver con la medicina, y que diserte sobre ellas en una Revista médica. Habrá quienes vean en ello una intromisión perjudicial al mismo que la verifica y estén ardiendo en deseos de aplicar el «zapatero, á tus zapatos», que suelen repetir muchos miopes; por mi parte, juzgo—sin poder razonar ahora esta creencia—que es muy preferible, y denuncia un espíritu muy superior, el someterse al *nihil humanum a me alienum puto*, como parece hacerlo D. Federico, el cual probablemente no podría ser lo que es ni habría llegado á ocupar el alto puesto que ocupa si fuese meramente zapatero, quiero decir, cirujano, sin ser al propio tiempo buen sociólogo y buen filósofo; pues es difícil que quien no sabe observar y tratar una parte de los fenómenos reales, pueda y sepa observar y tratar como se merecen otras partes estrechamente relacionadas con aquélla. Todo hombre lleva su espíritu entero á todas las cosas y en todas ellas le proyecta; y el que lo tiene grande hace una gran sombra. Quien goza de buena vista ve siempre mucho, y ve de todo, sin padecer daltonismo para ciertas cosas. No es extraño que un médico escriba de anatomía, pero solamente un médico sociólogo será apto para escribir debidamente sobre anatomía *social*, como nuestro autor lo hace.

Según el señor Rubio, no habrá ciencia social propiamente dicha, mientras no se constituyan la Anatomía y la Fisiología sociales, mientras la Sociología no entre en el cuadro de las ciencias biológicas que aún se hallan en estado de embrión; como el medio influye en el individuo, influye también, y más acentuadamente todavía que en éste, en la especie y en las colectividades. Y el estudio del medio social corresponde á la Anatomía social. Conociendo ésta, se percata uno de los cambios grandísimos que produce en la índole de la población el medio en que vive la misma y de la compenetración íntima que se establece entre ambos factores luego de vivir unidos algún tiempo, de tal suerte, que no cabe decir que el sujeto de la vida y de la acción social sea exclusivamente la población, sino la población de un territorio y de un medio físico determinados, siendo, por lo tanto, tan varia la índole y el modo de obrar de cada grupo social, como lo es (á la vez que el factor étnico) el conjunto de condiciones cosmológicas y telúricas que constituyen el ambiente en que cada uno de aquellos desarrolla su actividad. Tal es, me parece, la idea fundamental de nuestro autor, idea que él explica extensamente sirviéndose de datos y ejemplos tomados de nuestra historia y aplicables especialmente á nuestra península.

El trabajo del Dr. Rubio está, además, escrito con la santa y dulce unción y con el noble entusiasmo del apóstol. El tono general del escrito denuncia que está hecho con el alma entera, y no sólo con la cabeza. Por eso se lee con mayor encanto. Desde este punto de vista, hay párrafos muy hermosos. Tal ocurre, v. gr., con los que consagra al trabajo *libre* y sus ventajas, al trabajo libre, al que puede decirse que entona un verdadero himno.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Abentofail.—El filósofo autodidacto; novela psicológica. En 8.°, LVI-250 págs.: 3 pesetas.

Abú-Zacarías.—Cultivo de árboles frutales. En 8.° mayor, XI-201 páginas: 2 pesetas.

Alamán (L.)—Disertaciones sobre la Historia de México. En 8.°, 482 páginas, con láminas: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos, tomo 28.

Albrecht (L.)—¿En qué época estamos? En 8.°, 45 págs.: 50 cts.

Alvarez Madurga (C.)—Enciclopedia del Guardia Civil. En 4.°, 286 págs.: 5 pesetas.

Antoine (P. P. Ch.)—Curso de economía social por el R. P. Ch. Antoine, de la Compañía de Jesús, Profesor de la Universidad católica de Angers. En 4.°, 2 tomos, 496 y 464 págs.: 16 pesetas.

Baranda (J.)—Obras del Lic. don Joaquín Baranda.—Discursos.—Artículos literarios.—Biografía del Dr. D. Manuel Campos.—La cuestión de Belice. México. Imprenta de V. Agüeros. 1900. En 8.°, XXXI-415 págs., con retrato: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos, tomo 29.

Blasco (E.)—¡Pobres hijos! comedia en tres actos, en prosa. En 4.°, 54 págs.: 2 pesetas.

Blasco Ibáñez (V.)—La cencerrada (novela). En 12.°, 95 págs.: 75 céntimos.

Bonafoux (L.)—París al día. En 8.°, 301 págs.: 3 pesetas.

Butrón (E. J.)—La gente de mar; obra póstuma. *Tomo primero*. En 4.°, 345 págs.: 5 pesetas.

Caamaño (A.)—Tiempo revuelto; casi revista en un acto. En 4.°, 45 págs.: 1 peseta.

Carmena y Millán (L.)—Lances de capa; artículos y versos taurinos. En 8.°, 379 págs.: 4 pesetas.

Castillejo (C. de).—Diálogo sobre las mujeres; sermón de amores. En 12.°, 166 págs.: 50 céntimos.

Biblioteca Universal, tomo 89.

Cazabán (A.)—Los tristes; versos. En 8.°, 95 págs.: 2 pesetas.

Columela.—Ganadería. En 8.°, VII-160 págs.: 2 pesetas.

Coya (B.)—Adiós á Cuba. (Recuerdos de un cubano). En 8.°, 271 páginas: 2 pesetas.

Cruz (L. de la).—Nuevo descubrimiento del río Marañón, llamado

de las Amazonas. En 8.°, 132 páginas: 2 pesetas.

Chust del Rey (E.)—Tiempo ocioso; colección de cuadros y bocetos. En 8.°, 65 págs.: 75 céntimos.

Delgado (S.)—El galope de los siglos; humorada satírico-fantástica en un acto. En 4.°, 49 páginas: 1 peseta.

Domínguez Berrueta (J.)—Música nueva; ensayo de regeneración de la escala de los sonidos. En 8.°, 47 págs.: 1 peseta.

Dumas (A.)—Un lance de amor. En 8.°, 135 págs.: 50 céntimos.

Echávarri (Dr.)—Estudios sobre los efectos morales del tabaco. En 8.°, 55 págs.: 1 peseta.

Fernández de Landa y Asurmendi (A.)—El tesoro de la juventud; libro de lectura de educación moral. En 8.°, 125 págs.: 1 peseta.

García de la Cruz (V.)—Discurso leído en la Universidad Central. En 4.° mayor, 63 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Tema: Estructura y morfología interna de las nubes atmosféricas.

Granés, Alvarez y Paso.—Los presupuestos de Villapierde. En 4.°, 44 págs.: 1 peseta.

Hartzenbusch (L.)—Bibliografía de Hartzenbusch, formada por su hijo. En 4.°, XII-452 págs., con láminas: 10 pesetas.

Tirada de 500 ejemplares.

Heiberg (J. L.), Drachmann (H.), Tavastsjerna (Karl A.), Hamson (Knut) y Ola Hansson.—Novelas Danesas y Escandinovas. En 4.°, 139 págs.: 3 pesetas.

Hernández (P. A.)—Oración fúnebre. En 4.° mayor, 26 págs.

Jiménez (J. R.)—Almas de violeta. En 8.° mayor, 53 págs.: 2,50 pesetas.

—Ninfeas. En 8.° mayor, 116 páginas: 5 pesetas.

Jordi Arránz (P.)—Flores y amor; poesías. En 8.°, x-78 págs.: 1,50 pesetas.

Juegos florales. Estudio histórico filosófico del arte lírico dramático. En 12.°, 10 págs.: 50 céntimos.

Larbaletrier (A.)—Manual del jardinero. Las flores, caracteres, variedades, cultivo práctico, enemigos y enfermedades, usos y propiedades. En 8.°, 144 págs., con grabados: 1,50 pesetas.

—Plantas de monte, plantas arbustivas y herbáceas, plantas arbóreas, árboles maderables, fructíferos y otros. En 8.°, 160 páginas con grabados: 1,50 pesetas.

—Manual práctico de la cría del ganado. En 8.°, 164 págs.: 1,50 pesetas.

López (V. F.)—Homenaje á Toledo con motivo de la traslación de los restos de Garcilaso de la Vega. En 8.°, 14 págs.: 1 peseta.

López Monís (A.) y Sánchez Gerona (J.)—El sombrero hongo; juguete cómico en un acto. En 4.°, 30 págs.: 1 peseta.

Lulio (R.)—Las virtudes, máximas. En 12.°, 176 págs.: 1 peseta.

Marinas y Sanchís (L.) y Arrate y Gosálbez (V. de).—Catecismo del soldado. En 8.°, 98 págs.: 1 peseta.

Márquez Sterling (M.)—Esbozos. En 12.°, 95 págs.: 2 pesetas.

Martínez Sierra (G.)—Flores de escarcha, versos. En 8.°, 69 páginas: 1 peseta.

Mendizábal y Martínez (I.)—Manual del practicante. En 4.°, 288 páginas con grabados: 4 pesetas.

Navarro y Ledesma (F.)—Lecciones de literatura explicadas en

el Instituto de San Isidro de esta corte. *Primera parte:* Preceptiva general. En 4.°, 199 págs.: 6 pesetas.

Peña (R. A. de la).—Obras de don Rafael Angel de la Peña, Secretario perpetuo de la Academia Mejicana y miembro correspondiente de la Española. Discursos. —Artículos literarios.—Ensayos de crítica, etc. México, Impr. de V. Agüeros. 1900. En 8.°, XVIII-478 págs. y retrato: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos; tomo 30.

Pereyra (A.) y Fernández Gómez (F.)—Guía ilustrada de Buenos Aires para el viajero en la República Argentina. En 8.°, VII-351 páginas, mapas, grabados y anuncios: 5 pesetas.

Pérez García (J.)—Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile en su descubrimiento, conquista, gobierno, población, predicación evangélica, erección de catedrales y pacificación. En 4.° mayor, 2 tomos, XXII-511 y 496 págs.: 30 pesetas.

Pérez R. Mínguez (F.)—El catalanismo. En 4.°, 44 págs.: 1 peseta.

Puyol y Alonso (J.)—Ley de 30 de Enero de 1900 acerca de los accidentes del trabajo, y Reglamento para su aplicación de 28 de Julio de 1900, anotados y concordados. En 8.°, 45 págs.: 1 peseta.

Rodríguez García (L.)—Conferencias populares. El tiro nacional como elemento indispensable de educación del ciudadano. En 4.°, 40 págs.: 50 céntimos.

Rubín é Isern (L.) — Apéndice al diccionario de la Guardia civil. En 4.°, 88 págs.: 1,25 pesetas.

Sanz (E.)—Estudio del nuevo Reglamento para instrucción de la caballería. En 4.°, 64 págs.: 1 peseta.

Soldevilla (F.)—Juez y reo; drama en tres actos y en prosa. En 4.°, 69 págs.: 2 pesetas.

Torras Lanzas (P.)—Relación descriptiva de los mapas, planos, etcétera, de México y Floridas, existentes en el Archivo general de Indias. *Tomo primero.* En 8.°, 223 págs.: 5 pesetas.

Urbano (R. A.)—Girones; poesías. En 12.°, XXII-158 págs.: 2 pesetas.

Ureña y Smenjaud (R. de) — Las ediciones de los Fueros y observancias del Reino de Aragón anteriores á la compilación de 1547. En 4.°, 40 págs. y un facsímile: 2 pesetas.

Vila y de la Vega (E. D.) — Manual para maquinistas. En 12.°, 80 páginas: 1,50 pesetas.

Villafáfila Hernández (E.)—Vibraciones; poesías. En 12.°, 87 páginas: 1 peseta.

Vives (J. L.)—La verdadera sabiduría. En 12.°, 160 págs.: 1 pta.

Waliszeuski (K.) — Historia de la literatura rusa. En 4.°, 444 páginas: 9 pesetas.

INDICE

Págs.

Los placeres en China, por el General Tcheng-Ki-Tong..... 5

Discursos á la Nación alemana, por Juan T. Fichte..... 35

Dominación y guerras de España en los Países Bajos, por Francisco Barado..... 67

Poetas americanos: A María Guerrero, comedianta española, por Enrique Fernández Granados.—*Á España*, por Numa Pompilio Llona.—*Brindis aúreo*, por J. Manuel Díaz Mirón.—*¿Qué es poesía?*, por Salvador Díaz Mirón..... 96

Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana..... 100

El Discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo, por P. Dorado..... 128

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 149

Revista Hispanoamericana, por Iob..... 158

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 175

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 202

Obras nuevas..... 205

españa moderna

AÑO 12. NUM. 144.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ORSO

Días de fiesta y de alegría son los últimos del otoño para la villa Anaheim en la California meridional: la vendimia ha terminado, y la villa, llena de trabajadores, presenta un aspecto tan pintoresco que no puede ser fácilmente retratado ni siquiera por un pintor. Mejicanos é indios de la raza cahuilla bajan de los montes de San Bernardo, situados en el corazón de aquella comarca, para ganarse un pedazo de pan. Tanto los unos como los otros se establecen en las plazas, donde pernoctan bajo las tiendas ó bajo el riente cielo de California.

Anaheim es un lindo lugar que se alza entre eucaliptus, ricinos y pimenteras; y cuando en él repercuten los alegres ecos de las fiestas y de la feria, ofrece un contraste extraño con la apacible y triste calma del desierto, que comienza muy cerca, inmediatamente después de las viñas, para perderse allá lejos, en el espacio infinito.

Por la tarde, cuando el sol declina esparciendo haces de luz sobre las olas del mar y por el cielo enrojecido, mientras revolotean los patos y pelícanos salvajes, y las cigüeñas regresan en bandadas á las montañas, enciéndense las hogueras y empieza la algazara.

Los negros cantan acompañándose con los timbales; óyense redobles de tambores en torno de las fogatas; los mejicanos bailan el bolero sobre alfombras extendidas, y los indios, te-

niendo entre los dientes cañitas blancas, tratan de imitar el movimiento, gritando y alborotando.

Las hogueras, alimentadas por la leña, esparcen por el aire, entre alegres chisporroteos, vivas llamaradas que iluminan con reflejos dorados los rostros de los que reclaman con insistencia su puesto en la fiesta: alrededor se sientan los colonos con sus hijos y mujeres, como espectadores del baile y la alegría.

Pero cuando la fiesta alcanza su mayor intensidad es el día en que, bajo los pies del indio, concluye de ser triturado el último grano de uva: entonces llega el circo del Sr. Hirch, de los Angeles, alemán de nacimiento, poseedor de un gran patrimonio de monos, jaguares, leones, y dueño de un elefante y de algún viejo papagayo venido á menos por estrago de los años *(¡the greatest attraction of the World!)*

Los habitantes de Cahuilla no son avaros y se desprenden gustosos de la úllima peseta que se libró de convertirse en vino, no para admirar algún animal salvaje, al que pueden ver en libertad en sus desiertos, sino para aplaudir á los artistas, un atleta y dos clowns, y á todas las demás maravillas del circo, que son consideradas por los indios como prodigios de magia realizados por los espíritus y propios de seres sobrenaturales.

La llegada del circo hace que acudan no solamente los habitantes de las colonias y haciendas próximas, sino también los de ciudades limítrofes como Westminster, Orange y Los Nietos, que se reunen con tal motivo en Anaheim.

En tales ocasiones, la calle de «Pomeranza» es un continuo ir y venir de vehículos grandes y pequeños, hasta el punto de hacerse imposible el andar á pie. Las jóvenes y graciosas *misses* pasan en coche, riendo y charlando, al galope de sus caballos. Las *señoritas* (1) españolas lanzan miradas apasionadas al través de sus velillos, mientras que las señoras de

(1) En castellano en el original.

las comarcas vecinas circulan orgullosamente del brazo de sus maridos, bronceados por el sol, cuyo único adorno consiste en los cabellos ralos y en ciertas camisetas de lana, sujetas por corchetes, y sin corbata.

Toda esta gente se saluda al pasar con frases corteses, y después se mira de reojo si es *very fashionable,* criticándose recíprocamente.

Por entre los carruajes de las señoras, engalanados con flores, circulan, cabalgando, jóvenes de cabellos largos, que, desde lo alto de sus sillas mejicanas, dirigen ojeadas á las muchachas. Los caballos, medio salvajes todavía, avanzan entre aquella insólita batahola, y dando resoplidos, con las narices dilatadas, tratan de abrirse paso, pero la firme mano del jinete los contiene sin gran esfuerzo y refrena sus impaciencias.

Todos hablan de la *greatest attraction* y del programa del espectáculo, que ha de aventajar en lujo y amenidad á todas las anteriores representaciones; innumerables prospectos anuncian verdaderas maravillas. «El director Hirsch en persona, provisto solamente de su látigo, se defenderá de los ataques del más fiero león del Sahara; pero ese látigo, en manos del gran domador, punzará como una hoja de acero, brillará como una antorcha, y, retumbando como el trueno, dominará á la bestia enfurecida, la cual habrá de someterse dócilmente á la voluntad del amo.» No es esto todo. «Un joven de diez y seis años, llamado Orso, el *Hércules americano,* hijo de un blanco y de una india, llevará seis hombres, tres en cada brazo, y la dirección concederá un premio de cien dollars á quien logre vencerle en la lucha, sea un blanco ó sea un negro.»

Se dice que de los montes de San Bernardo ha venido expresamente un tal Gryzli-Killer, célebre matador de osos, para medir sus fuerzas con el atleta; lo pintan como hombre de extraordinario valor, y se cuenta que él solo, armado de cuchillo y hacha, sabe afrontar y matar al oso gris de California. Se confía en su victoria, y se sueña con la gloria y el honor que ha de proporcionar al país al mismo tiempo.

Otro número del programa despierta la curiosidad y excita las caprichosas cabecitas de la población femenina de Anaheim. Orso, el incomparable atleta, llevará en la punta de un palo, de treinta pies de altura, á la pequeña Jenny. La reputa el programa por la muchacha más hermosa que se haya visto desde la venida de Cristo hasta nuestros días, «una maravilla del mundo.» Jenny, á pesar de sus trece años, es la bella entre las bellas, y se entregará un premio de cien dollars á la joven, de cualquier raza que sea, que pueda rivalizar con la citada.

Al leerlo, las *misses* de Anaheim, altas y bajas, jóvenes y viejas, fruncen el ceño despreciativamente: no se sienten halagadas en manera alguna, y encuentran que sería muy poco «ladylike» (propio de señoras), tomar parte en semejante concurso. Pero no se puede faltar á la representación; la muchacha portento debe ser vista, porque ninguna de las señoras que pasean por las calles de Anaheim cree en tal belleza, la cual, seguramente, no podrá sostener la comparación con las hermanas Bimpa.

Estas, entre tanto, Refugio, la mayor, y Mercedes, la menor, pasean en su *buggy*, leen con negligencia el programa y parece que no se fijan en que todas las miradas de Anaheim se dirigen hacia ellas, para que salven con el prestigio de su belleza el honor amenazado de California.

¡Y en verdad que son bellas! No en balde corre por sus venas la pura sangre de Castilla. Flexibles y elegantes, sus movimientos rebosan gracia y evocan impresiones de extraños deseos.

Son tan bellas como encantadoras; las líneas de su rostro son purísimas; la piel es transparente y matizada por un color rosado que recuerda la transparencia de la aurora. Las cejas son largas y negras como los ojos á los que sirven de corona, y la mirada límpida é infantil está llena de ternura. Con sus muselinas perfumadas, pasean en su *buggy*, ornado de flores, sin reparar en que todo Anaheim las contempla con admira-

ción. ¿Cómo será, pues, aquella Jenny para poder superarlas? Cierto es que la *Saturday Weekly Review* ha escrito: «Cuando la pequeña Jenny se apoya en la punta del palo que Orso sostiene, y extiende los brazos con peligro de la vida para simular la mariposa, reina en el Circo un silencio profundo, y no solamente se fijan en ella todas las miradas de los espectadores, sino también todos los corazones, los cuales siguen con atención llena de ansiedad los movimientos de aquella niña maravillosa. Quien la vea, aunque no sea más que una vez, en el espacio ó sobre aquel palo ó corriendo á caballo, no la olvida ya, porque ni el mismo Mister Harwey de San Francisco, el primer pintor del mundo, que ha decorado el Hotel Palacio, podría reproducir tan maravilloso modelo.

La juventud poco crédula de Anaheim, y enamorada de las perfecciones de las hermanas Bi mpa, asegura que todo esto es farsa: pero de todos modos, la representación de la noche habrá de comprobarlo.

La multitud aumenta sin ce sar en torno del Circo: dentro, al otro lado de la tela, resuenan los rugidos del león y los de otras fieras. En la parte de afuera los papagayos lanzan gritos estridentes, y los monos hacen piruetas y juegan con el público, el cual está contenido á cierta distancia por una cuerda que da vuelta al edificio.

Por último, he aquí que sale por la puerta principal un gran cortejo destinado á seguir excitando la curiosidad del público. Los hombres deberán quedar petrificados ante tanta maravilla, así lo ha dicho y así lo quiere el señor director Hirsch.

Abre la marcha una carroza de extraordinaria magnificencia, tirada por seis caballos empenachados; los cocheros visten como los postillones franceses. Sobre las carrozas van las jaulas de los leones, y sentadas, una á cada lado, dos *ladies*, con un ramo de oliva en la mano. Inmediatamente detrás viene el elefante, sobre cuyo lomo, cubierto con un tapete, se alza una torre erizada de puntas. Oyense sones de trompa, redobles de

tambor, chasquidos de látigo, y dominándolo todo, los rugidos de las fieras; en suma, se trata de todo el cortejo que avanza con el mayor fausto. Pero todavía no está satisfecho el director, y lo hace seguir de una enorme máquina provista de un tubo, que pone en movimiento un instrumento musical que, entre bufidos de vapor, emite nuevos y extraños sonidos. Es una música infernal, y el himno nacional *Yankee Doodle,* resuena entre el entusiasmo de la multitud, enmedio de exclamaciones y gritos ensordecedores. Los americanos prorrumpen en *hurrahs*, los alemanes en *hochs*, los mejicanos en «vivas» y los indígenas aullan y chillan, como animales salvajes picados por insectos.

La muchedumbre marcha en pos del cortejo, y la plaza donde se halla el circo se queda desierta y tranquila; los papagayos cesan de chillar y los monos de moverse.

The greatest attraction no forma parte del cortejo: ni el domador incomparable con su látigo, ni Orso, el luchador famoso, ni Jenny, la *Diosa del Aire*, se dejan ver aún; se presentarán como maravillas en la representación de la noche.

Mientras tanto, el director lo inspecciona todo, enfadándose y rabiando por cualquier cosa.

Orso y Jenny ensayan en el circo. Bajo el gran techo de lona reina una calma y una obscuridad profunda: allá, en el fondo, donde los asientos tocan con el techo, la carencia de luces absoluta; la parte menos sombría es la pista, en aquellos puntos en que las aberturas del telón dejan pasar la claridad. En la penumbra, al lado de un trapecio, se vislumbra un caballo: en las proximidades no se ve á nadie. El animal, de ancha grupa, parece aburrirse, y con la cola espanta lentamente á las moscas, mientras menea la cabeza en todas direcciones, tanto como se lo permiten las bridas. En cuanto la vista se ha habituado á la obscuridad, se ven otros objetos: la percha de Jenny caída en la arena, y aquí y allí algunos aros de papel de colores destinados á los saltos, todo en gran desorden, así que el local parece una casa abandonada ha largo

tiempo por sus moradores, en la cual están cerradas las maderas de las ventanas. Las banquetas, semi-iluminadas por aquella luz blanquecina, y hacinadas en montón unas sobre otras, parecen escombros de ruinas; y ni el caballo, que en este momento tiene la cabeza baja, logra dar vida á semejante soledad. Sin embargo, el sol, pasando al través de un intersticio de la lona, ilumina un grupo: Orso y Jenny. El primero está sentado más en alto que la segunda, la cual apoya su bellísima cabecita en el hombro de aquél, le rodea el cuello con los brazos, y le mira al rostro fijamente: Jenny escucha con profunda atención lo que Orso le dice inclinándose suavemente.

Al verlos tan estrechamente enlazados se les hubiera creido dos enamorados, si la piernecilla de la damita, cuyo pie no llega al suelo, no se moviese de manera harto infantil, y si su rostro, con los ojos muy fijos en los de su compañero, no revelase en vez de amor, una atención profunda.

Jenny es aún una niña, pero tan bella, que ni el mismo señor Harvey de San Francisco soñó jamás con una igual, en su fantasía de artista y de pintor. Jenny tiene cara de angelillo, y sus azules ojos miran con dulzura, intensamente, con expresión llena de ingenuidad; las cejas dibujan un arco perfecto en la frente blanca y purísima, sobre la cual descienden en ondas caprichosas los cabellos rubios.

La jovencilla evoca la imagen de una Margarita ó de una Cenicienta: hay en ella algo que expresa timidez, temor, necesidad inconsciente de una fuerza que la proteja. Es una figura ideal en un circo de saltimbanquis. Lleva por toda gala una faldita recamada de estrellas de plata, tan corta que deja ver las rodillas, y un jubón de color de rosa.

El sol en su marcha llega á iluminarla; y en este momento, bañada así por los rayos de oro, linda y delicada, ofrece un contraste más fuerte aún con las formas vigorosas y robustas de Orso.

El joven viste mallas de color de carne, lo que hace que

desde lejos parezca que está desnudo. El sol que alumbra á la niña ilumina también las espaldas del mozo, que son anchas y desproporcionadas; el pecho tiene excesivo desarrollo, y las piernas son cortas en relación al busto. Los vigorosos miembros carecen de gracia: Orso tiene todas las cualidades de un atleta de circo, y es todo en él tan excesivo que parece una caricatura. Es feo. Cuando levanta la cabeza, deja ver las líneas regulares de su rostro, demasiado regulares tal vez, pero duras como trazadas en hielo. La frente es pequeña; los cabellos negros como el ébano, hirsutos, probablemente una herencia de la madre, caen hasta la nariz y dan á todo el rostro una expresión sombría, casi amenazadora. Tiene algo del búfalo y del oso juntamente: da la impresión de una fuerza extraordinaria, pero mala. Y de hecho no es bueno. Hasta los animales parece que lo conocen, pues los caballos cuando Jenny pasa cerca de ellos, vuelven la cabeza, la miran con sus ojos inteligentes y relinchan de placer como si le preguntaran: «*¿How do you do, darling?*» (¿Cómo estás, querida?), y en cambio, cuando pasa Orso, tiemblan amedrentados. Es de un carácter tétrito y sombrío. Los negros del señor Hirsch, que cuidan de los caballos y hacen de clowns y de comparsas, le odian, y no dejan pasar ocasión de demostrarle todo su desprecio, por ser mestizo. El señor Hirsch, que en verdad no arriesga gran cosa ofreciendo cien dollars á quien logre vencer á Orso en la lucha, le desprecia, pero le teme, y á modo del domador que contiene á las fieras, le pega á cada momento. Y lo hace con lógica, porque el bueno del señor Hirsch piensa que, si no le pegara, Orso le pegaría á él, y es además de parecer que, si el zurrarle es un castigo, el no tocarle es ya una recompensa. Sin embargo, de algún tiempo á esta parte el pobre atleta está algo cambiado: á saber, desde que conoció á Jenny y la amó con toda su alma.

Un año antes Orso, que estaba encargado de limpiar las jaulas, fue herido por un jaguar que le dió un zarpazo al través de los barrotes. El atleta, entonces, penetró en la jaula y

entabló una lucha, de la que resultó él con vida y muerta la fiera. Pero Orso salió bastante mal librado, y los maliciosos murmuraron que no contribuyeron poco los golpes que recibió del director Hirsch, furioso por la muerte de la fiera.

Durante la enfermedad de Orso, Jenny estuvo siempre á su lado; y á falta de medicamentos le curó las heridas con vendas y agua pura, empleando los mometos de libertad en leerle la Biblia, ese *santo libro* que, hablando sólo de amor, de piedad y de perdón, era completamente desconocido del señor Hirsch y de todo aquel mundo de farsantes y saltimbanquis. Jenny lo había heredado de su madre y lo llevaba siempre consigo; y Orso á fuerza de dar vueltas á su cerebro rudo de indio para comprenderlo, escuchando atentamente, había llegado al convencimiento de que él no sería tan malo, si la vida del circo se acomodase á lo que enseñaba aquel «buen libro». «Si fuese así—pensaba,—no me hubieran pegado constantemente, y tal vez alguno me hubiese querido bien. Pero aquí nadie me ama, ni el señor Hirsch, ni los negros ciertamente; tan sólo quizá la pequeña Jenny.» Y la voz de la niña resonaba en sus oídos, dulce como una melodía.

Así fue como una noche, llorando amargamente, le besó las manecitas, y empezó á amarla con todo su corazón.

En adelante, cuando Jenny se agarraba al caballo lanzado á todo galope por la pista, el seguía con ansiedad todos los movimientos, sonriéndole y animándola cuando le ponía el aro para los saltos. Y después, mientras la paseaba sostenida en la punta del palo, al compás de la canción «¡Ah! la muerte está cerca», palidecía de terror. Y es que sabía perfectamente que si aquella pequeñuela se cayera, no habría ya nadie en el circo que le recordara el «buen libro»; y su angustia era tan viva y tan visible, que trascendía á los espectadores. Y cuando, en unión de Jenny, volvía á la pista llamado por los aplausos, la empujaba adelante para que recibiera los honores del triunfo, gruñendo de satisfacción cuando eran más entusiastas los aplausos que á ella se dirigían.

Así, taciturno como era, no hablaba más que con ella, y le abría todo su corazón. Lleno de desprecio hacia la gente del circo y hacia el señor Hirsch, que se parecían harto poco á los hombres del «santo libro», se inclinaba inconscientemente á soñar con la soledad, con la vida en los bosques y en los desiertos. Cuando el circo pasaba en sus peregrinaciones por los campos y lugares inhabitados, sentía despertarse en él los instintos de la Naturaleza, como lobo que, nacido en una jaula, le ponen en libertad en los bosques por la primera vez.

Entonces refería á Jenny sus deseos y le enseñaba la vida del desierto, que en parte adivinaba y de la cual había oído hablar alguna vez á los indios, cuando venían al circo para ofrecer al señor Hirsch las fieras capturadas ó para medir sus fuerzas en la lucha.

La pequeñuela escuchaba atenta con los ojos fijos en los de él. ¡Oh! ¡le agradaría tanto seguirle al desierto: pasaría el tiempo de una manera tan alegre, siempre á la ventura y cuidándose todos los días de hallar un nuevo albergue!

De esta suerte, sentados juntos, iluminados por un rayo de sol, charlan en vez de ensayar nuevas cabriolas: el caballo continúa aburriéndose solo enmedio del circo.

La pequeñuela Jenny, apoyada en el hombro de Orso, con los ojazos muy abiertos, piensa; en su cabecita bullen las imágenes de aquella nueva vida; de cuando en cuando hace alguna pregunta; finalmente, quiere saber cómo se vive en aquellos lugares.

—Hay bosques, árboles—responde Orso—se cortan con el hacha y se construye una cabaña.

—Well (bien),—dice Jenny, ¿Pero, y entre tanto?

—Siempre hace calor allí—replica Orso con dulzura.—Gryzli-Killer dice que siempre hace calor.

Las piernas de Jenny se mueven más aprisa, como en señal de satisfacción; está contenta porque hace calor. Después se pone pensativa. En el circo es dueña de un perro y de una gata, propiedad exclusiva suya. Les llama «señor perro» y

«señora gata», y desearía estar también segura de su suerte.

—¿Pueden venir con nosotros el «señor perro» y «la señora gata?»—preguntó.

—Ciertamente—responde Orso, gruñendo de satisfacción. Y llevaremos también el «santo libro»—añadió con mayor contento aún.

—Well—dice la niña.—Y la «señora gata» cogerá pájaros, y «el señor perro» ladrará cuando vea alguno que quiera hacer daño; tú serás el marido, yo la mujer, y aquellos nuestros pequeños.

Orso es tan dichoso que no puede articular una palabra, y Jenny continúa diciendo: ¡Y dejaremos de ver al Sr. Hirsch, y también el circo, y no trabajaremos! Sin embargo—añadió después de un momento:—el «santo libro» dice que el hombre debe trabajar; y así yo trataré de saltar por dos, tres ó cuatro aros para no olvidarlo.

Jenny no ha concebido jamás que pueda haber otro «trabajo» distinto del que representa hacer ejercicios en la cuerda ó en el trapecio. ¡Pobre niña!

Como jamás ha pensado en los peligros á que se expone diariamente, puesto que á ellos se ha acostumbrado con los años, no tiene la más remota idea de los sufrimientos que á muchos cuesta un pedazo de pan. Tras unos instantes de silencio preguntó:

—Dime, Orso, ¿y yo permaneceré siempre contigo?

—Desde luego, monina mía, porque te quiero mucho.—Y su rostro se pone tan radiante, que casi parece hermoso.

Ni él mismo sabe siquiera todo el amor que experimenta hacia la rubia niña: es el afecto del perro al amo; solamente ella existe para él en el mundo.

—¡Chiquita mía!—exclama después de un momento.—Escúchame, todavía tengo que decirte algo.

Jenny, que se había levantado y se dirigía ya hacia el caballo, vuelve y se arrodilla ante Orso: teme que se le escape la menor palabra de aquel, en cuyas piernas apoya los codos, y

con el rostro sostenido por las manecitas, se dispone á escucharle atentamente.

Precisamente en este momento entró en el circo el director con el látigo en la mano, y muy furioso porque no le ha salido bien el ensayo con el león.

La fiera, debilitada por los años, que casi la han dejado sin melena, y no pidiendo otra cosa sino que la dejen en paz, no ha querido aceptar la lucha en manera alguna. Refugiándose en un ángulo de la jaula para escapar al látigo, no ha vuelto á menearse de su sitio. ¿Cómo va á ser posible lucirse luego en la representación si se mantiene en aquel estado de docilidad desesperante?

El mal humor del señor Hirsch ha subido de punto al saber que la mayor parte de los indígenas se ha bebido todo el dinero. El negro que está encargado de la taquilla ha manifestado que aquellos se agolpan en torno del despacho en demanda de billetes; pero que en lugar de dinero ofrecen prendas de vestir, mantas viejas y raídas en su mayoría. Tal carencia de dinero causa la desesperación del director, que había contado con la venta de todas las localidades; desearía en estos momentos reunir en montón á todos los indígenas, y dar una representación de latigazos sobre los lomos de aquellos á la vista de todo Anaheim. Lleno de ira entra en el circo, y lo primero que salta á su vista es el caballo inmóvil, completamente ocioso al lado del trapecio.

«¿Y Orso y Jenny?» se pregunta: se pone una mano sobre los ojos á manera de pantalla para resguardarse de la luz que le hiere de frente, y dirige una mirada escrutadora al fondo del Circo. Al fin descubre á Orso y á Jenny, que apoyada en las rodillas del atleta le escucha con atención. Ante semejante espectáculo queda casi paralizado por la rabia, se le cae el látigo, y...

—¡Orso!—exclama furibundo.

El estampido del trueno retumbando en el Circo no hubiera aterrorizado más á los dos pobres muchachos. Orso se pone

en pie y acude con la rapidez del perro llamado por la voz del amo, seguido de cerca por la pequeña Jenny, que corre con los ojos extraviados y agarrándose á los bancos para no caerse.

Cuando Orso llega al medio del Circo, junto al trapecio, se detiene silencioso al encontrarse fuera de las tinieblas. Ahora que está en plena luz, se ve lo colosal de su busto hercúleo, erguido sobre piernas demasiado cortas.

—Más cerca, ruge el director, mientras con afectada calma traza líneas en la arena con la punta del látigo, como tigre que agita la cola antes de lanzarse sobre su presa. Orso da algunos pasos hacia adelante, y el domador hace otro tanto; frente á frente, amo y esclavo, se miran con fijeza como si quisieran medir sus fuerzas. El señor Hirsch ofrece verdaderamente el aspecto del domador que, una vez franqueado el umbral de la jaula, se dispone á comenzar la lucha con la fiera. Quisiera apoderarse de ella, pero la sigue en todos sus movimientos con la mirada, pues la desprecia, pero la teme. Por fin, la rabia que ha estado contenida domina á todas las demás sensaciones. Sus piernas, metidas en los pantalones de cuero, se agitan nerviosamente, y toda la ira acumulada por tantos motivos apréstase á estallar contra aquellos dos pobres seres, cuyo ocio no es la única causa del descontento.

Allí, entre los bancos, permanece Jenny, sola, temblando de miedo, como el cabrito que presencia los topetazos de dos búfalos.

—¡Canalla!—ruge el director; y el látigo, después de describir un gran arco, cae rudamente sobre el joven con la rapidez del relámpago. Orso no exhala un quejido, y, erguido, avanza con altivez; pero al primer golpe siguen tres, cuatro, diez, crueles, continuos. La representación ha comenzado, con la sola diferencia de que el director, en lugar del león, tiene ante sí al muchacho, al que no cesa de castigar á latigazo limpio, que repercuten en el silencio desconsolador del circo.

Ya por dos veces, la bolita de plomo que lleva el látigo ha

hecho que la sangre brote en las espaldas de Orso; pero éste permanece mudo, y continúa avanzando pausadamente, á medida que el director retrocede.

Se conduce el último como el domador que busca la salida de la jaula y se apresura á desaparecer en cuanto encuentra la portezuela secreta. Pero de repente se para: se ha fijado en Jenny.

—¡Pronto, arriba!—exclama.—¡A caballo! Después arreglaremos cuentas.

No bien se oyó esta voz, cuando voló por los aires la blanca faldita de Jenny, y, con rara habilidad y desenvoltura, saltó la niña sobre la silla del caballo. El director desapareció tras el telón, y el animal comenzó á galopar en torno de la pista.

—¡Hop, hop!—gritaba la débil vocecita de Jenny.

—¡Hop, hop!—y el grito resonaba en los aires como un sollozo reprimido. El caballo corría cada vez más; oíase el eco de los cascos golpeando en la arena, tendía el cuello y se inclinaba hacia un lado. La pequeñuela, con los piececitos juntos, parecía apenas tocar la silla. Con los brazos desnudos y rosados, que agitaba con movimientos regulares para conservar el equilibrio, con los cabellos y los pliegues de la falda agitados por el viento, parecía un pajarillo que volara por los aires.

—¡Hop, hop!—gritó una vez más, pero después se echó á llorar; y las lágrimas, contenidas hasta entonces á duras penas, corrieron por las mejillas, ofuscándole la vista y obligándole á inclinar la cabeza para poder ver. El movimiento del caballo, que seguía corriendo, la mareaba; la pista, los telones y todo el circo, comenzaron á girar ante sus ojos. Vaciló una vez, dos, y al fin cayó en los brazos de Orso, que la había seguido con atención en todos sus inseguros movimientos.

—¡Orso! ¡Pobre Orso!—exclamó la niña, sollozando.

—¿Qué te pasa, chiquita mía?—murmuró el joven.—¿Por qué lloras? ¡No te pongas así! ¡Si no me duele; no, no me duele!

Jenny le echó los brazos al cuello y le besó en las mejillas. Todo su cuerpecito temblaba en las convulsiones de los sollozos: no podía tenerse; había sufrido demasiado.

—¡Orso, Orso!—eran las únicas palabras que podía articular, mientras le enlazaba con sus brazos. Y seguía repitiendo aquel nombre, y lloraba como si le hubieran pegado á ella.

Por fin, á fuerza de caricias, Orso consiguió calmarla, y, olvidándose del propio dolor, la estrechó contra su corazón: por la primera vez, en la inmensa excitación de sus nervios, comprendía que la amaba, no con el afecto del perro, ¡oh, no!, sino de una manera muy distinta.

Respiraba anhelosamente.

— No sufro ningún dolor cuando estás conmigo... — balbuceó al fin trémulo, — me encuentro bien... ¡Jenny..., querida Jenny!

Entretanto el director, lleno de rabia, andaba de un lado á otro por las cuadras. Su corazón estaba atarazado por los celos. Comenzaba á estar apasionado por Jenny; la había visto de rodillas ante Orso, y, como era vicioso, no le cabía duda de que existían relaciones amorosas entre los dos muchachos. Experimentaba el deseo de pegarle bárbaramente; le era imposible resistir; necesitaba vengarse. Pasados unos instantes la llamó.

La niña se apartó más que de prisa de los brazos de Orso, y desapareció por el obscuro pasadizo de las cuadras, mientras que el joven, una vez solo, acercó un banco y se arrojó en él, contraído por el dolor.

Entre tanto Jenny había penetrado en las cuadras; pero al pronto no vió á nadie, pues en aquel lugar la obscuridad era más densa que en el circo. Andaba despacio, sobrecogida por el terror; después, temiendo que su tardanza irritase aun más al amo:

—Aquí estoy, — dijo, hablando lentamente, — estoy aquí.

En este instante se sintió coger fuertemente por la mano del director, el cual le decía con voz ronca:

—¡Ven!

Si el director hubiera gritado ó blasfemado, la niña no se hubiese aterrado tanto como ante ese silencio inesperado. La condujo, empujándola, á un local que servía de guardarropa en el circo.

Jenny trataba de librarse repitiendo:

— Señor Hirsch. Mi querido, mi buen señor Hirsch, déjeme, no volveré á ser pere...

Iba á decir perezosa; pero el director no la dejó concluir; la metió á viva fuerza en un cuarto, donde se guardaban los trajes de los artistas, y cerró la puerta por dentro. La niña entonces se puso de rodillas, juntó las manos, y, temblando como la hoja de un árbol, imploró perdón. Pero el director permaneció impasible, cogió después un látigo que colgaba de un clavo, agarró aquel pobre cuerpecillo por la cintura, lo echó sobre un montón de ropa colocado en una mesa, sujetó con una mano los piececillos que se defendían, y... resonó el primer golpe.

— ¡Orso, Orso! — gritó la niña.

En aquel momento la puerta sacudida retembló sobre sus goznes, se oyó un crujido como de planchas que se desgajan, y al través de la brecha apareció Orso. Se escapó el látigo de la mano del director, el cual se puso blanco como la cera. El aspecto de Orso era terrible. Con los ojos inyectados en sangre, con la bocaza arrojando baba, con la cabeza echada hacia adelante, recordaba al búfalo que se apresta á la lucha.

—¡Fuera! —rugió el director, tratando de ocultar el terror que le invadía con un último esfuerzo de severidad.

Pero la rabia de Orso había hecho explosión. En este momento no había freno que contuviese al que en toda otra ocasión conservara la docilidad del perro. Se inclinó aún más y alargó hacia el director el brazo musculoso con la mano abierta.

—¡Socorro, socorro!—exclamó Hirsch.

Oyéronse los gritos.

Cuatro negros gigantescos aparecieron en la puerta, y se arrojaron sobre el atleta.

Entonces se entabló una lucha terrible, que el director seguía con ansia, castañeteándole medrosamente los dientes. Durante unos segundos, no se vió más que un hacinamiento de cuerpos y de miembros que se agitaban, rechazándose y entrechocándose. Después, un silencio profundo no interrumpido más que por un rumor anheloso de gemidos y de lamentos.

Luego se vió á un negro, levantado en alto, agitarse con los brazos abiertos en el espacio, y caer pesadamente, con un ruido seco, al lado del director; al primero siguió otro, y por último, á Orso, que apretaba entre sus musculosas piernas á los otros dos negros, lleno de sangre, con los cabellos descompuestos, más fiero y más terrible que nunca. Después nuevos golpes, nuevos apretones, y los dos negros yacieron también por tierra sin sentido. Entonces Orso se enderezó, y avanzó tranquilo hacia el director.

Este cerró los ojos antes de que el atleta se le hubiera aproximado..... Un segundo después, se sintió levantado; sus pies se agitaban en el vacío, alguien le lanzaba lejos..... luego nada; pegó en la puerta con la cabeza y perdió el conocimiento.

Orso se enjugó el sudor, se aproximó á Jenny y le dijo sencillamente:

—¡Vamos!

La cogió de la mano, y la condujo afuera.

La ciudad seguía de fiesta, y el pueblo continuaba yendo en pos del gran cortejo del circo, acompañando con rugidos de alegría la canción *Yankee Doodle*. Por eso no se veía á nadie en torno de la barraca: sólo los papagayos y los monos jugando con la cola, se pusieron á chillar desaforadamente á la vista de Orso y de Jenny que, cogidos de la mano, se alejaban más que de prisa, sin dirección, deseosos de libertad, hacia el desierto infinito. Pasando silenciosos ante las casas som-

breadas por los eucaliptus, llegaron al límite de la villa, saltaron un foso, atravesaron un bosquecillo de naranjos, y se encontraron entre matorrales de cactus. Allí comenzaba el desierto.

Hasta donde podía alcanzar la mirada, se extendían zarzas y matorrales que hacían difícil el camino, y desgarraban la mísera faldita de Jenny; á veces los cactus se erguían tan altos, que casi formaban una intrincada selva; pero hasta allí nadie se hubiera lanzado á buscarles. Entonces buscaban por uno y otro lado alguna salida, pero siempre avanzando, adelante, lejos de la ciudad, de las tristezas y de los dolores sufridos. Allí donde las plantas eran más bajas, podían descubrirse los montes de San Bernardo con reflejos azulados. El calor era sofocante: las anchas hojas de los cactus parecían doblegarse bajo el peso del bochorno, y las flores languidecían en sus tallos. Los pajarillos piaban entre los matorrales, y la tierra, bajo los ígneos rayos del sol, se abría resquebrajándose.

Con la cabeza baja, pensativos, los dos muchachos continuaban avanzando: todo cuanto les rodeaba era nuevo para ellos, y abandonándose á aquellas primitivas impresiones, se olvidaban de la lucha de hacía pocos minutos, y hasta de su cansancio.

Jenny miraba en derredor con inquietud, escuchaba y sólo de cuando en cuando se aventuraba á preguntar á su compañero con voz que parecía un susurro:

—¿Es este el desierto?

Y el desierto no era mudo: se oía el gorjeo de los pájaros, el zumbido de los insectos; y todos los diversos rumores de los menudos habitantes de los matorrales, eran nuevos á los oidos de Jenny.

Aquí y allí veíase una banda de perdices que alzaba el vuelo, una negra ardilla que corría á ocultarse en su manida, liebres y conejos que asustados por el eco de los pasos, se escapaban, apresuradamente, á sus madrigueras, mientras que, en cambio, algunos topos tranquilamente acomodados ante sus

cuevas con las patas levantadas miraban maravillados, como honrados burgueses sentados ante sus casas.

Tras un breve descanso, los dos niños se pusieron nuevamente en marcha: Jenny tenía sed, y Orso, que había heredado de su madre la habilidad y el ingenio del indio, conseguía satisfacerla con los frutos de cactus, que crecían de una manera maravillosa al lado de las flores. Cierto es que al cogerlos se pinchaba con las espinas largas y punzantes; pero esto parecía servir para que les fuesen más apetitosos, y aquel sabor agridulce les quitaba la sed y les satisfacía; el desierto les protegía como una madre amorosa, y ya menos estenuados podían proseguir su camino. Llegados á un montículo poco elevado echaron una mirada en rededor; las casas y las cabañas de Anaheim aparecían en lontananza tan bajas y pequeñas, que presentaban el aspecto de un hormiguero ó de un matorral de cactus. Del circo ni siquiera trazas.

Siguieron caminando aún algunas horas hacia los montes que ya se dibujaban más distintamente en el horizonte: también cambiaba de aspecto la Naturaleza. Tras los matorrales se sucedían los arbustos y aquí y allí se alzaba también algún árbol. Los dos jóvenes penetraron en la parte más espesa del bosque, dirigiéndose hacia Santa Ana. Orso arrancó una rama de un árbol, le quitó las hojas y se hizo un bastón que, en caso de necesidad, podía convertirse, en sus manos, en una arma terrible. Se lo había sugerido el instinto indio, especialmente ahora que el sol iba á desaparecer. Antes de sepultarse en el Océano, el astro del día hizo que Anaheim apareciese como un enorme globo de fuego. Algunos minutos después desapareció todo aquel esplendor y no quedaron más que algunos reflejos de oro, esparciéndose como brillantes meteoros por el cielo de turquesa.

Entre aquellos resplandores, los montes parecían más altos, y los matorrales de cactus presentaban en el crepúsculo el aspecto de hombres y de fieras.

Sin embargo, Jenny empezaba á sentirse cansada; tenía

sueño, pero continuaba avanzando valerosamente hacia los montes de un modo casi inconsciente.

Más adelante notaron humedad y á poco hallaron un manantial del que brotaba agua fresquísima; ambos bebieron con avidez y prosiguieron su camino siguiendo el curso del riachuelo. La senda por la que marchaban era estrecha. Se habían extinguido todos los resplandores, en derredor la obscuridad era absoluta. Las lianas, entrelazándose, cubrían el camino con un toldo de verdura, y de toda aquella lujuriante vegetación brotaban rumores indistintos y ruidos misteriosos.

Orso comprendió que debían hallarse en un lugar donde tenían su guarida las fieras y las aves de rapiña; se oía con claridad el aullido del lobo cervero y el del jaguar.

—¿Tienes miedo, chiquita mía?—dijo.

—No—respondió Jenny.

Pero estaba demasiado cansada y no podía andar más.

Orso la cogió en brazos: le sostenía la esperanza de encontrar algún hogar ó algún campamento de mejicanos. A cada momento le parecía ver fijos en él los brillantes ojos de una fiera. Entonces estrechaba á Jenny, que se había ya dormido, contra su pecho, y blandía el bastón, pronto al combate. Pero poco á poco se sentía invadido por el cansancio; á pesar de sus fuerzas prodigiosas, Jenny le pesaba cada vez más, y con mayor motivo por llevarla en el brazo izquierdo con objeto de tener el derecho libre para la defensa. Respiraba anhelosamente, á menudo veíase obligado á detenerse para cobrar alientos, le tambaleaban las piernas amenazándole con no poder continuar. Y sin embargo, andaba, seguía andando, ante el temor de sentarse y de dormirse; pues en tal caso hubiera tenido la seguridad de ser devorado, en unión de Jenny, por alguna fiera. De repente se detuvo; le parecía escuchar el tintineo seco de una campanilla que los pastores cuelgan durante la noche á los corderos y á las cabras para que no se descarríen.

Se puso en marcha con nuevos bríos, corriendo, hasta que llegó al fin al sendero donde el riachuelo torcía, dirigiéndose por ancho camino; el son que creyó oir confusamente lo percibía ahora con claridad; no tardó en oir hasta el ladrido del perro. Ya no había duda, debía encontrarse cerca de una choza de pastores. Y ya era tiempo, porque las fuerzas, después de tantas fatigas, le abandonaban.

A los pocos pasos divisó una luz: llegó á poder distinguir los objetos. A corta distancia ardía una hoguera, y cerca había un perro que ladraba furioso, sujeto por la cadena á una estaca; por último, vió también á un hombre apoyado en una piedra.

¡Oh! ¡Si se pareciese á los del «santo libro» de Jenny! Y se decidió á despertar á la niña.

—Querida, despiértate—dijo—ahora tenemos que comer.

—¿Qué pasa?—preguntó ella medio dormida.—¿Dónde estamos, Orso?

—En el desierto—replicó él.

Jenny se despertó por completo.

—¿Qué es aquella luz?

—Allí hay un hombre y nos dará de comer.

¡Qué hambriento estaba el pobre Orso!

Entre tanto se habían acercado á la hoguera: el perro ladraba cada vez con más furia, y el hombre se había puesto una mano ante los ojos para ver.

—¿Quién va?—preguntó.

—Somos nosotros—respondió Jenny con su débil vocesita—y tenemos mucha hambre.

—Acercaos—replicó el viejo.

Avanzaron hasta llegar al círculo iluminado por el resplandor del fuego, y el aspecto de aquella niña le pareció al viejo tan extraño y maravilloso, que la miró estúpidamente y se puso en pie exclamando:

—*¿What is that?* (¿qué es esto?)

Lo que veía debía ser tan nuevo para un pobre habitante

de aquellas desiertas regiones, que justificaba todo su estupor.

Orso y Jenny llevaban puestos sus trajes de saltimbanquis.

La niña, con la faldilla corta, aparecía á la rojiza luz de aquella hoguera como la fantasía de un sueño, bellísima; detrás de ella, Orso, grande, desproporcionado, con las mallas de color de carne que daban mayor relieve á los músculos, y que ofrecía con la delicada niña un extraño contraste.

El viejo continuaba mirando con los ojos muy abiertos.

—Pero, ¿quiénes sois, pues?—preguntó al fin completamente maravillado.

Jenny comprendió en seguida que le tocaba responder en lugar de Orso, por ser más avispada, y dijo de un tirón:

—Venimos del circo, querido señor; el Sr. Hirsch ha pegado mucho al pobre Orso, y después quería pegarme á mí también: ciertamente, Orso no podía permitirlo, y entonces ha derribado al Sr. Hirsch y á cuatro negros por añadidura, y después hemos huído al desierto, y hemos caminado mucho por los campos de cactus. Después, yo me he dormido, y Orso me llevó en brazos, y hemos llegado aquí, y tenemos mucha hambre.

El rostro del viejo pastor pareció iluminarse, y sus ojos simpáticos se posaron benignamente sobre los recién venidos. Acarició paternalmente los cabellos de la niña que le había referido en tan pocas palabras sus sufrimientos y los de su compañero; después le preguntó:

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Jenny—respondió ella, ya tranquilizada.

—Pues bien, Jenny, que seas bien venida—exclamó,—y también tú, Orso. En raras ocasiones veo hombres; acércate más, Jenny.

La niña no dió lugar á que se lo dijesen dos veces: rodeó con sus bracitos el cuello del anciano y le besó de corazón. Se le había aparecido como un hombre del «santo libro».

—¿Y el Sr. Hirsch no nos vendrá á coger aquí?—exclamó después—retirándose de pronto, despavorida.

—Antes hallaría una paja—respondió el viejo;—luego añadió:—¿No has dicho que teníais hambre?

—¡Oh, mucha!

Entonces el pastor se dirigió hacia la hoguera, buscó entre la ceniza, y retiró una hermosa pierna de ciervo, cuyo perfume se esparció en rededor: al punto los tres se pusieron á comer.

La noche era espléndida, brillaba la luna en el cielo y el fuego chisporroteaba alegre. Orso gruñía de placer, y comía con Jenny ávidamente, mientras que el viejo había dejado de comer; mirando á Jenny, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Tal vez había tenido una hija que lo abandonó para lanzarse al mundo, en tanto que él apenas veía hombres... tal vez había encontrado en Jenny una semejanza extraña... con una nietecilla querida, muerta hacía tiempo.

***

Y desde aquella noche los tres vivieron siempre juntos.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

LOS PLACERES EN CHINA

(CONCLUSIÓN)

JUEGOS DE HABILIDAD

LA PRESTIDIGITACIÓN

En China no tenemos teatros del género de Robert-Houdin. Así pues, el prestidigitador ha de trabajar siempre en las plazas públicas, como aquellos colegas suyos que vemos en París, en la feria de Neuilly. Cuando alguna familia da una fiesta, invita frecuentemente á un prestidigitador para que vaya á dar variedad con sus habilidades, siempre aplaudidas.

El acróbata, al mismo tiempo, cumple á maravilla con sus dos oficios. Es realmente estupenda la proverbial destreza de nuestros artistas en el citado género. Ábrese, en general, la sesión con ejercicios acrobáticos; después de haberse tragado sables, de hacer juegos malabares con pesas y realizar otros ejercicios del mismo género, el acróbata se transforma en mago. Se despoja de su túnica, la echa al suelo y pide á los espectadores que le digan el objeto que desean ver aparecer.

Se elige, como es natural, algo difícil, y el brujo comienza por hacer con los dedos extraños signos. En seguida se acerca á la túnica, le murmura en voz baja misteriosas palabras, la magnetiza con pases singulares, y, he aquí, que de repente la túnica se eleva y se alza paulatinamente; por fin, su dueño retira aquel telón movible y se ven aparecer, ya platos hu-

meantes, ya una gran vasija llena de agua en la que se agitan pececillos.

Yo he visto lo que jamás he acertado á explicarme, pero uno de mis amigos me ha referido cosas más estupendas.

Un día, en una de dichas fiestas, solicitó un prestidigitador del auditorio que designase lo que deseaba ver aparecer. Alguien pidió una calabaza. Al punto, el brujo hizo ademán de decir que la cosa era imposible con arreglo á la estación, pero ante las instancias del público, concluyó por ceder. En seguida cogió una pepita de calabaza y la puso en el suelo; después hizo acostar á su hijo, niño de cuatro ó cinco años, y le clavó un cuchillo en el cuello, como se sangra á una bestia. El mago recogió la sangre en una vasija y regó el lugar en donde acababa de plantar la pepita. Cubrió después el cadáver del niño y colocó una campana de madera en el suelo humedecido. Algudos minutos después, se vió á la semilla hender el suelo, germinar apresuradamente y florecer. Cayó la flor, apareció la calabaza y creció con extraordinaria rapidez. Cuando estuvo madura, el mago la arrancó del tallo, la presentó al público é hizo la cuestación. Después alzó el cobertor, bajo el que había colocado el cadáver, y el niño se levantó radiante, y, por supuesto, sin la menor herida. Y todo esto fue ejecutado con sorprendente limpieza.

Otro amigo mío, que volvía de Pekín, me dijo que había presenciado cosas más extraordinarias aún. Un día, después de terminados los concursos literarios, reuniéronse los candidatos para organizar algunas fiestas, é hicieron venir á una compañía de prestidigitadores. El director, después de varios juegos, preguntó á la sociedad si podía serle agradable ejecutando algo extraño: «¡Un melocotón!» exclamaron. Era el mes de Marzo, época en que aún no se había quebrantado el hielo, sobre todo en el Norte de China. «¡Un melocotón!» Esa es la única fruta que no es posible obtener, respondió el director. En esta estación no hay melocotones sino en los jardines del Paraíso.

—Hacedlos venir, puesto que tenéis el poder mágico.

Después de haber presentado algunas dificultades concluyó por acceder. Trenzó un rollo de cinta que arrojó al aire, y se vió surgir una escala, que se remontó á prodigiosa altura en el espacio. Un niño, al que colocó en los primeros tramos, trepó por ella con la agilidad de un mono y desapareció entre las nubes. Transcurridos algunos minutos, cayó del cielo un melocotón y en seguida otro. El mago los dividió y los presentó al público; eran verdaderamente melocotones. Todavía no se había deshecho el fruto en la boca de los asistentes cuando cayó al suelo otro objeto, tan redondo como los melocotones. ¡Horror! Era la cabeza del niño; vinieron después los brazos, las piernas y, por fin, el tronco. El brujo, llorando, recogió estos restos, y dijo que la concurrencia era la culpable de aquella muerte por sus exigencias imposibles; que los guardianes del Paraíso habían tomado al niño por un ladrón y le habían hecho pedazos. La asistencia, conmovida y entristecida por tan doloroso espectáculo, creyó realmente que había cometido un homicidio con sus exigencias, y deseó rescatar su involuntaria falta por medio de una suscripción generosa. Mientras tanto, el mago metió en la caja que siempre le acompañaba los miembros de su hijo. Cuando recibió el importe de la suscripción, abrió de nuevo la caja y dijo:

—Ven, hijo mío, á dar gracias á estos señores.—El pequeñuelo gozaba de buena salud.

Para terminar el capítulo, voy á referir una escena de ventriloquia.

Ocurrió en una comida dada por un señor que se aburría mucho de ordinario: en ausencia de sus amigos, los mullidos cojines le parecían pelotas de agujas, y corazas las adornadas paredes. Hacía versos para distraerse. En cuanto llamaban á su puerta, ya estaba invitando á comer al visitante sin preguntarle siquiera su nombre.

Aquel día, en la mesa donde se reunían convidados improvisados, desconocidos todos entre sí, se trataba de saber cuál

era el sonido más agradable. Uno de los asistentes dijo: «El ruído de la lanzadera cuando teje, ó bien el de una lectura hecha por un niño.»

—No, no; es demasiado serio—dijo el anfitrión.

—Entonces el relincho de los caballos, ó un concierto de mujeres.

—No—dijo otro—es demasiado ruidoso.

—El ruído del ajedrez, jugado por damas.

—Tampoco; es demasiado monótono.

Un cuarto convidado vaciaba tranquilamente su vaso y guardaba silencio.

—Díganos, pues, vuestro parecer—le dijeron los demás.

—No tengo parecer que daros, pero os diré los sonidos que he escuchado en Pekin. Me parecen superiores á todos los demás, y eran producidos por un ventríloco. Estaba sentado tras un biombo, y allí no había más que una silla, una mesa, un abanico y una regla. Golpeó con la regla sobre la mesa para imponer silencio y todos se callaron.

De repente se oyó el ladrido de un perro, después el movimiento de una mujer, que, despertada por el bullicioso animal, sacudía á su marido para decirle ternezas. Creíase ya que se iba á asistir á una escena íntima entre los dos esposos, cuando vino á interrumpir aquellas expansiones el llanto de un niño. La mujer dió el pecho al pequeñuelo, que, mamando y todo, continuaba llorando; su madre trató de consolarle y después se levantó para mudarse. Otro niño mayorcito se despierta en otra cama, haciendo ruído; el padre le regaña; el pequeño sigue llorando sin dejar el pecho; la madre le mece.

De repente, el marido, la mujer y los niños se acuestan y se duermen. El marido ronca, la madre da golpecitos al niño cada vez menos fuertes; se oye el correteo de un ratón que tropieza contra un cacharro y lo tira; la mujer, dormida, tose. Oyense gritos ¡fuego, fuego! Ha sido el ratón que tiró la lamparilla y prendió fuego á las cortinas. El marido y la mujer gritan; los niños lloran; acuden miles de personas que vocife-

ran; millares de niños lloran; los perros ladran; las paredes se derrumban; se escuchan detonaciones; se cree asistir á una desbandada general. Llegan los bomberos, el agua corre á torrentes y silba contra el fuego. Había tanta realidad, que los asistentes se disponían á huir creyendo habérselas con un verdadero incendio, cuando se oyó un segundo golpe de la regla contra la mesa, y al espantoso tumulto sucedió el silencio más absoluto. Todos se precipitaron tras el biombo: allí no había más que el ventriloco, la mesa, la silla y la regla.

LA EVOCACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

Aparte de sus placeres habituales, y para darles variedad, algunas personas que creen en los espíritus encuentran el medio de evocarlos. En todos los templos, y delante de cada uno de los dioses, se puede ver una caja de forma cilíndrica, que encierra una porción de toñas numeradas. Cuando se desea conocer el porvenir se va al templo, se queman cirios é incienso, y se arrodilla uno ante el dios con la caja en las manos; se formula en voz baja la pregunta, á la que ha de responder el dios, y en seguida se sacude suavemente la caja hasta que salga una toña por la abertura, se la recoge y se la coloca ante el dios; se cogen después dos hemisferios; la parte plana es *cruz*, la convexa *cara*; se tiran al suelo, y si dan cruz es que sí, y si cara que no, en cuyo caso no sirve la toña y hay que empezar de nuevo.

Cuando el resultado es bueno, se va, con el número de la toña, en busca del guardián del templo para que enseñe el número correspondiente, que está impreso y contiene versos y enigmas, y de esta suerte se conjetura el porvenir que le está reservado á uno. Algunas veces se presentan coincidencias sorprendentes, pero á menudo se presentan respuestas que no tienen significación posible.

Otras veces se pega un papel sobre un plato, de manera

que quede bien adherido; un sacerdote taoista, al que se ha llamado previamente, comienza por hacer sobre el plato misteriosos signos, y después, con un rollo largo de papel fino, frota el papel del plato, hasta que se empiece á arrugar el último por diferentes lados. Las partes de plato que van quedando al descubierto ofrecen toda suerte de formas y de escenas. Con este procedimiento se llegan á descubrir las cosas ocultas. ¿Ha habido un robo? Pues el plato reconstituirá toda la escena, con el retrato del ladrón, cómoda manera de llevar á cabo con poco trabajo las instrucciones del sumario. Además, el culpable puede recibir al punto el condigno castigo, y ¡qué castigo! Con una aguja se pinchan los ojos del ladrón, que queda ciego inmediatamente..... en el plato.

También hay algunos sonámbulos inspirados y lúcidos. Se duermen, desciende el espíritu sobre ellos, se yerguen y comienzan á anunciar infinidad de cosas futuras; también curan las enfermedades. Mientras están hipnotizados, se les puede punzar sin que experimenten ningún dolor; caminan, sin quemarse, sobre carbones encendidos.

Tampoco carecemos de dioses escritores. Se toma un plato bastante grande, sobre el que se echa arena; después se hace un compás de madera y se pasean las dos puntas por la arena, las cuales escribirán frases, sentencias, versos y acrósticos.

Se evoca el espíritu de los letrados que murieron, y se les ruega que asistan á la ceremonia y escriban versos suyos.

Citaremos una de esas escenas.

El compás, después de moverse un poco, anunció la llegada de un dios letrado, y en seguida se puso á escribir esta cuarteta:

Cubre el crepúsculo la mitad de las montañas.
Los pájaros, cansados, regresan al ruido;
La cigüeña, impulsada por los céfiros azules,
Desciende del espacio, al través de las nubes.

Escribió después una diosa:

Los lejanos montes se dibujan á la luz del ocaso; unas veces brillantes, otras sombríos.

El sonido de las campanas parece hender la aurora boreal.

Mi existencia es semejante á esa ligera nube que en un instante franquea los mil LIRIOS

Lo que me permite contemplar diez mil montañas en un momento.

La diosa reclamó á su vez las poesías de los asistentes á la escena para alabarlas ó criticarlas, según su mérito; todos se apresuraron á quemarlas para presentárselas.

De pronto, llegó una amiga de la diosa; se llamaba Siax-Ling, es decir, *Loto tierno,* la cual escribió por su cuenta:

Ayer noche, la brillante nieve y el helado cierzo cortaban como unas tijeras.

Abrí mi puerta para contemplar la perspectiva.

Ví que el ciruelo había aumentado el número de sus flores.

Preguntamos, entonces, si había mucho que hacer en el cielo en aquella época del año.

—No—respondió ella en seguida;—todos los días se parecen. Unicamente el primero de año tenemos una gran recepción en la morada del Soberano Señor.

—¿Ayunan los dioses?

—Nuestro amo, antes de convertirse en genio, se abstenía ya del arroz. Una vez inmortal, cesó de alimentarse en absoluto. En cuanto á los alimentos de los dioses, se componen de carne de venado, hígado de dragón, flores de las montañas, frutas del Paraíso, etc.

—¿Es verdad que, además del Paraíso, hay un infierno?

—El paraiso y el infierno están en la conciencia de los mortales; uno representa el bien y el otro el mal.

Este cambio de preguntas y respuestas se producía con tanta facilidad como en una conversación de amigos. Y las palabras se sucedían con más rapidez que en las mesas giratorias de los espiritistas.

Juego tan atractivo, se prolongó hasta una hora muy avanzada de la noche.

Las creencias y el aparato con que se presentan tales esce-

nas son semejantes en todas partes: lo que difiere, es la manera de pensar y de hablar.

Y el lenguaje siempre elevado que se usa en esas reuniones, es una de las principales causas del favor que las dispensan los letrados.

FRENOLOGÍA Y QUIROMANCIA

En ningún país ha estado nunca tan extendida, como en China, la creencia en los frenólogos y quirománticos. Según esos hombres de ciencia, todos los signos del rostro ó del cuerpo tienen su significación; por lo tanto, como tal particularidad que figura en vuestro ojo izquierdo puede ser contrarrestada, en todo ó en parte, por tal otra, propia de vuestra mejilla derecha, existe una serie de cálculos y combinaciones para llegar á establecer con seguridad el dignóstico de un individuo dado.

Cuando uno se presenta ante esos adivinos, empiezan por examinarle el rostro, después las manos, y, por último, todo el cuerpo, como hace un médico con un enfermo. Terminada esta inspección, hacen andar al paciente con su paso ordinario, lo que constituye otro elemento de su combinación, pues, según ellos, los diferentes actos de la vida son igualmente significativos; comer muy lentamente, tener evacuaciones muy rápidas, sueño pesado y pereza en vestirse, constituyen otros tantos enojosos pronósticos.

La frente sombría, es señal de duelo por un pariente cercano.

La cara larga, en cuerpo corto, anuncia á un hombre de vida tranquila y reposada.

La cabeza hundida entre los hombros y el vientre abultado, denuncia á un hombre vil.

Las orejas largas, de lóbulo redondeado, indican con seguridad la presencia de un estadista. Las orejas grandes y re-

plegadas hacia adelante, implican una vida penosa y agitada. El famoso Lao-Tse, fundador de la religión taoista, tenía orejas de de siete pulgadas de longitud.

Las cejas tupidas y enmarañadas, advierten que su poseedor será rico en hermanos y hermanas. Si las cejas son más largas que los ojos, señal de letrados.

Los ojos encarnados denotan gentes sanguinarias. Lunar negro cerca de un ojo, persona destinada á llorar.

La nariz ha de ser grande y gruesa, pues entonces es la «Fuente de las Montañas», el «Pozo del Diablo», el «Lago de os Genios» ó la «Torre del alma».

Todo esto es así, porque la nariz está considerada como la facción principal de la cara, y porque muchos de nuestros soberanos, Fu-Hi-U y Han-Kao-Tsu sobre todo, tuvieron grandes narices. El último gozaba además de poblada barba, tenía rostro de dragón, y poseía, bajo la cadera izquierda, setenta y dos respigones negros.

Otro Emperador, Weng-Uang, tuvo cuatro tetillas.

Como se ve, también se cultiva entre nosotros la teratología.

A todos estos personajes, así como á Lao-Tze, les predijeron desde niños sus altos destinos.

La barba erizada es señal de hombre astuto. Larga, indica una vida larga también. La barba negra caracterizó á un General, y un sacerdote budhista estaba predestinado á alcanzar una gran fortuna, á causa de su barba, que le descendía más abajo de las rodillas.

Boca grande encuentra siempre que comer. Lunar negro en la comisura de los labios predica buena pitanza. El hombre astuto y falaz, tiene los labios finos y plegados: los labios rojos, indican una buena cuna. Igual significación tienen los dientes blancos é iguales, y si son fuertes, anuncian una vejez prematura. La lengua perezosa es la del orador.

La voz ruda y los ojos de avispa, pertenecen á gentes sin piedad ni sentimientos.

La mano ofrece un gran número de signos; poco más ó menos, los de la quiromancia europea. No insistiré, pues, y romperé la monotonía de esta descripción con algunas anécdotas.

Un letrado, Tao-Kan, tenia una línea de felicidad que se prolongaba sin borrarse, desde la muñeca hasta la primera falange del dedo medio. Le dijeron que si acertaba á prolongarla, podía esperar los mayores honores. Se contentó con darse un pinchazo y escribir con la sangre que brotó la palabra «duque».

Y, en efecto, llegó á ser Duque.

Otro, llamado Li-Kon, fue á consultar un día con un frenólogo, el cual le dijo que tenía los temporales muy pronunciados prolongándose detrás de la nuca y que, por consiguiente, alcanzaría honores. La profecía se realizó, en efecto.

Un Prefecto de Ho-Nan, llamado Tcheon, encontró á un frenólogo, que le habló de esta suerte: «Dentro de tres años seréis noble, dentro de ocho Ministro y Generalísimo, y un año después, moriréis de hambre.» El Prefecto se rió mucho, y dijo que si llegaba á puestos tan elevados, no podría morirse de hambre. Pero el frenólogo insistió en que tal era su destino, al cual no podía sustraerse, puesto que las venillas, que de ordinario se dirigen verticalmente hacia la boca, ofrecían en él una dirección horizontal. Y todo se cumplió al pie de la letra: después de ser Ministro y General en Jefe, el Prefecto, que incurrió en desgracia, hubo de retirarse y murió de una enfermedad que le impedía tomar ningún alimento.

El Duque Onang-King-Tche, cuya madre era frenóloga, vino al mundo con una envoltura de color de violeta. Poco después, le crecieron bajo los sobacos dos senos muy largos. La madre predijo el brillante porvenir de su hijo, y el tiempo demostró que no se había engañado.

A la madre de la Emperatriz Won-Hao, de la dinastía de los Thang, le predijeron que tendría un hijo que reinaría. Como era una simple burguesa, no dió crédito al anuncio.

Tuvo una hija que mostró al frenólogo, diciéndole que era un niño. El adivino hizo que anduviese la criatura, y dijo: «Si es un niño, llegará á ser Emperador.» En efecto, la muchacha llegó á ser Emperatriz, y á la muerte de su marido le sucedió en el trono. Es una de las dos únicas Emperatrices que hayan reinado en China.

Un Emperador de la dinastía de los Tching, no tenía hijos. Hizo venir á un frenólogo para que le indicase cuál de las señoritas del Palacio podría darle herederos. El frenólogo eligió una que había de responder á los deseos del Emperador; pero —añadió—la madre será comida por un tigre.

Después de haber gozado de los favores del Emperador, la joven le dió un hijo. Cumplida esta primera parte del anuncio, se pensó en la segunda. Nadie veía tigres por ninguna parte, ni señal de que los hubiese. Trajeron un dibujo que representaba un tigre, para conocer al animal que había de ser tan funesto á la Emperatriz, la cual, queriendo destruir á su enemigo, golpeó la estampa con tal fuerza que se hirió: se declaró la gangrena en el brazo y murió.

Un hombre, de treinta años de edad, llevaba ya perdidos á dos hermanos suyos. La madre, temiendo también por él, se dirigió á un frenólogo, al que preguntó si su último hijo correría la suerte de sus hermanos. El adivino mostró deseos de acostarse cerca del joven para examinarle bien.

Mientras dormía, le escuchó atentamente: la respiración del durmiente salía por las orejas. El frenólogo tranquilizó á á la madre. «Vuestro hijo—declaró—vivirá mucho tiempo y será dichoso; pues respira como las tortugas.»

Como es natural, son muchos los charlatanes que hay en dicha profesión. He aquí, para final, un caso cómico.

Un gobernador llamó á un frenólogo, y le dijo que adivinase cuál era la esposa de la autoridad, entre varias damas análogamente ataviadas. Miró el hombre, y no se atrevía á pronunciarse. De repente exclamó: «Aquella que lleva esa nube amarilla que acaba de brotar de su frente, es vuestra esposa.»

Como es natural, todo el mundo se volvió para mirar, y el frenólogo, que de esta manera comprendió quién era la gobernadora, la señaló con su profético dedo.

JUEGOS DIVERSOS

EL TIRO ORIENTAL

Según el *Libro de los Ritos*, en toda comida, el anfitrión debía ofrecer unas flechas á sus invitados, los cuales rehusaban al principio, y concluían por aceptarlas. Entonces colocaba un criado enmedio de la mesa «una vasija de cuello largo y embocadura estrecha», y cada uno de los comensales lanzaba al blanco dos ó cuatro flechas. En las reuniones ricas, tocaba una música cuando un proyectil penetraba en la vasija.

Aquel que lograba hacer blanco con todas las flechas, recibía como regalo un caballo ó un tiro para coches.

Decían los antiguos que en ese ejercicio se mostraba palpablemente el carácter de las personas. Los dardos de los recelosos y perezosos, se desviaban frecuentemente, y los de las personas débiles de carácter no llegaban por lo general al blanco. Acertar una vez y errar dos, indicaba falta de constancia; porque para dar en el blanco, se necesita tener buen ojo y mucho tino, sin pecar por exceso ó por defecto.

También es necesario que el dardo vaya recto y dirigido al medio, cosa que está de acuerdo con los principios de rectitud y moderación.

Creían igualmente los antiguos, que la actividad desplegada en ese juego se parecía á la de la conciencia. Errar el blanco, es como faltar á un deber. Si se reflexiona con prudencia y se lanza uno con tino, se poseen aptitudes para gobernar el Estado.

En dicho juego se pueden también distinguir las personas

honradas de las que no lo son, pues unos ganan sin manifestar orgullo y alegría, y otros hacen trampas.

En suma: antiguamente se juzgaba á los hombres por detalles poco importantes en sí mismos, pero que eran auxiliares poderosos de la verdad. Por esta razón, nuestros antepasados colocaban dicho juego entre los ritos.

EL CANDELERO

Este juego data también de los antiguos tiempos, y consiste en ocultar bajo una campana opaca, de porcelana ó metal, un objeto que ha de adivinar una persona determinada. Los que lo aciertan, no deben decir directamente el nombre del objeto oculto, sino que tienen la obligación de hacer cuatro versos alusivos.

Se oculta, por ejemplo, un lagarto, y dirá una persona ingeniosa:

No es un dragón, puesto que no tiene cuernos;
No es una serpiente, porque tiene pies.
Puede trepar por las paredes: es un lagarto.

En una ocasión se ocultaron tres cosas: un huevo de golondrina, un trozo de panal y una araña.

He aquí las cuartetas que anunciaron el descubrimiento:

Lo primero es una amante de la primavera, que mora en los tejados.
Cuando lo que encierra está formado,
Despliega en seguida sus alas.
Es un huevo de golondrina.
Lo segundo es una casa colocada al revés,
Que tiene multitud de puertas y ventanas.
Allí se conserva el líquido más dulce
Y los habitantes se multiplican.
Es un panal.
Lo tercero se parece á una babosa con largas patas,

Que produce hilos para tejer redes,
Con las que coge sus alimentos:
La noche hace sus delicias.
Es una araña.

Ha habido más hábiles adivinadores, pero sin hacer versos.

Un soberano hizo que pusiesen un pájaro blanco bajo una campana, y ordenó que lo adivinase á uno de sus Ministros. Respondió éste que el Emperador no podía obligarle á que lo adivinase, y, como le preguntaran la razón sonrió y dijo: «Que suelte primero á un pájaro blanco.»

En otra ocasión escondieron una rata. Todo el mundo decía que era una rata, pero uno de los más listos aseguraba que había cuatro. Quitaron la campana, y, en efecto, había cuatro, pues el animal había dado á luz tres crías.

EL VOLANTE

Tenemos volantes hechos de cuatro plumas de ganso, metidas en el cuadrado agujero de una ó dos de nuestras monedas y enlazadas por debajo, con lo que resultan muy elásticos. Las mujeres juegan con palas y los hombres con la punta del pie (como en el *foot-ball* inglés). Se señala la altura que han de alcanzar los volantes y pierde el que no llega á ella. Se emplean también para el mismo juego pelotas de cuero rellenas de algodón.

LAS MONEDAS

Se lanza una moneda contra una pared; el poseedor de la que rebota más lejos vuelve á jugar; tira la moneda á donde quiera, y se conviene en que, para ganar, cada jugador habrá de lanzar su moneda de suerte que llegue á una distancia convenida respecto de la primera. Los que alcanzan esa distancia

ó llegan más cerca aún, ganan; los que quedan lejos, pierden.

Este juego, al que se dedicaban en otros tiempos las damas de la corte, sirve hoy de distracción únicamente á los muchachos, que lo juegan en las calles.

JUEGOS DE AZAR

LOS NAIPES

Nuestros juegos de naipes son más complicados que los de Europa. Obedece, desde luego, al número de cartas: nuestras barajas tienen ciento veinte, subdivididas en cuatro géneros, que corresponden á cuatro colores, y en treinta especies; hay, por lo tanto, cuatro cartas de cada especie, y treinta de cada género.

Se cuentan nueve *cuerdas:* 1.ª, 2.ª, 3.ª..., 9.ª; nueve *pasteles,* nueve *figuras,* un *hombre rojo*, uno *civil* y una *mariposa.*

No hay para qué decir que hay varios juegos de naipes.

1.° — *Esperar la carta.*

Se sientan cinco personas en torno de una mesa, se baraja y se dividen las cartas en ocho montones de quince cada uno. Se echan tres dados y se alzan tres montones, según el orden que indiquen los números de los dados. Se vuelven á echar los dados para saber qué jugador ha de ser el primero en tomar las cartas, y después se turna contando hacia la derecha. Una vez alzados los tres montones, se les coloca en una caja y se vuelve la última carta, la cual corresponde al afortunado poseedor del primer montón. Los otros jugadores cogen entonces sus cartas y las van colocando en pila, por su orden de números y géneros, así: 1.ª, 2.ª, 3.ª. etc., *cuerdas*, *hombres* ó *pasteles;* ó bien, 2.ª *cuerda*, 2.° *hombre,* 2.° *pastel*.

Para ganar se necesita tener una ó varias *cargas*.

Las *cargas* son en número de siete, y se componen de:

I. 1.ª, 2.ª, 3.ª, pasteles;

II. 9.ª hombres, 8.ª cuerdas, mariposa;

III. 8.ª pasteles, 2.ª cuerdas, 2.ª hombres;

IV. 9.ª cuerdas, civil, hombre rojo;

V. 9.ª cuerdas, civil, 9.ª hombres;

VI. 7.ª pasteles, 3.ª cuerdas, 3.ª hombres;

VII. 9.ª pasteles, 1.ª cuerda, 1.ª hombres.

Cuando se cogen las cartas es preciso clasificarlas ya en el orden de cargas. Si no se tienen más que dos de una carga ó de una de las combinaciones de orden, se entrega al vecino de la derecha una carta suelta; si aquél ve que le es útil, la coge y la coloca en lugar de otra, que entrega á su vecino correspondiente; si le es inútil, la deja y coge de la caja la última carta. Se queda con ella y da otra á su vecino, y así sucesivamente.

Cuando uno de los jugadores ha logrado agrupar todas las combinaciones, excepto una, para la que le falta una carta, coloca sobre la mesa la carta 1.ª de una de las cargas, con lo que da á entender que, desde ese momento, puede coger todas las cartas que se saquen de la caja para completar su combinación; si lo consigue ha ganado.

Se cuentan entonces las cargas del ganancioso, y se le paga, según la cantidad que se haya establecido, tanto por carga.

Algunas veces se vuelve la carta que está encima del paquete colocado en la caja; se la llama *oro*, y todos los que tengan una carta igual pueden cambiarla por cualquiera otra que les falte para hacer una carga.

2.°—*La pesca.*

Juegan tres personas.

Se hacen ocho montones de catorce cartas, de las que quedan ocho sobrantes. Los indican los tres paquetes que se han

de meter en la caja. Se cogen al azar dos montones, á los que se unen los ocho naipes restantes.

Otra jugada de dados designa á las personas que han de coger los otros tres montones.

El que tiene el último montón ha de extender sobre la mesa, siguiendo sus números de orden, los dos montones y las ocho cartas sueltas, de manera que todos puedan ver el valor que tienen.

Para recompensarle de su trabajo, el juego concede una ventaja á dicho sujeto; se le da la carta de arriba, de las que están en la caja, con lo que inmediatamente conoce el naipe que ha de esperar.

El que juega primero, *pesca* una carta con la que tiene en la mano, con idea de que tenga el mismo número, sin necesidad de que sea de la misma figura. Los demás jugadores hacen lo mismo alternativamente. Si el montón se agota, es decir, si no contiene el número que os conviene, es señal de qne no pescais, echando en balde... el anzuelo.

Cuando se ha agotado toda la baraja cada cual cuenta el producto de la pesca por *cargas* semejantes á la del juego anterior, excepto las quinta y sexta, que no existen en la pesca. Cada carta vale trece puntos en la carga una, doce en la segunda, once en la tercera, trece en la cuarta y diez en la sétima; fuera de la carga, el naipe no vale más que el número que indica.

3.°—*Picotear.*

Juegan dos personas y se emplea toda la baraja. Cada uno de los dos coge tres cartas y vuelve una para ver quién es el que ha de empezar á *picotear*. El favorecido por la suerte echa una carta en la mesa, y el otro hace lo mismo. Si al que corresponde jugar vé que puede hacer una combinación ó una carga con sus cartas y las que están en mesa, recoge las últimas, y se continúa así tomando del robo tres naipes cada vez,

hasta que termina la baraja. Después se cuentan los puntos como en la *pesca*.

En todos los juegos se puede apostar una cantidad en cada jugada, además de lo que se atraviese en la partida completa.

Tenemos también unos naipes que representan las piezas del ajedrez: el cañón, el coche y el caballo forman una carga; el general, el consejero y el elefante otra, y lo mismo tres cartas iguales.

Se juega del mismo modo que con los otros naipes.

Las cartas chinas son mucho más pequeñas que las que se usan en Europa: tienen, poco más ó menos, dos centímetros de ancho por cinco de largo.

Se inventó la baraja en tiempos de la dinastía de los Han, para distraerse en la soledad, pero hoy constituye un juego de sociedad, hasta en las reuniones donde no se aburre uno.

LA LOTERÍA

Carecemos de lotería oficial, y si no me engaño, no la hemos tenido nunca. No obstante, existe una especie de lotería privada, muy beneficiosa... para el que la organiza.

Cuando un individuo se encuentra momentáneamente en un apuro ó tiene necesidad de dinero, ya para los funerales de un pariente, ya para la boda de un miembro de su familia, ya por fin para ayudar á uno de los suyos á ir al concurro general de la capital, reune á cuarenta ó cincuenta personas amigas y conocidas y les ruega que tomen billetes de lotería. El precio de estos billetes es pagadero por fracciones, á cada tirada. El que primero gana es á su vez el organizador de la lotería, pero la ganancia no es, en realidad, sino un adelanto, un préstamo pagadero á plazos, puesto que en las demás tiradas paga como sus amigos y no puede ganar por segunda vez.

La segunda tirada y las siguientes dan la victoria al que obtiene mayor número de puntos, suministrados por los seis

dados encerrados en una caja, sacudida alternativamente por los jugadores. Estas reuniones, que se verifican por un trimestre ó por un semestre, según lo que se conviene, terminan con una comida pagada por el ganancioso.

Se juega tan lealmente que nadie pierde, pues ninguno puede ganar más de una vez. Nadie puede echar los dados sin haber depositado antes el dinero en la mesa. El que obtiene el número mayor, se lleva toda la jugada, sin comisión ni interés, y salvo deducción de una suma insignificante para saldar el importe de la comida.

En China no se pone el dinero á interés como sucede en todas partes; así, pues, el último que gana no tiene por qué quejarse de la suerte; al contrario.

El uso de esta clase de loterías está muy extendido en la clase media, es decir, entre gentes muy respetables y muy solventes, que no gustan de pedir por temor de crearse obligaciones, y son demasiado altivas para admitir socorros gratuítos. Recurren á la lotería, á un préstamo, cuyo capital ha de ser reembolsado en cierto número de anualidades. En las clases elevadas, no se necesita recurrir á estos medios, y las inferiores no pueden servirse de ellos, porque su solvencia no está suficientemente garantizada. Para estos desheredados de la fortuna, existe felizmente otro género de ayuda.

Se trata, por ejemplo, de un obrero que ha perdido á su padre. Sus compañeros de trabajo hacen inmediatamente una colecta para pagar los gastos del entierro. ¿Ha llegado á la edad de casarse? También se recolecta para atender á sus apremiantes necesidades. ¿Le han aprobado á su hijo en los exámenes? Le envían regalos en especie para que pueda hacer frente á los gastos que ocasione la celebración del suceso.

No hay caja de ahorros ni montepíos oficiales; están reemplazados sencilla y ventajosamente por un compañerismo bien entendido y una perfecta solidaridad entre gentes de igual posición social, que conocen sus recursos mutuos y saben ayudarse entre sí.

Jamás se niegan estos servicios recíprocos: el hombre que goza de la estimación de sus compañeros, puede contar siempre con su concurso en las circunstancias que hemos indicado. Y esta organización tan sencilla, obliga á que todos sean buenos y benévolos para todos, pues nadie está seguro del día de mañana. Se hace por los demás, lo que se quisiera que hicieran por uno. Así también, cuando muere uno de los asociados, su viuda y sus hijos recogen, con la herencia del difunto, los frutos del reconocimiento de sus amigos y obligados.

En el fondo, esto no es más que una forma especial de la caja de ahorros y de los seguros sobre la vida, con la diferencia de que nuestro sistema—por lo mismo que no implica ningún derecho—hace que cada cual sea bueno y compasivo con los otros.

Aparte de esas organizaciones regulares y útiles de la lotería, hay otras irregulares y perjudiciales, las cuales tienen por base el juego nada más. Me refiero, especialmente, á esas *Treinta y seis Bestias* que tanto ruido han hecho últimamente, y quizás menos en Cambodge que en París. Muchas veces se ha descrito la ruleta cambodgiana, que es una importación de origen chino.

En China no se juega con figuras como nuestros vecinos, sino solamente con fichas, que llevan escritos los nombres de las bestias.

Unos cuantos individuos se declaran banqueros sin más formalidades, y numerosos agentes dan á conocer, rápida y discretamente, por la ciudad, la instalación del nuevo establecimiento. Todas las mañanas se iza en la banca, en lo alto de un mástil, un saco, donde se mete al azar una de las treinta y seis fichas. Los jugadores colocan su dinero sobre una de las treinta y seis bestias, y si acierta gana treinta y seis veces la puesta. Hay seis bestias reservadas exclusivamente al banquero. No hay para qué decir que los jugadores pierden casi siempre. La superstición, compañera inseparable de los juegos de azar, no deja de intervenir en éste. Para adivinar el

nombre que ha de salir, colocan la lista ante los dioses ó ante Budha, á los que se ruega designen con una señal cualquiera la bestia que ha de ganar; la ceniza de incienso que caiga en la ficha, la quemadura producida por una chispa de los cirios, constituyen otros tantos indicios para guiar á los jugadores, los cuales, en todos los ámbitos del globo, son siempre infinitamente más cándidos que inteligentes.

Como se ve, el juego de las *treinta y seis bestias* es una especie de ruleta, en la que los números están reemplazados por nombres de animales. Está prohibido, pues aunque no es más que una lotería bajo otra forma, en continuo funcionamiento es muy ruinoso para los que se dejan arrastrar por la pasión. Dicha prohibición hace que ese juego no funcione más que de manera clandestina y poco duradera en el Imperio del Medio. Cuando se coge á los organizadores, se les castiga severamente. Se considera que varios años de prisión no es un castigo excesivo para esos acaparadores de la fortuna pública.

Por el contrario, la lotería de socorros mutuos, organizada por la clase media, está juzgada como obra útil y digna, hasta el punto de que algunas veces, á fin de completar el número de individuos necesarios para constituirla, se puede solicitar el concurso de los funcionarios públicos, los cuales se apresuran á llevar su óbolo á una obra de solidaridad, que sirve á menudo para socorrer miserias, que no escasean, y que en todo tiempo y en todo lugar afligen al pobre género humano.

PLACERES PÚBLICOS

EL TEATRO

Entre nosotros, el teatro es una institución absolutamente privada. No conocemos los teatros subvencionados; pero, en cambio, las personas ricas tienen el teatro en su casa.

En el Norte de China hay teatros públicos, como en Eu-

ropa, donde se dan representaciones regulares de las obras que están en boga, y en donde se tiene la ventaja de poder comer en los palcos ó en los anfiteatros. En las otras comarcas del Imperio no hay más que compañías ambulantes que representan en los templos, en las fondas ó en casas particulares.

En todo templo hay un escenario fijo, y en la fiesta del dios del edificio ó en otras ocasiones solemnes, se dan representaciones.

En tales casos se hace venir á una compañía y elige una obra. Mientras que los organizadores se instalan en dos balcones laterales—especie de proscenios,—el público que no paga entrada se coloca delante y en torno del escenario. Al final de cada acto—por lo general no se representan más que obras en un acto—un cómico, vestido de mujer, presenta, para que elijan los organizadores, una tablilla de marfil, en la que están inscriptos los títulos de todas las obras que constituyen el repertorio de la compañía.

Una representación consta siempre de cinco actos, ó lo que es lo mismo, generalmente, de cinco obras.

En las fiestas con que se celebra el natalicio del Emperador ó el de la Emperatriz, se dan representaciones ante los domicilios de los funcionarios públicos y en la calle misma, lo que constituye un placer para el público, que se divierte sin pagar.

Todos los buenos *restaurants* tienen escenarios, en donde se representa dos ó tres veces por semana.

El público se sienta por grupos de cuatro ó seis personas, junto á mesitas de las que no se ocupan más que tres lados, dejando libre el que da al escenario.

Como las personas que comen en esos lugares son todas de posición acomodada, sucede que los actores bajan para servirles vino y pedirles qué elijan una obra: si la representan bien, el que la ha indicado reparte una gratificación en especies.

Cuando la ejecución es mala ó se canta mal un pasaje, los

espectadores guardan un silencio absoluto, sin dar á conocer sus sentimientos. Jamás se silba. El silencio del auditorio es la mejor lección para los actores. Por el contrario, si al ejecución es buena, todos los espectadores se levantan y gritan: ¡Bien! ¡Bravo! (¡Lao!) Esto demuestra que el pueblo del *Celeste Imperio* es cortés en su desaprobación y pronto al entusiasmo.

Estos detalles permiten preveer, en tesis general, cuál ha de ser la actitud de los chinos en cualquier circunstancia. Nada de críticas directas, de ruidosa desaprobación, de gritos indignados. Basta el silencio: tiene toda la elocuencia de los apóstrofes más acerbos, de las exclamaciones más patéticas... y con el aditamento de la dignidad. Condena sin discusión y sin apelación.

La orquesta, en vez de estar colocada delante del escenario, está detrás y toca siempre sin papeles. Reemplaza á la batuta del director una especie de tamboril sordo y un par de castañuelas de grandes dimensiones; el primero indica el compás y las segundas los cambios de tono. Los actores representan todas las obras de memoria, sin apuntador. Se reirían mucho si vieran á un músico con el papel delante, ó á un señor oculto en una especie de nicho, apuntando á un actor en el momento de entregarse éste á un desbordamiento de gestos apasionados.

Delante del escenario, y sobre dos columnas que dan cara al público, hay generalmente, entre otros adornos, dos carteles con máximas filosóficas.

He aquí una de las más célebres: «Podeis eonsiderar esta representación como verdadera ó como falsa; pero siempre será imagen de la vida y de sus conclusiones.»

Además de estos grandes teatros, tenemos también muñecos, que se manejan por medio de alambres; estos espectáculos del Guiñol constituyen una de las diversiones favoritas de los chinos. El teatro Guiñol permite que las personas de mediana posición y los lugares que no pueden tener otro teatro, se

ofrezcan un espectáculo, que se desarrolla del mismo modo que en las representaciones ordinarias, con su canto y música correspondientes. La única diferencia estriba, en que los actores, en lugar de ser vivos, son de cartón y muy pequeños, en vez de grandes. Poco importa esto en el fondo. La humanidad se da constantemente en espectáculo: podemos desdeñar la talla, el traje ó la substancia de los actores, pues todo esto es engañoso y superficial: la verdad, la grande é inmortal verdad es que nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestras alegrías, nuestros sufrimientos no varían: los mismos siempre, vemos repetirse constantemente, en todos los siglos y bajo todas las latitudes, la eterna comedia humana.

RIÑAS DE ANIMALES

I.—RIÑAS DE GRILLOS

Jamás hemos conocido en China los horribles combates del Circo, que fueron un placer pasajero y son la eterna vergüenza de la antigua Roma. Jamás hemos dado en espectáculo á nuestros refinados, los sangrientos combates del hombre contra el hombre ó contra los animales salvajes, que «hacían las delicias de la joven vestal.» Así es que no hay en nuestro país, ni estatuas de gladiadores moribundos, ni Coliseos, ni esas corridas de toros, que son los últimos vestigios de las trágicas «Circenses» de otras épocas.

Sin embargo, también nosotros tenemos combates de animales, pero se verá que las tales luchas no tienen nada de terrible.

Por de pronto hacemos que se peleen los grillos. ¡Los grillos, sí! Estos modestos moradores de los prados, son combatientes encarnizados. Sus combates, aunque desprovistos de todo aparato, son muy interesantes y la multitud se agolpa para presenciarlos.

Se coge á los grillos y se les prepara cuidadosamente. Cada prisionero tiene por cárcel una jaula de bambú, y su alimentación consiste en granos de arroz y hojas de lechuga.

Después de algunos dias de ese régimen, el cautivo es puesto en libertad... temporal y muy relativa; la salida de la prisión no tiene otro objeto que colocar al nuevo en condiciones de medir sus fuerzas contra un veterano. Se coloca á los dos combatientes en una copa, generalmente de madera, para que no resbalen tanto; se les excita haciéndoles cosquillas en la cabeza con un cabello. Cuando llegan al grado de cólera suficiente, se precipitan violentamente uno sobre otro, y el primer encuentro derriba á uno de los adversarios y decide la victoria.

El vencido se retira confuso y resignado; el vencedor, loco de alegría, bate las alas y celebra su hazaña con penetrantes chirridos.

Cuando, tras varias pruebas se puede juzgar definitivamente de la fuerza de algunos de ellos, se elige á los mejores, los cuales tendrán el honor de figurar como campeones en las riñas públicas, y se cruzarán apuestas con tanta pasión como en Europa en las carreras de caballos. Me apresuro á añadir que en las apuestas no se atraviesa nunca más que por valor de algunos céntimos, con lo que los jugadores pueden dedicarse con frecuencia á su distracción favorita.

II.—RIÑAS DE CODORNICES

Acabamos de asistir á torneos muy inofensivos, pero hay otros que son más serios y en los que salen peor librados los combatientes: me refiero á las riñas de codornices.

Sin embargo, no creais que os vaya á describir epopeyas sangrientas, análogas á las que ofrecen en Inglaterra las riñas de gallos. Las codornices se baten, pero únicamente con las armas que les prestó la Naturaleza. ¡Nada de espolones artificia-

les! ¡Ninguno de esos perfeccionamientos con los que se ha aumentado la natural ferocidad de los reyes del corral! Se prepara á las codornices durante algunos días, hasta que se las considera suficientemente dispuestas.

Llega el momento del combate: sus amos respectivos excitan á las codornices colocadas frente á frente. Por fin se las suelta y se precipitan una contra otra. Después de mucho saltar, correr, perseguirse, esquivarse y demás movimientos propios de los que luchan, se cogen y las plumas vuelan; se entabla un verdadero combate cuerpo á cuerpo, hasta que uno de los dos combatientes se ve obligado á declararse vencido y huye, con las alas caídas, para escapar al pico de su victorioso contrincante.

Como se ve, el espectáculo no es excesivamente cruel, y es más bien una riña que un combate. Los adversarios no se hacen nunca mucho daño, y si hay vencedor y vencido, por lo menos:

«Sabemos matarnos, nadie morirá.»

CONCLUSION

LOS PLACERES DE UN FILÓSOFO

Hay, solamente en China, más filósofos que los que haya quizás en todo el resto del mundo. Para que se comprenda mejor la manera de ser de esos pensadores, que gozan á su modo, voy á hacer hablar á uno de ellos:

«Los trinos de los pájaros y los chillidos de las golondrinas, anuncian la llegada de la primavera: un hermoso día invita á pasear. Hubiera querido responder á ese llamamiento de la Naturaleza, pero mis ocupaciones cotidianas me lo han impedido.

»Ayer he encontrado, en el pabellón de las flores, á un amigo que me censuró por haber faltado á una cita. Respondí:

»—¡Ah! Yo no soy como tú, libre, para hacer lo que me plazca. Vivo en la dependencia de otro, al cual estoy sometido, como un menor de edad á su tutor. ¡Ah! ¡Si supieses la tinta y las plumas que gasto al año! Ante este hermoso tiempo, en el que la Naturaleza renace con nuevo vigor, no hago más que envidiar los placeres de los otros sin poder compartirlos. Pero, en compensación, gozo de un placer mío: el de vivir, en los momentos de asueto, en el seno de mi familia y odeado de los míos.

»Cuando arrimado al hogar bebo vino con mi mujer, con mis hijos sentados en mis rodillas, no tengo más ambiciones, y no creo que los genios del cielo sean más felices que yo. Algunas veces, por variar, vamos á tomar una taza de te en el pabellón, ó á contemplar las flores en el jardín; así, en mi casa abundan por todas partes alegrías que duran y no varían.

»En cuanto á lo que se llama placer, no es más que el resultado de una situación que puede cambiar súbitamente de un día á otro, y que haría que desapareciese todo. Las buenas comidas, los vinos finos, los caballos, los juegos, no son sino metamórfosis instantáneas, si no se tiene una base sólida para hacer que duren siempre: se asemeja todo ello á una hermosa naranja, que no encerrara más que fibras esponjosas y sin gusto. Cuando se apagan los fuegos artificiales, vuelve á reinar la obscuridad, más negra que antes.

»¿Habéis leído la historia de X, que se las daba de ricachón y arrojaba el dinero como puñados de arena? Los amigos se sucedían en su casa, sin interrupción. Sus criados eran más altivos que los grandes señores. Noche y día no se pensaba más que en una cosa: organizar diversiones para el día siguiente. A juzgar por la vida que llevaba, se hubiera dicho que tenía una mina de oro en su morada.

»Pero al cabo de algunos años faltaron los recursos. Sin embargo, no podía variar de género de vida.

»Recurrió al principio á los empréstitos, cerca de amigos

generosos; en seguida, al Monte de piedad. Cuando estuvieron agotados todos los recursos, huyó.

«¡Cuántos manjares exquisitos devoró con aire de satisfacción perfecta! ¡Cuántas mujeres hermosas se enorgullecían de haber sido amigas de él unos instantes! Por todas partes se oía su nombre: en los teatros, en todos los lugares donde se reune el gran mundo. ¡Cuántas modas inventó, solamente con el color y los matices de la seda! ¡Cuántas joyas distribuyó!

»Y todo se hacía con el dinero de los demás, pues las facturas están aún por pagar. ¿Es esto un placer? ¡Evidentemente no!

»En vez de brillar un instante para ser deshonrado eternamente, prefiero, en los momentos de descanso, encender mi perfumatorio en una mesita, ante la cual hablo con los sabios de la antigüedad, por intermedio de los libros. En ellos se encuentran placeres sólidos, muy preferibles á los superficiales. Todo lo que se puede ver y sentir, ha sido escrito ya y... esto no cuesta dinero. En esas páginas admirables, escucho cánticos y músicas, y veo mujeres hermosas. ¿Para qué correr de nuevo al través de un polvo gris, por lugares donde vuestra personalidad desaparece, y en los que solamente el dinero reina como amo incontestable?»

El General Tcheng-Ki-Tong.

POETAS AMERICANOS

MADRE

A Guillermo Camacho.

I

Russa, la más hermosa de la manada,
La cabra preferida de los pastores,
Aquella que se aleja cada alborada
Y se pierde en los vastos alrededores;
La que con sus pequeños y finos cascos
Escala de los montes las altas crestas;
La que conoce el líquen de los peñascos
Y el fondo más obscuro de las florestas;
La que sube á las rocas más escarpadas
Y sabe de retoños frescos y vivos;
La que conoce el musgo de las cañadas
Y las ramas más altas de los olivos;
La que el pastor hallaba, de angustia lleno,
Perdida en las aristas y entre las quiebras,
Ó saltando la cerca del predio ajeno,
Ó en lucha encarnizada con las culebras;
Como con gran frecuencia se refundía,

Vagando por los bosques y por los cerros,
El pastor de su cuello colgado había
El más grande y sonoro de los cencerros.
Y así el cabrero siempre se hallaba alerta,
Oyendo del cencerro los retintines,
Para que no asaltara la ajena huerta
Ni pisase las flores de los jardines.

II

En uno de esos riscos que ostenta el abra
De los cercanos montes, muriendo el día,
Lejos de su rebaño, la inquieta cabra
Sobre una peña estéril tuvo su cría.
La peña, de la sombra quedó cubierta;
Sopló el viento entonando notas extrañas;
Y allí pasó la noche, sola y despierta,
Acariciando al fruto de sus entrañas.
Luego la aurora trajo con sus ruidos
Y con los rojos tintes del nuevo día,
Calor para esos cuerpos entumecidos
Por una noche larga, ventosa y fría.
Fue surgiendo la vida de la espesura,
El sol fue iluminando monte y sabana,
Y llevaban los vientos hacia la altura
Los confusos rumores de la mañana.
Y vió á José la cabra, salvando cerros,
Trepando á lo alto, á riesgo de hacerse daño,
Agitando los timbres de los cencerros,
Y gritándole: ¡Russa, vuelve al rebaño!
Y ella que, si quisiera, llegar podría
De un salto donde estaban sus compañeras,
Tuvo envidia al rebaño, porque pacía
En los verdes pastales de las praderas;

Porque de sed y de hambre los sinsabores
Ignoran en la granja que las escuda,
Ni saben de los graves, serios temores
Que ofrece en los peñascos la noche muda.
Acaricia la madre su débil cría;
Trata de conducirla peñón abajo;
¡Imposible! El cabrito se resistía
En presencia del recto tendido tajo.
Y ella sola la peña no dejaría:
Quiere correr del hijo la misma suerte,
Y antes que abandonarlo, llegar vería
Tranquila y satisfecha la helada muerte.
Mas todavía en bajarlo tenaz se empeña
Y de nuevo lo intenta con nuevo brío,
Mas ¡ay! es imposible. ¡Lisa la peña,
Y abajo, en la hondonada, bramando el río!
Se irguió la cabra entonces: con la mirada
Abarcó granja y llano, monte y maleza;
Y al sonar del cencerro la campanada
Dijo un *adiós*, preñado de honda tristeza.

III

Los indecisos tintes del horizonte
Anuncian que la noche ya se avecina,
Y ya se va extendiendo por llano y monte
El vaporoso encaje de la neblina.
El rayo de la tarde los aires hiende,
Y con luz mortecina las cumbres baña,
En tanto que la sombra su imperio extiende
Por los tendidos flancos de la montaña.
Del pantanoso seno de la espesura
Surge la única nota que canta el grillo,

Y con ecos confusos rima en la altura
El acorde lejano del caramillo.
Vuelan á los rincones más escondidos
Los huéspedes de valles, cerros y lomas,
Y en busca de sus cuevas y de sus nidos
Se arrastran los reptiles, van las palomas.
Todos los pobladores de la espesura
Que dejan con la aurora la selva umbría,
Vuelven cuando se acerca la noche obscura
A esperar los fulgores del nuevo día.
Russa escuchaba el sordo confuso ruído
De esa variada tropa que alegre viene;
¡Qué horrible es ver que todos tienen su nido,
Para el que sólo sabe que no lo tiene!
La sombra va subiendo por la hondonada:
A extender el silencio su imperio empieza;
Y aquella pobre madre quedó rodeada
Del horror, de la angustia, de la tristeza.
Poblaron las estrellas el firmamento;
Cruzó el espacio un soplo cortante y frío;
Y enmedio de la sombra, con los del viento,
Se escuchan los sonoros tumbos del río.
Creció el terror mirando surgir del cerro
Dos ojos que brillaban con luz de hoguera;
Se estremeció la cabra, sonó el cencerro,
Y espantado huyó el lobo por la ladera.
Si poblaban el aire tristes gemidos,
No era que aquella noche fuese más fría;
Era que de esos cuerpos enflaquecidos,
A pasos gigantescos la vida huía.
La noche avanza: Russa se acerca y cubre
Con su cuerpo la prole débil y fría,
Quiere infundirle al darle la seca ubre
El calor que ella misma ya no tenía.
De pronto hendió los aires profunda queja,

Queja doliente y honda que el alma hiere,
Y dijo de la madre que no se aleja
De sus hijos, y de hambre con ellos muere.

IV

Sintiendo va los pasos de los trotones
Del carro de la aurora; la noche huía
Y su manto de nieblas hecho jirones
En la cumbre del cerro lo recogía.
Va surgiendo la vida de la espesura;
El sol va iluminando monte y sabana,
Y conducen los vientos hacia la altura
Los rumores confusos de la mañana.
Cuando José á la peña llegó cubierto
De sudor, contemplando quedóse fijo,
El cuerpo de la madre rígido y yerto
¡Que aún trataba de darle calor al hijo!
. . . . . .
. . . . . .
Después se vió tan solo compacta y lenta
En torno del peñasco, del sol lucido,
La bandada de cuervos torva y hambrienta
Que poblaba los aires con sus graznidos.

Diego Uribe.

Bogotá: 1900.

UN TESORO SUBMARINO

LOS GALEONES DE VIGO

Destruída por completo la Marina de España en las guerras sostenidas durante el reinado de Carlos II; interrumpida por tanto la comunicación con las colonias de América por largo espacio de tiempo, tan luego como se instaló en el solio el nieto de Luis XIV de Francia, nombrado Felipe V, se trató de traer las mercancías y los caudales detenidos al otro lado del Atlántico, disponiendo al efecto flota de 19 naves, de las que solamente tres eran de guerra, pero á cuya fuerza suplía una escuadra francesa de 23 navíos de varios portes, regida por el vicealmirante Château-Renault.

Habiendo cargado en el puerto de Veracruz, emprendieron el viaje á España el 11 de Junio de 1702, sin noticias de lo ocurrido en el período de su ausencia; esto es, sin saber que coligadas contra la casa de Borbón Inglaterra, Holanda, Alemania, Dinamarca y otras naciones, habían empezado nueva guerra, atacando á la plaza de Cádiz sus fuerzas navales.

Al llegar á las proximidades de las islas Azores, tuvieron ambas flotas nueva del rompimiento y de estar en crucero Armada anglo-holandesa que las esperaba, y tratado el caso en Consejo decidieron los Generales dirigirse al puerto de Vigo, evitando los cabos de San Vicente y de Finisterre, extremos

de la Peninsula, en que era más de presumir el encuentro con los enemigos.

Todas las naves, en número de 40, tomaron el puerto con felicidad el 22 de Setiembre, y adoptadas las precauciones de defensa que la prudencia aconsejaba, recibida autorización de la Corte, empezaron á desembarcar la plata de registro, amonedada ó en lingotes, cargándola en carretas que hacían dos viajes diarios á Pontevedra; otras la conducían desde allí al Padrón, y otras, en tercer trasbordo, hasta Lugo, por escalas, con escolta de soldados de infantería y caballería. Empleáronse 1.500 carretas, y en diez días que duró la faena hubiera podido extenderse á los frutos valiosos del cargamento, pero á ello opusieron resistencia pasiva los maestres y mercaderes, porque lejos de persuadirse de que corrieran riesgo á bordo, les dolía sacrificar el 20 por 100 que, según ellos, había de costarles el transporte terrestre, amén de la avería que en aquel clima, siempre húmedo, pudieran padecer géneros delicados, como son grana, añil, cacao y tabaco.

A su seguridad dió alas la entrada de un patache gaditano, cuyo patrón comunicó la grata noticia de que, derrotada y en mala disposición la armada enemiga, había salido de aquella bahía, y dividiéndose en el Cabo de San Vicente, parte de ella navegaba hacia las Indias, mientras el resto se encaminaba á los puertos de Inglaterra.

Fácilmente se admite lo que satisface al deseo, y así, bastó la relación no sólo para suspender el desembarco de efectos, sino también las obras defensivas que se habían comenzado y que harto se echaron de menos el 21 de Octubre al señalar los vigías la vista de la Armada inesperada, en suma de 150 velas.

La entrada inmediata, el combate que siguió, el abordaje y el incendio, son acciones largas de contar; darán materia á un capítulo de mi historia de *La Armada Española* (en el tomo 6.º); aquí baste apuntar que perdida completamente la flota y la escuadra que la escoltaba, cayeron en manos enemigas por trofeo nueve bajeles francesesy once españoles, según la

cuenta de los adversarios, no conforme con la nuestra en estas cifras, y mucho menos en las de muertos y heridos y en la del valor de la presa, punto el último de averiguación dificilísima.

El hecho es que, según el P. Belando, historiador español contemporáneo, «llenaron los enemigos el mundo de noticias, contándolas muy alegres, y ponderando que habían conseguido innumerables tesoros.»

Campbell, escritor inglés, refirió que de los galeones tomaron seis sus compatriotas y cinco los holandeses, pero sin que de lo contenido en sus bodegas supiera determinar cosa cierta. Este es el particular más delicado y en el que varían las apreciaciones casi al infinito.

Haría falta como dato primordial la suma de valores embarcados en Veracruz, que no se conoce ni se estimaría con verdad teniendo á la vista los registros oficiales, por los fraudes ordinariamente cometidos, en esta ocasión muy grandes, dada la proporción de embarcar oro y plata en los navíos de guerra franceses sin pago de derechos reales ni de travesía.

Publicó la *Gaceta de Madrid* afirmación de ser la flota mandada por D. Manuel de Velasco la más rica que había venido de América, repitiéndolo D. Agustín López de Mendoza, Conde de Robres, en sus *Guerras Civiles de España,* aunque sin expresar la cuantía, que llevan los más á 20 millones de pesos en plata y á otros tantos en valor de las mercancías. De los primeros se condujeron á Lugo en carretas los que estaban registrados, siendo no menos varias las sumas, que se calculan entre los límites de 15 y 10 millones á que reducen la conducta los más moderados, habiendo conformidad en que se salvó por completo la que constituía la remesa de la Hacienda real, como lo da á entender D. Antonio de Ubilla, Secretario del despacho universal, que se hallaba al lado del Rey D. Felipe, y escribió:

«Tuvieron los Generales la resolución de pegarles fuego (á los navíos), por evitar el que los enemigos se apoderasen

de ellos, con que sólo pudieron tomar algunos, en que se tardó el incendio; pero como el tesoro grande que había conducido esta flota para Su Majestad y sus vasallos, que excedía de veinte millones, se había puesto ya en seguridad, en cumplimiento de las órdenes que había dado el Gobierno de España, y las que desde Italia mandó Su Majestad repetir, fue sólo la pérdida de los navíos y algunos géneros de frutos, que por su carga voluminosa resistieron los interesados el desembarcarlos, perdiéndolos en el todo por no expender el corto interés de su desembarco.»

Del todo no los perdieron: idos los enemigos de Vigo, se buscó y extrajo parte de la carga de la Capitana y Almiranta; y si en verdad ascendía á siete ú ocho millones lo que se llevaron los aliados, según sus cómputos y Memorias, no afectaba la sustracción al Comercio de Sevilla, habiendo transcendido al público que dos terceras partes del cargamento de la flota era propiedad de mercaderes ingleses y holandeses, adquirida secretamente por segundas manos, y resultando, por tanto, que los aprehensores arruinaron á sus compatriotas.

Fue la propiedad simulada de las mercancías una de las causas que sostuvieron la oposición de los factores al desembarco de bultos en Vigo, recelosos de que la investigación administrativa pusiera en claro lo que no tanto habían reservado que no se sospechara, hasta el punto de venir indicaciones de la corte de Versalles, recomendando el secreto de lo que justificadamente apareciera ser de pertenencias de beligerantes. Así lo ha consignado Mr. Baudrillart. *(Philippe V et la Cour de France.)*

Todavía, relativamente á pérdidas y ganancias, habría mucho que considerar analizando la justificación escrita por monsieur de Gastines, Comisario de la escuadra francesa, con narración completa de ocurrencias en Vigo y pormenores originales muy curiosos, de los que entresaco los siguientes:

Recibió orden de desembarcar los caudales del Rey de

Francia «y los de algunos amigos particulares que los habían puesto en Veracruz á bordo del navío *Le Fort*», en el momento de entrar la escuadra anglo-holandesa en Vigo, y con lanchas los condujo á Redondela. El 23 de Octubre, verificado el desembarco de los enemigos, le mandó el Almirante retirarlos hacia el interior, lo que procuró hacer en el acto, convocando á carreteros contratados de antemano; pero ninguno compareció; huían todos tierra adentro, atemorizados por el estampido de los cañones. Durante la acción, fueron llegando al pueblo marineros franceses anunciando que todo estaba perdido, con lo que esparcían el espanto, llegado á máximo grado con la aproximación de bombardas enemigas que comenzaron á lanzar proyectiles sobre la población. Salieron entonces de su convento los frailes de San Simón, descalzos, llorando, y viéndolos, acabó la gente de aturdirse y desbandarse. Procuró el Comisario traer vehículos de los pueblos inmediatos, ofreciendo cien escudos por cada uno para un trayecto de tres ó cuatro leguas, y solamente dos carreteros aceptaron. En una de las carretas cargó la caja del Rey, conteniendo en sacos 16.000 pesos, otros 6.000 en moneda y varios lingotes de particulares. En la otra puso un baul de cuero con la vajilla de plata del difunto Marqués de Nesmond, seis lingotes muy pesados, y de 8 á 10.000 pesos de particulares, en sacos. Quedaron en la casa, por falta de medios de transporte, muchos cofres con plata labrada, moneda y objetos preciosos, así como los que, á última hora, traía una lancha del navío *Solide*, con más moneda, platería y sedas de China.

Con las dos carretas emprendió la marcha el día 23, yendo á hacer noche en Moheda, legua y media de Redondela, donde llegaban sin cesar soldados franceses fugitivos y medio desnudos. El 24, al amanecer, advirtió que los carreteros se habían marchado, llevándose los bueyes, é inútiles fueron las gestiones que hizo, auxiliado del cura, para procurarse otros. En este apuro, reunió 20 marineros de sus navíos é hízoles cargar con otros tantos sacos de á mil pesos para proseguir

el camino á pie hasta Tuy, marchando en grupos, bajo la vigilancia de cuatro oficiales.

Llegado á un paraje de arboleda, distante no más de un cuarto de legua, sonaron tiros detrás de un vallado, y cayó muerto Mr. Fleury. Los marineros, creyendo ser perseguidos por los ingleses, arrojaron los sacos al suelo y escaparon: él retrocedió á Moheda, abandonando el dinero al pillaje de los campesinos. Pudo lograr después que le facilitaran caballos sin freno ni silla, con los que llegó á Santiago, llevando consigo á los franceses que fue encontrando por el camino; pero no más caudal que el guardado en los bolsillos.

Comprueban el espantoso desorden de la dispersión, durante la que ni los milicianos, ni los soldados y marineros de la escuadra, resistieron á la tentación de apropiarse los objetos de valor esparcidos, otras relaciones del tiempo, así como la tradición recogida por los historiadores de la localidad D. Nicolás Taboada y D. José de Santiago y Gómez, por donde se aprende que, aunque el Tesoro cambiara de manos, no aprovechó tanto á los enemigos como se propaló.

«El Rey perdió más que todos—escribió el Marqués de San Felipe—no sólo en no quedarle navío para Indias, y en lo que había de percibir de las Aduanas si se introducían todas las mercaderías, cuanto en que fue preciso después valerse de navíos franceses para el comercio de la América, que fue la ruína de sus intereses y la de sus vasallos.»

Hay también que distinguir, como en las apreciaciones anteriores. El Rey retuvo la totalidad de la suma salvada, haciendo oídos sordos á las reclamaciones y á los lamentos de los particulares interesados; puso á disposición de su abuelo Luis XIV de Francia dos millones de pesos como indemnización de lo sufrido por su Armada; ofreció 40.000 de joya ó regalo al Almirante Château-Renault, y aplicó el resto á las necesidades de la guerra.

Vengamos al epílogo.

Veinte años después de la batalla desastrosa, elevó al Rey

de España, un sueco nombrado Liberto Wolters, un memorial solicitando autorización para buscar y extraer el gran caudal oculto bajo las aguas de la ría de Vigo, con condiciones que tanto habían de favorecer á su propio interés como al del Estado. Se estudió el asunto; se formó expediente; se discutieron aquellas condiciones y se formalizó asiento ó escritura por término de tres años, sin comprometerse á otra cosa que á la entrega en Cajas reales de la tercera parte del valor de cuanto sacara del fondo.

Expedida la Cédula de concesión en Mayo de 1724, como el empresario no tuviera, al parecer, el pensamiento tan hondo como el tesoro estaba, sin haber hecho registros ni prepararlos, á los dos años, en 1726, traspasó sus derechos á don Juan Antonio Cosca, quien, llevado de la ilusión, no encontrando recursos, dejó caducar el privilegio.

Otorgóse otro nuevo con idénticas cláusulas á D. Juan Antonio Rivero, si bien ampliando el plazo á seis años, contados desde el 20 de Febrero de 1732. Rivero era hombre de buena fe: consumió gran parte de su caudal, haciendo cambiar á los buzos de uno á otro casco, sin verles sacar más que anclas, cañones de hierro, tablas, balas y palanquetas, con alguna que otra moneda adherida. Se declaró satisfecho de probaturas, y, hecha liquidación por el veedor del Estado, se tasaron en 3.068 reales vellón los efectos que se habían de repartir.

No faltaron, sin embargo, otros pretendientes, entre los que William Evans, inglés, y Alejandro Goubert, francés, se disputaron las influencias, que ganó el último, así por representar á una Compañía provista de fondos, como por no faltarle padrinos en la Cámara real. Su concesión, firmada en 1728, extendía el término á treinta años y rebajaba al seis por ciento los derechos de la Hacienda.

Trabajando más de diez años en las estaciones y días que la mar lo consentia, con buen material, registró la Compañía casi todos los cascos sumergidos, prefiriendo al que en la localidad nombraban *Tojo*, que fue desembarazado del fango y

suspendido á fuerza de cabrestantes y de cajas de aire, consiguiendo vararlo en la playa, aunque destrozados los extremos de popa y proa.

En el interior se encontró lastre de piedra, botijas de barro, balas y palanquetas, jarcia inútil, palo campeche, 14 cañones de hierro y cuatro marcos de plata, objetos poco correspondientes á los gastos sufragados por los trabajos, que ascendían en aquella fecha á dos millones de francos.

Otras Compañías representadas por D. Pedro Boyer, señor de Baufonteine, por Nicolás Reyni y Mateo Walíc, por Jaime de Córdoba de Volubière y Francisco Pescharry, sucedieron á la de Goubert en las concesiones solicitadas por los años de 1747, pero no en la práctica de los sondeos. Hasta el de 1825, no volvieron á emprenderse, y lo hizo Mr. Isaac Dickson, inglés, llevando á la bahía al bergantín *Enterprice* provisto de una campana perfeccionada, entre varias máquinas expresamente adquiridas. El resultado no fue más satisfactorio que los anteriores: salieron del fondo más cañones y tosas de madera.

En 1859, un Mr. David Langland, también inglés, acometió la empresa de exploración haciendo inteligentes gestiones para formar Compañía anónima que le proporcionara capital sobre la garantía de la concesión obtenida. Se entendió, al efecto, con Mr. Saint-Simón Sicard, al cual transmitió sus derechos mediante escritura otorgada en Vigo en 1866, y aprobación del Gobierno. Mas como si tal acto no pasara, circuló prospectos en Londres, emitió obligaciones, dió á entender que William Evans é Isaac Dickson se habían enriquecido extrayendo sigilosamente muchas cajas de pesos duros, vajillas y lingotes de plata, y hubo de inspirar un libro en que, recogiendo las noticias de historiadores antiguos y modernos, las relaciones contenidas en las *Gacetas* de Londres y de Amsterdam, y las confidencias descubiertas en cartas particulares, se demostraba matemáticamente la existencia segura en las aguas de Vigo de millones y millones, por siglo y medio despreciados.

Pero simultáneamente constituía Saint-Simón Sicard sociedad en París, usando de idénticos argumentos, y la publicidad produjo, naturalmente, reclamaciones, protestas, embrollos, que se llevaron al terreno litigioso y produjeron la anulación del asiento, declarada en 1867 por el Gobierno español, que abrió concurso público para adjudicarlo al que mejores proposiciones hiciera, entre los muchos que solicitaban la explotación de aquella mina.

Hízose la adjudicación en 1867 á M. Stanislao Barthe,que la traspasó á su compatriota M. Hippolyte Magen, activísimo empresario. Bajo su dirección no tardó en organizarse en París una Compañía de banqueros, transformada después en Sociedad por acciones, siempre bajo la gerencia de M. Magen. Con el año 1870 comenzaron los trabajos de exploración y salvamento, empleando cuantos medios alcanzan las últimas invenciones: escafandras, luz eléctrica, torpedos, bombas, rastras. Se trazó el plano submarino de la bahía de San Simón, situando en él á los restos de los galeones; se verificó reconocimiento de buzos en diez cascos, y de cada uno se extrajo en montón lo posible, que, lo mismo que en los anteriores intentos, se redujo á cañones roñosos, anclas, zurrones averiados, maderas, objetos menudos, muchos de curiosidad, ya que no de valor, como varillas de abanicos, tazas de China, jícaras mejicanas y piezas de metal corroído. De plata, hasta 60 kilogramos, según se comunicó en junta general de accionistas, al anunciarles que estaba agotado el capital y era preciso reponerlo, ya que á ciencia cierta, sin género de duda, quedaba averiguado haber en el fondo de la bahía *de 133 á 135 millones de francos.*

La demostración cumplida fue obra del referido gerente M. Magen, juzgando por la firma que aparece en la introducción de un libro semejante al de Londres antes citado, con título más largo y atractivo, con copia mayor de datos también, acreditando prolija investigación histórica el cúmulo de citas de escritores, especialmente españoles é ingleses, y no

escasa pericia literaria, la amenidad con que están aprovechadas al referir la procedencia de la flota, el valor de su cargamento, la obstinación del combate y la importancia del botín llevado por los vencedores.

A no figurar entre las cifras numéricas la de 910.000 francos invertidos en extraer del agua los objetos antes mencionados, es de presumir encontrarán los accionistas en el libro mayor interés intelectual del que realmente despierta su lectura antes de llegar á la narración de las dificultades económicas en que se vió envuelta la Sociedad, agravadas por la guerra entre Francia y Alemania, la captura del gerente al salir en globo de París, sitiado, las diligencias hechas para obtener sucesivas prórrogas á la concesión, que duró hasta 1884, fecha en que fue retirado el material de la bahía.

Posteriormente acudieron al reclamo nuevos especuladores animosos. En el registro oficial de concesiones del Ministerio de Marina figura en 1885, la acordada á Mr. John Emery Gowen, y en 1892 á M. E. A. Corbin, Presidente de la Sociedad internacional submarina establecida en los Estados Unidos de América, que es la última, por haber negado el Gobierno otras peticiones, sin lo cual quizá se prolongara indefinidamente la historia del tesoro legendario de Vigo.

Cesáreo Fernández Duro.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL ROMANTICISMO.—SEGUNDO PERÍODO.—LA NOVELA

Prosiguiendo el estudio de la novela romántica, trataremos hoy de Alejandro Dumas padre, y Eugenio Sué; y después, con mayor detenimiento, según es debido, de Jorge Sand, que representa, dentro de la evolución del romanticismo, una nueva forma: la novela idealista.

Al nombrar á Alejandro Dumas, padre, no ya en concepto de autor dramático, sino de novelista, noto más que nunca la dificultad de precisar, y más aún de fundar, ciertos juicios en que la crítica literaria se aparta del público, y no contenta con apartarse, rompe á andar en dirección diametralmente opuesta. Ante la crítica, no es Dumas, padre, novelista, un autor discutido, injuriado, maltratado, no; que á serlo, por vivo le tuviéramos. Es un autor decaído y arrinconado, á quien parece de mal tono, no digo estudiar, sino hasta citar. Los críticos le han barrido: no existe. Entre los muchísimos libros franceses de crítica que consulto á cada paso al trazar estos capítulos, no encuentro media docena de páginas dedicadas á las novelas de Dumas padre, si se exceptúa la fulminante diatriba de Zola contra el proyecto del monumento de bronce que á Dumas ha elevado la ciudad de París, y que, en sentir del autor de los *Rougon*, fue una usurpación á Balzac.

El público, en cambio, guarda fidelidad y predilección

tenaz y callada por las novelas de Dumas. He preguntado á libreros españoles, y contestan que mientras nadie pide ya un ejemplar de aquellas novelas de Hugo, que hace treinta años se despachaban á millares, Dumas se vende siempre sin interrupción. Ni se ha cesado de traducirle, ni los periódicos de circulación han dejado de ver en sus grandes novelones seriales un gancho para los suscriptores. Si estas cuestiones del mérito literario pudiesen resolverse mediante un plebiscito, aún hoy, á estas alturas, Dumas se llevaría de cierto la palma.

Para mucha gente, acaso para la mayoría, las creaciones de Dumas realizan el tipo del género novelesco. ¿Qué se propone el novelista? Recrear, divertir, cautivar y suspender el ánimo con un relato en que el interés no desmaye un punto, en que sin fatiga del entendimiento y hasta casi sin su intervención, se espacíe la fantasía, ya con aventuras y lances sorprendentes y extrañas y dramáticas peripecias, ya con el desfile de una colección de telones donde aparezcan bocetadas á brochazos y retocadas por la imaginación, las principales escenas de la historia moderna y antigua, á guisa de epopeya barata y vulgar; y todo esto, diluído en un estilo incoloro, amorfo, claro y corriente como agua, que ni pese ni brille, sin pretensiones artísticas, el pan nuestro de cada día de los lectores sencillos, que detestan los primores de la forma porque obligan á admirar, la verdad porque es ejemplar y triste, la psicología porque recalienta los cascos y el análisis y la observación de lo real porque es una labor como otra cualquiera, y aunque el novelista se encargue de desempeñar esa labor, los lectores á que me refiero se parecen á aquel patricio romano harto de deleites, que sudaba y tenía congojas de ver trabajar á un esclavo.

Lo que el público agradeció á Alejandro Dumas es que supiese, como los narradores de los apólogos orientales, contarle cuentos interminables, y al mismo tiempo hacerle cosquillas en la planta de los pies para que se durmiese sin sentirlo. La

facultad dominante en el hombre, la que se sobrepone á la razón, es la imaginación, y abundan más las imaginaciones frescas é incultas, parecidas á la del niño ó del salvaje, que las imaginaciones empobrecidas ó descontentadizas, remilgadas y exigentes por el lastre de la cultura. De la imaginación nace la credulidad, el ansia de lo extraordinario y estupendo, que antaño llamaron *maravillosidad* los frenólogos; y la imaginación y la credulidad se pusieron resueltamente de parte de Dumas, cuando éste restauró las novelas de caballerías y los relatos de las *Mil y una noches*, renovando las Sergas de Esplandián y los prestigios fabulosos de la encantada cueva de Aladino, atestada de rubíes, perlas y diamantes.

Es justo reconocer que, si carecía Dumas de elevadas exigencias artísticas, si no es posible extraer de sus novelas página que pueda incluirse en una *Antología,* si no nos ha legado un profundo estudio humano, ni una obra de esas que abren surco en el pensamiento, nadie como él poseyó las cualidades secundarias del novelista, la inexhausta vena, la prodigiosa fecundidad, la sorprendente inventiva, la amenidad, la alegría y buen humor en el trabajo; nadie como él devanó la enredada madeja de la narración; nadie encontró en mayor copia los recursos que avivan el interés é incitan á la lectura; y el conjunto de estas cualidades, en el grado en que Alejandro Dumas las reunía, compone una poderosa personalidad literaria. Entre otros rasgos peculiares de Dumas hay que contar su destreza para el *pasticcio* ó franca imitación. Hay entre sus obras una serie de cuentos imitando tan bien la manera tétrica y terrorífica de Hoffman y de Edgardo Poe, que sólo los muy inteligentes pueden distinguirlo, como sólo un experto distingue la esmeralda falsa de la verdadera. Y es que Dumas se lo asimilaba todo; su pluma se adaptaba á lo externo de cualquier manera y de cualquier estilo, así como sabía apoderarse de lo ajeno y fundirlo en sus propios moldes, por lo cual es difícil, si no imposible, separar de entre la inmensa producción de Dumas la parte que corresponde á sus

colaboradores asalariados, dándose este curioso fenómeno; seguros ya de que tal novela no la escribió Dumas, sino vervigracia, Augusto Maquet, de Dumas nos sigue pareciendo y como de Dumas la miramos. Peregrina manera de ser, análoga á la de una máquina de fabricar papel, que de mil despojos heterogéneos, trapos, manuscritos, fragmentos de hojas impresas, saca una pasta homogénea.

Se ha sostenido, sin pretensiones paradojales, que una de las cualidades que más favorecieron á Dumas fue su ignorancia. «La ignorancia»—afirma un crítico eminente, Albert, cuando después de bastantes remilgos se determina á decir algo sobre Dumas—«tiene muchas ventajas. Al que sabe, le atan las manos mil escrúpulos; la cuestiones de Historia, de Filosofía y de Arte, le estorban; las reminiscencias le molestan; el temor de imitar le paraliza. En cambio, el ignorante camina impávido.» Sin duda, los primeros estudios de Dumas fueron deficientes, y no se quemó las cejas; pero esto de la ignorancia, que se le atribuye como rasgo distintivo, no me parece del todo exacto. Los escritores de *amena* y *vaga* literatura no han solido ser unos sabios profundos, y menos especialistas; lo son por excepción únicamente: en general, se les puede calificar de *ingenios legos,* como á nuestro Cervantes. Comparado á Agustín Thierry, ignorante es Dumas, sin duda alguna; pero no hemos de exigir la conciencia del severo y documental historiador al que decía desenfadadamente: «La Historia es un clavo que me sirve para colgar mis cuadros.» De esa varia y pintoresca instrucción que necesitan el novelista y el autor dramático, se apoderó Alejandro Dumas por sorpresa, como él lo hacía todo, ya asaltando las bibliotecas á manera de niño que asalta una alacena de golosinas, y revolviendo crónicas empolvadas, ya leyendo á diario, con voraces y alegres ojos de incansable viajero, ese libro inmenso que se llama el mundo. Además, vivió, cosa de que á veces se olvidan los doctos. Vivir y viajar, son dos aulas donde se aprende mucho; recordemos que Cervantes llamaba *Universidad* á las almadrabas

de la pesca del atún. De estos estudios que realizó Dumas, otro sacaría el escepticismo de la desengañada experiencia; él sacó una ilusión vivaz, y la tela de cañamazo indispensable para bordar sus invenciones; ora el libro de caballería, que cuenta las hazañas de los Artagnan y los Porthos; ora las narraciones de viaje, en que á cada momento mezcla y diluye cinco partes de verdad, en forma de descripción ó de recuerdo histórico, con noventa y cinco de novela y de divertidas patrañas. Aquí hemos comentado las trapisondas de su *Viaje de París á Cádiz:* en Italia, con ser el país favorito de los viajeros impresionistas, no han concluido aún de reirse de las inofensivas y cómicas farsas del *Speronare,* el *Corricolo* y la *Villa Palmieri.* Pues bien: para urdir tanta leyenda sobre motivos de Historia, de Geografía y de Arte; para tanto patrañear, no se puede ser un ignorante cerrado, el prototipo de la ignorancia, como hoy se pretende representar á Dumas: al contrario, es preciso saber bastantes cosas á diestro y siniestro y atesorar nociones y conocimientos, que batirse á la nieve para sacar unas merengadas tan huecas y á veces tan gustosas.

Lo que hay es que en Dumas, esa *fuerza de la Naturaleza,* como dijo Michelet, la vegetación natural, viciosa y exuberante de la fantasía, ahogaba toda simiente de estudio. La fecundidad de Dumas era fenomenal y sin ejemplo. Aquí llamamos fecundo á un autor cuando escribe todos los días algunas cuartillas, lo cual debería calificarse de regularidad, y no de fecundidad; Dumas publicó en un año más de lo que podría escribir un copista, funcionando noche y día como una mecánica. Dos periódicos fundó para redactarlos exclusivamente, y así y todo le faltaba espacio; no tenía canales por donde desahogar tanta prosa, y se hubiera anegado en tinta á no encontrar vado en el folletín, esa postdata ó coletilla de la prensa periódica.

El folletín nació con nuestro siglo, y al principio dió asilo á la crítica literaria y teatral. Tuvo sus tiempos heroicos y áureos; en folletín aparecieron los incomparables *Lunes,* de

Sainte Beuve. Pero, bajo la monarquía de Julio, el folletín abandonó los dominios de la ciencia, del buen gusto y la razón, y se entró por los de la imaginación, dando cabida á las novelas de Dumas y Eugenio Sué. La popularidad del folletín fue súbita y vertiginosa: podemos formar idea de ella releyendo el humorístico artículo que D. Modesto Lafuente, conocido por *Fray Gerundio*, dedicó en su *Teatro Social* á la obra de Sue, *Martín el Expósito*. Al pronto, los periódicos serios y de gran circulación se desdeñaron de recurrir al folletín; después no tuvieron más remedio que bajar la cabeza y solicitar con empeño y pagando muchos miles de duros por una obra, las novelas socialistas de Sue y las novelas de aventuras del autor de los *Tres Mosqueteros*. La evolución del folletín es sobrado conocida. Dumas y Sue eran semidioses del arte al lado de los industriales y prestidigitadores que les siguieron, y que todavía infestan con sus engendros disparatados el piso bajo de muchas publicaciones, sin conservar más lectores que la hez del vulgo intelectual, que puede vestir de seda ó de andrajos, porque se encuentra en todas las esferas sociales. Comparándole á los Richebourg, los Montepin, los Ponson y los Gaboriau, resalta la superioridad del narrador é inventor Alejandro Dumas, la dramática fuerza de algunas de sus novelas, por ejemplo, el *Conde de Montecristo*, y el vivo sabor de ficción caballeresca de otras, entre las cuales descuellan como modelo *Los tres Mosqueteros*, y su continuación, *Veinte años después*.

En el mismo año que vió nacer á Alejandro Dumas y Víctor Hugo, vino al mundo Eugenio Sué. De estos tres nombres tan resonantes, uno solo conserva sonoridad en los anales de la novela; sobre los otros dos pesan el desdén y el olvido de los críticos. También á Sué le encontramos arrumbado en el cajón de sastre de los diccionarios enciclopédicos.

No se cuenta con él para reseñar el movimiento estético: es un episodio estrepitoso y efímero de la historia literaria. Hay su parte de injusticia en este completo desprecio, y conviene

espumar un párrafo del tantas veces citado Sainte Beuve, donde compara á Eugenio Sué nada menos que con Balzac. «Sué novelista—dice el párrafo—es acaso igual á Balzac en invención, en fecundidad y en el arte de componer. Con maravillosa destreza levanta grandes armazones de novela; tiene caracteres que viven y que se sostienen, Dios sabe cómo; y sobre todo, tiene la acción y dominio de los recursos dramáticos. Pero los detalles son á menudo endebles; numerosos y variados, los encuentro menos finos y hondos, de menor originalidad y variedad que en Balzac. No le falta jovialidad, y suele encontrar tipos felices y naturales; pero le gusta lo excéntrico y se complace en describirlo. En Balzac, como en Sué, no busquemos la naturaleza normal y sana: su terreno es lo deteriorado y lo facticio. Eugenio Sué no sabe escribir tanto ni tan bien como Balzac, ni tan mal, ni con tanta sutileza en lo malo. Y, por último, Sué incurre en el error de no entregarse á sus propios instintos, y de consultar los sistemas que están de moda, profesándolos en sus últimas novelas, cosa que Balzac no hizo nunca, intransigente á fuer de verdadero artista.»

Por esta última acertadísima observación se puede perdonar la comparación entre dos novelistas de tan diferente talla y fuerza como Balzac y Sué. A su tiempo hablaremos de Balzac: limitémonos ahora á reconocer que, en efecto, Eugenio Sué viste según el figurín de su época, y se ha quedado antiguo como los retratos en que se exagera la moda sin corregirla con el gusto artístico, ideal eterno de la belleza.

Como además carece Sué de la ardiente convicción del sectario, que devora, por ejemplo, á Tolstoy, difícilmente se podrá ver cosa más marchita, pasada y apolillada que el socialismo sentimental de *Martín el Expósito, Los Misterios de París* y *Los Misterios del Pueblo*. ¿Y qué decir del libelo fantasmagórico terrorífico en varios tomos, espantajo y coco de la gente timorata y asunto de homérica risa para las personas serias, titulado *El judío errante*? Creo recordar—y lo digo así,

dubitativamente por no tener á mano los libros donde supongo que encontré esta noticia—que á Pablo Feval le llevaron, antes que á Eugenio Sué, un fajo de documentos relativos á los jesuítas, proponiéndole una fuerte cantidad por escribir algo que se pareciese en su objeto y propósitos al *Judío errante*; y como Feval rechazase la venal tarea, Eugenio Sué, recogiendo los datos y aceptando la retribución, se encargó de desempeñarla. Sin responder de la verdad del hecho, digo que *El judío errante* es á todas luces labor de escándalo, obra en que se procura la calumnia y la detracción, y en que se amontonan extravagancias y horrores para seducir al público de nivel más bajo, aunque los lectores de algún discernimiento suelten la carcajada ó se encojan de hombros. Si gran parte de la humanidad no se dejase influir por la calumnia en proporción de su misma absurda inverosimilitud, maldita la falta que hacia poner en el índice *El judío errante*, prohibiendo su lectura, pues ya la había prohibido antes el sentido común. Pero es preciso reconocerlo: no ha llegado todavía la humanidad, ni sé si llegará nunca, á la edad de la razón, y á pesar de lo disparatado y burdo de las fábulas encerradas en *El judío errante*, su efecto fue enorme: las aventuras y desventuras de las huérfanas Blanca y Rosa, el trágico fin de Adriana de Cardoville y el príncipe Djalma, y las desdichas de las otras interesantes víctimas de las maquinaciones del *socius* Rodín, encargado por los *hombres negros* de apoderarse del fabuloso caudal de la familia Rennepont, conmovieron muchos corazones sensibles, y son acaso una de las obscuras fuentes de donde mana la antipatía y repulsión que el solo nombre de la Compañía de Jesús causa á personas á quienes les sería difícil razonar estos sentimientos.

La propaganda socialista de Eugenio Sué extrañó á los que le conocían, y no se explícaban cómo podía describir las últimas capas sociales, y los barrios sospechosos y extraviados de París un mozo tan elegante y pulcro, que sólo respiraba entre gente fina. Era, en efecto, Eugenio Sué, lo que hoy diría-

mos un gomoso. Hijo de un médico, á quien dió cierto renombre su discusión con Cabanis acerca del dolor que causa el suplicio de la guillotina y la persistencia de la vida en la cabeza cortada, Eugenio Sué fue sacado de pila por la Emperatriz Josefina y el Príncipe Eugenio, estudió mal y á trompicones la Medicina, y mientras le creían dedicado á hacer preparaciones anatómicas, realmente se consagraba á beberse el rancio Tokay y el Johannisberg que guardaba su padre como un tesoro. No aspiró Sué, en sus años juveniles, á la gloria: únicamente soñó con poseer un caballo, un cochecillo y un *groom*, y se los procuró recurriendo á los usureros, que le prestaron descontando la herencia que esperaba.

La primera idea literaria que tuvo Sué, *Las Cartas del Hombre mosca,* se originó de los apuros en que ponían al alegre muchacho sus gustos de esplendidez y la tacañería paternal. En castigo de sus calaveradas le obligaron á embarcarse, y dos veces hizo el viaje á las Antillas, encontrándose en la memorable batalla de Navarino, el moderno Lepanto. De esta época de su vida proceden las novelas marítimas, que á mi entender, son lo mejor, lo más sincero y poético que Sué escribió nunca, y entre las cuales descuellan *Kernoch el pirata* y *La Salamandra*. Al heredar un capitalito, Sué dió rienda suelta á sus instintos aristocráticos y mundanos: él fue el primero, dice Dumas, que amuebló sus habitaciones al estilo que tanto se generalizó después, el primero que recogió esas zarandajas bonitas llamadas *bibelots*, de que entonces nadie hacía caso; vidrios de colores, porcelanas de China y Sajonia, muebles tallados del Renacimiento, platos repujados y armas ricas. Al lado de estas aficiones de artístico refinamiento, nótanse en el Eugenio Sué de entonces tendencias parecidas á las que aquí manifestaron Espronceda y sus amigos los afiliados al Parnasillo romántico. Asociado con una trinca de jóvenes de buen humor y desaforadas inclinaciones, recorría de noche las calles de París, haciendo diabluras y burletas á los ciudadanos pacíficos, en especial á los especieros y porteros, profe-

siones muy expuestas á la mofa de los románticos de melena. De estas pesadas chanzas hay reminiscencias humorísticas en la lucha del portero Pipelet y el pintor Cabrion, en los *Misterios de París*. Como se ve, no daba indicios Sué de ser un redentor de la humanidad, un apóstol de la buena nueva socialista, sino un vividor elegante, con vistas á la escuela desdeñosa de Byron y Alfredo de Musset. Pero Sué se dejó arrastrar por la corriente entonces dominante, que era el socialismo poético y literario, y contra la cual sólo navegaban los artistas puros, los Gautier y los Merimée. Lo que entonces flotaba disperso en la atmósfera eran las doctrinas comunistas de Baboeuf, partidario de la abolición de la propiedad, las utopias de una Icaria más feliz que nuestra Jauja; el nuevo cristianismo democrático y social de Saint Simón; la organización de Fourier, el tradicionalismo socialista de Pedro Leroux, el misticismo de Reynaud, y tantas otras doctrinas filantrópico-religiosas, colectivistas y falansterianas. De este estado de conciencia literaria son reflejo las novelas de Sué, á cuya celebridad contribuyó y á cuya caducidad cooperó también.

Para estudiar las costumbres y las miserias de las clases populares dícese que Eugenio Sué se disfrazaba como su héroe el gran Duque de Gerolstein, y así disfrazado frecuentaba tascas y chiscones, bujíos y Cortes de los Milagros; todo el vasto mapa del vicio y de la miseria, los círculos del infierno parisiense.

No menos fecundo en la inventiva que Dumas, padre, Eugenio Sué poseía superiores condiciones de estilista. Hay en *El judío errante*, á vueltas de la laboriosa y forjada ficción, páginas que revelan al escritor de raza. Acaso lo más notable en este concepto es el trozo en que se describe la siesta del Príncipe Djalma y la abrumadora y espléndida naturaleza de la India. Todavía debe elogiarse en Sué la vena cómica, espontánea y abundante, aunque no muy ática, y asaz parecida á la de Pablo de Kock, á cuyo museo de tipos grotescos pertenece de derecho la figura inolvidable del portero Pipelet.

Acaso había nacido Eugenio Sué para ser un escritor festivo y un buen pintor de paisajes y marinas, en vez del filántropo que soñó en sus *Misterios de París* y en sus *Siete pecados capitales*.

Llegado el momento de tratar de Jorge Sand, quiero ante todo advertir que el relativo detenimiento con que hablaré de esta mujer extraordinaria no se deberá á sus méritos literarios considerados aisladamente, sino al oficio y papel que desempeñó en la evolución del romanticismo, más señalada en ella que en nadie, según reconocen críticos de suma autoridad y perspicacia; por ejemplo, Brunetière.

Los que me leen saben que por ahora no hemos salido del período romántico, el cual, prescindiendo de otros nombres—sin duda gloriosos, pero menos significativos,—puede darse por iniciado con Chateaubriand, y por llevado á su apogeo, á sus últimas consecuencias, con Víctor Hugo. Pues bien; siguiendo el mismo método, de dejar á un lado, momentáneamente, los nombres que no sintetizan de un modo absoluto ese movimiento, podemos decir que con Jorge Sand se cierra el período romántico, y que en las tres épocas y estilos de su vida y obras es fácil seguir paso á paso la transformación y hasta la desorganización del romanticismo, los nuevos aspectos que el siglo presenta, y, en suma, el cambio radical sobrevenido en los veinte fertilísimos y creadores años comprendidos entre 1830 y 1850.

Para demostrar que Jorge Sand tuvo efectivamente la representación que le atribuyo, es indispensable empezar extractando su biografía menos aprisa de lo que acostumbro á reseñar la de otros escritores ilustres. La biografía, en la historia literaria, tiene un puesto legítimo siempre que contribuye á explicar las obras; y no vacilo en afirmar que las de Jorge Sand serían una charada ó un logogrifo si no conociéramos algo de los sentimientos que las dictaron. Sin llegar al extremo á que llega Hipólito Taine cuando sostiene que lo único importante que hay detrás de un libro es un hombre ó una

mujer, paréceme que la significación de los libros se completa muchas veces con la de la vida; y cuando los libros son, como los de Jorge Sand, esa vida misma—interna ó externa—derramada por las hojas del manuscrito, y si además esa vida concentra la substancia de las ideas y de las esperanzas y ensueños que agitan al siglo y subvierten profundamente su expresión literaria, entonces el deseo de conocer esa vida no implica ni malsana curiosidad ni prurito chismográfico, sino el cumplimiento de un deber, como lo es en la profesión médica la autopsia del cadáver. A pesar de este convencimiento, no me propongo trazar una completa biografía, limitándome á ciertos rasgos, en mi opinión significativos; y el respeto debido al genio y al carácter de Jorge Sand, me enseñará á pasar al vuelo sobre lo que en su historia sólo puede importar á los golosos de escándalo, y que, en realidad, tiene mucho menos valor, y es menos significativo, que otros aspectos peculiares de su vida.

Aunque nacida en París, Aurora Dupin es una campesina, ó, según la llamó Zola, una faunesa; y la verdadera influencia que sufrió, la de la naturaleza agreste. Los antecedentes de familia, la herencia y el atavismo no deben desdeñarse, y ojalá conociésemos los de todos los escritores ilustres como conocemos los de Jorge Sand. Sin remontarnos mucho por el árbol genealógico, encontramos sangre de la raza sajona, más soñadora que la francesa, y también muy recientes tres historias novelescas consecutivas y tres hijos del amor, como se decía entonces. En efecto, el bisabuelo de Jorge Sand fue el célebre Mauricio de Sajonia, el héroe de Fontenoy, hijo natural de Augusto II, rey de Polonia, y de la condesa Aurora de Koengsmarck; la abuela de Jorge Sand era, á su vez, hija natural del regio bastardo; de las segundas nupcias de esta señora nació Mauricio Dupín, y de los amores volcánicos y secretos de Mauricio Dupin, Aurora Armandina, tan célebre bajo el pseudónimo de Jorge Sand. Aurora, con su acostumbrada indiferencia por las vanidades, se apresura á advertir

que, como nadie es hijo solamente de su padre, sino también de su madre, hay una enorme mancha en su blasón; que el biznieto del rey de Sajonia casó con una pobre grisetilla, nacida en el arroyo parisiense, hija de uno que vendía pájaros en los malecones, y, por consiguiente, de este lado Aurora Dupín es plebeya y muy plebeya. Esta mezcla de la sangre real y la del pueblo es otro dato que explica tendencias, á veces contradictorias, y teorías curiosas é ingenuas defendidas en las novelas socialistas de Jorge Sand, la cual, al citar una sentencia española, que transcribe en idioma español, *Cada uno es hijo de sus obras,* recuerda que también somos hijos, quieras que no, de nuestros antepasados, y que antepasados tienen, igual que los nobles, el aldeano y el obrero.

Desde la cuna afligió y atormentó á Aurora la lucha doméstica entre su abuela y su madre. La primera no olvidaba su ilustre origen y su intachable virtud, y jamás pudo consolarse del enlace que contrajo su hijo un mes antes del nacimiento de la niña. Ésta, en los primeros años, prefirió á su madre; después tomó el partido de su abuela; pero su corazón era de las dos, á las dos idolatraba, y costábanle grandes tristezas las disensiones y los odios de ambas, envenenados desde la trágica muerte del hijo y del esposo. De aquel largo drama de familia, sacó Jorge Sand buena parte de sus ideas igualitarias y democráticas.

Aunque no importe mucho este detalle en la biografía de Jorge Sand, es interesante para nosotros los españoles saber que las primeras impresiones pintorescas y poéticas que recibió las recibió en España, no en su residencia en Mallorca, que tan admirables cuadros le inspiró, sino cuando, muy niña, la trajo aquende los Pirineos el mismo azar que trajo á Víctor Hugo: la madre de Jorge Sand, celosa y apasionada, quiso á toda costa reunirse á su marido, oficial de los ejércitos de Napoleón y ayudante de Murat. El paisaje montañoso de las inmediaciones de Pancorbo quedó impreso siempre en la fan-

tasía de Jorge Sand, así como el terrible espectáculo de los pueblos incendiados—esto ocurría en vísperas de la jornada del Dos de Mayo—el calor, las cebollas crudas por alimento, las esteras en el suelo, la urraca que sabía decir «mueran los franceses», el palacio dorado de Godoy, los juguetes rotos de los Infantes de España y, sobre todo, el aspecto de su madre vestida de española, luciendo la mantilla y la falda de madroños. Lo cierto es que en este viaje á España empezó á despertarse una de las imaginaciones más sensibles y vivas que han existido jamás, y se inició aquel estado de perpetuo ensueño, descrito por Aurora en sus Memorias con tan singular hechizo. Es curiosa la coincidencia: las dos fantasías privilegiadas del poeta y la novelista del romanticismo, recibieron en la niñez la sacudida eléctrica de un viaje á España, peligroso y salpicado de dramáticos episodios. El recuerdo de España debió de imprimirse mejor en Jorge Sand, á causa de la muerte súbita de su padre, que á poco de regresar á Nohant, fue despedido por el indómito *Leopardo de Andalucía*, el caballo que le había regalado Fernando VII, con el fin, según creía la esposa de Mauricio, de desembarazarse de un oficial francés.

Obligada á prodigar la palabra *imaginación* para autores tan distintos entre sí como Víctor Hugo, Dumas, Sué y Jorge Sand, conviene notar que hay imaginaciones muy diferentes, si no en cantidad, en calidad; tan diferentes, por lo menos, como las inteligencias y los temperamentos. En la niñez de Jorge Sand se ve la formación y la índole de su imaginación propia, no plástica y material, hecha de imágenes como la de Víctor Hugo, sino idealista y vaga, orientada al Norte, nutrida de sueños. Todo adquiere en ella ese tinte romancesco, y su cabeza se puebla de cuentos de hadas, de leyendas mágicas, de mitología y de tradiciones aldeanas del Berry; de noche, creía ver animarse, desprenderse y luchar las figuras de bacantes y ninfas pintadas en el papel que reviste su estancia. «Mi cerebro infantil rebosaba poesía», dice sinceramente.

En esa fresca edad de la vida, en que las lecturas marcan huella indeleble como el ácido sobre el acero, es cuando cae en manos de la niña Aurora cierto libro trasconejado, *Las Batuecas*, de Madama de Genlis, institutriz y amiga de Luis Felipe. El contraste entre la inocencia y la rectitud del joven batueco que logra escaparse de su inaccesible valle y las leyes del mundo civilizado donde se encuentra, y que sancionan la propiedad y llaman robar á coger un pedazo de pan para socorrer á un hambriento mendigo, inspiró á Jorge Sand sus primeras y candorosas nociones socialistas.

Ningún crítico investigaría mejor las fuentes de una literatura y los tempranos éxtasis de una fantasía, como Jorge Sand cuando se retrata oyendo leer historias novelescas y cuentos de brujas ante la chimenea del viejo salón de Nohant. «Las mariposas—dice—flotaban ante mí. Eran bosques, ríos, praderías, ciudades de extraña y colosal arquitectura; eran pájaros de azur, púrpura y oro; eran rosas verdes y color de violeta, y yo soñaba estas rosas, porque los niños, como los poetas, se prendan de lo que no existe. Un día mis apariciones fueron tan concretas, que pregunté á mi madre si no las veía.»

La educación de Aurora en Nohant es otra batalla doméstica; su madre la deja crecer y desarrollarse fuerte y rústica como un árbol, correr por el campo, hablar *patuá* y vivir con los aldeanillos, mientras la abuela, aristocrática y solemne, quiere hacer de ella una señorita que se tenga muy derecha, cuide las manos y salude como en la corte. Aurora reniega del compás y se embriaga con la libertad agreste, pasándose las horas muertas al lado de los bueyes y los mansos borregos que vienen á comer en su mano; á la velada se extasía escuchando las consejas y cuentos de los majadores de cáñamo, y hasta dormida cree oir la paletada de las lavanderas nocturnas y el restallido del látigo del espíritu folleto. Es ya la misma que ha de escribir deliciosas geórgicas y églogas, que ha de sentir y describir la Naturaleza como nadie la había descrito, y

poner la ceniza en la frente al gran paisajista Chateaubriand, demostrando que no se necesita salir de Europa y recorrer las márgenes de los ríos americanos, y que con la verdad y la poesía, el humilde rincón de una provincia francesa encierra más hermosura. La novela *regionalista*, hoy tan difundida, está ya completa en *François le Champi* y *La mare au diable*.

Persuadida la abuela de Jorge Sand de que su nieta era un sér extraño, tan pronto zagaleja de zuecos como soñadora que escribía poesías é inventaba héroes semejantes á aquel famoso *Corambé*, ó insubordinada demagoga que sólo aspiraba á la pobreza y al trabajo, decidió ponerla algún tiempo en el Convento de las Inglesas para que se civilizase. Mas la imaginación, duende familiar de Jorge Sand en las veladas campesinas, no la abandona en el convento, al contrario. El trato con las muchachas inglesas ó irlandesas, supersticiosas y crédulas, las reminiscencias de una novela espectral de Ana Radcliffe, titulada el *Castillo de los Pirineos*, la exaltan más y más; y alistada entre los *diablos*, ó sea las alumnas revoltosas é incorregibles, dedícase con sus compañeras á buscar por los recovecos y subterráneos del convento *la víctima*, la prisionera que una constante tradición suponía emparedada en alguna celda en el espesor del muro, ó aherrojada en algún negro calabozo bajo las bóvedas. De estas expediciones sólo sacaron ropa destrozada y manchas de telarañas y yeso. Cuando la experiencia demostró á Aurora que no había tal víctima, su fantasía tomó otra dirección, su sér impresionable recibió otro impulso y la futura Jorge Sand se hizo devota. «Esto fue impensado—dice ella misma, pues me complazco en referirme á su testimonio—como pasión que de súbito se enciende en un alma ignorante de sus propias fuerzas. Había agotado el movimiento y la indisciplina; había gastado mi único cariño violento, el amor filial; necesitaba una pasión ardiente; tenía quince años, y por decirlo así, mi corazón se aburría. El ideal religioso se apoderó de mí como por sorpresa». Sorpresa tanto mayor, añadiremos, cuanto que la abuela, á un mismo tiempo aristócrata,

realista y volteriana, había hecho lo posible por preservar á la nieta de la fe, enviándola al convento sólo para que aprendiese buenos modales y la circunspección necesaria á una señorita. La fe vino, sin embargo, inundando de delicias el espíritu, y en la iglesia solitaria creyó Aurora escuchar una voz que le decía como á San Agustín nada menos: *tolle, lege*. Un torrente de lágrimas inundó su rostro; hizo confesión general, y tal fue su fervoroso misticismo, que las antiguas compañeras de *diablería* la pusieron de mote *Santa Aurora*. Ya se comprende que este estado de alma fue por desgracia asaz transitorio; sin embargo, tuvo acción directa y constante sobre las obras de Jorge Sand, que á pesar de sus alardes librepensadores, es un alma religiosa, siempre torturada por las cosas divinas, afirmativa en su exaltado deismo, discípula de Leibnitz y enemiga jurada de los escépticos. La segunda crisis religiosa de Jorge Sand se resolvió años después en el misticismo humanitario.

A la salida del convento, llega para Aurora Dupin ese período de las lecturas glotonas y sin orden, que toda mujer deseosa de instruirse atraviesa en la juventud, y que tanto influye sobre el porvenir de su inteligencia. Este período en que Aurora devoró filósofos, historiadores y poetas, le reveló su verdadero iniciador y maestro, no Leibnitz, sino el mismo que había señoreado las almas de las dos insignes mujeres que representaron en Francia á fines del siglo XVIII y principios del XIX el liberalismo: Madama Roland y Madama de Staël. «El estilo de Juan Jacobo y sus deducciones—escribe Aurora—se apoderaron de mí como una soberbia música iluminada por un radiante sol. En política me declaré su ardiente prosélita, y en religión me pareció el más cristiano de todos los escritores de su tiempo.» Así el sofista peligroso entraba en el alma de Jorge Sand por el camino que habían abierto las emociones religiosas del claustro. «No me gusta Voltaire», es el corolario natural de este entusiasmo por el escritor ginebrino.

Harto sabemos que Rousseau no produce efectos calmantes, ni enseña resignación, ni reconcilia con la vida: y si s añade á la dosis de Rousseau la lectura del *René* y de las poe sías de Byron, se comprende el acceso de tedio y desesperación que se apoderó de Aurora. Como Chauteaubriand, otro discípulo de Rousseau, llegó á sentir el impulso del suicidio, intentó realizarlo. Era la enfermedad romántica que aparecía, era el primer ataque agudo de lirismo, en quien tantos había de sufrir.

Poco después del suicidio frustrado, Aurora contrajo matrimonio con el barón Casimiro Dudevant. No fue boda de amor, sino tratada y de mutua conveniencia, que aceptó Aurora sin repugnancia y hasta con gusto, como solución apacible, que la maternidad vino pronto á adornar con santas y dulces ilusiones. Uno de los momentos más característicos de la vida de Jorge Sand, es aquel en que olvida lecturas, estudios, correrías y ensueños, y aprende á coser la canastilla de su hijo Mauricio. Mas el ardiente cariño maternal, que en Jorge Sand nunca se desmintió, no era entonces suficiente para llenar su existencia y consolarla de las decepciones del matrimonio y las agitaciones que determinaban, en la madre de veintiún años, una nueva crisis de hastío de la vida, y un ansia invencible, no de felicidad, sino de independencia, trabajo y actividad libre. Confundiendo lo moral con lo físico, los médicos dijeron entonces á Jorge Sand que padecía un aneurisma. El aneurisma era plétora de lirismo y de fantasía; era el torrente de la vida soñada, que se desbordaba allá dentro. Se ignora qué luchas íntimas precedieron á su resolución, y sólo se sabe que hacia el invierno de 1831 salió la baronesa Dudevant para París, sin más compañía que la cuna donde reposaba su hija Solange, y sin más viático que una modestísima pensión que le pasaba su marido.

Por lo general, los que todavía hablan de Jorge Sand, ó con la saña de la reprobación ó con el romancesco entusiasmo que generan ciertas reputaciones, se la representan en

este azaroso período de su vida cobijada en su bohardilla del malecón de San Miguel, y recorriendo el barrio latino vestida de hombre. Ese es el retrato de Jorge Sand, que permanece indeleble en la memoria: la cabeza de melena romántica, nvuelta en el humo del cigarro. Fue, sin embargo, un instante breve, impuesto por las circunstancias. No tuvo siquiera la extrañeza de la novedad. Hay pocas cosas nuevas bajo el sol, y en nuestra misma literatura española no faltan ejemplos de damas que anduvieron algún tiempo en hábito varonil, desde la poetisa Feliciana Enríquez de Guzmán hasta la pensadora Concepción Arenal. Sería, además, desconocer el carácter de Aurora Dupin creer que aquella excentricidad obedeció al menor deseo de llamar la atención ó de satisfacer depravadas curiosidades. Bien como para salir á cazar codornices en Nohant había adoptado las polainas y la blusa, adoptó en París el traje masculino por razones de comodidad y economía. Resuelta á trabajar y á ganarse el pan en una profesión artística, obligada á recorrer á pie las sucias calles llenas de lodo, la que ya llamaremos siempre Jorge Sand veía con terror romperse los zapatitos, estropearse en un día un sombrero de terciopelo, y se recogía á su albergue mojada, acatarrada y con la ropa perdida. De aquí salió la idea del levitón-garita, la bufanda de lana y el sombrerillo de fieltro, atavío con el cual parecía absolutamente un estudiantito de primer año. Lejos de adoptar esta vestimenta para hacerse notable, vió en ella un medio de pasar inadvertida en calles, plazas, teatros y museos. «Nadie me hacía caso ni sospechaba mi disfraz. Yo lo llevaba con soltura, y la total falta de coquetería evitaba las sospechas. Las mujeres no saben disfrazarse, ni aun en el teatro; no quieren sacrificar el talle fino ni el pie pequeño. A mí esto no me importaba; y he notado que, para pasar inadvertida en traje de hombre, es preciso no haber llamado nunca la aten ción en traje de mujer.»

Son verídicas estas confidencias: Jorge Sand, tan femenina por el sentimiento, por el instinto maternal y por la bondad,

no lo era en esas miserias humanas, que sin fundado motivo se atribuyen exclusivamente á la mujer: ni tuvo jamás presunción, ni aspiró á hacer víctimas, ni se esclavizó á dijes, trapos y chucherías; sus errores y desvaríos son sentimentales, no tienen que ver con la fatuidad. Faltóla la susceptibilidad vanidosa hasta en el terreno literario, y no conozco á nadie menos literato de profesión, menos pagado de sus obras, más inconsciente de su gloria y más sincero en el entusiasta homenaje al mérito ajeno: virtudes doblemente estimables en el autor á quien Barbey d'Aurevilly (que la detestaba), llama el éxito más grande y más fácil de todo el siglo XIX, el niño mimado del público.

Los primeros pasos de Jorge Sand como escritor, y el origen de su pseudónimo masculino, son de lo más conocido de su biografía. Luchando por la vida pintó retratos baratos y petacas de madera, y como esto producía muy poco, recordó que tenía suma facilidad para escribir, y se decidió á colaborar con Julio Sandeau en una novela, firmada con el pseudónimo mixto *Julio Sand*. Rota la colaboración, Sandeau recogió el nombre de pila y ella conservó el apellido. El primer libro que apareció firmado por Jorge Sand fue *Indiana*. Poco después siguió *Valentina*. La acogida del público á estas famosísimas novelas permitió á Jorge Sand y á su niña vivir con algún desahogo.

Por necesidad voy resumiendo esta biografía desde que empieza á ser propiamente literaria, porque la vida privada de Jorge Sand se relaciona y enlaza con sus obras, y hemos de estudiarlas después. El origen de ellas está en la niñez, que ya conocemos, y la parte acaso más digna de consideración de la vida de Jorge Sand, en otro período en que no suele fijar la gente su mirada curiosa y no siempre benévola. Me refiero á su edad madura y á su ancianidad, tan rodeadas del respeto de todos y tan conformes á sus idílicos ensueños de la adolescencia y á su ideal virgiliano.

Ni el período lírico ni el período socialista de Jorge Sand

se derivan de la época en que vestía de hombre ni de otra muy comentada en que en Venecia, al triste rumor del agua en los canales, veló á la cabecera de Alfredo de Musset, enfermo de calenturas tíficas: la verdadera substancia de los libros de Jorge Sand es su niñez y juventud, las melancolías de su pubertad, las efusiones maternales de sus primeros años de matrimonio y las desilusiones de los últimos, en que, mientras parecía entregada á una vida monástica, á los cuidados del gobierno de casa, á hacer conservas y almíbares, hervía por dentro en anhelos de independencia, y aspiraba á lejanos viajes, aventuras quiméricas y á una profesión artística ó literaria para ganarse la vida. Acaso la pasividad y el temperamento frío y tranquilo de Jorge Sand la hubiesen mantenido siempre en el camino trillado si no la sacase de quicio la compresión del aburrimiento; pero su verdadera naturaleza, apacible y morigerada, recobró sus fueros al fin y la condujo suavemente hasta los límites de una vejez gloriosa, pasada entre las satisfacciones de la familia, el trabajo y la beneficencia. Reseñemos esta última etapa sucintamente.

Asegurada ya la subsistencia con el producto de su trabajo literario, empezó para Jorge Sand la época de las influencias intelectuales y de las peregrinaciones artísticas á Italia y á Suiza. Trabó entonces amistades, no sólo con escritores y artistas insignes, como Sainte Beuve, Planche, Delacroix y Leopoldo Robert, sino muy principalmente con los filósofos y teóricos del socialismo humanitario, hacia quienes se sentía atraída: Michel de Bourges, el discípulo de Babœuf, que la convirtió; Luis Blanc; Pedro Lerox, y el ardiente apóstol Lammenais. También se atribuyó á Jorge Sand un papel político, y se supuso que era la ninfa Egeria de Ledrú Rollin. La política en ella fue como la novela: puro idealismo.

Una excursión á Suiza con Mad. de Agoult, más conocida por el pseudómino de Daniel Stern, es el último episodio de lo que podemos llamar vida independiente de Jorge Sand. Desde que, mediante continuas gestiones, hacia 1837 ó 38 una

transacción legal con su marido permite á Jorge Sand disponer de sus hijos, y la encomienda el sagrado y austero deber de mirar por su educación y su bienestar material, empieza á dibujarse, en vez de la figura del estudiantillo, otra más simpática y grave: la señora, á quien los aldeanos y los pobres llegaron á llamar *la buena castellana de Nohant*. «Encontréme hecha á la vez padre y madre—nos dice Jorge Sand;—fuerte quebradero de cabeza cuando el patrimonio no alcanza y es preciso ejercer una industria absorbente, como la de escribir para el público. No sé qué hubiese sido de mí á no haber poseído la facultad de velar mucho y el amor del Arte. ¡Cuántas preocupaciones diversas para una persona nada fértil en recursos! ¡El respeto al Arte; las obligaciones de honor; el cuidado moral y físico de los niños, que es lo primero de todo; el gobierno de la casa; deberes de amistad y cortesía; y los días tan cortos y el trabajo tan largo, y el desbarajuste que al menor descuido se apodera de la familia, de la casa, de los asuntos ó del cerebro! Hice lo que pude..... Muchos años sólo dormí cuatro horas, y otros luché con jaquecas atroces, desfalleciendo sobre la comenzada página.» Y nótese que esto lo dice uno de los escritores más abundantes, la más fácil hilandera de prosa que ha existido; una mujer capaz de escribir diez horas seguidas, sin otro descanso que el cigarrillo, en cuya humareda parecía disiparse la fiebre creadora de su inexhausta fantasía.

Por otra parte, el deber maternal era oficio propio y adecuado para la mujer que, en su corazón y á pesar de las apariencias, no fue nunca una enamorada, sino una madre. Con sus ensueños pasionales, circunscritos á la juventud, lo único que Jorge Sand sintió profundamente fue la maternidad. Todo en la autora de *Lelia* revistió esa forma característica de la mujer: fue madre en sus extravíos, en sus amistades y hasta en sus ideas políticas y sociales, de las cuales abjuraba si tenían que costar una gota de sangre; á nadie sublevaron más las atrocidades de la *Commune*. De su fondo inagotable de

maternidad brotaron sus afectos más duraderos: quiso á Michel de Bourges porque era enfermizo, y á los treinta años representaba sesenta, y se encerró con Chopín en la pavorosa soledad de la Cartuja de Valdemosa, en Mallorca, porque los médicos le juzgaban tísico, y era obra de misericordia asistirle y calmar los temores del supersticioso eslavo, que creía ver desfilar por los góticos claustros de la Cartuja, á la luz de la luna, una procesión de fantasmas. Tuvo Jorge Sand vocación de enfermera, y si no podía asistir á sus amigos, asistía y recetaba á los aldeanos. Esta viva efusión persistió en la vejez, por la maternidad doble de la abuela embelesada con los nietecillos, escribiéndoles cuentos y comedias para su teatro de marionetas.

Lo que comprobamos, pues, y no sin sorpresa, en la que los sencillos naturales de Bourges suponían vestida de colorado y con un par de pistolas á la cintura, y á quien tantos han tenido por desaforada virago, es una mujer, exageradamente mujer, con su fondo inagotable de ternura. Así lo declara la misma Jorge Sand: «Yo no soy más que una buena mujer, á quien se atribuyen ferocidades de carácter enteramente fantásticas.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).

CONCEPCIONES PENALES Y SOCIALES DE TOLSTOY

SEGÚN SU ÚLTIMA NOVELA «RESURRECCIÓN»

TOLSTOY Y SU OBRA «RESURRECCIÓN»

El mundo de las concepciones tradicionales, dominantes en la actualidad, está en verdadera crisis. Lo sabe todo el que haya ejercitado un poco su vista en mirar lo que está sucediendo. Esa crisis lo penetra todo y en todos los órdenes se manifiesta; es crisis orgánica (como por lo demás tienen que serlo todas); pero hay algunas esferas en que parece más grave y ostensible que en otras: v. gr., en lo referente á las ideas sociales. Hombres de hondo pensamiento y de trasparente sinceridad, algunos de ellos penetrados además de santa unción, han empezado á poner en tela de juicio la legitimidad y la justicia del estado social presente, con su complicado conjunto de instituciones, con ese complicado conjunto que constituye lo que ha venido llamándose y llaman muchos todavía el «orden» indefectible, absolutamente necesario, justo, hijo de la ley natural, concreción de la eterna, elemento indispensable de nuestra vida.

No es secreto ninguno para el estudioso la existencia, en el día de hoy, de almas muy grandes que reconocen una incompatibilidad irreducible, una perfecta imposibilidad de componer y concordar la vida de los hombres como tales hombres, no como cosas, animales ó esclavos, con la organización social y política presente, acompañada de sus autoridades, sus

leyes, sus ejércitos, sus tribunales, sus penas, su propiedad, etcétera; es decir, acompañada de todas aquellas cosas que de largo tiempo hace vienen siendo calificadas de «fundamentos esenciales» del orden social. Para las almas aludidas, el Estado, institución que compendia todas las otras como partes de él, es el estorbo mayor con que tropieza el progreso moral de la humanidad, es un artificio apoyado en la violencia y hecho para ejercitar la violencia, una construcción cuyo objeto no es otro que impedir el desplegamiento de las energías y cualidades nativas de los hombres, y que por lo mismo es necesario suprimir, so pena de hallarse la humanidad condenada á servidumbre perpetua. Por eso vuelven tantas gentes los ojos en nuestra época á Rousseau, sabiéndolo ó sin saberlo; á Rousseau, cuya doctrina ha sido tan mal conocida, tan mal interpretada, tan calumniada por los ignorantes y ligeros (sin perjuicio luego de seguirle en muchos extremos, en los menos aceptables y simpáticos); á Rousseau, que reivindicaba los fueros de la Naturaleza contra los convencionalismos y ligaduras artificiales que por todas partes nos rodean; que predicaba la bondad natural de los hombres y la confianza en ella; que atribuía los males sociales á aquellas ligaduras, hijas de la organización política resultante de la prepotencia de unos individuos sobre los otros. Mucha importancia se ha atribuído á los escritos de Rousseau, pero es muy posible que aún no se les haya dado toda la que merecen, á lo menos en la parte superior é íntima—que podríamos decir—de la doctrina contenida en ellos.

Todo el mundo sabe asimismo que entre los notables pensadores que preconizan la supresión de lo actual como requisito indispensable para el advenimiento del reinado de la justicia, descuella con grandísimo relieve el conde León Tolstoy, alma generosa, noble, saturada de amor al prójimo, enemigo de toda opresión. Quizá nadie representa con la fuerza que él la protesta racional, mesurada, pero viva y enérgica, contra el actual orden de cosas, y la defensa de otro orden que se

asiente sobre bases de verdad humanas, de verdad justa, no de mero nombre y en apariencia.

No ha consagrado el escritor ruso ningún volumen á la exposición concreta, exclusiva, ordenada, de sus ideas sobre los distintos problemas que vienen preocupándole, singularmente en la última etapa de su vida; ningún manual de filosofía religiosa, social, penal y artística en donde el estudioso encuentre condensada toda la doctrina que refleja el estado presente del pensamiento de Tolstoy; ese trabajo han tenido que tomárselo otros (Ossip-Lourié, Eltzbacher, etc.), sirviéndose al efecto de las muchísimas publicaciones, así de índole literaria como filosófica, en que Tolstoy ha vertido sus concepciones. Para penetrarse de la trascendental manera como el espíritu de nuestro autor se representa la vida, y del modo como han de resolverse en sentir suyo los múltiples problemas que ella envuelve, es preciso, pues, ó acudir á los resúmenes sistemáticos de referencia, ó hacerse cada cual su propio resumen leyendo con cuidado las obras del solitario de Yasnaia Poliana, y extractando y anotando los pasajes de mayor importancia.

Todavía con esto no puede uno estar seguro de haber sorprendido exactamente el pensamiento de Tolstoy. La mente de Tolstoy, como en general la de los hombres reflexivos (y podría añadirse, por cuanto no hay nadie que deje enteramente de reflexionar: y la de todo hombre, dentro de su límite), se halla en efervescencia constante, y por lo mismo, llena de contradicciones, de rectificaciones, de extravagancias y singularidades (aparentes más que efectivas). El pensamiento de Tolstoy ha ido pasando por etapas diversas en el curso de su desarrollo, y á veces parece que no son congruentes las afirmaciones hechas en un libro con las que se tropiezan en otro, escrito algún tiempo después. No es ahora el caso de detenerse á explicar el valor que ha de darse á semejantes incoherencias y contradicciones; lo que interesa por el momento consignar es que, á menudo, ellas desorientan y confunden á quien las ve *desde fuera*, á quien sólo percibe la existencia de dos

estados mentales que, según el criterio del que juzga (es decir, en *su* mente), son antitéticos, por no haber podido asistir al proceso interior que ha ido produciéndolos en el alma de aquel á que pertenecen, y donde, por lo mismo, constituyen términos esenciales de una misma serie. Lo mejor, en tales casos, es atenerse á las publicaciones más recientes, que serán las que con mayor fidelidad ofrezcan el estado mental del escritor en el momento de que se trata. De aquí la gran importancia de la novela última de Tolstoy, *Resurrección*, como fuente informadora del pensamiento presente de su autor.

Porque aun cuando *Resurrección* es una novela, no por eso deja de ser bastante más que una simple novela; es un libro en que el pensador ruso esparce lo más esencial de su doctrina, y del que se sirve para propagarla en forma de obra de arte, amena y agradablemente, con mucha mayor eficacia, por lo tanto, desde el punto de vista de la extensión, es decir, del número de personas á quienes alcance, de la que habría obtenido publicada en forma distinta, v. gr., en la filosófico-literaria de otros libros del mismo autor, tales como *En qué consiste mi credo*, *El reino de Dios está en vosotros*, etc., etc. En *Resurrección*, la trama novelesca, lo que se dice el argumento, tiene mucho interés, como tal argumento, como simple ficción, además de tener mucha miga; está, por otra parte, desarrollado con gran maestría, y con tal arte y tal sobriedad, que no hay una sola página que aburra ó fatigue, cosa difícil y sumamente rara en obras de esta clase. Pero lo principal no es la fábula. Antes bien, ésta no es sino un simple pretexto para ir entremezclando en ella las disertaciones que la acompañan, y que Tolstoy pone en boca de algunos personajes, sobre todo, del príncipe Nekliudoff, el protagonista, cuya historia externa é interna, podríamos decir, se parece tanto á la del propio Tolstoy, que en parte cabría considerarla como una autobiografía. Las ideas de Nekliudoff son las de Tolstoy, y el camino por donde llegó hasta ellas, muy análogo á aquel que ha recorrido Tolstoy. En vista de lo dicho, no es el esqueleto

de la construcción, la armadura, lo que más interés debe despertar en los lectores de *Resurrección,* sino el relleno, el tejido muscular, si cabe llamarlo así, la paja (que aquí se convierte realmente en grano); al menos, tal ha debido ser el propósito con que el autor ha dado á luz su libro, una novela, cuando hacía ya tiempo que había abandonado este género de publicaciones.

Nosotros queremos ahora, en el presente artículo, exponer las principales concepciones sociales y, sobre todo, penales, de Tolstoy, según aparecen en *Resurrección;* al efecto, reproduciremos los párrafos más esenciales, sirviéndonos casi siempre de las mismas palabras que Tolstoy emplea.

ESTADO DEL ESPÍRITU DE TOLSTOY

La mentalidad de Tolstoy (como diría un psicólogo) es en el día de hoy muy distinta de la que suele tener la generalidad de los hombres. Estos, aun los que pasan por más avisados y radicales, no se atreven á pensar que nuestra vida, la vida social, pueda existir en otras condiciones sino en aquellas precisamente que constituyen la base de la vida actual. No son capaces de representarse que fuera de ellas sea posible el orden, y por lo mismo, juzgan que el «orden» presente es inmutable, necesario, inatacable, so pena de perecer. Tolstoy está muy lejos de pensarlo así. Para él, por el contrario, la forma presente de la vida es irracional, inhumana, injusta, anticristiana, y por eso debe acabarse con ella y reemplazarla por otra, de la que brotará el verdadero orden, aquel orden en que reinará la suprema ley de Cristo, la ley del amor, y en que, por consiguiente, no podrá existir ninguna de las mil y mil variedades de violencia de que actualmente se hace uso bajo los nombres de penas, de imperio de la ley, etc. Actualmente, en las sociedades que se llaman cristianas, se aplica á cada paso la violencia, no sólo por los individuos en forma de

venganza, de opresión, de delito, sino por el mismo Estado en forma de lo que se dice la justicia; Tolstoy, en cambio, piensa que la clave de todas las enseñanzas de Cristo se halla en el precepto que manda no aplicar nunca la violencia, ni siquiera para resistir al mal.

Tolstoy se da perfecta cuenta de esta contradicción entre sus ideas y las de la casi totalidad de los demás hombres, y se pregunta, como es natural, si serán éstos los equivocados ó lo será él. Nekliudoff, después de haber estado, durante tres meses, presenciando lo que sucedía en las cárceles y en las conducciones de presos, á quienes se trataba peor que los hombres rudos suelen tratar á las bestias, golpeándoles y dejándoles morir inhumana y despiadadamente; después de haber estado durante ese tiempo «viendo todas las variedades del sufrimiento y de la humillación, y asistiendo día por día al espectáculo de aquella tortura, y advirtiendo cómo se complacen unos hombres en atormentar á los otros, se había preguntado lo menos veinte veces: «¿Soy yo quien está loco y ve las cosas de distinta manera que los demás, ó, por el contrario, están locos los demás, aquellos que ejecutan ó toleran las cosas que yo veo?» Los demás hombres demostraban tal unanimidad, no solamente en tolerar esas cosas que tanto horrorizaban á Nekliudoff, sino en considerarlas necesarias é importantes, que no podía admitirse que todos estuviesen locos; y, por otra parte, no podía creer tampoco que, razonando como razonaba, y pareciéndole sus ideas claras y ordenadas, el loco fuera él. De manera, que no sabía nunca á qué carta quedarse» (1).

CAUSAS

Verdaderamente, la duda es atormentadora y está muy en su lugar. Está muy en su lugar, porque quien quiera que conozca un poco lo que se hace en los pueblos que se dicen civi-

(1) *Resurrección*, trad. esp., t. III, pág. 105.

lizados en materia de administración de justicia penal, y haya reflexionado sobre el asunto, no podrá menos de preguntarse con Nekliudoff y con otras gentes, no tan sólo si es justo (con justicia abstracta) y humano, sino ni siquiera útil para el bienestar social (ó sea justo realmente) lo que se viene haciendo con los individuos calificados de delincuentes, de perturbadores, de infractores del orden; no podrá menos de preguntarse si los tribunales y las penas sirven para suprimir, ó amenguar al menos, los delitos, ó si sirven para aumentarlos; si con tales instituciones se echa aceite al fuego, en vez de agua.

Nekliudoff «veía cada vez más clara la significación de lo que había presenciado durante aquellos tres meses»; que es lo mismo que puede presenciar cualquiera en nuestro país, donde se cometen bajo este respecto, como bajo mil otros, tantísimos horrores. La significación de lo que había visto, acompañando durante el tiempo dicho á los prisioneros y compartiendo su vida, aun cuando como hombre libre, era la siguiente, resumen de los efectos que produce, según Tolstoy, la cárcel: «Tenía [Nekliudoff] la impresión de que entre cuantos hombres viven en libertad, la magistratura y la administración escogían los más ardientes, los más despiertos, en una palabra, los más listos, pero los menos prudentes y astutos; y que esos hombres, sin ser más culpables ni más peligrosos que los que estaban en libertad, se veían de continuo en prisiones, en presidios, en conducciones, donde se les obligaba á estar por espacio de años en la más completa ociosidad, lejos de la Naturaleza, de la familia y del trabajo; es decir, fuera de todas las condiciones normales de la vida humana. Nekliudoff comprendió también que esos hombres estaban sometidos en las prisiones, presidios y conducciones, á una serie de humillaciones (1)—grilletes en los pies, esposas, cabeza afeitada,

(1) Que les convierten en verdaderos esclavos. Un profesor de Gratz, Julio Vargha, demuestra en su obra *La abolición de la servidumbre penal (Die Abschaffung der Strafknechtschaft,* t. I, 1896) que los encarce-

traje de presidiario—que no tenían otro objeto que destruir en ellos lo que constituye los principales móviles de la vida moral para la gran mayoría de los hombres, á saber: la preocupación del respeto ajeno, la vergüenza, el sentimiento de la dignidad humana. Veía, asimismo, Nekliudoff que, exponiendo á esos hombres á un peligro constante de enfermedad ó muerte, se les colocaba en esa disposición de ánimo en que el hombre mejor y más moral se ve impelido, por el instinto de conservación, á cometer y justificar los actos más crueles é inmorales. Advertía el príncipe también que, obligando á esos hombres á soportar día y noche la compañía de seres depravados por completo—asesinos, ladrones, incendiarios,—se les obligaba á soportar asimismo el contagio de esa depravación. Decíase Nekliudoff, por último, que, tratando de la manera que se trataba á esos hombres, entregándose para con ellos á toda clase de medidas monstruosas, separando á los padres de los hijos y á los maridos de sus esposas, ofreciendo un premio á los denunciadores, era como si se hubiese tratado de probar á esos hombres que *todas las formas de la violencia, de la crueldad, de la brutalidad, no solamente no debían ser prohibidas, sino que estaban recomendadas por la ley,* puesto que daban provecho: de donde surgía la conclusión que *todas esas cosas debían ser particularmente permitidas á hombres priva-*

---

lados son actualmente los representantes de los antiguos esclavos, desprovistos de personalidad como éstos, encadenados como éstos á la ergástula, sin libertad para nada, con trajes y señales especiales, deshonrosos..... Cuando yo ví á los presos de la prisión celular de una capital extranjera, metidos en cajones para que no se vieran ni se comunicaran entre sí, con trajes humillantes, uniformados, sin voluntad ni iniciativa para nada, me produjeron el efecto de una *ménagerie.* ¡Y eso que estaban en la escuela! Adviértase que esto sucede en las mejores prisiones (acabo de verlo también en la tan famosa como celebrada prisión celular de Lovaina, admirable bajo otros respectos)..... que si vamos á las *peores,* como las de España..... Razón mil veces tienen Tolstoy, Kropotkine y otros con ellos, para dudar de la legitimidad y conveniencia de tales instituciones, ó para negárselas del todo. Aquí hay un problema muy grave.

dos de su libertad y sumidos en la más tremenda de las miserias. Diríase, pensaba Nekliudoff, que ese conjunto de medidas fue exprofeso inventado *para propagar la depravación y el vicio entre los hombres más fuertes de la nación*, con el fin de que la depravación y el vicio *se extendiesen luego por la nación entera. Cada año, millares de seres humanos resultan pervertidos de ese modo, despojados de sus sentimientos naturales, impulsados á practicar las acciones más monstruosas; y cuando se les ha pervertido por completo, se les suelta para que puedan diseminar por todo el país los gérmenes infames de que se les impregnó.* En la prisión había visto Nekliudoff naturalezas sencillas, ni buenas ni malas, penetradas de las tradicionales nociones morales del aldeano y del cristiano, que, poco á poco, se habían despojado de esas nociones para adquirir otras que consistían en admitir la legitimidad de toda violencia y de toda deshonra. *Ante el espectáculo de los tratamientos infligidos á los prisioneros, aquellas naturalezas habían acabado por creer falsos todos los principios de justicia y de caridad que su religión les había enseñado, y dedujeron que estaban autorizados para olvidar y dejar de seguir aquellos principios»* (1).

EL PROBLEMA PENAL EN «RESURRECCIÓN»

Teniendo en cuenta estos efectos de la vida de la cárcel sobre los prisioneros, y otras cosas que después se dirán, compréndese muy bien que Tolstoy se preocupe tanto del problema de la administración de justicia penal. Tal problema es el que le ha tenido absorto el pensamiento al escribir *Resurrección*, el que se propone plantear y resolver en esta novela, aquel á que se hallan subordinados todos los otros que, con mayor ó menor insistencia, son en la misma objeto de alusiones. El problema penal, según puede hoy estudiarlo un pena-

(1) *Resurrección*, t. III, págs. 105-107.

lista de profesión, se halla indicado en el libro dicho en sus puntos más esenciales.

FUNDAMENTO DE LA PENA

En primer término, lo referente al derecho de castigar, ó sea á la llamada legitimidad de la función primitiva. Sobre esto se expresa Tolstoy con mucha claridad y resolución: nadie puede, ni debe, según él, imponer penas á sus semejantes, y el imponerlas produce, además de injusticias, verdaderos é innumerables daños sociales. Véase lo que escribe tocante al particular: «Nekliudoff anhelaba saber *en virtud de qué derecho* funcionaba, de dónde provenía aquella *extraña institución* llamada tribunal penal, del que eran resultado directo las cárceles con sus habitantes y los innumerables puntos de reclusión, empezando por la fortaleza de Petropaulows, y concluyendo por Sackalin, donde languidecían millares de víctimas de aquella institución penal» (1). Y en otra parte: «*¿Por qué y con qué derecho* unos pocos hombres se arrogan el poder de encarcelar, castigar, atormentar, pegar, desterrar y condenar á muerte á sus semejantes, siendo así que ellos *no difieren* de los que por su orden son castigados, encarcelados y desterrados? A cambio de una respuesta precisa á esta pregunta, encontraba Nekliudoff [en los libros] un cúmulo de disertaciones: si existe ó no el libre albedrío; si de la capacidad del cráneo de un individuo se puede deducir su culpabilidad; qué importancia tiene la herencia del delito; si existe un delito y una inmoralidad innatos; qué sean la moralidad, la locura, la degeneración, la índole; qué influjo pueden ejercer sobre el delito el clima, la ignorancia, el espiritu de imitación, el hipnotismo, etc., etc.» (2). «Los libros enseñaban á Nekliudoff que

(1) *Ob. cit.*, t. II, págs. 165-66.
(2) *Ob. cit.* t. II, pág. 170.

aquel conjunto de medidas cuyas tristes consecuencias tenía ante los ojos se justificaba por la necesidad de apartar de la sociedad á algunos miembros peligrosos *para asustarles y corregirles. Pero esto no resultaba de acuerdo con la realidad.* En vez de apartar de la sociedad á los individuos peligrosos, *lo que se hacía era propagar la depravación.* En vez de asustar á esos hombres, no se hacía sino *darles alas, ofreciéndoles continuos ejemplos de crueldad y de inmoralidad y asegurándoles una vida ociosa, de pereza y disipación, que les gustaba lo suficiente para que una porción de vagabundos solicitara su admisión en las cárceles.* En vez de corregir á los individuos peligrosos, no se hacía sino *contaminarles sistemáticamente el germen de todos los vicios.* Y lo que más le asombraba, era que todo aquello no se hacía de un modo provisional, sino de una manera continua y meditada, desde hacía muchos siglos...» (1). Sabia además Nekliudoff, por experiencia, que «aquel mal crecía de año en año, á pesar de los llamados progresos de la sociedad» (2). «A medida que estudiaba más de cerca las cárceles y las conducciones de penados, iba comprendiendo Nekliudoff que todos los vicios de éstos, el juego, la embriaguez, la violencia, el impudor, no eran, de ningún modo, la manifestación de un pretendido «tipo criminal», inventado por los sabios que tiene á su servicio la autoridad, *sino la consecuencia directa de la aberración monstruosa, en virtud de la cual ciertos hombres se habían arrogado el derecho de juzgar y castigar á otros hombres*» (3). «La objeción ordinaria que consistía en preguntar qué es lo que en otro caso habría de hacerse con los ladrones y los asesinos, *no tenía ningún peso para Neklindoff.* Esa objeción únicamente hubiese tenido sentido, si los castigos produjeran una disminución de crímenes y corrigiesen á los criminales; pero *la experiencia demostraba á Nekliudoff*

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 108.
(2) *Ob. cit.*, t. III, pág. 109.
(3) *Ob. cit.*, t. III, pág. 109.

que sucedía lo contrario. Hacía muchos siglos que se dedicaban los hombres á perseguir el crimen; pero ¿lo habían suprimido, ni atenuado siquiera? Lejos de ello, *contribuyeron á esparcirlo*, depravando á los presos por las condenas que hacían sufrir á los prisioneros, *añadiendo á los crímenes de los ladrones y asesinos, los de esos criminales que se llaman magistrados, fiscales, jueces de instrucción, verdugos, policías y alcaides*» (1).

EL CONCEPTO DEL DELITO

Son varios los pasajes de *Resurrección* en que Tolstoy indica con claridad suficiente que el delito es producido por la ley (2), que su concepto es relativo, que la lucha de clases existe en el orden penal, ó lo que es lo mismo, que los dominadores crean los delitos y castigan á los que los cometen, para mantenerse ellos en el poder; y en suma, que aquí, como en tantas otras cosas, los criterios de los individuos son muy varios, predominando el de los que disponen del poder, los cuales imponen violentamente su criterio á los demás.

Ya hacia el final de la novela, un viejecito que aparece en ella como un meteoro, y con el cual se tropezó Nekliudoff primero en una barca y después en la cárcel, donde estaba detenido por vagabundo, dijo al príncipe, entre otras buenas cosas, lo siguiente: «¡La ley! ¡Ah! ya puedes hablarme de la ley.

---

(1) *Ob. cit.*, t. III, págs. 156-57.

(2) Exactamente lo mismo que dijo en su día Bentham y que posteriormente han repetido no pocos sociólogos, tales como Gumplowicz, Vaccaro, etc. Según Bentham, la ley, al prohibir ciertos actos, los convierte en delitos, como ella es también la que crea los derechos y las obligaciones. (*Idea general de un cuerpo completo de legislación*, en los *Tratados de legislación civil*, tratado cuarto, tomo IV, cap. II, pág. 20 de la traducción esp. de los *Tratados de legislación civil y penal*, por Bentham, con comentarios, por D. Ramón Salas. Madrid, 1822). Cosa muy semejante dicen también los demás autores aludidos.

Empezó por apoderarse de la tierra, despojó á los hombres de todas sus riquezas, suprimió á los que le oponían resistencia; y en seguida escribió prescripciones para decir á los hombres que no se debe robar ni matar» (1). «El fin de los tribunales, dice Nekliudoff, es *el mantenimiento de los intereses de clase. El tribunal es un medio cómodo, creado á propósito para proteger un orden de cosas ventajoso para la clase que está en el poder.* El tribunal tiene por objeto la conservación de la sociedad *tal y como al presente está constituída.* De aquí proviene que persiga y castigue, así á quien está por cima del nivel común y quiere elevar á la sociedad á su altura (2), como al que está por debajo de ese nivel (3)... Os aseguro que conozco personas *infinitamente superiores á los jueces que las condenan*» (4). «La sociedad se asombra en presencia de los ladrones y los asesinos que se alaban de sus atrocidades; *pero es porque el número de los ladrones y asesinos es relativamente pequeño y porque los que juzgan tienen distintos puntos de vista que los juzgados.* ¿No sucede acaso un hecho parecido entre los ricos, que alaban sus propias riquezas, las cuales *son producto del robo;* entre los generales, que alaban sus victorias, las cuales *no difieren en nada de un asesinato;* entre los poderosos, *que deben el poder á una supercheria?* Si en esos no advertimos la perversión de sus ideas, es sin duda porque el círculo de personas que profesan tales ideas es más vasto, y *porque nosotros mismos formamos parte de él*» (5). E inmediatamente añade lo siguiente, que aplica á los delincuentes de profesión: «Comúnmente se cree que el ladrón, el asesino y la prostituta deben avergonzarse de su género de vida. No es así. Las personas que por azares de la suerte ó por erro-

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 149.
(2) La llamada *criminalidad evolutiva.*
(3) La llamada *criminalidad atávica.*
(4) *Ob. cit.*, t. II, pág. 186.
(5) *Ob. cit.*, t. I, pág. 182.

res propios llegan á una falsa posición *se connaturalizan de tal modo con ella,* que no hay quien les quite de la cabeza que *su oficio es bueno,* y para confirmarse en tal opinión, se mantienen dentro de los círculos que están formados por sus iguales y donde se aprueban altamente sus acciones» (1).

Este fenómeno de automorfismo es muy común: creemos que ha de ocurrirles á los demás lo que á nosotros nos ocurre; que han de ver las cosas lo mismo que nosotros; que han de estimar bueno ó malo lo que estimemos nosotros; y cuando nos tropezamos en la vida con que no es así, tachamos de equivocadas, de perjudiciales, de perniciosas, de criminales, las ideas y acciones *de los demás*, erigiendo las nuestras en criterio y tipo de bondad, racionalidad y justicia; y perseguimos y castigamos, si podemos (ó al revés, somos castigados y perseguidos cuando otros pueden más que nosotros), á los que piensan y obran de diferente manera que pensamos y obramos nosotros. Tolstoy se da muy bien cuenta de esta relatividad y carácter impuesto del concepto del delito (como en general de todos los conceptos), lo cual no es, por desgracía, frecuente.

LAS CAUSAS SOCIALES

Tiene Tolstoy la convicción perfecta de que todos los males sociales, y entre ellos los delitos, son un producto necesario del ambiente social, de nuestra detestable organización social, de la organización viciosa que consiente y exige la existencia de un Estado y un gobierno cuyo fundamento es el ejercicio de la violencia, que consiente la existencia de tribunales, cárceles, autoridades, propiedad individual, etc. Ya desde las primeras líneas de *Resurrección* aparece esta idea, al hablar de la madre de Katiuscha y de las condiciones domésticas y sociales en que esta última tuvo que criarse; y no la

(1) *Ob. cit.*, t. I, pág, 182.

abandona hasta terminar la obra. Al final de esta, cuando Nekliudoff reflexionaba á solas en su cuarto sobre lo que había visto en la cárcel, comprendió que el verdadero problema para él no era el de Katiuscha, *sino otro*; otro más hondo y general. «Sentía Nekliudoff que estaba en presencia de algo *espantosamente malo* que tenía el deber de destruir y que no sabía cómo destruir. Esa maldad fue la que en otro tiempo le perdió á él mismo, la que perdió á Katiuscha [convirtiéndola de buena y sencilla, en mala y en prostituta], la que acababa de perder al querido y admirable Kriltzoff, que dormía allá abajo en compañía de desconocidos cadáveres» (1).

El influjo de la causalidad social como determinante única de los delitos es cosa en que insiste muchísimo Tolstoy. En el tomo primero la pone bien de manifiesto. En el segundo también, al presentarnos la clasificación de los delincuentes, clasificación de que se hablará después, hace consistir la quinta categoría de los mismos en «individuos respecto de los cuales *es la sociedad más culpable frente á ellos que ellos lo son frente á la sociedad;* gente *abandonada á sí misma,* que ha vivido entre innumerables vicios y tentaciones, *embrutecida por la opresión incesante*, cual acontecía con centenares de hombres y de mujeres que Nekliudoff encontrara en las cárceles y fuera de ellas, quienes, *por las condiciones de vida en que se hallaban, debían, fatal y lógicamente, ser arrastrados* Á ESO QUE LLAMAN DELITO... A esta categoría de delincuentes pertenecían también aquellos individuos depravados y corrompidos, con los cuales la nueva escuela antropológica ha constituído el tipo del delincuente nato, cuya existencia en el seno de la sociedad se cita como prueba irrefragable de lo necesarias que son las leyes penales y el castigo. Esos seres llamados delincuentes natos, caracteres morbosos, degenerados, debían, según Nekliudoff, inscribirse en el número de aquellos *con relación á los cuales es más culpable la sociedad que ellos para con la*

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 152.

misma, con la sola diferencia de que la sociedad, si no es responsable de su presente, lo es de lo pasado, de un pasado ya lejano, cuanto permitía que sus progenitores se envilecieran» (1).

Tolstoy cita varios ejemplos de esta clase de delincuentes. Uno de ellos es Ocholin, «ladrón reincidente, hijo natural de una mujerzuela, crecido en la más profunda abyección, formando parte de una asociación de malhechores desde su primera juventud, pasando las noches en un albergue baratísimo, y que evidentemente *á los treinta años no había encontrado todavía en su camino una persona de corazón recto y virtuoso.*» Otro ejemplo es el de Fedoroff, «hijo de un aldeano *ilegalmente despojado de su cabaña*, y que durante el servicio militar había sido castigado porque se enamoró de la amante de un oficial. Buen mozo, naturaleza fogosa y apasionada, quería á toda costa gozar de la vida y creía tener derecho para ello, porque *no había visto nunca á nadie que no hiciera lo que podía reportarle placer*, y porque *nadie le enseñara jamás que la vida tenía un fin más alto que la satisfacción de los propios apetitos.*» Estos delincuentes (y otros en situaciones semejantes) le parecían á Nekliudoff naturalezas fecundas, exuberantes de fuerza, pero *deformadas por el abandono, como deformes crecen los árboles descuidados por el jardinero*... Aquellos *desgraciados* le causaban repugnancia, pero una repugnancia que *no diferia en nada* de la que le inspiraban otros seres estúpidos que encontraba fuera de la cárcel con trajes espléndidos, con condecoraciones brillantes, en funciones y bailes. *¿Por qué, pues, todos esos infelices estaban recluídos en la cárcel, en tanto que otros que no diferían nada de ellos paseaban libremente y hasta llegaban á arrogarse el derecho de juzgar á los primeros?*» (2).

Ninguna duda puede ofrecerse, en vista de lo dicho, de que para Tolstoy, de los hechos que las leyes califican de delitos y

(1) *Ob. cit.*, t. II, págs. 167-68.
(2) *Ob. cit.*, t. II, págs. 168-69.

como tales castigan, no es posible considerar culpables á quienes los cometen, sino á otras causas que residen fuera de ellos. A ellos no se les puede considerar, según el escritor ruso, más que como instrumentos y víctimas de semejantes causas. «Bien sabía Neklindoff que, *dado el ambiente en que se había desarrollado la vida de aquellas personas* [de los presos], ERA MATERIALMENTE IMPOSIBLE *que dieran mejores frutos* [de los que daban]» (1).

No hay que decir cuáles son las consecuencias que de aquí deben sacarse; que saque cada cual las que bien le plazca.

CLASES DE DELINCUENTES

Corrobora la concepción que del delito y del delincuente tiene Tolstoy, la clasificación que hace de estos últimos. Nekliudoff dividía los que había visto en la cárcel, en las cinco categorías siguientes: 1.ª, personas *inocentes del todo* (como la Katiuscha), víctimas de errores judiciales (representa esta clase sobre un 7 por 100 de los penados); 2.ª, gentes que cometieron sus delitos en circunstancias puramente ocasionales y accidentales, como por influjo de una excitación de ánimo, de la pasión, de los celos, de la embriaguez, etc., circunstancias en las que *también hubiesen delinquido los mismos que juzgaban y condenaban* (esta clase—dice Tolstoy—comprende un 50 por 100 de la población de las cárceles); 3.ª, personas que, *según sus ideas,* no habían cometido culpa alguna, *pero que las personas extrañas á su vida, y los legisladores, consideran como delitos* (2): aquí estaban comprendidos los contrabandistas, los autores de hurtos de leña en prados y montes ajenos,

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 63.

(2) Corroboración de lo dicho anteriormente, ó sea que, para Tolstoy, el concepto del delito es *relativo* al punto de vista de cada cual y además *impuesto*, pues los dominantes hacen pasar por delictuosos aquellos actos que ellos creen malos por oponerse á sus intereses, y como tales los castigan. Cambie de manos el poder, y el concepto del delito cambiará igualmente.

los descreidos que roban las iglesias, y otros análogos; 4.ª, hombres *moralmente superiores al nivel medio de la sociedad,* y que *las demás personas* reputan ser delincuentes (1): tales como los miembros de sectas religiosas perseguidas, los polacos y circasianos, los presos políticos, los socialistas, los obreros huelguistas, los defensores de su propia independencia, etcétera; 5.ª, la de aquellos individuos de que hemos hablado anteriormente.

JUICIO SOBRE LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

Ya puede suponerse qué es lo que pensará Tolstoy acerca de la administración de justicia penal, de eso que nosotros solemos llamar «función augusta», «escudo de libertad», «garantía del orden», «salud de los pueblos» y otras cosas semejantes. Tolstoy habla largamente de ella en muchos sitios de su obra; en los tomos primero y segundo hace una pintura muy viva y muy exacta de todo su mecanismo y funcionamiento, así como de las «figuras» encargadas de moverlo. La califica de «comedia» (2), describiendo á los *actores* tan magistralmente, que cuantos lo lean estarán diciendo para su capote, aunque *ad extra* aparenten indignarse: «exacto, muy exacto; el magistrado tal, el fiscal cual, son los que yo conozco y hacen lo que yo sé muy de sobra; son unos canallas ó unos vividores, sin moralidad alguna, si bien aparentan otra cosa; hacen á regañadientes y mal, sólo por la paga, lo que hacen; de ciento, una vez aciertan, ni á ellos les importa acertar ó equivocarse; son máquinas de juzgar, sin alma, y juzgan y condenan como máquinas, con el mismo fervor por su obra que las máquinas, enterándose y procurando enterarse de lo que hacen igual que las máquinas; tirando á acabar pronto, cuanto más pronto mejor, para ir á ver á la institutriz que les

(1) Repítese la nota anterior.
(2) *Ob. cit.*, t. I., pág. 150.

espera y con la que están en relaciones ilícitas.....» Tal es la magistratura que nos fotografía Tolstoy, magistratura que se parece á la de por acá como un huevo á otro huevo. Y como la magistratura son los fiscales, los directores de cárceles, los gobernadores, todos cuantos tienen intervención, como autoridades, en la llamada administración de justicia.

El ejercicio de la autoridad perjudica de un modo atroz; deforma el alma de aquellos á quienes se halla encomendado. Pensaba Nekliudoff que «los oficiales y los carceleros eran quizá buena gente *antes de tener tal empleo,* pero las *exigencias del servicio les han convertido en seres despiadados... Toda esta gente es tan inaccesible á la piedad* como lo es al agua la tierra recubierta de guijarros. Quizá tales guijarros sean necesarios; pero aquella tierra despojada de vegetación y que hubiese podido producir grano, yerba, arbustos y árboles, como los que coronaban las colinas, le inspiraba profunda tristeza... Esos gobernadores y funcionarios *admiten como ley algo que no lo es y desprecian y desconocen la ley suprema, eterna, indiscutible, que Dios ha grabado en el corazón de los hombres.* Quizá esta es la causa del malestar que siento entre ellos; me dan miedo; *son terribles, mucho más terribles que los mismos asesinos,* porque éstos, al fin y al cabo, pueden experimentar compasión, pero aquéllos son refractarios á la piedad, como las rocas lo son á la vegetación... Creo que planteado el problema psicológico: ¿cómo pueden hacer daño hombres de sentimientos religiosos y de buena índole, sin experimentar remordimientos?, no puede solucionarse sino de esta manera: *basta hacerles gobernadores, alcaides, carceleros, oficiales; basta que crean que existe una condición, la de funcionario del Estado, para imaginar que les es lícito tratar á las personas como objetos* y para que estimen que la responsabilidad de sus actos no recae sobre un funcionario aislado, sino sobre la masa entera» (1).

Un famoso abogado decía á Nekliudoff: «Sabed que jue-

(1) *Ob. cit.*, t. II, pág. 234-35.

ces, fiscales y magistrados no son sino *empleados que esperan el sueldo á fin de mes, y para ganar ese sueldo acusan, juzgan y condenan al lucero del alba»* (1). ¡Qué grandes verdades estas; pero verdades bien tristes, de esas que «manan sangre», según suele decirse por ahí!

La administración de justicia es, en sentir del autor de *Resurrección,* «una comedia». Pero una comedia que termina generalmente en tragedia; una representación teatral que causa multitud de víctimas. «Por regla general, los actos de los tribunales resultan casi siempre *injustos y crueles»* (2). El modo de tratar á los delincuentes políticos se parecía «al modo como se pescan los peces en los estanques: después de echar la red, se tira sobre la arena todo el pescado y se guardan los peces grandes sin inquietarse por la morralla que muere en el fango. De igual manera se procede en la pesca de los revolucionarios: se prende á ojos cerrados, por centenares, aun cuando haya personas inocentes de un modo manifiesto; se las guarda, á veces durante años, en las prisiones hasta que enferman, ó enloquecen, ó se matan. La suerte de esas personas depende del capricho ó del humor de un jefe de policía, de un fiscal, de un juez de instrucción, de un gobernador ó de sus ministros». El autor se detiene á demostrarlo (3).

Cuando Neckliudoff tuvo que asistir al tribunal en calidad de jurado (donde por cierto comenzó á volver en sí, á medir la trascendencia de su pecado con Katiuscha, y consiguientemente á emprender el camino de su regeneración, de su *resurrección),* experimentaba tal repugnancia y tanto disgusto en presencia de aquello que se llamaba la administración de justicia, que trató de renunciar su cargo. «El motivo de ello era que *consideraba cada sesión del tribunal, no sólo inútil, sino indigna»* (4).

(1) *Ob. cit.,* t. II, pág. 60.
(2) *Ob. cit.,* t. II, pág. 189.
(3) *Ob. cit.,* t. III, págs. 40 y siguientes.
(4) *Ob. cit.,* t. I, pág. 152.

Tampoco inspira la tal administración de justicia más confianza y apego á aquellos que tienen que acudir á ella en demanda de protección. Al preguntarle en el tribunal á la víctima de un hurto si éste tenía importancia para ella, contestó, desalentada: «¡maldito lo que me importan esas cosas! Si hubiese sabido que me tenían que dar tantos quebraderos de cabeza, *no sólo no me hubiera querellado, sino que hubiese pagado algo para evitarme tantas molestias*» (1).

De gentes que piensen como el que así hablaba, y piensen de tal modo por obligarles á ello una triste experiencia, está el mundo lleno. Ya Cerdan de Tallada advertía que mientras en el tribunal de la penitencia se resolvían multitud de cuestiones graves en media hora, cuando se trata de las que se ventilan en el foro externo, suelen eternizarse por la complicación de que se las rodea. Bentham y otros muchos han censurado también esta complicación, que no puede desconocer nadie. Lo cual es una de las causas—no la única—por la que la justicia se ha hecho odiosa.

REACCIÓN CONTRA LAS INJUSTICIAS

Piensa Tolstoy que no tiene nada de extraño el que, en presencia de tales iniquidades, haya personas de buen corazón y de gran inteligencia que se conviertan en revolucionarios. Kriltzoff, el pobre tísico, alma noble, que vino á morir en la cárcel, dijo á Nekliudoff que se había hecho revolucionario desde el día en que, estando preso, supo que habían ahorcado á Lozinsky y Rosenberg, dos jóvenes, polaco el primero y judío el segundo, este último un niño de quince años, y los cuales no habían hecho otra cosa que repartir unas proclamas polacas (2). Añadía que «si le hubieran dado una segunda

(1) *Ob. cit.*, t. I, pág. 147.
(2) *Ob. cit.*, t. III, págs. 45 y sigs.

vida, *la empleara de igual manera en derribar un estado de cosas que permitía tantas injusticias y crueldades*» (1).

QUÉ DEBE HACERSE

¿Qué hacer, por consiguiente, con los malos, con los criminales, con los perturbadores del orden? Desde luego, no castigarles, sino perdonarles hasta *setenta veces siete*, tratarles como á hermanos, según enseñó Cristo. El cual nos dijo que no debíamos resistir al mal con la violencia. Este precepto, que es, según Tolstoy, la clave para interpretar todo el Evangelio, todos los demás preceptos contenidos en éste, en especial en el sermón de la montaña, es lo que debemos poner en práctica para hallar el reino de Dios. Búsquelo cada cual en sí mismo, regenérese interiormente, obre como cristiano de verdad, no use de prepotencia sobre los demás hombres, y todo andará bien. Tal es la idea del apóstol ruso.

«*Dios sólo es quien sabe castigar y recompensar*—le dijo á Nekliudoff el viejecito antes citado.—*Nosotros no sabemos*» (2). Por consiguiente, no debemos hacerlo.

Cuando Nekliudoff, después de conocer la vida de la cárcel *de visu*, «sentía hallarse en presencia de algo espantosamente malo que tenía el deber de destruir» y buscaba el medio para conseguirlo, vino á comprender que «el *único remedio* para el mal que padecen los hombres consiste en que estos reconozcan en todo caso que tienen una deuda para con Dios, y por consiguiente, que *no les corresponde derecho alguno para juzgar ni castigar á los demás hombres.*» «Todo el mal proviene de que los hombres han emprendido una cosa imposible: *siendo malos ellos mismos, quieren corregir á los demás. Hombres viciosos intentan corregir á hombres viciosos.* Y de esta ma-

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 49.
(2) *Ob. cit*, t. III, pág. 150.

nera, sólo consiguen propagar el vicio, en vez de desarraigar lo; estando ellos corrompidos, lo que hacen es esparcir en torno suyo su propia corrupción» (1).

No es la aplicación de las penas, no es la violencia en todas sus formas lo que mantiene en paz á los pueblos y conserva el orden en los mismos; sino el amor, la ley cristiana del amor, tan olvidada por los hombres que se dicen fieles á Cristo y á su doctrina. Nekliudoff vino á convencerse, al cabo de sus observaciones y de sus reflexiones, de que «si la sociedad y el orden social existen, *no es gracias á la crueldad de magistrados y jueces, sino á pesar de ella*, debido á que al lado de éstos existen otros hombres *que aman á sus semejantes*» (2).

Verdaderamente, como el mantenimiento del orden no tuviera otras garantías que la fuerza, según suele creerse, ¡medrado orden tendríamos! Porque, entre otras cosas, ¿quién metería en cintura á los que ejercitaran la fuerza, y luego á los primeros, y así sucesivamente?

De todas las manifestaciones de la violencia, aplicada en nombre de la justicia, la cárcel es una de las que provocan mayor indignación en Tolstoy. No cree este pensador que las cárceles tengan función alguna, tolerable siquiera, que cumplir. Preferiría los castigos corporales y la misma pena de muerte, las cuales formas de penalidad le parecen «verdaderamente razonables..., porque al menos su aplicación tendría un objeto»; si bien añade que tanto los unos como la otra «gracias á la suavidad de costumbres, han dejado de estar en uso». «En cambio—añade—lo de ahora (esto es, las cárceles) *es cruel y sin objeto alguno*» (3).

Por cierto, que le parece un sarcasmo el que se obligue á presenciar y presidir á la efigie de Cristo, prototipo del amor, la benignidad y la dulzura, las crueldades que á los

(2) *Ob. cit.*, t. III, pág. 156.
(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 157.
(2) *Ob. cit.*, t. II, págs. 187 y sigs.

hombres se infligen en las cárceles y en otros lugares análogos. Por eso se lamenta con profunda amargura de que «la imagen de Cristo no falte nunca en los sitios donde se atormenta á nuestros semejantes» (1).

OTROS PROBLEMAS

No es solamente doctrina penal la que Tolstoy expone en *Resurrección*, aun cuando es cierto que la doctrina penal, ó quizá sería mejor decir, las cuestiones penales y penitenciarias son las predominantes. Envueltas en estas mismas cuestiones penales y penitenciarias se hallan otras de índole más general, singularmente la relativa al valor que á la ley y á los medios coercitivos todos cabe atribuir en cuantos elementos contribuyen á producir el orden y el bienestar en las agrupaciones humanas: cuestión «de actualidad palpitante» y cuya trascendencia no podrá desconocer nadie.

Aparte de esto, el libro que, según se ha dicho, es mucho más que una novela (si bien, en cuanto tal, de gran mérito), una obra de apostolado y de propaganda, está esmaltado por do quiera de pensamientos y observaciones sociales y psicológicas. La mente del autor está llena de ideas de esta clase, y como no puede menos de suceder, á cada página se desborda y va dejando doctrina sembrada; doctrina por cierto que se aparta de la generalmente recibida y profesada como buena por la *turba multa* de los *filisteos*, pero que no deja de tener muchas concomitancias con la de varios otros ingenios.

De todas estas observaciones, que podríamos llamar secundarias, incidentales (las de índole penal y penitenciaria no lo son; más bien, constituyen la substancia íntima del libro), tenemos que prescindir por no dar proporciones desmedidas á este artículo. Unicamente copiaremos una como muestra; se

(1) *Ob. cit.*, t. I, pág. 224.

refiere á la honradez; como ella hay bastantes, sobre cosas varias. De un general llamado Volf, dice Tolstoy lo siguiente (advirtiendo que puede aplicarse á infinidad de personas, pues en el mundo hay muchos Volf): «Estaba acostumbrado á considerarse como un hombre dotado de una honradez á toda prueba; *y por honradez entendía no aceptar regalos de nadie. Pero recibir indemnizaciones de viaje, dietas de estancia, seguir como un esclavo las órdenes del Gobierno para conseguir todo eso, eran cosas que no manchaban en lo más mínimo su honradez. Arruinar centenares de personas que no eran culpables sino de haber defendido su fe y su patria; arruinarlas con el destierro ó con prisión durísima, tampoco era una acción deshonrosa, sino noble y patriótica. Del mismo modo, tampoco creía que fuese deshonroso haber expoliado de toda su fortuna á su mujer, enamorada de él, y á su cuñada, en provecho propio.....*» (1).

CONCLUSIÓN

Tolstoy ha llegado á ser un hombre universal. Quizá no haya hoy ningún otro cuyo nombre y cuya fama sean tan generales como el suyo y la suya. Su reputación como artista, como filósofo y como apóstol sincero y ferviente de las ideas que profesa está perfectamente cimentada y extendida por doquiera. Es además anciano, septuagenario nada menos. Por lo tanto, no parece razonable suponer que el afán de popularidad, de notoriedad, ó la exaltación juvenil, sean los motivos que le determinan á sostener doctrinas tan radicales como las que sostiene (tan radicales desde el punto de vista de las concepciones corrientes). Es más: su actual modo de pensar no lo ha tenido siempre; es el modo como piensa hoy, viejo, no el modo como pensaba antes, hombre maduro, y menos el modo

(1) *Ob. cit.*, t. II, págs. 84-85.

como pensaba de joven, época en que su mente comulgaba con el conjunto de ideas que ahora rechaza con tanto ardor, y que son las que sirven de alimento á la generalidad de los hombres, al *infinitus numerus*. Podríamos decir que las concepciones del Tolstoy de nuestros días son concepciones depuradas en el tamiz de su inteligencia, donde á fuerza de cerner ha pasado únicamente la flor del grano molido, dejando atrás, en los cedazos, la cascarilla, el salvado y la harina de inferior calidad. Ofrece, pues, el pensamiento tolstoyano bastantes garantías de verdad.

Tengo, por lo mismo, por muy razonable el que los estudiosos de todo género, pero singularmente los de asuntos sociales, se hagan cargo de los razonamientos y advertencias de nuestro autor, se paren ante ellos y los mediten, en lugar de rechazarlos de plano y sin más, por descabellados ó utópicos. Todas las innovaciones han empezado por tener este carácter, y sin embargo, han venido con el tiempo á pasar á la categoría de verdades de sentido común y aceptación general, de la propia suerte que todas las palabras de una lengua han comenzado por ser barbarismos y neologismos, y han acabado por formar en el catálogo de las voces puras y castizas. Es posible que la mentalidad *actual* de muchas gentes no tolere tales exabruptos (para ellas), habituada como está á alimentarse diariamente de otras cosas; es posible, por eso, que devuelva incontinenti lo que desde luego le repugna. Pero también el estómago mental, el cerebro, es susceptible, como el fisiológico, de habituación, y puede suceder que llegue con el tiempo á encontrar agradable y aun apetitoso lo que antes no le parecía tal. El propio Tolstoy da el ejemplo de ello.

P. Dorado.

EL CONGRESO HISPANOAMERICANO

Cuando escribimos estas líneas, el Congreso económico y social hispanoamericano, acaba de dar fin á sus tareas. Se ha celebrado ya la sesión de clausura, en la cual se han dejado oir voces muy elocuentes, llenas de entusiasmo y de cariño hacia la pobre España. No es todavía ocasión de examinar los resultados prácticos del Congreso. Tiempo vendrá en que se puedan apreciar estos de una manera positiva; pero sí sería precipitado emitir un juicio acerca de la labor del Congreso desde el indicado punto de vista; en cambio, juzgamos el momento oportuno para apreciar aquélla en sí misma, examinando los antecedentes, resumiendo las deliberaciones habidas en las diferentes secciones en que el Congreso se ha dividido, y consignando, por fin, las conclusiones á que el acuerdo de los congresistas ha podido llegar.

Poco creo necesario decir acerca de los antecedentes y preperación del Congreso hispanoamericano; débese, como es sabido, á la iniciativa de una Asociación de carácter privado, la *Unión Iberoamericana*, y ha sido además patrocinado por el Gobierno español (1). Se ha discutido muchísimo la oportunidad

(1 R. D. de 16 de Abril de 1900.

ó inoportunidad de la celebración del Congreso, y además se ha debatido bastante acerca de si la significación de los iniciadores de la idea era la más adecuada para despertar en las Repúblicas hispanoamericanas todo el calor y el entusiasmo necesarios. Realmente puede decirse, en cuanto á lo de la oportunidad, que por lo menos hasta ahora no hubiera sido discreto intentar un llamamiento á las antiguas colonias españolas, para que concurrierran á la capital de España á debatir acerca de la conveniencia de estrechar los lazos de amistad con la madre patria. Teníamos pendiente un pleito grave con las colonias que hasta hace poco poseíamos, y dados los términos en que el pleito estaba planteado, no podía esperarse que, mientras aquel no se fallase, si no en contra nuestra — como sucedió—en favor de las colonias, por lo menos los americanos respondieran á la invitación de la madre patria. Bien claro lo dijo el representante de Méjico, el insigne Sierra, en el discurso leído en la sesión inaugural del Congreso.

«Son estas unas Cortes — dice — también sin acción legal, pero sí moral; de todos los confines del mundo americano acudimos aquí sin reproches en los labios ni resentimientos en el corazón. Nuestro carácter español exigía que fuésemos independientes; lo fuimos, y hoy libres, para siempre libres, venimos aquí á proclamarnos solidarios de nuestra propia historia, á colgar nuestras ofrendas en el árbol secular de nuestra genealogía. Bajo su sombra, hoy maternal como nunca, *no nos habríamos congregado mientras no nos hubiésemos sentido absolutamente dueños de nosotros mismos, ni habríamos venido aquí alborozados si no supiésemos que la mano ensangrentada y dolorosa que aquí estrechamos, había dejado caer en el mar hasta el último eslabón de la cadena.*»

Quizá se hubieran podido dar en la Historia condiciones para que la aproximación deseada entre las Repúblicas hispanoamericanas y España se hubiera efectuado con todo entusiasmo y con mayor eficacia, sin necesidad de que nuestra mano estuviese ensangrentada ni dolorosa, y sin que hubiera

eslabón alguno de cadena que dejar caer en el mar. Muy por el contrario: si la ceguedad de nuestras clases gobernantes y de tantos y tantos españoles de acá, no nos hubiera precipitado con terquedad verdaderamente imposible, en una política de dominación, la colonia perdida últimamente, lejos de ser obstáculo para afirmar las corrientes que el Congreso ha querido recoger, condensar y acentuar, hubiera sido (con una libertad plena que espontáneamente y á tiempo le hubiera reconocido la madre patria) un hermoso medio de comunicación y de intimidad. Pero, por nuestra desdicha, no fue así; y no siendo así, mientras no se cumpliera la condición expuesta con palabra quizá algo dura, por el ilustre mejicano, para que nuestros hermanos de América nos hicieran caso, el Congreso hubiera sido imposible.

Ahora, ¿puede decirse que había llegado el momento preciso de iniciar y realizar la reunión del Congreso hispanoamericano? Es muy aventurado y difícil responder de una manera categórica y absoluta á esta pregunta. *A posteriori* puede decirse que... no hemos perdido nada con que el Congreso se haya celebrado, y quizá hemos ganado algo. Si al proponer la reunión de semejante Asamblea se pretendía realizar una obra definitiva, consiguiendo, v. gr., una estrecha inteligencia, muy cercana de la alianza política, ó por lo menos moral entre los pueblos hispanoamericanos y España, en ese caso no hay duda de que no era todavía oportuna la celebración del Congreso; el fracaso tenía que ser seguro: no estaban, no están, no estarán en mucho tiempo las cosas en sazón para iniciar empresas de tal fuste. Pero no pretendiendo eso, limitando las aspiraciones á proporciones muy modestas, como cambiar ideas, despertar simpatías, apaciguar oposiciones, borrar antiguas suspicacias, suscitar corrientes de aproximación, formular programas para el porvenir que contengan algo posible, y un amplio esbozo de un ideal que, rectificado á la larga por la experiencia, puede ser acaso una realidad en los tiempos venideros, entonces, no creo que nadie ponga en duda que

la reunión del Congreso hispanoamericano ha sido ahora oportuna. La condición general de nuestra situación ante nuestras antiguas colonias, hacía posible la previa inteligencia de las mismas con la madre patria para juntarse: otras circunstancias especiales, como, por ejemplo, la Exposición de París, podían facilitar la concurrencia á las sesiones del Congreso, de algunos de los americanos que á causa de ella estuvieran en Europa.

Acaso no se estuvo tan feliz como fuera de desear en la manera de formular el llamamiento á las Repúblicas hispanoamericanas: ¡Quién sabe si la obra del Congreso no hubiera alcanzado mayor trascendencia, si aquél hubiera partido desde un principio de todas las más altas representaciones intetelectuales del país, especialmente de aquellas que por su historia y por su significación política más confianza pueden despertar en las democracias americanas! Es preciso no olvidar, siempre que de nuestras antiguas colonias se trate, que para ellas la España rival, la España dominadora, es la España tradicional, y que hablándoles á nombre de esa España, no es fácil que en ellas se manifiesten corrientes de simpatía y de cariño. Si queremos que estas corrientes se produzcan y acentúen, si aspiramos á que las Repúblicas de nuestra raza acudan hasta nosotros y con nosotros se entiendan, es necesario hablarles el lenguaje de los pueblos libres, tiene que hablarles una España liberal, progresiva, *europea* en suma; la España heredera del movimiento revolucionario de 1812, punto inicial de la vida política moderna de toda la raza española, con la diferencia de que en los pueblos americanos se ha ido hacia adelante, venciendo mil obstáculos, es verdad, pero llegando al fin y al cabo á formar pueblos tan progresivos como, verbi gracia, Méjico, Chile y República Argentina, mientras nuestro pueblo no ha podido desprenderse aún de la gran impedimenta que supone el dominio social del espíritu tradicional, más ó menos reaccionario.

Pero dejando estas consideraciones previas, veamos ya los

breves términos cómo se ha verificado el Congreso hispano-americano, y qué resultados se han conseguido como consecuencia de sus deliberaciones.

II

Preparóse el Congreso durante largo tiempo, mediante los trabajos de su Junta de patronato, circulándose con profusión numerosos interrogatorios, organizando en las provincias numerosas juntas á fin de que estas procurasen allegar la mayor suma posible de datos, noticias é informes, á fin de que las distintas ponencias primero, y en su día el Congreso mismo, tuvieran una buena base sobre que fundamentar sus conclusiones. No creo indispensable reseñar todos estos trabajos preparatorios, aparte de que esto no me sería posible, pues no dispongo de los elementos necesarios: sólo conozco de una manera suficiente los realizados por la Junta provincial de Oviedo, y puedo asegurar, por lo que desde ella me ha sido dable observar, que la labor de las Comisiones que han organizado dichos trabajos fue muy detenida; así se infiere, sin duda alguna, de los interrogatorios por ellas formulados. Quizá pecó por exceso tal labor; acaso no debió ser tan amplia la información solicitada; probablemente hubiera ganado la obra misma del Congreso, si desde el primer momento se hubiera orientado la dirección ulterior de sus debates, hacia un cierto número de cuestiones que pudieran resolverse en un corto número de proposiciones concretas. Tan cierto es esto, que una de las críticas más fundadas que, en mi sentir, se han formulado, no ya á la distribución de las materias que habían de ser objeto de las deliberaciones del Congreso, sino á las conclusiones propuestas por las distintas ponencias, es la de su mucha extensión y detalle excesivo. Sobre esto se debatió, v. gr., en la *Sección de enseñanza*, á la cual se proponían un sinnúmero de cosas que realmente no podían ser tratadas,

sopena de convertir el Congreso en una Asamblea de carácter muy distinto. Comprendiéndolo así, varios Profesores de la Universidad de Oviedo procuramos señalar de una manera lo más concreta posible los temas que en materia de enseñanza debían someterse á este Congreso *internacional*, de carácter *general* y *político,* criterio éste que afortunadamente imperó, como luego veremos en las conclusiones votadas por la Sección.

La distribución de los trabajos se hizo organizando varias Comisiones, que luego sirvieron de base para la división del Congreso en *Secciones*. Los temas que el Congreso habría de examinar, según el artículo 7.° del Reglamento del mismo, eran los siguientes:

1.° Medios creadores de una gran corriente de opinión, que induzca á los Gobiernos de España, Portugal y pueblos iberoamericanos, á realizar íntima alianza que permita resolver las cuestiones que puedan suscitarse entre las indicadas naciones, por tribunales arbitrales.

2.° Manera y procedimiento de dar una dirección fija y determinada al Derecho público y privado, para armonizar las diversas leyes civiles, penales y administrativas en España, Portugal y América latina, de tal suerte, que siendo unos mismos los principios generales y bases que informen los Códigos, pueda llegarse á unificarlos en cuanto las circunstancias especiales de cada nación lo consientan.

3.° Estudio del problema de la emigración en general.

4.° Medios más adecuados para que en España, Portugal y Repúblicas iberoamericanas tengan las obras y descubrimientos científicos de dichos Estados fácil y rápido desarrollo, garantizando los intereses de autores é inventores eficazmente, y de las marcas de fábrica y de comercio, á fin de que los progresos y adelantos de estos pueblos se utilicen preferentemente por ellos mismos, según demandan los vínculos de raza.

5.° Procedimiento para conservar íntegro y puro el idio-

ma español en todas las Naciones hispanoamericanas; medios de evitar que las ediciones de libros en castellano se hagan fuera de los territorios donde se habla este idioma; forma de dar mayor esplendor á las Bellas Artes iberoamericanas y manera de asegurar el reconocimiento de los derechos de la propiedad literaria y artística en todos los órdenes.

6.° Unificación de los planes de enseñanza; recíproca validez de los títulos profesionales en España, Portugal y Estados américolatinos, y creación de Museos pedagógicos internacionales de Ciencias, Letras, Artes y Oficios.

7.° Modificaciones en las leyes de los respectivos países para que los tratados internacionales respondan á las necesidades comunes, ampliando las relaciones del comercio, industria y navegación entre España, Portugal y las naciones iberoamericanas.

8.° Unificación de tarifas postales y telegráficas que permitan mayor impulso, facilidad y economía en el cambio de la correspondencia privada, noticias, impresos, muestras, valores y órdenes telegráficas ó cablegráficas. Fletes y regularización de los medios internacionales de transporte.

9.° Establecimiento en España, Portugal y naciones iberoamericanas de Exposiciones permanentes internacionales de obras científicas, literarias, artísticas, catálogos y muestras de productos agrícolas é industriales, para evidenciar los adelantos y elementos de riqueza de cada país y dar mayor amplitud al comercio, haciendo más íntimo y provechoso el contacto entre productores y consumidores.

10. Creación de Bancos generales iberoamericanos, con Sucursales y Delegaciones en Portugal y Estados américolatinos, que faciliten los giros y transacciones mercantiles. Cuestión monetaria. Medios adecuados para que los valores públicos é industriales de cada nación se coticen en las Bolsas de todas las demás.

11. Procedimientos para facilitar y dar más amplitud al cambio mutuo de periódicos españoles, portugueses y ameri-

canos, y estrechar las relaciones entre los periodistas de España, Portugal y América latina.

Para el estudio y redacción de las ponencias acerca de estas materias, se crearon las siguientes comisiones:

1.ª De Arbitrajes.
2.ª De Jurisprudencia y Legislación.
3.ª De Economía pública.
4.ª De Ciencias.
5.ª De Letras y Artes.
6.ª De Enseñanza.
7.ª De Relaciones comerciales.
8.ª De Transportes, Correos y Telégrafos.
9.ª De Exposiciones permanentes.
10.ª De Relaciones bancarias y bursátiles.
11.ª De Prensa.

III

El día 10 de Noviembre celebróse la sesión inaugural del Congreso hispanoamericano. La representación oficial y no oficial española, fue numerosa; del valor é importancia de las representaciones hispanoamericanas, puede formarse cabal idea pasando la vista por la lista que pongo á continuación, y que salvo error, considero completa:

REPRESENTANTES DE CARACTER OFICIAL.

Méjico.—D. Manuel Iturbe, D. Francisco A. de Icaza, don Pablo Macedo, D. Justo Sierra.

Nicaragua.—D. Crisanto Medina, D. Teófilo Manzano Torres, D. Miguel Velasco, D. Alberto Gómez.

Salvador.—D. Rafael Zaldivar, D. M. González Mejía, don Santiago Pérez Triana.

Santo Domingo.—D. Camilo Pozzi, D. Francisco Carreras Caudi, D. Leopoldo M. Navarro.

Costa Rica.—D. Ricardo Fernández Guardia.
Honduras.—D. Enrique Roger, D. Emilio Cartera.
Guatemala.—D. José María Carrera.
Colombia.—D. Julio Betancourt.
Venezuela.—D. Antonio Lárraga.
Ecuador.—D. Leónidas Pallarés Arteta.
Perú.—D. Eduardo Lembcke, D. Alejandro O. Deustua.
Chile.—D. Alberto Blest Gana.
Argentina.—D. Vicente G. Quesada.
Uruguay.—D. Eduardo Herrera y Otes.
Paraguay.—D. Eusebio Machain, D. Hector Velázquez.
Brasil.—Sr. Pereira.

PARTICULARES

D. Matías Alonso Criado, D. Segundo A. Arteta, D. Agapito Lapuente, D. Benjamín P. Avendaño, D. Ernesto Mangudo, D. Eduardo Zuleta, D. José María Jardon, D. César Zumeta, D. Manuel Mercado, D. Avelino Gutiérrez, D. José E. Friay, D. José G. Villegas, D. F. Iñiguez, D. J. A. Galvaniato, D. Alejandro Infiesta, D. Irimo Escobar, D. Mariano J. Madueño.

Hablaron en la sesión inaugural, además del Ministro de Estado, los Sres. Sagasta, Silvela, Labra, Rodríguez San Pedro, á nombre de España; á nombre de los españoles residentes en América el Sr. Calzada, y por los americanos D. Justo Sierra, representante de Méjico. El discurso, no diré más notable, pero sí más digno de tenerse en cuenta, dado el objeto del Congreso, fue, sin duda, el del Sr. Sierra. Al fin hablaba un americano, y su voz tenía que tomarse como la primer manifestación de los países por España congregados. Aunque apenas habrá español que lea periódicos que no conozca el discurso del Sr. Sierra, pues lo han publicado íntegro la mayoría de éstos, sin embargo, creo indispensable copiar aquí algunos de los conceptos más significativos del mismo: todos aquellos que marcan la actitud de Méjico en sus relaciones con Es-

paña y con los Estados Unidos. He aquí cómo se expresaba el señor Sierra:

«Nosotros, los latinos de América, vigorizados por la savia de todas las mezclas, en cuanto de nosotros mismos tuvimos conciencia, por esa escala vamos ascendiendo á la solidaridad final, y así hemos sido obra de ese espíritu y nos sentimos latinos.

»Pero nuestro carácter de latinos no disminuye, antes bien, acrecienta nuestros deberes de americanos; conviven en nuestro continente el grupo latino y el grupo germánico, y tenemos tendencias distintas, es indudable; nosotros consideraremos siempre la acción individual como un medio de realizar la solidaridad social, y el grupo germánico, en su rama sajona sobre todo, considera á la sociedad como un medio de reforzar la acción individual; entre estos dos polos se mueve el mundo moderno y la historia de las luchas entre estas dos tendencias que parecen inconciliables, no se verá más tarde sino como la obra necesaria de energías puestas en acción para modificarse indefinidamente las unas á las otras.

»A esto contribuirán en América más rapidamente que en otra parte las influencias incontrastables de comunes necesidades é intereses superiores. Dentro de un año un Concilio laico, de paz también, se reunirá en Méjico; en él trataremos, no sólo de multiplicar las relaciones de los americanos entre sí y de zanjar las bases de la federación pacífica de esos intereses y esas necesidades, sino de hacerla radicalmente compatible con nuestras afinidades latinas, procurando que nuestra obra pueda resumirse en la definición panamericana de la doctrina de Monroe, que quedará transformada en una afirmación de paz y de solidaridad humana.

»Trataremos de que de la famosa fórmula «América para los americanos» fluya toda la substancia que contiene. América para los americanos significará la solidaridad americana para repeler toda tentativa contra nuestras independencias, ya sea interior ó exterior á nuestro continente; y como los

tiempos han cambiado profundamente, y de los europeos nada tememos y lo queremos todo, luz para nuestro mejoramiento intelectual, capital para nuestro mejoramiento económico, no será ya la nueva doctrina panamericana una arma de un continente contra otro, sino una égida del derecho contra la fuerza; y el principio «América para los americanos» tendrá por comentario perpetuo el augusto apotegma de Juárez: «El respeto al derecho ajeno es la paz.»

»La obra de este Congreso facilitará por todo extremo la realización de tamaño programa. Organizando el arbitramento voluntario, la Conferencia de La Haya, por estimables que sus trabajos hayan sido, no marcará el advenimiento de una época nueva; sí lo habría marcado si en vez del arbitramento voluntario, que ha existido siempre, hubiese obtenido la proclamación del arbitramento obligatorio, sancionado solidariamente por las naciones contratantes; entonces la guerra habría quedado sustituída por la justicia.

»¿Quiere este Congreso atreverse á lo que la Conferencia de La Haya no osó siquiera, gracias á la imposibilidad de avenir apetitos exasperados por la desconfianza y de juntar manos ocupadas por las armas? Nosotros, los mexicanos, lo seguiríamos fervorosos por ese camino y ajustaríamos los bien meditados reglamentos del tribunal arbitral de La Haya á la nueva base del arbitramento forzoso, y así la colaboración de los hispanoamericanos habría dado al progreso humano un supremo valor moral. El próximo Congreso panamericano de México quedaría obligado á tomar esa obra en cuenta, y esto agigantaría su trascendencia.»

Celebrada la sesión inaugural del Congreso, reunióse éste durante una semana en secciones, en las cuales se debatieron con más ó menos calor las ponencias presentadas por las once Comisiones organizadas por la Junta de patronato. Ya comprenderá el lector que es imposible en un artículo de las proporciones del presente, reseñar lo ocurrido en las discusiones habidas en las distintas secciones del Congreso. De un lado,

requeriría esto un espacio de que no dispongo; de otro, reunir datos que no poseo, porque me ha sido imposible presenciar todos los debates. Después de todo, lo que importa consignar no es tanto la elaboración de los resultados obtenidos en las numerosas discusiones particulares de cada sección, como los resultados mismos, y estos pueden apreciarse con leer el resumen de las conclusiones aceptadas por cada sección, y proclamadas de una manera solemne como conclusiones del Congreso el día de su clausura. He aquí dicho resumen, tal cual lo ha leído el Secretario del Congreso hispanoamericano:

«En la sección de Arbitrajes se adoptaron varias conclusiones encaminadas á protestar contra toda política y tendencia á resolver los conflictos internacionales por medio de la fuerza; proclama la urgencia de constituir por la acción de los Gobiernos un Tribunal de arbitraje hispanoamericano, al cual hayan de someterse las cuestiones que surjan entre los Estados representados y la recta interpretación de los tratados entre dichos Estados convenidos; que el referido Tribunal debe revestir el carácter de permanente, obligatorio y sin excepciones; que interin se establece aquel Tribunal se resuelvan los conflictos por Tribunales arbitrales constituídos especialmente para cada caso; que deben garantizarse los fallos del Tribunal arbitral por medio de una sanción positiva; que no habrá de manifestar en sus decisiones el expresado Tribunal la supremacía política en ninguna de las naciones; que se promueva la constitución de sociedades libres propagandistas de la paz; que se estudien en el orden científico las cuestiones internacionales; que se organice la sociedad de cultura general y educación recomendada por el Congreso Pedagógico de 1892; que se excite á los Parlamentos para que consignen en sus leyes el establecimiento del arbitraje en la forma que en las conclusiones se propone, y que cuanto antes se celebre un nuevo Congreso que tenga por fin el examen de lo hecho y la solución de los problemas que nuevamente se planteen.

*
* *

En la sección de Jurisprudencia y legislación se aconseja á España y á las naciones hispanoamericanas que aún no hayan reconocido los tratados pactados en el Congreso de Montevideo de 1889, lo verifiquen, y como conclusiones adicionales, las formuladas por la comisión informadora respecto del asilo y extradición, patentes, marcas, jurados industriales, derecho civil y cumplimiento de exhortos.

***

La sección de Economía pública acordó en sus conclusiones: que se encauce la emigración española hacia las Repúblicas hispanoamericanas y la isla de Cuba; que debe dictarse una ley general acerca de la emigración, sobre bases que la sección recomienda; que se promueva el estabiecimiento de una Junta central de emigración; que se invite á los Gobiernos de las Repúblicas hispanoamericanas á convenir tratados con España en condiciones de reciprocidad, otorgando especiales ventajas á los emigrantes; recomendar á los españoles residentes en América que velen por los intereses de los emigrados, y proponer se confeccionen y distribuyan en España y naciones hispanoamericanas cartillas higiénicas destinadas á los emigrantes.

***

La sección de Ciencias, en sus conclusiones, propone: se premien obras científicas de relevante mérito; la creación de Laboratorios de Psicología experimental, fundación de Academias donde no existan, y recíproca correspondencia entre todas ellas; publicación de periódicos científicos que vulgaricen la ciencia, y el establecimiento de una Escuela superior internacional hispanoamericana de Medicina, y otra de Cirugía.

***

En la sección de Letras y Artes se votaron varias conclusiones, recomendando los procedimientos para conservar íntegro y puro el idioma castellano en todos los pueblos que lo hablan; que se reconozca la autoridad de la Academia de la Lengua de Madrid, asistida por sus correspondientes en América; que se creen Institutos pedagógicos en España y naciones hispanoamericanas; que se promuevan concursos artísticos y Exposiciones permanentes y artisticas; que se celebren tratados de propiedad científica, literaria y artística; que se estrechen las relaciones entre todas las Academias; que se organice el sistema de seguros para el transporte y conservación de obras artísticas; que se constituyan sindicatos de editores y libreros; que se creen publicaciones y centros de distribución de productos intelectuales iberoamericanos, y que se gestione el establecimiento de oficinas internacionales de cange.

***

La sección de Enseñauza acordó recomendar la celebración de una Asamblea pedagógica para estudiar bases de unidad en la enseñanza de los países hispanoamericanos; la más estrecha correspondencia entre todo el Profesorado hispanoamericano; la celebración de Congresos científicos en las distintas naciones convenidas; el reconocimiento de la validez de los estudios y títulos académicos de cualquier país hispanoamericanos en todos los demás; la creación de Museos pedagógicos con franquicia tributaria para los efectos á ellos destinados; la fundación de un Instituto pedagógico hispanoamericano, y de una enseñanza superior internacional de igual índole, y por último la organización de Círculos escolares hispanoamericanos.

***

La sección de Relaciones comerciales propone en sus conclusiones la celebración de Tratados ó arreglos comerciales

entre España y las Repúblicas hispanoamericanas con determinadas ventajas recíprocas; la protección á la Marina mercante; la modificación de los aranceles consulares y de los de Aduanas en sentido favorable al comercio internacional; también acordó proponer el establecimiento de Docks en distintos puertos de España y América, sin gravamen para las mercancías depositadas, y otras ventajas que en el detalle de las conclusiones se expresan; y, por último, recomienda las condiciones que han de reunir los intermediarios de comercio y las ventajas que deben otorgárseles, así como las Asociaciones de comerciantes y manera de garantizar el pago de facturas.

***

En la sección de Transportes, Correos y Telégrafos se votaron conclusiones diversas, en las que se recomienda la ampliación de los medios de transporte entre España y América; rebaja de tarifas de ferrocarriles para los productos destinados á la exportación; facilidades para el embarque y desembarque de viajeros y mercancías; mejora de puertos, rebaja de tarifas consulares y de puertos; primas á la navegación; reformas arancelarias que faciliten el comercio recíproco; viajes combinados entre las líneas ferroviarias y marítimas; transporte gratuíto de muestrarios, y pasajes gratuítos ó reducidos para los viajantes ó agentes comerciales; establecimiento de hoteles terminus; organización de agencias comerciales; perfeccionamiento del sistema de envases; que á partir del 1.° de Enero de 1901 rija la rebaja del 33 por 100 en los derechos de transporte de la correspondencia postal entre España y América; la unificación de tasas telegráficas; que sea oficialmente general y absoluto el uso del lenguajé convenido en los telegramas; la reducción de las tarifas actuales, y, por último, el establecimiento de un cable hispanoamericano con amarre exclusivo en España y las costas de la América latina.

***

En la sección de Exposiciones permanentes se acordaron varias conclusiones, encaminadas á pedir la organización de Exposiciones permanentes sobre bases que se detallan, su establecimiento en los puntos que se estimen más convenientes, y que se organicen Museos comerciales dentro de los locales de las Exposiciones.

***

La sección de Relaciones Bancarias y Bursátiles votó conclusiones, recomendando que los Gobiernos faciliten la creación y funcionamiento de un gran Banco hispanoamericano; que se llegue á una inteligencia para establecer la unión monetaria latina, mediante la adopción de una moneda común y de circulación legal en todos los países de la América latina y España; que se interese de los Gobiernos sean admitidos á cotización todos los fondos públicos de los distintos Estados representados en el Congreso, y que se recomiende á las Juntas sindicales de las Bolsas la admisión de todos los valores industriales debidamente garantizados.

***

En la sección de Prensa se acordó proponer la rebaja del franqueo en los periódicos destinados al cambio; que por España se derogue la real orden que obliga á la entrega de tres ejemplares de toda obra editada en castellano cuando deba entrar en la Península; el aumento de cinco kilogramos de los paquetes postales de impresos entre España y la América latina; la formación de una estadística completa de todos los periódicos de España y naciones hispanoamericanas; que se establezcan Asociaciones de la Prensa donde no existan, y su frecuente contacto entre unas y otras; que se gestione la reducción en el precio de los pasajes terrestres y marítimos para periodistas, y la rebaja de tasas cablegráficas para el servicio de los periodistas; que se concedan tarjetas fotográficas de iden-

tidad á los periódicos con valor en todas las naciones representadas en el Congreso; que la Asociación de la Prensa de Madrid envíe varios periodistas á estudiar detenidamente la prensa americana, y, por último, que se funde en Madrid una Revista que se ocupe en el estudio y propaganda de las cuestiones sociales y económicas que á España é Iberoamérica interesan.

IV

Tal es la labor del *Congreso hispanoamericano*. Repito lo que al principio de este artículo decía: no es todavía ocasión de apreciar sus resultados; después de todo, considerando el Congreso, en sí mismo y en sus conclusiones, como el punto inicial de una política de intimidad hispanoamericana, como una rectificación que la opinión pública española impone á la funesta política de aislamiento, por España seguida hasta ahora, y como un primer esfuerzo por parte de nuestra patria para conquistar el aprecio de sus antiguas colonias, hoy pueblos libres, progresivos y cultos, la eficacia ulterior de la obra comenzada depende de la habilidad y persistencia con que aquí se sepa continuar esta obra, tanto por parte de los Gobiernos como por parte de todos los elementos directores del país, desde la Prensa hasta la clases intelectuales y productoras.

Prescindiendo de apreciar los resultados ulteriores y limitándonos á juzgar el Congreso en sus efectos inmediatos, creo que este Congreso ha servido para algo, para mucho quizá. Por de pronto, ha servido para obligar á los españoles á pensar en América; la Prensa toda ha estado durante unos cuantos días hablando de aquellas Repúblicas, y haciendo ver á todos el porvenir que una política prudente y culta podría preparar á nuestro pueblo si se orientase hacia ella de una manera liberal, atractiva, resuelta; por otro lado, españoles y

americanos han podido, mediante el Congreso, conocerse, tratarse, y acaso de esta relación nazca una corriente de simpatía. Sin propasarme yo á formular hipótesis acerca del juicio que los americanos hayan formado de nosotros, seguramente habrán podido advertir que hay aquí quienes desean viva y sinceramente una amistad cariñosa, una intimidad social y política, intelectual y económica con ellos, tan grande como lo permitan las condiciones propias de los diferentes pueblos; no con el propósito de afirmar corrientes contrarias á otros grupos de civilización, sino simplemente con el de trabajar por el engrandecimiento moral y material de todas las naciones de estirpe hispana ó ibera. Por lo demás, seguro estoy de que todos los españoles se han sentido muy complacidos al relacionarse con los distinguidos representantes de las Repúblicas americanas.

Por último, para completar el juicio que debe formarse de los efectos inmediatos del Congreso, es preciso anotar las apreciaciones que el mismo ha sugerido á la Prensa extranjera, especialmente á la Prensa francesa, italiana é inglesa. Un periódico francés tan importante como *Le Temps,* decía lo siguiente:

«Sin ser tan ruidoso como los sucesos del Extremo Oriente y del Africa del Sur, éste que en Madrid se desarrolla, puede ejercer una honda repercusión, no solo en España y América, sino en todo el mundo latino.

Las diferencias entre España y sus antiguas colonias han cesado.

Encuéntrase la metrópoli en situación análoga á la que precedió al descubrimiento del Nuevo Mundo, don fatal que la elevó al más alto grado de poder, y que le valió, andando los tiempos, una de las caídas más espantables que registra la Historia. De ella depende, si renuncia á sus pronunciamientos y agitaciones estériles, si se dedica por entero al trabajo asíduo y se evoluciona resueltamente hacia la libertad, procurarse una compensación, no por poco brillante menos provechosa y segura.

La ocasión ha estado bien elegida; como que el programa del Congreso se ha adelantado á los de la Conferencia, y la Exposisión panamericanos, anunciados para el año que viene en Méjico y en los Estados Unidos.

¿Quién sabe si, merced á una iniciativa tan oportuna, no llegará á ser España el centro y el lazo de unión del futuro *panlatinismo*, indispensable para cerrar el paso al imperialismo anglosajón, que aspira, según declaración explícita de uno de sus órganos, al «dominio del universo?»

Por hoy, se consagra á la reconquista moral de un continente que, aunque dueño absoluto de su libertad, no quiere renegar de sus tradiciones de familia. Mañana, rodeada de un coro de dieciséis jóvenes Repúblicas, podrá tal vez reivindicar un puesto de honor para ellas, para sí y para toda su raza...»

Algunos periódicos italianos han dado la voz de alarma ante el temor de una influencia excesiva de España para lo porvenir, y los ingleses han seguido con especial cuidado las deliberaciones del Congreso, llegando á formular *The Morning Post* indicaciones muy importantes, según se desprende de un telegrama en el cual se resumen sus juicios. Atribúyense á este periódico entre otras apreciaciones, la de que la presencia de América en el Congreso, es señal indudable de que se separa definitivamente la del Sur de las pretensiones de los Estados Unidos á ejercer la tutela sobre aquellas Repúblicas (1).

Adolfo Posada.

(1) De *El Español*, del 20 de Noviembre.

CRÓNICA LITERARIA

El Genio de la raza (Evocación de un poema argentino), por D. Francisco Soto y Calvo.—Nastasio, del mismo autor.—Almas y paisajes, por D. Manuel Bueno.—Vidas sombrías, por D. Pío Baroja.

Con frecuencia se habla en estas Revistas de libros de escritores hispanoamericanos, por entender que es la lengua lo que principalmente determina y clasifica las literaturas. Ahora que, con motivo del reciente Congreso, vivimos, por decirlo así, en plena actualidad americana, hay una razón más para continuar dicha costumbre.

Sin necesidad de que concurriera este motivo particular, habría hablado yo con gusto á los lectores de La España Moderna de dos recientes obras poéticas del Sr. D. Francisco Soto y Calvo, escritor argentino que reside en Europa, y ha impreso elegantemente en Chartres (Francia) las dos producciones á que me refiero: *El Genio de la raza* (Evocación de un poema argentino) Chartres, 1900, XIII-36 páginas, y *Nastasio*, Chartes, 1899, X-165 páginas.

Aunque en el orden cronológico *Nastasio* precede á *El Genio de la raza*, esta obra puede considerarse como un antecedente lógico de aquélla. En efecto, en *El Genio de la raza* expresa el Sr. Soto y Calvo la aspiración de que los poetas americanos, ó concretando más, los poetas argentinos, se inspiren

en los asuntos propios de su tierra, en vez de buscar fuentes de inspiración extranjeras. Y en *Nastasio* practica el poeta esta doctrina, eligiendo por asunto de su poema escenas y costumbres de las Pampas, y por personaje principal uno de los vaqueros ó peones de una *estancia* argentina. Hay, pues, perfecta concordancia de pensamiento entre ambas producciones, y se explica que el poema que representa la práctica haya precedido á las estrofas de *El genio de la raza*, que son la expresión poética de la teoría. Este es, sin duda, el orden natural y primitivo en las producciones espirituales, en que la experiencia y la práctica preceden á la regla y á la doctrina, aunque nosotros, que disfrutamos, por virtud de la civilización, de los resultados de la experiencia de muchas generaciones y de la suma de reglas, teorías y doctrinas que durante siglos han ido averiguando ó inventando los hombres, al hallarnos con este arsenal ya preparado y dispuesto, pasamos generalmente en las cosas que son objeto de regla, de la regla á la aplicación, y hasta en las especulaciones solemos comenzar á veces por lo que es en realidad el remate y coronamiento de la obra, ó sea por la teoría, aplicándola luego á los casos particulares y contrastándola con ellos.

La idea en que está inspirado *El Genio de la raza* es muy general, no sólo tratándose de la literatura, sino de todos los frutos y aplicaciones de la actividad colectiva de los pueblos. A cada paso oímos y decimos que las naciones deben *cultivar su propio jardín;* inspirarse en su tradición literaria, jurídica, religiosa, etc., según la índole del asunto de que se trate; acomodar sus instituciones y los varios empleos de su actividad á las condiciones de su carácter, tal como los accidentes de la historia han ido formándole en el curso de los tiempos. En cambio, nadie, á no ser cultivando deliberadamente la paradoja ó en momentos de gran depresión moral y desaliento, como los que suceden á alguna gran catástrofe pública, sostiene que un pueblo deba proponerse como fin la imitación de otro en que reconozca superioridad, ni resolverse á mudar radicalmente

de manera de ser, de costumbres y de tendencias espirituales, aunque sea para alcanzar mejora. La imitación se admite como medio para poder desenvolver luego mejor la propia originalidad y remediar algún género de inferioridad parcial y transitoria, y se admite generalmente como excepción, en algún asunto determinado y como cosa que no debe pasar de la superficie, de las formas ó procedimientos más adecuados para conseguir algún adelanto ó ventaja.

Quizás el mayor ejemplo de imitación que hay en la historia, dicho sea de pasada, es el de los pueblos modernos, respecto de la civilización clásica de Grecia y Roma, lo cual se explica no sólo por la inmensa inferioridad intelectual de las naciones bárbaras, sino por el prestigio enorme del imperio romano y por el valor intrínseco de la cultura antigua en Filosofía, Artes y Letras, de que da testimonio su larga duración aun no extinguida, puesto que todavía aquella civilización vive y alienta entre nosotros.

Cerrando este paréntesis, no estará demás observar que aunque la teoría de que cada pueblo debe cultivar su propio carácter y vivir con arreglo á él alcanza general asentimiento, en la práctica es frecuentemente infringida. La seducción que ejercen los adelantos de los pueblos que han conseguido mayor progreso, induce á tomarlos por modelo, y ya en esta senda es muy difícil detenerse en aquel punto en que termina lo prudente de la enseñanza del ejemplo y empieza lo ridículo de la imitación simia. Por eso no es ocioso que los pensadores y los poetas invoquen el genio de los pueblos y de las razas, y cada vez será más necesario que lo hagan, supuesto que la civilización va tomando de día en día formas más cosmopolitas, que hacen, por consiguiente, más difícil la conservación del carácter original de las naciones y disminuyen á paso acelerado sus diferencias.

El genio de la raza, del Sr. Soto y Calvo, lleva un prólogo de D. Miguel de Unamuno, y es de observar, comparando cómo interpretan y entienden el prologuista y el poeta esa

misma idea en que el poema está inspirado, cuán varios son los aspectos bajo los cuales puede apreciarse el pensamiento del apego al carácter propio de cada pueblo. A primera vista parece que no puede ser más sencilla la contestación á la pregunta ¿por qué hemos de preferir lo propio? ¡Por ser propio! Pero la dificultad continúa en pie con esta respuesta, á la que puede objetarse que la razón nos aconsejaría que hiciéramos propio lo que viésemos ser mejor intrínsecamente.

El autor de *El genio de la raza* quiere que los poetas argentinos busquen inspiración en su patria, ya porque ésta le parece el objeto más digno de ser cantado, que es la fórmula ordinaria del patriotismo, eminentemente optimista por naturaleza, ó ya porque así conservarán mejor la originalidad. En las siguientes estrofas aparecen expresados ambos pensamientos:

¡Oh, Buenos Aires! Tu ferviente vida,
Tu ambición, tu tropel, tus resplandores
Llaman doquiera la atención del mundo;
Y tus hijos primados, tus poetas,
¿Han de volver á Europa las miradas
Para cantar tan luego las secretas
Ansias de las naciones fatigadas?
. . . . . .
Aquel que angustias á nuestra alma ajenas
Busca para cantar, no es argentino,
Es el vasallo intelectual de Europa.
. . . . . .
. . . . . .
Las estrofas son eco de la patria,
Los murmurios son ecos de la tierra,
El poeta y el río son espejos
Que muestran en sus límpidos reflejos
Cuanta hermosura la nación encierra.
Porque el artista resucita ó crea
Y á la Natura solamente copia,
Pero nunca á otro artista; cual las aves,
Busca su canto dentro el alma propia.
. . . . . .

En su prólogo expresa el Sr. Unamuno una interpretación más honda, más filosófica. «Triste cosa es—dice—que haya en Buenos Aires quienes pretendan hacer del emporio argentino una contrahechura de París, y de un París parcialmente y por fuera visto, y no más Buenos Aires, cada vez más hondamente argentino, *único medio de ser cada vez más humano*. Aspire usted á que le digan: «¡lindo criollo!» ó un «¡ah, hijo del país!» como el que dicen que entusiasmado Moreira dijo al sargento Navarro, más bien que le llamen decadente, simbolista, naturista... ó superfirolíticofláutico. *Porque es dentro, no me cansaré de repetirlo, y no fuera, donde hemos de buscar al Hombre, en las entrañas de lo local y circunscrito lo universal, y en las entrañas de lo temporal y pasajero lo eterno.*» De donde se infiere que debemos preferir lo propio, porque ahondando en ello es como llegaremos á lo esencial, á lo común, á lo que es la base y el sustentáculo de todo; pues así como cada individuo ahondando en lo más íntimo y profundo de su espíritu es como llega á comprender su esencia y á entrever por ella la de todas las cosas, así cada pueblo, al profundizar en su propio carácter es como llegará á lo humano; mientras que copiando lo ajeno, que no es íntimo para él, sino exterior, no pasaría de las formas y apariencias. Cuanto más nacionales, seremos más humanos.

El interés que el asunto ofrece, basta para indicar que no es obra vulgar *El genio de la raza*. Ni es cosa baladí un poema ó una introducción á un poema que tenga pensamiento, que exprese ideas originales, cuando tantos poetas se conforman con engarzar frases sonoras en el hilo de la rima, y con reproducir el reflejo de lo que fue inspiración propia y directa en aquellos otros poetas verdaderos que les sirven de modelo.

No está exenta de algunos defectos la composición del señor Soto y Calvo. Peca, acaso, de la excesiva pomposidad común en los poetas americanos, y de la cual no se libraron tampoco varios de los nuestros en las más brillantes épocas de nuestra poesía; en la rima hay descuidos, ripios; pero, ¿qué

poeta estará tan libre de ellos, que pudiera atreverse á tirar la primera piedra al autor de *El genio de la raza*? En cambio, no puede negarse que hay en esta composición algunas bellas imágenes; que la versificación es, por lo general, briosa y fácil, y que el asunto está desenvuelto en una bien ordenada gradación. La evocación que hace el señor Soto de los pasados poetas argentinos, y las estrofas que al final dedica á la transformación del tipo nacional en su patria, ofrecen rasgos inspirados de poeta que piensa, no contentándose con ser ave canora.

***

Nastasio es de otro género. En este poema nos presenta el señor Soto y Calvo la vida de las Pampas, personificada en el protagonista, que no es ningún personaje refinado y complejo, como los que se complacen en pintar muchos literatos contemporáneos, sino un sencillo campesino. Primeramente le vemos en la paz idílica de su hogar; luego la catástrofe, representada por un terrible huracán de la Pampa, le sume en el dolor y la soledad privándole de su casa y familia, y hasta del sentido de la vista, y por último, su conformidad pone un epílogo cristiano á aquella tragedia en que el destino está representado por la acción de las fuerzas naturales inconscientes, mostrándonos la victoria del espíritu sobre la Naturaleza.

Hay en este poema pasajes muy felices; las escenas de la vida familiar están descritas con simpática ingenuidad; no carece de grandeza la descripción de la catástrofe, y es sentida y conmovedora la pintura del dolor del protagonista. Todo el poema tiene cierto aroma de sinceridad, de inspiración fiel en las intuiciones de la realidad, que hace decir al señor D. R. J. Cuervo, en la carta prólogo que lleva este libro: «No conozco de vista y por experiencia la vida de las Pampas; pero no sé que secreta adivinación me asegura de que todo lo que usted dice es cierto y real.» Participo de esa impresión y creo

que, efectivameute, existe esa adivinación ó presentimiento de que habla el señor Cuervo, y que nos hace juzgar de verdaderas ó de falsas las obras artísticas, aunque no conozcamos más que por referencias los objetos reales que les han servido de modelo, ó en los cuales se han inspirado de algún modo.

Ya que he aludido á la carta prólogo del Sr. Cuervo, no he de pasar en silencio un punto de que en ella se trata incidentalmente, y que es de mucho interés para nuestra literatura.

«Díceme usted—escribe dirigiéndose al autor de *Nastasio*—que al fin del libro pondrá usted un glosario de términos poco conocidos fuera de su país, como en Colombia han tenido que hacerlo autores ó editores, y esto me hace pensar en otra despedida, despedida amarga enmedio del festín de la civilización, como la de la novia que á hora desconocida deja la casa paterna entre los regocijos de la boda. Poco ha me dió usted á leer en *La Nación* el parecer de un lingüista francés sobre la suerte de la lengua castellana en América, parecer ya antes expresado por otros no menos competentes y que á la luz de la Historia es de ineludible cumplimiento. Cuando nuestras letras crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados é impregnados en su propia substancia los elementos de la vida moral é intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispanoamericano; cuando sonó la hora de la emancipación política, todos nos mirábamos como hermanos y nada nos era indiferente de cuanto tocaba á las nuevas naciones; fueron pasando los años, el interés fue resfriándose, y hoy, con frecuencia, ni sabemos en un país quién gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran. La influencia de la que fue metrópoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro ó cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos, pues, casi por completo de un regulador que garantice la antigua uniformidad. Cada cual se apropia lo extraño á su manera sin consultar con nadie; las

divergencias debidas al clima, al género de vida, á las vecindades y aun qué se yo si á las razas autóctonas, se arraigan más y más y se desarrollan; ya en todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos ó formaciones privan más acá que allá, que la tradición literaria y lingüística va decaeciendo y no resiste á las influencias exóticas. Hoy, sin dificultad y con deleite, leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía, pero en llegando á lo familiar y local necesitamos glosarios. Estamos, pues, en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas), de quedar separados como lo quedaron las hijas del Imperio romano; hora solemne y de honda melancolía, en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo y que nos obliga á sentir con el poeta: ¿quién no sigue con amor al sol que se oculta?»

Hay, sin duda, gran parte de verdad en lo que con tanta elocuencia y en tan elegante estilo dice el Sr. Cuervo, pero su previsión se adelanta tanto al curso natural de los sucesos (dado que este sea como en los párrafos anteriores se supone), que hace bien en advertir que suelen ser muy largas en la vida de los pueblos las vísperas á que alude. Por otra parte, sabemos tan poco de lo pasado, es tan superficial nuestro conocimiento histórico, deja tantas cosas en la sombra, hasta en las épocas que nos parecen más conocidas, que toda relación de semejanza que establezcamos entre situaciones históricas de lo pasado y situaciones presentes, es poco menos falible que las inducciones que formamos sobre lo porvenir. Sabemos, por ejemplo, ateniéndonos al ejemplo que cita el Sr. Cuervo, que el latín dejó de hablarse y que de él ó de una parte de él, del habla popular, del *sermo vulgaris* nacieron las lenguas que llamamos romances; pero ¡cuántas cosas no ignoramos en esa transformación! No tenemos en realidad datos fidedignos para apreciar en qué medida se hablaba el latín y en qué otra las lenguas indígenas en las diversas provincias del Imperio romano, ni conocemos más que á saltos y con grandes lagunas

las etapas de la transformación, ni el por qué de los diversos caminos que siguió y los distintos frutos que produjo. Pero sí sabemos que se tardó en ello muchos siglos, y que cuando las lenguas romances empezaron á hablarse, el latín había muerto ya como lengua popular, y en ninguna parte de las que compusieron el antiguo Imperio lo hablaban ya más que los doctos, diferencia esencial con el caso de las naciones de América, puesto que el castellano sigue hablándose y no lleva trazas de extinguirse, en España al menos. No hay tampoco en las naciones americanas lenguas indígenas que hayan subsistido entre la población civilizada y puedan cooperar á la transformación.

La necesidad de glosarios que expliquen ciertas voces privativas de una ú otra República, no indica que cada cual de ellas esté en camino de tener un idioma diferente. En realidad, esos términos, por lo que á mí se me alcanza de la lectura de los autores americanos que conozco, no implican mayor diferencia de lenguaje que los provincialismos que existen dentro de cada una de las diferentes lenguas de Europa. Un madrileño, por ejemplo, no entiende muchos términos que se usan en el riñón de Castilla la Vieja, ni un burgalés otros que emplean los sevillanos, ni éstos otras voces que se usan corrientemente en Aragón, sin perjuicio de lo cual todos hablan y entienden el castellano.

Es cierto que en América, el gran crecimiento que está llamada á tener la población, y la consolidación progresiva que ha de alcanzar la personalidad de cada pueblo, podrán llegar á influir á la larga en el idioma y aun acaso creen con el tiempo lenguas diferentes; pero esta eventualidad parece remotísima y aun es quizás contraria á la tendencia de difusión de los grandes idiomas. Es de todas suertes uno de los secretos de lo porvenir, y cosa que habría de requerir, indudablemente, dilatados períodos históricos para efectuarse. Entre tanto, el interés de los hispanoamericanos es conservar con la mayor pureza y elegancia que les sean posibles, el idio-

ma que usan, para lo cual puede serles de utilidad la comunicación intelectual con la nación de donde proceden y de donde también procede su habla. Y ya que sea tan corto, como el Sr. Cuervo dice, el número de los escritores españoles que les agradan, en lo cual somos sin duda de gusto menos difícil, delicado y exigente los españoles, puesto que pasan de cinco ó seis, y aun de una docena y de dos los escritores americanos cuya lectura nos complace, todavía tienen á su disposición el rico arsenal de nuestras letras pasadas, donde los más refinados pueden elegir modelos, cuyo trato aleje ese momento nada grato en que el castellano de América, para trocarse en otro idioma ignoto, ó en otros varios, tenga que pasar por el estado de rusticidad y de bajeza por que pasó el habla latina hasta que acabaron de formarse de su jugo las modernas lenguas romances.

*
* *

Para no consagrar por entero esta Crónica á la literatura americana, aplazaré para otra el hablar de *La raza de Caín*, nueva novela del notable literato uruguayo, Sr. Reyles, primorosamente editada en Montevideo, y dedicaré el espacio de que aún pueda disponer á decir algo de dos libros de autores españoles, de los cuales libros hubiese deseado hablar antes, pero me lo han impedido otros diversos asuntos de actualidad.

Uno de ellos es la colección de cuentos de D. Manuel Bueno, titulada *Almas y Paisajes*. Como muchos (quizás la mayor parte) de los cuentistas modernos, el Sr. Bueno nos presenta escenas sueltas de la realidad en vez de relatos de algún suceso ó aventura digna de memoria, como solían los antiguos. Esta mudanza en la manera de concebir el cuento no obedece meramente á algún capricho del gusto. El cuentista antiguo aspiraba á entretener y á dar alguna enseñanza moral con los ejemplos contenidos en sus fábulas, hasta el punto de que los más licenciosos pudieron pretender que sus historias tenían un fin ético, y que si en ellas pintaban con vivos colores los vicios

era para que sirviesen de aviso, lección ó escarmiento sus relatos; manera extraña, en verdad de moralizar.

Los cuentistas modernos aspiran por lo general á producir una emoción artística. Podría decirse en globo y reconociendo de antemano lo mucho que tienen de inexactas estas aserciones generales, que el cuento, concebido como el relato de una acción, con su exposición, su nudo y su desenlace, se dirigía principalmente al entendimiento y á la voluntad, y el cuento, concebido como representación de escenas sueltas de la vida tiene por mira el sentimiento. Esta diferencia de puntos de vista puede observarse igualmente en casi todos los géneros literarios, aunque ya se advierte en algunos una reacción en el sentido de volver al arte con finalidad extrínseca; lo que se llama el teatro de ideas, marca por ejemplo esta nueva orientación, que vuelve á lo viejo.

Los cuentos del Sr. Bueno, son, cual antes decía, escenas de la vida; almas y paisajes, como los llama extendiendo á todos ellos el título particular del primero, que compendia bien en dos palabras, los dos grandes, eternos é invariables asuntos de toda obra literaria (en esto sí que no caben mudanzas), el espíritu y la Naturaleza. Escritos en lenguaje castizo y elegante, con un estilo sobrio y vigoroso, interesan estos relatos, no tan solo por su esmerada forma, sino por la médula espiritual que tienen muchos de ellos. La mayor parte de las escenas están bien concebidas, *bien vistas* con los ojos de la fantasía y descritas ó representadas con arte. Principalmente los tipos de vascos que pinta el Sr. Bueno en varios de sus cuentos, como los titulados *Almas y Paisajes*, *Dos hermanos*, *El boyero* y *Humilde tierra* (acaso el mejor del libro), están representados con tanta verdad como poesía. Puede decirse que el autor se ha asomado al fondo de aquellas almas sencillas, dotadas de cierta primitiva rudeza, y en las que contrastan sus rasgos de energía con cierta vaguedad melancólica que parece como un presentimiento inconsciente del misterio de la vida, propio de una raza antiquísima en que sobrevive una confusa heren-

cia espiritual de tiempos muy remotos, en los que el hombre vivía sugestionado por el temor y al mismo tiempo por la poesía de un mundo enigmático en que casi todo era desconocido para él.

El libro del Sr. Bueno confirma, en suma, la buena reputación literaria que ha empezado á conquistar su autor. No son muchos, ciertamente, los escritores jóvenes que pueden igualar en lo castizo del lenguaje, en el nervio del estilo y en la clara intuición de la realidad, al autor de *Almas y Paisajes*.

***

También he leído con gusto el libro de D. Pío Baroja, *Vidas sombrías*. Tienen de común, todos los trabajos coleccionados en este volumen, una nota genérica de tristeza ó melancolía, muy en consonancia con el título de la obra. Pero el libro ofrece una gran variedad, no sólo de asuntos, sino de procedimientos artísticos, de puntos de vista, de formas de expresión, dentro de lo literario. La *gamma* infinita del dolor humano se muestra allí con las más diversas apariencias. La canción de la tristeza del vivir, da todas las notas y reviste todos los tonos. Junto á cuadros de intenso realismo, de un realismo sobrio y severo, sin asomo de bajeza ni de vulgaridad, como *Hogar triste* y *Caídos,* vemos otros como *Medium, Nihil, El reloj,* que se acercan al dintel del misterio, y revisten las formas extrañas, fantásticas y aun extravagantes en que se complace el modernismo literario, tan inclinado á perseguir y á expresar con predilección los estados anormales del espíritu. No es un escritor vulgar, quien, como el Sr. Baroja, sabe expresar siempre con discreción y acierto notas tan diferentes, y que huyendo de la monotonía, de que nunca logran emanciparse los literatos mediocres, tan pronto lanza su fantasía por el campo sin límites de la quimera, como la detiene ante el espectáculo de la realidad, ante la visión del mundo, tal como se muestra á nuestros sentidos corpóreos.

El estilo es algo opaco. El lenguaje, la parte más exterior de la forma literaria, es lo que menos llama la atención en la obra del Sr. Baroja, y no porque sea descuidada ni anodina la locución, sino porque parece que se eclipsa delante de la intensidad de sentimiento y de fantasía que respiran las páginas de este libro. Las palabras no son en él más que estrictamente medios, y los conceptos que expresan parece que apenas enunciados se despojan y desasen de su envoltura sensible para penetrar directamente en la imaginación del lector.

La pluma del autor de *Vidas sombrías* no traza cuadros de entonación robusta, de enérgico colorido, sino pinturas de matices delicados, que se esfuman hasta perderse en una niebla de formas indecisas. Su libro es, en realidad, para pocos, para espíritus delicados, para los amigos de refinamientos intelectuales, para los *gourmets* de la literatura.

El Sr. Baroja ha leído mucho, sin duda, á los escritores modernos franceses, y se parece á algunos de ellos en la manera de expresar los asuntos. Pero no es, con todo, un escritor afrancesado, y positivamente escribe mejor y piensa é imagina mejor que algunos literatos parisienses que llenan con su prosa los periódicos del Boulevard.

Yo no conozco ni de vista al Sr. Baroja, ni sé nada de él más que lo que da á conocer su libro, ni me lo ha recomendado nadie; puedo por lo mismo elogiarle con entera sinceridad, y aunque no gusto de meterme á profeta, creo que quien ha escrito *Vidas sombrías* irá lejos si sigue cultivando las letras.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Sumário.—Congreso hispanoamericano de Madrid.—Entrevistas del Presidente del Brasil D. Manuel Ferraz de Campos Salles con el Presidente de la Argentina, General Julio Argentino Roca, en Buenos Aires.

Ya *The New York Herald* vuelve á escribir en *jingo*. Ya *The New York Herald* ha declarado que el Congreso hispanoamericano de Madrid ha sido un fracaso, y otro fracaso la visita del Presidente del Brasil Campos Salles al Presidente de la Argentina General Roca, en Buenos Aires.

Respecto al Congreso hispanoamericano de Madrid, vocifera *The New York Herald*, que, según los informes que de Washington ha recibido, el fracaso se ha debido al Gobierno de la ciudad del nuevo capitolio anglosajón, que había impuesto no se qué especie de veto á que la reunión en Madrid de los representantes de las jóvenes Repúblicas americanas de nuestro nombre tomasen ningún carácter político, sobre lo cual Mr. Hay había obtenido previas seguridades de parte del Gobierno de la Reina Regente María Cristina. *The New York Herald* apunta además que en el Congreso de Madrid no han estado representadas más que diez de las diez y ocho Repúblicas iberoamericanas. *The New York Herald* consigna también que los delegados de algunas de las diez Repúblicas representadas han sido los Ministros acreditados en Madrid, lo que parece que

arguye para el periódico internacional de la Yanquilandia un acto de cortesía más bien que un movimiento de adhesión. *The New York Herald* analiza á más abundamiento la condición de los otros delegados, y hace notar que alguno de ellos no son hispanoamericanos de cuna y nacionalidad, sino súbditos españoles residentes en algunos de aquellos países. Para *The New York Herald,* por lo tanto, ni á estas representaciones podían serles confiadas la realización de instrucciones importantes, ni las conclusiones del Congreso hispanoamericano de Madrid pueden tener una importancia de honda trascendencia. En estas razones *The New York Herald* se apoya para sentenciar que el Congreso concluso el último domingo, ha sido un verdadero fracaso en el sentido que en toda América y en Europa se le quería dar.

¡Con decir que solamente Bolivia ha sido la República que no ha estado representada, queda contestado todo lo demás, pues la misma veracidad hay en todo ello!

***

Respecto á la visita del Presidente del Brasil al General Roca en la capital de la Argentina, su criterio ni es tan absoluto, ni es tan cerrado. *The New York Herald* está muy distante de creer, como en Europa ha creído *The Times*, de Londres, que el acto de mutua atracción que acaba también de realizarse entre los Jefes de los dos Estados más florecientes de la América Meridional en las riberas del Atlántico, no haya tenido otro objeto que contener el tono agresivo á que de algún tiempo se ajusta la política de Chile. *The New York Herald*, que ha sido atento observador de lo que en Buenos Aires ha pasado, durante la estancia prolongada del Dr. Campos Salles en aquella capital, indudablemente no se ha persuadido de que todas aquellas expansiones vehementes á que se han entregado no sólo los visitados y los visitantes, sino hasta los Estados vecinos, puedan considerarse como funcio-

nes de pólvora, habiéndose gastado todo el humor en frases de relumbrón y en salvas atronadoras. *The New York Herald* da, por consecuencia de esta visita, como entendidas y más que entendidas, íntimamente ligadas entre sí, cinco de las Repúblicas del Sur, el Brasil, la Argentina, Chile, el Paraguay y el Uruguay, y á este hecho no puede negarle la importancia que ha tratado de quitar al Congreso hispanoamericano de Madrid; bien que para salir triunfante con su fallo anticipado, que relegaba también este acto á la categoría de fracaso, lo merma diciendo que la conjunción política de las cinco mencionadas Repúblicas no ha tenido más fin que tomar algunos acuerdos para el bienestar común y trabajar de consuno para el arreglo satisfactorio de la espinosa cuestión de Tacna y Arica, que mantiene en actitud tan tirante al Perú y á su satélite Bolivia.

Enmedio del fracaso celebrado por *The New York Herald* respecto á las visitas de las márgenes del Plata, atribuyéndole tan menguados alcances, los informes que sin duda también debe haber recibido de Washington, descubren algún objeto más en las entrevistas de Campos Salles con Roca, aunque la noticia la refiere el periódico eternamente jingo á un despacho telegráfico de Valparaíso: «Con ocasión — dice este telegrama—del anunciado convenio entre cinco Repúblicas hispanoamericanas para aplicar el arbitraje á sus disputas, coincide la significativa noticia de que Chile se dispone á disminuir su Marina militar, á cuyo efecto su Gobierno venderá un crucero de tercera clase al Ecuador, otro al Perú y dos cazatorpederos al Japón. La circunstancia de que uno de los buques será vendido al Perú, uno de los oponentes de Chile en la disputa de Tacna y Arica, da nuevo valor á la declaración de que pronto se arreglará amistosamente la cuestión.»

The New York Herald aquí mistifica dos noticias: la más importante de rectificar es que Chile, lejos de pensar en deshacerse de sus barcos de guerra, tiene en proyecto la construcción de tres nuevos cruceros acorazados de 8.500 tonela-

das cada uno, lo que está en contradicción con los que creen que su propósito es disminuir su poder naval.

Así, en las noticias como en los juicios que *The New York Herald* vierte sobre las visitas del Brasil á la Argentina, no se nota más que el espíritu de la honda preocupación que en los Estados Unidos del Norte han producido los dos hechos paralelos en que tanto se interesan todos los pueblos iberoamericanos del Norte, del Centro y del Sur; el sentido político íntimo, inexcusable, que á pesar de las supuestas seguridades de Gabinete había de tener el Congreso hispanoamericano de Madrid, y el sentido de práctica alianza de que había de estar revestido el acto realizado con poca anterioridad entre el Presidente Campos Salles y el General Roca. Claro es que en la esfera de esa alianza, las cuestiones de vecindad pendientes habrían de ocupar un capítulo indispensable entre los problemas á plantear, y más claro es todavía que en las cuestiones del Perú y Bolivia con Chile habrían de prevalecer los temperamentos más conciliatorios. Pero estas cuestiones aún no han pasado, después de las mismas entrevistas, de la categoría de las intenciones, y en manera alguna podrían dar por primer término de los resultados que se esperan, que ninguna de las tres grandes Repúblicas que ya pueden llamarse militares y navales en la América Meridional, trátase de deshacerse de los organismos de fuerza que aseguran su gradación en el equilibrio del mundo político americano. De modo que en los informes de *The New York Herald*, del mismo modo que en sus apreciaciones sobre los dos hechos importantes que acaban de verificarse y que interesan por igual á todo el mundo de nuestra raza, en las manifestaciones de *The New York Herald*, reflejo del espíritu de la desvanecida Yanquilandia, sólo se observa la oposición cerrada á toda tendencia á la unión entre los pueblos de nuestra sangre, que aspira á irse absorbiendo por meditadas etapas, y el ansia vehemente de ver cómo los Estados que han creado una fuerza de defensa considerable y temible se desnudan de ella, entregándose inermes á las contingencias del porvenir.

No obstante, de las relaciones del periódico *jingo* de Nueva York, sólo hay que tomar, en lo que á las visitas del Plata se refiere, el hecho que denuncia de la inteligencia política á que han dado lugar entre el Brasil, la Argentina, Chile, el Paraguay y el Uruguay. Después, atendiendo á las manifestaciones que ha producido la concurrencia en Buenos Aires de los dos jefes de los Estados vecinos más florecientes de la orilla del Atlántico, la única nota que es conveniente conservar en la cartera, es la que dió el Presidente del Paraguay, Emilio Aceval, desde la ciudad de la Asunción, al enviar su saludo de buenasvistas al Presidente Campos Salles y al Presidente Roca. Ese telegrama no tiene desperdicio en su propio laconismo, y merece que se registre íntegro en estas Revistas. Decía así:

ASUNCIÓN, Octubre 24.—*Al Excmo. Sr. Presidente Roca.*

«Presento á vuestra excelencia mi cordial saludo y *adhesión* á las expansiones del pueblo argentino en el día de hoy, y *hago votos por que la reciprocidad de intereses y los vínculos de amistad que ligan á la Argentina con el Brasil sean prenda segura de paz y progreso para las jóvenes naciones de América.* — EMILIO ACEVÁL, Presidente de la República.»

Hable lo que quiera de fracasos *The New York Herald,* este es, y no otro, el sentido de las entrevistas de Buenos Aires (1), y este es, y no otro, el sentido íntimo grabado en todas las conciencias de españoles y americanos del *Congreso social y económico de Madrid* que acaba de clausurarse.

---

(1) Los términos en que se expresó el Presidente de Chile, Errázuriz, fueron análogos á los del del Paraguay. He aquí la contestación de Campos Salles:

«Palacio Devoto, Buenos Aires, 25 de Octubre de 1900.—Señor Presidente de la República de Chile: Agradezco los saludos que V. E. se ha dignado enviarme con motivo de la honrosa manifestación que acabo de recibir en la capital argentina, y *me es grato dejar constancia de estos sentimientos de solidaridad americana y afectuosa simpatía con que el pueblo chileno es recordado por todos los brasileños* que me acompañan y que se sienten ahora más próximos á sus leales amigos transandinos.—

Respecto al Congreso Hispanoamericano de Madrid, ¿quién podía considerarlo de otra manera? El Congreso Hispanoamericano de Madrid argüía, en efecto, más que la determinación de conclusiones de resolución más ó menos positiva para las relaciones económicas y sociales de los pueblos de nuestra familia y raza entre sí y con la antigua metrópoli, de quien quedaron emancipados, un acto de aproximación moral y política, que estaba reclamado hacía mucho tiempo en los dos hemisferios por aspiraciones concordes. ¿Qué importaba que contra ese movimiento pusiesen sus rémoras las largas y censurables meticulosidades de los Gabinetes? El comercio común de la inteligencia y de la lengua lo imponía. Lo imponía el vínculo inextinguible de la sangre y el parentesco. Lo imponía la identidad de intereses en la historia y en el curso de destinos paralelos, que únicamente perturbaban los recelos atizados por extrañas é interesadas ingerencias. Y, aunque sostenidos estos divorcios en daño común y recíproco, por mucho tiempo, más en las regiones de los Gobiernos que en las plazas francas de la opinión, ha llegado un momento en que esos divorcios han debido ser condenados, esas rémoras removidas, los pueblos se han impuesto á los Gobiernos, y mientras entre éstos pueden caber hasta las interpelaciones capciosas, el acto se preparaba, y el acto se ha consumado.

Este acto, hayan sido muchos ó hayan sido pocos los que á él han concurrido, haya ó no existido cierta meticulosidad, así

En la persona de V. E. saludo á la noble nación chilena, y hago los más sinceros votos por su creciente prosperidad.—CAMPOS SALLES.»

En el banquete de los legisladores argentinos así comenzó su discurso el Sr. Alcorta, Ministro de Relaciones Extranjeras del Gobierno del General Roca:

«Señores: Las manifestaciones recíprocas de los pueblos y Gobiernos del Brasil y de la República Argentina, han consolidado una política internacional digna del presente, y cuyas proyecciones son una garantía de la paz de Sud América y respeto que debe guardarse á cada una de las nacionalidades creadas en esta parte del continente.»

en el Gobierno de España y en la Asociación particular que lo había iniciado, como en los Gobiernos y en las Asociaciones nacionales de las Repúblicas invitadas para adherirse á él y designar sus delegaciones, ese acto está realizado por las representaciones de todas las Repúblicas menos Bolivia, y de él se destacan, aún más que sus últimas conclusiones sobre los temas propuestos, por importantes que algunos de éstos hayan sido, las frases solemnes que en él se han pronunciado, á nombre de todas las Repúblicas de nuestra sangre en el Nuevo Mundo, por labios ilustremente americanos. Esas frases han sido un credo, una promesa, una esperanza. Y del mismo modo que han sido paralelos los dos actos que se han verificado casi simultáneamente en la capital de la antigua metrópoli, en donde está y reside permanentemente el núcleo generador de la estirpe, de la lengua, de la Historia y del Intelecto, y en la capital más floreciente de aquel continente, inmensamente desparramado entre los dos más grandes océanos que bañan las costas de la tierra, y en que se agrupa el mayor número de las jóvenes nacionalidades de nuestra raza; del mismo modo han sido paralelas las manifestaciones hacia una misma, común y sublime aspiración, hechas allí, no en los discursos repetidos del ilustre y veterano General Mitre, y del hábil y discreto Alcorta, elocuentemente respondidos por Olintho de Magallanes, por Bilac, por Bocayuba y por otros brasileños no menos ilustres, y soldados todos de la inteligencia y del pensamiento, sino por aquel jefe también de una República menor que, desde las márgenes escondidas del Paraguay, se adhiere al acto de la unión, de la paz y del progreso, enmedio de los pueblos en que palpitan idénticamente las aspiraciones de Chile y del Uruguay en consonancia con las de la Argentina y el Brasil, en la misma forma que en la apertura y clausura del Congreso de Madrid se revelaban solemnemente por el gran pensador mejicano Justo Sierra, por el gran estadista salvadoreño Dr. Zaldívar, y por el ilustre publicista nicaragüense Crisanto Medina.

Esta correspondencia entre lo que en Buenos Aires se realizaba y se ha realizado en Madrid; esta correspondencia entre lo que en Buenos Aires se formulaba por voto solemne de una noble aspiración, con lo que en Madrid se ha formulado por voto solemne de la virtualidad del Congreso hispanoamericano, unifica todas las tendencias de los pueblos de nuestra raza en el Nuevo Mundo y marca la corriente á que ni en la parte austral del continente del Mediodía podrán sustraerse en lo sucesivo, el Perú, que con los opúsculos recientes de Garland había hecho una apelación criminal á parricidas protectorados, ni Bolivia, que recientemente ha dado á Guachalla delegaciones parricidas en busca de esa misma protección; ni en la parte septentrional del mismo continente, el Ecuador, Colombia, Venezuela, que importa que urgentemente depongan sus cuestioncillas de vecindad para unirse al abrazo común hispanoamericano que representan el Congreso de Madrid y las entrevistas de Buenos Aires.

Ni el Congreso de Madrid ni la visita de Campos Salles á Roca representan nada que justifique las mal disimuladas alarmas de *The New-York Herald*, que no ve más que fracasos donde no interviene la sabia política de la imperialista Yanquilandia. Ni en Madrid ni en Buenos Aires se ha votado más que por la paz, por la solidaridad y por el progreso de todo el mundo de nuestra lengua en América. Nadie ha proferido la menor palabra que equivalga á una amenaza. Nadie ha hablado, ni en Buenos Aires ni en Madrid, de anexiones ni conquistas. Ciertamente no parecerían inoportunos los dos actos que *The New-York Herald* califica de fracasos, cuando están recientes las palabras que forman uno de los capítulos más interesantes del último Mensaje del General Eloy Alfaro en la apertura del Congreso ecuatoriano, al poner en conocimiento de los legisladores de su país que el Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos del Norte en Quito, Mr. Sampson, le había propuesto oficialmente la cesión, bajo forma de arrendamiento, de una de las islas del archipiélago

de Colón, cuya demanda él había rehusado por ser esta materia de prerrogativa del Congreso, y cuando, con motivo de la cuestión de los canales interoceánicos que, como el ferrocarril intercontinental, todavía no ha pasado de la categoría de proyecto sobre el papel, el Gobierno yanqui se arroga la facultad de disponer de los territorios de las Repúblicas débiles del Centro como si fueran propios, conminándolas á una cesión forzosa, consentida ó no consentida, y empleando para alcanzarla toda la coacción de la amenaza y toda la corrupción del dinero.

***

No habría sido preciso esperar á que el triunfo de las ideas imperialistas ó de engrandecimiento hubieran tomado en la Yanquilandia el vaporoso incremento que han recibido de su nueva inteligencia con su antigua metrópoli la Gran Bretaña, y de sus fáciles victorias en la infausta guerra de las colonias de España, para que el acto que ahora se ha realizado hubiera sido promovido con más oportunidad. La corriente de las ideas imperialistas en los Estados Unidos se había iniciado desde mucho tiempo atrás, y había ido creciendo al par que sus gigantescas prosperidades. Estas ideas son propias de todos los pueblos y de todas las razas jóvenes á quien el mimo de la fortuna lleva á una ciega embriaguez. Y si el germen de estas ideas fuera á explorarse desde los más antiguos archivos de la Historia, tendríamos que remontarnos al imperialismo egipcio, en que el poder de los Faraones sujetó á Nínive; al mesopotámico que se extendió hasta los confines de la Etiopía; al político é intelectual de los helenos, que alcanzó hasta la Scitia y la India, y al romano, que por maravillosos éxitos fundó por antonomasia el más amplio organismo del Imperio que los humanos han conocido.

A las bárbaras irrupciones de la Edad Media, el imperialismo teutónico de Carlo Magno impuso el valladar de la civi-

lización, y al constituirse, al comienzo de la Edad Moderna, las nuevas nacionalidades de Europa, el glorioso imperialismo de los españoles no sólo sujetó á su poder la Italia y la Holanda, la Galia, Bélgica y la Alemania, sino que domó todas las riberas africanas del Mediterráneo, descubrió y conquistó un mundo antes desconocido, y al pretender circundar todo el planeta con las divisas de su audacia y de su dominación, todavía engrandeció los límites de la Geografía con sus exploraciones en los mares del Asia y en el Boreal. Dique á su inmensa dilatación fué al cabo, en lo moral, la protesta religiosa de Alemania; en lo politico, la rivalidad de Francia; en lo marítimo y colonial, las empresas piráticas de Inglaterra y la recién emancipada Holanda; y aunque al hacer bambolear el ostentoso edificio del tal Imperio, Francia no pudo alcanzar la proporción inmensa de la extensión de sus dominios, ni la misma perseverante Inglaterra le sucedió en la soberanía de los mares sino después de tres siglos continuados de agresiones sin tregua, al sustanciarse la última evolución de los tiempos, ni Napoleón logró consolidar para Francia los provechos territoriales de sus rápidas y prodigiosas conquistas, ni Inglaterra mantener el equilibrio de la infinita extensión de posesiones que ha llegado á acumular, sin buscar al cabo las alianzas de sus rebeldes de ayer, llamados también á convertirse con el tiempo de dominados en dominantes.

Es irrecusable en la Historia el juicio emitido en el Congreso de Madrid por el ilustre pensador mejicano Justo Sierra, de que los pueblos que por instintivo é interior impulso se lanzan á las ideas del imperialismo, encuentran en su propia expansión la necesidad de desorganizarse; pero estas reacciones, que como todo lo que vive sobre la superficie del planeta, constituyen la ley de la existencia de que no se eximen individuos ni colectividades en ningún orden físico ni moral de la Naturaleza, no vienen nunca inmediatamente después del movimiento asolador del desborde, no tienen tiempo ni actividad limitada; y entre tanto, mientras el ímpetu violento

de la agresión ó de la absorción se halla en todo su vig r ¡ay! de lo que encuentra delante, porque su misión es sojuzgarlo y extinguirlo todo.

Si á los últimos movimientos del imperialismo en Europa se opusieron diques para atajarle, ni Carlos V ni Napoleón por eso dejaron de pasar como un torrente por encima de los pueblos que avasallaron. Y si contra el primero se levantó en Alemania un muro en la fe, que equivalía á un muro en la inteligencia, en Francia un muro político, sangriento en los campos de batalla, sagaz y diestro en la negociación de los Gabinetes y en los pactos del interés y de las alianzas, estos mismos principios que Europa puso en juego animada por el acierto de Inglaterra y por los heroicos ejemplos de España contra el imperialismo de Napoleón en las auroras del siglo que declina, estos mismos principios son los que ante el imperialismo concordado de los Mac-Kinley en América y de los Chamberlain en Europa, hay que profesar y sentir, hay que practicar y oponer para que el torrente que amenaza desencadenarse allí sobre los pueblos jóvenes de nuestra raza, aquí en las fronteras de Africa y en toda la vasta extensión del Mediterráneo, halle unidas y compactas las masas de resistencia que impidan las asolaciones del desbordamiento. Esperar para organizarse á oir el clarín del combate, ¿no sería el suicidio?

América tiene una raza vigorosa que oponer á la invasión de la raza que la amenaza. Pero la raza absorbente y dominadora se halla unida y compacta, y la raza amenazada se halla dividida, y en gran número de sus exiguas partes, enervada y enflaquecida por sus propios dislaceramientos domésticos. Levantarse hasta la unión y la alianza es disponerse á combatir. Permanecer en las pequeñas rivalidades, en las divisiones enervantes y en la inacción desprevenida, es resolverse á sucumbir. La América de nuestra sangre ninguna idea abriga de expansiones ni conquistas. Nunca será ni la provocadora ni la agresora y la suprema aspiración de su espíritu es conservar

la paz bajo cuya égida trabaja, se educa y prospera. Pero el deber de entenderse entre sí toda ella, de unir en un solo haz todas sus fuerzas, de suscribir la solidaridad común de sus derechos, y de prepararse, en fin, á todos los eventos del imperialismo que avanza, es una inenagenable obligación de todas y de cada una de sus Repúblicas, lo mismo de las grandes que de las pequeñas, lo mismo de las más confinantes que de las más apartadas de las fronteras de la invasión, lo mismo de las del Norte que de las del Centro y del Sur. Existe una raza que amenaza y una raza que resiste. Ningún enemigo es demasiado grande y peligroso cuando se le oponen, sumados con la fuerza y la constancia, la razón y el derecho, como cuando contra la absorción imperialista de Carlos V, Alemania se alzó en nombre de su fe, Holanda en nombre de su independencia, é Inglaterra en el mar y Francia en el continente, en nombre de su seguridad. Todos los pueblos amenazados por el imperialismo absorbente de Carlos V vencieron al cabo y aún subsisten. Lo que no vive es el imperio que fundó su espada vencedora.

*
* *

Aun contra esta política y contra esta amenaza ni el Congreso hispanoamericano en lo que inexcusablemente de político ha tenido, como lo que esencialmente de político han tenido las visitas y las adhesiones de Buenos Aires, arguyen actos de alarma para nadie. El Congreso hispanoamericano ha cumplido un deber de su maternidad, un deber de la atención que le imponen los destinos de los pueblos de su sangre que deja arraigados en América, y las visitas y las adhesiones de la capital de la Argentina es simple y sencillamente adoptar una actitud razonable de defensa. El sentido públicamente político de las entrevistas de Campos Salles con Roca desde el Paraguay lo ha fijado el Presidente Emilio Aceval en su lacónico telegrama de felicitación y de adhesión. El sentido inexcu-

sablemente político del Congreso hispanoamericano de Madrid, en espíritu admirablemente concorde con el acto que se acababa de realizar en las orillas del caudaloso Plata, no se ha fijado en los discursos que, así en la sesión de apertura como en el de clausura, pronunciaron nuestros hombres políticos que á ellas concurrieron, Sagasta y Silvela, jefes de los partidos gobernantes, y mucho menos en los del Ministro de la Reina Regente que presidió estos actos, ni del Sr. Rodríguez San Pedro, como iniciador, á nombre de la *Asociación Iberoamericana,* de aquella solemnidad. Ese sentido político inexcusable fluyó con viril elocuencia en el acto de la apertura, de los labios del ilustre jurisconsulto, publicista y hombre de Estado mejicano Justo Sierra, á quien todas las delegaciones allí constituídas habían investido de la autoridad y de la representación de su voz y de su pensamiento. Ese mismo sentido, en el acto oficial de la clausura, resaltó en los labios del no menos ilustre estadista, ex-Presidente de la República del Salvador, Dr. Zaldívar.

En el primero de estos dos elocuentes discursos, así se expresan estos conceptos:

«No creemos posible—decia el señor Justo Sierra—que contra esta tarea de justicia prevalgan ni viejas y enconosas rencillas entre hispanoamericanos, ni los apetitos formidables, como sus necesidades económicas, de los sajones de América. Sabemos á quién se designa como primera víctima de estas voracidades sin límites, de estas brutalidades étnicas. Los comisionados de Méjico, lo diremos una vez por todas, sin jactancia, pero sin reticencia; nuestro país nada teme; nada pueden temer los pueblos que, resueltos á defender su derecho, hacen entrar la muerte como factor supremo en la lucha con los fuertes; esos pueblos, tarde ó temprano, arrastran en su caída á sus vencedores, que encuentran en la expansión la necesidad de desorganizarse. Pero nada tememos, además, porque nos consideramos fuertes; en América el cosmopolitismo es la ley de nuestro crecimiento físico, y todas las razas cola-

boran en nuestras sendas evoluciones; y nuestro progreso material, base del económico, la colaboración de sus grandes vecinos, es para Méjico de precio inestimable; pero quien nos ayuda á vestir de hierro incrustado de oro, como las maravillosas armaduras de vuestros Museos históricos, el territorio nacional es impotente para mermar el temple de acero de nuestro amor por la patria. Todo cuanto nos hace andar nos refuerza, nos hace crecer moralmente y nos pone de pie, tranquilos, frente á frente del destino. Una ascensión, en la que podrá haber altos, pero jamás retrocesos hacia las cimas del progreso social; la paz interior definitivamente alcanzada gracias á la admirable acción de un pueblo secundado por una mano que no tiembla y una voluntad que no vacila, nos obligan á desdeñar las predicciones pesimistas: Méjico puede decir como el Cónsul romano arrojando al mar las aves fatídicas: el amor patrio es el mejor agüero. Pero cuanto aquí va á hacerse nos interesa y nos apasiona, porque estamos perdidos si no conservamos enmedio de la fecunda lucha en que concurrimos todos, á la explotación de nuestras riquezas; estamos perdidos los hispanoamericanos si no sabemos conservar los caracteres distintivos de nuestra personalidad. Cuanto aquí tienda á apretar los vínculos domésticos, intelectuales y morales, lo mismo el comercio que la literatura, lo mismo el idioma que la colonización, tiene para los hispanoamericanos un vital, un supremo interés. Los vínculos que aquí formemos no podrán aflojarse ya; contribuirá á ello en primer término, en lo futuro, lo que en primer término lo preparó en lo pasado y lo conserva en lo presente: el prestigio del intelecto español.»

No hay necesidad de reproducir aquí los conceptos que en idéntico sentido en la sesión de clausura oyeron todos de labios del Dr. Zaldívar y D. Crisanto Medina. Estos mismos conceptos han salido de labios de todos nuestros ilustres huéspedes en el banquete del Sr. Núñez de Arce, en el banquete de la Asociación de la Prensa, y si no se han repetido hasta lo

infinito, es porque en los demás agasajos que en Madrid se han hecho á los concurrentes al Congreso social y económico, estando españoles y americanos concordes y unánimes en una sola idea y en un solo sentimiento, se acordó suspender los discursos, no siendo ya necesarios ni para el común afecto ni para la común inteligencia.

***

Mas es que estos votos vehementes de unión y de estrechez que el Dr. Zaldívar decía servirán de punto de partida para los más altos destinos, y cuya convergencia determinará la identidad de fines que la América española necesita para apagar sus rencillas y ascender á la suspirada prosperidad de su existencia, como el Sr. Medina declamaba, ¿es un eco sin resonancia, una promesa sin objetivo, una esperanza sin realidad? Cuando esta idea se agita en la mente de toda la América de nuestra sangre, los actos solemnes en que se formulan, como el Congreso de Madrid y las entrevistas de Buenos Aires, no pueden ser un fracaso. Lo que no son, en realidad, es lo que tal vez los que se fingen ya alarmados, ya desdeñosos, tal vez hubieran querido que fuese: es decir, una provocación, un reto, siquiera una conspiración; y en este sentido que, sin aminorar la importancia del acto efectivo con toda su trascendencia, templa las alarmas insidiosas, los escrúpulos capciosos y los exclusivismos cómicos, nada más expresivo y elocuente que las declaraciones de nuestro gran estadista el señor Silvela, bajo cuyo Gobierno se hizo la convocatoria para el Congreso:

«Yo fundo—decía—grandes esperanzas en estas reuniones; en esta aproximación de los espíritus, de los corazones y de los sentimientos, sin participar de esos pesimismos de los que creen todo en ilusiones desmentidas por la realidad. Ellas harán su camino; harán su camino, sí, en el sentido de la unión, de la armonía y del aumento de fuerza que la unión y la ar-

monía significan y representan siempre; no ciertamente, como decía muy bien el señor Presidente, en un sentido que pueda representar organizaciones para la violencia ó para la fuerza, porque estas organizaciones no se crean, ni se pactan, ni se conspiran á la luz del día y en las comunicaciones de los pueblos, sino que cuando tienen lugar se elaboran silenciosa y ocultamente en las inteligencias de los Gobiernos.»

*
* *

El espíritu entero del Congreso social y económico hispanoamericano de Madrid, no ha sido en su esencia más que un acto de unión, en que se compenetran sesenta y cinco millones de hombres que hablan nuestra lengua en los dos mundos. La revelación de este número estadístico es la iluminación de un hecho que debe formar la conciencia plena de esta gran fuerza de defensa y resistencia. La raza española de los dos mundos no es una raza enervada y estragada como la raza tantos centenares de siglos secular del Celeste Imperio, y no puede ser agredida impunemente, si en su conciencia se forma la convicción profunda de la fuerza que nace de su solidaridad y su unión. Sólo agredida por partes aisladas, como lo fue España en sus colonias, por la alianza entera de toda la raza rival de nuestra raza y no auxiliada por ninguno; sólo agredida por partes, y abandonadas estas débiles porciones políticas á la insuficiencia de sus medios defensivos y al desamparo, la raza rival podría renovar sus agresiones y sus absorciones en la forma que á Méjico despojó de sus Estados del Norte, y á España de los últimos vestigios de sus glorias. Mas para que sea fructífera esta unión, es necesario que cada una de las entidades independientes de la gran familia hispanoamericana procure ponerse en estado de resistir, siendo útil para sí misma y útil para las demás, sin cuyas condiciones recíprocas en vano se pedirían los auxilios de la solidaridad. Sin paz interior dentro de la vida legal en todas y en cada una de las Repúblicas

de nuestra sangre; sin corrientes de armonía con cada uno de los Estados vecinos; sin el planteamiento de sistemas de economía que haga fértiles para cada Estado los recursos de su propia opulencia; sin el arrojo de las grandes iniciativas que emancipe del concurso del capital extranjero todo el desenvolvimiento de las grandes empresas de interés material; sin el creciente desarrollo de la instrucción general, para que todos estos coeficientes cooperen al problema moral, al robustecimiento del poder propio, á la conquista del respeto y de la autoridad que muchos de aquellos Estados tienen abandonada á las censuras violentas de la opinión, el movimiento de esta unión sería estéril, pues no podría fundarse sobre bases de un perfecto equilibrio.

El primer paso está dado, y los votos del Congreso de Madrid repercuten en unísona esperanza desde la frontera del Bravo á los paralelos magallánicos, como los votos paralelos de Buenos Aires han llenado aquel hemisferio, desde el extremo Austral á los golfos del Septentrión, y cruzando el Océano vienen á repercutir en nuestra Península. Como el Sr. Silvela ha expresado en Madrid, esta unión es la atracción comunicativa y espontánea de los pueblos, y no la inteligencia diplomática de los Gobiernos. Pero lo que la voz poderosa de los pueblos demandan cuando los mueve la necesidad, los Gobiernos lo suscriben y lo defienden, y como el Sr. Sierra ha dicho entre nosotros, *los vínculos que aquí hemos formado no podrán aflojarse ya.*

*
* *

El Congreso hispanoamericano de Madrid, del mismo modo que las ostentosas entrevistas de Buenos Aires, han tenido su parte ineludible de familiares expansiones, como demostración solemne de la alegría del abrazo fraternal. Las fiestas con que la capital de la Argentina ha recibido la visita del Presidente del Brasil y ha asistido á la firma de los pactos de alianza

entre estas dos Repúblicas, Chile, el Paraguay y el Uruguay, han alcanzado la grandiosidad de sucesos casi hiperbólicos, casi inverosímiles. Aquellas sociedades jóvenes son puro entusiasmo, y los grandes recursos de su expléndida opulencia prestan el realce de lo maravilloso á estas efemérides insignes, que revelan la vitalidad de sus pueblos. Los días que Campos Salles ha residido en Buenos Aires, la grandiosidad y continuación incesante de los festejos, han llegado á constituir lo que bien pudiera calificarse de la *orgía de la fe nacional*. Nadie en aquella feliz República ha dejado de tomar parte en el gran suceso patrio. De los Estados que forman su confederación y de los Estados independientes vecinos, hasta del Perú y Bolivia, que todavía no han entrado en la gran alianza de la América Meridional, habían afluído á la capital del Plata millares de millares de concurrentes á aumentar el efecto del éxito que inunda de gratas esperanzas todo aquel vasto continente.

En Madrid todo ha sido sobrio, majestuoso y modesto. La Reina Regente María Cristina festejó á nuestros huéspedes y hermanos de América con una recepción en las soberbias Cámaras del Real Palacio. Con otra recepción solemne los obsequió el General Azcárraga en los salones del Palacio de la Presidencia del Consejo de Ministros, y un grande de España, el Marqués de Vilana, los reunió del mismo modo en el seno de lo más selecto de nuestra sociedad histórica, aristocrática y civil. Núñez de Arce, en cuyo insigne nombre se representan nuestras Academias, les invitó á un almuerzo de intimidad; y á obsequios semejantes, la Asociación de la Prensa, La España Moderna, la *Revista de los Tribunales* y la ilustrada del *Blanco y Negro*. El teatro Real y el teatro Español abrieron sus puertas en funciones de gala para su recreo, y el Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes, como signo supremo de la dirección de los tiempos y del espíritu, les invitó á la inauguración fastuosa de la estatua erigida sobre el solar de lo que fue antigua huerta del Jardín Botánico, á la memo-

ria de D. Claudio Moyano, el organizador moderno de la instrucción pública en España.

De todos estos agasajos también quedará al porvenir un monumento de imperecedera memoria: la medalla que ha de acuñarse con el busto de Núñez de Arce. Propuesta la idea por el Dr. Macedo, Delegado de Méjico, y aceptada por aclamación por todos los Ministros plenipotenciarios y congresistas americanos concurrentes en Madrid, el acto fue engrandecido con los elocuentes discursos de Justo Sierra, Zaldívar, Blest Gasca, Alonso Criado, Zumeta, Pérez Triana y los demás iniciadores de tan gallardo honor. Otra memoria honorífica quedará en Madrid, también debida á la iniciativa é instancias de los ilustres americanos que han concurrido á nuestro Congreso social y económico. Esta mención se refiere á un muerto: á Emilio Castelar, cuyos pensamientos sobre la unión hispanoamericana tuvieron por principal medio de publicidad desde 1888 las modestas páginas de La España Moderna. La figura de Emilio Castelar no sólo llena el nimbo de España y de América, abarca el mundo con la antorcha luminosa de sus ideas y de su inmensa representación en el siglo que acaba. Pero La España Moderna, que en tanto respeto le tuvo, debe guardar la modestia de quien le considera como cosa propia.

Juan Pérez de Guzmán.
(Iob.)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Literatura: Matilde Serao.=Historia: Dos grandes criminales: la Marquesa de Brinvilliers y la Voisin.=Sociología: El Congreso feminista de la Exposición de París.—El Congreso de «Historia de las religiones».=Enciclopedia: La extensión del horizonte mental.=Impresiones y notas: Cómo se domestican los leones.—Un gran poeta americano.—Enfermedades simuladas.—Museo Nietzsche.—El matrimonio primitivo.

LITERATURA

Matilde Serao.—Es en España muy poco conocido el nombre de la más ilustre escritora italiana contemporánea, y bien merece que los intelectuales de aquende el Pirineo la conozcan y la estimen cuando ha recibido tiempo ha la consagración de la fama, no ya sólo en su patria, sino en el mismo París, donde sus obras son pasto intelectual de todos los *gourmets* literarios y han merecido el honor de ser traducidas por ingenios de primer orden y ensalzadas por los críticos más exigentes.

En la literatura italiana de hoy—dice en la *Nuova Antología* Gemma Ferruggia—Gabriel de Annunzio es *forma*, Juan Verga *pensamiento*, Antonio Fogazzaro *sentimiento*, y Matilde Serao *fantasía*. Matilde Serao representa el triunfo de la imaginación, y si otros artistas la superan en la robustez de la concepción ó en la idealidad del sentimiento, nadie como ella

sabe atraer al lector al reino de sus divinas ficciones, encadenándole y convenciéndole. El alma delicada é investigadora de Enrique Nencione resumía en una sola palabra, que repetía con la insistencia del que ha logrado dar con una expresión exacta para reflejar su pensamiento, la personalidad artística de Matilde Serao: «poeta».

El acuerdo entre el público y la crítica, tratándose de Matilde Serao, es completo: el público compra y lee con avidez sus obras, y la crítica admira comprobando el éxito. Hasta los enemigos más encarnizados de la literatura femenil se inclinan ante Matilde Serao como prodigio de fuerza y de actividad: los viejos, que la vieron surgir, la contemplan con sorpresa exenta de desdén; los que surgieron con ella, la respetan como leal compañera de viaje, y los que aspiran á la gloria llamándose á voces *los jóvenes*—con la obstinación que una mujer fea podría poner en alabar la frescura de su rostro—no se atreven á atacarla porque Gabriel de Annunzio le ha rendido tributo de admiración con la hermosa dedicatoria de *Juan Obispo*. Ningún otro escritor italiano sabe inspirar como la Serao el difícil deseo de hacerse *releer*.

Aunque la simple exposición de los títulos de las obras de Matilde Serao resulte cosa árida, son algunos tan sugestivos que parecen elegidos para despertar la curiosidad y excitar á la lectura. Helos aquí, por orden cronológico: *Página azul, Leyendas napolitanas, Corazón enfermo, Fantasía, Almas pequeñas, La virtud de Checchina, El vientre de Nápoles, Relatos napolitanos, La conquista de Roma, La novela de la muchacha, Vida y aventuras de Ricardo Joanna, ¡Alerta, centinela!, Flor de pasión, ¡Adiós, amor!, Castigo, Los amantes, Pequeña novela, El indiferente, Jauja, La infiel, En sueños, La bailarina, En el país de Jesús, Sor Juana de la Cruz, Saber vivir* y *Como una flor*. En todas estas obras, grandes ó pequeñas, no hay ni un desfallecimiento ni una caída; pero la novela napolitana *Jauja (Il paese di cucagna)* es hasta hoy la obra maestra de Matilde Serao.

En el *Diccionario de los escritores vivientes*, de Angel de Gubernatis, se ve que Matilde Serao nació el 7 de Marzo de 1856 en Patrasso, en Grecia. Pero aunque por su nacimiento sea griega, la Serao es por todos conceptos italiana, y más especialmente napolitana. Obtenido el título de maestra, comenzó á darse á conocer en 1878, y una de sus primeras batallas fue una vigorosa polémica sostenida en 1879 para demostrar que las mujeres italianas no quieren ocuparse de política, pero que si tuvieran que dar su voto, lo darían de todo corazón por los principios de la Casa de Saboya.

En el *Diccionario internacional de los escritores del día*, se afirma que Matilde Serao pertenece á la escuela pesimista y á la realista. Nada más falso. Desde su aparición en el campo literario, Matilde Serao supo unir en sus producciones, naturalmente orientadas hacia el estudio de lo verdadero, la gracia sentimental y ese romanticismo de lo real que constituye el mérito principal de las obras de imaginación; recorriendo sus obras, no se la encuentra ni una sola vez cogida por el vértigo del mal, más ó menos enmascarado por traidoras apariencias de belleza y de bondad. Ni puede llamarse pesimista á quien, recogiendo las vibraciones todas del dolor humano, sabe expresar la infinita melancolía de la vida haciendo pasar á través de sus palabras un sentido de aguda piedad, un aura suave sobre sus innegables cualidades; sería preciso suprimir del arte la entera visión de la vida para evitar la dolorosa comprobación de la existencia del mal; pero aquí al menos se hace sin el hastío de alma envenenada, sin odios de raza ni prejuicios de clase. Si nadie ha sabido como Matilde Serao revelar el alma femenil, levantando muchos velos de odios y generosidades, de entusiasmos y venganzas, no es menos cierto que los tipos femeninos de la Serao, malvados ó sublimes, no son mujeres. Y como las observaciones reveladas del mundo femenil, aunque sean tristes, aunque sean amargas, no contienen nada torpe, toda mujer querrá ser estudiada y descrita por Matilde Serao, que tiene además la singular fortuna

de agradar con sus tipos femeninos á los hombres, porque todas sus criaturas viven, obran, se pierden y se salvan por el amor, y del amor han hecho el objeto de su vida, y como Descartes decía: «pienso, luego existo», las mujeres de Matilde Serao pueden decir: «vivo porque amo».

Matilde Serao es inagotable, y prodiga los tesoros de su ingenio con la indiferencia de quien sabe que puede ser generoso. ¡Cuántos artículos, cuántas brillantes fantasías habrá prodigado por doquier, sin volverse á acordar de ellas ni pensar siquiera en sus derechos de propiedad! Me acuerdo — dice la Ferruggia — que en 1895, á fuerza de revolver la biblioteca Marucelliana de Florencia, logré encontrar el primísimo trabajo de Matilde Serao, un tomito titulado *Opalo* y firmado con el pseudónimo de Tuffolina; cuando, después de haber hablado en público de esta obra, primero en Milán y luego en Venecia, hablé de ella con Matilde Serao, me miró al principio estupefacta, y luego, soltando una de sus sonoras y francas carcajadas, dijo:—«¡Jesús, *Tuffolina!* ¡Qué cosa tan lejana! ¿Y de dónde habéis podido sacarla?» Ningún autor ha sido en sus comienzos más hostilizado que Matilde Serao, que puede contar entre sus críticos más feroces, al que luego fue su marido; pero de año en año, la hostilidad disminuyó, y el coro de admiradores fue creciendo, afirmándose el éxito de quien, desde *Opalo* hasta *Jauja*, había encontrado en su camino panegiristas tan devotos é ilustres como Enrique Nencione, Ruggero Bonghi, Eduardo Rod y Pablo Bourget.

Hay en *Fantasía* un momento en el que, Lucía Altimare, viendo que una periodista deja escapar palabras de simpatía, oye decir de pronto á su interlocutora: «Preferid siempre ser mujer». Esta frase revela de dónde ha sacado la gran escritora su real sencillez: del conocimiento del juicio varonil; no ignora lo mucho que pierde de femineidad en el concepto del hombre la mujer que tiene que ganarse la vida con su ingenio; así, con finura y agudeza, fruto de las observaciones y quizá de la experiencia personal, se demuestran algunas in-

concebibles aberraciones del hombre, comprobándose su desprecio á toda superioridad mujeril; desprecio existente y malamente disimulado hasta en los hombres superiores. En *La novela de la muchacha*, apartando á una joven del deseo de hacerse escritora, la Serao pinta un turbio cuadro de las tristes condiciones necesarias para emprender la difícil carrera, preguntándole ásperamente si posee la cualidad esencial: «¿Tienes un corazón de bronce?» Pregunta bien grave para el corazón y para la pluma de una escritora que aprecia, sobre todas las cosas, las nobles prerrogativas de su sexo.

Sobre los defectos de estilo y deficiencias de forma, domina en las obras de Matilde Serao el vigor del pensamiento; y en el conjunto de su labor hay tal fuerza, que con razón ha podido decir Antonio Fradeletto: «Considero á la Serao como nuestro más fuerte ingenio en este fin de siglo.» Sin ser bella, es su rostro gracioso y expresivo: pequeña, redondita, sin languideces y sin nervios, con ojos aterciopelados, cabellera negra, larga y abundosa, rostro pálido y moreno, y una boca en la que la sonrisa es pensamiento, y de la que brota rumorosa, alegre y franca la risa, pregonando la alegría del vivir, la gran embriaguez de la mujer feliz que ha sido amada, que lo es y que ama todavía, rodeada de sus hijos, buena madre y amiga generosa.

HISTORIA

Dos grandes criminales.—Con motivo de la publicación del libro de Funck-Brentano *El drama de los venenos,* publica la *Revue Bleue* un curioso artículo, del que extractamos lo relativo á los dos famosos procesos del tiempo de Luis XIV, en los que fueron condenadas la Marquesa de Brinvilliers y la Voisin.

María Magdalena de Aubray, hija de un Consejero de Estado, nació el 22 de Julio de 1630, con una educación bastan-

te buena en su parte literaria, y sumamente mala en su parte moral; se entregó desde la edad de cinco años á vicios horribles, perdiendo su virginidad á los siete años y entregándose desde entonces á la crápula con sus hermanos. Graciosa, bonita, con grandes ojos azules, piel extraordinariamente blanca y hermosos cabellos castaños, viva, amable, amiga de divertirse, se casó á los veintiún años con el joven Marqués de Brinvilliers, Maestre de Campo del regimiento de Normandía, y amigo también de los placeres y poco escrupuloso.

Entre sus amistades, se contaba la del capitán Sainte-Croix, buen mozo, gastador, falto de sentido moral, y que hablaba de Dios con unción evangélica, sin creer en él. Convertido en amante de la Marquesa, que no se tomaba la molestia de ocultarlo, fue encerrado en la Bastilla á petición del magistrado d'Aubray, que no podía tolerar el escándalo que daba su hija con aquellos amores adúlteros. La prisión duró poco, y Saint-Croix y la Marquesa, cada vez más enamorados, resolvieron acabar con la vida del único que se oponía á sus goces, el noble magistrado, cuyas canas manchaban con su torpe conducta.

Puestos en relación con un químico suizo, Cristóbal Glaser, éste les proporcionó una receta; y desde entonces se vió á la Marquesa acudir á los hospitales, y obsequiar á los enfermos con vinos, caldos y bizcochos, que no tardaban en producirles la muerte, sin que los médicos, que entonces no sabían descubrir el envenenamiento por arsénico, sospechasen nada. Segura ya de la eficacia del veneno, se dedicó á concluir con su padre, y desde el 13 de Junio al 10 de Septiembre, con sin igual cinismo, le sirvió treinta dosis de arsénico enmedio de mil caricias y monerías.

Muerto su padre, tuvo que matar á sus hermanos para heredarlos, pues Sainte-Croix la explotaba, y sus criados, sus cómplices y sus numerosos amantes no la dejaban en paz, pidiéndole siempre dinero. Trató de envenenar á su marido para casarse con Sainte-Croix; pero éste, que lo presumió, daba

contravenenos á su amigo, y la tentativa fracasó. Envenenada ella á su vez por su amante, lo conoció á tiempo, y pudo salvarse á fuerza de cuidados; su hija, á quien trató de envenenar también porque era tonta, se libró de la muerte por un resto de cariño maternal, que á última hora la hizo volver atrás y renunciar al nuevo crimen.

Aquello no era vivir, y un día supo la Marquesa que Sainte-Croix había fallecido; corrió á su casa para apoderarse de una cajita donde aquél encerraba 34 cartas, en que la Brinvilliers relataba el envenenamiento de su padre, y que constituían el arma principal de la explotación á que la había sometido, y se encontró con que la policía se las había llevado. Sin aturdirse, procuró despistar á la justicia; pero inquieta por su suerte, se trasladó á Inglaterra. Cogido uno de los criados que la habían ayudado en sus crímenes, y sometido al tormento, llegó á última hora á confesarlo todo, y fue enrodado vivo en el mismo día. Obtenida la extradición, escapó á Bélgica, y fue presa en Lieja. No habiéndose podido matar comiendo pedazos de cristal y alfileres, intentó poner fin á su vida de un modo horrible, contado así por la señora de Sévigné en una de sus incomparables cartas: «Se había metido un palo, adivinad donde: no es en los ojos, no es en la boca; no es en la nariz, no es á la turca». Abortadas todas sus tentativas de suicidio, fue juzgada y condenada, sin que perdiera un momento su altanería y su impasibilidad, siendo decapitada en la plaza de Greve, su cuerpo quemado y sus cenizas arrojadas al viento.

Poco después de tan terrible castigo, la corte, impresionada por las muertes sucesivas de Enriqueta de Inglaterra, Hugues de Lionne y el Duque de Saboya, se sintió alarmadísima por una nota de los penitenciarios de la Catedral en la que, sin denunciar á nadie, se declaraba que «la mayor parte de los que se confesaban desde hacía algún tiempo, se acusaban de haber envenenado á alguien». El 27 de Julio de 1677, se revelaba á un confesor un proyecto de envenenamiento del

Rey y del Delfín, y el 5 de Diciembre, el activo y celoso La Reynie, Jefe de la policía, hacía prender á Luis de Vanens y á su querida. Entre sus papeles se descubrió una vasta asociación de alquimistas, monederos falsos y hechiceros, compuesta de sacerdotes, banqueros, oficiales, lacayos y prostitutas, y gracias al hilo cogido y á las incesantes pesquisas de La Reynie, el 4 de Enero de 1679 fueron presas la bruja María Bosse con su hija y sus dos hijos en la misma cama en que los cuatro dormían juntos, y dos meses después caía en manos de la policía la famosa Catalina Deshayes, mujer del joyero Monvoisin, llamada la Voisin, al salir de misa de una iglesia: era la mayor criminal de que habla la historia.

La Voisin era una bruja ó hechicera; adivinaba, echaba las cartas, decía la buenaventura, vendía remedios y venenos, y ganaba unos cien mil francos anuales, con lo cual apenas tenía para cubrir sus gastos, pues sus numerosos amantes, su lujo y sus orgías lo absorbían todo. El traje con que pronunciaba sus oráculos, de corte especial y cuajado de encajes, valía 15.000 duros. En aquellos tiempos el oficio de hechicera ó adivina producía mucho, á pesar de que no había en París menos de 400 que lo ejercieran, entre las cuales la Voisin ocupaba un puesto preeminente, teniendo relaciones con lo más lucido de la corte. La Voisin no se contentaba con decir la buenaventura y dar recetas y venenos, sino que celebraba también, para ciertas parroquianas sedientas de honores, riquezas ó amor, la «misa negra».

En aquellas monstruosas ceremonias la Voisin era asistida por el abate Guibourg, sacerdote bizco y viejo, amoratado y repugnante, sacristán de San Marcelo. Decía la misa con alba, estola y manípulo, y las mujeres sobre cuyo vientre la decía estaban completamente desnudas, sin camisa, en una mesa que servía de altar, teniendo el cáliz sobre el vientre, y estando con los brazos extendidos con una vela en cada mano; á veces no se desnudaban, contentándose con remangarse los vestidos hasta el cuello. En el momento del ofertorio, el abat

Guibourg picaba con una fuerte aguja á un niño en el cuello, y la sangre de esta víctima (hubo, según consta en el proceso, más de 2.500 niños muertos así en casa de la Voisin) era recogida en el cáliz, donde se mezclaba con sangre de murciélago y con otras materias obtenidas por prácticas inmundas; se añadía harina para dar solidez á la mezcla, y con el todo se formaba una especie de hostia que se bendecía en el momento litúrgico de la misa; para que la misa diera resultado había que celebrarla tres veces seguidas.

La cámara ardiente, presidida por el Conde de Compans, Luis Bazín y La Reynie, celebró 210 sesiones, y tuvo que hacer con 442 acusados, de los que 367 fueron juzgados culpables, aunque poco á poco fue relajándose el rigor primitivo, en virtud del cual la Voisin, con algunos de sus cómplices, fue quemada viva en 1680, en la plaza de Greve. ¿Qué había ocurrido al instruir el proceso? Que el Tribunal había tropezado entre las culpables, nada menos que con la Marquesa de Montespan, la favorita del Rey Luis XIV desde hacía doce años.

Francisca Athenais de Rochechouart, hija del Duque de Mortemart, y casada con el Marqués de Montespan, se había propuesto llegar hasta el Rey; puesta por Vanens en relación con las hechiceras, había hecho tomar al Rey elixires de amor, en los que entraban cantáridas, polvos de topo seco, sangre de murciélagos y los más innobles ingredientes, logrando, en 1668 el deseo de compartir el lecho del Rey, reemplazando en él á la señorita de la Vallière. A los cuatro años el Rey pareció cansarse de la Marquesa, pero ésta recurrió á los grandes medios: el abate Guibourg dijo sobre su vientre la misa negra, y el Rey volvió á la Montespan con más ardor que nunca; desterrada en 1675, se preparaba á envenenar al Rey, cuando éste volvió á sus brazos; pero en 1679 la brillante hermosura de diez y ocho primaveras de la señorita de Fontanges deslumbró al Rey, y la Montespán fue abandonada; tuvo una escena violenta con su amante, y convencida de su irremisible aban-

dono, resolvió envenenar al Rey y á la Fontanges, encargándose del negocio la Voisin, mediante millón y medio de francos. Un azar impidió que la primera tentativa de envenenamiento por medio de un memorial, tuviera éxito, y al disponerse á realizar la segunda fue presa la Voisin, no por estos delitos, sino por los de hechicería.

El compromiso de la Montespan salvó muchas cabezas, tales como las de Olimpia Mancini, Condesa de Soissons, la primera pasión del Rey; la Duquesa de Bouillon, la Condesa de Roure, la Duquesa de Vivonne, el Conde de Clermont-Lodeve, el Marqués de Cessac, la Vizcondesa de Polignac y otras muchas no menos ilustres, todas envueltas en las horribles mallas de aquella inacabable serie de crímenes y de vergüenzas. La Marquesa de Montespan vivió todavía veintisiete años arrepentida y humillada en la más profunda tristeza y trabajando para los pobres.

SOCIOLOGIA

El Congreso feminista de la Exposición de París. — El feminismo, que, como todos los partidos, fue en sus comienzos exagerado en sus reivindicaciones, y daba aún en 1896 la impresión de una aglomeración caótica sin enlace doctrinal, se presenta ya como un partido homogéneo, dispuesto á reclamar la adopción de reformas prácticas inmediatas, según dice Parsons en la *Revue Bleue*.

Sus principales reivindicaciones pueden dividirse en dos grupos: económicas y civiles. Entre las económicas (y no hay que olvidar que en la industria, el comercio y la domesticidad se cuentan sólo en Francia 2.565.625 mujeres contra 3.428.998 hombres), la más importante consiste en asegurar al trabajo de la mujer la misma remuneración que al del hombre, en virtud del principio «á trabajo igual, salario igual». Los motivos alegados por Gelez, Concejal del Ayuntamiento de París, para

explicar su adhesión, son de gran peso: «Desde el punto de vista político, económico y social — ha dicho — la mujer tiene derecho, como el hombre, á la libertad, y, por lo tanto, á un salario que le permita vivir por sí misma del fruto de su trabajo con independencia; pagarle, como suele hacerse, la mitad menos que al hombre, es hacerla esclava, provocando además el envilecimiento de los salarios al favorecer el trabajo femenil, y echando progresivamente al hombre del taller para que le reemplace la mujer en beneficio del patrono, que paga de ese modo menos, es fomentar, por otra parte, en provecho del capitalismo, el antagonismo entre el obrero y la obrera, contra la aspiración de todos á la unión de los obreros sin distinción de sexo.» Para demostrar hasta qué punto está rebajado el trabajo de la mujer, citó el caso de las costureras empleadas por la Beneficencia pública, entre las cuales las hay que, trabajando diez horas al día, no ganan más que cinco francos por semana.

La proposición sobre la derogación de todas las leyes de excepción que rigen el trabajo de las mujeres «fue ampliamente discutida». Las leyes de protección de la mujer habían resultado en la práctica nocivas á los intereses femeninos, pues la prohibición, por ejemplo, del trabajo de noche había obligado á ciertas casas de París á establecer el sistema del trabajo desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, sin interrupción para las comidas, y había estado á punto de hacer que fueran despedidas las obreras tipógrafas de *La Fronde*. La proposición votada en definitiva dice así: «Todas las leyes de excepción que rigen el trabajo de las mujeres serán abolidas y reemplazadas por la aplicación á toda la población obrera, sin distinción de sexo, de un régimen igual de protección.»

Hubo unanimidad en cuanto á rodear de todas las garantías posibles de confort y de higiene, la obra de la maternidad. «Día llegará — dijo la señora Edwards Pilliet, doctora — en que la mujer será considerada, en el período de la gestación y la lactancia, como un verdadero *funcionario social;* durante

ese período, la sociedad le debe, á cambio del enorme esfuerzo de la maternidad, el alimento, la habitación y el reposo necesario para hacer un ser tan perfecto como sea posible.» Entre tanto se procurará conseguir que se concedan á las embarazadas quince días de descanso antes de su parto, y cuatro semanas después, con derecho á una indemnización mínima de dos francos diarios á cargo del Estado durante ese tiempo; la madre que después de su parto no pueda justificar que tiene medios de existencia, tendrá derecho á ser recogida, un mes por lo menos, en una casa de convalecencia.

En cuanto á las reformas civiles, la señora Durand explicó la injusticia cometida contra su sexo por el Código Napoleón. «Napoleón — vino á decir — creyó que todas las mujeres eran como las de su familia y sus queridas, y de ahí que tratara á la mujer como un ser inferior.» Renato Viviani, relator de la Comisión, se declaró contra «la unión libre» preconizada como remedio y estimada por él como el peor engaño de la mujer. «En esa unión—dijo—la mujer ofrece su juventud como soberbia presa al capricho masculino; pero cuando, al desaparecer su belleza, pierde su precaria dominación, vuelve á caer en el rango de la criada que se despide ó que se humilla.» Tampoco admite la asimilación del matrimonio á un alquiler de servicios de cierta duración, denunciable por ambos esposos. Viviani considera el matrimonio como una «asociación libre entre los esposos», en la que no será ya uno solo quien discuta, mande y tenga todos los derechos. La proposición adoptada se reduce á desear que «todas las leyes que ordenan á la mujer obediencia al marido sean abolidas.»

Tras esto, se decide que se autorice el divorcio por mutuo consentimiento después que los esposos hayan declarado por tres veces ante el Presidente del Tribunal civil, y con intervalo de tres meses entre la primera y la segunda, y de seis la tercera, su voluntad de separarse. La locura, debidamente comprobada durante cinco años consecutivos, será admitida como causa de divorcio.

La investigación de la paternidad ha dado lugar á vivas controversias, prevaleciendo en el fondo la opinión contraria á la misma de la señora Pognon, aunque el Congreso la haya votado en atención á los buenos resultados, que, según Viviani, ha dado en Noruega, donde se halla establecida. La investigación de la paternidad no es solución práctica para la madre, como lo demuestra el hecho de numerosas mujeres casadas y con hijos, que no pueden obtener nada de sus maridos; en cuanto éstos ven que se somete á descuento su jornal, para levantar las cargas de la familia, dejan de trabajar con perjuicio propio y de sus hijos; á un hombre que se empeña en no reconocer á su hijo, no se le puede obligar á que pague sus gastos. La señora Pognon propuso la fundación de una caja de maternidad, de la que toda madre pueda sacar la parte que corresponda á sus hijos, y así se acordó, terminando las fecundas sesiones del Congreso feminista con el voto unánime de la proposición de que todos los Gobiernos pongan en práctica los principios adoptados por la conferencia de la paz universal de la Haya.

***

El Congreso de «Historia de las religiones.»—Este Congreso, presidido por Alberto Reville, y en el que han tomado parte el Conde de Gubernatis, profesor de la Universidad de Roma; Montel, decano de la Facultad de Teología de Ginebra; Glagoleff, profesor de la Academia eclesiástica de Moscou: Chikadzumi, publicista japonés, y otras muchas distinguidísimas personalidades, ha tenido como resultado—según dice en la *Revue des Revues* Jacobo de Coussanges—definir el objeto y señalar la importancia de la «Historia de las religiones.»

En otro tiempo había en el Colegio de Francia cátedras de orientalismo, y en las Facultades cátedras de Teología y de historia de la Iglesia, pero nada más. Sabatier nos ha dicho

cómo el humanismo había sido el origen, no de la historia de las religiones, pero sí de la crítica bíblica de donde aquélla ha salido. La comparación de los textos griegos y latinos dió la idea de examinar la Biblia desde el punto de vista filológico; lo que Justo Lipsio hacía con los clásicos, Erasmo, Jiménez de Cisneros, Roberto Etienne y Teodoro de Beza, lo hicieron con los documentos hebráico-cristianos; y Ricardo Simón demostró que la explicación apriorística de las Sagradas Escrituras era equivocada, siendo el primero en advertir que Moisés no era el autor del Pentateuco. Leclerc y Astruc siguieron sus huellas, y la crítica racionalista rompió luego los añejos moldes, si bien la estrechez de sus miras, inspiradas en el deismo y el panteismo, y por consiguiente falta de la noción histórica, quitaban á sus juicios todo valor objetivo, siendo Strauss el tipo de esta crítica negativa.

Cristiano Baur y Reuss reaccionaron contra esta escuela, é intentaron resolver un problema psicológico midiendo el ángulo de refracción bajo el que los acontecimientos se han reflejado en el alma de los testigos, fundando así una ciencia objetiva y positiva; Ritschl, Welhausen, Harnack y Holtzman, les han seguido, y todos parten de la aceptación íntegra del contenido de los libros, siempre que esté probada su autenticidad.

Los sistemas de Kant y de Hegel declarando imposible la prueba de la objetividad del conocimiento y señalando la ley fatal del desarrollo de la historia, habían producido en la crítica religiosa la negación de la revelación y de lo sobrenatural, fundando en el determinismo la actuación humana. La teoría de la evolución, los trabajos de Taine, la aplicación y los métodos biológicos, han cambiado las corrientes del pensamiento, llegando la ciencia novísima á la admisión de la posibilidad del milagro y á la confesión de que no conoce *todas* las leyes del universo. El mismo abate Denis, director de los *Anales de filosofía cristiana*, desde su punto de vista católico, entiende que la misión de la crítica bíblica consiste en poner-

se frente á lo sobrenatural y reconocerlo sin explicarlo, aun concediendo gran participación á la receptividad del individuo y á su cooperación en la formación de la religión.

Max Müller, el profesor de Oxford, es uno de los primeros que han analizado las diversas fases religiosas de la humanidad. Hace veinte años que se fundó en el Colegio de Francia la cátedra de «Historia de las religiones», de que hoy es titular Alberto Reville, habiendo dado en el Instituto católico el abate Broglie una serie de conferencias sobre esta materia; en Holanda, donde tanto han trabajado Tiele y Kuenen, se ha incluído en los programas oficiales, desde la laicificación de las Facultades de Teología, la historia de la idea de Dios y otros asuntos relacionados con la historia de las religiones; Suiza ha sido de las primeras que la han introducido en sus facultades, y lord Clifford legó 40.000 libras esterlinas á las Universidades de Escocia para que la enseñaran; Alemania, sin embargo, que ha asistido al espectáculo de este brote de historiadores de la Biblia, no ha incluído esta enseñanza en sus Facultades.

Los informes presentados al Congreso y que venimos resumiendo en estas notas, son tan numerosos como interesantes. El Conde Goblet de Alviella ha mostrado cómo la religión había fundado la moral y conservado las sociedades; las agrupaciones humanas, ha dicho Spencer, que no han conocido el sacerdocio, no han durado; la religión ha introducido entre los hombres el espíritu de sacrificio y fortificado el principio de autoridad; estableciendo primero un lazo entre los vivos y los muertos y pasando después al período remunerador, ha hecho del hombre el auxiliar de Dios en el progreso del Universo.

El estudio del folklore puede darnos un conocimiento exacto de la evolución de la religión en las agrupaciones primitivas. Marillier, que es su introductor en Francia, como Nutt en Inglaterra, ha mostrado que la palabra folklore no designa únicamente las leyendas y tradiciones, sino todas las formas

exteriores de la piedad, todas las prácticas de devoción, todas las supersticiones de los salvajes y de las clases incultas de los pueblos civilizados. En Bélgica, por ejemplo, para llamar mejor la atención de un santo, sus devotos pinchan su imagen y meten clavos en la estatua que le representa; en el país de Gales, para hacer morir á un enemigo se atraviesa un córazón de ternera. Todas estas particularidades de las costumbres de los pueblos deben ser recogidas por los viajeros ó los sabios sin prejuicio ninguno, y referidas con rigurosa exactitud para no falsearlas.

Goldziher, profesor de Buda-Pest, ha hecho ver la influencia del mazdeismo en el islamismo; Pamerlinck ha mostrado la conveniencia de precisar cuáles son las filtraciones del cristianismo en el budhismo; el rabino Klein, de Stockolmo, ha querido probar que Jesús era esenio; Faye ha demostrado cómo los apologistas griegos del siglo II estaban empapados en la filosofía griega de su tiempo; Picavet se ha esforzado en determinar los principios del averroismo probando que sus doctrinas, muy en boga en el siglo XIII, habían parecido extremadamente temibles á la Iglesia. Los debates del Congreso han demostrado, en resumen, que la «Historia de las religiones» abrazando todas las civilizaciones, razas y estados psíquicos, merece ocupar puesto preferente en los estudios, en la labor intelectual y en las preocupaciones más serias de todo hombre culto.

ENCICLOPEDIA

La extensión del horizonte mental.—Los perfeccionamientos realizados en el siglo XIX—dice Novicow en *L'humanité Nouvelle*—han acelerado la transmisión de las ideas más todavía que el transporte de viajeros y mercancías. El telégrafo es un revolucionario más grande que el ferrocarril y los vapores. Hoy podemos recibir una noticia de los antípodas en

menos tiempo que tardaba en llegar de Ostia á Roma en la época de Augusto; todavía en 1793 la muerte de María Antonieta no se supo en Viena sino nueve días después de ocurrida. El telégrafo mismo, sin embargo, se encuentra aventajado por el teléfono, y el globo no tardará en cubrirse de una red telefónica por la que todos los hombres podrán hablarse como de silla á silla; en el siglo XVII se necesitaba un año para ponerse en comunicación Londres y Calcuta; hoy bastan dos segundos. Y como si esto fuera todavía poco, se habla ya del telefoto, nuevo instrumento para ver de lejos, mediante el cual un periódico colocado en una mesa de Nueva York podrá ser cómodamente leído desde París. ¿Cómo pensar que esta aceleración colosal en la transmisión del pensamiento no ha de producir un cambio radical en las relaciones humanas?

Al mismo tiempo que el telégrafo y el teléfono, la imprenta contribuye á difundir en las masas la más circunstanciada información. Aun á principios de este siglo las prensas de mano no podían tirar más de 450 ejemplares por hora; hoy las rotativas tiran 70.000; y como si esto no bastara, se habla de utilizar los rayos Röntgen por un procedimiento que será, respecto á las rotativas, lo que estas han sido á las antiguas prensas. El individuo que lee su periódico por la mañana, gira, por decirlo así, una visita de inspección al mundo entero, mientras antes no sabía lo que pasaba fuera de su aldea. La fotografía, por otra parte, ojo suplementario que nunca se equivoca y nada olvida, ofrece al hombre exacta y riquísima documentación, y auxiliada por el fotograbado pone al alcance de los más humildes poderosísimos medios de ilustración y cultura.

Cuando se pueda hablar directamente con los antípodas; cuando todos los hombres lean su diario; cuando todos tengan presente en su espíritu la imagen del mundo entero, ¿no es evidente que la humanidad formará una sola unidad vital? La ubicuidad mental es un hecho nuevo, una revolución trascendental. Suponed—dice Fouillée—que la pólvora y la im-

prenta se hubieran inventado en tiempo de los romanos. ¿Qué hubiera sucedido? Que no habría existido la Edad Media. Si sólo dos invenciones hubieran bastado para cambiar la historia de una época, no es posible imaginar los resultados que ha de producir la serie de inventos que han dado al hombre el don de la ubicuidad.

Hoy no puede un químico francés pasarse sin saber lo que se hace en química en los demás países; un naturalista ruso ó italiano que no conociese los trabajos de Darwin sería objeto de risa. Y lo mismo puede decirse de las demás ciencias elaboradas simultáneamente por todas las naciones, sin que ninguna pueda prescindir del trabajo de sus vecinas. Y lo mismo que con las ciencias, pasa con las letras y las artes: los dos quintos de los libros de Zola se venden fuera de Francia, y muchas obras importantes no podrían publicarse si su venta tuviera que reducirse al mercado nacional. Y aparte de los intereses puramente materiales, está la cuestión mucho más importante de los intereses intelectuales: en el último tercio de este siglo la literatura francesa ha sufrido la influencia de las literaturas escandinavas y rusas, como en los dos tercios anteriores había sufrido la de Alemania é Inglaterra; en el siglo XVII había sido España la influyente, y en el XVI Italia; en cambio en el XVIII el francés había estado á punto de convertirse en lengua europea, influyendo poderosamente en todas las literaturas. Esta tendencia al internacionalismo aumenta cada vez más, y ninguna nación civilizada puede pasarse sin el concurso de todas las demás para dar satisfacción á sus necesidades científicas, artísticas y literarias.

Si una sensación tardara una semana en llegar desde el dedo al cerebro, no habría organismo humano, tal como lo conocemos. Del mismo modo, cuando se tardaban años ó meses en comunicar una noticia de Londres á Calcuta, la humanidad no podía constituir un organismo único. Pero á partir del momento en que un individuo, sentado en su despacho de Londres, puede conversar con otro individuo de Calcuta, las

circunstancias cambian por completo; la organización que era necesaria cuando Londres estaba á seis meses de Calcuta, no será posible cuando ambas ciudades puedan comunicarse en algunos segundos.

Este primer resultado que podemos llamar «la coalescencia mental de las naciones civilizadas», está seguido de otro no menos importante: el de la «intelectualización.» Los antiguos no conocían más que una pequeña parte del globo, unos cuantos puntos luminosos rodeados por todas partes de tinieblas, de las que salían terribles guerreros que todo lo devastaban. ¿Cómo imaginar que en tales circunstancías pudiera la humanidad entera formar una unidad vital? ¿Cómo habían de creerse solidarios hombres que ni siquiera se conocían? Hoy conocemos perfectamente nuestro globo y todas las poblaciones que contiene, pudiéndonos representar la humanidad entera formando un todo vivo, y comprendiéndose que la unión de todos los pueblos en una federación universal es fácilmente realizable. Es verdad que la *conciencia* de la unidad es todavía en la humanidad patrimonio de una minoría; pero poco á poco se va extendiendo esta conciencia á todos los humanos, y el horizonte mental se ensancha de día en día.

Esta representacion de la vida universal no es sólo cada vez más amplia, sino también más profunda. Hoy sabemos lo que el mundo produce en trigo, maíz, arroz, vino, cerveza, algodón, hulla, papel, fundiciones, etc., así como conocemos las necesidades del consumo. Se puede formar el balance y el presupuesto de ingresos y gastos del mundo entero, cuando hace un siglo se vivía en el caos en esta materia. Antes se vivía al día y eran posibles los terrores del año mil; hoy lanzamos las más atrevidas miradas hacia el porvenir, seguros por la geología y la astronomía de la vitalidad del planeta.

Ahora bien; ¿continuarán los hombres degollándose unos á otros sin tregua ni descanso durante diez ó veinte siglos? Formular esta cuestión es resolverla: todo el mundo comprende que no puede ni debe ser así. Somos seres racionales, y debemos

arreglar nuestros destinos, y ya los particulares y los Gobiernos fundan empresas cuyos cálculos financieros abarcan centenares de años. Cuando el régimen federal haya reemplazado á la actual anarquía, nuestros goces habrán aumentado de un modo colosal.

La ciencia será la redentora del género humano: miles de seres trabajan día y noche para formar el nuevo ideal, y apenas la muerte arrebata un soldado á esta falange gloriosa, cuando otros diez se presentan para reemplazarle. El sentido del porvenir es modernísimo. ¡Qué cándidas nos parecen hoy las ideas de los romanos sobre la eternidad de su imperio! Por la estrechez de su horizonte se imaginan todavía los hombres que se podrá llegar á un orden territorial definitivo, como si todo lo que es no se moviese, y como si fuera posible que en este perpetuo movimiento sólo las fronteras trazadas por los diplomáticos pudieran ser inmutables. Por esta candorosa creencia en la estabilidad, se pensaba en otro tiempo que todo podría acabar con una buena guerra, cuando la Historia nos enseña que los hombres se han batido siempre sin resultado, estando demostrado que la guerra no es ninguna solución, porque siempre habrá disputas entre los hombres, y el medio de dirimirlas no es destrozarse á cañonazos, sino establecer un conjunto de instituciones con procedimientos adecuados para resolver todos los conflictos de intereses.

Para todo espíritu razonable es evidente que las causas por las que hoy consentimos en derramar nuestra sangre no podrán afectar á nuestros descendientes. Hoy todavía nos domina la locura de las fronteras políticas; pero ya empiezan estas cuestiones á ceder el puesto á lo que se llama la cuestión social. La cuestión social no puede resolverla una batalla, porque la cuestión social tiende á la *supresión de la miseria,* y es imposible suprimir la miseria *destruyendo la riqueza,* como hace la guerra. Los combates homéricos, las batallas «gloriosas», harán en nuestros descendientes el efecto de verdaderas chiquilladas. Ya nosotros mismos nos vamos haciendo más

cuerdos, comprendiendo que ciertas cuestiones por las que antes se hacían los más cruentos sacrificios, como la de saber, por ejemplo, si podía ó no ocupar el trono de España un nieto del Rey de Francia, no valen los huesos de un solo granadero, pomeriano ó suizo.

Cuando la antigua Roma conquistó todo el mundo entonces conocido, pareciendo que iba á gozar de los beneficios de la paz y del dominio universal, los grandes señores se suicidaban aburridos: no teniendo ya pueblos que expoliar ni hombres que pasar á cuchillo, creían que no les quedaba ya nada que hacer en este mundo. Esos grandes señores padecían una enfermedad: la estrechez del horizonte mental; no comprendían que la actividad política no es el único quehacer de este mundo; no veían que el campo de la actividad social era ilimitado, y que ante ellos abría horizontes infinitos.

¡Cuán superiores somos á los antiguos! Espléndido ideal brilla ante nuestros ojos y comprendemos que el bienestar de la especie humana, la extinción de la miseria primero, y la satisfación de las necesidades intelectuales después, enmedio de la gran federación humana y de la fraternidad real, efectiva y consciente, es la obra magna á que debemos consagrarnos.

IMPRESIONES Y NOTAS

Cómo se domestican los leones.—Samuel Hopkins Adams publica en el *Mac-Clure Magazine,* un curioso artículo sobre la manera de domesticar á los leones, resultado de largas conferencias con los más famosos domadores del mundo.

Todos ellos prefieren desde luego un animal salvaje á uno nacido en cautividad; la fiera salvaje, cogida en Asia ó Africa y transportada á Europa, llega al punto de destino fatigada por el largo viaje, falta de cuidados y no sobrada de alimento, y al hallarse luego en una jaula cómoda, con paja fresca, aire puro, buena comida y perfecta tranquilidad, se hace acce-

sible al hombre mucho mejor que la nacida en cautividad, que se parece á un muchacho mal criado, sin respeto alguno á los seres humanos, y con el que nunca se tiene completa seguridad de obediencia.

Tomando como tipo un león de dos años traído de Africa, lo más probable es que, al encontrarse en su jaula en tierra, el animal lo olfatee todo con cierta curiosidad; acostumbrado ya por el viaje á considerar la visita del hombre como señal de la hora de comer, está, en general, dispuesto á recibir con gusto la aproximación del sér humano. El domador, llegado el momento, se acercará á la jaula, y hablará al león con voz cariñosa durante algunos minutos, arrojándole luego un buen pedazo de carne y permaneciendo junto á la jaula una hora por lo menos.

El segundo día se repite la misma escena; al tercero, el león reconoce ya la voz (para lo cual, el domador debe siempre hablar en el mismo tono) y hasta se pone tan contento, que á veces hace la rueda, señal positiva de que puede darse un nuevo paso en su amistad. El domador entonces introduce entre las barras de la jaula un palo; el león que no esperaba semejante cosa, se retira hacia atrás, ruge, y tendiendo una de sus terribles garras echa al suelo el palo intruso y lo arrastra dentro de la jaula, ya contentándose con golpearlo y rugir, convencido de que es inofensivo, ó ya triturándolo con sus formidables dientes. En todo caso, cuando haya desahogado su furor y vuelto á la calma, el domador introduce otro nuevo palo, haciendo oir la voz acariciadora que el león ha empezado á conocer; lo probable es que la fiera haga con el segundo palo lo que con el primero; pero se sigue introduciendo nuevos palos hasta cansar á la fiera, de modo que se deje tocar el lomo por uno de ellos sin protestar.

Y he aquí que entonces se abren nuevos horizontes á la fiera, cuando observa que aquel palo, no sólo no le hace daño, sino que es un instrumento de placer al frotar sus lomos y su cuello; así, de un estado de duda y de temor, pasa el león á

una alegría serena, que se manifiesta con grandes espansiones.

El otro gran paso, es el de la entrada del domador en la jaula. Cuando el animal se ha acostumbrado al palo y á la persona que con él le acaricia, puede estimarse llegado el momento de establecer más íntimas relaciones. Un día, la puerta de la jaula se abre, y el amigo del león entra, llevando una gran silla y sentándose en ella. Asombrado, no tanto por el hombre como por la silla, el león se retira al fondo de la jaula y se acurruca rugiendo; el domador se está tranquilo leyendo un periódico, sin perder de vista á la fiera; esta escena dura un par de horas, al cabo de las cuales, el hombre y la silla salen como han entrado, y el león se queda meditando sobre lo que ha visto.

Al reaparecer al día siguiente, la fiera espera muy probablemente averiguar qué es aquello, y se acercará cautamente; el domador coge entonces el bastón para acariciar el cuello del león; pero éste, impresionado por tantas novedades, desconfía hasta del palo que suele acariciarle, se refugia en un rincón, y su sospecha degenera fácilmente en furor, que disimula hasta el momento de obrar. Si ruge no hay que temerle, y si mueve la cola, es que está más bien contento que irritado; pero si se calla y extiende la cola, manteniéndola firme y rígida, el domador debe pensar en la retirada. A veces, el domador observa á tiempo que la cola se pone como una barra de hierro, y sale de la jaula sin tropiezo; á veces comprende que le es imposible evitar el choque, y se queda para recibirlo; el león mira á uno y otro lado como distraído; pero de pronto da un brinco y se tira á la garganta del domador, estremeciéndose de miedo y odio. Cuando estalla esta crisis, la gran silla sirve de escudo, y el palo del domador, asestado violentamente contra la nariz del león, que es la parte más sensible, suele bastar para que la fiera, al retirarse irritada, deje tiempo al domador para salir de la jaula.

Al día siguiente, el domador vuelve con su silla y su bas-

tón á la jaula. El león se va á su rincón, y entonces el hombre va insensiblemente acercándose y empieza á acariciarle; luego, bajando poco á poco la mano á lo largo del bastón, llega á ponerla en la espalda del león; este es el paso decisivo: la fiera siente el contacto de la mano, y no sólo lo tolera, sino que siente cierto goce, pues hay pocos animales indiferentes á las caricias. De día en día, el domador acostumbra al león á su presencia y á sus caricias, frotándole el lomo, rascándole el cuello y levantándole las patas, de tal modo, que quince días después de su ingreso en la jaula, el león está completamente dominado.

*
* *

Un gran poeta americano.—Muy poco conocido en América y totalmente ignorado en España, José Asunción Silva, suicidado como el español Becquer, como el portugués Antero de Quental y como el mejicano Acuña, es seguramente—dice en la *Unión Iberoamericana* Pedro González Blanco — uno de los más grandes poetas contemporáneos, habiendo dejado como muestra de su genial inspiración un *Nocturno*, que no se parece á nada de lo conocido, y que produce realmente, con sus repeticiones, sus extraños versos de cadencioso ritmo interior y su poderosa inspiración, el calofrío que se siente al contacto del genio. He aquí esa inspirada composición:

«Una noche,
Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,
Una noche
En que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
A mi lado lentamente
Contra mí ceñida, toda muda y pálida,
Como si un presentimiento de amarguras infinitas,
Hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
Por la senda florecida que atraviesa la llanura
Caminabas.
Y la luna llena

Por los cielos azulosos, infinitos y profundos, esparcía su luz blanca,
Y tu sombra,
Fina y lánguida,
Y mi sombra,
Por los rayos de la luna proyectadas,
Sobre las arenas tristes
De la senda se juntaban,
Y eran una
Y eran una
Y eran una sola sombra larga.
Y eran una sola sombra larga.
Y eran una sola sombra larga.

***

Esta noche, solo, el alma
Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
Separado de tí misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
Por el infinito negro
Donde nuestra voz no alcanza,
Mudo y solo,
Por la senda caminaba.
Y se oían los ladridos de los perros á la luna
A la luna pálida;
Y el chillido de las ranas.
Sentí frío; era el frío que tenían en tu alcoba
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
Entre la blancura nívea
De las mortuorias sábanas.
Era el frío de la muerte; era el hielo del sepulcro;
Era el frío de la nada.
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada,
Iba sola;
Iba sola por la senda solitaria;
Y tu sombra esbelta y ágil,
Fina y lánguida,
Como en esa noche alegre de las muertas primaveras,
Como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella ¡Oh las sombras enlazadas!

¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras qne se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!»

*
* *

Enfermedades simuladas.—Según *La Medicina Contemporánea*, los forzados de Nueva Caledonia han inventado el arte de ponerse realmente enfermos para pasarse la vida en el hospital, libres de trabajos y bien atendidos. Muchos condenados se mutilan voluntariamente, ó provocan y sostienen enfermedades diversas, aun á riesgo de su vida. Ensayan, ante todo, una enfermedad, y si el ensayo sale bien, no tarda en contagiarse toda la colonia penitenciaria. Muchas veces el presidiario se ha excedido en la dosis y ha muerto, y á las confesiones de última hora se debe principalmente el descubrimiento de tan terribles prácticas.

El Dr. Benoît, que ha estudiado sobre el terreno las enfermedades simuladas, ha observado que cada raza tiene su sello especial en su manera de engañar: los bretones son brutales y tercos, los normandos finos y hábiles, los gascones audaces y cínicos. Una de las enfermedades que con más perfección se cultiva es la ictericia: para provocarla se valen de dos procedimientos: uno de ellos consiste en echar tabaco en una infusión de aceite de coco; á las cinco ó seis horas se retira y se hace secar; en los cigarros hechos con este tabaco se coloca el fósforo de una cerilla ordinaria, y en cuanto se ha fumado una docena de cigarrillos, se pone amarillo todo el cuerpo del fumador; el médico lo reconoce, le encuentra con fiebre gástrica y vómitos, y le envía con urgencia al hospital. El otro procedimiento consiste en colocar en la cama un paquete de algodón empapado en vinagre y azafrán; el presidiario se envuelve bien en la manta y procura sudar copiosamente; al cabo de unas horas experimenta una sensación de calor en el pecho que pasa á todos los miembros; tal es la señal de la aparición del tinte ictérico, que no tarda en invadir los tegumentos y las conjuntivas; con el uso del algodón azafranado y

empapado en vinagre, se mantiene indefinidamente esta ictericia simulada.

Los flemones é hinchazón de las mejillas son cosa corriente: el presidiario se hace una herida con un alfiler en la mucosa bucal, y un compañero introduce en la herida una paja y sopla hasta ponerle la mejilla como una pelota. La conjuntivitis se obtiene echando ceniza de tabaco en el párpado inferior junto al lagrimal, ó lavándose con agua de jabón. En las islas de la Salud, los presidiarios se hacen heridas é introducen en ellas moscas y huesos para mantener las llagas constantemente abiertas y en estado de putrefacción.

***

Museo Nietzsche. — Según vemos en las Revistas alemanas, la hermana de Nietzsche va á convertir la casa en que el filósofo del superhombre vivió en Weimar, en un Museo que llevará su nombre, y en el que se guardarán los numerosos manuscritos de su hermano, que son unos 50 cuadernos voluminosos de notas filosóficas, 60 de proyectos de diversos trabajos y 157 de recuerdos, memorias, pensamientos y reflexiones íntimas.

***

El matrimonio primitivo.—Haciendo estudios sobre la siempre debatida cuestión de los orígenes de la humanidad, el Conde Zichy ha recorrido detenidamente en viajes de exploración las regiones del Cáucaso, y en ellas ha podido comprobar la existencia de usos y costumbres primitivas, tales como las descritas por los más antiguos historiadores ó las referidas por famosos exploradores de comarcas salvajes ó incivilizadas. El Conde, que se ha rodeado siempre de comisiones de sabios y eruditos, ha hecho donación de todos los resultados obtenidos en sus viajes al Museo nacional húngaro, siendo el primer fruto de sus trabajos la publicación por los doctores Juan Janko, jefe de la sección etnográfica, y Bela de Posta, conser-

vador de la sección arqueológica del Museo, de los *Viajes al Cáucaso y al Asia Central* del incansable explorador.

En todas las civilizaciones, las costumbres nupciales son las que han conservado más profundamente las huellas de los antiguos usos. El rapto de la mujer, que se halla en los orígenes del matrimonio en todos los pueblos, subsiste real ó simulado entre los pueblos del Cáucaso: la novia del indio de Daghestan no penetra en casa de su novio sino llevada en brazos de un pariente de su futuro, y entre los cherkeses, los amigos del novio van á buscar á la desposada y la tienen escondida en una habitación mientras el novio permanece oculto á su vez hasta el día del matrimonio.

Entre los indios del Daghestan, la pareja nupcial se retira á su habitación, cuya puerta está guardada por un amigo del novio; al cabo de tres horas, el marido sale y viene hacia sus amigos, mientras las mujeres corren á la alcoba para poner en orden el lecho nupcial, anunciándose por medio de cohetes que se ha consumado el matrimonio. Entre los kabardos, el marido debe entregar por la mañana al amigo que ha estado de guardia por la noche, á la puerta de la habitación, el corsé de la reciencasada.

Entre los kabardos es donde se encuentran las costumbres más extrañas: durante las tres primeras noches, el novio es quien debe desnudar á la novia, quitándole primero el chal y luego el tocado, el traje, el calzado, y por último, el justillo, que lleva desde niña para impedir el desarrollo del pecho; sólo el marido tiene el derecho de quitárselo durante la noche de bodas; el extremo del lazo que lo sujeta, está hábilmente oculto entre las bandas de cuero, de modo que cuesta no poco trabajo dar con él, siendo una gran vergüenza para el novio si se le ocurriese romperlo ó quitar el cinturón. Durante esas tres primeras noches la mujer no dirige la palabra á su marido; pero á la cuarta ella es quien le desnuda á él, y sólo entonces le está permitido romper el silencio.

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Campos, fábricas y talleres; por el Príncipe Pedro Kropotkin, traducción de Fermín Salvoechea.—Un vol. de 300 págs. Madrid. La España Moderna. Su precio seis pesetas.

El libro de Kropotkin, de que hoy damos cuenta, tiene un gran interés desde el punto de vista social, como trabajo de tesis, y desde el punto de vista de la mera curiosidad y del estudio. No formula el autor la tesis de una manera clara y precisa siempre; pero fácilmente puede formularla el lector, teniendo en cuenta las consideraciones que hace aquél á cada momento. Y es una tesis consoladora, en verdad; como que implica de un lado una refutación razonada y fundada en argumentos de hecho, en datos estadísticos, casi siempre indiscutibles, de la célebre doctrina de Malthus acerca de la población, y de otro una visión muy optimista del porvenir de la humanidad. No es exacto que la tierra no ofrezca espacio suficiente para alimentar á los hombres; no es exacto, no responde á la verdad de los hechos, lo de la progresión de la población y de la producción, tal y como las explicaba el citado Malthus; la tierra dominada por el trabajo, y merced al incesante progreso de los inventos científicos aplicados á la agricultura y á las industrias, y sobre todo, merced á la conveniente armonización de los procedimientos industriales con la producción agrícola, puede dar muchísimo, tanto como necesita la población actual y la población futura, infinitamente más numerosa. Los ejemplos repetidísimos de los resultados obtenidos por el cultivo intensivo en Francia, en Bélgica y en otros países, le sirven á Kropotkin para demostrar sus afirmaciones.

Desde el punto de vista de la mera curiosidad y del estu-

dio tiene, digo, un gran interés el libro este, porque es un libro ameno y entretenido, y en el cual revela el autor un dominio admirable por todos conceptos, de la materia que trata. Por este motivo, prescindiendo de la tesis, es un libro, cuya lectura, por extremo sugestiva y utilísima, puede recomendarse sin duda.

He aquí en breves términos los asuntos de que trata Kropotkin en esta obra: la descentralización de la Industria, los recursos de la Agricultura, la pequeña industria y los pueblos industriales. Trabajo intelectual y manual.

A. Posada.

Disposiciones que podrían impedir en España la división de las fincas rústicas, cuando esta división perjudica al cultivo, por Diego Pazos y García, Registrador de la propiedad.—Madrid.—Un volumen.

No es la primera publicación del Sr. Pazos. Sus estudios de estadística, su *Ensayo sobre la Estadística de los Registros de la propiedad en España y en el Extranjero,* especialmente, y la serie de artículos publicada en *La Administración* de *Reseña de la Organización actual y trabajos de la Estadística,* acreditaron á su autor de laborioso y serio. Premiado en uno de los concursos de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y por demás interesante su último trabajo, bien merece unas cuantas líneas consagradas á dar cuenta de su abundante y sustancioso contenido.

La Academia implícitamente, y el autor en el curso de su monografía, sostienen que es necesario resolver un problema agrario en España, y que debe encomendarse al Poder legislativo del Estado. Hace falta una revolución agraria pacífica —dice el Sr. Pazos—y por ella se suspira ya desde Lezaga en nuestro siglo. La solución no debe ser meramente económica (lograr que la tierra produzca más y mejor), debe ser jurídica y social; que la tierra sustente sin estrecheces ni miserias, y gracias al trabajo de la familia, la mayor población; que la sustente satisfaciendo las necesidades superiores de la cultura.

Uno de los factores del problema, es la distribución de la tierra con relación al cultivo, que milita en España acumulada en grandes propiedades y dividida hasta lo inverosímil. Los dos males son remediables, y se relacionan mucho. En cuanto al último, concreto asunto del estudio, disponiendo el Código civil de suerte que impida el excesivo fraccionamiento de las fincas, haciendo algunas indivisibles ó favoreciendo su reconstitución con motivo de los heredamientos, extendiendo el retracto, dando gran alcance á permutas forzosas y á expropiaciones, estableciendo el «hogar rústico», y una «Comisión agraria» que entienda en tales cosas, podría resolverse cabalmente.

Los materiales sobre que trabajó el Sr. Pazos, son completos. Después de una *Introducción* en que define su asunto, viene en el libro una primera parte, *Preliminar*, donde se estudian los precedentes del Código sobre el particular, y la legislación y organización agraria de varios países. La segunda, *Fundamental,* trata del aspecto científico del tema (jurídico, económico, sociológico), estudiando el autor, para fundamentar la suya, buen número de opiniones importantes. Indaga en la tercera, que titula *Especial*, cómo preocupó el problema á los principales pensadores de este siglo, y cómo se reflejan sus doctrinas en la legislación agraria, la situación en este particular de las principales regiones de España, las vigentes disposiciones del Código civil, y establece, por último, y en forma de preceptos legislativos (condición inexcusable de la Memoria), las apuntadas conclusiones á que alcanza.

Indiscutiblemente despierta problemas el libro del Sr. Pazos, aunque sus soluciones sean muy discutibles. Que preocupe el problema agrario, que es uno de los que más debieran preocupar (véase *Los males de la Patria,* del Sr. Mallada), en España ya es mucho. ¡Debieran preocupar tantos! Pero el optimismo de la Academia y del autor al pretender una solución legislativa meramente, no parece muy justificado.

Leopoldo Palacios.

OBRAS NUEVAS

Alonso y Gómez (S.) — La víspera; juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa. En 4.°, 30 págs.: 1 peseta.

Altamira y Crevea (R.) — Historia de España y de la civilización española. *Tomo I.* En 8.°, 630 páginas, con grabados: 6 pesetas.

Alvarez Quintero (S. y J.) — El estreno; zarzuela cómica en tres cuadros. En 4,°, 62 págs.: 1 peseta.

Armario y Rosado (J.) — Nociones de astronomía. — En 4.°, 519 páginas, con grabados: 10 pesetas.

Arnó (C.)— Las servidumbres rústicas y urbanas; estudio sobre las servidumbres prediales, por Carlos Arnó, Profesor de Derecho en la Universidad de Módena, traducción española de Adolfo Posada, Profesor de Derecho en la Universidad de Oviedo. En 4.°, 329 págs.: 7 pesetas.

Avilés (S.)—El retrato de mi mujer; juguete cómico en un acto. En 4.°, 31 págs.: 1 peseta.

Balbuena (B.) — Cuentos de caza. En 8.°, 117 págs., con grabados: 2 pesetas.

Bolívar (I.) y Calderón (S.) — Nuevos elementos de Historia Natural. En 4.°, XXXI-239-309-470 páginas, tela: 20 pesetas.

Calpena y Avila (L.)—Conferencias y sermones. En 4.°, 360 págs.: 5 pesetas.

Cancionero del siglo XV con varias poesías inéditas; publícalo don Francisco R. de Uhagón, de la Real Academia de la Historia. En 4.° mayor, VI-50 págs.: 5 pesetas.

Carlyle (T.) — La Revolución francesa, traducción del inglés, por Miguel de Unamuno, Profesor en la Universidad de Salamanca. En 4.°, 396 págs.: 8 pesetas.

Carmena y Millán (L.)— Estocadas y pinchazos. (Continuación de «Lances de capa»); artículos y versos taurinos. En 8.°, 299 páginas: 4 pesetas.

Casañ (M.) — De viaje; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 31 páginas: 1 peseta.

Castro Pulido (J. de).—Nociones de geografía astronómica. En 4.°, 99 págs., con figuras: 2,50 pesetas.

Castro y Casaleiz (A. de).—Estudios de derecho internacional privado. En 4.°, 300 págs.: 6 pesetas.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818, colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo XXII.* En 4.° mayor, 648 págs.: 15 pesetas.

Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de Ultramar. *Segunda serie*, publicada por la Real Academia de la Historia. *Tomo XIII.* En 4.°, XVI-414 páginas, encartonado: 12,50 pesetas.

Elola (J. de).—Bosquejos, novelas cortas, cuentos, leyendas é impresiones. En 8.°, 372 págs.: 3 ps.

Emerson (R. W.)—La ley de la vida, traducción por Benedicto Vélez, Doctor en Filosofía y Letras. En 4.°, 231 págs.: 5 pesetas.

España Lledó (J.)—Filosofía. En 8.°, 224 págs.: 3,50 pesetas.

Estadística minera de España correspondiente al año de 1899, formada y publicada por la Junta superior facultativa de Minería. En 4.° mayor, 154 págs.

Fayula (A.)—Los primeros síntomas, comedia en un acto y en prosa. En 4.°, 57 págs.: 1 peseta.

Fernández Villaverde (R.)—Una campaña parlamentaria. Discursos. En 4.° mayor, XII-646 págs.

Ferrer Piera (P.)—Fernando Póo y sus dependencias. (Descripción, producciones y estado sanitario). En 4.°, 208 págs.: 3 pesetas.

Fortuny.—Apuntes de viaje. En 8.°, 59 págs.: 1 peseta.

García Alix (A.)—Disposiciones dictadas para la reorganización de la enseñanza. En 4.°, LXIII-399 págs.

Gramática práctica para uso de las escuelas elementales. En 8.°, 48 págs.: 25 céntimos.

Huxley (Th.)—La educación y las ciencias naturales, por Th. Huxley, de la Sociedad Real de Londres, traducido por el Dr. Luis Marco. En 4.°, 315 págs.: 6 pesetas.

Ibáñez Marín (J.)—Estudios militares y políticos. En 8.°, 237 páginas: 2 pesetas.

Iriarte (C.)—Clasificación mineralógica de las tierras, empleando el método de análisis de Schlœsing. En 8.°, 7 págs.: 25 céntimos.

Izquierdo (S.)—Latín. Breves nociones de prosodia, arte métrica y ortografía. En 4.°, 28 págs.: 75 céntimos.

Jackson Veyán (J.)—El fondo del baúl: apropósito cómico-lírico en un acto. En 4.°, 41 págs.: 1 peseta.

Lemcke (C.)—Estética expuesta en lecciones al alcance de todo el mundo, por el Dr. Carlo Lemcke, profesor en la Escuela real de Artes y Oficios de Stutgart; traducida del alemán por Miguel de Unamuno, profesor en la Universidad de Salamanca. En 4.°, 396 págs.: 8 pesetas.

López Silva (J.) y Jackson Veyán (J.)—El barquillero; zarzuela en un acto. En 4.°, 52 págs.: 1 peseta.

Idem y Fernández Saw (C.)—El gatito negro: humorada cómico-lírica en un acto. En 4.°, 43 páginas: 1 peseta.

Medina (J. T.)—Biblioteca hispano-americana (1493-1810.) *Tomo II.* En folio, VIII-544 págs.

Melcior y Farré (V.)—La enfermedad de los místicos (Patología psíquica). En 4.°, 272 páginas y un retrato: 3 pesetas.

Montilla y Adán (J.)—Discursos literarios, jurídicos y parlamentarios. En folio XI-332 págs.

Morán y Fernández (I.)—Tratado de fototipia. En 8.°, 95 páginas con grabados: 1,50 pesetas.

Moya y Jiménez (L. de).—Aires de mi guitarra (coplas). En 8.°, 238 págs: 3 pesetas.

Navarro (C.) (hijo).—Ráfagas; colección de poesías originales. En 8.°, 110 págs.: 1 peseta.

Nieto Serrano (M.) — Filosofía y fisiología comparadas en su historia con el criterio de la ciencia viviente. *Tomo III.* En 4.°, 344 páginas: 2,50 pesetas.

Pérez Nieva (A.)—Por las rías bajas. (Notas de viaje por Galicia). En 8.°, 254 págs.: 3 pesetas.

Ramiran (E. C.)—Campaña italo-austriaca en 1866. Custoza y Lisa. En 4.° mayor, 124 páginas: 4 pesetas.

Rey y Villanueva (A. del).—El instalador de luz eléctrica; manual práctico. En 4.°, 75 págs.: 1,50 pesetas.

Rocafull y Díaz (R.)—Tratado práctico de fotografía industrial. En 8.°, 152 págs. y 3 láminas: 2 pesetas.

Rodriguez Miguel (L.)—Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy.—Discurso. En 4.° mayor, 92 págs.

Romea (J.)—La tempranica; zarzuela en un acto. En 4.° 43 páginas: 1 peseta.

Ruiz Jiménez (J.) — Un ruego á la opinión. En 4.°, 46 págs.

Ruiz y Plá (E.) — Flora; drama en tres actos. En 4.°, 72 págs.: 1 peseta.

Sáiz y Sánchez (J.) y Sánchez Morate (J.) — Breves nociones de Geografía é Historia de España. En 8.°, 207-XII págs.: 1,50 pesetas.

Sánchez Torres (E.)—La luz, el sonido y la música. En 8.°, 256 páginas: 2 pesetas.

Sempau (R.)—Los victimarios; notas relativas al proceso de Montjuich. En 8.°, XI-420 págs.: 2 pesetas.

Taboada (L.) — Notas alegres. En 12.°, 188 págs.: 50 céntimos.

Valcárce Ocampo (J.) — Flores de espino; poesías. En 4.°, 100 páginas: 1 peseta.

Vaquer (J.)—Divorcio y adulterio; drama en dos actos. En 4.°, 39 páginas: 1,50 pesetas.

Vergara y Martín (G. M.) — Nociones de Historia de España. En 8.°, 158 págs.: 2 pesetas.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1900.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*Las fiestas entre los musulmanes.* Abril, pág. 62.

Anónimo.—*Obras nuevas,* Enero, pág. 200; Febrero, pág. 196; Marzo, pág. 197; Abril, pág. 205; Mayo, pág. 198; Junio, pág. 201; Julio, página 198; Agosto, pág. 202; Septiembre, pág. 203; Octubre, pág. 197; Noviembre, pág. 205; Diciembre, pág. 202.

Araujo (Fernando). — *Revista de Revistas.* Enero, pág. 159; Febrero, pág. 154; Marzo, pág. 153; Abril, pág. 168; Mayo, pág. 142; Junio, página 149; Julio, pág. 148; Agosto, pág. 167; Setiembre, pág. 163; Octubre, pág. 157; Noviembre, pág. 175; Diciembre, pág. 171.

Arias de Velasco (Jesús). — *Notas bibliográficas.* Julio, págs. 194 y 196.

Barado (Francisco).—*Dominación y guerras de España en los Países Bajos y Relevo del Duque de Alba.* Marzo, pág. 96.—*Motín de las tropas españolas.* Julio, pág. 40.—*Gobierno del Comendador Requesens.* Noviembre, pág. 67.

Braga (Teófilo). — *Caiel* (biografía). Julio, pág. 5.

Caiel. — *Genoveva Montaña* (novela). Julio, pág. 11; Agosto, pág. 13; Setiembre, pág. 42; Octubre, pág. 5.

Chocano (José S.). — *El diálogo de las tumbas.* Febrero, pág. 77.

Díaz Mirón (Salvador). — *¿Qué es poesía?* Noviembre, pág. 98.

Díaz Mirón (J. Manuel). — *Brindis áureo.* Noviembre, pág. 97.

Drachmann (Holger). — *Murió y le enterraron* (novela). Abril, pág. 5.

Dorado (P.)—*El Discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo.* Noviembre, pág. 128.—*Concepciones penales y sociales de Tolstoy.* Diciembre, pág. 94.—*Notas bibliográficas.* Enero, págs. 191, 194, 197 y 199; Febrero, págs. 189, 191, 192 y 194; Marzo, págs. 187, 190, 193, 194 y 196; Abril, págs. 200, 201 y 203; Mayo, pág. 197; Junio, páginas, 190, 194, 196, 198, 199 y 200; Julio, página 192; Agosto, página 200; Setiembre, págs. 199 y 201; Octubre, págs, 194 y 195; Noviembre, pág, 202.

Echevarría (Eduardo).—*El canto del olvido.* Junio, pág. 13.

Fernández Duro (Cesáreo).—*Un tesoro submarino. Los galeones de Vigo.* Diciembre, pág. 61.

Fernandez y Granados (Enrique).—*A Miramar*, Octubre, pág. 67.—*A María Guerrero, comedianta española*, Noviembre, pág. 96.

Fiansón (José).—*La Poesía.* Abril, pág. 138.

Fichte (Juan T.)—*Discursos á la nación alemana. Determinación más precisa de la educación nacional alemana.* Marzo, pág. 80.—*A quién deberá confiarse la ejecución de este nuevo plan educativo.* Mayo, pág. 118.—*Sobre los medios necesarios para conservarnos hasta la realización de nuestro fin.* Agosto, pág. 127.—*Continuación de las precedentes consideraciones. Conclusiones generales.* Noviembre, pág. 35.

Flamenco (José) guatemalteco.—*Unión y Libertad.* Setiembre, pág. 73.

G.—*Nota bibliográfica.* Mayo, pág. 193.

Gómez de Baquero (E).—*Crónica literaria.* Enero, pág. 147; Febrero, pág. 124; Marzo, pág. 123; Abril, pág. 159; Mayo, pág. 134; Junio, página 117; Julio, pág. 138; Agosto, pág. 159; Setiembre, pág. 153; Octubre, pág. 146; Noviembre, pág. 149; Diciembre, pág. 109.

Gonzálvez Díaz (Antonio) brasileño.—*El canto del guerrero.* Marzo, pág. 59; *Canción del destierro.* Marzo, pág. 61.

Gutiérrez Nájera (Manuel).—*Cita.* Enero, pág. 78.

Hanson (Ola).—*El Matricida* (novela). Agosto, pág. 5.

Hantun (Kunt).—*En los bancos de Terranova* (novela). Junio, pág. 5.

Heiberg (J. L.)—*Sendas peligrosas* (novela). Enero, pág. 5; Febrero, página 5; Marzo, pág. 5.

Hurtado (Manuel A.) chileno.—*Soneto.* Agosto, pág. 42.

Iob.—*Revista hispanoamericana.* Febrero, pág. 135; Marzo, pág. 134; Abril, pág. 139; Mayo, pág. 169; Junio, pág. 149; Julio, pág. 118; Agosto, pág. 140; Setiembre, pág. 135; Octubre, pág. 122; Noviembre, pág. 158; Diciembre, pág. 152.

Izcue (José Augusto de).—*Soneto.* Mayo, pág. 73.—*Homenaje.* Agosto, pág. 43.

Lampérez y Romea (Vicente).—*Apuntes para un estudio sobre las Catedrales españolas.* Enero, pág. 118; Febrero, pág. 34.

Liñán y Eguizábal, Conde de Doña Marina (José de).— *El Marquesado de Bogaraya* (cuestión legal). Febrero, pág. 105.

Maínez (Ramón León).—*Cervantes y su época. Nacimiento y familia de Cervantes.* Mayo, pág. 12.—*Educación y adolescencia de Cervantes.* Setiembre, pág. 98.

Marqués de Valmar.—*Los hijos vengadores en la literatura dramática.* Junio, pág. 54; Julio, pág. 77.

Mitjana (Rafael).—*Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos*. Octubre, pág. 91; Noviembre, pág. 100.
Montes del Valle (Agripina).—*El hierro*. Enero, pág. 75.
Nieto (Ricardo).—¡*Oh Sancho!* Octubre, pág. 70.
Noe (Eugenio C.) uruguayo.—*Resurrexit*. Mayo, pág. 70.
Oliver y Castañer (Jaime).—*Los segadors*. Mayo, pág. 102.
Olmedilla y Puig (Joaquín).—*Historia del reloj*. Enero, pág. 102.
Palacios (Leopoldo).—*Nota bibliográfica*. Diciembre, pág. 200.
Pardo Bazán (Emilia).—*La literatura moderna en Francia*. Enero, página 56; Febrero, pág. 48; Marzo, pág. 63; Abril, pág. 21; Agosto, página 51; Setiembre, pág. 78; Diciembre, pág. 71.
Peña (L. R.) guatemalteco.—*Laborare est orare*. Setiembre, pág. 72.
Pérez de Guzmán (Juan).—*Retos y desafíos*. Enero, pág. 35; Febrero, página 85; Marzo, pág. 39; Abril, pág. 43; Mayo, pág. 74.—*El padre de Moratín*. Junio, pág. 16.—*Las colecciones de cuadros del Príncipe de la Paz*. Agosto, pág. 95.—*El Teatro Hispanoamericano*. Setiembre, página 114.
Pérez Merino (Nicolás).—*Los ascendientes de Bolívar*. Marzo, pág. 113.—*Lo que fue la gacetilla*. Abril, pág. 116.—*La muerte por el honor* (recuerdos de la guerra de la Independencia). Junio, pág. 90.
Peniche de Lugo (Francisco).—*China y Europa*. Agosto, pág. 44.
Pompilio Llona (Numa). *A España* (soneto). Noviembre, pág. 97.
Posada (Adolfo).—*El año sociológico 1898*, Enero, pág. 80.—*Política pedagógica*. Julio, pág. 58.—*La reforma en la primera enseñanza*. Agosto, pág. 73.—*El problema universitario*. Octubre, pág. 72.—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 192; Marzo, págs. 188 y 192; Mayo, página 195; Junio, págs. 191 y 195; Setiembre, págs. 197 y 200; Diciembre, pág. 199.
R. Núñez (Lucas).—*Notas bibliográficas*. Agosto, pág. 198.
Romero León (Remigio) ecuatoriano.—*El cura de aldea*. Julio, pág. 56.
Sentenach (N.)—*Notas sobre la Exposición de Goya*. Junio, pág. 34.
Sienkiewicz (Enrique).—*Orso*. Diciembre, pág. 5.
Silva (J. A. de).—¡*Paso!* Enero, pág. 77.
Soto y Calvo (Francisco) argentino.—*El arte*. Julio, pág. 57.
Tavastjerna (Karl. A.)—*La ordenanza militar*. Mayo, pág. 5.
Tcheng-Ki-Tong (general).—*Los placeres en China*. Setiembre, pág. 5; Octubre, pág. 34; Noviembre, pág. 5; Diciembre, pág. 28.
Tondreau (Narciso).—¡*Está borracho el César!* Abril, pág. 136.
Ugarte (Manuel).—*Dos sonetos*. Julio, pág. 55.
Uribe (Diego).—*Madre*. Diciembre, pág. 58.

INDICE

Págs.

Orso (novela), por Enrique Sienkicwiez..... 5
Los placeres en China (conclusión), por el General Tcheng-Ki-Tong. 28
Poetas americanos: Madre, por Diego Uribe, de Bogotá..... 56
Un tesoro submarino: Los galeones de Vigo, por Césareo Fernández Duro..... 61
La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán..... 71
Concepciones penales y sociales de Tolstoy, por P. Dorado..... 94
El Congreso Hispanoamericano, por Adolfo Posada..... 120
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 139
Revista Hispanoamericana, por Juan Pérez de Guzmán (Iob.).... 152
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 171
Notas bibliográficas, por A. Posada y Leopoldo Palacios..... 199
Obras nuevas..... 202
Índice por orden alfabético de autores..... 205

AP
60
E8
año 12
no.142-44

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY